HERÓDOTO

HISTORIA

V-VI

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS SCHRADER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 39



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.ª EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1981.

PRIMERA EDICIÓN, 1981.
2.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 1647-1992.

ISBN 84-249-1477-5. Obra completa.
ISBN 84-249-0086-3. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

LIBRO QUINTO

TERPSÍCORE

SINOPSIS

LOS PERSAS EN TRACIA Y MACEDONIA (1-27).

Megabazo somete Perinto, en la Propóntide, y la costa egea de Tracia (1-2).
Costumbres de los tracios (3-8).
Los territorios al norte del Istro (9-10).
Darío recompensa a Histieo de Mileto y a Coes de Mitilene (11).
Deportación del pueblo peonio a Asia (12-17).
Campaña de Megabazo en Peonía (15-16).
Misión de los persas en Macedonia, que accede a someterse. Asesinato de los embajadores persas (17-21).
Ascendencia griega de los reyes de Macedonia (22).
Darío, a instancias de Megabazo, se lleva a Susa a Histieo, prometiéndole altos honores (23-24).
Nombramiento de nuevos funcionarios persas. Conquistas de Ótanes (25-27).

REVUELTA DE JONIA (28-126).

Antecedentes inmediatos de la sublevación jonia: la cuestión entre Naxos y Mileto. Intrigas de Aristágoras (28-30).
Fracaso de la expedición combinada contra Naxos (31-34).
Aristágoras, temiendo verse derrocado e instigado, además, por un mensaje secreto enviado por Histieo, decide rebelarse contra los persas (35).
Planes de los jonios. Derrocamiento de los tiranos e instauración de democracias en Jonia (36-38).

Aristágoras se traslada a Esparta en demanda de apoyo para los sublevados (39-54).

Historia de Anaxándridas, rey de Esparta, y de sus hijos Cleómenes y Dorieo. Aventuras de éste en Occidente (39-48).

Aristágoras trata de convencer a Cleómenes para que ayude a los jonios, cosa que no consigue (49-51).

Digresión sobre el camino que unía Susa con Sardes (52-54).

Aristágoras busca apoyo en Atenas. Digresión sobre la historia ateniense desde la muerte de Hiparco hasta la llegada de Aristágoras (55-96).

Asesinato de Hiparco (55-56).

Excurso sobre los Gefireos, familia a la que pertenecían los tiranicidas. Introducción en Grecia del alfabeto fenicio (57-61).

Hipias es derrocado merced a los manejos de los Alcmeónidas y a la intervención de Esparta (62-65).

Reformas democráticas de Clístenes. Digresión sobre Clístenes de Sición, abuelo de su homónimo (66-69).

Contrarrevolución fracasada de Iságoras, adversario de Clístenes, ayudado por el rey espartano Cleómenes (70-72).

Contactos de Atenas para aliarse con Persia (73).

Los espartanos y sus aliados invaden el Ática. Fracaso de la expedición (74-76).

Atenas inicia una ofensiva triunfal contra beocios y calcideos. Intervención de Egina en apoyo de Tebas (77-81).

Digresión sobre los orígenes de la enemistad existente entre Atenas y Egina (82-89).

Esparta, ante el auge de Atenas, decide reponer a Hipias en la tiranía. Oposición de los corintios, cuyo portavoz alude a las inconveniencias de la tiranía mediante un largo excurso sobre los Cipsélidas (90-93).

Digresión sobre las luchas entre Atenas y Mitilene por la posesión de Sigeo (94-95).

Intrigas de Hipias ante Artáfrenes. Atenas rompe abiertamente con los persas (96).
Atenas resuelve apoyar a los jonios sublevados (97).
Los peonios, instigados por Aristágoras, regresan a Europa (98).
Expedición combinada de los jonios contra Sardes. Toma e incendio de la ciudad. Derrota de los griegos en Éfeso (99-102).
Extensión de la revuelta al Helesponto, Caria y Chipre (103-104).
Darío jura odio eterno a los atenienses (105).
Desde Susa, Histieo regresa a Jonia, fingiendo ante Darío que se dispone a sofocar la rebelión (106-107).
Fracaso de la sublevación (108-123).
Sumisión de Chipre (108-115).
Campañas de los generales persas en Asia Menor (116-123).
Huida y muerte de Aristágoras (124-126).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
6, 1	τὰς [δὲ] παρθένους	τὰς δὲ παρθένους
6, 1	τὰς [δὲ] γυναῖκας	τὰς δὲ γυναῖκας
17, 2	ὑπερβάντα	ὑπερβάντι (Abicht).
22, 1	οἱ... ἀγῶνα Ἑλλήνων	οἱ... ἀγῶνα Ἑλληνοδίκαι (A B C P).
23, 1	μισθὸν δωρεὴν	δωρεὴν μισθὸν (Abicht).
31, 1	τοὺς φυγάδας ἐξ αὐτῆς	τοὺς φυγάδας [ἐξ αὐτῆς] (del. Cobet, Krüger).
33, 2	ἔξω μὲν κεφαλὴν	ἔξω μὲν ⟨τὴν⟩ κεφαλὴν (coniecit Hude).
43	Ἡρακλείην τὴν ἐν Σικελίῃ	Ἡρακλείην γῆν τὴν ἐν Σικελίῃ (Stein).
49, 5	ὡς ἐγὼ φράσω,	ὡς ἐγὼ φράσω.
52, 4	Ζάβατος ὀνομαζόμενος	Ζάβατος ⟨ὡυτὸς⟩ ὀνομαζόμενος (Weissenborn).
59	ἐὼν ἀπό	ἑλὼν ἀπὸ (Meineke).
62, 2	[κάτοδος]	⟨ἡ⟩ κάτοδος (add. Schaefer).
69, 2	τότε πάντως	πάντων τότε (Schaefer).
82, 3	ἔφερε [καρπὸν]	ἔφερε καρπὸν (codd. pl.).
88, 2	†τοῖσι δὲ Ἀργείοισι καὶ τοῖσι Αἰγινήτῃσι† καὶ	τοῖσι δὲ Ἀργείοισι καὶ τοῖσι Αἰγινήτῃσι δόξαι (Stein).
89, 1	πρὸς Αἰγινήτας	πρὸς Αἰγινητέων (Legrand).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
92, β 1	καὶ †οὗτοι†	καὶ οὗτοι
92, γ 2	λαβόντα [τὸ παιδίον]	λαβόντα τὸ παιδίον
92, η 3	συμφορήσας δὲ ἐς ὄρυγμα	συμφορήσας δὲ ⟨τὰ ἱμάτια⟩ ἐς ὄρυγμα (add. Stein).
118, 2	ἐμοὶ Πιξωδάρου	ἐμοὶ ⟨ἢ⟩ Πιξωδάρου (add. Van Herwerden).

Megabazo somete Perinto, en la Propóntide, y la costa egea de Tracia

1 Entretanto, los persas que, por orden de Darío, se habían quedado en Europa, al mando de Megabazo[1], a los primeros habitantes del Helesponto a quienes sometieron fue a los perintios[2], que no querían ser súbditos de Darío y que ya en cierta ocasión habían sido severamente derrotados por los peonios[3]. En efecto, resulta que 2

[1] Después de la digresión sobre la historia de Cirene, y la geografía y etnografía de Libia (el llamado *lógos libio),* que ocupa la última parte del libro IV, Heródoto reemprende el hilo de la narración, interrumpido en IV 144, 3. El relato que precede a la revuelta de Jonia (V 1-28) abarca las campañas de los generales persas en la Europa cisdanubiana (la primera de ellas realizada, en 513/512 a. C., por ochenta mil [?] soldados —cf. IV 143, 3—, a las órdenes del general persa *Bagabāza* [= Megabazo], que gozaba de gran crédito ante Darío; cf. IV 143), sometiendo la zona de los estrechos, Tracia y Peonia; y consiguiendo, al parecer, una sumisión nominal de Macedonia. Todo lo cual ponía al imperio persa a las puertas mismas de Tesalia.

[2] En realidad, los perintios estaban asentados en la costa tracia de la Propóntide (= Mar de Mármara). Como en otras ocasiones (cf. IV 38, 2; 95, 1; 138, 2; V 103, 2; VI 26, 1; 33, 1), en el Helesponto, Heródoto incluye el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho, de acuerdo con una designación habitual en la Atenas de la segunda mitad del siglo v a. C. Cf. *supra,* nota IV 162.

[3] Los peonios constituían un pueblo de origen tracio o ilirio (se ha pensado también en un origen mixto), dividido en diversas tribus (cf. Estrabón, VII, frag. 20; y Esteban de Bizancio, *s. v. Amydōn),* y establecido al norte de Macedonia, entre los valles del Axio y del Estrimón. Conocidos ya por Homero (que los consideraba originarios de Amidón, ciudad sita a orillas del río Axio, apareciendo en la *Ilíada* como aliados de los troyanos;

los peonios de la zona del Estrimón, en vista de que un oráculo de su dios[4] les había ordenado marchar contra los perintios y atacarlos, si estos últimos, cuando se hallasen acampados frente a ellos, los desafiaban pronunciando a voces su nombre (pero no atacar, si no los provocaban con sus gritos), los peonios, digo, siguieron el dictado del oráculo.

Cuando los perintios se hallaban acampados frente a ellos en las afueras de la ciudad[5], justo entonces, respon-

---

cf. II 848-850; XVI 287-288), las presiones macedónicas y tracias hicieron que, en el siglo v a. C., sólo quedasen grupos de peonios en la Macedonia oriental (en el curso medio del Estrimón). Cf. Tucídides, II 98-99; Polibio, XXIII 10, 4; Livio, XL 3, 3; Estrabón, VII, fr. 41; y, en general, B. Lenk, *s. v. Paiones, Real Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* (= *R. E.*), XVIII 2 (1942), cols. 2403 y sigs.

[4] No contamos con informaciones precisas sobre la religión de los peonios y, de ahí, que no pueda identificarse con seguridad la divinidad oracular a que alude Heródoto en este pasaje. Una cita de Hesiquio *(s. v. Díalos)* se refiere a la existencia de un dios peonio que quizá presentaba rasgos comunes con Dioniso (lo cual podría estar en relación con la existencia de un santuario oracular, consagrado a una divinidad asimilada a Dioniso, entre la tribu tracia de los *satras;* cf., *infra,* VII 111, 2). Cf. B. Lenk, *Paiones, R. E.*, col. 2408.

[5] En las afueras de la ciudad de los perintios. Como Perinto fue fundada por colonos samios a finales del siglo vii a. C. (la fecha de su fundación se sitúa entre 602-600 a. C., cf. Estrabón, VII, fr. 55; Pseudo-Escimno [C. Müller, *Geographici Graeci Minores,* I, 225, París, 1855]; Plutarco, *Quaestiones graecae* 57, y G. Busolt, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia,* I, 2.ª ed., Gotha, 1893, pág. 470), el episodio que narra el historiador tendría lugar entre esa fecha y el año 513-512 a. C. Aparentemente, resulta extraño que los peonios del Estrimón atacaran una ciudad distante unos 400 km. de sus tierras, y la explicación de que un oráculo lo hubiese ordenado resulta poco satisfactoria. Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Histoires. Livre V,* Paris, 1946, págs. 15-16) ponía en tela de juicio la historicidad del ataque peonio contra Perinto, pensando en una equivocación por parte de Heródoto —o de su fuente de información, perintia

diendo a un desafío que les hicieron, tuvo lugar un triple
combate singular; y, así, enfrentaron a un hombre con otro
hombre, a un caballo con otro caballo y a un perro con otro
perro[6]. Los perintios se alzaron con la victoria en dos de di- 3
chos duelos y, cuando se pusieron a entonar el Peán alboro-
zados, los peonios consideraron que el oráculo se refería
precisamente a eso[7] y debieron de decirse entre sí: «Ahora
que, posiblemente, se está cumpliendo el vaticinio de nues-
tro dios, momento es de que pasemos a la acción». Así pues,
por haber entonado el Peán, los peonios atacaron a los pe-
rintios y se impusieron netamente, dejando con vida a un
exiguo número de enemigos.

---

posiblemente—, al identificar a los atacantes con los peonios del Estrimón (en contra de esta interpretación, aunque sin aportar argumentos concluyentes, cf. B. Virgilio, *Commento storico al quinto libro delle 'Storie' di Erodoto*, Pisa, 1975, págs. 42-43). Con todo, es posible que el enfrentamiento entre peonios y perintios se sitúe en el marco de las correrías que cimerios y treres (un pueblo cimerio o tracio) llevaron a cabo por Asia Menor, desde los tiempos del reinado de Asarhaddón en Asiria (hacia 680-669 a. C.), hasta el de Aliates en Lidia (hacia 607-560 a. C.).

[6] Los caballos y los perros de caza de Peonia eran famosos en la Antigüedad. Cf. Mimnermo, fr. 14, F. R. Adrados, *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, I, Barcelona, 1956; Pólux, V 46 y 47.

[7] El Peán (del dórico *paián* = jónico, *paión*) era un himno o canto, dirigido principalmente a Apolo, en el que se celebraba una victoria —como en este caso—, o en el que se pedía a la divinidad el triunfo (sobre sus orígenes, cf. F. R. Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, págs. 81 y sigs.). El estribillo del canto consistía en las palabras «Ié peón» (= griego, *Iḗ Paiṓn;* un grito ritual, quizá sin sentido, que secundariamente se consideró como un epíteto de Apolo, equivalente a «sanador»), forma que coincidía con el singular del gentilicio «peon(io)» (= griego, *Paiṓn).* De ahí la interpretación del oráculo.

2 Esto es, en suma, lo que en cierta ocasión les había ocurrido a manos de los peonios. Pero, en aquellos momentos, dado el valeroso comportamiento de los perintios en defensa de su libertad, los persas de Megabazo lograron
2 imponerse gracias a su superioridad numérica. Una vez reducida Perinto, Megabazo atravesó Tracia[8] al frente de su ejército, sometiendo a la autoridad del rey todas las ciudades y todos los pueblos establecidos en dicha zona, pues las órdenes que había recibido de Darío consistían en conquistar Tracia.

Costumbres de los tracios

3 Por cierto que el pueblo tracio es —después, eso sí, de los indios— el más numeroso del mundo[9]. Y, si estuviese regido por un único caudillo o siguiera unas directrices comunes[10], en mi opinión resultaría invencible y

[8] De Este a Oeste, siguiendo la costa del Egeo, como se desprende de V 10. Con ocasión de la campaña escítica, Darío había sometido ya —al menos temporalmente— a las tribus tracias establecidas en la costa del Mar Negro, desde el Bósforo al Danubio (cf. IV 93; 118, 5).

[9] Comienza en este punto, extendiéndose hasta el capítulo 10, el llamado *lógos tracio;* es decir, una digresión geográfico-etnográfica, sobre los tracios y sus costumbres, similar —aunque más bien breve— a los excursos de este tipo, usuales en el historiador, y consistentes en la descripción de un país a medida que los persas, en su expansión imperialista, entran en contacto con él y lo someten (de acuerdo con la tesis que considera que el armazón de la obra de Heródoto está compuesto por unas *Persiká,* o «Historia de Persia»; cf. G. DE SANCTIS, «La composizione della Storia di Erodoto», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 4 (1926), 289 y sigs.). Heródoto creía que el pueblo tracio era muy numeroso pues fijaba el límite septentrional de Tracia en el Danubio, y suponía que el río se hallaba situado mucho más al norte de lo que en realidad se encuentra (cf., *supra,* IV 99, 1, y nota IV 375); de ahí que, en su configuración del mundo, Tracia fuera muy extensa. Sobre la primacía de la India en cuanto a población, cf. III 94, 2, y 98 y sigs.

[10] Sobre disensiones intestinas entre las tribus tracias, cf. VI 34 y 37. Pese a que Heródoto habla en ocasiones de un «rey de los tra-

sería, con ventaja, el pueblo más poderoso de la tierra. Pero lo cierto es que esa unión de los tracios es inviable y no hay posibilidad de que alguna vez llegue a producirse; de ahí que, como es natural, carezcan de poderío. Poseen diversos gentilicios[11] 2
según sus respectivas zonas de residencia, pero, en general, todos ellos observan costumbres similares, salvo los getas, los trausos y las tribus que habitan al norte de los crestoneos[12].

Por lo que a estos tracios se refiere, ya he indicado lo 4
que hacen los getas, que se creen inmortales[13]. Por su parte, los trausos se atienen, en líneas generales, a las mismas costumbres que los demás tracios[14], si bien, con ocasión del

---

cios», sin duda a ese monarca lo consideraba jefe de una sola tribu (cf. VI 39, 2, para Óloro, que era rey de los tracios sapeos; y VII 137, 3, para Sitalces, rey de los tracios odrisas).

[11] A lo largo de su obra, el historiador llega a mencionar hasta veinticinco tribus tracias (cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, págs. 45-46). Por otros autores antiguos (fundamentalmente, Tucíd., II 96, y Plinio, *Historia Natural* IV 43 y sigs.), conocemos los nombres de más de cincuenta tribus tracias. Cf., en general, J. Wiesner, *Die Thraker*, Stuttgart, 1963, págs. 13-23.

[12] Los getas vivían entre los Balcanes y el Danubio, y habían sido sometidos por Darío con ocasión de la campaña que el monarca persa realizó contra Escitia (cf. IV 93 y sigs.). Pese a que Livio (XXXVII 41) situaba a los trausos junto a la desembocadura del Hebro, en realidad habitaban en las estribaciones de los montes Ródope y en el valle del río Travo, que desemboca en el Egeo no lejos de Abdera (cf. E. Oberhummer, *s. v. Trausi, R. E.*, VI A, 2 [1937], cols. 2245-2246). Los crestoneos habitaban en la Crestónica, una región situada al norte de Macedonia, entre los cursos del Axio y el Estrimón (cf. VII 124; VIII 116; y E. Oberhummer, *s. v. Krestoner, R. E.* XI, 2 [1922], col. 1718). No se sabe a ciencia cierta qué tribus tracias eran las que residían al norte de los crestoneos.

[13] Cf. IV 94-95, y Pomponio Mela, I 18. Heródoto se refiere a las ceremonias cuatrienales que los getas realizaban para enviar emisarios a entrevistarse con Salmoxis, su divinidad (sobre la misma, cf. nota IV 365).

[14] Las más destacables de esas costumbres las refiere Heródoto en V 6-8.

nacimiento y de la muerte de uno de los suyos, obran como
2 sigue: en el primer caso, los parientes del recién nacido toman asiento a su alrededor y se lamentan ante la serie de males que, por el hecho de haber nacido, deberá sufrir la criatura, enumerando[15] todas las desventuras propias de la vida humana; en cambio, al que fallece le dan sepultura entre bromas y manifestaciones de alegría, alegando que, libre ya de tan gran número de males, goza de una completa felicidad[16].

5 Por otra parte, los tracios que habitan al norte de los crestoneos hacen lo siguiente: cada uno cuenta con varias esposas[17]. Pues bien, cuando uno de ellos muere, se suscita entre sus mujeres una gran porfía, así como un profundo interés[18] entre sus amigos, para determinar qué esposa era

[15] Posiblemente las lamentaciones consistían en una especie de letanía, en la que se entonaban las desventuras propias de la vida humana. Para una costumbre similar entre los pueblos eslavos, cf. G. Kazarow, «Zu Herodotos V, 4», *Philologische Wochenschrift* 60 (1940), 410 y sigs.

[16] Esta actitud de los trausos (sobre la que nos informan también Pomponio Mela, II 18; Valerio Máximo, II 6, 12; Nicolao de Damasco, fr. 117; F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker* [= *F. Gr. Hist.*], 90, Berlín-Leiden, 1923...; Hesiquio, *s. v. Traûsos;* y Zenobio, V 25) debía de responder a la creencia en una vida feliz en el más allá. Un pasaje de una tragedia perdida de Eurípides *(Cresfontes,* fr. 449, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta,* Hildesheim, 1964 [= 1888]), que tradujo Cicerón *(Tuscul. disput.* I 48, 115), se hace eco de esta actitud pesimista ante la vida humana que, por otra parte, se hallaba en consonancia con el pesimismo de que hacen gala algunos autores griegos (cf. Teognis, 425-428; Sófocles, *Edipo en Colono* 1225-1228; etc.).

[17] La poligamia estaba generalizada entre todos los tracios (cf. Eurípides, *Andrómaca* 215-218; Estrabón, VII 3, 4), siendo una característica específica de las tribus tracias aquí aludidas la inmolación de la esposa favorita a la muerte del marido.

[18] O bien, «así como una profunda rivalidad», suponiendo que, entre los amigos del difunto, se incluyeran parientes de sus distintas esposas.

la favorita del marido. Y la que consigue el honor de resultar elegida, se ve colmada de elogios por hombres y mujeres, siendo degollada, acto seguido, sobre la tumba por su pariente más próximo. Y, una vez degollada, recibe sepultura con su marido[19]; mientras que las demás esposas se sienten sumamente desoladas, pues esta situación[20] constituye para ellas una grandísima afrenta.

6 He aquí ahora una norma que rige entre los demás tracios: ponen en venta a sus hijos, exportándolos[21]. Además, no mantienen a sus doncellas a buen recaudo, sino que les permiten mantener relaciones con los hombres, a su antojo. En cambio, vigilan celosamente a sus esposas (a estas últimas se las compran a sus padres a un elevado precio). Lle- 2
var tatuajes está considerado como un signo de nobleza[22],

Cf. J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= 1938), pág. 336.

[19] Esteban de Bizancio, *s. v. Getía*, también atribuye a los getas esta costumbre, que se halla basada en la creencia de que el muerto necesita de aquellas cosas o personas de que ha gozado durante la vida. Cf. IV 71, 4, para una costumbre similar entre los escitas; y los testimonios de Cicerón, *Tuscul. disput.* V 27, 78; Eliano, *Historias varias* VII 18; y Diodoro, XIX 33, 2-34, 6, referidos a otros pueblos.

[20] Es decir, conservar la vida a la muerte de su marido.

[21] Principalmente al mundo helénico, ya que los griegos (además de utilizar como esclavos a los prisioneros de guerra; cf. P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, París, 1968, *passim*) conseguían sus esclavos en los mercados de Tracia, Iliria, Frigia, Lidia, Caria, Escitia, etc. Cf., entre otros, Eurípides, *Orestes* 1507-1508; *Alcestis* 675-678; Aristófanes, *Aves* 763; *Caballeros* 44.

[22] Heródoto destaca esta costumbre porque, entre los griegos, los tatuajes (denominados *stígmata*, «estigmas», ya que «tatuar» es un término tomado a los indígenas de la isla de Tahití, en la Polinesia, a través del inglés *to tattoo*) constituían unos signos infamantes, ya que con ellos —más bien con hierros al rojo— se marcaba a los esclavos (cf. Aristófanes, *Aves* 760; Esquines, *De falsa legatione* 79; Lucia-

y de baja ralea no llevarlos. Permanecer ocioso[23] lo consideran el mayor de los honores y, a quien trabaja la tierra, el mayor de los infames: lo más decoroso es vivir de la guerra y del pillaje. Éstas son sus costumbres más destacables.

7 Adoran tan sólo a los siguientes dioses: a Ares, a Dioniso y a Ártemis[24]. Sin embargo sus reyes, a diferencia de los demás ciudadanos, al dios que más adoran es a Hermes; además, sólo juran por esta divinidad y aseguran que, personalmente, descienden de Hermes[25].

---

no, *Timón* 17; Diógenes Laercio, V 46; etc.). Estos tatuajes de los tracios (cf. también Cicerón, *De off.* II 7, 5; Dión Crisóstomo, XIV 19) indicaban la casta, la tribu o el tótem, siendo varios los pueblos antiguos que se caracterizaban por llevar tatuajes (cf. Estrabón, VII 5, 4, para los ilirios; Jenofonte, *Anábasis* V 4, 32, para los mosinecos; y Pomponio Mela, II 10, para los agatirsos).

[23] Referido a las actividades comerciales y, especialmente, a las agrícolas. Cf. Tácito, *Germania* 14, 3, para similar actitud entre los germanos.

[24] Como en otras ocasiones similares, nos encontramos ante una *interpretatio graeca;* en este caso, de las divinidades tracias. Con el nombre de Ares hay que identificar quizá al *Plistoro* mencionado en IX 119, divinidad a la que se ofrecían sacrificios humanos; tal vez fuese una especie de divinidad suprema —y de ahí que se la nombre en primer lugar— de carácter guerrero. Dioniso (el origen tracio de su culto orgíaco se admite frecuentemente; cf. H. Jeanmaire, *Dionysos,* París, 1951, págs. 94 y sigs.; 430 y sigs., y 488) encarnaría a un dios de culto orgiástico, en relación con el éxtasis y el vino; posiblemente a la divinidad tracia *Sabazio.* Ártemis quizá represente a *Bendis,* una diosa de la naturaleza (que incluso recibía culto en Atenas; cf. Platón, *República* 327a; Jenofonte, *Helénicas* II 4, 11). En cualquier caso, es presumible suponer que los tracios contaron con más divinidades que las aquí citadas (cf., *supra,* nota II 213, para los Cabiros; y IV 95, para la inclusión de Salmoxis entre los dioses de los tracios).

[25] La identificación del Hermes tracio plantea algunos problemas. Se ha pensado que se trata de un dios del viento. Pero el que los reyes se consideraran descendientes suyos permite otra interpretación: suponer que representa a una divinidad solar cuyo culto estaba reser-

Las ceremonias fúnebres en honor de los tracios acaudalados se desarrollan como sigue: exponen el cadáver por espacio de tres días y, tras inmolar toda suerte de víctimas, se dan un banquete[26] después de una serie de lamentaciones previas. Posteriormente celebran sus exequias incinerándolo o, simplemente, inhumándolo; y, tras haber erigido un túmulo, celebran un certamen atlético integrado por todo tipo de competiciones, en el que se conceden los más importantes premios debido al carácter singular de las pruebas[27]. 8

---

vado a los *basileîs;* es decir, a la clase dominante. Este dualismo religioso podría reflejar una diferenciación clasista de la sociedad tracia, en la que la clase aristocrática, con unas costumbres específicas (tatuajes, dedicación a la guerra y el pillaje), veneraba a una divinidad solar; mientras que la clase proletaria veneraba fundamentalmente a divinidades de carácter agrícola y ctónico. Este dualismo social y religioso podría ser consecuencia de un dualismo étnico: un pueblo de invasores indoeuropeos, que venerarían a un dios solar, se habría impuesto a una población indígena preindoeuropea. Cf. R. Pettazzoni, «La religione dell' antica Tracia», *Serta Kazaroviana* I, Sofía, 1950, págs. 291-299 (= *Essays on the History of Religions*, Leiden, 1954, págs. 81-94).

[26] La costumbre de celebrar un festín con ocasión de un funeral se daba también entre los escitas (cf. IV 71) y es, asimismo, mencionada por Homero *(Ilíada* XXIII 29).

[27] El historiador pretende poner de relieve la diferencia existente entre estas competiciones de los tracios y los certámenes atléticos que celebraban los griegos, en los que los premios que se otorgaban a los vencedores de las distintas pruebas eran de poca importancia material (cf. VIII 26, 3). Por otra parte, en los juegos griegos intervenían más de dos competidores en cada prueba (cf. V 22, 2), en tanto que, en los de los tracios, los participantes actuaban en «duelos singulares». Con todo, es posible otra interpretación. H. Stein *(Herodoti Historiae,* V, Dublín-Zurich, 1970 [= 1894, 5.ª ed.], pág. 9) traduce: «wobei die grössten Preise für den Einzelkampf je nach seiner Bedeutung ausgesetzt werden»; y Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre V..., ad locum):* «où les prix les plus importants sont proposés, avec raison, aux vainqueurs en combat singulier»; añadiendo (en nota 1, pág. 21): *«Mounomachiēs,* qu'il ne faut pas rattacher á *katà lógon,* ne désigne pas toute

En esto consisten, pues, las ceremonias fúnebres de los tracios.

Los territorios al norte del Istro

9 Por otra parte, sobre la zona situada al norte ya de la región que nos ocupa[28], nadie puede especificar a ciencia cierta quiénes son los sujetos que la habitan; sin embargo, parece indudable que las comarcas sitas más allá ya del Istro constituyen un territorio desértico que carece de límites[29]. Tan sólo he podido averiguar que, al otro lado del Istro, habita un pueblo que recibe el nombre de siginas[30] y que utiliza una indumentaria médica[31].

espèce d'épreuves où n'entreraient en compétition que deux adversaires, mais en particulier le combat de deux hommes armés. Cette épreuve étant la plus dangereuse, il était natúrel que, suivant une juste proportion *(katà lógon),* le prix fût alors le plus importante».

[28] Es decir, Tracia.

[29] Como en otros casos (cf., por ejemplo, IV 17, 2), el horizonte geográfico de Heródoto se ve delimitado por una zona desértica, al configurar los límites de los conocimientos empíricos (cf. H. Edelmann, «Ἐρημίη und ἔρημος bei Herodot», *Klio* 52 [1970], 79 y sigs.). No obstante, el historiador procura dar siempre una nota de objetividad a su falta de informaciones precisas sobre tales zonas, justificando generalmente el carácter desértico de esos lugares por su riguroso clima (como hace en esta ocasión; cf. el capítulo siguiente). La ilimitada extensión del desierto, que, según Heródoto, se hallaba al N. del Istro (= Danubio), responde al desconocimiento del historiador sobre los límites nórdicos de Europa (cf. IV 45, 1), ya que el mundo griego no mantenía relaciones comerciales con las regiones situadas en esas latitudes (la ruta del ámbar, de la que Heródoto poseía nociones muy vagas, constituía la única vía de comunicación; cf., *supra,* notas III 587 y 589).

[30] Apolonio de Rodas (IV 320) sitúa a los siginas en el delta del Danubio; y Estrabón (XI 11, 8) en el Cáucaso (el testimonio de Ctesias, fr. 55, *F. Gr. Hist.* 688, no tiene relación con el pueblo aquí citado). Como el propio Heródoto indica que este pueblo se extendía hasta las proximidades del Adriático, hay que situarlo en el valle medio del Danubio.

[31] Es decir, una indumentaria caracterizada fundamentalmente por un gorro para la cabeza, como las tiaras que llevaban los persas (cf. III 12, 4,

Por cierto que los caballos de esas gentes tienen todo el 2
cuerpo cubierto de un tupido pelaje, cuya longitud alcanza hasta cinco dedos. Además, son pequeños, chatos e incapaces de llevar a un jinete; sin embargo, uncidos a carros, son sumamente veloces[32]; de ahí que los naturales de esa zona se desplacen en dichos vehículos.

---

y nota III 64), y por unos pantalones, similares a los *anaxírides* persas, cf. nota III 433 (con todo, también podría tratarse, aunque es menos probable, de un vestido largo y amplio, con mangas acampanadas, cf. III 84). En cualquier caso, el atuendo de los siginas sería «de tipo médico» por la similitud de las prendas, no porque hubiese habido un contacto cultural entre ambos pueblos.

[32] Posiblemente tenemos aquí una alusión al «caballo de *Przewalski»,* único representante actual de antiguos caballos salvajes y que es considerado como el más próximo, desde el punto de vista de su morfología, al caballo representado en el arte paleolítico. Este tipo de caballo fue descubierto en 1879 por el capitán de caballería rusa N. M. Przewalski, con ocasión de una expedición por las estribaciones meridionales del Altai. Actualmente está casi extinguido, ya que las expediciones científicas realizadas en 1967 y 1968 por el Instituto de Biología de la Academia de Ciencias de Mongolia tan sólo lograron hallar diez ejemplares en la región de los montes Tachijn Shar Narun (el número existente en la actualidad en diversos zoológicos europeos alcanza la cifra de unos doscientos ejemplares).

El «caballo *Przewalski»* es un animal pequeño (su alzada no supera los 140 cm., y su longitud ronda los 125), de constitución robusta y miembros cortos, pero estilizados en sus extremos. La cabeza es bastante corta, pero grande y pesada, al igual que el cuello. En general, cf. J. Altura, J. M. Apellaniz, *Las figuras rupestres paleolíticas de la cueva de Altxerri (Guipuzcoa),* San Sebastián, 1976, págs. 214-218.

La información de Heródoto (aunque del texto griego se infiere que no constató personalmente los datos que facilita; cf., sin embargo, para un tipo de caballo semejante, Aristóteles, *Hist. anim.* VI 24, 1; *De gen. anim.* II 8, 24) es, pues, muy interesante zoológicamente, pues demostraría la reducción del hábitat de este tipo de caballo, que en el paleolítico existía en Europa Occidental y que, en el siglo v a. C., había emigrado ya a Europa Oriental.

3 Las fronteras de ese pueblo se extienden hasta las proximidades de los énetos del Adriático[33]. Según ellos, son colonos de los medos[34], pero yo no acierto a explicarme cómo es que el origen de esas gentes se remonta a unos colonos medos; aunque todo ha podido suceder en el curso de los siglos. En cualquier caso, los ligures que habitan más arriba de Masalia[35] llaman «siginas» a los

---

[33] Los énetos (es decir, los *vénetos)* ocupaban la zona comprendida entre el valle del Adigio, al Sur, y se extendían, por el Adriático, hasta Iliria (Heródoto los consideraba de origen ilirio, cf. I 196, 1, cosa que responde a la realidad). La precisión del historiador tiene por objeto distinguirlos de los énetos de Paflagonia, conocidos ya por Homero *(Ilíada* II 852), de quienes, según algunos autores antiguos (cf. Meandro de Mileto, fr. 4, *F. Gr. Hist.* 491, *apud* Estrabón, XII 3, 25), descenderían los aquí citados, que llegaron a Italia, mandados por Antenor, tras la guerra de Troya. Hoy en día se considera que se trata de un pueblo indoeuropeo, pues las inscripciones vénetas que se han conservado (más de doscientas, con grafías propias, semejantes, en algunos aspectos, a las etruscas y réticas) permiten afirmarlo, por su parentesco con los idiomas del grupo itálico. Estrabón, V 1, 4, y Polibio, II 17, 5 mencionan también su posible origen céltico (posiblemente a partir de Éforo, el primer historiador de las migraciones celtas; cf. Polibio, XXXIV 1, 3).

[34] Es posible que Heródoto —o su informador— sufriera una confusión y que los siginas (o algunas tribus de ese pueblo) estuvieran relacionados con los *maidoí* (= medos), una tribu tracia (cf. Tucíd., II 98, 2), que debía de estar asentada en el curso medio del Estrimón y que pudo trasladarse al alto Axio.

[35] La precisión de Heródoto pretende diferenciar a estos ligures de otro pueblo del mismo nombre establecido en la costa anatólica del mar Negro (cf. VII 72, 1). Los ligures ocuparon vastas regiones de Europa Occidental, pero su territorio se fue reduciendo por la penetración de los elementos indoeuropeos. En el siglo VI a. C., los ligures propiamente dichos se extendían del Ródano al Arno, y por el valle del Po. Masalia (= Marsella) había sido fundada por colonos foceos hacia el año 600 a. C.

buhoneros, y los chipriotas dan ese nombre a los venablos[36].

Al decir de los tracios, sin embargo[37], las tierras sitas más allá del Istro las ocupan enjambres de abejas[38], y a ellas se debe la imposibilidad de progresar hacia el norte. Sea como fuere, a mi juicio esta afirmación de los tracios carece de verosimilitud, pues, de hecho, esos animales son muy sensibles al frío. En realidad, a mí me parece que las tierras nórdicas[39] son inhabitables por la crudeza de sus inviernos.

---

[36] Algunos críticos consideran que esta aclaración de Heródoto es una glosa interpolada por algún escoliasta (como ocurre en APOLOINIO DE RODAS, II 99, respecto al mismo concepto). Sobre la actividad de los buhoneros aquí citados, cf. P. SCHMITT, «Un peuple spécialisé dans le négoce á travers la Celtique», *Geographie commerciale de la Gaule,* Tours, 1977, págs. 271 y sigs. En Chipre el término «siginas» (cf. ARISTÓTELES, *Poética* 21, 1475b) designaba en concreto a unas puntas de lanza, hechas de bronce, que pueden datarse en el período geométrico; cf. V. KARAGEORGHIS, «Notes on sigynnae and obeloi», *Bulletin de corresp. hellénique* 94 (1970), 35-44.

[37] La aclaración de la fuente permite deducir que las informaciones que Heródoto transmite en el capítulo anterior no eran de origen tracio. Posiblemente el historiador las recogió en Occidente, quizá —salvo la precisión del empleo en Chipre de la palabra «siginas»— de una obra escrita, pues, en la *Historia,* Masalia sólo es citada una vez; precisamente en ese pasaje (la posibilidad de obtener noticias sobre Europa Occidental estaba muy restringida para los griegos del siglo v a. C., por el dominio que los cartagineses ejercían en la zona; cf. nota III 587).

[38] En ello debe de haber una alusión a los insectos y mosquitos que proliferan en las regiones húmedas.

[39] En griego dice «las (regiones situadas) bajo la Osa». Para el empleo de un sistema de orientación espacial en Heródoto, cf., *supra,* nota I 16.

2 Esto es, pues, lo que se cuenta de ese país, cuyas costas, en definitiva, Megabazo estaba sometiendo a la autoridad de los persas[40].

Darío recompensa a Histieo de Mileto y a Coes de Mitilene

11 Por su parte Darío, en cuanto llegó a Sardes, una vez cruzado el Helesponto[41], tuvo en cuenta el servicio que le había prestado Histieo de Mileto, así como el consejo que le brindara el mitileneo Coes[42], e hizo que ambos se presentaran en Sardes, permitiéndoles que eligieran su re-
2 compensa. Pues bien, Histieo, como era tirano de Mileto, no pidió una segunda tiranía, simplemente solicitó Mircino, una comarca del territorio de los edonos, con el propósito de fundar una ciudad en ella[43]. Esto es, en suma, lo que escogió Histieo; mientras que Coes, dado que no era tirano, sino

[40] Vuelve a aparecer, como es frecuente en la *Historia*, un caso de *Ringkomposition*, o «composición anular» (cf. nota III 664), con el que se cierra el *lógos tracio* y se enlaza con la narración central, interrumpida en V 2, 2.

[41] Darío regresaba entonces a Asia tras la campaña de Escitia (cf. IV 143, 1). Y lo hizo por el Helesponto, en lugar de atravesar el Bósforo (donde había estado tendido el puente construido por el ingeniero samio Mandrocles; cf. IV 87, 1), porque esta última zona se había sublevado contra los persas (cf., *infra*, V 26).

[42] Respectivamente, oponerse al parecer de Milcíades, cuando éste —siguiendo el consejo de los escitas— era partidario de destruir el puente que los jonios habían tendido sobre el Istro (cf. IV 136, 3-137); y aconsejar a Darío que dicho puente no fuera destruido, una vez que el ejército persa había penetrado en Escitia (cf. IV 97).

[43] Los edonos habitaban en Tracia, al norte del monte Pangeo, en el valle del río Angites. En esa zona (rica en madera, oro y plata; cf., *infra*, V 23, 2), Histieo fundó, a orillas del Estrimón, la ciudad de Mircino, que controlaba la ruta costera de Tracia. La importancia económica y estratégica del lugar era muy considerable, y de ahí los posteriores intentos por asegurarse el control del mismo que realizaron los atenienses en 476-475 y 465-464 a. C., y que concluyeron en 437-436 con la fundación de Anfípolis en la desembocadura del Estrimón.

un simple ciudadano, solicitó la tiranía de Mitilene[44]. Y, una vez satisfechos los deseos de los dos, ambos se dirigieron a los lugares que habían elegido.

Deportación del pueblo peonio a Asia

12 Entretanto ocurrió que Darío, en virtud de cierto hecho del que fue testigo, concibió el deseo de ordenarle a Megabazo que sometiera a los peonios y que, desde Europa, los deportase a Asia. El hecho en cuestión fue el siguiente[45]. Pigres y Mastias eran unos peonios que, cuando Darío hubo regresado a Asia, se llegaron a Sardes en compañía de una hermana suya, esbelta a la par que agraciada, porque, en su fuero interno, deseaban erigirse en tiranos de su pueblo. Aguardaron entonces a que Darío tomara asiento, 2
en audiencia pública, en las afueras de la capital de los lidios, e hicieron lo siguiente: ataviaron a su hermana lo mejor que pudieron y la enviaron a por agua con un cántaro en la cabeza; además con un brazo[46] llevaba a un caballo de la brida y, de paso, iba hilando lino. Cuando la mujer pasó ante 3

---

[44] Lo que, a la postre, iba a acarrearle la muerte (cf. V 38, 1). Coes había figurado como general de los mitileneos en la campaña escítica de Darío (cf. IV 97, 2), y, una vez erigido en tirano, cooperó decididamente con los persas. Cf. V 26; 37, 1; y H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Múnich, 1967, I, pág. 95; II, pág. 575.

[45] Como es natural, la razón que impulsó a Darío a ordenar la deportación de los peonios (una práctica usual en las monarquías orientales; cf. D. Ambaglio, «Il motivo della deportazione in Erodoto», *Rendiconti dell' Istituto Lombardo* 99 [1975], 378 y sigs.) no se debió a la anécdota que cuenta el historiador, sino al peligro que, para los fines expansionistas persas en Europa, suponía la presencia en Tracia de un pueblo tan belicoso como el de los peonios.

[46] En griego dice «el brazo», porque con él la mujer llevaba la brida del caballo y en esa mano tenía, además, el copo de lino del que iba hilando y el huso en el que devanaba lo hilado.

Darío, despertó la atención del monarca, pues su compor-
tamiento no respondía a las costumbres persas o lidias, ni
a las de ningún pueblo de Asia[47]. Dado, pues, que des-
pertó la atención del monarca, éste envió a algunos de sus
guardias con la orden de que observaran cuidadosamente
4 lo que la mujer iba a hacer con el caballo[48]. Como es natu-
ral, los guardias siguieron sus pasos y, por su parte, ella, al
llegar al río[49], abrevó al caballo; hecho lo cual, y tras ha-
ber llenado el cántaro de agua, regresó por el mismo ca-
mino, con el recipiente de agua sobre la cabeza, al tiempo
que con un brazo llevaba al caballo de la brida e iba ma-
nejando el huso.

13 Entonces Darío, perplejo ante los informes que recibió
de sus observadores y ante lo que estaba viendo con sus
propios ojos, ordenó que la condujeran a su presencia.
Cuando compareció la mujer, se personaron también sus
hermanos, que seguían el desarrollo de los acontecimientos
desde algún lugar no muy alejado. Y al preguntar Darío de
qué país era ella originaria, los jóvenes manifestaron que
2 eran peonios y que aquella mujer era hermana suya. El mo-
narca, entonces, replicó que quiénes eran los peonios, que
en qué parte del mundo se hallaba su país y cuál era el ob-
jeto de su llegada a Sardes. Ellos le explicaron que habían
acudido para ponerse a su entera disposición, que Peonia se

[47] Porque en Asia las mujeres libres solían permanecer recluidas en sus casas, siendo las esclavas quienes realizaban esos menesteres. Pero que la mujer peonia no era una esclava quedaba evidenciado por las ropas que vestía.

[48] A Darío (que, en su calidad de persa, pertenecía a un pueblo en el que los caballos se consagraban al servicio de los dioses, o les eran ofrecidos en sacrificio; cf. I 136, 2; 189, 1; VII 40, 2-4; 113, 2) le llamaba la atención que una mujer pudiese ocuparse del cuidado de un caballo, porque esa tarea, en Persia, la desempeñaban los hombres.

[49] Posiblemente el Pactolo, que atravesaba Sardes (cf. V 101, 2).

hallaba situada a orillas del río Estrimón, que el Estrimón no estaba lejos del Helesponto y que los peonios descendían de colonos teucros, originarios de Troya[50]. Punto por punto, 3 esto fue, en suma, lo que le respondieron. Por su parte Darío les preguntó si también todas las mujeres de su país eran tan laboriosas; y a esta nueva pregunta ellos se apresuraron a contestar afirmativamente, pues lo cierto es que lo habían preparado todo precisamente con vistas a dicha afirmación[51].

Darío, entonces, escribió unas letras a Megabazo, a 14 quien había dejado en Tracia al frente del ejército, ordenándole que desalojara a los peonios de sus predios y que los condujera ante su persona en unión de sus hijos y de sus

[50] Llegados con ocasión de una migración de pueblos del noroeste de Asia Menor producida con anterioridad a la guerra de Troya (cf., *infra*, VII 20, 2, donde se relata dicha migración). El gentilicio «teucro» era otra denominación de los troyanos, derivado de Teucro, mítico antepasado de la familia real de Troya. Como se ve, la respuesta de Pigres y Mastias recoge, en orden inverso, las preguntas de Darío. Recordar el origen asiático del pueblo peonio suponía considerarlo, en cierta manera, súbdito en potencia de Darío, «pues los persas reivindican como algo propio Asia y los pueblos bárbaros que la habitan» (cf. I 4, 4); indicar que Peonia no estaba lejos del Helesponto implicaba que su conquista no sería difícil para los persas; manifestar que habían acudido para ponerse a disposición de Darío tenía como fin conseguir alguna recompensa de parte del monarca.

[51] Si bien, el resultado de su plan trajo consigo algo que no esperaban: la deportación de los peonios. En realidad, este pasaje de Heródoto carece de historicidad y, posiblemente, se trata de la transposición de un «cuento» lidio de carácter etiológico sobre Misia (cf. Nicolao de Damasco, fr. 71, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 90, que sitúa la historia en tiempos del rey lidio Aliates, hacia 607-560 a. C.). Desde luego, Pigres es un nombre de origen cario y Mastias puede tener un origen anatólico; según esto, originariamente los protagonistas del episodio no habrían sido peonios, sino anatolios. Cf. Ed. will, «Hérodote et la jeune péonienne», *Revue des Études Grecques* 80 (1967), 176 y sigs.

2 mujeres. Sin pérdida de tiempo, un jinete portador del mensaje partió al galope en dirección al Helesponto, lo atravesó y entregó la misiva a Megabazo, quien, una vez que la hubo leído, se hizo con unos guías y, desde Tracia, se dirigió contra Peonia.

Campaña de Megabazo en Peonia

15 Al tener noticias de que los persas marchaban contra ellos, los peonios se reunieron y, desde sus tierras, dirigieron sus fuerzas a la costa[52], en la creencia de que los persas
2 iban a intentar la invasión por dicha zona. Los peonios, pues, estaban preparados para rechazar el ataque de las tropas de Megabazo. Sin embargo los persas, al tener noticias de que los peonios habían agrupado sus efectivos y de que mantenían vigilada la vía de acceso del litoral, como disponían de guías, se deviaron por la ruta del interior[53] y, sin que los peomios se percataran, cayeron sobre sus ciudades, que se hallaban faltas de defensores; y, dado que atacaron unas ciudades indefensas,
3 se apoderaron de ellas fácilmente. Entonces los peonios, al tener conocimiento de la ocupación de sus ciudades, se dispersaron rápidamente y regresaron a sus respectivos lugares de residencia, rindiéndose a los persas. Así fue, en definitiva, como las tribus peonias de los siriopeonios, de los peoples[54] y

[52] Como se deduce de todo el contexto en que Heródoto sitúa la campaña de Megabazo contra los peonios, probablemente a la zona de la desembocadura del Estrimón.

[53] Desde la desembocadura del río Nesto a la del Estrimón existían dos rutas. La más accesible corría paralela a la costa, bordeando el monte Pangeo por el sur, a través de la región de Pieria. La segunda vía de acceso era una ruta de montaña (que atravesaba el territorio de los sapeos y bordeaba por el norte el monte Pangeo, siguiendo el curso del río Angites), menos apta que la primera para el avance de un ejército (cf., *infra*, VII 109-113, y 121).

[54] Los siriopeonios estaban establecidos en el curso bajo del Estrimón (su nombre derivaba de la ciudad de Siris —cf. VIII 115, 3—, la más im-

de los habitantes de la zona que se extiende hasta el lago Prasíade[55] se vieron desalojados de sus predios y conducidos a Asia.

Por cierto que los peonios que residen en las proximidades del monte Pangeo, [de las tribus de los doberes, los agrianes y los odomantos[56]], y del mismísimo lago Prasíade, 16

---

portante del territorio que ocupaba ese pueblo); mientras que los peoples residían al noroeste de los siriopeonios, curso arriba del Estrimón (y, por el testimonio del historiador en VII 113, 1, parece ser que no todos los miembros de esta tribu fueron deportados a Asia).

[55] El lago Prasíade plantea problemas de localización exacta, ya que puede identificarse con el lago que en la actualidad recibe el nombre de *Butkovo,* situado a la derecha del Estrimón —a unos 60 km. de su desembocadura—, y que debía de constituir el antiguo cauce del río; o bien con el lago llamado hoy en día *Doiran,* situado a unos 25 km. al oeste del anterior, en la frontera entre Yugoeslavia y Grecia. En favor de la primera localización parecen atestiguar las precisiones topográficas del propio Heródoto, al indicar, en V 17, 2, la existencia de una ruta desde el lago Prasíade hasta Macedonia a través del monte Disoro, y al afirmar, en V 16, 2, que los habitantes del lago traían la madera para sus viviendas desde el monte Orbelo, cosa que sólo podrían haber hecho siguiendo el curso del Estrimón. No obstante, como este último dato (cf. nota V 59) puede no responder a la realidad y debido, sobre todo, a que en el actual lago Doiran se han encontrado restos de un antiguo establecimiento palafítico (cf. B. Saria, *s. v. Prasiás límne, R. E.,* XXII, 2 [1954], cols. 1698-1699), también la localización del lago Prasíade en esta zona es factible (cf., por ejemplo, el mapa de S. Lauffer, *Das klassische Griechenland,* Darmstadt, [s. a.], ed. J. Perthes).

[56] Posiblemente la mención de estas tres tribus constituye una interpolación. Los doberes eran una tribu peonia que habitaba al norte del Pangeo (cf. Estrabón, VII, fr. 36; y Plinio, *Hist. Nat.* XX 27); y los agrianes también eran peonios, establecidos en el curso alto del Estrimón (cf. Tucíd., II 96, 3). Por su parte, los odomantos eran una tribu tracia que habitaba al norte de los doberes (cf., *infra,* VII 112; Tucíd., II 101; y Estrabón, VII, fr. 36). El historiador lo que quiere poner de relieve es que los persas no se adentraron en las zonas montañosas situadas al norte del Pangeo y al este del Estrimón. Identificando el lago Prasíade con el lago Butkovo, cabe dedu-

no fueron sojuzgados en ningún momento por Megabazo, pese a que incluso tuvo lugar una tentativa para someter a los habitantes del lago, lugar en el que están asentados de la siguiente manera: en medio del lago se alza una plataforma, ensamblada sobre unos elevados postes, a la que, desde tierra firme, se accede tan sólo por una estrecha pa-
2 sarela[57]. Primitivamente todos los residentes en la plataforma debieron de erigir de manera solidaria los postes que la sostienen; pero, posteriormente, para su erección se han venido ateniendo a la siguiente norma: por cada mujer con quien contraen nupcias (y cada individuo se casa con numerosas mujeres[58]), el interesado coloca bajo la plataforma tres postes que traen de un monte cuyo nombre es Orbelo[59].

3 Sus viviendas, por otra parte, son como sigue: cada uno posee, en la plataforma, una cabaña —lugar en el que resi-

---

cir que el punto máximo del avance persa, en su campaña contra los peonios, llegó hasta esa zona del valle del Estrimón.

[57] Traduzco considerando como enálage los dos adjetivos que aparecen en el texto, que literalmente dice: «...que, desde tierra firme, posee un estrecho acceso por una única pasarela». Ésta es la primera mención en una fuente de la Antigüedad a palafitos, que, desde el neolítico a la Edad del Bronce, abundaron en Europa, sobre todo por las regiones en torno a los Alpes, y que brindaban a sus moradores una magnífica defensa ante posibles agresiones (de ahí que la pretendida tentativa de Megabazo contra ese hábitat lacustre fracasara).

[58] Sobre la poligamia entre los tracios, cf. nota V 17.

[59] El monte Orbelo (el actual *Pirin Dagh*, en la frontera greco-búlgara) se hallaba a unos 100 km. de la costa del Egeo, entre los cursos del Estrimón y el Axio. Dada la distancia entre dicho monte y el lago Prasíade, quizá haya que pensar que los habitantes del lago no se procuraban la madera en él, sino en el monte Disoro, en cuyas estribaciones se encontraba precisamente el lago, y que poseía abundantes árboles.

de— y una trampilla[60] que, a través del tablado del suelo, va a dar al lago. (A los niños pequeños, ante el temor de que se resbalen y caigan al agua, los atan del pie con una soga.)

4 A los caballos y a las bestias de carga les dan peces a modo de forraje[61], pues hay una abundancia tan grande de pescado que, si uno abre la trampilla y, con la ayuda de una cuerda, deja caer al lago una cesta vacía, al cabo de una espera no muy prolongada la saca repleta de peces. Por cierto que cuentan con dos clases de peces, que ellos denominan *pápraces* y *tilones*[62].

Misión de los persas en Macedonia, que accede a someterse. Asesinato de los embajadores persas

17 Así pues, los peonios que pudieron ser sometidos fueron conducidos a Asia. Por su parte, Megabazo, tras haber sometido a los peonios, envió a Macedonia una delegación compuesta por siete persas[63] que, después de su

[60] La trampilla (el término griego presenta problemas lingüísticos y se han propuesto diversas conjeturas) no tenía por qué estar en el interior de las cabañas. Cada cabeza de familia poseería la suya para, con una barca, desplazarse por el lago.

[61] Ateneo, VIII 35, 345e, cuenta algo similar referido a los bueyes de Tracia. Probablemente se dejaría secar el pescado y, una vez triturado, se ofrecería como alimento a los animales (la harina de pescado siempre ha sido un alimento fundamental para los animales de granja y sigue figurando en los piensos compuestos).

[62] No se conoce el tipo específico de peces a que alude el historiador (los *tilones* también son mencionados por Aristóteles, *Hist. anim.* VIII 20, 915b, quien tampoco los describe). Debe de tratarse de peces comunes en los ríos y lagos mediterráneos.

[63] La embajada persa a Macedonia, cuya historicidad es generalmente aceptada, tuvo lugar en 512 a. C. La sumisión de Tracia y de Peonia ponía a los persas a las puertas de Macedonia, y aquéllos no dejaron de actuar como lo habían venido haciendo hasta entonces desde tiempos de Ciro: con la pretensión constante de extender sus dominios. Sobre la especial importancia y significado del número siete entre los persas, cf.

propia persona, eran quienes gozaban de más prestigio entre el ejército. Dichos individuos eran enviados a la corte de Amintas[64] para reclamarle, en nombre del rey Darío, la tie-
2 rra y el agua[65]. Por cierto que, desde el lago Prasíade, hay un trayecto sumamente corto hasta Macedonia[66]: lindando con el lago se encuentra primeramente la mina, de la que, con posterioridad a estos hechos[67], se obtenía un talento de

---

H. Castritius, «Die Okkupation Thrakiens durch die Perser und der Sturz des athenischen Tyrannen Hippias», *Chiron* 2 (1972), 1 y sigs.; especialmente, pág. 2, nota 8.

[64] El rey macedonio tenía su sede, por aquellas fechas, en Egas, ciudad a la que se debieron de encaminar los embajadores persas y donde, de admitir su realidad, habrían tenido lugar los hechos que en los capítulos siguientes narra el historiador. Amintas I (que reinó de 540 a 498 a. C.) se caracterizó durante su mandato, pese a que desde la fecha en que la embajada persa llegó a su corte estuvo sometido a Persia, por su apertura hacia el mundo griego. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'evénement d'Alexandre le Grand,* París, 1960, págs. 31-34.

[65] La entrega de tales presentes, que venía a constituir una señal de sumisión (cf., *supra,* IV 126), era una fórmula típica de la diplomacia persa en sus relaciones —siempre en términos de superioridad— con otros países (cf., por ejemplo, V 73, 2). Pero la fórmula, además de indicar una petición formal de sumisión, posiblemente implicaba asimismo una exigencia para usufructuar la tierra y el agua, en el caso de que un ejército persa tuviera que atravesar el territorio del Estado al que se dirigía dicha demanda.

[66] Heródoto, al conceder a Macedonia unas fronteras próximas al lago Prasíade, se está refiriendo a una situación propia del siglo v a. C., ya que, en la época inmediatamente posterior a la campaña de Darío contra Escitia, Macedonia llegaba por el Norte sólo hasta el río Axio. Fue el hijo de Amintas, Alejandro I (que reinó de 498 a 454 a. C.), quien, tras la retirada persa de Tracia a raíz de las guerras médicas, extendió su reino hasta el Estrimón y se apoderó de Pidna. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie...*, págs. 49-51.

[67] No inmediatamente después, sino con posterioridad a 479-478 a. C., cuando Alejandro pudo independizarse de la soberanía persa y extendió las fronteras de su reino a las regiones de Migdonia, al norte de la

plata diario que iba a parar al erario de Alejandro; y, rebasada la mina —una vez franqueado el monte que recibe el nombre de Disoro[68]—, uno se halla en Macedonia.

Pues bien, cuando los comisionados persas que he cita- 18
do llegaron a la corte de Amintas, se presentaron ante él y, en nombre del rey Darío, le reclamaron la tierra y el agua. Amintas se avino a entregar lo que solicitaban[69] y les brindó su hospitalidad, mandando preparar un suntuoso banquete y dispensando a los persas una cordial acogida. Una 2
vez concluido el banquete, los persas, que estaban bebiendo a discreción[70], le dijeron lo siguiente: «Amigo macedonio, nosotros, los persas, cuando ofrecemos un gran banquete, tenemos por costumbre, en tal ocasión, incluir entre los asistentes a nuestras concubinas, así como a nuestras legíti-

---

Calcídica, Bisaltia, al oeste del Estrimón, y Crestonia, al norte de Macedonia propiamente dicha. Cf. A. Daskalakis, *The hellenism of the ancient Macedonians*, Tesalónica, 1965, págs. 204-208.

[68] Este monte separaba el valle del Estrimón de la región de Crestonia, y era rico también en yacimientos de oro (cf. Apiano, *Bell. civil.* IV 106). Un talento de plata equivalía, según el sistema de pesos monetarios atenienses, a 25,92 kg. El rendimiento anual que Alejandro I obtenía de esa mina era, pues, elevadísimo (por ejemplo, la primera tributación vigente entre los miembros de la liga delo-ática ascendía, en total, a 460 talentos anuales; cf. Tucíd., I 96).

[69] B. Virgilio («L'atteggiamento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», *Commento storico...*, pág. 138) supone que la embajada persa se dirigió a Egas, desde el lago Prasíade, por esa ruta directa que describe el historiador. La pronta aceptación de Amintas a someterse al rey Darío quizá pueda explicarse por la proximidad del ejército persa que, a las órdenes de Megabazo, estaría operando en la zona del lago.

[70] Tanto los macedonios (cf. Polibio, VIII 11; Arriano, *Anábasis* IV 8, 2) como los persas (cf., *supra,* I 133, 3-4; Eliano, *Historias varias* XII 1) tenían fama de grandes bebedores.

mas esposas[71]. En vista, pues, de que tú nos has acogido con verdadera afabilidad, de que nos agasajas espléndidamente y de que te avienes a entregarle al rey Darío la tierra
3 y el agua, sigue nuestra costumbre». «Persas —respondió a esto Amintas—, entre nosotros, concretamente, no rige esa costumbre, sino la de que los hombres estén separados de las mujeres. No obstante, puesto que vosotros, que sois quienes mandáis[72], solicitáis este nuevo favor, también veréis satisfecha esta petición».

Sin decir nada más, Amintas mandó que fueran a por las mujeres, que acudieron en cuanto las llamaron, sentándose,
4 las unas junto a las otras, frente a los persas. Éstos, entonces, al contemplar la hermosura de las mujeres, se dirigieron a Amintas diciéndole que semejante proceder carecía de toda lógica, pues mejor hubiera sido que, de buenas a primeras, las mujeres hubiesen excusado su asistencia, antes que acudir y, en vez de sentarse a su lado, hacerlo frente a ellos
5 para tormento de sus ojos. Bien a su pesar, Amintas les mandó, pues, que se sentaran junto a ellos; y, apenas las mujeres hubieron obedecido, los persas, como estaban borrachos perdidos, empezaron a toquetearles los pechos y hasta es posible que alguno intentara besarlas.

19 Amintas, que, como es natural, estaba viendo lo que sucedía, permanecía impasible, pese a la indignación que le embargaba, porque temía sobremanera a los persas. Sin embargo, su hijo Alejandro, que se hallaba presente, vien-

---

[71] Semejante costumbre (que era aborrecida por los griegos; cf. Iseo, III 14) no existía entre los pueblos orientales. Debe de tener razón Plutarco *(Quaest. conviv.* I 1, 2) al afirmar que los persas sí admitían en sus banquetes a las concubinas, pero no a sus legítimas esposas.

[72] Tanto por su poderío militar, como por su calidad de huéspedes.

do también lo que ocurría, debido a su juventud[73] y a que no había conocido desgracia alguna[74], fue totalmente incapaz de seguir conteniéndose, por lo que, montando en cólera, le dijo a Amintas lo siguiente: «Padre, ten en cuenta tu edad: retírate a descansar y no continúes en esta orgía; que yo me quedaré aquí donde estamos, para proporcionar a nuestros huéspedes todo lo que sea menester. Ante estas 2
manifestaciones, Amintas, comprendiendo que Alejandro iba a llevar a cabo un golpe de mano, le dijo: «Hijo, dado que estás ardiendo de ira, creo comprender tus palabras: quieres alejarme de aquí y perpetrar un golpe de mano. Pues bien, para evitar que labres nuestra ruina, yo te ruego que no cometas ningún atentado contra esos individuos; limítate simplemente a ser un espectador de los hechos. Y, en cuanto a lo de que me retire, voy a seguir tu consejo».

Pero, cuando Amintas, tras haberle formulado ese ruego, 20
se hubo ausentado, Alejandro les dijo a los persas: «Amigos, las mujeres aquí presentes están a vuestra entera disposición, tanto si queréis hacer el amor con todas o sólo con un determinado número de ellas (sobre este particular vosotros mismos decidiréis). Pero, como prácticamente ya se 2
acerca el momento de acostaros y veo que estáis bien borrachos, permitid, si os parece oportuno, que estas mujeres vayan ahora a darse un baño y, a su regreso, una vez bañadas, podréis haceros cargo de ellas[75]». Dicho esto, en vista de 3

[73] El futuro Alejandro I contaría a la sazón unos 16 ó 18 años, pues había nacido entre 530-528 a. C., y la embajada tuvo lugar en el año 512 a. C. (cf. A. Daskalakis, *The hellenism of the ancient Macedonians...*, págs. 149-157).

[74] Como en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 207, 1), el historiador coincide con Esquilo *(Agamenón* 176-178) en la línea de que el sufrimiento engendra conocimiento.

[75] El verbo aquí empleado tiene también connotación sexual. Toda esta historia sobre la embajada persa en Macedonia se halla salpicada de

de que los persas se mostraban de acuerdo, mandó a las mujeres que salieran de la sala y que se dirigieran al *gineceo*[76]. Acto seguido, el propio Alejandro hizo que unos jóvenes imberbes, cuyo número coincidía con el de las mujeres, se vistiesen con la ropa de estas últimas, les proporcionó unos puñales, y les facilitó el acceso a la sala[77]; y, al tiempo que les facilitaba la entrada, les dijo a los persas lo
4 siguiente: «Persas, me parece que se os ha obsequiado con un completísimo banquete en el que nada ha faltado, ya que, además de todo cuanto poseíamos, tenéis, asimismo, a vuestra disposición todo aquello que hemos podido conseguir para agasajaros; y, concretamente —cosa esta que excede toda norma de hospitalidad—, os ofrecemos, con generosa prodigalidad, a nuestras propias madres y hermanas,

detalles inverosímiles y poco lógicos: poner en labios de un persa la afirmación sobre una costumbre inexistente, que justificará el asesinato preparado por Alejandro; la expresión «para tormento de sus ojos, que no es usual en los autores griegos (cf. PLUTARCO, *Alejandro* 21, 4); que Amintas, el anfitrión, se ausente y deje a un muchacho encargado de atender a los huéspedes; el argumento de este último para que las mujeres salgan de la sala; el que luego ellas —que habían acudido con la cara descubierta— sean suplantadas por hombres; etc.

[76] El *gineceo* era la sala en que las mujeres libres hacían su vida en la casa, donde pasaban la mayor parte del tiempo, pues, en Grecia, la mujer libre de clase acomodada llevaba una vida de práctica reclusión. Sólo abandonaba la vivienda conyugal con ocasión de algunos acontecimientos familiares —bodas, funerales—, fiestas religiosas de la ciudad, o para comprar objetos de uso personal; e, incluso en esos casos, había de ir necesariamente acompañada por una sirvienta.

[77] El ardid de suplantar a una persona, vistiendo sus ropas, para asesinar a un enemigo, es frecuente en la tradición «estratagemática». Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 4, 4-7; PAUSANIAS, IV 4, 3; PLUTARCO, *Pelópidas* 11; *Solón* 8, 5-6; POLIENO, *Strategemata* I 20, 2.

con el fin de que comprobéis a la perfección que, por nuestra parte, recibís los honores a que verdaderamente sois acreedores, y para que, de paso, podáis explicar al rey que os ha enviado que un griego, un gobernador de Macedonia[78], os ha dispensado una buena acogida tanto en la mesa como en la cama. Dicho esto, Alejandro hizo que, al lado de cada 5
persa, se sentara un macedonio disfrazado de mujer; y, cuando los persas trataron de meterles mano, los macedonios acabaron con ellos.

Así fue como encontraron la muerte esos sujetos, y con 21
ellos también su comitiva; ya que, como es natural, su séquito lo componían carruajes, servidores y toda una gran cantidad de bagajes[79]. Pues bien, todo eso fue lo que, en unión de la totalidad de los embajadores, hicieron desaparecer los macedonios. Y por cierto que, posteriormente, los 2

---

[78] Probablemente, esta pretensión de Alejandro de ser griego no es anterior a la muerte de su padre, y debe de estar motivada porque el monarca macedonio, con posterioridad a las guerras médicas, fue declarado en Atenas *próxenos kaì evergétēs* (el título de «Filoheleno», con que se conoció a Alejandro I, es de tradición tardía; cf. *Schol.* Thucyd., A 57, 2). Con el término «gobernador» (= griego, *hýparchos)* se denominaba, antes del siglo iv a. C., a los sátrapas nombrados por el rey persa para el gobierno de una provincia. Posiblemente ésa era la denominación despectiva con que, en la Grecia de los albores del siglo v a. C., se designaba al rey de Macedonia, por su dependencia de Persia. En la historia de la embajada que narra Heródoto, este término adquiere valor irónico, pues va a ser un *hýparchos*, en teoría el máximo velador de los intereses persas en alguna zona alejada, quien va a acabar con los integrantes de la delegación persa.

[79] El texto griego dice «todo el mucho equipo»; quizá la presencia del artículo se deba a que fuese el habitual en casos semejantes de embajadas persas. Justino, VII 3, incide, aunque con ligeras variantes, en los mismos términos que Heródoto, sobre la suerte de los embajadores persas, debida a la acción de Alejandro.

persas llevaron a cabo, no mucho tiempo después[80], una concienzuda investigación para hallar a dichos individuos, pero Alejandro detuvo astutamente sus averiguaciones mediante la entrega de una elevada suma y de su propia hermana, cuyo nombre era Gigea: Alejandro detuvo las indagaciones entregándole lo que he dicho al persa Búbares[81], el jefe de los encargados de buscar a los desaparecidos. Así fue, en definitiva, como se detuvieron las pesquisas y la muerte de aquellos persas se mantuvo en silencio[82].

---

[80] Según se desprende de la actuación de Alejandro, al entregar a su hermana a un persa, ese «no mucho tiempo después» implica en realidad más de catorce años, ya que Alejandro sucedió a su padre Amintas en 498 a. C. Este dato, y otros más, sospechosamente extraños, que cita el historiador, parece abonar el convencimiento de que la historia del asesinato no es cierta.

[81] Búbares era hijo de Megabazo (cf. VII 22, 2), y fue uno de los superintendentes persas en las tareas de excavación del canal que Jerjes mandó abrir en la península de Acté (cf. VII 24). Del matrimonio con Gigea, Búbares tuvo, al menos, un hijo, al que puso por nombre Amintas (cf. VIII 136, 1).

[82] O bien, «en definitiva, que la muerte de aquellos persas, que se produjo en tales circunstancias, se mantuvo en silencio» (cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, pág. 226). Resulta sorprendente que el jefe de una comisión encargada de localizar a unos embajadores persas desaparecidos dejara corromperse, ya que el asunto era especialmente grave. Posiblemente, la historia del asesinato de los emisarios persas fue inventada en los círculos de la corte macedonia con fines propagandísticos, para justificar la entrega en matrimonio de una hermana de Alejandro a un noble persa (cf. A. Momigliano, *Filippo di Macedone*, Florencia, 1934, pág. 5), ya que el carácter antipersa del rey macedonio —que, por ejemplo, no trató de sublevarse con ocasión de la revuelta jonia— no se puso de manifiesto hasta la segunda guerra médica (cf. VII 173; VIII 34; 140; IX 44). Lo más probable es que el propio Búbares fuese el jefe de los embajadores persas en 512 y que en Egas se prendase de Gigea, consiguiendo que Amintas le concediera su mano.

Ascendencia griega de los reyes de Macedonia

Por otra parte, que estos des- 22
cendientes de Perdicas son griegos, como ellos mismos pretenden, yo personalmente me hallo en condiciones de afirmarlo y, de hecho, en posteriores capítulos lo demostraré[83]; además, los propios Helanódicas[84], que supervisan los juegos olímpicos, determinaron que así era. En efecto, en cierta ocasión en que 2
Alejandro se decidió a tomar parte en la competición y, con ese propósito, bajó a la pista[85], los griegos que iban a competir con él en la carrera pretendieron excluirlo de la misma, alegando que la prueba no estaba abierta a participantes

[83] Cf., *infra,* VIII 137-139. Perdicas I vivió en la primera mitad del siglo VII a. C. y fue el fundador del estado macedonio, extendiendo sus dominios desde Egas hasta el golfo Termaico. Heródoto debió de informarse personalmente de la pretendida ascendencia griega de la casa real de los Argéadas durante su estancia en Macedonia (cf. SUDA, *s. v. Hellánikos: «Helánico vivió en compañía de Heródoto en la corte de Amintas* [debe de ser un error por Alejandro], *rey de Macedonia...»).* Al afirmar ese carácter griego de los reyes macedonios, el historiador se hacía eco de la simpatía que, en su época, Atenas sentía hacia Macedonia. Hay que destacar, sin embargo, que los reyes macedonios se consideraban a sí mismos reyes griegos de un pueblo bárbaro, con lo que se diferenciaban étnicamente de sus súbditos. Cf. A. MOMIGLIANO, «Re e popolo in Macedonia prima di Alessandro Magno», *Athenaeum* 13 (1935), 3-21.

[84] Los Helanódicas constituían un colegio de nueve o diez miembros (inicialmente sólo fueron dos), elegidos entre las mejores familias de la ciudad de Élide, que se encargaban de organizar y presidir las Olimpíadas, proclamando a los vencedores e imponiendo sanciones a los infractores al reglamento. Sobre los orígenes y funciones de estos «jueces griegos», cf. C. DURANTEZ, *Las Olimpíadas griegas* (Comité Olímpico Español), [s. l.], 1977, págs. 161-163.

[85] O bien, «bajó a Olimpia» (desde Macedonia). Cf. PH.-E. LEGRAND, *Hérodote. Livre V...,* pág. 30, nota 4. Para la interpretación propuesta en mi versión, cf. SÓFOCLES, *Traquinias* 505; PLATÓN, *Leyes* 834e.

bárbaros, sino reservada a griegos. Sin embargo, una vez que Alejandro hubo demostrado que era argivo[86], se dictaminó que era griego y disputó la carrera del estadio, en la que llegó igualado con el primero[87]. En suma, que así fue, poco más o menos, como sucedió lo que he contado.

Darío, a instancias de Megabazo, se lleva a Susa a Histieo, prometiéndole altos honores

23 Entretanto Megabazo llegó al Helesponto con los peonios que llevaba consigo, atravesó acto seguido el estrecho y se llegó a Sardes. Entonces, en vista de que Histieo de Mileto estaba fortificando ya la localidad que, de acuerdo con sus deseos, había tenido la suerte de que le regalara Darío como recompensa por haber custodiado el puente de barcas[88] (por cierto que ese lugar, cuyo nombre es Mircino, se halla situado a orillas del

---

[86] Por ser descendiente del Heráclida Témeno que, después de conquistar Argos, emigró a Macedonia (cf., *infra,* VIII 137). Sin duda, la finalidad que perseguía Alejandro I al acudir a Olimpia era, precisamente, conseguir que fuera públicamente reconocido como griego. Olimpia se convirtió en el centro de difusión de tal propaganda genealógico-política, que fue admitida por la mayoría de los autores griegos (cf. Tucíd., II 99; V 80; en contra, como cabía esperar, Demóstenes, *Filípicas* III 31). Cf. A. Daskalakis, «L'origine de la maison royale de Macèdonie et les légendes relatives de l'antiquité», *Archaia Makedonía,* Tesalónica, 1970, págs. 155 y sigs.

[87] La carrera del estadio, o carrera simple, era la prueba de velocidad más importante, en la que se recorría, en línea recta, una sola vez la longitud del recinto deportivo de Olimpia, que tenía exactamente 192,27 m. Los atletas participaban completamente desnudos y la pista se hallaba enarenada. Como el nombre de Alejandro no figura entre los vencedores olímpicos, hay problemas para determinar en qué Olimpíada participó. L. Moretti («Olympionikai», *Memoria Accad. Naz.* 8 [1957], 81), a partir de Píndaro, frs. 120 y 121, B. Snell, *Pindari fragmenta,* Leipzig, 1964, ha apuntado como probable la Olimpíada 71, correspondiente al año 496 a. C.

[88] Cf., *supra,* V 11, 1, y nota V 43.

río Estrimón), Megabazo, que se había enterado de lo que estaba haciendo Histieo, nada más llegar a Sardes con los peonios, le dijo a Darío lo siguiente: «Majestad, ¡qué es lo 2
que has hecho! ¡Has permitido a un griego de cuidado, a la par que astuto, fundar una ciudad en Tracia, en una zona en la que abunda la madera idónea para la construcción de navíos, donde hay muchos troncos para hacer remos y minas de plata, y en cuyos alrededores reside una numerosísima población de griegos, así como de bárbaros, que, si dan con un caudillo, harán, tanto de día como de noche, lo que dicho individuo les ordene! Impide, pues, lo que está haciendo ese 3
sujeto, para que no te encuentres con una guerra intestina[89]. Pero, para impedírselo, mándale comparecer en un tono amistoso; y, cuando lo tengas en tus manos, procura que ese individuo no regrese jamás al mundo griego».

Con estas palabras Megabazo convenció fácilmente a 24
Darío, ya que sus previsiones sobre el futuro parecían atinadas. Entonces el monarca, sin pérdida de tiempo, despachó un emisario a Mircino con el siguiente mensaje: «Histieo, he aquí el comunicado del rey Darío[90]: 'Por más que refle-

---

[89] O, como sugieren W. W. How, J. Wells *(A commentary on Herodotus*, II, Oxford, 1968 [= 1928], pág. 9), «of your own making». La riqueza de la zona que Darío le había concedido a Histieo también es puesta de relieve por Tucíd., IV 108, al referirse a la fundación de Anfípolis (que fue construida a unos 7 km. de Mircino) por parte de los atenienses. De las palabras de Megabazo puede deducirse el temor que, para las futuras campañas expansionistas de los persas en Grecia, podría entrañar la prosperidad de una ciudad, situada en la ruta costera de Tracia (cf. Diodoro, XII 68, 2), y el talante político de Histieo (en una zona habitada por una población que «...si estuviese regida por un único caudillo... resultaría invencible»; cf. V 3, 1), que, aprovechando lo favorable de las circunstancias, podía, con el tiempo, pensar en independizarse.

[90] Cf. nota III 215.

xiono, no consigo hallar hombre alguno más solícito que tú para con mi persona y mis intereses; y sé que esto es verdad, pues lo he comprobado no con palabras, sino con
2 hechos. Dado, pues, que en estos momentos tengo el propósito de llevar a cabo grandes planes[91], preséntate ante mí sin falta para que pueda hacerte partícipe de ellos'». Con su confianza depositada en estas palabras y, a la vez, considerando un honor poder convertirse en consejero del rey,
3 Histieo acudió a Sardes. Y, a su llegada, Darío le dijo lo que sigue: «Histieo, te he hecho venir por el siguiente motivo: en cuanto regresé de Escitia y tú te alejaste de mi vista, en ese breve intervalo ninguna otra cosa he deseado, hasta la fecha, con tanta intensidad como poder verte y que charlaras conmigo, ya que me he percatado de que el bien más preciado del mundo es un amigo inteligente y solícito, dos cualidades de las que, según sé por propia experiencia, te hallas dotado y de las que puedo dar fe en lo
4 que a mis intereses se refiere. En suma, como has obrado acertadamente al presentarte, voy a hacerte ahora una proposición; se trata de la siguiente: renuncia a Mileto y a la ciudad que acabas de fundar en Tracia, y sígueme a Susa; tuyo será todo lo que yo poseo, y además compartirás mi mesa[92] y serás mi consejero».

[91] A diferencia de lo que ocurre en la conversación mantenida entre Darío y Atosa (cf. III 134), donde el monarca manifestaba tener planes para la conquista de Escitia, en este caso la argumentación debe de ser exclusivamente retórica. No obstante, en dicha conversación, el rey también manifestaba su propósito de dirigirse en el futuro contra Grecia (cf. III 134, 6).

[92] Lo cual constituía un señaladísimo honor, pues el círculo de los «comensales» del rey persa (como ocurría en otras cortes orientales; cf. *II Samuel* IX 7, 11; *I Reyes* II 7) era muy reducido. Cf. nota III 677.

Nombramiento de nuevos funcionarios persas. Conquistas de Ótanes

Tras pronunciar estas palabras 25 y nombrar para el cargo de gobernador de Sardes a Artáfrenes[93], que era hermano suyo por parte de padre, Darío partió hacia Susa llevando entre su séquito a Histieo. Por otra parte, para el cargo de general de las tropas de la costa había designado a Ótanes[94] (a su padre Sisamnes, que había figurado entre los jueces reales[95], el rey Cambises mandó degollarlo y desollarlo de la cabeza a los pies, porque había pronunciado un pronun-

[93] Artáfrenes (que corresponde, en persa antiguo, a *Artafarnah* [nombre bitemático que significa algo así como «el glorioso»], por lo que en griego debería transcribirse *Artafèrnēs,* y así se lee en algunos manuscritos; pero, probablemente, se pronunciaba y escribía Artáfrenes por influencia de la palabra griega *phrḗn,* que designa la sede de sentimientos y afectos, de la voluntad, inteligencia, etc.) fue, pues, nombrado sátrapa de Lidia (la satrapía se llamaba *Sparda* por el nombre persa de Sardes). Tenía autoridad sobre las circunscripciones tributarias de Lidia y Jonia, ya que, a pesar de lo que dice el historiador en III 90, 1, Jonia no constituía una unidad político-territorial que tuviera a su frente a un sátrapa, como lo prueba el que, en V 30, 5, se diga que Artáfrenes tenía bajo su mando todas las zonas costeras de Asia. El nombramiento de Artáfrenes tuvo lugar en 512 a. C. Cf. E. Herzfeld, *The Persian Empire,* Wiesbaden, 1968, págs. 310-311.

[94] No se trata del mismo personaje que organizó el complot contra los magos (cf., *supra,* III 68 y sigs.), ya que dicho Ótanes (= *Utāna)* pertenecía a una familia distinta (cf. *Inscripción de Behistun* § 68). Según G. Busolt *(Griechische Geschichte...,* II, págs. 18-19), el motivo de la sustitución tenía como justificación el asesinato no castigado de los embajadores enviados a la corte de Amintas I. El pasaje es importante porque testimonia la existencia, al lado de un sátrapa —que contaba con sus propias fuerzas—, de un general directamente nombrado por el rey y que no era responsable ante el sátrapa (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 4, 3). Con ello, el monarca persa coartaba el poder casi omnímodo de los sátrapas. Cf. E. Meyer, *Geschichte des Altertums,* III, Stuttgart, 1900, págs. 34 y sigs.

[95] Sobre los jueces reales, cf. nota III 164.

ciamiento improcedente[96] por cierta suma de dinero; y, cuando le hubieron arrancado la piel, el monarca ordenó que la cortaran en tiras y que, con ellas, forrasen el trono en el
2 que Sisamnes tomaba asiento para impartir justicia. Una vez tapizado el trono, Cambises, en sustitución de Sisamnes, a quien había hecho ajusticiar y, luego, desollar, designó para el cargo de juez al hijo de Sisamnes, recomendándole que, al emitir sus fallos, tuviera presente en qué trono se hallaba sentado[97]).

26 Pues bien, el tal Ótanes, el sujeto que se sentaba en el citado trono, sucedió por aquel entonces a Megabazo en el mando de las tropas, y se apoderó de las ciudades de los bizantinos y de los calcedonios[98], apoderándose también de

[96] Es decir, «una sentencia injusta». La traducción propuesta pretende reflejar la paronomasia que presenta el texto griego *(dikēn ádikon edíkase)*. Cf. VII 194 para un delito similar.

[97] Desollar a una persona había sido un castigo aplicado usualmente en Asiria, siendo, posteriormente, adoptado por los persas con tal profusión que «ser desollado vivo» fue considerado en la Antigüedad el castigo persa por excelencia (cf. Diodoro, XV 10; Plutarco, *Artajerjes* 17). Este caso concreto (que también es referido por Valerio Máximo, VI 3) es un reflejo, sea o no cierto, de la leyenda negra que circulaba en el siglo v a. C. sobre Cambises, y de la que Heródoto se hace eco en varias ocasiones (cf., sobre todo, III 30-37, y K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971, págs. 53-56). Al castigo, ya de por sí sangriento, Cambises añade una nota de crueldad para con el muerto.

[98] Como el tirano de Bizancio, Aristón, había tomado parte junto a los persas en la campaña de Darío contra Escitia (cf. IV 138, 1), hay que pensar que las dos ciudades se sublevaron contra los persas ante los problemas que Darío pudo tener al norte del Danubio (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 86-87). Aunque Heródoto no da informaciones al respecto, cabe suponer que también Calcedonia había estado sometida a los persas con anterioridad, ya que el puente de barcas sobre el Bósforo se había tendido en las proximidades de dicha ciudad (cf. IV 85, 1).

Antandro, que se halla situada en la Tróade, así como de Lampònio[99]; y, con unas naves que le proporcionaron los lesbios, se apoderó de Lemnos e Imbros[100], islas ambas que, por aquellas fechas, todavía se encontraban habitadas por pelasgos[101].

A fe que los lemnios se batieron con verdadero denue- 27
do, pero, a pesar de la resistencia que opusieron, al final fueron aniquilados. Entonces, a los lemnios supervivientes, los persas les impusieron como gobernador a Licareto, el hermano de Meandrio (aquel individuo que había detentado
el poder en Samos[102]). El tal Licareto murió en Lemnos en 2
el ejercicio de su cargo[103]* * *[104]. Y por cierto que el móvil

[99] Antandro y Lamponio se hallaban situadas en la costa norte del golfo de Atramitio y eran colonias de Mitilene. Como, a renglón seguido, Heródoto dice que los lesbios facilitaron naves a los persas, es presumible que Antandro y Lamponio se hubieran independizado de Mitilene, que demandaría apoyo persa para recobrarlas (de hecho, durante la Guerra del Peloponeso, seguían dependiendo de Mitilene; cf. Tucíd., III 50; IV 52), ya que las relaciones entre mitileneos y persas eran cordiales (cf., por ejemplo, III 13, 1). Y un filopersa, Coes, era a la sazón tirano de Mitilene (cf. V 11, 2).

[100] Con lo que los persas se hacían con el dominio de todo el Egeo norte. La campaña de Ótanes tuvo lugar en 512-511 a. C.

[101] Para los griegos, los pelasgos habitaban en Grecia y el Egeo antes de la llegada de los helenos, y eran autóctonos. En zonas marginales —como en este caso— seguirían hablando una lengua no griega. Su identificación histórica no es segura.

[102] Cf., *supra*, III 142-148. Literalmente «que había reinado», pero el verbo empleado en griego *(basileúein)* se utiliza también para indicar un mando no legal y no admitido unánimemente.

[103] Licareto (que ya había pretendido erigirse en tirano de Samos; cf. III 143, 2) fue designado gobernador de Lemnos en 511 a. C., y durante la sublevación jonia ya había muerto. Cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 82-83; II, págs. 567-568.

[104] El texto debe de presentar una laguna; o bien todo el capítulo 27 hasta este punto es una interpolación (cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., *ad locum*, para las posibles soluciones propues-

de la campaña era el siguiente: iba esclavizando y sometiendo a todos esos pueblos[105], bajo la acusación de que unos habían desertado durante la expedición contra Escitia, en tanto que otros habían hostigado al ejército de Darío cuando, desde dicho país, volvía de regreso.

28 *Antecedentes inmediatos de la sublevación jonia: la cuestión entre Naxos y Mileto. Intrigas de Aristágoras*

Todo esto, en suma, fue lo que llevó a cabo Ótanes mientras estuvo al frente de las tropas. Posteriormente —pero no por mucho tiempo[106]—, amainaron las calamidades; sin embargo, Naxos y Mileto fueron las causantes de que se reanudaran nuevamente[107] las calamidades que sufrieron los jonios. Resulta que, por su opulencia, Naxos su-

tas). En cualquier caso, hay que entender: «...el móvil de la campaña [persa] era el siguiente: [Ótanes] iba esclavizando y...».

[105] La aparente insistencia (podría pensarse en una histerología) se debe a que Ótanes realizaba primero la conquista, con la consiguiente reducción de los habitantes a la condición de súbditos de Darío, y posteriormente los sometía a regímenes afectos al imperio, que eran establecidos en los territorios conquistados.

[106] La poca precisión de Heródoto parece implicar que el historiador desconocía la exacta duración de ese intervalo de paz, que perduró durante algo más de diez años (de 511 a 500 a. C.).

[107] El pasaje ha sido diversamente interpretado. Legrand *(Hérodote. Livre V..., ad locum)* indica que «les ioniens n'avaient pas souffert, semble-t-il, des représailles d'Otanès. Mais Hérodote comprend souvent sous leur nom d'autres Grecs asiatiques qui avaient lié partie avec eux et partagé leur sort». Pero, como lo que el historiador va a contar ahora es la sublevación de Jonia, es indudable que las calamidades que de ella iban a derivarse para todos los griegos de Asia no podían parangonarse con las que la campaña de Ótanes causó —y a unas comunidades específicas— en la zona del Bósforo y el norte del Egeo. Por su parte, How, Wells *(A commentary...,* II, pág. 10) señalan que «the first occasion would seem to be rather the conquest under Cyrus (cf. I 161-171) than the recent operations, which did not affect Ionia». No obstante, considerar que las primeras

peraba a las demás islas[108], mientras que, por aquellas mismas fechas, Mileto, que a la sazón había alcanzado precisamente su máximo cenit, constituía sin ningún género de dudas el orgullo de Jonia[109]. No obstante, con anterioridad a los hechos a que me remito, había sido víctima de las más enconadas disensiones internas por espacio de dos generaciones[110], hasta que los parios devolvieron el orden a la ciudad (pues el caso es que, de entre todos los

---

calamidades que habían sufrido los jonios tuvieron lugar cuando Hárpago conquistó Jonia en 547 a. C., supone olvidar (cf. I 6, 2; 26-27) que ya Creso había sometido a los jonios a su autoridad. Lo más probable, a mi juicio, es que la expresión adverbial *tò deúteron* (= «otra vez») no implica necesariamente un referente inicial (sean las campañas que en época de Ciro acaudilló Hárpago, o las recientes de Ótanes), sino que, como en III 88, 1 (cf., *supra*, nota III 435), hace hincapié en una pura y simple repetición de las calamidades en que, desde el reinado de Creso en Lidia (hacia 560/547 a. C.), periódicamente se había visto inmersa Jonia.

[108] Pues era la más extensa de todas las Cícladas, sobre las que, además (cf. V 31, 2), poseía hegemonía política. El auge de Naxos en esta época se debía al fuerte incremento comercial y artesanal propugnado por el gobierno democrático que regía la isla. Cf. R. Herbst, *s. v. Naxos* (5), *R. E.*, XVI, 2 (1935), sobre todo cols. 2087-2090.

[109] La razón del auge de Mileto se debía a su sagaz política exterior, ya que el tirano Trasibulo había firmado un tratado de paz, hacia el año 600 a. C., con el rey lidio Aliates (cf., *supra*, I 22, 4); y, posteriormente, ese tratado fue renovado con Ciro en 547 a. C., por lo que Mileto se había visto a salvo de invasiones. Cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums*, II, Múnich-Berlín, 1962, 4-5.

[110] Las dos generaciones que mediaron entre la tiranía de Trasibulo (cuyo fin debe situarse hacia 595-590 a. C.) y la de Histieo, que se alzó con la tiranía de Mileto hacia 525 a. C. Cf. S. Mazzarino, *Fra Oriente e Occidente*, Florencia, 1947, págs. 222-233 (si bien presenta, para Trasibulo, una cronología en exceso baja).

griegos, los milesios escogieron como mediadores a gentes de esa isla).

29 Y por cierto que los parios reconciliaron[111] a los milesios de la siguiente manera: cuando sus más prestigiosos ciudadanos llegaron a Mileto, al ver la terrible miseria en que realmente se hallaba sumida la población, manifestaron que deseaban recorrer detenidamente su país. Pues bien, en el curso de su inspección, recorrieron todo el territorio de Mileto; y, cada vez que, en medio de la devastación que reinaba en la zona, veían un campo bien cultivado, anotaban el
2 nombre de su propietario. Después de haber visitado toda la comarca, en la que hallaron pocos campos en dichas condiciones, nada más regresar a la capital, convocaron una asamblea y, para dirigir la ciudad, designaron a aquellas personas cuyos campos habían encontrado bien cultivados, ya que, según sus declaraciones, consideraban que dichos individuos se ocuparían también de los asuntos del Estado con tanto celo como de los suyos propios; y al resto de los milesios, que hasta entonces habían sido presa de las disensiones, les ordenaron que los obedecieran[112].

[111] El recurso de subsanar las diferencias entre dos Estados, o entre los miembros de un Estado entre sí, por medios pacíficos, recurriendo a la intervención de árbitros neutrales, tenía en Grecia una larga tradición. Cf. V. Martin, *La vie internationale dans la Grèce des cités (VIe-IVe s. av. J.-C.)*, París, 1940, págs. 491 y sigs. En Heródoto encontramos otros ejemplos de tales arbitrajes (cf., por ejemplo, IV 161).

[112] Los parios, pues, concedieron el gobierno de Mileto a los terratenientes; una solución que, en principio, debió de satisfacer a los persas. Plutarco *(Quaest. Gr.* 32) cuenta la inestabilidad política que reinó en Mileto en el período comprendido entre la tiranía de Trasibulo y la de Histieo. El conflicto enfrentó a los oligarcas adinerados y al proletariado. Al margen de la intervención de los parios, el fin del enfrentamiento civil en Mileto pudo producirse, probablemente, por el apoyo que los persas prestaron a la causa de Histieo, que ocupó la tiranía.

Así fue, en suma, como los parios devolvieron la paz 30
a los milesios. Y voy a relatar ahora cómo las ciudades que he mencionado fueron por aquellas fechas[113] las

Cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 100-102; II, págs. 578-579.

[113] Aproximadamente, en el año 500 a. C. (si bien, hay que indicar que, en general, la cronología de la revuelta jonia no puede establecerse de manera satisfactoria; cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», *Historia* 4 [1955], 385 y sigs.). Heródoto, que es nuestra fuente fundamental sobre la sublevación jónica y las guerras médicas (pero no la única; sobre otras, cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in der römische Kaiserzeit*, 2.ª ed., Múnich, 1960, págs. 147 y sigs.), considera que las causas de la revuelta fueron bastante ocasionales. Pero ello (además de que su actitud hacia los jonios es negativa, y considera que la empresa era absurda y estaba predestinada al fracaso) no es así ya que existían unas verdaderas causas remotas y profundas. Pese a que la autoridad persa no era en las ciudades griegas de Asia Menor excesivamente opresiva, la única condición impuesta por Darío —la obediencia a un poder de naturaleza autocrática— constituía precisamente un aspecto conflictivo. Y, si bien la tradición política griega ofrecía un instrumento cómodo para el mantenimiento de esa obediencia —las tiranías (cf., a ese respecto, IV 133, 136-137, sobre el papel de los tiranos de Asia Menor)—, se daba el inconveniente de que la época histórica de las tiranías había pasado ya, con lo que el odio que los griegos asiáticos sentían hacia ese tipo de gobierno sólo acarreaba a los persas mayor hostilidad.

Junto a esta cuestión de orden político, es posible que, como causa remota de la rebelión, hubiese también un problema económico (aunque este punto es problemático, ya que, en V 28, el historiador dice que Mileto estaba en su apogeo, por lo que podría ser que, en realidad, no existiese, y que se haya querido ver como causa de descontento). Fundamentalmente, la nueva fijación tributaria del imperio establecida por Darío (cf. III 89 y sigs.), y quizá los favores que los persas dispensaron a los puertos fenicios (recuérdese que la flota persa que operaba en el Mediterráneo estaba integrada principalmente por navíos fenicios; cf. III 19, 2), en detrimento de los puertos de los griegos de Asia Menor (por ejemplo, el establecimiento comercial griego de Náucratis experimentó en esta época un descenso

causantes de que se iniciaran las calamidades que sufrió Jonia.

Ciertos individuos adinerados fueron desterrados de
Naxos por el régimen democrático[114]; y, al verse exilia-
2 dos, se dirigieron a Mileto[115]. Se daba entonces la cir-
cunstancia de que el gobierno de Mileto se hallaba en

---

en su tráfico comercial; cf. H. Prinz, *Funde aus Naukratis* [Klio, Beiheft 7], 1908, pág. 81).

Lo que sí puede afirmarse tajantemente es que la *vera causa* del descontento que reinaba entre los griegos de Asia con respecto al poder persa residía en su ansia de libertad política, y que la campaña que Darío había llevado a cabo contra los escitas (al margen de que el relato que Heródoto hace de la misma sea poco preciso y, en ocasiones, erróneo) había revelado que los persas no eran invencibles. En general, cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte,* II, 1, Estrasburgo, 1916, págs. 8 y sigs.; y H. Berve, *Griechische Geschichte,* 2.ª ed., Friburgo, 1951, I, págs. 225 y sigs.

[114] En Naxos, desde mediados del siglo vi a. C., imperaba una tiranía que ejercía Lígdamis (cf. I 64, 2), gracias al apoyo que le prestó Pisístrato (posiblemente en 546-545 a. C.; cf. Aristóteles, *Constitución de Atenas* 15, 3; Ateneo, VIII 39, 348a-c). Hacia 524 a. C. la tiranía naxia fue derrocada por los espartanos con ocasión de la guerra que estos últimos sostuvieron con Polícrates de Samos (cf., *supra,* III 44-49; 54-59), ya que Lígdamis apoyaba a los samios (cf. Polieno, *Strategemata* I 23, 2). A la caída de la tiranía en Naxos, la isla sufrió una seria inestabilidad política, motivada por el enfrentamiento entre los aristócratas y el pueblo. De este pasaje de Heródoto se desprende que, en el año 500 a. C., la facción popular logró hacerse con el poder y que los aristócratas se vieron forzados a exiliarse. Cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...,* I, págs. 78-79; II, pág. 564.

[115] En principio puede resultar extraño que unos oligarcas acudan a un régimen tiránico en demanda de apoyo (aunque el propio Heródoto muestra otros ejemplos; cf. V 63 y 90; asimismo, cf. Tucíd., II 33). Sin embargo, en este caso el motivo de ello se debe a la propia política interior de Mileto. Los parios habían propugnado un gobierno oligárquico para Mileto. En estos momentos, la tiranía milesia va a prestar su apoyo a los oligarcas naxios, porque Naxos y Paros estaban enfrentadas.

manos[116] de Aristágoras, hijo de Molpágoras, que era yerno y, a la vez, primo de Histieo, hijo de Liságoras, a quien Darío tenía retenido en Susa. De hecho, Histieo era tirano de Mileto, pero se daba la casualidad de que, por aquel entonces —cuando los naxios, que mantenían lazos de hospitalidad con él desde hacía tiempo, llegaron—, se encontraba en Susa.

A su llegada a Mileto, los naxios apelaron a Aristágoras 3
por si, fuera como fuese, podía proporcionarles un contingente armado para regresar a su patria. Entonces Aristágoras, tras considerar que, si los exiliados lograban regresar a la isla gracias a su intervención, podría imperar en Naxos[117], valiéndose del pretexto que le brindaba el vínculo de hospitalidad que les unía a Histieo[118], les dio la siguiente respuesta: «Yo, 4

[116] Literalmente, «era regente de Mileto». Como en otros casos (cf. III 122, 4), vemos que era frecuente que los tiranos, si debían ausentarse de su ciudad, delegaran su autoridad en una persona afecta a ellos, a quien *confiaban* (eso significa la raíz del sustantivo empleado en griego) el gobierno.

[117] Aparentemente, porque su plan iba a consistir en acompañar a los exiliados con un ejército hasta Naxos y, una vez allí, colocar la isla bajo la autoridad de Darío, esperando, con ello, que el monarca le agradeciese los servicios prestados concediéndole la tiranía de Naxos. Pero la suposición que Heródoto atribuye a Aristágoras carece de verosimilitud, ya que un pariente próximo de Histieo —un sujeto que para los persas resultaba sospechoso, y por eso había sido «invitado» a trasladarse a Susa— no hubiera tenido ninguna posibilidad de ser nombrado gobernador de Naxos. Y esto debía de saberlo Aristágoras mejor que nadie. En la actualidad se cree que Aristágoras esperaba que la empresa que tenía como objeto repatriar a los oligarcas a Naxos iba a ser encomendada únicamente a la flota griega, de la que él sería general; con ello los jonios podrían haber iniciado la revuelta contra los persas contando con el factor sorpresa. Cf. J. A. S. Evans, «Histiaeus and Aristagoras. Notes on the Ionian Revolt», *American Journal of Philology* 84 (1963), 113-128.

[118] Como Histieo se hallaba ausente de Mileto, Aristágoras desempeñaba todas sus funciones. Por ello, al llegar los naxios, la responsa-

personalmente, no estoy en condiciones de proporcionaros un contingente lo suficientemente poderoso como para repatriaros contra la voluntad de los naxios que rigen la isla; pues tengo entendido que cuentan con ocho mil hoplitas[119] y con numerosos navíos de combate; sin embargo, pondré todo mi
5 empeño en conseguirlo. Y he pensado en lo siguiente: resulta que Artáfrenes es amigo mío; y, para que lo sepáis, Artáfrenes es hijo de Histaspes y hermano del rey Darío, y, además, tiene bajo su mando todas las zonas costeras de Asia[120], por lo que cuenta con abundantes tropas y con numerosas naves. En mi opinión, pues, ésa es la persona que podrá hacer realidad lo
6 que deseemos». Al oír esto, los naxios encargaron a Aristágoras que gestionase las cosas lo mejor que pudiera y le autorizaron a prometer dádivas y dinero para sufragar la expedición, asegurándole que ellos correrían con los gastos, ya que abrigaban firmes esperanzas de que, cuando apareciesen en Naxos, los naxios harían todo lo que ellos ordenaran; y lo mismo esperaban de los demás isleños, pues ninguna de las islas de zona [—las Cícladas—] se hallaba aún sometida a Darío[121].

---

bilidad del vínculo de hospitalidad que les unía a Histieo recae en la persona de Aristágoras.

[119] La cifra es desmedida para una isla de las dimensiones de Naxos (ese potencial de hoplitas era el que normalmente poseía Esparta; cf., *infra,* VII 234). Quizá en el número aludido haya que entender incluidas las fuerzas de las islas que dependían de los naxios. Cf. K. J. Beloch, *La popolazione del mondo greco-romano,* Milán, 1909, pág. 201.

[120] Cf. nota V 93.

[121] El dominio persa sólo se extendía a las islas adyacentes a la costa de Asia Menor, como, por ejemplo, Samos. Precisamente, el primer intento por someter islas más alejadas de la costa había tenido lugar con ocasión de la campaña de Ótanes, en 512-511 a. C., relatada en V 26.

Fracaso de la expedición combinada contra Naxos

Al llegar a Sardes, Aristágoras le contó a Artáfrenes que Naxos no era una isla de grandes dimensiones, pero que, ello no obstante, era hermosa y fértil; que se hallaba próxima a Jonia; y que además contaba con numerosos bienes y muchos esclavos[122]. «Envía, pues, una expedición contra ese lugar, al tiempo que repatrías a la isla a los ciudadanos que han sido desterrados [de ella]. Y, si así lo haces, tengo, ante todo, a tu disposición grandes sumas de dinero, sin contar los fondos necesarios para la expedición (pues es de justicia que nosotros, sus promotores, suministremos dichos fondos); pero es que, además, anexionarás a los dominios del rey una serie de islas[123]: la propia Naxos y las que de ella dependen[124], Paros, Andros y otras más, que reciben el nombre de Cícladas. Tomando como base esas islas, podrás atacar fácilmente Eubea, una isla extensa y próspera —no inferior a Chipre[125]—, y sumamente fácil de someter. Cien 31

2

3

[122] Naxos posee una extensión de unos 450 km^2 y es la mayor de las Cícladas. Su producto más celebrado en la Antigüedad era el vino (en las monedas de Naxos aparecía simbolizada una copa). Aun admitiendo que Naxos fuera en esta época la isla más próspera de la zona, su posición debió de declinar rápidamente, pues en Salamina sólo participó con cuatro navíos (cf. VIII 46, 3), y, como miembro de la liga delo-ática, pagaba casi una tercera parte de la cantidad que tributaba Paros.

[123] El argumento más importante para ganarse a Artáfrenes, ya que la rivalidad entre los sátrapas y los generales directamente nombrados por el rey era permanente (y Ótanes había anexionado ya Imbros y Lemnos).

[124] El término implica conexión tanto política como geográfica. La hegemonía de Naxos sobre las Cícladas, y la propia talasocracia naxia, debía de remontarse a la época de la tiranía de Lígdamis, entre 546/5-524 a. C.

[125] Aristágoras exagera defendiendo su causa, ya que Eubea posee una superficie de 3.580 km^2, frente a los 9.280 km^2 de Chipre (que es citada aquí como término de comparación por estar ya sometida al rey; cf. III

naves bastan para conquistarlas todas». Entonces Artáfre-
4 nes le respondió en los siguientes términos: «Estás proponiendo unos planes favorables a los intereses del rey y todas tus sugerencias son acertadas, salvo lo relativo al número de las naves: al llegar la primavera[126], en lugar de cien naves tendrás a tu disposición doscientas. Pero es menester que el rey en persona dé también su aprobación a estos proyectos[127]».

32 Al oír esta respuesta, Aristágoras, como es natural, regresó a Mileto la mar de contento. Por su parte Artáfrenes, que había enviado un emisario a Susa para transmitir las proposiciones de Aristágoras, cuando el propio Darío le hubo dado su aprobación personal, mandó pertrechar doscientos trirremes[128] así como un contingente muy numeroso de tropas, integrado por persas y por diversos aliados[129],

19, 3; 91, 1). La expresión «isla extensa y próspera», vaga y grandilocuente, es propia de la lengua épica.

[126] Probablemente la primavera del año 499 a. C.

[127] Los sátrapas sólo tenían poder militar para controlar el orden en su provincia, y su derecho a declarar la guerra solamente abarcaba a tribus insurrectas dentro, o en las fronteras, de su provincia. Pero, para importantes expediciones fuera de sus satrapías, necesitaban la expresa aprobación del rey. Cf. O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande* (Schriften der Königsberger Gelehrten-Gessellschaft, 4), 1935, págs. 45 y sigs.

[128] Cf. nota III 234.

[129] Aplicado a un contexto persa, el término aliado (en griego *sýmmachos)* debe entenderse en el sentido de que un Estado, que ha capitulado ante las fuerzas del rey (como las diversas ciudades griegas de Asia Menor, que eran súbditas de los persas), tiene que aportar un determinado número de tropas cuando la potencia a la que estaba sometido lo solicita. Cf. E. Bikerman, *Remarques sur le droit des gens dans la Grèce classique,* Bruselas, 1950, pág. 107, nota 33; y G. Walser, «Zum griechisch-

nombrando general de las mismas a Megábatas, un persa de la casta de los Aqueménidas[130], que era primo suyo y de Darío (el sujeto con cuya hija —si es que realmente es verdad lo que se cuenta— se comprometió, cierto tiempo después de estos sucesos, el lacedemonio Pausanias[131], hijo de Cleómbroto, movido por su apasionado deseo de convertirse en tirano de Grecia[132]). Y, tras haber nombrado general a

---

persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), 529-542.

[130] Los Aqueménidas (del persa *Haḫāmanišiya*, que significa «de afable corazón») constituían una casta de la tribu de los pasargadas (junto a los marafios y los maspios, las tribus sobre las que había imperado el padre de Ciro, en el reino de Anzan, antes de independizarse de los medos). Recibían tal nombre de su antepasado Aquémenes (= persa, *Haḫāmaniš*). Darío pertenecía a una línea colateral de dicha casta (cf. nota III 354).

[131] Se refiere a la época en que Pausanias traicionó a los griegos y vivió desterrado en Persia; probablemente al año 474 a. C., tras la caída de Bizancio en manos griegas (la cronología, sin embargo, es controvertida; cf. A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *Rheinisches Museum* 108 [1965], 320 y sigs.; y P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 146-152). Tucíd. (I 128) da una versión diferente de los hechos: Megábatas (= persa, *Bagapāta)* era sátrapa de Frigia cuando Pausanias tanteó la posibilidad de pasarse a los persas, con idéntico propósito al que aquí indica Heródoto; es decir, hacerse con el poder en toda Grecia en nombre de los persas. No obstante, las pretensiones de Pausanias —según Tucídides, quien incluso cita literalmente una carta del general espartano— iban más alto, ya que deseaba casarse con una hija del propio Jerjes (cf., asimismo, Diodoro, XI 44-45; Plutarco, *Cimón* 6; *Arístides* 23, 7; Pausanias, III 17, 7-9). Hay que destacar, en cualquier caso (advirtiendo que Heródoto se basa en una tradición oral y Tucídides en un testimonio literario, que, de ser genuino, resulta irrefutable), que Heródoto hace hincapié a lo largo de su obra en las cualidades positivas de Pausanias (cf., por ejemplo, IX 76; 78; 88), procurando minimizar su orgullo y lujuria (cf. VIII 3; IX 82). En general, sobre Pausanias, cf. IX 10.

[132] Con el apoyo persa. La carta que, según Tucíd., I 128, dirigió a Jerjes decía (cito la trad. de F. R. Adrados, *Tucídides. Historia de la guerra*

Megábatas, Artáfrenes hizo que el ejército partiera al encuentro de Aristágoras.

33 Megábatas recogió en Mileto a Aristágoras, al destacamento jonio y a los naxios, y, aparentemente, zarpó con rumbo al Helesponto; pero, al llegar a la altura de Quíos, fondeó sus naves en Cáucasa [133], con ánimo de lanzarse des-
2 de allí sobre Naxos con el viento del norte a favor. Sin embargo, como el destino no quería que los naxios sucumbieran a causa de esta expedición [134], resulta que tuvo lugar el siguiente incidente: con ocasión de una ronda que llevó a cabo por los cuerpos de centinelas apostados en las naves, Megábatas se encontró con que, a bordo de una nave mindia [135], no había nadie que montara guardia. Entonces el persa, considerando que aquello constituía una falta grave, ordenó a los miembros de su escolta que fueran en búsqueda

del Peloponeso, Madrid, 1967, pág. 202): «Yo, Pausanias, generalísimo de Esparta, queriendo hacerte un favor, te devuelvo estos hombres que hice prisioneros [se refiere a algunos parientes de Jerjes capturados en Bizancio], y te propongo, si te parece bien, casarme con tu hija y someterte Esparta y el resto de Grecia. Creo tener poder suficiente para lograrlo en inteligencia contigo. Si esto te conviene, envía al mar un hombre fiel, para que en adelante tratemos por intermedio de él». Sobre el valor de la misma, cf. P. J. Rhodes, «Thucydides on Pausanias and Themistocles», *Historia* 19 (1970), 387 y sigs.

[133] Cáucasa era una localidad situada en la costa sudoriental de la isla de Quíos y debía de contar con un amplio puerto, dado que en la expedición tomaban parte doscientos trirremes. Cf. F. Chamoux, «Caucasa. En marge d'Hérodote V, 33», *Revue des Études Grecques* 88 (1975), XV.

[134] Naxos cayó nueve años más tarde, en 490 a. C., con ocasión de la expedición que acaudilló Datis (cf. VI 96). Sobre el destino ineluctable que se cierne sobre el ser humano, cf. P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), 31 y sigs.

[135] Mindo era una ciudad de Caria, sita en la extremidad occidental de la península de Halicarnaso.

del capitán de aquella nave, cuyo nombre era Escílax, y que lo ataran, medio colgando[136] por una tronera de la línea inferior de la nave; de manera que le dejaron la cabeza fuera y el cuerpo dentro. Con Escílax atado, uno le comunicó a 3
Aristágoras que Megábatas estaba afrentando a su huésped mindio, a quien había mandado atar. Aristágoras, pues, se fue a interceder por su amigo ante el persa[137], pero, como no vio satisfecha ninguna de sus demandas, se fue a desatarlo personalmente. Al enterarse, Megábatas se indignó muchísimo y se encaró vehementemente con Aristágoras; pero éste le replicó: «¿Qué tienes tú que ver con este asunto? 4
¿No te ha enviado Artáfrenes para obedecerme y para dirigir la flota a donde yo mande? ¿Por qué te inmiscuyes en todo?». Esto fue lo que le contestó Aristágoras. Entonces Megábatas, irritado por lo ocurrido, al caer la noche envió a Naxos, a bordo de un navío, a unas cuantas personas para que informasen a los naxios de todo lo que se estaba gestando contra ellos[138].

---

[136] Literalmente «dividiéndolo», pues, al estar el cuerpo metido en la tronera, en cierto modo lo dividen, dejando la cabeza fuera. Cf. E. Assmann, «Herodot 5, 33, 2 und die θαλάμιαι», *Berlin. Philol. Wochenschr.* 39 (1919), 277 y sigs., que cita numerosos ejemplos de semejante castigo en la tradición marinera antigua.

[137] Pues la relación de hospitalidad recíproca significaba un vínculo religioso que obligaba moralmente a uno de los huéspedes (en este caso Aristágoras) a salir en defensa del otro (Escílax).

[138] La historia de la traición de Megábatas no debe de responder a la realidad, ya que resulta inverosímil que un persa de sangre real hiciera fracasar, por una rencilla personal, una expedición aprobada expresamente por Darío; con lo que, por vengarse de un tirano griego, corría el riesgo de ser severamente castigado. Además, el que posteriormente fuese nombrado sátrapa de Frigia (cf. Tucíd., I 129, 1) tiende a contradecir la historicidad de esta traición.

34 De hecho, lo cierto es que los naxios no se esperaban, ni mucho menos, que dicha expedición fuera a dirigirse contra ellos[139]. No obstante, cuando recibieron el aviso, se apresuraron a introducir en la plaza cuanto tenían en los campos, se aprovisionaron tanto de víveres como de agua, en previsión de un probable asedio, y reforzaron su perímetro defen-
2 sivo[140]. Y, mientras los naxios se preparaban para afrontar una guerra que parecía inminente, los expedicionarios, tras abandonar Quíos, arrumbaron sus naves hacia Naxos, topándose con unos enemigos que ya se habían puesto a cu-
3 bierto y a quienes sitiaron por espacio de cuatro meses. Pero, cuando a los persas se les había agotado todo el dinero que habían traído consigo y Aristágoras se había gastado, además, una elevada suma de su propio peculio, en vista de que el asedio requería una cifra superior, los expedicionarios, en esa tesitura, construyeron unos cuantos fortines para los exiliados naxios[141] y regresaron al continente fracasados[142].

[139] Aunque tenían motivos para temerlo, ya que la dependencia en que, con respecto a Persia, se hallaban Samos, Quíos, Lesbos, y, recientemente, las campañas de Ótanes contra Imbros y Lemnos demostraban el interés que los persas tenían por controlar las islas del Egeo. Además, del texto de Heródoto se desprende que los naxios podían estar enterados de que los persas estaban preparando una expedición naval, tomando en consecuencia una serie de precauciones.

[140] El texto plantea problemas (cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., págs. 13-14), y se han propuesto otras lecturas (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V...*, pág. 89, nota 1).

[141] Para que pudiesen resistir en la isla y aprovecharan, si se daba el caso, alguna situación favorable para apoderarse de ella. Cf. Tucíd., III 85; IV 46, para medidas similares adoptadas en Corcira durante la guerra del Peloponeso.

[142] Dado que se habían pasado cuatro meses sitiando Naxos, la llegada del otoño pudo influir también para que se produjera la retirada de los expedicionarios.

Aristágoras, temiendo verse derrocado e instigado, además, por un mensaje secreto enviado por Histieo, decide rebelarse contra los persas

Aristágoras, pues, no se encontraba en condiciones de cumplir la promesa que le había hecho a Artáfrenes; pero es que, además, las demandas que le hacían para que sufragara los gastos de la expedición lo ponían en un aprieto; estaba, por otra parte, seriamente preocupado debido al fracaso que había sufrido el ejército y por haberse enemistado con Megábatas; y, finalmente, suponía que iba a verse desposeído del poder que detentaba sobre Mileto[143]. 35

Ante aquella serie de motivos de preocupación, tomó la 2
determinación de rebelarse[144], pues coincidió que, justamente por aquellas mismas fechas, acababa de llegar de Susa el hombre de la cabeza tatuada[145], a quien Histieo había

[143] Pues el cargo de *epítropos* (cf. V 30, 2) que ocupaba sustituyendo a Histieo, el tirano de la ciudad, sólo podía seguir manteniéndolo contando con la aprobación de los persas.

[144] La narración de Heródoto sobre la rebelión jónica está plagada de mala voluntad hacia los autores de la insurrección, sobre todo contra Aristágoras (cf. G. de Sanctis, «Aristagora di Mileto», *Rivista di Filologia* 59 [1931], 48 y sigs.), a quien convierte en un personaje ambicioso e intrigante, cuando, en la historiografía moderna —y admitiendo el oportunismo de Aristágoras, que decidió sacar de la sublevación el máximo provecho personal—, se tiende a relacionarlo con el partido democrático que existía en las comunidades griegas de Asia Menor, contrario a las tiranías afectas a los persas. Cf. P. Tozzi, «Erodoto e le responsabilità dell'inizio della rivolta ionica», *Athenaeum* 65 (1977), 127 y sigs.

[145] El empleo en griego del artículo («el hombre...») indica que se trataba de una anécdota bien conocida de la gente. Es posible que Aristágoras aprovechara esta circunstancia para llevar a cabo la sublevación, aunque los motivos que animaban a Histieo eran diferentes (regresar a toda costa a Mileto), y pese a que ambos no compartieran los mismos criterios. De hecho, ciertos problemas que plantea la narración de Heródoto sobre la sublevación jónica se explican admitiendo una oposición personal y de intereses entre el tirano de Mileto y su *epítropos*.

enviado para encargarle a Aristágoras que se sublevase contra
3 el rey. En efecto, Histieo, que deseaba incitar a Aristágoras a rebelarse, en vista de que los caminos se hallaban vigilados[146], sólo encontró un medio para transmitirle el encargo con garantías de éxito: afeitarle totalmente la cabeza al más leal de sus esclavos, tatuarle un mensaje, y esperar a que le creciera nuevamente el pelo; y, en cuanto le creció lo suficiente, lo envió a Mileto, dándole como única orden[147] que, una vez llegado a Mileto, indicase a Aristágoras que le afeitara el cabello y le echase una ojeada a la cabeza (los signos tatuados incitaban, como ya he señalado antes, a la
4 rebelión[148]). Histieo actuaba de esta manera puesto que se sentía sumamente contrariado por su estancia forzosa en Susa. Pues bien, abrigaba fundadas esperanzas de que, si se producía una rebelión, le permitirían trasladarse a la costa; y, en cambio, estaba convencido de que, si Mileto no llevaba a cabo un levantamiento, jamás podría regresar ya a dicha ciudad.

Cf. P. B. Meanville, «Aristagoras and Histiaieos. The leadership struggle in the Ionian Revolt», *Classical Quarterly* 27 (1977), 80 y sigs.

[146] Porque, en la ruta principal que conducía de Susa a Sardes y a la costa del mar Egeo —la única, por otra parte, que ofrecía seguridad para un viajero— había apostados diversos cuerpos de centinelas. Cf., *infra*, V 52.

[147] El esclavo, pues, desconocería el contenido del mensaje. Aulo Gelio, XVII 9, racionaliza la historia, afirmando que al esclavo se le afeitó y tatuó la cabeza para curarle una enfermedad ocular; y de ahí su ignorancia del mensaje («servo suo diu oculos aegros habenti capillum ex capite omni tamquam medendi gratia deradit»). Este sistema para enviar mensajes secretos es citado por otras fuentes antiguas; cf. Eneas Táctico, XXXI 28-29; y J. A. de Foucault, «Histiée de Milet et l'esclave tatoué», *Rev. Études Grecques* 80 (1967), 181-186.

[148] Según Polieno, *Strategemata* I 24, la inscripción decía: «Histieo a Aristágoras: subleva Jonia».

Planes de los jonios. Derrocamiento de los tiranos e instauración de democracias en Jonia. Aristágoras se traslada a Esparta en demanda de apoyo para los sublevados

En suma que, ante estas consideraciones, Histieo decidió enviar el mensaje; y, por su parte, la concurrencia simultánea de todas estas circunstancias influyó en la determinación de Aristágoras. 36

El caso es que mantuvo un cambio de impresiones con sus partidarios[149] y les reveló sin ambages su propia decisión y el contenido del mensaje remitido por Histieo. Pues bien, to- 2
dos los asistentes se mostraron de acuerdo al respecto, pronunciándose por la rebelión; tan sólo el logógrafo Heca-

[149] Mientras que en los capítulos precedentes Heródoto sólo ha aludido a la ambición personal de Aristágoras (conseguir la tiranía de Naxos) y a sus temores, una vez fracasada la expedición contra los naxios, la referencia en este pasaje a unos conspiradores permitió suponer (cf. G. B. Grundy, *The Great Persian War*, Londres, 1901, págs. 84 y sigs.) que el plan de la sublevación jonia había sido fraguado con anterioridad a la expedición contra Naxos, y que el papel de Aristágoras ante Artáfrenes consistió en: 1. Conseguir movilizar y concentrar a toda la flota jonia, proponiendo un ataque contra los naxios. 2. Informar a los naxios de los propósitos de la expedición mandada por Megábatas, que no habría sido el delator. Con todo, la hipótesis es indemostrable y lo único que puede afirmarse del relato del historiador es su poca consistencia general, motivada principalmente por el carácter oral de las fuentes que debió de utilizar para la narración del levantamiento jonio. Cf. G. Nenzi, «Le fonti di Erodoto sull'insurrezione ionica», *Rendiconti Acad. Naz.* 5 (1950), 106 y sigs. Lo que sí parece indudable es que, tras el fracaso de Naxos —y admitiendo el relato de Heródoto como cierto—, Aristágoras no habría conseguido arrastrar a toda Jonia en una revuelta concebida para salvaguardar sólo sus intereses personales. La sublevación debió de ser preparada con anterioridad a la expedición contra los naxios (que, precisamente, habría de ser el primer acto de la revuelta) y Aristágoras sería su caudillo, sin que sean ciertas las acusaciones de Heródoto sobre los móviles personales del *epítropos* de Mileto. Cf. M. Lang, «Herodotus and the Ionian Revolt», *Historia* 17 (1968), 24 y sigs.

teo[150] trató, inicialmente, de impedir que se emprendiera una guerra contra el rey de los persas, enumerando todos los pueblos sobre los que imperaba Darío y el poderío de que disponía. Pero, como no conseguía convencerlos, en una segunda intervención les aconsejó que procuraran alzarse
3 con la hegemonía marítima al amparo de su flota. En ese sentido —prosiguió diciendo—, sólo veía un medio de lograrlo (pues sabía perfectamente que el poderío milesio era limitado): tenía fundadas esperanzas de que lograrían hacerse dueños del mar, si se apoderaban de los tesoros —que había consagrado el lidio Creso— depositados en el santuario de los Bránquidas[151]; además, así ellos podrían hacer uso
4 de los tesoros y los enemigos no los saquearían. (Por cierto que los tesoros en cuestión eran cuantiosos, tal y como he indicado en el primero de mis relatos[152].) Pues bien, esta te-

---

[150] El famoso geógrafo y viajero milesio que vivió en la segunda mitad del siglo VI a. C. y los dos primeros decenios del V. Fue uno de los primeros prosistas jonios y compuso, entre otras obras, una *Periḗgēsis,* o «viaje alrededor del mundo conocido», donde trataba de Europa, Asia, Egipto y Libia. El viaje que realizó por tierras del imperio persa le permitía conocer el potencial de Darío, pero posiblemente esta intervención de Hecateo en el contexto de la sublevación jonia fue creada *ex eventu* por la tradición popular.

[151] El santuario de los Bránquidas (una familia encargada, hereditariamente, del culto y que recibía ese nombre del mítico fundador del santuario, llamado Branco —un nombre a relacionar, quizá, con el sánscrito *brahman* y el latín *flamen)* era el templo de Apolo en Dídima, localidad situada a unos 11 km. al sur de Mileto, que fue destruido en 494 a. C. (cf., *infra,* VI 21).

[152] Que no corresponde al libro primero actual, sino al primer *lógos* (o narración histórico-geográfico-etnográfica); es decir, al *lógos lidio,* que se narra en I 6-94. Aquí, concretamente, hace referencia a I 92, 2. La división de la obra herodotea en nueve libros fue realizada por la filología alejandrina, y aparece atestiguada por vez primera en la *Crónica de Lindos* II C, 38 (cf. C. Blinkenberg, *Lindos. II. Inscriptions,* Berlín-Copenhague, 1941, pág. 173), y en Diodoro, XI 37, 6.

sis no prevaleció[153], pero, pese a ello, decidieron rebelarse y que uno de ellos zarpara, con rumbo a Miunte[154], al encuentro de la flota que había regresado de Naxos (ya que a la sazón se encontraba en dicho lugar), para que tratase de

---

[153] Hay indicios que podrían probar lo contrario, pues, en diversas excavaciones realizadas en la costa egea de Asia Menor, se han hallado hasta catorce *estateras* (moneda, generalmente de oro, que tenía un peso superior a los 4 gr.) y numerosas *héctai* (= 1/6 de estatera) de electron, pertenecientes a las diversas ciudades jónicas que se sublevaron contra Persia. Y lo más destacable es que esas monedas presentan acuñados unos símbolos —diferentes según las distintas ciudades— de carácter político (democrático en su mayoría) que no hacen referencia a los símbolos heráldicos peculiares de las acuñaciones de las ciudades. Ello permite pensar que, con ocasión de la revuelta, se emitió en las ciudades jonias una acuñación especial para sufragar los gastos de la guerra; y el metal necesario para la emisión podría haberse obtenido del templo de Apolo en Dídima. Cf. G. NENCI, «La monetazione della rivolta ionica nei suoi aspetti economici e politici», *Studi A. Fanfani*, I, Milán, 1962, págs. 71-83. Pese a que, en general, la historiografía moderna admite el testimonio de Heródoto a este respecto (cf., por ejemplo, ED. WILL, *Le monde Grec et l'Orient. Le Ve siècle [510-403]*, París, 1972, pág. 87), lo que sí es cierto es que las ciudades sublevadas acuñaron una moneda de idéntico peso, e idéntico reverso, lo que es una prueba de la existencia de cierta coordinación. Cf. R. MEIGGS, «Electrum Staters of the Ionian Cities», *The Athenian Empire*, Oxford, 1972, págs. 441-442.

[154] En la Antigüedad, Miunte se encontraba en el golfo de Mileto, junto a la desembocadura del río Meandro. En época de Estrabón (64 a. C. - 25 d. C.) ya se encontraba a unos 4 km. de la costa, por los aluviones depositados por el río. En la actualidad el lugar de la antigua Miunte dista más de 20 km. del mar Egeo, pues todo el golfo de Mileto se ha visto colmatado por los aluviones del Meandro. La acción transcurre en otoño o invierno del año 499 a. C., y de ahí que la flota jonio-persa esté fondeada.

prender a los estrategos[155] que se hallaban a bordo de las naves.

37 Para esta misión fue enviado Yatrágoras, quien, mediante una estratagema, prendió a Olíato de Milasa, hijo de Ibanolis, a Histieo de Termera[156], hijo de Timnes, a Coes —el sujeto a quien Darío recompensara con Mitilene[157]—, hijo de Erxandro, a Aristágoras de Cime[158], hijo de Heraclides, y a otros muchos, con lo que, como es natural, Aristágoras, que se disponía a tomar todo tipo de medidas para luchar contra Darío, se había declarado en franca rebeldía.
2 Ante todo, fingió abolir la tiranía[159] y, para que los milesios le secundaran de buena gana en la rebelión, estableció en Mileto la *isonomía*[160]; y, posteriormente, adoptó también idéntico proceder en el resto de Jonia: depuso a algunos tiranos y, con ánimo de congraciarse con las ciudades, puso a

---

[155] Los estrategos eran generales en jefe. En este caso, los estrategos del cuerpo expedicionario vuelto de Naxos eran tiranos y afectos a Darío.

[156] Milasa y Termera eran dos ciudades carias (el nombre de Ibanolis es de origen cario). Milasa, situada en el valle del río Ciberso, al sudeste de Mileto, era la residencia de los dinastas de Caria. Termera se hallaba en la península de Halicarnaso, frente a la isla de Cos.

[157] Cf., *supra,* IV 97, 2; V 11.

[158] Cime era una ciudad eolia. El tirano Aristágoras también había tomado parte en la expedición de Darío contra los escitas. Cf. IV 138, 2.

[159] Esta afirmación de Heródoto ha sido considerada errónea y debida al juicio negativo del historiador para con Aristágoras, ya que parece cierto que el caudillo jonio abolió realmente la tiranía. Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B. C.,* Londres, 1962, pág. 197.

[160] Es decir, la igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos. Este concepto era la consigna política que más escuetamente expresaba el carácter propio de la democracia, y era el término utilizado para designar un régimen democrático antes de que el concepto de «democracia» se generalizase. Cf. nota III 400.

disposición de las mismas a los que había hecho prender a bordo de las naves que habían tomado parte en la expedición naval contra Naxos, enviando sin compasión a los diferentes tiranos a la ciudad de la que cada cual era originario.

Pues bien, los mitileneos, en cuanto tuvieron en su po- 38
der a Coes, lo sacaron a extramuros y lo lapidaron; en cambio los de Cime se limitaron a desterrar al que había sido su tirano, y lo mismo hicieron también la mayor parte de las
demás comunidades. Se produjo, pues, un derrocamiento ge- 2
neral de tiranos en las ciudades[161].

Por su parte Aristágoras de Mileto, tras el derrocamiento de los tiranos, recomendó a las distintas ciudades que designasen estrategos[162] en cada una de ellas y, acto seguido, a bordo de un trirreme se dirigió personalmente a Lacedemonia en misión oficial, pues, como es natural, necesitaba procurarse algún aliado importante[163].

---

[161] La abolición de la tiranía afecta a Darío en las ciudades jónicas fue probablemente seguida de la transformación de la antigua confederación cultual panjónica, que antaño había desempeñado un importante papel (cf. I 141, 4, en su lucha contra Ciro), en un organismo político provisto de un consejo común, nombrándose delegados *(próbouloi)* en las distintas ciudades para mantener reuniones en el Panionio (sobre este lugar, cf. I 148, 1). En general, cf. E. Meyer, *Geschichte des Altertums*..., III, págs. 300 y sigs.

[162] A diferencia de los «estrategos» mencionados en V 36, 4 (que eran tiranos con plenos poderes militares), en este caso se trata de magistrados con poderes civiles y militares, pero, sobre todo, *elegidos* para un período de tiempo determinado y con obligación de rendir cuentas de su gestión. No obstante, los jonios no parecen haber conseguido la creación de un mando coherente, ni de una doctrina estratégica razonable. Y quizá lo que más en falta se echaba era una idea clara de las metas de la insurrección.

[163] Al igual que había hecho Creso antes de entrar en guerra con los persas (cf. I 56), Aristágoras se dirige a Grecia para procurarse un aliado poderoso: ante todo a Esparta (cf. V 49-51) y, posteriormente, al fracasar

39 *Aristágoras en Lacedemonia. Historia de Anaxándridas, rey de Esparta, y de sus hijos Cleómenes y Dorieo. Aventuras de éste en Occidente*

Por cierto que, en Esparta, ya no seguía reinando Anaxándridas[164], hijo de León, sino que había muerto; y era su hijo Cleómenes quien ocupaba el trono, al que había accedido no por su valía personal, sino por derechos de primogenitura[165]. Resulta que Anaxándridas se había casado con una hija de su hermana[166] y la amaba apasionadamente, a pesar de

---

en Laconia, a Atenas. Pero, al igual que en el libro I se incluyen dos excursos sobre la historia de Atenas (I 56-64) y de Esparta (I 65-70) hasta la época de Creso, Heródoto introduce ahora dos digresiones sobre la historia de Esparta (cf. V 39-48) y de Atenas (V 55-96) hasta la llegada de Aristágoras; es decir, hasta el invierno del año 499 a. C. Sin embargo, parece indudable que Aristágoras visitó otras ciudades, además de Esparta y Atenas, para tratar de conseguir ayuda para la causa jonia. El relato del historiador, al circunscribir el viaje del milesio a ambas ciudades, es un reflejo anacrónico de la doble hegemonía que existía en Grecia en época de Heródoto.

[164] Heródoto aborda la historia de Esparta, enlazándola con el excurso sobre el mismo tema incluido en el libro primero (cf. caps. 65 y sigs.), a partir de Anaxándridas, contemporáneo de Creso (cf. I 67, 1). Los reyes aquí citados pertenecían a la familia de los Agíadas. León reinó entre 590-560, aproximadamente, y Anaxándridas (II) lo hizo de 560 a 520 a. C. Cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta, 950-192 B. C.*, Londres, 1968, págs. 21-22.

[165] Tal y como, por otra parte, establecía la ley (cf., *infra*, V 42, 2). La sucesión hereditaria en ambas casas reales de Esparta —la de los Agíadas y la de los Euripóntidas— recaía directamente en el primer hijo varón nacido después del advenimiento al trono del padre. Sólo a falta de hijo, la dignidad real pasaba a manos del pariente agnado varón más próximo.

[166] Las dos Casas reinantes en Esparta vivieron siempre en discordia (cf. V 75), y su separación se sostenía de intento, ya que ambas conservaban sus moradas, enterramientos y funciones de culto aparte. Esto hacía que, además, abundaran los matrimonios endogámicos en ambas estirpes. Así, por ejemplo, Leónidas se casó con su sobrina Gorgo (cf. VII 239), y Arquídamo con su tía Lampito (cf. VI 71).

que no le daba hijos. Así las cosas, los éforos[167] mandaron llamarlo y le dijeron: «Desde luego, si tú no velas por ti mismo, a fe que nosotros no debemos asistir impasibles a la posible extinción del linaje de Eurístenes[168]. En una palabra: puesto que tu actual esposa no te da descendencia, repúdiala y cásate con otra; que, si así lo haces, darás satisfacción a los espartiatas[169]». Sin embargo, Anaxándridas respondió diciendo que no iba a hacer ni una cosa ni la otra, y que ellos no le brindaban un atinado consejo al incitarlo a repudiar a la esposa que tenía —una mujer que, en su opinión, era intachable—, para que pudiera contraer matrimonio con otra; de manera que no pensaba obedecerlos. 2

Ante estas manifestaciones, los éforos y los gerontes[170] estudiaron el caso y le hicieron a Anaxándridas la siguiente 40

[167] Sobre sus funciones, cf. nota III 747. La tradición antigua atribuía la creación del eforato a Licurgo (cf., *supra*, I 65, 5; Jenofonte, *Const. de los lacedemonios* 8, 3-5; Platón, *Epíst.* 8, 354b; Éforo, fr. 149; F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 70), o al rey Teopompo, que reinó hacia 720-675 a. C. (cf. Aristóteles, *Política* V 10, 26-27, 1313a; aunque el testimonio de Plutarco, *Licurgo* 7, 1, parece invalidarlo, al afirmar que la lista de los éforos constituía la lista epónima más antigua, con un origen que puede remontarse a 755 a. C.).

[168] Uno de los Heráclidas (esto es, descendientes de Heracles) que conquistaron el Peloponeso, y a quien, junto a su hermano Procles, le correspondió Lacedemonia. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 256 y sigs. Eurístenes era el antepasado de los Agíadas.

[169] Cf., *supra*, nota III 748.

[170] Los éforos, que ejercían un derecho de intervención en todas las esferas de la vida espartana, tanto en los asuntos internos como en los negocios extranjeros, tenían autoridad —como garantes del mantenimiento de las leyes establecidas por Licurgo— para citar a su presencia no sólo a los funcionarios anuales, sino que podían proceder de la misma manera contra la persona de los reyes. Pero, en ese caso, estaban obligatoriamente asistidos por una comisión de jefes de las princi-

proposición: «Como vemos que estás realmente interesado por la mujer que tienes, haz lo que te vamos a indicar, sin oponerte a ello, para evitar que los espartiatas tomen, res-
2 pecto a tu caso, alguna otra medida. No te pedimos que repudies a tu actual esposa; al contrario, sigue dispensándole todas las atenciones que en la actualidad le dispensas, pero, sin abandonarla a ella, cásate con otra mujer que pueda darte hijos[171]». Ésta fue, poco más o menos, la propuesta que le hicieron y que Anaxándridas aceptó, por lo que, a partir de entonces, contó con dos esposas y residió en dos hogares, una situación totalmente insólita en Esparta[172].

---

pales familias (los ancianos o *gerontes)*, denominada «Consejo de los Ancianos» (= *Gerusía)*, compuesta de veintiocho miembros vitalicios, mayores de sesenta años (es decir, exentos ya del servicio militar obligatorio), y elegidos entre los espartiatas más acreditados. Cf. A. Andrewes, «The government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 1-20.

[171] Esta insistencia de las autoridades espartanas quizá sea debida a que Anaxándridas no contara con ningún agnado que pudiera sucederle, lo cual sí hubiera puesto en peligro la continuidad sucesoria de los Agíadas.

[172] Cf. Pausanias, III 3, 9. Los griegos consideraban la monogamia como una prueba de la mayor excelencia de su civilización frente a la poligamia, la poliandria o la promiscuidad que se daba entre los pueblos bárbaros. Sin embargo en Atenas, con posterioridad al año 430 a. C. —debido a la guerra contra los peloponesios y a la epidemia de peste que azotó la ciudad en 430-429 a. C.—, parece ser que la bigamia fue tolerada *de facto*, pese a no ser reconocida *de iure*. Y el propio Pericles fue autorizado a legitimar el hijo que había tenido con Aspasia, que no era esposa suya, sino una cortesana milesia (cf. Plutarco, *Pericles* 24-37). Es posible, pues, que, debido a la situación «irregular», y de todos conocida, en que vivían Pericles y Aspasia, Heródoto declarara en este pasaje que la bigamia era inusitada, no en Grecia, sino concretamente en Esparta.

41 Al cabo de no mucho tiempo, la segunda mujer dio a luz precisamente al tal Cleómenes, con lo que ella traía al mundo un sucesor para el trono de Esparta[173]. Pero he aquí que, por una curiosa coincidencia, la primera mujer, que hasta ese momento había sido estéril, se quedó embarazada poco más o menos por aquel entonces. Y, pese a que estaba en- 2
cinta de verdad, los parientes de la segunda mujer, al enterarse de su embarazo, empezaron a meterse con ella, asegurando que fingía al alardear de su estado, ya que su propósito era simular el parto. Ante la indignación de aquella gente, en el último momento, los éforos, debido a la incredulidad reinante, montaron guardia alrededor de la mujer y asistieron a su parto.

Después de haber traído al mundo a Dorieo, esta mujer 3
tuvo seguidamente a Leónidas, e inmediatamente después tuvo a Cleómbroto[174] (con todo, también hay quienes aseguran que Cleómbroto y Leónidas eran mellizos). Por su parte, la madre de Cleómenes —es decir, la segunda esposa de Anaxándridas—, que era hija de Prinátadas, el hijo de Demármeno[175], ya no tuvo ningún otro hijo.

[173] Como la minoridad del heredero al trono alcanzaba hasta los treinta años, Cleómenes debió de haber nacido con anterioridad al año 550. Cf., *infra*, nota V 178.

[174] Prueba de su fecundidad, ya que, de haber deseado fingir el parto, lo más verosímil es que sólo lo hubiera hecho una vez. Leónidas (I) fue rey de Esparta de 490 a 480 a. C., al suceder a su hermanastro Cleómenes I, con cuya hija Gorgo se había casado. Mandó las fuerzas que, en 480 a. C., defendieron hasta la muerte el paso de las Termópilas frente al ejército de Jerjes (cf., *infra*, VII 201-228; DIODORO, XI 4-11). Cleómbroto fue, a la muerte de su hermano Leónidas, tutor-regente durante la minoridad de su sobrino Plistarco, aunque por muy poco tiempo, ya que, al parecer (cf. IX 10), murió poco después de Leónidas.

[175] A partir de VI 65, 2, cabe deducir que la madre de Cleómenes descendía del famoso Quilón (por eso, quizá, da Heródoto su genealogía), lo que en parte podría explicar que los éforos hubiesen forzado a Anaxán-

42 Pues bien, según cuentan, Cleómenes no se encontraba en su sano juicio —estaba, más bien, ligeramente desequilibrado[176]—, en tanto que Dorieo descollaba a la cabeza de todos los jóvenes de su edad, por lo que se hallaba plenamente convencido de que, en razón de su valía personal, sería
2 él quien obtendría el trono[177]. Tan sumamente persuadido estaba de ello que, cuando, a la muerte de Anaxándridas, los lacedemonios, con arreglo a su ley, nombraron rey a Cleómenes[178], el mayor de sus hijos, Dorieo se molestó muchísimo y,

---

dridas a tomarla por esposa, ya que Quilón (a quien se incluía entre los «Siete Sabios»; cf. Platón, *Protágoras* 343a) fue, según Diógenes Laercio (I 68), el éforo que incrementó el poder del eforato por encima de los reyes. Cf. G. L. Huxley, *Early Sparta*, Londres, 1962, págs. 69 y sigs.

[176] O bien, «y, además, tenía un carácter sumamente colérico» (para la traducción propuesta, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., pág. 16). Según T. Lenschau, «König Kleomenes von Sparta», *Klio* 31 (1938), 412 y sigs., las noticias sobre el carácter psíquicamente inestable de Cleómenes (cf., además, VI 75) las habría obtenido Heródoto de fuentes espartanas hostiles a Cleómenes.

[177] Cabe suponer que el convencimiento de Dorieo se debería a una posible incapacitación de Cleómenes por su deficiencia mental (que sería algún tipo de paranoia persecutoria; cf. VI 75, 1, y D. Kouretas, «Caractérisation psychobiographique de quelques personnages marquants de l'antiquité hellénique», *Platon* 28 [1976], 59 y sigs.). De hecho, Cleómenes se agravó con el paso de los años y acabó suicidándose (cf. VI 75, 3; y A. Giusti, «Il suicidio di Cleomene», *Atene e Roma* 10 [1954], 54 y sigs.).

[178] La fecha del comienzo del reinado de Cleómenes es controvertida. Poseemos dos *termini ante quos:* 1. Su relación con Meandrio de Samos, que hay que fechar en 520-519 a. C. (cf., *supra,* III 148; y Plutarco, *Apophth. Lac.* 224a). 2. La recomendación que Cleómenes hace a los plateos, ante su petición de ayuda contra los tebanos, de que recurran a Atenas (cf., *infra,* VI 108), firmándose, en 519 a. C., un tratado entre Atenas y Platea (cf. Tucíd., III 55; 68, 5; y H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums,* II..., núm. 119, pág. 15; la fecha, con todo, es problemática). El *terminus post quem* hay que situarlo en el año 523 a. C., ya que, en 525-524, los espartanos apoyaron a los exi-

como consideraba una afrenta ser súbdito de Cleómenes, solicitó a los espartiatas un grupo de personas y se las llevó a fundar una colonia, sin haber consultado al oráculo de Delfos a qué lugar debía ir a fundarla[179] y sin haber observado ni una sola de las normas habituales[180]. Debido a la indignación que le embargaba, dirigió sus navíos a Libia (por cierto que unos naturales de Tera le sirvieron de guías[181]). Al llegar a 3

liados samios contra Polícrates (cf. III 46-47; 54-56) y Cleómenes no es mencionado, cuando hay que pensar que lo habría sido en III 46, 1, ya que Heródoto demuestra conocer bien las vicisitudes del reinado de Cleómenes (cf. III 148; V 39; 41-42; 54; 64; 70; 72-76; 90; VI 50-51; 61; 64-66; 73-76; 78-81; 84; 85; 92; 108; VII 148; 205; 239). Pese a todo, se ha propuesto una cronología más temprana, cf. V. Merante, «Sulla cronologia di Dorieo e su alcuni problemi connessi», *Historia* 19 (1970), 272 y sigs.

[179] Lo cual (a pesar de que al oráculo délfico no solía preguntársele a qué lugar había que dirigir una expedición colonizadora, sino si aprobaba el proyecto de fundar una colonia en un lugar que previamente se le indicaba) constituía una falta grave, ya que los oráculos, y concretamente el de Apolo en Delfos, tuvieron una gran importancia en las empresas colonizadoras. Cf. H. W. Parke, D. E. Wormell, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, I, págs. 49-81.

[180] Fundamentalmente, no haberse llevado, al partir, el fuego sagrado —que, junto al altar de Hestia, se encontraba en el edificio público más importante de la ciudad—, para denotar así su unión con la metrópoli. Cf. M. Lombardo, «La concezioni degli antichi sul ruolo degli oracoli nella colonizzazione», *Ricerche sulla colonizzazione greca* (Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa), 1972, págs. 63 y sigs.

[181] La razón de que gentes de la isla de Tera les sirvieran de guías estribaba en que los tereos descendían de los espartanos (cf. IV 147 y sigs.), y en que habían sido ellos quienes, precisamente, fundaron Cirene (cf. IV 150 y sigs.), por lo que su conocimiento de las costas orientales de África (a la que Heródoto denomina siempre Libia) era superior al de otros griegos. Cf. F. Chamoux, *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, París, 1953, págs. 104-114.

Cínipe[182], se instaló en un bellísimo paraje de Libia, a orillas de un río. Pero, a los dos años, fue expulsado de allí por los libios macas y por los cartagineses, y regresó al Peloponeso[183].

43 Allí Antícares, un sujeto natural de Eleón, le aconsejó, basándose en los oráculos de Layo[184], que colonizara la región de Heracles, en Sicilia[185], asegurándole que toda la co-

---

[182] La región más rica de toda África, según Heródoto (cf. IV 198), y que se hallaba situada en el *Uadi El Khaham*, en la costa occidental de la Gran Sirte, que desemboca al sudeste de Lebda (Leptis Magna). Es posible que la empresa colonizadora de Dorieo fuese apoyada por Cirene; cf. Ed. Will, «Miltiade et Dorieus», *Nouvelle Clio* VII-IX (1955-1957), 127-132.

[183] Según la cronología tradicional, la estancia de Dorieo en Libia se fecha entre 520-517 a. C. (aunque la datación no es segura; cf. V. Merante, «Sui rapporti greco-punici nel Mediterraneo occidentale nel VI sec. a. C.», *Kokalos* 16 [1970], 98 y sigs.). Sobre los libios macas, cf. IV 175, 1. El fracaso de Dorieo hay que atribuirlo fundamentalmente a los cartagineses, que no permitían la ingerencia de establecimientos griegos, por el peligro competitivo que representaban, en los territorios situados en la esfera de su control político-económico.

[184] En Eleón, una localidad de Beocia, cercana a Tanagra, existía un oráculo regido por los «Bácidas», una casta de profetas (a pesar de que, en VIII 20, Heródoto habla de Bacis como si se tratara del nombre propio de un legendario adivino), que ganaron fama con el auge de la religión extática en los siglos VII y VI a. C. (cf. E. Rohde, *Psyche. Seelencult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen = Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos* [trad. S. Fdez. Ramírez], Barcelona, 1973, págs. 329 y sigs.; y O. Kern, *s. v. Bakis, R. E.*, II, 2 [1896], cols. 2801-2802). Probablemente, Antícares debía de ser un *chrēsmológos,* un adivino que se servía de una colección de oráculos que en el siglo VI a. C. se atribuirían a Layo (¿vaticinios que se le dieron a Layo?; ¿que hablaban de él?; ¿o que habían sido recogidos por él?), el padre de Edipo. También Sófocles, *Edipo Rey* 906-907, menciona estos «oráculos de Layo».

[185] La lectura de los manuscritos en este punto plantea problemas, ya que presentan *Hērakleíēn tèn en Sikelíēi;* es decir, «que colonizara Heraclea de Sicilia». Según esto, Dorieo tenía que convertir en colonia griega

marca de Erix[186] pertenecía a los Heráclidas, ya que la había conquistado el propio Heracles[187]. Al oír esto, Dorieo se encaminó a Delfos para preguntar al oráculo si lograría apoderarse de la comarca a la que pensaba dirigirse; y la Pitia le respondió que lo conseguiría. Entonces Dorieo volvió a ha-

---

una ciudad existente en esa zona y denominada Heraclea. Sin embargo (y a pesar del testimonio de Diodoro, IV 23, 3), en la región a que luego se alude no existía una ciudad así llamada.

[186] Monte de unos 750 m. de altura, situado en el noroeste de Sicilia, donde había un santuario consagrado a Afrodita, que reemplazó, como diosa a la que se rendía culto, al dios fenicio *Melqar* (asimilado por los griegos a Heracles).

[187] El décimo trabajo de Heracles (sobre ellos, cf. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 218 y sigs., especialmente 232-233) consistió en llevar vivas a Micenas, desde los confines del Océano, las vacas de Geriones (cf. IV 8), un legendario monstruo de tres cuerpos. Cuando Heracles regresaba a Grecia, al llegar a Sicilia, uno de los animales penetró en el campo de Erix, hijo de Posidón, que se apoderó de la res; lo cual hizo que ambos lucharan, acabando Heracles por dar muerte a Erix (cf. Apolodoro, II 5, 10; Diodoro, IV 23, 1-3; Pausanias, III 16, 4-5). Los Heráclidas eran los descendientes de Heracles, y los reyes de Esparta consideraban antepasado suyo a dicho héroe (cf., *infra*, VII 204). En el caso concreto de la región reivindicada en Sicilia, la *interpretatio graeca* distorsiona un hecho real (la existencia de un culto fenicio en el monte Erix), ya que en esa zona de Sicilia no se veneraba a Heracles, sino al dios tirio *Melqar* (forma fenicia del dios *Baal*, por los atributos que, como dios guerrero, le caracterizaban), culto que se extendió entre los elimos, un pueblo siciliota, por influencia de los establecimientos fenicios instalados en el occidente de Sicilia. En la tentativa colonizadora de Dorieo sigue subyaciendo el conflicto púnico-griego por el control del comercio en el Mediterráneo occidental. Cf. J. Bérard, *La colonisation grecque de l'Italie méridionel et de la Sicile dans l'antiquité*, París, 1956, págs. 261 y sigs.

cerse cargo del contingente de colonos que había conducido a Libia y se trasladó a Italia, costeándola[188].

44 Y por cierto que, al decir de los sibaritas, por aquellas fechas estos últimos, en unión de su rey Telis, se disponían a marchar en son de guerra contra Crotón[189]. Pero entonces los crotoniatas, llenos de terror, pidieron a Dorieo que les prestara auxilio y vieron satisfecha su petición; pues el caso

[188] La segunda empresa colonizadora de Dorieo se fecha en 513-512 a. C. (cf. B. Virgilio, «Per la cronologia di Cleomene e Dorieo», *Commento storico...*, pág. 150), aunque se han propuesto otras dataciones.

[189] Crotón había sido fundada, a finales del siglo viii a. C. (según la tradición, por colonos aqueos procedentes del Peloponeso), en la Magna Grecia, y rivalizó política y económicamente, sobre todo en el siglo vi a. C., con Síbaris, que había sido fundada al oeste del golfo de Tarento (según la tradición, en las mismas fechas que Crotón, por colonos originarios principalmente de Acaya; cf. V. Merante, «Sulla date di fondazione di Sibari, Crotone e Siracusa», *Klearchos* 29-32 [1966], 105 y sigs.), en una zona muy fértil y que gozaba de una favorabilísima situación para el control del comercio del sur de Italia. Según Diodoro (XII 9), la causa próxima de la guerra —que, en realidad, se debía a motivos de supremacía económica— fue la expulsión de quinientos ciudadanos de las mejores familias de Síbaris a instancias del tirano Telis (sobre él, cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, pág. 158; II, pág. 610), que se refugiaron en Crotón; donde, hacia el año 535 a. C., Pitágoras había fundado su famosa escuela filosófica, cuyos discípulos controlaban el partido oligárquico que gobernaba la ciudad. Telis habría exigido la entrega de los exiliados, por temor a que tramasen algún intento armado para apoderarse de Síbaris, y, ante la negativa de los crotoniatas, decidió atacar esta última ciudad. Heródoto debió de conocer los argumentos dispares de crotoniatas y sibaritas (pues, con ocasión de la caída de Síbaris, sus habitantes se dispersaron por localidades vecinas) durante su estancia en la colonia panhelénica de Turios, creada en el lugar que antaño ocupara Síbaris, en cuya fundación —inspirada por Pericles— participó personalmente el historiador en 444-443 a. C. Cf. V. Ehrenberg, «The foundation of Thurioi», *American Journal of Philology* (1948), 149 y sigs.

es que Dorieo unió sus fuerzas a las que marcharon contra Síbaris y les ayudó a conquistar dicha ciudad[190]. Esto es, en 2
suma, lo que, según las afirmaciones de los sibaritas, hicieron Dorieo y sus camaradas. Sin embargo, los crotoniatas aseguran que, en su guerra contra los sibaritas, no cooperó con ellos ningún extranjero, con la única excepción del adivino Calias, un eleo de la familia de los Yámidas[191]; y este sujeto lo hizo por el siguiente motivo[192]: huyó de la corte de Telis, el tirano[193] de Síbaris, y se pasó a su bando, porque, con ocasión de un sacrificio que celebraba a propósito de la guerra contra Crotón, los presagios obtenidos de las vícti-

---

190 La caída de Síbaris se fecha tradicionalmente a partir de Diodoro, XI 90, 3, quien la sitúa 58 años antes del arcontado de Lisícrates en Atenas (cargo que ejerció en el año cuarto de la octogésimo primera Olimpíada; es decir, en 453-452 a. C.), de donde resulta el año 511-510 a. C. Cf. R. van Compernolle, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, Bruselas-Roma, 1960, págs. 237-241.

191 Los Yámidas eran una familia de adivinos que se consideraban descendientes de Yamo, un héroe natural de Olimpia, hijo de Apolo, a quien su padre había enseñado el lenguaje de los pájaros y el arte de la interpretación de los presagios que se obtenían de las víctimas. Junto a la familia de los Clitíadas, controlaban las funciones oraculares del templo de Zeus en Olimpia. Cf., *infra*, IX 33; Píndaro, *Olímp.* VI; Pausanias, III 11, 6; 12, 8; VI 2, 4; VIII 10, 5; asimismo, H. W. Parke, *The oracles of Zeus*, Oxford, 1968, págs. 174-178.

192 Literalmente, «de la siguiente manera»; es decir, su cooperación con Crotón habría consistido en revelar a los crotoniatas que los oráculos no eran favorables para Síbaris. Para la traducción propuesta, cf. A. Barguet, *Historiens grecs*, I, París, 1964, pág. 374.

193 Es de destacar que, en V 44, 1, Heródoto ha denominado a Telis «rey», y ahora lo llama «tirano». Como ha demostrado K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots...*, págs. 6-7, el historiador utiliza, indistintamente, los términos griegos *týrannos*, *basileús* y *moúnarchos* para referirse a los tiranos.

mas no le habían resultado favorables. Esto es lo que, por su parte, sostienen los de Crotón.

45 Y, en apoyo de sus afirmaciones, unos y otros esgrimen las siguientes pruebas: los sibaritas aducen la existencia, cerca del cauce seco del Cratis[194], de un recinto sagrado y de un templo, que, según ellos, Dorieo erigió en honor de Atenea, venerada bajo la advocación de *Cratia,* tras haber cooperado en la toma de la ciudad[195]; y, por otra parte, consideran que la muerte del propio Dorieo[196] constituye una prueba concluyente, ya que pereció por haberse extralimitado ante las predicciones del oráculo[197]; pues, en realidad, si no lo hubiese contravenido lo más mínimo, si se hubiera atenido al objetivo de su misión, habría conquistado la región de Erix y, una vez conquistada, la habría conservado en su poder, en lugar de perecer tanto él como su ejército.

[194] El Cratis, que desemboca en el golfo de Tarento, era el río a orillas del cual se hallaba erigida Síbaris. Según Estrabón, VI 1, 13, después de alzarse con la victoria, los crotoniatas desviaron su cauce en dirección a Síbaris para que no quedara rastro de la ciudad. Cf. también Diodoro, XI 90; XII 9.

[195] Pese a la tesis de G. Gianelli *(Culti e miti della Magna Grecia,* Florencia, 1963, págs. 105-107) sobre la probable existencia de ese templo erigido por Dorieo, llama la atención que Heródoto, al parecer, no viera el templo, cuando sí confirma la recompensa que recibió en Crotón el adivino Calias. Este hecho hizo que K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...,* I, 1, pág. 384, nota 1, pensara que Dorieo no participó en la contienda entre Crotón y Síbaris, sosteniendo que la tradición relativa a su intervención surgió posteriormente, para justificar el aparente fallo que el oráculo de Delfos había cometido en su predicción.

[196] Cf., *infra,* V 46, 1.

[197] Dorieo (cf. V 43) había preguntado al oráculo de Delfos «si lograría apoderarse de la comarca a la que pensaba dirigirse» (sin especificar cuál iba a ser la meta de su viaje). La Pitia le respondió afirmativamente, por lo que, al tomar Síbaris, la predicción del oráculo ya se había cumplido. Pretender, acto seguido, conquistar la comarca de Erix era, pues, extralimitarse.

Por su parte los crotoniatas aducen que, en el territorio de 2
Crotón, al eleo Calias le fueron concedidas, con carácter extraordinario, un buen número de prerrogativas que, en mis días, todavía disfrutaban los descendientes de Calias; mientras que no se les concedió nada a Dorieo y a sus descendientes. Y es indudable —dicen— que, si Dorieo hubiese cooperado con ellos en la guerra sibarítica, se le hubiera otorgado una recompensa muy superior a la de Calias. En fin, éstas son las pruebas que unos y otros alegan respectivamente; y, de las dos versiones, cada cual puede adherirse a aquella que le convenza.

Con Dorieo también se hicieron a la mar, para colaborar 46
con él en la fundación de la colonia[198], otros espartiatas: Tésalo, Parébatas, Céleas y Eurileonte, quienes, tras arribar a Sicilia con toda la expedición, murieron en el curso de una batalla al ser derrotados por los fenicios y los egesteos[199]. El único dirigente de los colonos que sobrevivió a ese desastre

[198] En griego se emplea el substantivo *synkístai* (que, literalmente, significa «cofundador»), un término técnico, propio de la terminología colonizadora, que señala a las personas que, en una empresa de colonización, proporcionaban un grupo de marineros-soldados-colonos, y que quizá colaboraban también económicamente. Cf. B. Virgilio, «I termini di colonizzazione in Erodoto e nella tradizione preerodotea», *Atti Accad. Scienze di Torino* 106 (1972), 345 y sigs. (en particular, cf. págs. 359-360).

[199] Las luchas de Dorieo y de los griegos de Sicilia contra los fenicios (es decir, los cartagineses o los habitantes de las colonias fenicias de Sicilia), instalados en el oeste de Sicilia, fueron más duraderas de lo que Heródoto indica. De hecho, es posible que Dorieo muriese poco antes de la muerte de Cleómenes en 489 a. C. (cf. J. Bérard, *La colonisation grecque de l'Italie...*, pág. 263); y, en todo caso, las luchas continuaron hasta la batalla de Hímera, en 480 a. C. (cf., *infra,* VII 158 y 165-166). La animadversión de Egesta (una ciudad habitada por los elimos, un pueblo siciliano, en el noroeste de Sicilia) hacia los griegos fue permanente; cf. Tucíd., VI 2.

2 fue Eurileonte, que reunió a los supervivientes del ejército, se apoderó de Minoa[200], la colonia de los selinusios, y ayudó a estos últimos a liberarse de su tirano[201] Pitágoras. Sin embargo, poco después —tras haber derrocado a dicho sujeto—, el propio Eurileonte intentó alzarse con la tiranía de Selinunte y, de hecho, consiguió ejercer el poder, aunque fue por poco tiempo, ya que los selinusios se sublevaron contra él y lo asesinaron, a pesar de que se había refugiado en el altar de Zeus *Agoreo*[202].

47 Otro compañero de Dorieo —junto a quien halló la muerte— fue un natural de Crotón, Filipo, hijo de Butácidas, quien, por haberse comprometido con una hija de Telis de Síbaris, se vio desterrado de Crotón. Pero, como no pudo llevar a feliz término la boda, se trasladó a Cirene a bordo de un navío. Posteriormente, abandonó dicha ciudad y tomó parte en la empresa colonizadora con un trirreme de su pro-

---

[200] Minoa se hallaba situada en la costa suroccidental de Sicilia y, según la tradición, había sido fundada por Minos (de ahí su nombre), cuando los cretenses llegaron a Sicilia (cf., *infra*, VII 170). Sin embargo, dicho nombre debieron de dárselo los megareos que fundaron Selinunte (cf. Tucíd., VI 4), ya que Minoa era una colonia de esta última ciudad, porque así, precisamente —es decir, Minoa—, se llamaba una pequeña isla próxima a Mégara (cf. Tucíd., III 51). Posiblemente Minoa ocupó el lugar de un antiguo establecimiento fenicio denominado *Makara* por estar bajo la protección del dios *Melqar*. Como esta divinidad fue identificada por los griegos con Heracles (cf. II 44), la ciudad acabó siendo denominada Heraclea Minoa. Selinunte se encontraba en la costa, a unos 50 km. al oeste de Heraclea Minoa.

[201] Literalmente, «su soberano»; pero, cf. nota V 193.

[202] Zeus protector de la plaza pública (= *ágora*, lugar en el que se alzaba una estatua de la divinidad) y de las asambleas que en ella tenían lugar.

piedad y con un grupo de hombres a quienes mantenía con su propio peculio. Este sujeto había obtenido la victoria en los juegos olímpicos[203] y era el griego más apuesto de su época. Precisamente, debido a su apostura recibió de los 2 egesteos honores que nadie más ha alcanzado: sobre su tumba erigieron un templete[204] y lo veneran, como a un héroe, con sacrificios propiciatorios.

Así fue, en suma, como murió Dorieo, cuando, si se hu- 48 biera resignado a ser súbdito de Cleómenes y hubiese permanecido en Esparta, habría llegado a ser rey de Lacedemonia, pues Cleómenes no estuvo en el poder durante mucho tiempo[205] y, además, murió sin descendencia masculina; tan sólo dejó una hija, cuyo nombre era Gorgo[206].

---

[203] Quizá en la Olimpíada sexagésimo quinta (= 520 a. C.), o en la siguiente (= 516 a. C.). Cf. L. Moretti, «Olympionikai»..., núm. 135, pág. 76.

[204] Un *hērōion,* que primitivamente era el lugar en que estaba enterrado el héroe al que se rendían honores. Frente a una primera generación de héroes míticos, con el paso de los tiempos fueron heroizados, por distintos motivos, una serie de simples mortales: porque habían prestado señalados servicios a un Estado, porque habían fundado una ciudad, etc. Las comunidades consideraban que, una vez desaparecidos, esos mortales podían seguir ejerciendo una influencia benéfica. Sobre la heroización concreta de Filipo, cf. T. J. Dunbabin, *The Western Greeks,* Oxford, 1948, pág. 335.

[205] En realidad Cleómenes reinó por espacio de más de treinta años (aproximadamente, de 520 a 489 a. C.), por lo que el error de Heródoto es ciertamente sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que, en otros pasajes de la *Historia* (cf. III 148; VI 73), el historiador demuestra conocer bien su cronología. Sobre la causa de esta extraña afirmación, cf. W. W. How, J. Wells, *A commentary on Herodotus,* II..., pág. 348.

[206] Hay que destacar que, en esta ocasión, los éforos no intervinieron, como en el caso de Anaxándridas (cf. V 39-40), porque la sucesión al trono estaba asegurada, ya que Cleómenes tenía dos hermanastros (cf. V 41, 3). Gorgo se casó con su tío Leónidas (cf. VII 205, 1; 239, 4).

49 *Aristágoras trata de convencer a Cleómenes para que ayude a los jonios, cosa que no consigue*

Pues bien, Aristágoras, el tirano de Mileto[207], llegó a Esparta cuando Cleómenes detentaba el poder. Como es natural mantuvo una entrevista con él, llevando consigo, al decir de los lacedemonios, una lámina de bronce en la que figuraba grabado un mapa[208] de toda la tierra, así como la

[207] Heródoto hace hincapié en que Aristágoras seguía siendo tirano de Mileto para resaltar el hecho de que su actitud democrática (cf. V 37, 2) era solamente ficticia. Sigue, pues, patente la tendenciosidad del historiador para con la figura de Aristágoras; cf. nota V 144. El viaje de Aristágoras a Esparta (los detalles relativos a su estancia allí son novelescos y ficticios) debió de producirse en invierno del año 499.

[208] Lo cual debía de constituir, por aquellas fechas, una novedad para los sencillos espartanos. El mapa (literalmente, «un contorno», pues eran las costas lo que se describía sobre todo) más antiguo del que se tienen noticias es una tablilla babilonia del tiempo de Sargón de Akkad (hacia 2350 a. C.), en la que se representaba a Babilonia rodeada por el Océano y en la que, al noroeste, figuraban «los países que no ven el sol». Un papiro egipcio del siglo XIII a. C. contiene, por su parte, un mapa de las minas de oro existentes entre el Alto Egipto y el mar Rojo. Cf. A. FORBIGER, *Handbuch der alten Geographie,* Graz, 1966, vol. I. En Grecia, los mapas de la tierra aparecieron en la primera mitad del siglo VI a. C. Según la tradición (cf. DIÓGENES LAERCIO, II 1; AGATÉMERO, I 1; ESTRABÓN, I 7 = ANAXIMANDRO, frs. A 1 y 6; H. DIELS, W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker* [= *D K*], Dublín-Zúrich, 1972 [= 6.ª ed., 1951]), el filósofo Anaximandro de Mileto «fue el primero que se atrevió a representar la tierra habitada en una lámina de metal». No es mucho lo que se sabe sobre el mapa de Anaximandro. Las críticas de Heródoto a los geógrafos jonios (cf. II 21 y IV 36, 2) permiten suponer que, en dicho mapa, la tierra sería un círculo perfecto, rodeado por las aguas de un Océano exterior; y, en virtud de la ley de la simetría, las distintas zonas de la tierra (África [= Libia], Asia y Europa) tendrían las mismas dimensiones, siendo el Mediterráneo el centro teórico de la tierra. Cf. P. PÉDECH, *La geographie des grecs,* París, 1976, págs. 33 y sigs.

No obstante, es muy probable que el mapa que Aristágoras llevó a Esparta fuera el que, sobre el modelo del de Anaximandro, perfiló

totalidad del mar y todos los ríos[209]. Y, en el curso de la entrevista, Aristágoras le dijo lo siguiente: «Cleómenes, no te extrañes por mi interés en venir hasta aquí, pues la situación, en la actualidad[210], es la siguiente: los hijos de los jonios[211] son esclavos, en lugar de hombres libres, lo cual constituye, principalmente para nosotros, un baldón y una amargura inmensa; pero también lo es para vosotros, más que para otros griegos, por cuanto que estáis a la cabeza de

---

Hecateo (cf. Agatémero, I 1). Razones de cronología abogan por esta hipótesis. Del testimonio de Diógenes Laercio *(loc. cit.)* se deduce que Anaximandro murió entre los años 548 y 545 a. C., por lo que nos encontramos con una fecha anterior a la creación del imperio persa. Como el mapa de Aristágoras presenta una particular descripción del imperio aqueménida —incluida la zona en la que se hallaba Susa—, hay que convenir en que, en este pasaje, Heródoto se está refiriendo al mapa de Hecateo (cf., además, P. Tozzi, «Studi su Ecateo di Mileto», *Athenaeum* 41 [1963], 322, nota 12). Posiblemente, el mapa que vio Cleómenes en Esparta era el mismo que Hecateo pudo enseñar a sus conciudadanos milesios cuando trató de disuadirlos de sus propósitos revolucionarios, aludiendo a los pueblos que dependían de los persas (cf. V 36, 2; y V. Ehrenberg, *Ost und West,* Leipzig, 1935, pág. 105).

209 No se hace referencia a las montañas porque no eran más que obstáculos a salvar, mientras que los mares y los ríos eran las vías de comunicación y, por lo general, determinaban las fronteras entre los pueblos. A notar que en el texto se habla del mar en singular, pues, en la geografía jonia, el Océano exterior se comunicaba con todos los mares conocidos, incluido el Caspio (cf. nota I 522). *Vid.* el «mapa de Hecateo» en pág. 91.

210 En estas palabras puede haber una referencia a la anterior embajada que los jonios habían despachado a Esparta en 547 a. C., cuando presumían el inminente ataque de Ciro; cf. I 152.

211 Esta expresión, similar a otras que aparecen en la *Historia,* es de inspiración homérica. Cf. nota I 65. Con ella se pretende resaltar el noble carácter de los jonios.

3 la Hélade[212]. En esta tesitura, liberad —¡por los dioses de Grecia!— de su actual esclavitud a los jonios, un pueblo de vuestra misma sangre[213]. Y podéis culminar la empresa con facilidad, pues los bárbaros no son gente bizarra, mientras que vosotros, en el terreno militar, habéis alcanzado las máximas cotas en razón de vuestro arrojo. Por otra parte, sus armas de combate son las siguientes: arcos, flechas y una lanza corta; y van a las batallas con *anaxirides* y con tur-
4 bantes en la cabeza, de manera que resultan una presa fácil[214]. Además, los habitantes de ese continente[215] poseen más riquezas que todos los demás pueblos de la tierra juntos; principalmente oro, pero también cuentan con plata, cobre, ropas recamadas, acémilas y esclavos. Todo esto, con sólo desearlo de veras, podría ser enteramente vuestro.

---

[212] A finales del siglo VI a. C., Esparta era el Estado más poderoso de Grecia y Heródoto lo manifiesta en repetidas ocasiones. Cf. I 69, 2 (afirmación de Creso en ese sentido); I 152, 3 (actitud de Esparta ante Ciro, como una primera potencia acostumbrada a mandar); VI 108; VII 161, 2; VIII 2, 2; etc. En general, cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta...*, págs. 85 y sigs.

[213] Pese a que el carácter de Aristágoras está hábilmente perfilado como el de un charlatán que trata de embaucar a los sencillos lacedemonios con su labia, apelando a cualquier tipo de argumento, los propios espartanos, en VIII 144, 2, afirman la uniformidad de los pueblos griegos, que poseen los mismos antepasados, la misma lengua, los mismos dioses y las mismas costumbres.

[214] Para la descripción de la indumentaria persa en campaña, cf. VII 61 y sigs. (los *anaxirides* eran una especie de bombachos; cf. I 71, 2; III 87). Semejante equipo de combate resultaba embarazoso, tenía poco valor en defensa y escasa eficacia ofensiva; sobre todo, comparado con lo poderosamente armados que iban los hoplitas griegos (sobre su armamento, cf. nota III 620), fuerzas de infantería pesada en cuyo empleo eran particularmente diestros los lacedemonios.

[215] Asia.

Y por cierto que esos pueblos, que confinan unos con 5
otros, se hallan establecidos como voy a indicarte. Con los jonios, que están aquí[216], lindan ahí los lidios, que ocupan una región fértil y que poseen grandes sumas de dinero[217]». (Y, a medida que citaba esos pueblos, iba señalando su situación en el mapa de la tierra que llevaba grabado en la lámina de metal.) «Con los lidios —siguió diciendo Aristágoras— lindan hacia el Este los frigios, que son estos de aquí; de todos los pueblos del mundo son, que yo sepa, los que más ganados poseen y más productos agrícolas cosechan[218]. Con los frigios lindan los capadocios, a 6
quienes nosotros llamamos sirios[219]. Con estos últimos confinan los cilicios, que se extienden hasta el mar que aquí ves[220], en el que se encuentra —hela ahí— la isla de Chipre; ese pueblo satisface al rey un tributo anual de quinientos talentos[221]. Con los citados cilicios lindan los ar-

[216] Aristágoras va enumerando, con precisiones concretas sobre el mapa del que es portador (el pasaje es pródigo en demostrativos deícticos), los distintos pueblos sometidos a los persas. Y lo hace de Oeste a Este, desde el mar Egeo hasta Susa, siguiendo las zonas que atravesaba el «camino real» (cf. V 52).

[217] Ya que el río Pactolo poseía arenas auríferas (cf. I 93, 2). La riqueza de Lidia era proverbial en la Antigüedad (cf. I 50, 2; 69, 4).

[218] Principalmente ganado lanar (piénsese en la lana de Angora) y afamados vinos. Cf. Hom., *Ilíada* III 184; Aristófanes, *Aves*, 493.

[219] Capadocios, pues los persas los llamaban *Katapatuka*. Sobre la denominación griega de «sirios», cf. nota I 15.

[220] El Mediterráneo.

[221] Unos 16.845 kg. de plata (cf. III 90, 3), ya que, en este caso, se trata del talento de plata babilonio (cf. III 89, 2), que equivalía a 7/6 del ático, usual en los restantes pasajes. Sobre la extensión de Cilicia como distrito tributario de los persas, cf. nota III 461. Para la enumeración de los tributos que los distintos pueblos satisfacían a los persas, cf. III 90-96.

menios —que están situados ahí, y que también poseen mucho ganado— y, con los armenios, los matienos[222], que
7 ocupan esa zona. Con estos últimos linda Cisia[223], la región que aquí ves, en la que, precisamente a orillas de ese río de ahí, el Coaspes[224], se halla situada la famosa Susa, donde reside el gran rey y donde, asimismo, se encuentran las cámaras de sus tesoros[225]. Si tomáis esa ciudad, en adelante podréis rivalizar tranquilamente con Zeus en lo que a riquezas se refiere.

---

222 Los matienos (cf. III 94, 1) se extendían desde el este del río Halis (cf. I 72, 2) hasta *Susiana* (sus núcleos de población más importantes debían de residir en el Azerbeidján). No obstante, su localización exacta no está bien determinada.

223 En el fondo del golfo Pérsico. El nombre oficial de la satrapía cisia era el de *Susiana*, que correspondía al antiguo Elam.

224 Un afluente oriental del Tigris (es el actual río *Kerkha)*, que desaguaba a unos 100 km. de su desembocadura. El agua de este río poseía para los persas especiales propiedades (cf. I 188, 1; y nota I 482).

225 Los reyes de Persia no residían permanentemente en Susa. Según JENOFONTE *(Anábasis* III 5, 15; *Ciropedia* VIII 6, 22), el monarca persa pasaba en Susa la primavera, y el verano en Ecbatana, por su clima más benigno en esa estación; mientras que el resto del año tenía su sede en Babilonia. En Heródoto, sin embargo, Susa es siempre la capital del imperio (cf., asimismo, *Nehemías* I 1; *Esther* I 2; *Daniel* VIII 2), pues el historiador ignoraba la existencia de Pasargada y Persépolis (= *Parsa)*, donde los reyes persas eran enterrados. Cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 162-171. No obstante, Susa sí que era la sede más importante del erario real (cf. ARRIANO, *Anábasis* III 16; aunque también en Persépolis, Pasargada y Ecbatana había importantes tesoros, cf. DIODORO, XVII 71; y ARRIANO, *Anábasis* III 19). Según DIODORO (XVII 66), cuando Alejandro tomó Susa, en 331 a. C., encontró en el tesoro real la suma de 9.000 talentos en monedas de oro (más de 233 toneladas), y 40.000 talentos en lingotes (más de 1.030 toneladas de oro).

Así pues, lo que tenéis que hacer es aplazar las luchas[226] que, por una zona realmente no muy grande ni tan productiva, y por pequeños territorios fronterizos, mantenéis contra los mesenios, que cuentan con fuerzas parejas a las vuestras, así como contra los arcadios y los argivos[227], que no poseen nada que se parezca al oro o a la plata, unos bienes que pueden empujar a cualquiera a morir combatiendo por el deseo de poseerlos; porque, cuando se os presenta la ocasión de imperar con facilidad sobre Asia entera[228], ¿vais a 8

---

[226] El texto permite otra interpretación: «Lo cierto, sin embargo, es que vosotros os veis obligados a entablar batalla tras batalla por un país realmente no muy grande ni tan productivo, y por pequeños territorios fronterizos, con los mesenios...; y, sin embargo, cuando se os presenta la ocasión...» (cf. M. F. Galiano, *Heródoto*, Barcelona, 1951, pág. 125, para una traducción en ese sentido). No obstante, la versión que propongo recoge mejor el juego de palabras que aparece en el texto griego con el verbo *anabállein*. Aristágoras dice a los espartanos que *aplacen* sus luchas contra sus vecinos, y Cleómenes, «lacónicamente», le responde que *aplaza* la decisión a tomar.

[227] En las palabras de Aristágoras se resume la política expansionista espartana emprendida desde el siglo VII a. C.; política que, en el siglo VI, por el peligro que la misma comportaba, supuso un freno a la evolución socio-cultural de Esparta. Hacia el Oeste, los espartanos ocuparon Mesenia (la región «no muy grande ni tan productiva»), a cuyos habitantes redujeron a la condición de hilotas en el curso de dos guerras; cf: III 47; IX 35 y 64. Por el Norte, Esparta halló una fuerte oposición en Arcadia, y en 550 a. C. se vio obligada a pactar con Tegea (cf. I 66; VI 74; IX 35). En el Nordeste, Esparta y Argos se enfrentaban por la posesión de dos pequeñas zonas cerealistas (los «pequeños territorios fronterizos» a que alude Aristágoras): la Cinuria y la región de Tirea; cf. I 82; VI 76 y sigs.; VIII 73; IX 35. En general, cf. P. Oliva, *Sparta and her social problems...*, págs. 102 y sigs., y 132 y sigs.

[228] Con toda seguridad Aristágoras no sugeriría algo semejante a Cleómenes, ya que la idea de llevar la guerra contra los persas al propio continente asiático no empezó a cobrar cuerpo entre los griegos hasta los años que siguieron al fin de la segunda guerra médica. La petición de ayuda formulada por los jonios debía de perseguir el envío de un contingente espartano para sostener la guerra en territorio jonio, a fin de conse-

9 preferir alguna otra opción?». Esto fue lo que manifestó Aristágoras. Y entonces Cleómenes le replicó en los siguientes términos: «Extranjero milesio, aplazo la respuesta que he de darte hasta dentro de dos días».

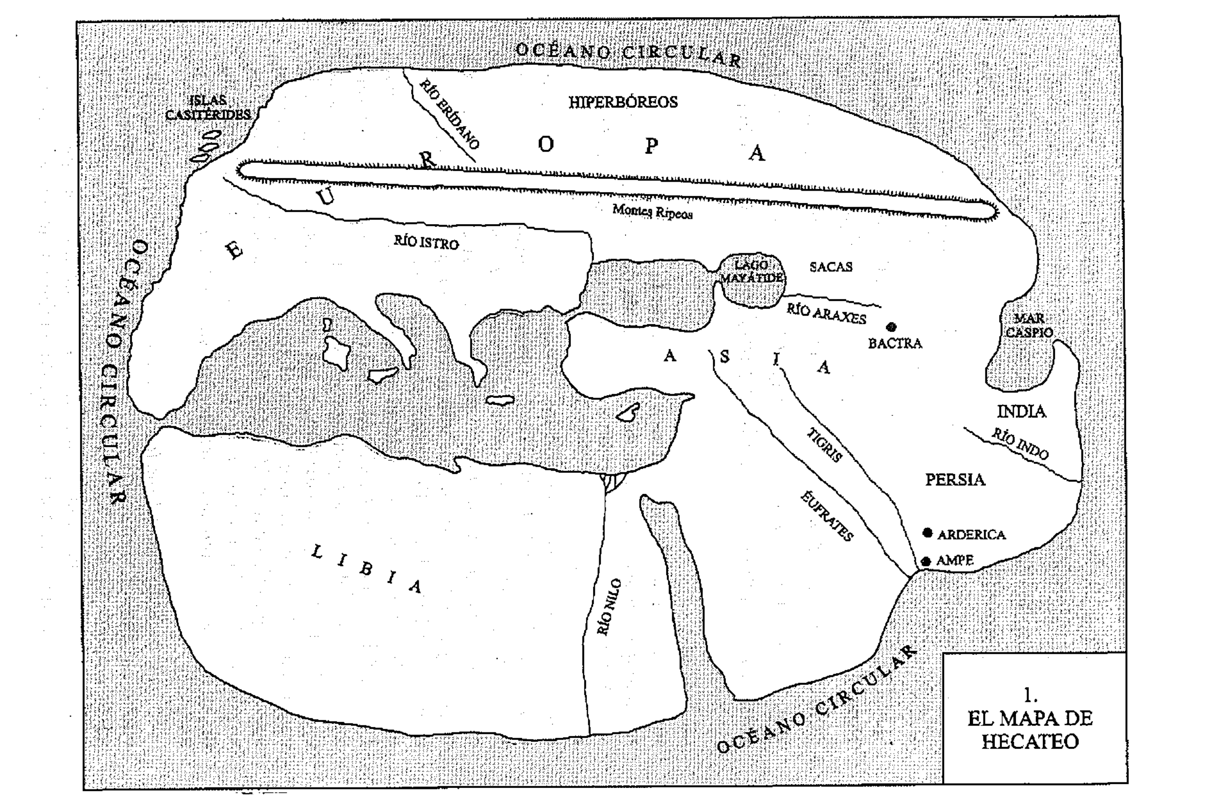
50 Por el momento no pasaron de ahí. Cuando llegó el día fijado para la respuesta y se presentaron en el lugar convenido, Cleómenes le preguntó a Aristágoras cuántos días de camino había desde el mar de Jonia[229] hasta la corte del rey.
2 Pero Aristágoras, que iba actuando en todo momento con astucia y que lo estaba embaucando hábilmente, en aquel instante cometió un error; pues, cuando no debía decir la verdad, si realmente quería atraer a los espartiatas a Asia, resulta que respondió diciendo que había tres meses de ca-
3 mino. Entonces Cleómenes dejó a Aristágoras con la palabra en la boca, cuando este último se disponía a seguir hablando del camino, y le dijo: «Extranjero milesio, sal de Esparta antes de que el sol se ponga, pues el plan que propones es de todo punto inadmisible para los lacedemonios, ya que pretendes llevarlos a tres meses de camino del mar[230]».

---

guir (mediante una serie de rápidas victorias que forzaran a los persas a llegar a un acuerdo de suspensión de hostilidades) que la administración persa adoptase unas medidas menos lesivas, política y económicamente, para los deseos de los jonios de Asia Menor (cf. nota V 113). Sin embargo, el pasaje es tendencioso y pretende justificar —con la respuesta de Cleómenes en V 50, 3— la conducta de los espartanos, negándose a socorrer a sus hermanos de raza (ya que la fuente del relato herodoteo sobre la misión de Aristágoras en Esparta es de origen lacedemonio, como el historiador señala en V 49, 1). Cf. F. Jacoby, *Herodotos, R. E.*, Suppl. II, cols. 438-439.

229 Es decir, el mar Egeo.

230 A pesar de que pueda admitirse (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, pág. 548, nota 7) que, en esta época, un rey espartano



1.
EL MAPA DE HECATEO

51 Dicho esto, Cleómenes se dirigió acto seguido a su casa. Por su parte Aristágoras cogió un ramo de olivo[231] y se encaminó al domicilio de Cleómenes; y una vez que, en calidad de suplicante, hubo entrado dentro, pidió a Cleómenes que hiciera salir a la criatura y que le prestase atención (pues resulta que, junto a Cleómenes, se encontraba su hija, cuyo nombre era Gorgo; precisamente era el único vástago que tenía y, a la sazón, contaba ocho o nueve años de edad). Pero Cleómenes le invitó a decir lo que quisiera, sin verse
2 coartado por la presencia de la niña. En esa tesitura, Aristágoras, sin más preámbulos, empezó por prometerle de entrada diez talentos, si accedía a satisfacer sus demandas. Y,

---

tuviera la facultad de ordenar personalmente la expulsión de un extranjero que acudía a Lacedemonia en demanda de ayuda militar (en el siglo v a. C. la decisión competía a la Asamblea espartana, cf. Tucíd., I 67; 72; 79; 87; Jenofonte, *Helénicas* VI 4, 3; etc.; y quienes debían tratar, en primera instancia, con los embajadores solicitantes eran los éforos; cf. Tucíd., I 131; VIII 12; Jenofonte, *Helénicas* II 2, 13; 19; III 1, 1; V 2, 9; 11; VI 4, 17; *Const. de los lacedemonios* 11, 2; etc.), la entrevista Aristágoras-Cleómenes presenta una estrecha analogía estructural y narrativa con un episodio oriental, del que existen versiones babilonia, asiria e hitita. En él se cuenta que algunos mercaderes semitas solicitaron a Sargón de Akkad que interviniera contra el rey *Nur Dagan,* del país de *Purushanda.* Al igual que en el relato de Heródoto, Sargón pedía explicaciones precisas sobre el camino que iba desde su corte al país del rey en cuestión, y los mercaderes, que primero le enumeraban las riquezas que poseía el rey *Nur Dagan,* le señalaban sobre un mapa (cf. nota V 208) las distintas regiones que había que atravesar. Cf. A. M. Pizzagalli, «Un modello orientale dell'episodio di Aristagora e Cleomene», *Rendiconti Istituto Lombardo* 70 (1937), 75 y sigs.

[231] Se trata de una *hiketēría,* un ramo de olivo (generalmente envuelto en lana; cf., *infra,* VII 141, 1) que una persona, que desea ponerse, como suplicante, bajo la protección divina, lleva en sus manos para indicar su condición de tal. Aristágoras obra así porque un suplicante tenía derecho a entrar en un domicilio particular y a ser escuchado.

en vista de que Cleómenes rehusaba, Aristágoras fue aumentando progresivamente la cifra, hasta que llegó a prometer cincuenta talentos[232], momento en el que la niña exclamó: «Padre, si no te alejas de aquí, el extranjero acabará por sobornarte». Entonces Cleómenes, a quien, como es 3
natural, le había hecho gracia la sugerencia de la niña, se retiró a otra habitación[233], por lo que Aristágoras abandonó definitivamente Esparta, sin que le fuera posible añadir nuevos detalles a propósito del camino que va hasta la corte del rey.

---

[232] Las cifras equivalen, respectivamente, a unos 260 y a 1.269 kg. de plata. Si Aristágoras se decidió a actuar así, fue porque sabía que los dirigentes espartanos tenían una merecida fama de venales. No obstante, Cleómenes se distinguía por su incorruptibilidad (cf. III 148, 2, para una tentativa análoga por parte de Meandrio, el secretario de Polícrates de Samos).

[233] En su calidad de suplicante, Aristágoras era inviolable, por lo que Cleómenes no podía echarlo de su casa, y de ahí que se limitara a retirarse a otra habitación. La precocidad de Gorgo aparece como un anticipo de su posterior agudeza; cf. VII 239, 4. En realidad, la negativa espartana a prestar ayuda a los jonios se debía a la política peloponesia que por estas fechas seguía Esparta. Al margen de que el ejército lacedemonio era exclusivamente terrestre y carecía de experiencia en campañas realizadas lejos de su territorio, el constante peligro que suponía la sojuzgada Mesenia (cuyos levantamientos eran posibles en cualquier momento), las diferencias con Argos por problemas fronterizos (cf. nota V 227) y la necesidad de cohesionar la liga peloponesia (en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Aristágoras a Lacedemonia, Corinto se había negado a seguir las directrices espartanas; cf. V 75-76 y 93) impedían a Esparta destacar tropas fuera del Peloponeso: Cf. G. L. Huxley, *Early Sparta...*, págs. 28 y sigs.

52 *Digresión sobre el camino que unía Sardes con Susa*

He aquí, en ese sentido, los pormenores de dicha ruta[234]: a lo largo de todo su recorrido hay postas reales y magníficas posadas[235]; y, además, la totalidad de la ruta discurre por regiones habitadas y seguras. Precisamente a través de Lidia y de Frigia hay veinte postas que jalonan el camino, en una

[234] La descripción que hace Heródoto de la «ruta real» puede tener como base directa el mapa que Aristágoras llevó a Esparta; es decir, el de Hecateo (cf. E. HERZFELD, *The Persian Empire...*, págs. 100 y 228). Pero la determinación de las distancias en parasangas (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2 y sigs.; CTESIAS, *Pers. Epit.* 64) debe proceder de algún documento oficial persa (cf. nota III 450). La vía descrita por el historiador era una de las varias que unían las diversas satrapías del imperio con Susa y las demás capitales de Persia. En este caso se trata de la vía occidental, que conducía desde Susa hasta Sardes (según la habitual *interpretatio graeca* de los fenómenos de toda índole de que hace gala Heródoto, su descripción se realiza en orden inverso al que figuraría en un documento de origen persa). La importancia de estas calzadas —semejante red viaria no volverá a darse, a gran escala, en la Antigüedad hasta el Imperio Romano— era, más que comercial, fundamentalmente militar y, en general, seguían trazados de rutas utilizadas ya en el II milenio a. C. Durante las excavaciones que se realizaron en la ciudad frigia de Gordion, al sudoeste de Ankara, se exhumó un trecho de la calzada mencionada en este pasaje. Su anchura era de 6 m., y se hallaba bordeada por sillares; el firme estaba formado por un pavimento uniformemente empedrado, sobre un basamento de grandes piedras, que podía soportar el peso de grandes carros. Cf. R. S. YOUNG, «The Gordion campaign of 1957», *American Journal of Archaeology* 62 (1958), 139 y sigs.; y «Gordion on the Royal Road», *Proceedings of American Philos. Society* 107 (1963), 348-364.

[235] Las postas reales contaban con caballerizas para los correos reales (cf. VIII 98) y disponían de diferentes aposentos, desde simples habitaciones para los correos, hasta lujosos salones que utilizaban los grandes personajes de la corte y el propio monarca en sus viajes por el imperio; estando reservadas, en suma, para misiones y funcionarios oficiales. Por

extensión de noventa y cuatro parasangas y media[236]. Inmediatamente después de Frigia se halla el río Halis, a orillas del cual se alzan unas puertas que es totalmente imprescindible franquear para poder cruzar el río; asimismo, en dicho lugar, se halla apostada una poderosa guarnición[237]. El viajero que pasa a Capadocia, y que recorre dicha región, tiene a su disposición, hasta las fronteras de Cilicia, veintiocho postas, en una extensión de ciento cuatro parasangas. Y, en las fronteras de este último país, tendrás que atravesar dos puertas y que pasar ante dos puestos de guardia[238]. 2

---

su parte, las posadas eran caravasares accesibles a los particulares. Cf. W. M. Calder, «The Royal Road in Herodotus», *Classical Review* 39 (1925), 7 y sigs.

[236] Según testimonios del propio historiador (cf. II 6, 3; V 53), la parasanga era una medida de longitud persa que equivalía a 30 estadios (= 5,32 km.), aunque sus dimensiones no eran unánimemente aceptadas por todos los autores antiguos. De acuerdo con los cálculos de Heródoto, 94,5 parasangas equivalían a cerca de 503 km., cifra que, en efecto, responde a la distancia existente entre Sardes y el río Halis. Sobre las conversiones metrológicas, cf. nota III 70.

[237] Que hubiese unas puertas y un cuerpo de guardia en el paraje por el que se cruzaba el Halis parece implicar la existencia de un puente (probablemente el mencionado en I 75, 3), que, además, sería necesario en una calzada permanente, ya que, aunque el río es fácilmente vadeable en verano, en invierno las riadas impiden cruzarlo a pie. La calzada real tomaba, partiendo de Sardes, una dirección NE; para evitar el desierto existente en la zona central de la península anatólica, siguiendo los valles de los ríos y una antigua ruta hitita (el puente sobre el Halis estaba situado en la región de Pteria [cf. I 76, 1], a unos 50 km. al oeste de Ḫattuša, la antigua capital del reino hitita). Cf. J. Garstang, «Hittite military roads in Asia Minor», *American Journal of Archaeology* 47 (1943), 35 y sigs.

[238] Las dos puertas no aluden a las famosas «Puertas Cilicias», que, a través de los montes Tauros, comunicaban Tarso, en Cilicia, con Tiana, en Capadocia (cf. Jenofonte, *Anábasis* I 2, 21). En este caso, las «dos puertas» deben de referirse a un nuevo puente, protegido con puertas en ambos extremos, sobre el Halis, ahora en

3 Una vez atravesado dicho paraje, y en el trayecto a través de Cilicia, el viajero cuenta con tres postas, en una extensión de quince parasangas y media[239]. La frontera entre Cilicia y Armenia la constituye un río que se cruza en barca, cuyo, nombre es Éufrates[240]. En Armenia hay quince postas donde poder alojarse, en una extensión de cincuenta y seis parasangas y media, en el curso de las cuales hay un

su valle superior (del que Heródoto parece ser que desconocía el curso exacto, ya que, en I 6, 1, le atribuye una dirección Sur-Norte). La nueva referencia a puestos de guardia se debe a que el río Halis constituía la línea divisoria de Asia Menor (cf. Jenofonte, *Ciropedia* VII 6, 1), de manera que, al este del río, la zona se encontraba bajo la directa dependencia militar del ejército del Gran Rey, mientras que, al oeste, el control lo ejercían las fuerzas de los sátrapas. Ciento cuatro parasangas equivalen, aproximadamente, a 553 km.

[239] Unos 82,5 km. El que Heródoto atribuya tan poco trecho al trayecto del camino real a través de Cilicia se debe a que, para el historiador, esa región era mucho más extensa de lo que lo fue en época helenística, pues, por el norte —que era la zona por la que pasaba la ruta—, alcanzaba la zona sudoriental de Anatolia hasta el Éufrates (la posterior Comagene). El camino real, por lo tanto, sólo la atravesaba por el estrecho saliente nororiental de Melitene.

[240] La distancia que da el historiador entre el primer puente sobre el Halis y el Éufrates es muy elevada (635,5 km. = 104 + 15,5 parasangas) para pensar que la calzada real discurriera en línea recta (entre el curso medio del Halis y la ciudad de Melitene, a orillas del Éufrates, hay en línea recta unos 380 km.). Es posible que entre ambos puntos la antigua ruta hitita, sobre la que se construyó luego el camino real, describiera una curva ascendente hacia el Norte, en dirección al mar Negro (Sínope era el puerto comercial donde confluían las caravanas del interior de Anatolia), y que luego descendiera hacia el Sur, para alcanzar el Éufrates y las vías de penetración a Asiria y Babilonia. Heródoto, al indicar que el Éufrates se cruzaba en barca, debía de hacerse eco de la inexistencia de un puente en la zona, a diferencia de los que había para franquear el Halis. Esa traducción, pues, es preferible a la de «navegable».

puesto de guardia[241]. A través de dicha región corren cua- 4
tro ríos que se cruzan en barca, y que es totalmente impres-
cindible atravesar. El primero es el Tigris; mientras que, por
su parte, el segundo y el tercero tienen el mismo nombre,
Zábato; si bien no se trata del mismo río ni proceden del
mismo lugar, ya que el río citado en primer término procede
de Armenia, en tanto que el otro proviene del país de los
matienos. El cuarto río se llama Gindes (se trata de aquel 5
que, en cierta ocasión, Ciro dividiera en trescientos sesenta
canales[242]). El viajero que, desde esa región —es decir, Ar-
menia—, penetra en el territorio de los matienos cuenta con
⟨treinta y⟩ cuatro postas, ⟨en una extensión de ciento treinta
y siete parasangas[243]⟩. Y quien, desde dicho lugar, alcanza 6

[241] Las cincuenta y seis parasangas y media (= unos 300 km.) asignadas al camino real en su trayecto por Armenia abarcan únicamente desde el paso del Éufrates, a la altura de Melitene, hasta el lugar en que el río Centritas se unía al Tigris para formar el gran Tigris, a unos 200 km. al norte de la antigua Nínive. En esa zona (en territorio matieno ya) se cruzaría el Tigris y, a partir de allí, la ruta discurriría paralelamente al río (aunque alejada unos 150 km. de su curso).

[242] Cf., *supra*, I 189, 1.

[243] La adición al texto tiene por objeto adecuar los totales dados por el historiador (111 postas y 450 parasangas; cf. V 52, 6; 53) a los parciales de las distintas regiones que atravesaba la ruta real (de lo contrario sólo resultarían 313 parasangas), y, de paso, subsanar la omisión de la distancia que la calzada recorría a través del territorio de los matienos. Pero, por otra parte, por la longitud atribuida a la ruta a su paso por Armenia, y a partir de otros pasajes del historiador (cf. I 189, 1; 202, 3), no hay duda de que los cuatro ríos que, según Heródoto, se cruzaban en barca en Armenia, hay que referirlos al territorio de los matienos. De ahí que H. STEIN, *Herodoti Historiae*, V..., págs. 50-51, considerara necesaria la transposición de la frase final del parágrafo quinto (desde «El viajero que desde esa región...», hasta «...ciento treinta y siete parasangas») al comienzo del parágrafo cuarto, con lo cual los cuatro ríos se cruzarían a lo largo de los casi 729 km. (= 137 parasangas) que el camino real recorría a través del territorio de los matienos; una cifra bastante cercana a la realidad (por Matiena, en este caso, hay que entender la mayor parte

la región de Cisia, cuenta con once postas, en una extensión de cuarenta y dos parasangas y media[244], hasta el río Coaspes (río que también se cruza en barca), a orillas del cual se halla erigida la ciudad de Susa. El total de postas que he citado es de ciento once[245]; así que el viajero que se dirige de Sardes a Susa tiene a su disposición otras tantas hospederías para alojarse.

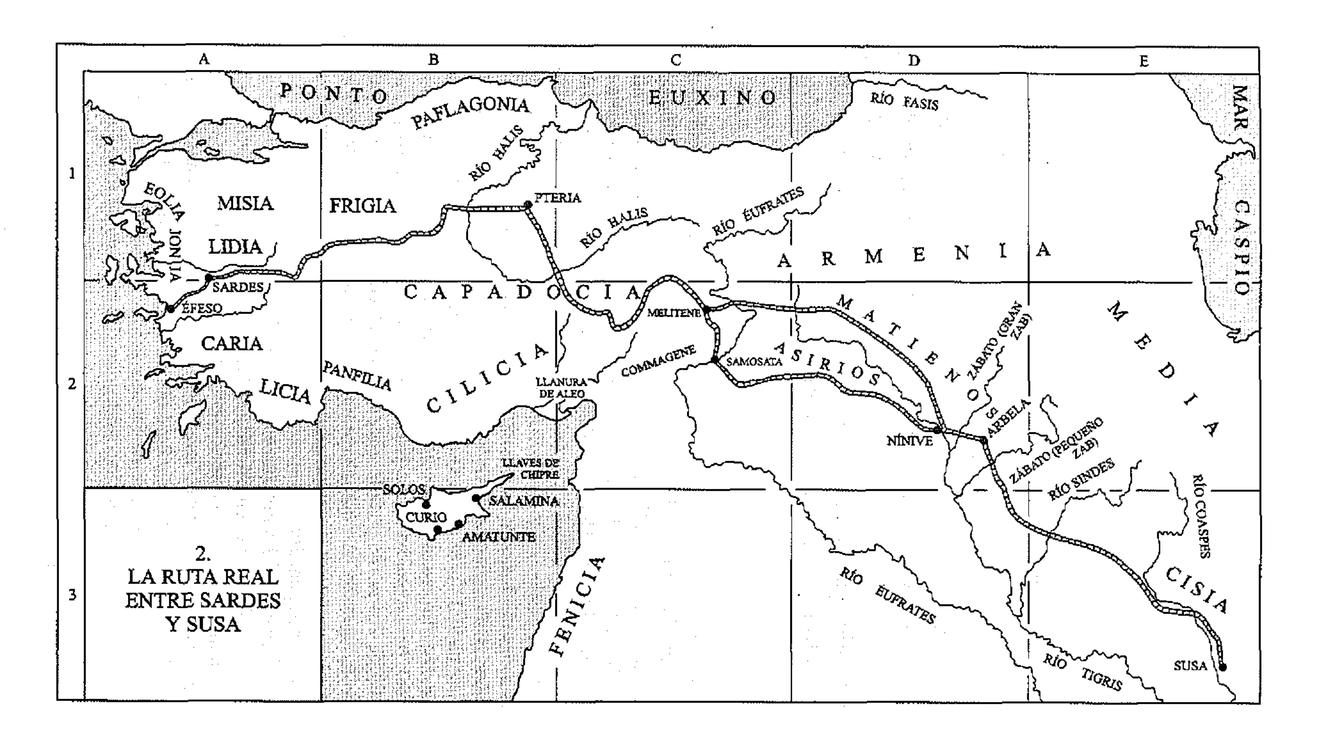
53 Ahora bien, si la medición de la ruta real en parasangas es correcta, y si la parasanga equivale a treinta estadios, cosa que ciertamente responde a la realidad, desde Sardes hasta el palacio real, que recibe el nombre de «palacio de Memnón»[246], hay trece mil quinientos

de Asiria). Los dos ríos que el historiador denomina Zábato corresponden al Gran Zab, que desagua en el Tigris a unos 30 km. al sur de la antigua Nínive, y al Pequeño Zab, también afluente del Tigris por la izquierda y que desagua unos 100 km. más abajo que el primero. El Gindes desembocaba a unos 250 km. curso abajo del Pequeño Zab, algo al sur de la actual Bagdag.

[244] Unos 225 km. Susa se hallaba situada en la margen izquierda del Coaspes, y de ahí que la ruta (que, una vez cruzado el Gindes, seguía el curso del Coaspes por la región de Susiana) atravesara también el río para llegar a la capital.

[245] Lo que suponía, aproximadamente, una posta cada cuatro parasangas (= 21,3 km.). Y cabe deducir que ese intervalo entre las distintas postas debía de estar establecido de manera equidistante y regular, pues los promedios que arrojan las cifras entre parasangas y postas en las diferentes regiones que atravesaba la ruta real son bastante uniformes: *Lidia y Frigia:* parasangas 94,5; postas 20; promedio entre postas 4,7 parasangas. *Capadocia:* parasangas 104; postas 28; promedio 3,7: *Cilicia:* parasangas 15,5; postas 3; promedio 5,1. *Armenia:* parasangas 56,5; postas 15; promedio 3,7: *Matiena:* parasangas 137; postas 34; promedio 4. *Cisia* (= Susiana): parasangas 42,5; postas 11; promedio 3,8.

[246] Según la tradición, Memnón era hijo de Aurora y de Titono, hermano de Príamo. Rey de Etiopía, acudió durante el asedio



2.
LA RUTA REAL ENTRE SARDES Y SUSA

estadios, dado que hay cuatrocientas cincuenta parasangas[247]. Pues bien, si cada día se recorren ciento cincuenta estadios, en el viaje se emplean exactamente noventa días[248].

54 Así pues, Aristágoras de Mileto estaba en lo cierto al decirle al lacedemonio Cleómenes que, hasta la corte del rey, había tres meses de camino. Pero, si se desea aún más precisión en los cálculos, he de hacer patente, a título personal, la siguiente puntualización: al trayecto indicado hay que
2 añadir la distancia que media de Éfeso a Sardes. Y concluyo diciendo que, desde el mar de Grecia[249] hasta Susa (pues esta última es la que recibe el nombre de «ciudad de Mem-

de Troya en ayuda de su tío, al frente de sus huestes, y pereció en combate singular a manos de Aquiles (cf. QUINTO DE ESMIRNA, *Posthomerica* II 388-548). Los detalles de la leyenda de Memnón son bastante tardíos, cuando se situaba la Etiopía en que había reinado Memnón en África. No obstante, el propio Heródoto alude en dos ocasiones a «etíopes de Asia» (cf. III 94, 1; VII 70, 1), y, en el siglo v a. C., además de Egipto (piénsese en las colosales estatuas de Amenofis III erigidas en Tebas de Egipto llamadas «Colosos de Memnón»), se consideraba que su patria había sido Cisia (cf. PLATÓN, *Leyes* 685c), por lo que se deducía que Susa había sido la capital de su reino. DIODORO, en II 22, siguiendo el testimonio de Ctesias, afirma que Memnón construyó el palacio de Susa y que, en realidad, fue enviado a Troya por el rey de los asirios, ya que Troya era vasalla de Asiria. Es posible que, en esta relación entre Susa y su palacio con la figura de Memnón, haya un eco de un antiguo dios guerrero hitita. Cf. G. CONTENAU, *La civilisation des Hittites et des Hurrites du Mittanni*, París, 1953, pág. 208.

[247] Unos 2.397,5 km. (un estadio = 177,6 m.).

[248] Según afirma en IV 101, 3, Heródoto consideraba que, en un día de camino, podían recorrerse normalmente 200 estadios (= 35,5 km.). Pero, en ese pasaje, debe de referirse a un viajero sin muchos bagajes. El cálculo que aquí se hace, a base de 150 estadios diarios (= 26,6 km.; cf. V 54, 2, donde afirma que de Éfeso a Sardes se tardaban tres días), ha de entenderse para un ejército, con lo que ello suponía de impedimenta, armas, etc.

[249] El mar Egeo.

nón»), hay en total catorce mil cuarenta estadios, pues de Éfeso a Sardes hay quinientos cuarenta estadios[250]. Así que los tres meses de viaje se ven incrementados en tres días.

Aristágoras busca apoyo en Atenas. Digresión sobre la historia ateniense. Muerte de Hiparco

Por su parte Aristágoras, al ver- 55
se expulsado de Esparta, se dirigió a Atenas, que se había librado de sus tiranos de la siguiente manera: después de que Aristogitón y Harmodio, que por sus antepasados pertenecían a una familia gefirea[251], asesinaran a Hiparco, hijo de Pisístrato y hermano del tirano Hipias[252], a pesar de una visión que, con una

---

[250] Las cifras equivalen, respectivamente, a 2.493,5 y 96 km. La ruta de Éfeso a Sardes (sobre la coincidencia con Heródoto entre la distancia que separaba ambas ciudades, cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 11) remontaba el curso del río Caístrio, salvando a continuación el macizo del Tmolo.

[251] Es decir, una familia originaria de Gefira, antiguo nombre de la ciudad de Tanagra, en Beocia (cf. el cap. 57 sobre el origen de los gefireos). Posiblemente esta particularidad gentilicia de Harmodio y Aristogitón fue la causa remota del asesinato de Hiparco (al margen de los datos ocasionales sobre la pasión que Hiparco sentía por Harmodio, el amante de Aristogitón; cf. TUCÍD., V 54 y sigs., y ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 18, 2; aunque este último presenta notables discrepancias con el relato tucidídeo), ya que los gefireos estaban excluidos de ciertas participaciones colectivas de los atenienses (cf. V 57, 2). En general, cf. CH. W. FORNARA, «The cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 94 (1970), 155 y sigs.

[252] Sobre la historia de Pisístrato y de su tiranía, cf. I 59-64 (y J. G. HIND, «The 'Tyrannis' and the exiles of Pisistratus», *Classical Quarterly* 68 [1974], 1-18). La afirmación de Heródoto puede entenderse como una manifestación en contra de dos errores generalizados en Atenas: 1. Que Hiparco hubiese sido el hijo mayor de Pisístrato y, por lo tanto, su sucesor en la tiranía (también TUCÍD., I 20, y V 54, insiste en este punto, afirmando la sucesión en la persona de Hipias). 2. Que Harmodio y Aristogitón hubieran liberado a Atenas de la tiranía (como recordaba un famoso escolio recogido por ATENEO, 695a), ya que Hipias siguió en el ejercicio de su cargo. El propio Heródoto, en VI 123, afirma la decisiva intervención de los Alcmeónidas en el derrocamiento de la tiranía, por lo que es muy

clarísima referencia [a su triste destino], había tenido en sueños; después, repito, de dicho incidente, los atenienses siguieron viviendo, por espacio de cuatro años[253], bajo un régimen tiránico que no mitigó su anterior despotismo, sino que lo acentuó todavía más[254].

56 Por cierto que la risión que Hiparco había tenido en sueños consistió en lo siguiente. En el transcurso de la noche anterior a las Panateneas[255], Hiparco creyó ver junto a él a un hombre de elevada estatura y bien parecido que le dirigía estos enigmáticos versos[256]:

---

posible que la magnificación de Harmodio y Aristogitón fuera promovida por círculos contrarios a los Alcmeónidas (cf. A. J. PODLECKI, «The political significance of the 'Tyrannicide'-cult», *Historia* 15 (1966), 129 y sigs.).

[253] Hiparco fue asesinado en el año 514, e Hipias se mantuvo en el poder hasta el año 511-510 (aunque, como indican TUCÍD., VI 59, 2; y ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 19, 2, no fueron cuatro años completos).

[254] Aparte de que otras fuentes insisten en ello (cf. TUCÍD., VI 59: «tras el asesinato de Hiparco, la tiranía se volvió más dura con los atenienses»), el recuerdo de Hipias, como exponente de tirano cruel, estuvo siempre presente en el espíritu de los atenienses; cf. ARISTÓFANES, *Avispas* 502; *Lisístrata* 618, 1151.

[255] Las Panateneas eran las principales festividades cívico-religiosas que se celebraban en Atenas en honor de Palas Atenea. Las fiestas tenían lugar todos los años en el mes de *Hecatombeon* (correspondiente a julio-agosto, según nuestro calendario), y recibían el nombre de «Pequeñas Panateneas», para distinguirlas de las «Grandes Panateneas», que eran de carácter cuatrienal y se celebraban el año anterior al de los Juegos Olímpicos. La ceremonia principal tenía lugar el día 28 del citado mes ático y consistía en una procesión nocturna que llevaba en comitiva el manto de Atenea hasta la Acrópolis (la escena aparece representada en el friso del Partenón). Cf. L. DEUBNER, *Attische Feste*, Berlín, 1956, págs. 22-35.

[256] El carácter enigmático de la profecía se plasma en el segundo de los versos (ambos son hexámetros), ya que el significado del primero es claro. La aparición insta a Hiparco (= el león) a morir (= sufrir lo insufrible; en el texto griego aparece una triple paronomasia) resignadamente. No obstante, el segundo verso plantea problemas de

«Resígnate, león, a sufrir lo insufrible con sufrida entereza;
todo hombre, si comete desafueros, ha de penar la pena».

En cuanto despuntó el día, Hiparco confió abiertamente el caso a los intérpretes de sueños[257]; pero, poco después, se desentendió de la visión y se fue a organizar la procesión[258] durante la cual, precisamente, perdió la vida. 2

---

interpretación teniendo en cuenta que Hiparco hizo caso omiso de la advertencia. Ello permite conjeturar que no habría sido Hiparco el autor del desafuero aludido, y que, según Tucíd., VI 56, habría consistido en un agravio que Hiparco infligió a una hermana de Harmodio, lo que desencadenó la cólera de este último y su deseo de acabar con aquél. Quizá tenga razón Aristóteles *(Const. Atenas* 18, 2) cuando afirma que fue Hegesístrato (cf., *infra,* V 94), un hermanastro de Hiparco, quien se enamoró de Harmodio y afrentó a su hermana, lo que hizo que el asesinato de Hiparco no correspondiera a un golpe de mano preparado ex profeso con esa finalidad. Según esto, la interpretación de la profecía podría entenderse en el sentido de que Hiparco debía aceptar la pérdida de su hermanastro (= sufrir lo insufrible), por haber cometido Hegesístrato una acción inicua. Sólo admitiendo la inocencia de Hiparco resulta explicable que no prestara excesiva atención a la visión que tuvo en sueños. Con todo, se han propuesto otras interpretaciones. Cf. F. Jacoby, *Atthis,* Oxford, 1949, págs. 152-169.

[257] Los Pisistrátidas fueron grandes impulsores de las corrientes religiosas misticistas (cf. A. Andrewes, *The Greek Tyrants,* Londres, 1956, págs. 113-115), siendo muy estrecha su relación con famosos adivinos de la época (cf. VII 6, 3; con Onomácrito, el apóstol del orfismo).

[258] Dentro de la política que en Grecia siguieron los tiranos en relación con los cultos populares, Pisístrato, concretamente, pretendió realizar una fusión del *ethos* popular y el aristocrático. Así, se preocupó por el culto de divinidades no homéricas, como Deméter (cf. K. J. Judeich, *Topographie von Athen,* Múnich, 1931, págs. 64 y sigs.), y de apoyar el desarrollo de la tragedia; pero también ejerció una amplia protección sobre los dioses homéricos, produciéndose una creciente «olimpización» de la religión ática. Dentro de esta úl-

57 *Excurso sobre los Gefireos. Introducción en Grecia del alfabeto fenicio*

Los Gefireos, clan al que pertenecían los asesinos de Hiparco, eran —según sus propios testimonios— originarios de Eretria; ahora bien, merced a mis averiguaciones personales, yo he llegado a la conclusión de que eran fenicios[259]; fenicios integrantes del contingente que, con Cadmo[260], llegó a la comarca que hoy en día recibe el nombre de Beocia (en dicha región habitaron la zona de Tanagra[261], que fue el territorio que en el reparto les deparó la suerte).
2 Los cadmeos fueron los primeros en ser desalojados de allí por los argivos; y, posteriormente, los citados Gefireos se

tima faceta hay que enmarcar la solemne celebración de las Grandes Panateneas, en las que los tiranos participaban personalmente, ya que tanto Tucíd. (I 20), como Aristóteles *(Const. Atenas* 18), coinciden en que Hiparco fue asesinado en el Cerámico mientras dirigía la procesión.

[259] Lo más probable, sin embargo, es que los Gefireos procedieran de Eubea, tal y como el propio clan pretendía (cf. K. J. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.,* Oxford, 1972, págs. 472-479). Es posible que el historiador, haciendo gala de su erudición (e influido quizá por Hecateo, fr. 118, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.,* 1) relacionase el nombre de Gefira (antiguo nombre de Tanagra) con la ciudad de *Gabhara,* al sur de Fenicia, y de ahí que atribuyera un origen oriental a los Gefireos.

[260] Cadmo, mítico rey de Tiro, llegó a Beocia (que no recibió ese nombre hasta después de la guerra de Troya —cf. Tucíd., I 12, 3—, y de ahí la precisión de Heródoto) en busca de su hermana Europa, que había sido raptada por Zeus, fundando, seis generaciones antes de la guerra de Troya, la ciudadela «cadmea» en la ciudad que posteriormente se llamó Tebas. Cf. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...,* págs. 172-175.

[261] A orillas del río Asopo, en la parte oriental de Beocia. Sobre el antiguo nombre de Gefira para designar a esta localidad, cf. Estrabón, IX 2, 10; y Esteban de Bizancio, *s. v. Géphyra.*

vieron desalojados por los beocios[262], dirigiéndose a Atenas[263]. Los atenienses, entonces, se avinieron a que fuesen conciudadanos suyos bajo ciertas condiciones, ya que les impusieron una serie de prohibiciones que no fueron numerosas y que no merecen destacarse[264].

Y por cierto que, al instalarse en la región que he citado, 58 esos fenicios que llegaron con Cadmo —entre quienes se contaban los Gefireos— introdujeron en Grecia muy diversos conocimientos, entre los que hay que destacar el alfabeto, ya que, en mi opinión, los griegos hasta entonces no disponían de él[265]. En un principio se trató del alfabeto que

[262] Los hechos a que alude Heródoto pertenecen a época *mítica*, por lo que no pueden datarse con precisión. Los «cadmeos» —es decir, los tebanos descendientes de Cadmo— fueron expulsados de Beocia por los *Epígonos* (los argivos), hijos de los siete caudillos que marcharon contra Tebas en apoyo de las reivindicaciones al trono por parte de Polinices (cf., por ejemplo, los *Siete contra Tebas* de Esquilo, o las *Fenicias* de Eurípides), una generación antes de la guerra de Troya. La migración de los beocios a la región que hasta entonces se llamaba *Cadmea*, la fecha Tucíd. (I 12, 3) sesenta años después de la guerra troyana.

[263] Atenas hace aquí referencia al Ática en general. Cf., *infra*, V 61, 2; 76; VIII 50, 2; IX 17, 1; Hom., *Odisea* III 278; Sófocles, *Edipo en Colono* 24; etc. Según Plutarco, *Moralia* 628d, los Gefireos se establecieron en las proximidades del demo de Afidna, en el norte del Ática (lo cual puede reafirmar la hipótesis de su origen eubeo).

[264] Posiblemente esas prohibiciones eran de índole religiosa. Entre ellas debía de figurar la imposibilidad de que una doncella gefirea pudiese participar como *canéfora* (es decir, como portadora de un canastillo con objetos sagrados para los sacrificios) en las procesiones de carácter nacional ateniense. Precisamente el agravio que Hiparco (o Hegesístrato) infligió a la hermana de Harmodio consistió en despedirla del grupo de las *canéforas*, cuando la habían llamado expresamente para ello. Cf. Tucíd., VI 56, 1.

[265] Junto a un escolio al *Ars Grammatica* de Dionisio Tracio (cf. A. Hilgard, *Grammatici Graeci* I, 3, Leipzig, 1901, págs. 182-184), este pasaje de Heródoto es nuestra fuente más detallada sobre el origen del alfabeto griego. Hay que destacar la interpretación del historiador en dos planos: 1. Su independencia de la tradi-

siguen utilizando todos los fenicios; pero, posteriormente, con el paso del tiempo, a la vez que introducían modificaciones en el sonido de las letras, lo hicieron también con su
2 grafía[266]. Por aquellas fechas, en la mayoría de las regiones, sus vecinos eran griegos de raza jonia, que fueron quienes adoptaron las letras del alfabeto, que los fenicios les habían enseñado, y las emplearon introduciendo en ellas ligeros

---

ción mítica, que atribuía la invención del alfabeto a personajes legendarios (como Palamedes, Prometeo, Museo, Orfeo, etc.). 2. Su afirmación de que el alfabeto griego procede del fenicio, cosa que —junto a la derivación del fenicio del alfabeto de Ugarit— se admite unánimemente (cf. un estado de la cuestión en M. Guarducci, *Epigrafia greca,* I, Roma, 1967, págs. 43-48 y 60-104). La interpretación de Heródoto fue seguida en la Antigüedad por otros autores (cf. Diodoro, III 67, 1; V 58, 3; Lucano, *Farsalia* III 220-224), si bien, y por el alto concepto que en el mundo griego se tenía de la cultura egipcia, una parte de la tradición clásica consideraba el alfabeto griego derivado de Egipto (cf. Platón, *Filebo* 18b-c; *Fedro* 274c-275a; Plinio, *Hist. Nat.* VII 192-193; Tácito, *Anales* XI 14; etc.).

[266] El alfabeto fenicio poseía veintidós signos, que representaban únicamente sonidos consonánticos, y apareció en el siglo xiii a. C. Las colonias fenicias, con sus activos contactos comerciales, lo extendieron por toda la cuenca mediterránea. Cf. M. Dunand, *Byblia Grammata,* Beirut, 1945. Naturalmente, la teoría herodotea sobre la derivación del alfabeto griego del fenicio debió de surgir al comparar la grafía, los nombres y el orden de las letras griegas y fenicias; pero es indudable que al historiador le llamaba más la atención la grafía que el sonido (aunque no menciona que la escritura fenicia, al igual que ocurre con las inscripciones griegas más tempranas, se ejecutaba de derecha a izquierda), y de ahí que no conociera las modificaciones más importantes que los griegos introdujeron al adaptar el alfabeto fenicio a su propia lengua: utilización de algunas consonantes (como *aleph, he, yod, ayin)* para representar las vocales *a, e, i, o;* la creación de letras compuestas; y la desaparición de algunas silbantes. Cf. H. Grassl, «Herodot und die griechische Schrift», *Hermes* 100 (1972), 169 y sigs.

cambios[267]; y, al hacer uso de ellas, convinieron en darles —como, por otra parte, era de justicia, ya que habían sido fenicios quienes las habían introducido en Grecia— el nombre de «caracteres fenicios»[268]. Semejantemente, los jonios, desde tiempos remotos, denominan «pieles» a los rollos de papiro, dado que antaño, ante lo raros que eran los rollos de papiro[269], utilizaban pieles de cabras y de ovejas. Y todavía en mis días, hay muchos bárbaros que, para escribir, siguen empleando ese tipo de pieles[270].

---

[267] Con lo cual, y a partir del primitivo alfabeto fenicio, se había producido una doble modificación. La primera, la de los cadmeos sobre el alfabeto fenicio; la segunda, la de los jonios (fundamentalmente gráfica, como se desprende del texto griego) sobre las modificaciones «cadmeas». A pesar de la razón que asiste a Heródoto en su teoría sobre el origen fenicio para el alfabeto griego, el historiador se equivoca al pensar que la propagación del mismo se realizó en Europa. Los contactos comerciales fenicios con las islas del Egeo permiten afirmar que la difusión se realizó probablemente a partir de Creta occidental. Cf. H. Jeffery, «Archaîa grámmata: some ancient greek views», *Festschrift für E. Grumach*, Berlín, 1967, págs. 152-164.

[268] Nombre que todavía se conservaba en el siglo v a. C. Cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of greek historical inscriptions*, Oxford, 1969, núm. 30, págs. 62-66, fr. B, líneas 37-38 (se trata de una inscripción religiosa hallada en la isla de Teos y que data del año 470 a. C., aproximadamente).

[269] El empleo del papiro está atestiguado en Egipto más o menos desde el año 3000 a. C. La planta era tan abundante en los pantanos del Delta (en la actualidad su cultivo ha desaparecido de Egipto) que constituía el símbolo jeroglífico del Bajo Egipto. Su utilización era muy diversa, pero la más importante, por los pingües beneficios que reportaba al faraón (ya que su fabricación con esa finalidad era un monopolio real; y de ahí, probablemente, su nombre: *pa-perô*, «el real»), era como material de escritura. La comercialización del papiro con destino a su exportación a Grecia debió de producirse durante el reinado de Psamético I (663-609 a. C.), cuando Egipto se abrió para los comerciantes griegos (cf. II 154, 4).

[270] Diodoro, II 32, afirma que los documentos oficiales persas se denominaban «pieles reales», por el material empleado para escribir.

59 Precisamente, en el santuario de Apolo Ismenio[271], en Tebas de Beocia, he visto con mis propios ojos, grabados sobre tres trípodes, caracteres «cadmeos»[272], la mayoría de los cuales son similares a los caracteres jónicos. Uno de los trípodes tiene la siguiente inscripción:

«Anfitrión me consagró de entre el botín que a los Teléboas [tomara»[273].

---

[271] Así llamado porque estaba erigido sobre una colina, cerca de la puerta oriental de Tebas, que dominaba el valle del río Ismeno. Según Pausanias, IX 10, 2, fue el templo que contó con más ofrendas en trípodes de oro.

[272] Es posible que las inscripciones grabadas en los trípodes estuviesen escritas en caracteres griegos arcaicos y en estilo *bustrófedon,* concepto que designa la dirección de la escritura que, como en los surcos arados por los bueyes (el término es un derivado parasintético de *boûs,* «buey», y *stréphein,* «dar vueltas»), presenta una línea de derecha a izquierda, la siguiente de izquierda a derecha, y así sucesivamente. Este procedimiento de escritura supone un paso de la dirección semítica de derecha a izquierda (conservada también en la inscripción latina de la fíbula de Preneste) a la después usual de izquierda a derecha. Las inscripciones deben de remontarse al siglo vii a. C. (aun cuando los trípodes pudieran ser más antiguos) y tratarse de falsificaciones llevadas a cabo por los propios sacerdotes para poner de relieve la antiquísima fama del templo. Cf. M. Guarducci, *Epigrafia greca,* I..., págs. 44 y 489.

[273] Anfitrión, el padre putativo de Heracles, era hijo del rey de Tirinto y mató accidentalmente a su tío Electrión, rey de Micenas y padre de su esposa Alcmena, por lo que, desterrado, se dirigió a Tebas para ser purificado (ya que quien vertía sangre fuera de la guerra quedaba impuro, hasta que, mediante una ceremonia ritual, se le liberaba de la impureza), cosa que realizó Creonte, el cuñado de Layo (sobre el ceremonial de la purificación, cf. Apolonio de Rodas, IV 639 y sigs.). Los Teléboas eran un pueblo de Acarnania que habían atacado Micenas durante el reinado de Electrión, por lo que Alcmena exigió a su esposo que tomara venganza, haciéndolo aliado con los tebanos. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...,* págs. 165-167.

Este hecho, en cuanto a su datación, podría situarse en época de Layo[274], hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro y bisnieto de Cadmo.

Un segundo trípode dice en versos hexámetros[275]: 60

«El pugilista Esceo, tras su victoria, me consagró —ofren-
[da
primorosa— para honrarte, diestro arquero Apolo».

Esceo podría tratarse del hijo de Hipocoonte (si es que realmente fue ese sujeto el oferente, y no otra persona que tuviera el mismo nombre que el hijo de Hipocoonte[276]), que vivió en época de Edipo[277], hijo de Layo.

El tercer trípode dice, también en hexámetros: 61

«Laodamante en persona, en tiempos de su reinado, consa-
[gró un trípode —ofrenda

---

[274] Pues Anfitrión había vivido cuatro generaciones después de Cadmo (cf. II 44, 4). El problema que suponía datar hechos acaecidos en época mítica era insuperable, por lo que Heródoto suele basarse en grandes gestas tradicionalmente conocidas: el viaje de los Argonautas (en que participó Heracles), la guerra de Troya (acaecida dos generaciones después de la vida de Heracles) y la toma de Tebas por los *Epígonos* (más o menos, contemporánea a la guerra de Troya). Y el historiador (cf. II 145, 4) calculaba unos 900 años desde Heracles hasta su época. El sistema, como puede comprobarse, era muy impreciso, pero Heródoto carecía de otro más fiable. (Cf., para las fechas aproximadas, W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus*, I, Oxford, 1967 [= 1928], págs. 438-439.)

[275] Las tres inscripciones están en hexámetros.

[276] Con posterioridad a sus famosos trabajos, Heracles, entre otras hazañas que llevó a cabo, mató en Esparta a Hipocoonte y a sus hijos, porque habían dado muerte a un primo suyo (cf. Apolodoro, II 7, 3; Diodoro, IV 33, 5-6; Pausanias, III 15, 3-6). Pero como, aparentemente, no existía relación alguna entre Esceo y Tebas, Heródoto se cuida de señalar la posibilidad de que quien consagró el trípode no fuera ese Esceo.

[277] Pues lo había matado Heracles, hijo putativo de Anfitrión, y éste había sido contemporáneo de Layo, padre de Edipo, como se dice en el capítulo anterior.

primorosa—, para honrarte a ti, Apolo, dios de certero tino».

2 Justamente durante el reinado del tal Laodamante, hijo de Eteocles, los cadmeos se vieron desalojados por los argivos[278], y se dirigieron al país de los enqueleos[279]. Por su parte los Gefireos se quedaron donde estaban, pero, posteriormente, fueron obligados por los beocios a retirarse en dirección a Atenas[280]. (En Atenas, precisamente, tienen erigidos unos santuarios, de cuyo culto están rigurosamente excluidos los demás atenienses; entre otros templos, cuyas ceremonias difieren de las de los demás recintos sagrados[281], cuentan, en concreto, con un santuario y unos misterios consagrados a Deméter *Acaya*[282].)

---

[278] Los *Epígonos* (cf. nota V 262). A la muerte de Eteocles, hijo de Edipo, a manos de su hermano Polinices, se hizo cargo del trono de Tebas su tío Creonte. Laodamante accedió al trono a la muerte de este último.

[279] Cf. Pausanias, IX 5, 7. Los enqueleos constituían una tribu que habitaba en el sur de Iliria (cf., *infra*, IX 43, 1). Según una tradición que cuenta Apolodoro, III 4, 2, los enqueleos habían pedido a Cadmo que se trasladara a su país, porque se hallaban en guerra con una tribu vecina y un oráculo les había predicho la victoria, si eran acaudillados por Cadmo. Éste accedió a su petición y, tras la victoria, fue nombrado rey de los enqueleos. De ahí que, cuando los cadmeos fueron desalojados de Tebas por los *Epígonos*, se dirigieran al país del que había sido monarca su epónimo (sobre otro eco de esta migración al caer Tebas, cf. I 56, 3).

[280] Cf. notas V 262 y 263.

[281] Es decir, de los demás recintos sagrados «del Ática». Las manifestaciones cultuales de los Gefireos diferían, pues, de las normalmente practicadas en el Ática. Indudablemente, la existencia en la región ática de unos santuarios para el culto exclusivo de los Gefireos implica que entre éstos y los atenienses había diferencias étnicas debidas a su distinto origen (autóctonos éstos, inmigrantes aquéllos).

[282] Es decir, a Deméter *Dolorosa*. Según Plutarco, *De Iside et Osiride* 69, esta advocación hacía referencia al dolor (en griego *áchos*) que la diosa sentía por la desaparición de su hija Perséfone, raptada por Hades. Cf., asimismo, Aristófanes, *Acarnienses* 709.

Hipias es derrocado merced a los manejos de los Alcmeónidas y a la intervención de Esparta

En fin, he contado ya la visión que tuvo en sueños Hiparco y cuál era el origen de los Gefireos, clan al que pertenecían los asesinos de Hiparco; pero, dicho esto, todavía me falta abordar el tema que iba a narrar en un principio, relatando cómo los atenienses se vieron libres de sus tiranos. 62

Mientras Hipias, que estaba indignado[283] con los atenienses por la muerte de Hiparco, seguía detentando la tiranía, los Alcmeónidas, que constituían una familia de origen ateniense[284] y que vivían en el exilio por huir de los Pisistrátidas[285], en vista de que no habían tenido éxito en la tentativa armada que, con el concurso de los demás exiliados atenienses, habían llevado a cabo para regresar a su patria (al contrario, después de haber fortificado Lipsidrio, lugar situado al norte de Peonia, sufrieron una severa derrota en 2

[283] En la frase puede haber una velada alusión a posibles represalias de Hipias, tal y como cuentan TUCÍD., V 59, 1, y ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 19, 1.

[284] Heródoto, que a lo largo de su obra muestra una clara simpatía por los Alcmeónidas (cf. VI 125; y F. D. HARVEY, «The political sympathies of Herodotus», *Historia* 15 [1966], 254 y sigs.), debe tener presente la contraposición existente sobre el lugar del que eran originarias otras familias adversarias de los Alcmeónidas, ya que, frente a los Pisistrátidas (cf. V 65), o a la familia de Iságoras (cf. V 66), aquéllos se consideraban atenienses autóctonos. Cf. K. J. DAVIES, *Athenian Propertied Families...*, págs. 368-385.

[285] Cf., *supra*, I 64, 3. Los Alcmeónidas residían por aquellas fechas en Delfos; cf. P. DE LA COSTE MESSELIÈRE, «Les Alcméonides à Delphes», *Bulletin de Correspondence Hellénique* 70 (1946), 271-287.

su intento por volver a Atenas y liberar la ciudad[286]); en esa tesitura, repito, los Alcmeónidas, que recurrían a todo tipo de tretas para luchar contra los Pisistrátidas, consiguieron que los Anfictiones les adjudicaran la contrata para terminar las obras del templo que en la actualidad hay en Delfos, y
3 que por aquel entonces todavía no existía[287]. Y, como anda-

---

[286] Peonia debía de estar situada en las estribaciones del Parnés, y Lipsidrio sería un fortín emplazado en el monte, a unos 20 km. de Atenas. Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 3, precisa la situación de Lipsidrio y recuerda la derrota de los Alcmeónidas citando un escolio (los *escolia* eran canciones que se entonaban en los banquetes; su nombre, *skoliós*, «oblicuo», parece deberse a que el orden en que correspondía cantar a cada uno de los comensales una de estas canciones no era seguido, sino saltando de uno a otro más alejado) que decía:

«¡Ay, Lipsidrio, ay! ¡Qué traidor has sido
para mis camaradas! ¡A qué hombres de pro aniquilaste!
¡Valerosos en el campo de batalla, y de noble cuna,
que entonces demostraron la hidalguía de sus padres!».

Esta tentativa de los Alcmeónidas por derribar la tiranía de Hipias ha suscitado entre los críticos divergencias sobre su datación. Según la secuencia histórica que presenta Heródoto, habría que fecharla en 513 a. C., después del asesinato de Hiparco (cf. F. Jacoby, *Atthis...*, pág. 339, nota 53), aunque también se ha pensado que pudo tener lugar con anterioridad al año 514 (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, pág. 68; II, págs. 558-559).

[287] El primitivo templo de Delfos se quemó en 548 a. C. (cf. Pausanias, X 5, 13) y, según Heródoto (cf. II. 180, 1, y nota II 628), el incendio se debió a causas fortuitas. El gasto de las obras para reconstruirlo ascendió a 300 talentos (= 7.776 kg. de plata) y, para recaudar fondos, se hizo una colecta por todo el mundo griego, en la que incluso llegó a participar el faraón Amasis (cf. II 180, 2). Los Anfictiones constituían el conjunto de delegados de cada uno de los pueblos que integraban la asamblea de la anfictionía, una confederación religiosa o política de ciudades vecinas o políticamente afines. En este caso se trata de la anfictionía pileo-délfica —que reunía a jonios, dorios y pueblos de Grecia Central—, cuyos delegados se citaban en Delfos en primavera y, en otoño, en las Termópilas, y que tenían a su cargo la organización de los juegos píticos, la gestión de los bienes del templo de Apolo y la defensa de los inte-

ban bien de fondos y pertenecían a una familia que, desde hacía ya mucho tiempo, gozaba de gran prestigio, hicieron construir el templo con más lujo de lo que preveía el proyecto; concretamente, y pese a que habían acordado hacer el templo de piedra toba, remataron su fachada con mármol pario[288].

Pues bien, resultó que, al decir de los atenienses, esos sujetos, durante su estancia en Delfos, persuadieron a la Pitia a fuerza de dinero[289] para que, cada vez que acudiesen a consultar el oráculo ciudadanos de Esparta, ya fuese a título privado o en misión oficial, les prescribiera liberar Atenas. 63
Entonces los lacedemonios, en vista de que siempre recibían del oráculo la misma respuesta, despacharon, al frente de un ejército, a Anquimolio[290], hijo de Aster, un individuo que 2

reses de la divinidad. Cf. V. Ehrenberg, *Der Staat der Griechen*, Leipzig, 1958, págs. 108 y sigs.

288 Los restos arquitectónicos de la fachada este del templo de Apolo en Delfos, hallados en el curso de las excavaciones de la misión francesa, confirman la afirmación del historiador. Cf. T. Homolle, «Monuments figurés de Delphes: les frontons du temple d'Apollon», *Bulletin de Corr. Hellénique* 26 (1902), 587-639, especialmente págs. 597-627.

289 Diversas fuentes antiguas (cf. Filócoro, fr. 115, *F. Gr. Hist.* 328; Isócrates, XV 232; Demóstenes, XXI 144; Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 4) aseguran que los Alcmeónidas emplearon una parte del dinero que los Anfictiones pusieron a su disposición, para reconstruir el templo de Delfos, en sobornar a los lacedemonios y conseguir que atacaran a Hipias (la magnificencia de los materiales empleados en el nuevo templo de Apolo pudo costearse una vez derribada la tiranía en Atenas, para mostrar su agradecimiento a Delfos por el dinero que antes pudieron utilizar para sus fines). No obstante, el propio Heródoto subraya la inmensa fortuna de los Alcmeónidas (cf. VI 125) y la historia que refieren los autores del siglo IV a. C. debe de ser una invención posterior.

290 O Anquímolo (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 19, 5). Como era costumbre en Esparta, los reyes no tomaban parte en las expediciones militares cuando éstas eran de carácter naval (cf. III 54; VIII 42, 2). La incursión de Anquimolio tuvo lugar en 512-511 a. C.

gozaba de gran prestigio entre sus conciudadanos, para que expulsara de Atenas a los Pisistrátidas (a pesar, no obstante, de que estos últimos mantenían con ellos vínculos de hospitalidad sumamente cordiales; pues anteponían su obediencia al dios a su lealtad a los hombres[291]). A las tropas las enviaron por mar a bordo de unos navíos.

3 El caso es que Anquimolio atracó en Falero[292] e hizo que el ejército desembarcase. Pero, por su parte, los Pisistrátidas, informados con antelación de sus planes, habían solicitado ayuda de los tesalios, pues tenían concertada una alianza militar con ellos[293]. Y, ante su demanda, los tesalios, de común acuerdo, les enviaron mil jinetes al mando de su propio rey, Cíneas, un sujeto natural de Condea[294]. Tras haber conseguido dichos aliados, los Pisistrá-

---

[291] En realidad, si Esparta colaboró en la caída de Hipias, no fue por odio a la tiranía o, como se pretende en este caso, por su obediencia a la Pitia (el propio Plutarco, *De Herod. malignitate* 23, lo negaba), sino por su deseo de incluir a Atenas en el número de sus aliados, extendiendo la confederación peloponesia al norte del Istmo. Cf. J. A. O. Larsen, «Sparta and the Ionian Revolt. A study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 (1932), 136 y sigs. Por otra parte, la política de los Pisistrátidas había sido siempre pro-argiva (cf. I 61, 4), cosa que para Esparta resultaba peligrosa.

[292] El antiguo puerto de Atenas, situado al sur de la ciudad. Mantuvo una gran actividad durante los siglos vii y vi a. C., pero cayó en desuso cuando, a comienzos del siglo v, se construyó el complejo portuario del Pireo.

[293] La alianza entre Atenas y la liga tesalia debía de remontarse a tiempos de Pisístrato (Hegesístrato, uno de los hijos del tirano, recibía el sobrenombre de «Tésalo»; cf. Tucíd., I 20, 2; VI 55, 1; Aristóteles, *Const. Atenas* 17, 3). Cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums*, II..., págs. 6-7, núm. 108.

[294] Los manuscritos presentan la lectura *Koniaîon*, pero la única ciudad conocida con el nombre de Conio se encontraba en Frigia (cf. Plinio, *Hist. Nat.* V 32), y Cíneas era tesalio, por lo que se han propuesto diversas correcciones (*Gonnaîon*, por ejemplo, con referencia a

tidas tomaron las siguientes medidas: mandaron talar la llanura de Falero, con lo que convirtieron dicha zona en un terreno apto para las evoluciones de la caballería; y, posteriormente, lanzaron a los jinetes tesalios contra el campamento enemigo. En su embestida, la caballería aniquiló a un considerable número de lacedemonios —entre quienes se contaba el propio Anquimolio— y obligó a los supervivientes a buscar refugio en las naves. Así fue, en suma, como concluyó la primera expedición llegada de Lacedemonia (y por cierto que la tumba de Anquimolio se encuentra en Alópece, en territorio ático, cerca del templo de Heracles sito en Cinosarges[295]). 4

la ciudad de Gono, cerca del valle del Tempe; cf., *infra*, VII 128, 1; 173, 4). No obstante, mantengo la lectura de Hude, a partir de una corrección propuesta por Kip en 1910 (*Thessalische Studien*, Diss., Halle, pág. 140), ya que, según se ha demostrado recientemente (cf. L. Piccirilli, «Considerazioni su Kineas re dei Tessali», *Athenaeum* 49 [1971], 136-146), la ciudad de la que procedía Cíneas era Condea, situada al norte de Tesalia.

Tucíd., I 102; IV 78, también afirma que, en cuestiones de política exterior, las ciudades tesalias actuaban unitariamente, tras reunirse sus delegados (cf. J. A. O. Larsen, *Greek Federal States*, Oxford, 1968, págs. 12-26; 281-294). No obstante, en Tesalia no había un único rey, por lo que Cíneas —que es posible que lo fuera de su ciudad— sería simplemente nombrado comandante (= *tagós)* de las fuerzas de caballería tesalia (la fuerza de choque más importante con que contaban los tesalios), que fueron enviadas en socorro de Hipias.

[295] Alópece era un *demo* del Ática, mientras que Cinosarges (cf. VI 116) era un recinto sagrado llamado así porque en él Heracles había dado muerte a Cerbero. En dicho recinto se encontraba, además del templo dedicado a Heracles, un gimnasio, donde, en el siglo IV a. C., se abrió una escuela filosófica cuyos miembros, por el nombre del lugar, recibieron el apelativo de cínicos. Con todo, la localización de ambos lugares plantea problemas; cf. How y Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., págs. 30-31.

64 Poco después los lacedemonios organizaron una expedición más numerosa y la enviaron contra Atenas[296]; como general del ejército designaron a su rey Cleómenes, hijo de Anaxándridas, y en esta ocasión no mandaron las tropas por
2 mar, sino por tierra firme. Al irrumpir los invasores en el Ática, la caballería tesalia inicialmente les presentó batalla, pero, no mucho después, se dio a la fuga y, de sus efectivos, cayeron más de cuarenta hombres; por su parte, los supervivientes, tal y como estaban, regresaron a Tesalia sin perder un instante[297]. Cleómenes se presentó entonces en la ciudad y, con el apoyo de los atenienses que querían ser libres, sitió a los tiranos[298], que se habían recluido en la fortaleza pelárgica[299].

---

[296] Esta segunda expedición lacedemonia tuvo lugar en 511-510 a. C.

[297] Según Frontino (*Strategemata* II 2, 9), Cleómenes, para dificultar la maniobrabilidad de la caballería tesalia en la llanura de Falero (aunque, con toda seguridad, los lacedemonios en esta ocasión invadieron el Ática por la zona de Eleusis), hizo lo contrario de lo que había sido dispuesto un año antes por Hipias: «planitiem, in qua dimicaturus erat, arboribus prostratis impedivit et inviam equiti fecit».

[298] Es decir, a Hipias y a los miembros de su familia. Se ha pensado (cf. U. von Wilamowitz, *Philologische Untersuchungen,* Berlín, I, 1898, págs. 97 y sigs.) que en esta época Atenas no estaba amurallada y que por eso Cleómenes pudo apoderarse de la ciudad. No obstante, como ciertos testimonios antiguos permiten suponer lo contrario (cf., *infra,* IX 13, 2; Tucíd., I 89, 3; VI 57, 3), probablemente Cleómenes logró entrar en la ciudad gracias al apoyo interno de los atenienses contrarios a la tiranía.

[299] Al parecer se trataba de un fortín adosado a la vertiente NO de la acrópolis (no obstante, los problemas que plantea su identificación son numerosos; cf. A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides,* II, Oxford, 1956, págs. 63-65), así llamado porque, en esa zona de la acrópolis, solían anidar cigüeñas (en griego, *pelargós).*

Y a fe que los lacedemonios no hubieran podido redu- 65
cir a los Pisistrátidas de ninguna de las maneras (pues no tenían pensado establecer un asedio en regla y, por otra parte, los Pisistrátidas se habían aprovisionado convenientemente de víveres y de agua), sino que, al cabo de unos cuantos días de sitio, habrían regresado a Esparta. Pero he aquí que se produjo un incidente imprevisto que fue fatal para unos y decisivo, en cambio, para el éxito de los otros: resulta que los hijos de los Pisistrátidas fueron capturados mientras trataban de sacarlos en secreto del país para ponerlos a salvo. Ante este contratiempo, todos 2
los planes de los tiranos se vieron trastocados y, para recuperar a los niños, se plegaron a las condiciones que los atenienses querían; es decir, a abandonar el Ática en el plazo de cinco días. Sin más demora partieron, entonces, 3
hacia Sigeo[300], a orillas del Escamandro, después de haber imperado en Atenas por espacio de treinta y seis años[301]. Por cierto que los Pisistrátidas también eran originarios de Pilos y descendientes de Neleo[302], dado que tenían los mismos antepasados que las familias de Codro y Me-

[300] En la Tróade, a la entrada occidental del Helesponto. Sobre la toma de la ciudad por Pisístrato, cf. V 94. Según TUCÍD., VI 55, 1, sólo Hipias, de entre los hijos de Pisístrato, había tenido descendencia.

[301] Esta cifra se obtiene teniendo en cuenta los dos exilios que, mientras ocupaba la tiranía, sufrió Pisístrato (cf. I 64, 1). De 561-560 a 556-555 a. C., primera tiranía de Pisístrato; de 545-544 a 539-538, segunda tiranía; y de 535-534 a 510, establecimiento definitivo del régimen en Atenas. Cf. G. SANDERS, «La chronologie de Pisistrate. Essai d'interprétation», *La Nouvelle Clio* 7-9 (1955-1957), 161 y sigs.

[302] Neleo había sido hijo de Posidón y el fundador de Pilos, en Mesenia. Murió a manos de Heracles, junto a sus hijos (de los doce que tenía sólo se salvó Néstor, el anciano caudillo que aparece entre los griegos sitiadores de Troya), por una afrenta que había infligido al héroe. Cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, pág. 248.

lanto, quienes, pese a su carácter de inmigrantes, habían
4 sido tiempo atrás reyes de Atenas[303]. Y, en memoria de dicho origen, Hipócrates[304] le impuso a su hijo precisamente el nombre de Pisístrato, nombre que adoptó en honor de Pisístrato, hijo de Néstor.

5 Así fue como los atenienses se desembarazaron de sus tiranos. Pero, antes de seguir adelante[305], voy a contar todos los hechos dignos de mención que, desde el momento de su liberación, llevaron a cabo, o en los que se vieron implicados, con anterioridad a que Jonia se sublevara contra Darío y a que Aristágoras de Mileto llegase a Atenas para solicitar su ayuda.

Reformas democráticas de Clístenes en Atenas. Digresión sobre Clístenes de Sición, abuelo de su homónimo

66 Atenas, que ya antes era poderosa, vio por aquel entonces —al desembarazarse de sus tiranos— acrecentado su poderío. En la ciudad descollaban dos hombres: el alcmeónida Clístenes (precisamente el individuo que, según dicen, sobornó a la Pitia[306]) e Iságoras, hijo de Tisandro,

[303] Codro y Melanto, descendientes de Néstor, fueron dos legendarios reyes de Atenas. El primero —hijo o hermano de Melanto— fue héroe de una leyenda según la cual, en una invasión de los peloponesios contra el Ática, un oráculo reveló que Atenas se salvaría si moría el rey Codro; éste, disfrazado de campesino, se enfrentó a los enemigos, muriendo. Según la misma leyenda, los peloponesios desistieron de su empresa y se contentaron con la conquista de Mégara.

[304] Sobre Hipócrates, padre de Pisístrato, cf. I 59, 1-3. La pretensión de los Pisistrátidas de descender de Neleo y del mítico rey Codro debió de originar una genealogía difundida por los propios tiranos. Cf. J. K. Davies, *Athenian Propertied Families...*, pág. 445.

[305] Es decir, narrando la llegada de Aristágoras a Atenas, cosa que el historiador no hará hasta el cap. 97. La digresión sobre la historia de Atenas, que a continuación prosigue Heródoto, abarca, pues, desde 510 (fin de la tiranía) a 499 a. C. (llegada de Aristágoras).

[306] Cf. V 63, 1; nota V 289; y P. J. Bicknell, «The exile of the Alkmeonidai during the Peisistratid tyranny», *Historia* 19 (1970), 129 y sigs.

que pertenecía a una ilustre familia, si bien no puedo precisar su origen (los miembros de su familia, empero, ofrecen sacrificios a Zeus Cario[307]). Estos dos sujetos se disputaron 2
el poder[308] y Clístenes, al verse en inferioridad de condiciones, se ganó al pueblo para su causa[309]. Posteriormente, dividió en diez tribus a los atenienses, que a la sazón estaban

[307] Es poco verosímil pensar que la familia de Iságoras venerase a Zeus Cario (sobre él, cf. I 171, 6), y PLUTARCO, *De Herod. malignitate* 23, se oponía a ello tajantemente. Es posible que se tratara del Zeus que se veneraba en Caria, la ciudadela de Mégara. En todo caso, hay que notar que la falta de noticias que muestra Heródoto sobre la familia del rival político de Clístenes (y el descrédito con que aparece representado el propio Iságoras) se debe, sin duda, a la fuente del historiador, que representaba las tesis de los Alcmeónidas, tendentes a magnificar la figura de Clístenes. Cf. G. R. STANTON, «The introduction of ostracism and Alcmeonid propaganda», *Journal of Hellenic Studies* 90 (1970), 181 y sigs.

[308] Fundamentalmente, la elección al arcontado, magistratura que Iságoras obtuvo en 508-507 a. C. (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 21, 1; DIONISIO DE HALICARNASO, *Ant. Rom.* I 74, 6; V 1, 1). Tras el fin de la tiranía es muy posible que, al principio, las luchas entre Clístenes e Iságoras fueran exclusivamente aristocráticas. Las diferencias estribarían, teniendo como meta la constitución de una oligarquía, en el mayor o menor impulso que se pretendiera dar a la evolución «popular» que, durante la tiranía de los Pisistrátidas, había experimentado la sociedad ateniense. Iságoras representaría a la facción aristocrática más conservadora y Clístenes a la más reformista.

[309] Como, por las vías tradicionales, los Alcmeónidas no habían conseguido el triunfo en las elecciones a arconte, Clístenes dio un golpe de Estado «demagógico» (sobre el contenido del término *dêmos*, cf. ED. WILL, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 446), con vistas a modificar las instituciones atenienses, que no habían sufrido cambio alguno desde las reformas de Solón, para evitar que cualquier facción aristocrática pudiera ejercer en Atenas una hegemonía sobre el resto.

agrupados en cuatro tribus[310], y abolió para las mismas los nombres de los hijos de Ión (Geleonte, Egícoras, Árgades y Hoples[311]), imponiéndoles unos nombres derivados de otros héroes, todos locales a excepción de Áyax; héroe al que, pese a ser extranjero, incluyó en su calidad de vecino y aliado de Atenas[312].

67 Con estas medidas el tal Clístenes, a mi juicio, imitaba a su abuelo materno Clístenes, el tirano de Sición[313]. Resulta que este último, debido a una guerra que había mantenido

---

[310] Sobre la reforma clisténica (que, teniendo como meta eliminar los antiguos núcleos familiares y religiosos, de ámbito reducido, para crear un armazón político que incluyera a los demás ciudadanos, sentó las bases para la futura democracia), cf. V 69, 2.

[311] Era característico de los Estados jonios la distribución de los habitantes en cuatro tribus. Los nombres de esas tribus primitivas podrían significar (aunque las interpretaciones han sido varias, insistiendo algunas de ellas en la conexión de los nombres tribales con antiguas divinidades): *Geleontes*, los «brillantes»; es decir, los nobles (de *gelân*, «brillar»). *Egícoras*, «los cabreros» (relacionado con *aíx*, «cabra»). *Árgades*, «los trabajadores» (de *árgon*, «trabajo»). *Hopletes*, «los soldados» (de *hópla*, «armas»).

[312] Según Aristóteles *(Const. Atenas* 21) fue la Pitia quien designó los diez héroes epónimos de las nuevas tribus atenienses (los nombres de las diez tribus, según el orden oficial en que se citaban, eran: Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea), escogiéndolos de entre un grupo de cien que los atenienses le presentaron. Áyax fue incluido en su calidad de legendario rey de Salamina (cf. *Ilíada* II 557-558; *infra*, VIII 64), isla que había pertenecido a Mégara, pero que, reivindicada por los atenienses, pasó a poder de Atenas en el primer cuarto del siglo VI a. C.

[313] Clístenes fue tirano de Sición (en el Peloponeso nororiental, próxima al golfo de Corintio) desde 601-600 a 570 a. C.; cf. Nicolao de Damasco, fr. 61, 6, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 90. Su hija Agarista se casó con el alcmeónida Megacles (cf. VI 126-131) hacia 575 a. C., y de ese matrimonio nació el ateniense Clístenes.

contra los argivos[314], como primera medida suprimió en Sición los certámenes rapsódicos basados en los poemas homéricos, ya que en ellos los argivos y Argos son elogiados muy a menudo[315]. Por otra parte, dado que en plena ágora de Sición había (y sigue allí todavía) un templete consagrado a Adrasto[316], hijo de Tálao, Clístenes se propuso fervientemente

---

[314] De esta guerra entre Argos y Sición no habla ninguna otra fuente antigua. Argos, que había ejercido su hegemonía sobre Sición y otras ciudades de la Argólide durante todo el siglo VII, cuando, en tiempos del rey Fidón, era una ciudad muy próspera (cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, I, 1, pág. 204), entró en una fase de decadencia en la primera mitad del siglo VI a. C., lo cual fue aprovechado por Sición para tratar de independizarse. Se desconoce el resultado de la guerra, pero posiblemente fue favorable a los sicionios. Cf. ARISTÓTELES, *Política* V 12, 1, 1315b; y H. RUDOLPH, «Die ältere Tyrannis in Sikyon», *Chiron* 1 (1971), 75 y sigs.

[315] Pues, en la *Ilíada* y la *Odisea*, Argos es la ciudad de Agamenón y el poeta llama frecuentemente a los griegos con el nombre de «argivos». No obstante, en este caso Heródoto debe de referirse a los poemas del ciclo tebano (la *Edipoida*, la *Tebaida* y los *Epígonos)*, atribuidos a Homero (aunque el historiador duda que Homero fuera su autor; cf. IV 32 y nota IV 131), y en los que se narraba el triunfo de los argivos sobre Tebas. Concretamente, la *Tebaida* comenzaba con las palabras «Canta, diosa, a Argos...».

[316] Adrasto fue rey de Argos. En su juventud las rivalidades dinásticas lo llevaron a refugiarse en Sición, cuyo trono llegó a ocupar. Más tarde pudo regresar a Argos. Siendo allí rey, acogió a Polinices, expulsado de Tebas por su hermano Eteocles, e intentó reponerlo en el trono. Con ello dio lugar a la guerra de los *Siete contra Tebas*, en la cual perecieron todos los héroes menos Adrasto. Sin embargo, diez años más tarde pudieron ser vengados por una expedición emprendida por sus hijos (los Epígonos), conducidos por el mismo Adrasto. Durante los tiempos históricos, Adrasto recibía culto en Mégara, Sición y Argos. Puede admitirse que su origen debió de ser un numen de la vegetación, probablemente originario de Sición, que posteriormente descendió a la categoría de héroe y fue relacionado con Argos.

2 mente expulsar de la región a ese héroe por ser argivo. Se fue entonces a Delfos y preguntó al oráculo si podía expulsar a Adrasto. Pero la Pitia le respondió diciéndole que Adrasto era rey de Sición, en tanto que él merecía ser lapidado[317]. En vista de que el dios se negaba a ello rotundamente, de regreso a su patria Clístenes se puso a fraguar un plan para que fuera el propio Adrasto quien se marchase. Cuando creyó haber dado con la solución, despachó emisarios a Tebas de Beocia manifestando que quería trasladar a Sición los restos de Melanipo, hijo de Ástaco, cosa a la que
3 accedieron los tebanos[318]. Una vez trasladados a Sición los restos de Melanipo, Clístenes le dedicó un recinto en el mismísimo pritaneo[319] y le erigió una estatua allí mismo, en el lugar más importante de la ciudad.

---

[317] Por sacrílego. Esta traducción concuerda con la SUDA, *s. v. leustḗr*. Según HESIQUIO, *s. v: leustêra*, sería «y él, en cambio, un lapidador»; es decir, un asesino, quizá con una alusión a la actuación de Clístenes con respecto a adversarios políticos a quienes pudo eliminar; con todo, cf. recientemente, para otra interpretación, J. ELAYI, «Deux oracles de Delphes: les réponses de la Pythie à Clisthène de Sicyone et aux Athéniens avant Salamine», *Revue Études Grecques* 92 (1979), 224 y sigs., en especial 224-227. La aristocrática y conservadora Delfos no podía ver con buenos ojos la tentativa de Clístenes de suprimir un culto de raigambre nobiliaria (el de Adrasto) por otro popular (el de Dioniso; cf. V 67, 5).

[318] Melanipo fue un héroe tebano que se distinguió notablemente durante la incursión de Polinices y los argivos contra Tebas (cf. ESQUILO, *Los Siete contra Tebas* 413), hasta el punto de que acabó con dos de los caudillos argivos, parientes ambos de Adrasto (cf. V 67, 3), el etolio Tideo y el argivo Mecisteo. Como, pese al testimonio de Heródoto, en Tebas figuraba la tumba de Melanipo (cf. PAUSANIAS, IX 18, 1), es posible que, ante la petición de Clístenes, los tebanos enviaran sólo parte de sus restos.

[319] El pritaneo era el edificio público en que ardía el fuego sagrado de la ciudad. Además, en algunas ciudades, como Atenas, era la residencia del primer magistrado. En este caso, hay que entender, pues, que el pritaneo de Sición estaba rodeado de un muro que circundaría el edificio propiamente dicho.

Clístenes hizo trasladar a Sición los restos de Melanipo
(pues este punto requiere también una explicación), pues,
en su opinión, era el peor enemigo de Adrasto, dado que
había matado a su hermano Mecisteo y a su yerno Tideo. Y, 4
tras haberle dedicado el citado recinto, privó a Adrasto de
sacrificios y de fiestas, y se los adjudicó a Melanipo. Por
cierto que los sicionios solían venerar a Adrasto con gran
boato, ya que esa región había pertenecido a Pólibo, y
Adrasto era nieto de Pólibo por parte de madre; además, al
morir sin descendencia masculina, Pólibo entregó el po-
der a Adrasto[320]. Pues bien, los habitantes de Sición vene- 5
raban a Adrasto con diversas ceremonias, entre las que,
principalmente, destacaba la conmemoración de sus des-
venturas[321] mediante coros trágicos (con ellos no venera-
ban a Dioniso, sino a Adrasto). Clístenes, por su parte,
asignó[322] los coros a Dioniso y el resto del ritual a Mela-
nipo.

---

[320] Pólibo (que en otras versiones de la leyenda aparece como padre adoptivo de Edipo) había sido rey de Sición, legando, al morir, su reino a Adrasto, ya que su única hija se habla casado con Tálao, el padre de Adrasto. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, pág. 142.

[321] Pues el héroe había conocido el exilio en su juventud y, sobre todo, había sufrido, en las dos expediciones contra Tebas, la pérdida de varios parientes y amigos, muriendo finalmente de tristeza (cf. Pausanias, I 43, 1). La reforma religiosa de Clístenes de Sición tenía una clara significación política, ya que, de un lado, pretendía romper los vínculos religiosos que, a nivel aristocrático, unían a Sición con Argos mediante el culto a Adrasto, suplantándolos por vínculos religiosos ligados a Grecia Central (el culto a Melanipo, héroe tebano). Y, por otra parte, en política interior, el tirano se granjeaba la simpatía de las clases populares potenciando el culto a Dioniso. Cf. A. Gitti, «Clistene di Sicione e le sue riforme. Studi sulla storia arcaica di Sicione», *Mem. Accad. Naz.* 2 (1929), 601 y sigs.

[322] Este pasaje, de los más importantes que, para la historia del teatro griego, nos han transmitido los autores antiguos (hasta el punto de que se ha convertido en una *crux philologica* para la crítica

68 Éstas fueron las medidas que había tomado con respecto a Adrasto. Por lo que se refiere a las tribus dorias, para evitar que lo sicionios tuviesen exactamente las mismas que los argivos, les cambió los nombres[323] por otros nuevos. Y, con tal motivo, se mofó descaradamente de los sicionios, pues permutó las denominaciones de las tribus por las palabras «cerdo», «asno» ⟨y «lechón»⟩, a las que simplemente añadió las desinencias[324]; sólo exceptuó a su propia tribu, ya que el nombre que le impuso aludía al cargo que ocupaba. A partir de entonces los miembros de su tribu se llamaron Arque-

---

moderna, dado que no hay uniformidad en la interpretación de la expresión «coros trágicos», así como en el significado que hay que dar al verbo «asignar»; para toda esta cuestión, cf. F. R. ADRADOS, *Fiesta, comedia y tragedia. Sobre los orígenes griegos del teatro,* Barcelona, 1972, especialmente págs. 19-77), indica la existencia en Sición, a comienzos del siglo VI a. C., de una forma dramática en el culto a un héroe. Clístenes, que no podía suprimir esas ceremonias y diversiones sin desagradar al pueblo, las asignó al culto a Dioniso, celebrándose mediante coros trágicos, con cantos, danzas y diálogos para exponer un tema mítico.

[323] Los nombres de las tres tribus dorias eran Hileos, Panfilos y Dimanatas (cf. el final del capítulo), pues sus epónimos habían sido, respectivamente, Hilo, Panfilo y Dimante, hijos del dorio Egimio, un aliado de los Heráclidas en su conquista del Peloponeso. Esta reforma de Clístenes (los Ortagóridas pertenecían a la población no doria de Sición) tenía una finalidad antiargiva y, sobre todo, antiaristocrática. Y quizá en este punto sea donde la semejanza con las medidas de su nieto ateniense sean mayores, ya que, a partir de ARISTÓTELES, *Política* VI 4, 23, 1319b, cabe pensar que el tirano de Sición sustituyó las tres tribus gentilicias de Sición por cuatro tribus territoriales, aumentando además el número de las fratrías, con lo que las nuevas tribus habrían tenido una doble división, en circunscripciones locales y en fratrías. Cf. C. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce antique,* París, 1969, págs. 38-47.

[324] Es decir, las desinencias propias de los gentilicios.

laos[325], mientras que los de las demás recibieron, respectivamente, los nombres de Hiatas, Oneatas y Quereatas[326]. Los sicionios utilizaron esos nombres para designar a sus 2
tribus no sólo durante el mandato de Clístenes, sino también a su muerte, por espacio de sesenta años más[327]. Finalmente, empero, se plantearon el caso y los cambiaron por los de Hileos, Panfilos y Dimanatas; y, a estas tres tribus, añadieron una cuarta, adoptando, en memoria de Egialeo, el hijo de Adrasto, el nombre de «Egialeos» para designar a sus miembros[328].

---

[325] «Los caudillos del pueblo» (de *arché*, «mando», y *laós*, «pueblo»). Posiblemente la noticia que transmite Heródoto se basa en esa etimología, pero no se atiene a la realidad, ya que Arquelao debió de ser algún antiguo héroe sicionio, no dorio, que fue tomado como epónimo para la cuarta tribu que creó Clístenes (las poblaciones dorias se caracterizaban por estar divididas en tres tribus; frente a los jonios, que por lo regular lo estaban en cuatro).

[326] Es decir, «los cerdos», «los asnos» y «los lechones». Es inverosímil que Clístenes hubiera tomado semejante medida. Estos nombres podían ser de origen totémico, reflejo de antiguos cultos predóricos. Cf. Ed. Will, *Doriens et Ioniens*, París, 1956, págs. 39 y sigs.

[327] De acuerdo con la cronología atribuida a la tiranía de Clístenes (cf. D. M. Leahy, «The dating of the Orthagorid dinasty», *Historia* 17 [1968], 1-23), hasta el año 510 a. C., aproximadamente, con lo cual coincidiría con la fecha que el *Papiro Rylands* 18 (F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 105, fr. 1) atribuye a la caída del tirano Esquines de Sición, el último de los Ortagóridas. Con todo, la historia de Sición en esos sesenta años a que alude Heródoto es escasísimamente conocida.

[328] La abolición de las reformas de Clístenes significaba la restauración en Sición de las antiguas tribus aristocráticas. Dado que Egialeo fue el epónimo de la cuarta tribu, cabe suponer que el culto a Adrasto debió de ser introducido nuevamente en Sición. Todo ello significaba un triunfo de la aristocracia, posiblemente apoyada por Esparta. Cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, pág. 97.

69 Éstas fueron, en suma, las medidas que Clístenes de Sición había tomado. Por su parte, Clístenes de Atenas, que era nieto del sujeto de Sición por parte de madre y que se llamaba así en su honor, también[329] debía de sentir, a mi juicio, cierto desprecio personal hacia los jonios, y, para evitar que los atenienses tuviesen las mismas tribus que los
2 jonios, siguió el ejemplo de su homónimo Clístenes. De hecho, lo cierto es que, cuando, por aquellas fechas, consiguió ganarse para su causa al pueblo ateniense (que hasta entonces se había visto marginado sistemáticamente), modificó los nombres de las tribus y aumentó su número, antes exiguo[330].

---

[329] Lo que se repetía era el sentimiento de desprecio (Clístenes de Sición hacia los dorios; Clístenes de Atenas hacia los jonios, según el historiador). Heródoto demuestra no haber comprendido el alcance socio-político que, para Atenas, tuvo la reforma clisténica, a la que sólo considera desde una perspectiva «racial» (cosa que, además, no responde a la realidad, pues, por ejemplo, en Atenas se siguió celebrando el festival jónico de las Apaturias; cf., *supra*, I 147, 2, y nota I 367).

[330] Sobre los nuevos nombres de las tribus atenienses, que antes de la reforma eran sólo cuatro, cf. nota V 312. La reforma clisténica, que pretendía abolir la hegemonía de los intereses aristocráticos en el Ática, tuvo como tarea principal (una vez que la minoría de nobles que integraban el arcontado y el Areópago, o consejo aristocrático de ex arcontes, se vieron despojados de su poder supremo en beneficio del cuerpo cívico entero reunido en la *Ecclēsía*, o Asamblea) la creación de un Consejo *(bulé)* constituido por quinientos miembros. El problema más importante que se planteaba era el de la organización de ese Consejo, tanto en su reclutamiento, como en la permanente operatividad del mismo. Ante este problema, el aspecto más original de la reforma clisténica fue el de la reforma de las tribus, de manera que en ellas privaran los intereses colectivos sobre los gentilicios. El medio de conseguirlo fue llevar a cabo una redistribución territorial, procurando que ninguna nueva tribu territorial coincidiera con la zona de influencia de un clan aristocrático, y que en la nueva tribu no privara un determinado elemento social. Había, pues, que fijar el territorio de cada tribu a partir de elementos geográficos heterogéneos y, a ser posible, alejados entre sí. Ello se realizó en tres etapas: 1. División del Ática en tres regiones de población equilibra-

En ese sentido, estableció diez *filarcos*[331] en lugar de cuatro y, asimismo, distribuyó los *demos*, repartidos en diez grupos[332], entre las tribus. Y, como se había ganado al pueblo, poseía una notable superioridad sobre sus adversarios políticos.

---

da (zona central, o *Mesogea;* zona marítima, o *Paralia;* y zona urbana, o *Asty)*, ninguna de las cuales constituía una región natural. 2. División de cada región en diez distritos, o *tritías*, de población equivalente (cada uno con un número variable de *demos*, o municipios, para eliminar antiguas comunidades gentilicias o cultuales). 3. Agrupación de tres *tritías* (una de cada región) para formar una tribu (o *phylḗ)*, con lo que, en total, resultaban diez. De esa manera, los miembros de las distintas tribus no tenían contactos personales en su totalidad ni intereses comunes.

Sobre el problema de la formación y de la operatividad permanente del Consejo mediante la creación de las *pritanías* (el cuerpo de cincuenta representantes de una tribu en el Consejo), y, en general, sobre las etapas y el alcance de la reforma clisténica, cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, págs. 63-76, con la bibliografía seleccionada que se incluye en las págs. 63-64.

[331] Se ignora qué función tenían esos diez *filarcos* (o «jefes de tribu»). A finales del siglo v a. C., ese término designaba a los diez jefes de caballería, uno por cada uno de los contingentes que aportaban las respectivas tribus. Con la reforma clisténica, las tribus estaban organizadas en forma de corporaciones, con peculio particular y administración propia, presididas por varios administradores elegidos por un año (los *epimelētai tês phylês*, que nada tenían que ver con los *filarcos)*.

[332] Es decir, un grupo de *demos* (los que fuesen) por cada tribu. Se ha propuesto también la traducción «en grupos de diez», con lo que se habría partido de un total de cien *demos*. Pero esa interpretación plantea problemas históricos; cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus*, II..., págs. 36-37). Esta distribución de los *demos* hacía que una *trittýs* no representara nunca un conjunto geográfico uniforme, ya que estaba compuesta por *demos* dispersos en las tres regiones en que se había dividido el Ática. Caciquismo y partidos políticos territoriales quedaban, pues, muy mermados.

Contrarrevolución fracasada de Iságoras, adversario de Clístenes, ayudado por el rey espartano Cleómenes

70 Por su parte Iságoras, al verse en inferioridad de condiciones, tomó, para remediar el problema, la siguiente determinación: llamó en su ayuda al lacedemonio Cleómenes, que había contraído con él vínculos de hospitalidad[333] a raíz del asedio a los Pisistrátidas (por cierto que se acusaba a Cleómenes de mantener relaciones con la
2 mujer de Iságoras). Pues bien, de momento Cleómenes envió un heraldo a Atenas para exigir el destierro de Clístenes y, con él, el de otros muchos atenienses, a quienes designaba con el término de «los sacrílegos». Esta demanda la formulaba, por medio del heraldo que envió, aleccionado por Iságoras, ya que a los Alcmeónidas y a sus partidarios se les imputaba el asesinato a que entonces se aludía[334], mientras que ni Iságoras ni sus amigos estaban implicados en el asunto.

71 La razón de que ciertos atenienses recibieran el nombre de «los sacrílegos» fue la siguiente. Hubo una vez en Atenas un tal Cilón, un individuo que se había alzado con la victoria en los juegos olímpicos[335]. Este sujeto se encapri-

---

[333] La hospitalidad implicaba un profundo vínculo religioso entre las personas que la contraían. Y por estas fechas, y entre personalidades relevantes de distintos Estados, tenía, además, un claro valor político. Posiblemente Cleómenes contrajo relaciones de hospitalidad con Iságoras por el deseo que Esparta tenía de incluir a Atenas en la esfera de sus alianzas.

[334] El asesinato sacrílego de Cilón, narrado en el capítulo siguiente. Esparta volvió a presentar una demanda similar justo antes de la Guerra del Peloponeso, para tratar de conseguir el destierro de Pericles, un Alcmeónida por parte de madre (cf. TUCÍD., I 126). Cf. L. MOULINER, «La nature et la date du crime des Alcméonides», *Revue des Études Anciennes* 48 (1946), 182 y sigs.

[335] Según EUSEBIO *(Chron.* I 198) obtuvo la victoria en la carrera del doble estadio *(díaulos)* en la Olimpíada trigésimo quinta (= 640 a. C.). Cf. también PAUSANIAS, I 28, 1.

chó de la tiranía y se granjeó el apoyo de un puñado de gentes de su misma edad, tratando de apoderarse de la acrópolis; pero, como no consiguió su propósito[336], se sentó al lado de la imagen[337] acogiéndose a su protección. Los *prí-* 2 *tanes de los naucraros*[338], que a la sazón gobernaban Atenas, lograron que abandonaran dicho lugar para responder de su actitud con la promesa de respetar sus vidas[339]; sin

---

[336] TUCÍD., I 126, que da una versión mucho más pormenorizada de los hechos (que, en el caso de Heródoto, deben de basarse en una fuente de origen alcmeónida, con la distorsión de los mismos que ello implica), afirma que Cilón logró apoderarse de la acrópolis instigado por un oráculo délfico y que, posteriormente, consiguió escapar de allí en unión de su hermano, siendo sus secuaces quienes se vieron apresados. La tentativa de Cilón debió de contar con el apoyo de Mégara, ya que su tirano Teágenes era suegro suyo. Cf. PLUTARCO, *Solón* 12; y M. LANG, «Kylonian conspiracy», *Classical Philology* 62 (1967), 243 y sigs.

[337] Seguramente la imagen de Atenea *Políade* (es decir, «protectora de la ciudad», advocación de la diosa, que era honrada con ese epíteto en el templo más antiguo que tenía consagrado en Atenas), en el Erecteo que posteriormente fue destruido por los persas (cf. VIII 41, 2). Al acogerse a la protección de la imagen, el refugiado adquiría carácter de inviolable; inviolabilidad que en este caso no se respetó, y de ahí el sacrilegio cometido.

[338] Los *prítanes* (los «primeros») *de los naucraros* eran los presidentes de las comisiones navales por distritos, ya que, con anterioridad a la creación de los *demos*, el Ática estaba dividida en cuarenta y ocho circunscripciones territoriales (a razón de doce por cada una de las cuatro tribus preclisténicas), denominadas *naucrarías*, cada una de las cuales debía suministrar al Estado un navío y dos soldados de caballería con todo su equipo (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 8, 3; PÓLUX, VIII 108). Sin duda, es erróneo que gobernaran Atenas y debe de tener razón TUCÍD. (I 126, 8), al atribuir el hecho a los arcontes. El relato de Heródoto preserva la responsabilidad que en el asesinato tuvo el arconte Megacles, de la familia de los Alcmeónidas (cf. B. JORDAN, «Herodotus 5, 71, 2 and the Naucraroi of Athens», *California Studies in Classical Antiquity* 3 [1970], 153-175).

[339] Literalmente, «los hicieron salir como reos, pero no de muerte». Es decir, se les sometía a juicio, pero se excluía de antemano la última pena. Cf. PLUTARCO, *Solón* 12.

embargo, los asesinaron y se acusa de ello a los Alcmeónidas. Esto sucedió antes de la época de Pisístrato[340].

72 Cuando Cleómenes, por medio del heraldo que envió, exigió el destierro de Clístenes y el de «los sacrílegos», Clístenes decidió abandonar la ciudad sin ofrecer resistencia; pero no por ello dejó Cleómenes de presentarse en Atenas poco después, aunque no con muchas tropas[341]. Y, a su llegada, expulsó, acusándolas de sacrílegas, a setecientas familias atenienses (todas aquellas que Iságoras le fue indicando[342]). Hecho esto, intentó acto seguido disolver la *bulé*[343] y poner las magistraturas en manos de trescientos par-
2 tidarios de Iságoras. Pero, en vista de que la *bulé* se resistía y se negaba a obedecer, Cleómenes, Iságoras, y los partidarios de este último se apoderaron de la acrópolis. Entonces

[340] Una datación muy vaga, pero lógica en la obra de Heródoto, para quien las noticias de la historia de Atenas comenzaban, de forma más o menos continua, con la figura de Pisístrato. La tentativa de Cilón debió de tener lugar entre los años 640-630 a. C. (aunque se han propuesto otras fechas). Cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte...*, pág. 120.

[341] Esta segunda intervención de Cleómenes en Atenas tuvo lugar en el año en que Iságoras había sido elegido arconte, en 508-507 a. C. Cf. T. J. Cadoux, «The athenian archons from Kreon to Hypsichides», *Journal of Hellenic Studies* 68 (1948), 70-123; especialmente págs. 113-114 y 123.

[342] No es verosímil que setecientas familias atenienses estuviesen implicadas en el sacrílego asesinato de los secuaces de Cilón. En realidad, las familias expulsadas debían de ser todas ellas proclisténicas, ya que Iságoras deseaba seguir manteniendo el sistema constitucional aristocrático anterior a la tiranía de los Pisistrátidas. Cf. C. Hignett, *A history of the Athenian constitution*, Oxford, 1952, pág. 125.

[343] El nuevo Consejo o Senado ateniense de quinientos miembros (cincuenta por cada una de las diez tribus), creado por Clístenes y campeón de las reformas democráticas frente al Areópago y los oligarcas reaccionarios.

los demás atenienses se solidarizaron con la *bulé* y los sitiaron por espacio de dos días; no obstante, a los tres días, todos los lacedemonios que figuraban entre los sitiados salieron del país al amparo de una tregua, con lo que se cumplía 3
la premonitoria advertencia que recibiera Cleómenes. Resulta que, cuando subió a la acrópolis —naturalmente, con el propósito de ocuparla—, se dirigió al sagrario de la diosa[344], con ánimo de dirigirle una plegaria. Sin embargo, la sacerdotisa[345] se levantó de su trono y, antes de que Cleómenes hubiera franqueado las puertas, le dijo: «Extranjero lacedemonio, vuélvete atrás y no entres en el santuario, pues, por voluntad divina, ningún dorio puede penetrar en este lugar». «Pero, mujer —respondió él—, es que yo no soy dorio, sino aqueo[346]». Pues bien, sin prestar la menor 4
atención a la profética frase, llevó a cabo la tentativa, y de ahí que se viera expulsado de la acrópolis en compañía de los lacedemonios. Por lo que se refiere a los demás sitiados, los atenienses los encarcelaron para ejecutarlos[347]; y por

[344] Atenea, que tenía su templo en la Acrópolis (el primitivo Erecteo; aunque se ha pensado también que pudiera tratarse del *Hecatompedon*, un antiguo santuario situado entre el nuevo Erecteo y el Partenón —construidos a mediados del siglo V a. C.—, y que, junto al primitivo Erecteo, fue incendiado por los persas en 480 a. C., durante la segunda guerra médica). Cf. VIII 51, 2.

[345] El culto de Atenea *Políade* estaba a cargo de mujeres de la familia ateniense de los Eteobutadas. Cf. Esquilo, *Coéforos* 572.

[346] Los reyes de Esparta, a través de Heracles, se remontaban a Perseo, que era aqueo (cf. VI 53). Con ello se trataba de justificar la invasión doria de Grecia. No obstante, también puede pensarse que la frase de Cleómenes presupone una tendencia a distinguir entre los Heráclidas y los dorios que, según la tradición, los acompañaron en su conquista del Peloponeso. Cf. B. Virgilio, *Commento storico...*, pág. 100.

[347] Indudablemente, no a todos los atenienses que, con Cleómenes y los suyos, habían ocupado la Acrópolis, pues el propio Heródoto afirma, en V 74, 1, que Iságoras abandonó la ciudadela con los lacedemonios. Aristóteles *(Const. Atenas* 20, 3) afirma que, al amparo de la tregua,

cierto que, entre ellos, figuraba el delfio Timesíteo, de cuya fuerza y bravura podría contar grandiosas hazañas[348]. Esos individuos, en suma, murieron en prisión.

Contactos de Atenas para aliarse con Persia

73 Posteriormente los atenienses hicieron volver a Clístenes y a las setecientas familias que habían sido desterradas por Cleómenes, y despacharon emisarios a Sardes, con el propósito de concertar una alianza con los persas[349], pues estaban convencidos de que los lacedemonios —y especialmente Cleómenes— se encontraban en estado de
2 guerra con ellos. Cuando los emisarios, a su llegada a Sardes,

---

pudieron abandonar la Acrópolis todos sus ocupantes, sin distinción entre espartanos y atenienses.

[348] Además de notables hazañas guerreras, PAUSANIAS (VI 8, 6) afirma que Timesíteo ganó dos veces el *pancracio* (especie de lucha para atletas más vigorosos que ágiles, en la que el vencido había de rendirse expresamente) en los juegos olímpicos, y tres veces en los píticos.

[349] Aunque este episodio que relata Heródoto es poco claro, la situación política por la que, en el contexto internacional griego, atravesaba la naciente democracia de Atenas (enemistad con Esparta —y, en consecuencia, con la liga peloponesia—; con Eubea, donde los *Hipobotas* de Calcis debían de estar temerosos de las reformas clisténicas [cf. V 77], y de la expansión ateniense, ya desde Pisístrato, en la Calcídica, donde Calcis tenía importantes intereses, así como de la amistad que Atenas mantenía con Eretria, la tradicional rival de Calcis [cf. I 61; VI 100]; con Mégara, ciudad a la que Atenas había despojado de la isla de Salamina; con Tebas, que había visto con malos ojos la alianza de Platea con Atenas [cf. V 108]; con la Liga tesalia, que aparentemente apoyaba a los Pisistrátidas, cf. V 63, 3) movió a los atenienses a solicitar el respaldo de una gran potencia. La fecha de esta alianza, que llegó a consumarse sólo momentáneamente, se sitúa en 507-506 a. C. y sus promotores debieron de ser los Alcmeónidas. Cf. F. SCHACHERMEYR, «Athens als Stadt der Grosskönig», *Grazer Beiträge* 1 (1973), 211 y sigs.

transmitieron las órdenes que habían recibido, Artáfrenes, hijo de Histaspes, que era gobernador de Sardes[350], les preguntó que quiénes eran y que en qué parte del mundo residían para pretender convertirse en aliados de los persas. Y, una vez que se hubo informado por medio de los emisarios, les dijo escuetamente que, si los atenienses entregaban al rey Darío la tierra y el agua[351], él estaba dispuesto a pactar una alianza con ellos; pero, si no lo hacían, los conminaba a que se marchasen. Entonces los emisarios, deseosos de concertar 3
la alianza, dijeron por su cuenta y riesgo que aceptaban. (Como es natural, al regresar a su patria, los integrantes de la delegación fueron duramente censurados[352].)

---

[350] Cf., *supra*, V 25, 1.

[351] Lo que implicaba la sumisión de Atenas (cf. nota V 65), ya que las alianzas que concertaba el imperio persa se hacían con claras ventajas para el Gran Rey. Cf. G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), 529-542.

[352] Sin duda las presiones internas de las *heterías* antipersas existentes en Atenas obligaron a que se derogara la alianza concertada por los embajadores. Es posible que si éstos aceptaron «por su cuenta y riesgo» los términos que imponía Artáfrenes fue porque sabían que políticos influyentes de Atenas (¿Clístenes, quizá?) deseaban contar con el apoyo persa. El hecho de que, a partir de este momento, no tengamos ulteriores noticias sobre Clístenes ha permitido suponer (cf. Eliano, *Historias varias* XIII 24, que afirma que fue ostraquizado; cosa que, sin embargo, no debe de ser cierta, pues el ostracismo no había sido instituido todavía por estas fechas; cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22, y D. Kagan, «The origen and purposes of ostracism», *Hesperia* 30 [1961], págs. 393 y sigs.) que la embajada provocó su desgracia y que quizá tuvo que abandonar Atenas. Cf., no obstante, R. D. Cromey, «Kleisthenes' Fate», *Historia* 28 (1979), 129-147, que es partidario de una simple retirada de la política por parte del Alcmeónida, una vez conseguida la reforma constitucional que emprendió.

74 *Los espartanos y sus aliados invaden el Ática. Fracaso de la expedición*

Entretanto Cleómenes, consciente de que había sido gravemente injuriado, de palabra y de obra, por los atenienses, movilizó —sin especificar el motivo de la movilización— tropas en todo el Peloponeso[353], pues ansiaba vengarse del pueblo ateniense y, además, deseaba propiciar el acceso de Iságoras a la tiranía[354] (ya que este
2 último había salido con él de la acrópolis[355]). Pues bien, Cleómenes invadió el territorio de Eleusis con un poderoso ejército, al tiempo que los beocios, de acuerdo con sus indicaciones, se apoderaban de Énoe e Hisias, *demos* situados en los últimos confines del Ática[356], y los calcideos

---

[353] Lo que no especificaría Cleómenes sería su propósito de establecer en Atenas la tiranía de Iságoras, pero los aliados (la acción combinada de los beocios parece probarlo) sí conocerían que el objetivo de la expedición era atacar el Ática. Probablemente ésta fue la primera expedición militar que la liga peloponesia (sobre la que no estamos bien informados) llevó a cabo fuera del Peloponeso. El que sea Cleómenes, y no una asamblea federal, quien decida organizar la incursión parece demostrar —aunque también es posible que las fuentes de Heródoto estuviesen equivocadas— que el organismo federal de la liga todavía no estaba consolidado definitivamente en el año 506 a. C., fecha de esta acción (cf., sin embargo, L. Moretti, *Ricerche sulle leghe greche*, Roma, 1962, pág. 76).

[354] Esta pretensión hizo que en Atenas la figura de Iságoras fuera considerada posteriormente —sin duda a instancias de los Alcmeónidas— claramente protiránica; es decir, favorable a los Pisistrátidas. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 20, 1; y B. Virgilio, *Commento storico...*, págs. 88-89.

[355] Cf. nota V 347. Según P. J. Bicknell, «Athenian Politics and Genealogy. Some pendants», *Historia* 23 (1974), 146-161, Cleómenes, ante su fracaso en Atenas, acabó concediendo a Iságoras la ciudadanía espartana.

[356] Énoe se hallaba situado a orillas del río Cefiso (otro río con el mismo nombre que el de Atenas), en la ruta que, a través del Citerón, unía Tebas con Eleusis, cerca de la frontera beocia. Por su parte, Hisias

irrumpían, por la otra parte, en ciertas zonas del Ática, saqueándolas. Entonces los atenienses, pese a que se veían atacados por dos frentes[357], aplazaron para más adelante las medidas a adoptar contra beocios y calcideos, y asentaron sus reales frente a los peloponesios, que se encontraban en Eleusis.

Pero, cuando se disponían a enfrentar a las tropas en el 75
campo de batalla, los corintios se dieron cuenta de que no procedían con arreglo a la justicia, y fueron los primeros que cambiaron de opinión y se retiraron[358]. Poco después, hizo lo propio Demarato[359], hijo de Aristón, que, por su parte, era también rey de los espartiatas y que había compartido con Cleómenes la jefatura del ejército desde su salida de Lacedemonia, sin que, hasta aquel instante, hubiera manifestado diferencias de criterio con él. (Por cierto que, a 2

no era un *demo* del Ática, ya que se encontraba en la vertiente norte del Citerón y pertenecía al territorio de Platea (cf. VI 108, 6).

[357] Por el O y el NO el ataque lo realizaban los peloponesios y beocios, mientras que por el N atacaban los calcideos. Sobre las razones que beocios y calcideos tenían para atacar Atenas, cf. nota V 349.

[358] O bien, «los primeros que dieron media vuelta y se retiraron». Naturalmente, no fue el respeto a la justicia lo que motivó la actitud de los corintios, sino los intereses políticos de la ciudad. Corinto, que a lo largo de la historia de la liga peloponesia actuó siempre como freno o propulsora de la misma, temía, por una parte, que el hundimiento del poderío y de la independencia ateniense permitiera el definitivo auge de Egina en el golfo Sarónico (dado que ambos Estados mantenían una dura pugna comercial), y, además, que Atenas se convirtiera en satélite de Esparta, con lo cual la preponderancia de Corinto en la liga peloponesia podría peligrar. Cf. Ed. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 638 y sigs.

[359] Demarato pertenecía a la familia de los Euripóntidas, y reinó en Esparta desde el año 510, aproximadamente, hasta 491 a. C., en que fue destronado por Cleómenes (cf. VI 61-70). No está claramente determinada la razón por la cual Demarato se opuso en esta ocasión a su colega en el trono. Quizá actuase como portavoz de una opinión hostil que existiría en Esparta contra la política exterior de Cleómenes, excesivamente personalista.

raíz de esa discrepancia, se promulgó en Esparta una ley según la cual, cuando un ejército salía a campaña, los dos reyes no podían acompañar a las tropas, cosa que hasta entonces hacían ambos monarcas. Y al tiempo que uno de los dos reyes se veía eximido de ello, la ley disponía también que uno de los dos Tindáridas[360] se quedara en Esparta; pues resulta que, con anterioridad a dicho incidente, también ambas estatuas, cuya protección invocaban las tropas, las acompa-
3 ñaban en sus campañas.) Pues bien, en aquellos momentos, cuando los demás aliados vieron, en Eleusis, que los reyes de los lacedemonios no estaban de acuerdo y que los corintios habían abandonado la formación, decidieron hacer lo mismo y emprendieron la retirada.

76 Precisamente esta era la cuarta vez que los dorios acudían con sus tropas al Ática; en dos ocasiones habían irrumpido en son de guerra, y en otras dos lo habían hecho para ayudar al pueblo ateniense. La primera vez fue cuando, de paso, establecieron una colonia en Mégara (esta expedición podría llamarse, con toda razón, «la de la época de Codro»,

---

[360] Se trata de los Dióscuros, título que reciben Cástor y Polux como hijos de Zeus. La versión más común de la leyenda —que presenta variantes— les atribuye distinta paternidad. Leda (hija de un rey etolio), unida en matrimonio a Tindáreo, rey de Esparta, vio un día cómo un águila iba a atacar a un cisne, por lo que abrió los brazos para protegerlo (el cisne representa una de las metamorfosis de Zeus). Por la noche Tindáreo reclamó sus derechos de esposo, y Leda quedó doblemente fecundada. De ese parto nacieron Cástor, Polideuces (= Pólux) —que eran gemelos—, Helena y Clitemestra (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 408-411). En este caso Heródoto debe de referirse a sus *xóana,* término que en Grecia designa a las más antiguas imágenes sagradas, talladas generalmente en madera. Sobre su ascendiente entre las tropas, cf. Pausanias, IV 16, 5; 27, 1.

que a la sazón reinaba en Atenas[361]). La segunda y la tercera vez fue cuando acudieron, procedentes de Esparta, para expulsar a los Pisistrátidas[362]. Y la cuarta vez fue por estas fechas, cuando Cleómenes, al frente de los peloponesios, invadió el territorio de Eleusis. Por consiguiente, en la época que nos ocupa, los dorios llevaron a cabo su cuarta irrupción contra Atenas[363].

Atenas inicia una ofensiva triunfal contra beocios y calcideos. Intervención de Egina en apoyo de Tebas

Pues bien, una vez que esa ex- 77
pedición se hubo disuelto sin pena ni gloria, fue cuando los atenienses, que ansiaban vengarse, realizaron una incursión, inicialmente contra los calcideos. Por su parte los beocios acudieron al Euripo[364] en socorro de los calcideos. Entonces los atenienses, al

[361] Cf. nota V 303. Cuando Heródoto afirma que esta primera expedición (que podría datarse en el siglo XI a. C.) se dirigió contra el Ática, se está haciendo eco de una tradición que sostenía el carácter jonio de Mégara (cf. PAUSANIAS, I 39; G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 219 y sigs.). No obstante, Mégara había pertenecido en época micénica a Beocia (quizá haya que identificarla con la *Nisa* mencionada en *Ilíada* II 508). Cf. E. MEYER, *s. v. Megara, R. E.*, 15, 1 (1931), cols. 152 y sigs.

[362] Se refiere a las campañas de Anquimolio (cf. V 63) y Cleómenes (cf. V 64). Como la finalidad de las mismas había sido derribar la tiranía de Hipias, en esos casos los espartanos acudieron para «ayudar al pueblo ateniense». El historiador, pues, no consideraba una invasión en regla la presencia de Cleómenes en Atenas citada en V 72, ya que el rey espartano acudió, pero «no con muchas tropas».

[363] Hay que advertir que Heródoto no dice que esta cuarta expedición (la de 506 a. C.) fuera la última, probablemente porque, como demuestra en IX 73, 3, conocía las invasiones espartanas realizadas a comienzos de la Guerra del Peloponeso (de ahí que se haya pensado que esta digresión fue compuesta por el historiador con posterioridad a 431 a. C.; cf. H. F. BONITZ, *Herodot-Studien. Beiträge zum Verstandnis der Einheit des Geschichtswerkes*, Berlín, 1968, págs. 30 y sigs., y 95 y sigs.).

[364] El estrecho que separaba Beocia de Eubea. Calcis se hallaba situada en la isla, a orillas del estrecho. La campaña de los atenienses contra beocios y calcideos tuvo lugar en 506 a. C.

ver a las fuerzas beocias de socorro, decidieron atacar a estos
2 últimos antes que a los calcideos. Los atenienses, pues, trabaron combate con los beocios y se impusieron netamente, pues mataron a gran número de enemigos y les hicieron setecientos prisioneros. Ese mismo día los atenienses pasaron a Eubea y trabaron un nuevo combate, esta vez con los calcideos, a quienes también vencieron, dejando cuatro mil *clerucos*[365] en las tierras de los *hipobotas* (por cierto que el nombre de *hipobotas*[366] lo recibían los ricos hacendados
3 de Calcis). A todos los calcideos que, asimismo, hicieron prisioneros, los mantuvieron en cautividad, cargados de grilletes, en compañía de los prisioneros beocios; sin embargo, al cabo de cierto tiempo, los pusieron en libertad a cambio de un rescate fijado a razón de dos minas por cabeza[367]. Por

[365] Los *clerucos* eran ciudadanos pobres que recibían un lote de tierra (*klêros*), que solía ser suficiente para sustentarse como hoplitas, en territorios sometidos y confiscados a los primitivos habitantes, constituyendo guarniciones permanentes de la ciudad que los enviaba. Este especial tipo de colonización (cf. J. Bérard, *L'expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques*, París, 1960, pág. 4) fue utilizado principalmente por Atenas en tiempos de su expansión imperial. En las *cleruquías* los colonos conservaban la ciudadanía originaria y no constituían comunidades independientes, estando sujetos a los deberes militares de los ciudadanos. Con este tipo de colonias (que, para su administración local, disponían de un consejo, asamblea, tribus y magistrados de tipo ateniense) se ayudaba económicamente a los necesitados, previendo su descontento, y a la vez se aseguraba una posición o dominio exterior.

[366] Literalmente, «criadores de caballos», actividad a la que sólo podían dedicarse las personas adineradas. Tanto en Calcis, como en Eretria, también en Eubea, el gobierno estaba en manos de una oligarquía dedicada a la cría y exportación de caballos, un animal que en Grecia era, por aquel entonces, relativamente raro y muy valioso. Cf. Aristóteles, *Política* IV 3, 2-3, 1289b-1290a.

[367] Aproximadamente, 846 gr. de plata. Sobre la determinación de esa suma como precio por la liberación de un prisionero, cf. VI 79, 1.

otra parte, los grilletes con que los cautivos habían estado encadenados los colgaron en lo alto de la acrópolis; dichos grilletes todavía seguían conservándose en mi tiempo, colgados de los muros medio calcinados por el incendio que provocó el Medo, enfrente del templo que mira a Occidente[368]. Asimismo, consagraron la décima 4
parte del dinero de los rescates encargando la ejecución de una cuadriga de bronce; dicha obra se alza a mano izquierda nada más entrar en los propileos de la acrópolis[369],

---

[368] Según esto, los grilletes habrían sido colgados en el muro norte de la Acrópolis, frente a la *cella* occidental del antiguo Erecteo (cf., sin embargo, nota V 344). Los persas tomaron la Acrópolis (para todas las localizaciones arquitectónicas en la misma, cf. el plano de A. N. Oikonomides y N. Gouvoussis, *Akropolis von Athen*, Atenas, 1969) en 480 a. C. y la incendiaron; cf. VIII 53, 2.

[369] Probablemente la cuadriga fue robada por los persas en 480, o destruida durante el incendio de la Acrópolis, por lo que los atenienses mandaron hacer una copia (que es la cuadriga que vio Heródoto) con ocasión de la victoria que obtuvieron sobre los beocios en Enofita, en 457 a. C., o bien después de que Pericles hubiese conquistado Eubea en 445 a. C. (entre los restos epigráficos encontrados en la Acrópolis, han aparecido fragmentos de dos pedestales, con algunas palabras de la inscripción que cita Heródoto, lo que prueba la existencia de la citada copia; cf. A. E. Raubitscheck, *Dedications from the athenian acropolis*, Cambridge Mass., 1949, págs. 191-194 y 201-205).

El pasaje, por otra parte, ha suscitado entre la crítica moderna distintas interpretaciones sobre la situación que ocupaba la ofrenda de los atenienses, y todavía no está bien determinada la ubicación de ese segundo monumento. Heródoto probablemente lo vio a la entrada de los antiguos propileos, que mandó edificar Pisístrato, mientras que Pausanias (I 28, 2) dice haberlo visto cerca de la estatua de Atena *Promachos* esculpida por Fidias. Lo más verosímil es que, en un principio, la cuadriga fuera erigida a la entrada de los antiguos propileos, y que se colocara en el lugar que cita Pausanias (es decir, en la zona central de la Acrópolis, a unos 40 m. de los propileos) cuando aquéllos fueron reconstruidos bajo la dirección de Mnesicles. Esto ha permitido suponer que el historiador no visitó Atenas con posterioridad a las obras de los nuevos

y en ella se halla grabada la siguiente inscripción[370]:

«A los pueblos beocio y calcideo los hijos
de Atenas domeñaron en las lides de la guerra,
y en lúgubre prisión, entre férreos grilletes, su arrogancia
[extinguieron.
A Palas estas yeguas ofrendaron, diezmo de su rescate».

78 Los atenienses, en suma, se habían convertido en una potencia. Y resulta evidente —no por un caso aislado, sino como norma general— que la igualdad de derechos políticos[371] es un preciado bien, si tenemos en cuenta que los atenienses, mientras estuvieron regidos por una tiranía, no aventajaban a ninguno de sus vecinos en el terreno militar; y, en cambio, al desembarazarse de sus tiranos, alcanzaron una clara superioridad[372]. Este hecho demuestra, pues, que,

---

propileos y que no conocía la nueva situación de la cuadriga (pero también puede pensarse que Heródoto, pese a haber visitado la ciudad con posterioridad a esa fecha, no modificara el texto que ya tenía escrito). Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Introduction*, París, 1955 (= 1942), págs. 34-37.

[370] En dísticos elegíacos (el epigrama en cuestión se atribuía a Simónides, cf. Arístides, II 512). En la inscripción que figuraba en el pedestal de la primitiva cuadriga, los versos primero y tercero aparecían intercambiados. Cf. R. Meiggs y D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions...*, págs. 29-30, con bibliografía y crítica de la cuestión.

[371] Es la *isēgoría;* es decir, la libertad de expresión, que implica igualdad política (cf. Pseudo-Jenofonte, *Const. de los atenienses* I 12). Posiblemente este logro de las reformas clisténicas era especialmente puesto de relieve por los Alcmeónidas, cuyo credo político tenía plena vigencia en la Atenas de mediados del siglo v a. C. Cf. J. D. Lewis, «Isegoria at Athens: when did it begin?», *Historia* 20 (1971), 129-140.

[372] Dentro del habitual desprecio que Heródoto muestra hacia los tiranos (cf. III 80), aparece aquí formulada por vez primera en la historia del pensamiento político griego, la estrecha relación existente entre la política interior de un Estado y su reflejo, afortunado o adverso, en la po-

cuando eran víctimas de la opresión, se mostraban deliberadamente remisos por considerar que sus esfuerzos redundaban en beneficio de un amo; mientras que, una vez libres, cada cual, mirando por sus intereses, ponía de su parte el máximo empeño en la consecución de los objetivos[373].

Tal era, en suma, la situación de los atenienses. Por su 79
parte los tebanos, poco después de dichos acontecimientos[374], enviaron delegados a consultar al dios[375], ya que deseaban vengarse de los atenienses. La Pitia, entonces, les respondió que con sus propias fuerzas no podrían vengarse, así que les aconsejó que remitieran la cuestión «al lugar en que abundan las palabras» y que posteriormente «recurriesen a sus más allegados[376]». Pues bien, al regreso de los 2
consultantes, se convocó una asamblea y transmitieron la respuesta del oráculo. Pero, al enterarse por las manifestaciones de los emisarios de que debían recurrir a sus más allegados, al oír, repito, tales manifestaciones, los tebanos

---

lítica exterior. Cf. Aristóteles, *Política* V 4, 8 (1304a); VI 7, 1 (1321a); Polibio, VI 3.

[373] Mientras que Jerjes, desde su posición de monarca absoluto, mantiene una opinión contraria (cf. VII 103, 4), Hipócrates (*Sobre los aires, aguas y lugares* 23) abunda en la afirmación del historiador, quien, sin embargo, no menciona en parte alguna la indudable importancia que la tiranía de Pisístrato tuvo para el futuro encumbramiento de Atenas.

[374] Probablemente en el año 505 a. C.

[375] A Apolo, en su santuario de Delfos.

[376] Heródoto debe de estar citando el contenido del oráculo empleando expresiones utilizadas por la Pitia. Por «el lugar en que abundan las palabras» hay que entender la asamblea, constituyendo una expresión poética propia de la lengua épica (cf. *Odisea* II 150). Por otra parte, la frase «que recurriesen a sus más allegados» también hay que atribuirla literalmente a la sacerdotisa, ya que ésta, en sus respuestas, solía expresarse en versos hexamétricos y la frase, en griego, puede ser final de hexámetro (*ágchista déesthai* = — — ⏑ ⏑ — —). Cf. H. W. Parke y D. E. W. Wormell, *The Delphic oracle...*, II, pág. 36, núm. 81.

exclamaron: «¿Pero nuestros más inmediatos vecinos[377] no son, de hecho, los tanagreos, los coroneos y los tespieos[378]? Y el caso es que esas gentes siempre pelean a nuestro lado y en la guerra comparten resueltamente todas nuestras cuitas. ¿Qué necesidad hay de recurrir precisamente a ellos? Pero mucho cuidado no vaya a ser que el significado del vaticinio no sea ése».

80 Mientras se hacían tales consideraciones, un sujeto, que finalmente dio con la solución, exclamó: «En mi opinión, creo comprender lo que el oráculo quiere decirnos. Según cuentan, Teba y Egina fueron hijas de Asopo[379]; dado que ambas eran hermanas, creo que el dios, con su vaticinio, nos ha ordenado recurrir a los eginetas para que nos ayuden a
2 vengarnos». Y, como no parecía vislumbrarse una interpretación más satisfactoria que la citada, enviaron sin pérdida de tiempo una delegación y —basando su petición en la

---

[377] Los tebanos, inicialmente, confunden la respuesta del oráculo, al interpretar el término *ágchista* (= «los más próximos») en sentido geográfico, y no familiar.

[378] Tanagra, Coronea y Tespia eran tres localidades de Beocia. La primera y la tercera (al igual que Tebas) se hallaban en el valle del Asopo, mientras que Coronea estaba en las proximidades del lago Copais. Todas las comunidades citadas pertenecían a la Liga beocia, un organismo sobre el que estamos mal informados (se ignora cuáles eran los derechos y obligaciones de las ciudades que la componían, qué tipo de reglamentos tenían vigencia, etc.), pero cuya jefatura ostentaba Tebas. Cf. J. A. O. Larsen, *Greek Federal States...*, págs. 26-40.

[379] En realidad, la ninfa Egina era hija del dios del río peloponesio Asopo (cf. Pausanias, II 5, 2), que desembocaba en el golfo de Corinto, cerca de Sición, mientras que Teba era hija de Zeus y descendía en cuarta generación de Deucalión y Pirra, la pareja que sobrevivió al diluvio (cf. *schol. Lyc.* 1206). La idea del parentesco entre Egina y Teba surgió porque el río que pasaba por Tebas se llamaba también Asopo, y ya Píndaro, *Ístmicas* V 37; VII 16 y sigs., se hacía eco de ella.

respuesta del oráculo— solicitaron a los eginetas que les prestaran ayuda, supuesto que eran sus más allegados. Entonces los eginetas, ante esta demanda, manifestaron que, en su socorro, iban a enviar con ellos[380] a los Eácidas[381].

Confiando en el apoyo de los Eácidas, los tebanos midie- 81
ron sus fuerzas con los atenienses, pero sufrieron un duro revés a manos de estos últimos; así que despacharon nuevos embajadores, que devolvieron las estatuas de los Eácidas a los
eginetas[382] y les pidieron hombres. Entonces los eginetas, 2
ufanos de su gran prosperidad[383] y teniendo presente una antigua enemistad que abrigaban hacia los atenienses, ante la petición que en aquellos momentos les formulaban los tebanos, atacaron a los atenienses sin previa declaración de gue-

---

[380] Es decir, con los integrantes de la delegación tebana.

[381] Esto es, las estatuas de Éaco (hijo de Zeus y de Egina, y primer rey de la isla, por lo que era considerado progenitor de la estirpe egineta; cf. A. Töpffer, *s. v. Aiakos* (1), *R. E.* I, 1 [1894], cols. 923-926) y de sus hijos, Telamón y Peleo, que recibían especial veneración en la isla. Cf. VIII 64; 83; 84.

[382] Evidentemente, porque no les habían ayudado a vencer a los atenienses. En el plano religioso, la ineficacia de los Eácidas puede explicarse porque Áyax (cuyo nombre había sido elegido como epónimo de una de las diez nuevas tribus creadas por Clístenes; cf. V 66, 2), hijo de Telamón, había sido rey de Salamina y la isla pertenecía por aquel entonces a Atenas, donde Éaco también era venerado (cf. V 89, 3).

[383] El poderío de Egina (del que Heródoto da diversas pruebas) se debía a su expansión marinera (cf. IV 152, 3, donde se habla de la proverbial riqueza de un egineta), orientada hacia las costas del mar Negro, Siria y Egipto (cf. II 178, 3, donde el historiador cuenta que los eginetas poseían un templo propio en Náucratis). Como resultado de esa actividad, Egina fue el primer Estado griego que acuñó moneda propia (hacia 620 a. C., lo que prueba que su prosperidad no era reciente), creando un sistema para pesos y medidas que ejerció gran importancia en el mundo griego, pues Atenas lo adoptó para sus actividades comerciales. En general, cf. H. Winterscheidt, *Aigina. Eine Untersuchung über seine Gesellschaft und Wirtschaft*, Colonia, 1938.

3 rra[384]: mientras estos últimos hostigaban a los beocios, zarparon con sus navíos de combate contra el Ática y saquearon Falero, así como numerosos *demos* del resto de la costa[385], con lo que su acción causó un serio perjuicio a los atenienses.

Digresión sobre los orígenes de la enemistad existente entre Atenas y Egina

82 Por cierto que la enemistad que desde hacía tiempo mantenían los eginetas hacia los atenienses tuvo el siguiente origen[386]. El territorio de Epidauro no daba fruto alguno. Los epidaurios, como es natural[387], formularon, en el oráculo

---

[384] Según el derecho consuetudinario griego, antes de que dos Estados entrasen en guerra, se enviaban mutuos heraldos para tratar de arreglar las diferencias o para declarar la guerra. Cf. L. E. LAW, «The pólemos akḗruktos», *Classical Philology* 30 (1935), 164 y sigs.

[385] La costa ática del golfo Sarónico. El serio perjuicio para Atenas, aludido a continuación por el historiador, debió de consistir principalmente en los daños ocasionados por los eginetas a las instalaciones portuarias de Falero (cf. nota V 292).

[386] La digresión que comienza aquí, y que abarca hasta el capítulo 88, sobre la guerra que, a finales del siglo VI a. C., mantuvieron Atenas y Egina, se debe a la importancia de la misma: 1. Cuando los griegos dispuestos a luchar contra Jerjes celebraron una asamblea para poner fin a sus discordias internas, se reconoció explícitamente la gravedad del conflicto egineto-ateniense (cf. VII 145). 2. Temístocles había hecho construir la flota ateniense que luchó contra los persas en Salamina, y que tan decisiva fue para la victoria griega, precisamente para luchar contra Egina (cf. VII 144). 3. Tanto Atenas como Egina tuvieron una destacadísima actuación en Salamina, por lo que, a juicio de Heródoto, era menester explicar los motivos que habían llevado a enfrentarse a dos Estados que tanto hicieron por el bien de Grecia (aunque, como es habitual en el historiador, éste se limita a justificar el conflicto en base a causas históricamente marginales, sin preocuparse por las diferencias socio-políticas que enfrentaban a los oligarcas eginetas con los demócratas atenienses por el dominio comercial del Egeo occidental). Cf. N. G. L. HAMMOND, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), 406 y sigs.

[387] Pues toda esterilidad de la tierra, el ganado y las mujeres era considerada un fenómeno sobrenatural para cuyo remedio se requería la ayuda divina (cf. I 167, 2; IV 151, 1).

de Delfos, una consulta relativa a esa calamidad; y la Pitia les aconsejó que erigieran unas imágenes en honor de Damia y Auxesia[388], ya que, si las erigían, las cosas les irían mejor. Los epidaurios, pues, preguntaron si debían hacer las 2
imágenes de bronce o de mármol; pero la Pitia les prohibió emplear tanto uno como otro material: tenían que hacerlas de madera de olivo cultivado[389]. En esa tesitura, los epidaurios solicitaron de los atenienses que les permitieran cortar algún olivo, pues sin duda consideraban que los olivos del Ática eran especialmente sagrados (es más, incluso se asegura que, salvo en Atenas, por aquellas fechas no había olivos en ningún otro lugar de la tierra[390]). Entonces los atenienses 3

---

[388] Dos divinidades relacionadas con la fecundidad de la tierra. Según la leyenda (cf. Pausanias, II 30, 4; 32, 2) habían sido dos jóvenes cretenses lapidadas en Trecén a causa de un desgraciado error y que, como reparación, fueron objeto de culto en esa ciudad, desde donde se extendió a Epidauro y a Laconia. Auxesia significa «la que hace crecer». El nombre de Damia plantea problemas etimológicos, pero su asociación con Auxesia y el que en Roma (a donde llegó desde Tarento; cf. Hesiquio, *s. v. Dámeia)* se la identificara con la *Bona Dea,* una divinidad de la tierra (cf. Ovidio, *Fast.* V 150 y sigs.), permiten relacionarla con Deméter. Cf. G. Giannelli, *Culti e miti della Magna Grecia,* Florencia, 1963, págs. 34-35.

[389] Es decir, a la manera de los antiguos *xóana* (sobre ellos, cf. nota V 360), que podían tener valor totémico como representantes visibles de la religión social de un pueblo (de manera parecida a como una bandera lo es de una nación).

[390] Pues, para los griegos, el olivo era el don que Atena había hecho a Atenas cuando se disputó con Posidón la soberanía sobre la ciudad; soberanía que consiguió la diosa con su regalo (cf., *infra,* VIII 55; y Apolodoro, III 14, 1); de ahí que se afirmara que, en tiempos, sólo hubo olivos en el Ática. El carácter sacrosanto de los olivos áticos, justificado por esa tradición, se explicaba también porque en el Ática ciertos olivos tenían carácter sagrado (estaban ofrendados a Zeus *Mórios)* y se hallaban protegidos por la ley (cf., por ejemplo, el discurso de Lisias, *Sobre el olivo).*

manifestaron que estaban dispuestos a permitírselo a condición de que, todos los años, llevasen ofrendas a Atenea *Políade* y a Erecteo[391]. Dado que los epidaurios accedieron a esos requisitos, vieron satisfecha su demanda y, con la madera de esos olivos, mandaron tallar unas imágenes que, posteriormente, erigieron. Y, como su tierra les daba fruto, ellos cumplían el compromiso contraído con los atenienses.

83 Por esas fechas[392] los de Egina, como habían hecho hasta entonces, todavía obedecían a los epidaurios[393]; y, entre otras muestras de sumisión, los eginetas se trasladaban a Epidauro para, en los pleitos que se suscitaban entre ellos, responder de los cargos y plantear sus demandas. Pero, posteriormente, se construyeron naves y, cediendo a los dictados de su orgullo, se independizaron de los epidau-
2 rios[394]. Entonces, debido a las encontradas diferencias que

[391] Sobre Atenea *Políade,* cf. nota V 337. Erecteo hace referencia aquí a Erictonio, su abuelo, con quien a veces es confundido, y que era hijo de Hefesto y la tierra. En busca de armas, Atenea bajó a la fragua del dios Hefesto y éste, inducido por Posidón, intentó poseerla violentamente. La diosa le rechazó, pero el semen de Hefesto fecundó a *Gea.* Atenea, entonces, recogió al recién nacido (mitad hombre, mitad serpiente, como hijo de *Gea),* que pasó por hijo suyo y que posteriormente reinó en Atenas.

[392] No es posible fijar una cronología aproximada para lo que el historiador ha contado en el capítulo precedente. Tan sólo que los hechos se remontan, como mínimo, a la segunda mitad del siglo VII a. C.

[393] Los eginetas eran dorios procedentes de Epidauro (cf. VIII 46; Pausanias, II 29, 5), de ahí su dependencia de la ciudad de la Argólide y la costumbre de trasladarse allí a dirimir sus pleitos. Cf. Ph. Gauthier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques,* Nancy, 1972, págs. 349-351.

[394] La independencia de Egina debió de producirse definitivamente hacia el año 600 a. C., cuando Periandro, el tirano de Corinto, tomó Epidauro (cf. III 52, 7).

mantenían, se dedicaron a saquear el territorio de Epidauro, ya que, como es natural, gozaban de superioridad en el mar; y, en concreto, les robaron las citadas imágenes de Damia y Auxesia, y se las llevaron[395], instalándolas en un lugar del interior de su isla, cuyo nombre es Oya, que aproximadamente dista unos veinte estadios de la capital[396]. Tras haberlas instalado en dicho lugar, procuraron 3
propiciarse a las diosas con sacrificios y mediante coros de mujeres que tenían por misión lanzar improperios[397], nombrándose, de paso, diez coregos[398] masculinos para cada una de las dos divinidades (por cierto que los coros no dirigían sus procacidades contra ningún hombre, sino contra las mujeres del lugar). Los epidaurios, por su parte,

[395] De esta manera la independencia política se consumaba también en el plano religioso, a la vez que se intentaba conseguir la protección de esas divinidades agrícolas. Cf. el traslado de Juno a Roma desde Veyes (Livio, V 22).

[396] Aproximadamente, unos 3,5 km. de Egina (la isla y su capital se llamaban igual). Es posible que Oya fuese un lugar sagrado desde antes de la llegada de los dorios a la isla (el nombre quizá esté relacionado con una aldea pelasga del Ática). Una inscripción de Egina, perteneciente al siglo v a. C. (*Inscriptiones Graecae* IV 1588), contiene un inventario de los bienes que poseía un templo de *Mnia* y *Auzesia.*

[397] El intercambio de insultos obscenos y de procacidades rituales aparece en el culto de divinidades relacionadas con la fecundidad del suelo y de los seres vivos: misterios eleusinos (cf. Aristófanes, *Ranas* 384 y sigs.), festividades en honor de Dioniso (cf. Aristófanes, *Avispas* 1362), las *Tesmoforias,* o festividades agrarias en honor de Deméter (cf. nota II 601), etc. Por esos detalles, el culto de Damia y Auxesia, en el que las mujeres parece ser que desempeñaban un papel capital, puede relacionarse con el culto a Deméter.

[398] Los coregos eran los ciudadanos que costeaban los ensayos y el vestuario de los coros de música y baile (según se desprende del texto, en el culto a Damia y Auxesia intervenían veinte coros) en las ceremonias miméticas de culto y, posteriormente, en los concursos dramáticos.

poseían también los mismos ritos; e incluso cuentan con ritos secretos[399].

84 Tras el robo de dichas imágenes, los epidaurios dejaron de cumplir el compromiso contraído con los atenienses, por lo que éstos les enviaron una delegación para hacer patente su descontento. Pero los epidaurios les demostraron palpablemente que no eran reos de delito alguno, pues, mientras habían tenido las imágenes en su país, habían cumplido el compromiso contraído; pero, como se habían visto privados de ellas, no era justo que siguieran aportando las ofrendas, sino que debían exigírselas —les indicaron— a quienes las
2 tenían en su poder, a los eginetas. Ante esas manifestaciones, los atenienses enviaron emisarios a Egina para reclamar las imágenes; pero los eginetas respondieron que ellos no querían saber nada con los atenienses.

85 Pues bien, según los atenienses, después de haber presentado la reclamación, fueron enviados, comisionados por el Estado, algunos conciudadanos suyos, a bordo de un solo trirreme[400], quienes, al llegar a Egina, trataron de arrancar de sus pedestales las imágenes en cuestión para llevárselas, alegando que estaban hechas con madera de su propiedad.
2 Pero, en vista de que no podían apoderarse de ellas de esa manera, amarraron unas cuerdas a las imágenes y se pusieron a arrastrarlas; sin embargo, mientras las estaban arras-

[399] Probablemente relacionados con la fertilidad y en los cuales no podrían tomar parte los hombres (el carácter femenino de los ritos queda patente por la exclusión de los varones en las injurias rituales de los coros; cf. II 60, 2).

[400] El empleo del trirreme, en lugar del pentecontero (cf. nota III 210), como navío de combate hace pensar en una fecha próxima a comienzos del siglo v a. C. (cf., no obstante, V 86, 4). El trirreme poseía tres bancos de remeros superpuestos por cada flanco y una dotación de ciento sesenta remeros, veinte tripulantes de cubierta, seis oficiales y doce soldados.

trando, se oyó de improviso un trueno, trueno al que acompañó un terremoto. Como consecuencia de dichos fenómenos los ocupantes del trirreme, que estaban arrastrando las imágenes, perdieron el juicio y, presas de locura, empezaron a matarse unos a otros como si entre sí fuesen enemigos, hasta que, de todos ellos, sólo quedó uno, que fue quien regresó a Falero[401].

Así es, en suma, como, al decir de los atenienses, suce- 86
dieron los hechos. Sin embargo los eginetas aseguran que los atenienses no arribaron con un solo navío (pues a uno solo, o a un número ligeramente superior, habrían podido rechazarlo fácilmente, aun cuando se hubiese dado la circunstancia de que ellos no hubieran contado con naves), sino que se lanzaron sobre su isla con una poderosa flota, por lo que, sin presentarles batalla en el mar, por su parte decidieron dejarles vía libre. Ahora bien, no pueden indicar con 2
absoluta precisión el siguiente extremo: si el motivo que los impulsó a dejarles vía libre fue el reconocimiento de su inferioridad para librar una batalla naval, o si fue el deseo de llevar a cabo un determinado plan que, de hecho, pusieron en práctica[402]. El caso es que los atenienses, dado que nadie 3
se aprestaba a presentarles batalla, desembarcaron de las naves y se dirigieron hacia las imágenes; pero, como no podían arrancarlas de sus pedestales, acabaron por amarrarles unas cuerdas y se pusieron a arrastrarlas, hasta que, durante el

---

[401] De esta manera, pues, las divinidades castigaban a los sacrílegos. Cf. otros casos similares en PAUSANIAS, III 16, 9; VII 19, 3; ATENEO, 672b; y *vid.* K. DANIELS, *Religieushistorische Studie over Herodotus*, Amberes, 1946.

[402] Con la ayuda de los argivos, como se especifica al final del capítulo. Es muy propio de la técnica narrativa de Heródoto presentar, sobre un mismo suceso, versiones diferentes que se complementan u oponen (cf. TH. SPATH, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot*, Viena, 1968), lo que prueba su buena fe de historiador. En este caso, las versiones de atenienses y eginetas difieren en los detalles, pero no en los resultados.

arrastre, las dos imágenes (una afirmación que, a mi juicio,
carece de credibilidad, aunque puede tenerla para alguna
otra persona[403]) hicieron lo mismo: ambas cayeron de hi-
nojos ante ellos y, a raíz de entonces, siguen estando en esa
4 posición[404]. Esto es, en suma, lo que, según los eginetas, hi-
cieron los atenienses; y, por lo que a ellos se refiere, asegu-
ran que, al tener noticias de que los atenienses se disponían
a atacarlos, alertaron a los argivos[405]. Pues bien, cuando los

---

[403] Es también propio del pensamiento de Heródoto (que está en la línea del pensamiento tradicional, tanto en el de la poesía, como en el de la novelística, como en el del pragmatismo humano) rechazar todo aquello que se halla en contradicción con las leyes de la naturaleza, aunque no por ello deja de mencionarlo; cf. III 116, 2; IV 25, 1; 42, 4.

[404] Lo que cuenta el historiador es una leyenda etiológica creada para explicar algo que no era comprendido ya: la posición arrodillada, o en cuclillas, de las estatuas arcaicas (posiblemente la posición adoptada por las mujeres para el parto —que sería la propia de unas divinidades relacionadas con la fertilidad, como Damia y Auxesia; cf. *Himno a Apolo* 116 y sigs. sobre idéntica posición adoptada por Leto al alumbrar a Apolo y Ártemis; y Pausanias, VIII 48, 7, sobre la posición en que era representada, en Tegea, *Auge*, una divinidad de la fecundidad, cuyo nombre está relacionado con el de Auxesia. Contra esta interpretación, cf., sin embargo, Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre* V..., pág. 119, nota 2—, o bien una actitud ritual adoptada en época arcaica en las plegarias dirigidas a los dioses ctónicos), ya que la posición arrodillada resultaba humillante para un griego. Cf. Ch. Picard, *Manuel d'Archéologie Grecque. La Sculpture, I, Période archaïque*, París, 1935, págs. 239-240.

[405] Los argivos pudieron acudir en calidad de mercenarios (cf. I 61, 4), aunque también es posible que Argos, Epidauro (que, en caso contrario, habría negado el paso por su territorio a los argivos) y Egina estuviesen coligadas contra Atenas. El problema fundamental que presenta el pasaje es el de su datación, pues, aunque la cita al trirreme ateniense, en V 85, 1, sugiere una fecha tardía, las medidas relativas a la prohibición de que fuese importada cerámica ateniense a Egina y a la modificación introducida en Atenas en el atuendo de las mujeres (narradas en los capítulos siguientes) tienen que ser an-

atenienses habían desembarcado ya en Egina, se presentaron los argivos —que desde Epidauro habían pasado en secreto a la isla—, para socorrer a los eginetas. Y, como los atenienses se hallaban desprevenidos, cayeron sobre ellos y les cortaron la retirada, aislándolos de sus naves; fue justamente entonces cuando los atenienses oyeron el trueno y sintieron el terremoto.

En definitiva, la versión de argivos y eginetas —y con 87
ella coinciden los propios atenienses— es que tan sólo hubo un expedicionario que consiguiera regresar sano y salvo al Ática. Ahora bien, mientras que los argivos pretenden que 2
ese sujeto fue el único superviviente, porque ellos aniquilaron al ejército ático, los atenienses afirman que lo hizo la divinidad[406].

Pero, en cualquier caso, ni siquiera ese sujeto —dicen— fue el único superviviente, sino que halló la muerte de la siguiente manera. A su regreso a Atenas, como es natural informó del desastre; y, al enterarse de lo ocurrido, las mujeres cuyos maridos habían tomado parte en la incursión contra Egina, indignadas de que sólo él, de entre todos los expedicionarios, se hubiera salvado, se arremolinaron alrededor de dicho individuo y empezaron a darle punzadas con las fíbulas de sus vestidos, al tiempo que cada una de ellas le preguntaba dónde se encontraba su respectivo marido. Así fue como también pereció ese sujeto; y, 3
por su parte, los atenienses consideraron que la conducta de sus mujeres era un desatino más deplorable, si cabe, que el

---

teriores a 550 a. C., sin que la relación entre ambas sea necesaria. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte*, II..., pág. 307.

[406] Sin duda por las razones apuntadas en la nota V 404 y, sobre todo, para salvaguardar el prestigio nacional, al atribuir el desastre de una expedición a causas sobrenaturales.

revés sufrido[407]. Lo cierto es que no sabían con qué podrían castigarlas, así que simplemente hicieron que, en lugar del tipo de vestido que lucían, adoptaran el jonio; pues resulta que, con anterioridad a este incidente, las mujeres atenienses llevaban un vestido de tipo dorio, muy similar al de Corinto. En su lugar, pues, hicieron que adoptaran la túnica de lino, para evitar que, en lo sucesivo, tuviesen que utilizar fíbulas[408].

---

[407] En una sociedad predominantemente patriarcal, los actos de violencia cometidos por las mujeres tenían que llamar forzosamente la atención. Además de este episodio (que también cita Duris, fr. 24, *F. Gr. Hist.* 76, aunque atribuye la victoria sobre los expedicionarios atenienses a los espartanos, en lugar de a los argivos), Heródoto recuerda en VI 138 el asesinato colectivo de los lemnios a manos de sus mujeres; y, en IX 5, 3, el linchamiento de los familiares de un cobarde por parte de las atenienses.

[408] Este castigo impuesto por los atenienses a sus mujeres, cambiándoles el tipo de atuendo para que no necesitaran emplear fíbulas, es la causa anecdótica imaginada para explicar una evolución real del vestido femenino. En el vestuario femenino griego hay que distinguir dos tipos: el dórico y el jónico. El primero, más antiguo; y el segundo, importado de Asia Menor, donde lo utilizaban los pueblos allí establecidos (frigios, lidios y carios). El vestido dórico (el usado en Corinto debía de ser una variedad caracterizada por alguna peculiaridad que desconocemos) era de lana y carecía de mangas; cerrado por un costado, en el otro iba abierto (de ahí su nombre: *schistós chitōn)* y abrochado con fíbulas (Íbico llama a las mujeres espartanas *phainomērídas*, porque llevaban descubiertas las piernas en ese lado). El vestido jónico era una fina túnica de lino, con mangas (y por eso se le denominaba *cheiridōtós chitōn)* y cosida por ambos extremos, de ahí que no necesitara fíbulas. En general, cf. L. y J. Heuzey, *Histoire du costume dans l'antiquité classique,* París, 1935.

No obstante, esta evolución de la indumentaria femenina señalada por el historiador plantea problemas de consonancia con otras fuentes, ya que Tucíd., I 6, indica que, con anterioridad a las guerras médicas, los atenienses utilizaban el *quitón* jónico, que luego cambiaron por el vestido dorio, por lo que resulta difícil admitir que, en Atenas, cada sexo modificara su tipo de indumentaria de manera diferente.

Y por cierto que, a decir verdad, ese tipo de vestido no 88
es originario de Jonia, sino de Caria[409]; pues, de hecho, antiguamente el tipo de vestido de las mujeres griegas era en todas partes el mismo, ese que en la actualidad denominamos dorio[410].

Por su parte, los argivos y los eginetas, con ocasión, 2
asimismo, de esos acontecimientos, decidieron dar rango de ley a la siguiente disposición: en sus respectivos países las fíbulas deberían sobrepasar en la mitad el tamaño usual por aquellas fechas, y en el santuario de sus diosas[411] las mujeres habrían de consagrar fundamentalmente fíbulas de ese tipo[412]. Además, en el santuario no se podría introducir el menor objeto del Ática, ni siquiera una pieza de cerámica;

---

[409] Hay que recordar que, según Heródoto (cf. I 146, 2), los jonios habían tomado por esposas a mujeres carias. Por otra parte, la ausencia total de fíbulas en las tumbas excavadas en Caria podría confirmar ese origen cario del tipo de vestido jonio. Cf. R. Long, «Greeks, Carians and the Purification of Delos», *American Journal of Archaeology* 62 (1958), 303.

[410] La escultura y la cerámica demuestran más bien que, durante la época arcaica, el vestido jonio era el utilizado (por lo menos en Atenas), y que, tras las guerras médicas, se generalizó el dorio, posiblemente como resultado de una reacción antiasiática, contraria al lujo y al refinamiento excesivos.

[411] Posiblemente en los santuarios de Afea, en Egina, y de Hera, en Argos; aunque también puede ser que el santuario de Egina estuviese consagrado a Damia y Auxesia. En cualquier caso, el historiador es poco explícito.

[412] Lo que dice Heródoto puede ser una explicación *a posteriori* de ciertas reglas cultuales o religiosas. Las mujeres solían ofrendar, antes del matrimonio (cf. IV 34, 1; Pausanias, I 43, 4), o después de haber dado a luz, objetos que utilizaban para adornarse o bien que ellas mismas habían hecho (cf., para otros lugares, *Schol.* Calímaco, I 77; *Antología Palatina* VIII 200 y sigs.). El inventario citado en la nota V 396 contiene, en efecto, gran número de fíbulas; pero esas ofrendas abundaban en otros santuarios dorios (en los templos de Afea y Hera argiva, por ejemplo, se han encontrado muchas fíbulas).

sino que, en lo sucesivo, en dicho lugar era preceptivo beber
3 en recipientes de fabricación local[413]. En suma que, desde aquellos lejanos días, las mujeres de Argos y de Egina, por hostilidad hacia los atenienses, han llevado (y en mi época todavía lo hacían) fíbulas más grandes que antes.

89 El origen de la enemistad que contra los atenienses abrigaban los eginetas comenzó tal y como he contado. Así pues, por aquel entonces[414], ante la petición de ayuda formulada por los tebanos, los eginetas, que conservaban un cabal recuerdo de lo que había ocurrido con las imágenes, prestaron a
2 los beocios un decidido apoyo. En ese sentido, los eginetas se dedicaron a devastar las costas del Ática. Y, cuando los atenienses estaban dispuestos a organizar una expedición contra Egina, llegó un oráculo procedente de Delfos aconsejándoles que aguardasen treinta años y que, treinta y un años después de la ofensa que les habían inferido los eginetas, emprendieran la guerra contra Egina tras haber dedicado a Éaco[415] un recinto sagrado, ya que las operaciones se desarrollarían conforme a sus deseos; en cambio, si iniciaban las hostilidades inmediatamente, en ese plazo de tiempo[416] sufrirían numero-

---

[413] Las excavaciones americanas en el Hereo de Argos han confirmado la ausencia de cerámica ática perteneciente al apogeo del estilo de figuras negras y a los comienzos del estilo de figuras rojas, lo cual parece implicar la aplicación de una medida que prohibía la importación de cerámica ática, medida que debió de abarcar desde 550 a 480 a. C., sin duda como protección a las manufacturas ceramistas del país.

[414] En 505 a. C. El historiador reemprende el hilo de la narración interrumpido en el capítulo 81.

[415] Cf. nota V 379. Como Éaco era el héroe protector de Egina, los atenienses intentarían propiciárselo al dedicarle un *témenos*, para evitar que favoreciese a los eginetas.

[416] Es decir, hasta que transcurrieran treinta años. El oráculo en cuestión debió de pronunciarse cuando Egina fue definitivamente sometida por Atenas, en 457 a. C. (cf. Tucíd., I 108, 4-5; Diodoro, XI 78, 3-4; y N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology...», págs. 406 y sigs.), de manera que, según Delfos, el oráculo habría sido emitido en 488. Co-

sos reveses (y también ellos causarían muchos a sus enemigos), si bien, a la postre, lograrían aniquilarlos. Cuando el ci- 3
tado oráculo llegó a oídos de los atenienses, dedicaron a Éaco ese sagrado recinto que en la actualidad se alza en el ágora[417]; sin embargo, ante las afrentas que habían sufrido por parte de los eginetas, no se resignaron a seguir la indicación de que era menester aguardar treinta años.

Esparta, ante el auge de Atenas, decide reponer a Hipias en la tiranía

Pero, mientras se estaban pre- 90
parando para vengarse, cierta maniobra que promovieron los lacedemonios impidió la realización de sus planes[418]. Resulta que, cuando los lacedemonios se enteraron de las intrigas de los

---

mo, en esas fechas (o quizá antes de la batalla de Maratón, pues no hay unanimidad en la crítica; cf. A. Andrewes, «Athens and Aegina, 510-480 B. C.», *Annual British School Athens* 37 [1936-37], 1 y sigs.), Atenas y Egina se hallaban en guerra (cf. VI 88-93), es posible que Heródoto atribuyera el oráculo a este año, 505 a. C., cuando en realidad los sacerdotes delfios se referían a la guerra que tuvo lugar a comienzos del siglo v. El error del historiador (justificado por la vaguedad del oráculo, que sólo anunciaba mutuos reveses para atenienses y eginetas) parece, además, factible si tenemos en cuenta que en 505 Atenas no era todavía la potencia naval que sería solamente unos años después.

[417] Tanto si los atenienses dedicaron el recinto a Éaco en 505 a. C., como si lo hicieron con ocasión de la guerra de comienzos del siglo v, es indudable que los persas lo destruyeron durante la segunda guerra médica. Por lo tanto, el *témenos* que vio el historiador habría sido reconstruido, quizá por decisión expresa de Cimón (cf. VI 105, 3), cuya familia decía descender de Éaco. Un ara situada al norte del *ágora* de Atenas, ante el altar de los Doce Dioses (sobre ellos, cf. nota II 30), podría pertenecer a ese sagrado recinto.

[418] En realidad no fue la tentativa que llevaron a cabo los espartanos por reponer la tiranía de Hipias —que es lo que a continuación pasa a relatar el historiador— lo que impidió a Atenas atacar Egina, sino la falta de una flota lo suficientemente poderosa como para enfrentarse con plenas garantías de éxito a los eginetas. Cf. L. H. Jeffery, «The campaign

Alcmeónidas ante la Pitia, y de las de esta última en detrimento de sus intereses y en el de los Pisistrátidas[419], se sintieron doblemente dolidos, porque habían expulsado de su patria a unos individuos que estaban ligados a ellos por vínculos de hospitalidad[420] y porque dicha acción no les había granjeado la menor muestra de agradecimiento por parte de
2 los atenienses. Pero, es más, al margen de esas consideraciones, les inducían a actuar los oráculos[421] que afirmaban que los atenienses iban a infligirles numerosas y graves afrentas; oráculos cuyo contenido habían ignorado hasta entonces y que conocieron por esas fechas, ya que Cleómenes los llevó a Esparta. (Por cierto que Cleómenes se hizo con los oráculos en la acrópolis de Atenas; dichos oráculos habían estado anteriormente en poder de los Pisistrátidas[422], pero, al verse expulsados, los dejaron en el santuario[423]; así que, como habían sido abandonados, Cleómenes se apoderó de ellos.)

91 Dado, pues, que por esas fechas se habían apoderado de los oráculos, y en vista de que el poderío de los atenienses iba en aumento y de que no se mostraban en absoluto dispuestos a obedecer sus órdenes, los lacedemonios, com-

---

between Athens and Aegine», *American Journal of Philology* 83 (1962), 44 y sigs.

[419] Cf., *supra,* V 63, 1.

[420] Cf. nota V 291.

[421] Los oráculos de carácter político se hicieron muy frecuentes en Grecia desde mediados del siglo VI a. C. (cf. VIII 141, 1, y TUCÍD., II 8, 2). No se alude, pues, a respuestas oraculares propiamente dichas, sino a algo similar a lo que luego serían en Roma los *libri fatales*.

[422] Sobre la relación de los Pisistrátidas con las corrientes proféticas, cf. nota V 257, y W. W. HOW y J. WELLS, *A commentary on Herodotus,* II..., págs. 343-344.

[423] El templo de Atenea *Políade.*

prendiendo que, si la nación ática se veía libre, llegaría a alcanzar una potencia similar a la suya[424], mientras que, si se hallaba bajo el yugo de una tiranía, sería débil y estaría dispuesta a acatar órdenes, al tomar conciencia, repito, de todo ello, hicieron que Hipias, el hijo de Pisístrato, se personara desde Sigeo, en el Helesponto, [donde estaban refugiados los Pisistrátidas[425]].

Una vez que Hipias acudió a su llamada, los espartiatas 2
convocaron, asimismo, a representantes de sus diversos aliados[426] y les dijeron lo siguiente: «Aliados, en nuestro fuero interno reconocemos no haber obrado correctamente, pues, incitados por falsos oráculos, expulsamos de su patria a unas personas que estaban ligadas a nosotros con lazos de hospitalidad sumamente cordiales y que nos garantizaban la

[424] Quizá puede aquí atisbarse por vez primera una idea que cobraría cuerpo en la segunda mitad del siglo v a. C.: que la verdadera causa de la guerra del Peloponeso fue el temor de Esparta ante el poderío de Atenas (en contra, sin embargo, cf., entre otros, D. Kagan, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, N. York-Londres, 1969), tal y como fue reflejada por Tucídides. Cf. J. Alsina, «En torno a la cuestión tucidídea», *Boletín Instituto Estudios Helénicos* 5 (1971), 33 y sigs.

[425] Cf. V 65, 3. La gestión de los lacedemonios para que Hipias regresara de Sigeo debió de tener lugar hacia el año 500 a. C. En realidad, tanto la expulsión de Hipias, en 511-510 a. C., como el proyecto de reinstaurarlo en la tiranía, eran dos medios (aparentemente contradictorios) que para los espartanos tenían idéntico objetivo: atraer a Atenas a la liga peloponesia. Cf. J. A. O. Larsen, «Sparta and the Ionian Revolt»..., págs. 136 y sigs.

[426] Éste es el primer testimonio que nos informa sobre un Congreso federal peloponesio (reunión que no habían convocado los lacedemonios cuando Cleómenes trató de conseguir la tiranía para Iságoras en 506 a. C.; cf. V 74-76). *Vid.* J. A. O. Larsen, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 (1933), 257-276.

sumisión de Atenas[427]. Y, una vez hecho esto, entregamos la ciudad, acto seguido, a un pueblo ingrato, que, en cuanto, gracias a nuestra intervención, se vio libre y pudo levantar cabeza, nos despachó de la manera más ignominiosa a nosotros y a nuestro rey; un pueblo cuyo poderío, alimentando ansias de gloria, va en aumento, como ya han podido comprobar a la perfección sus vecinos, los beocios y los calcideos, y como pronto podrá comprobar igualmente cualquier otro que se descuide.

3 En suma, puesto que, al actuar como lo hicimos, cometimos un error, vamos a tratar ahora de repararlo con vuestro concurso. Ésta, precisamente, es la razón de que hayamos hecho venir a Hipias, aquí presente, así como a vosotros desde vuestras ciudades: para, mediante una estrategia combinada y una expedición, asimismo combinada, propiciar su regreso a Atenas y restituirle lo que por nuestra parte le quitamos.

92 *Oposición de los corintios. Digresión sobre la tiranía de los Cipsélidas*

Esto fue lo que dijeron los lacedemonios; sin embargo, la mayoría de los aliados no acogió favorablemente sus palabras. En ese sentido, mientras que los demás permanecían en silencio, el corintio Socles[428] se expresó en
α los siguientes términos: «A buen seguro que el cielo va a

[427] Heródoto debe de estar siguiendo las interpretaciones negativas que, sobre la actuación de los Pisistrátidas, circulaban en Atenas mediado el siglo v, pues lo cierto es que, pese a las buenas relaciones existentes entre aquéllos y Esparta, la tiranía ateniense siguió siempre una política exterior independiente. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 19.

[428] O, según la lectura que presentan algunos manuscritos, *Sosicles*. El discurso que a continuación pronuncia el citado corintio (haciéndolo mediante un exordio de tipo poético que recuerda un tópico de la literatura antigua, conocido sobre todo por la famosa oda II del primer libro de Horacio) no debe de ser histórico, pues no es verosímil que pronunciara un discurso tan largo para hacer hincapié en la inconveniencia de la tira-

quedar bajo la tierra, y la tierra por el aire, sobre el cielo[429]; y, por su parte, los hombres instalarán su residencia en el mar y los peces donde antaño moraban los hombres, puesto que sois precisamente vosotros, lacedemonios, quienes estáis dispuestos a abolir regímenes políticos igualitarios[430] y a restablecer en las ciudades tiranías, la cosa más injusta y sanguinaria que existe entre el género humano[431]. Pues si 2
resulta que este régimen político —es decir, que las ciudades sean regidas por tiranos— os parece verdaderamente idóneo, comenzad vosotros por imponer un tirano en vuestra propia patria y, sólo así, podréis tratar de imponérselo a los demás. Pero lo cierto es que vosotros, que desconocéis lo que es un tirano y que estáis celosamente en guardia para

nía. Es posible que Heródoto insertase en este punto la historia de los Cipsélidas por no encontrar un lugar más apropiado para hacerlo.

429 Socles probablemente concibe la tierra como un disco plano situado bajo una sólida bóveda celeste. Cf. CH. VAN PAASEN, *The classical traditions of Geography*, Groningen, 1957, págs. 65 y sigs. La intervención del corintio comienza con una afirmación *ex adynátou*, mediante la cual se expresa la sorpresa ante un hecho, parangonándolo con fenómenos naturales de imposible cumplimiento según las leyes físicas conocidas. Cf. ARQUÍLOCO, fr. 74, E. DIEHL, *Anthologia Lyrica Graeca* 3, Leipzig, 3.ª ed., 1954; VIRGILIO, *Églogas* I 60; OVIDIO, *Tristia* I 8, 1 y sigs.; etc.

430 El término empleado *(isocratía)* es equivalente a *isonomía* (sobre este último, cf. nota III 400). No obstante, en labios de un corintio que, además, está hablando ante un consejo de delegados de ciudades que poseían regímenes aristocráticos, no puede equipararse a la consigna política que expresaba el carácter propio de la democracia. En este caso la *isocratía*, por oposición a la tiranía, se refiere a un régimen político en el que hay igualdad de derechos para una pluralidad de ciudadanos, sin que esa pluralidad se refiera a la totalidad, y ni tan siquiera a la mayoría.

431 Pues la esencia de la tiranía griega era su irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad. Cf. III 80, 2-6.

evitar que dicho régimen llegue a darse en Esparta[432], no os preocupáis de que afecte a vuestros aliados[433]. Ahora bien, si supierais, como nosotros, lo que es la tiranía, podríais opinar sobre el particular con mayor conocimiento de causa que ahora.

β En efecto[434], el régimen político que tenían los corintios era, concretamente, una oligarquía, cuyos integrantes, llamados Baquíadas[435], gobernaban la ciudad y concertaban los matrimonios de sus hijas, y los suyos propios, en el ámbito de su familia. Pues bien, Anfión, que era un miembro de dicho clan, tuvo una hija coja, cuyo nombre era Labda[436]. Como ningún Baquíada quería casarse con ella, la desposó

---

[432] Eso cabía deducir del carácter dual de la monarquía espartana, que era interpretado como una medida antitiránica. Sobre el desconocimiento que los espartanos tenían de la tiranía, cf. TUCÍD., I 18, 1.

[433] O, según otra interpretación que permite el texto, «os comportáis vergonzosamente con vuestros aliados» (M. F. GALIANO, *Heródoto...*, pág. 130, sugiere también: «lo intentáis imponer inicuamente a vuestros aliados»).

[434] Se refiere al «como nosotros» anterior, e indica el comienzo de la argumentación de Socles en el sentido de la experiencia que, por haberla sufrido, tenían los corintios de la tiranía.

[435] Los Baquíadas constituían un clan aristocrático, compuesto por unas doscientas familias, que gobernó en Corinto desde 750 hasta 620 a. C., aproximadamente; cf. ED. WILL, *Korinthiaka...*, págs. 295-362. Se consideraban descendientes de Heracles —por lo tanto eran dorios— y ejercían el poder mediante la renovación anual de presidente *(prýtanis)*, que se elegía entre sus propios miembros (cf. PAUSANIAS, II 4, 4; DIODORO, VII, fr. 9; ESTRABÓN, VIII 6, 20; NICOLAO DE DAMASCO, fr. 57, *F. Gr. Hist.* 90). Los Baquíadas impulsaron notablemente el poder marítimo de Corinto y el desarrollo de su industria cerámica.

[436] Posiblemente un apodo, suponiendo que su cojera estuviese motivada por tener una pierna más corta que otra, igual que la letra *l (labda* o *lambda)* mayúscula, cuya grafía era Λ. Cf. *Etymologicum Magnum*, s. v. *Blaisós.*

Eetión, hijo de Equécrates, que era natural del *demo* de Petra[437], si bien, por sus antepasados, era Lapita y descendía de Ceneo[438]. Eetión no tenía hijos de dicha mujer ni de ninguna otra, por lo que se fue a Delfos para preguntar si tendría descendencia. Y, nada más entrar en el templo, la Pitia se dirigió a él con los siguientes versos: 2

«Eetión, nadie te estima, pese a que acreedor a estimación [eres.
Labda está encinta y parirá un peñasco,
que caerá sobre los déspotas y hará justicia[439] *en Corinto».*

Esta profecía que el oráculo vaticinó a Eetión llegó, fuera como fuese, a conocimiento de los Baquíadas, que no habían podido interpretar el vaticinio dirigido tiempo atrás a Corinto; un vaticinio de sentido análogo al recibido por Eetión, y que rezaba como sigue: 3

---

[437] Posiblemente Petra se hallaba situada al sur de Corinto, en una zona elevada desde la que se dominaba la ciudad (cf. Er. Meyer, *Petra* (1), *R. E.*, 19, 1 [1937], cols. 1165-1166). El término *demo* (= municipio, distrito administrativo), utilizado en este contexto, es inadecuado. Heródoto está empleando terminología ateniense.

[438] Los lapitas eran miembros de una antigua tribu prehelénica de Tesalia, que se consideraban descendientes de Lapites, hijo de Apolo, y de una hija del dios fluvial Peneo (es decir, que Eetión pertenecía a la población predoria de Corinto). Cf. Pausanias, II 4, 4; V 18, 7-8. Pese a que intervinieron en numerosas leyendas, la más famosa es la relativa a la lucha que mantuvieron contra los Centauros, cuando éstos trataron de forzar a Hipodamía, la novia del rey lapita Pirítoo, durante sus esponsales. Ceneo era el más célebre lapita después de Pirítoo, ya que era invulnerable. Como los Centauros no podían herirlo debido a esa cualidad, le arrojaron tres árboles y murió sepultado bajo ellos (cf. Acusilao, fr. 22, *F. Gr. Hist.* 2).

[439] Prefiero esta traducción a la de «castigar», de acuerdo con la interpretación de W. den Boer, «The Delphic oracle concerning Cypselus», *Mnemosyne* 10 (1957), 339.

«Preñada está un águila entre roquedales[440]*, y parirá un*
[león[441] *formidable*
y sanguinario, que segará muchas vidas.
Tened, pues, esto bien en cuenta, corintios, que habitáis
[cabe
a la hermosa Pirene y a la escarpada Corinto[442]».

γ Este oráculo, que los Baquíadas habían recibido tiempo atrás, permanecía, digo, sin descifrar; pero, en aquellos momentos, cuando se enteraron del que había recibido Eetión, de paso comprendieron inmediatamente el primer vaticinio, dado que presentaba concordancia con el de Eetión. No obstante, pese a haber comprendido, asimismo, su significado, guardaron silencio, con el propósito de suprimir al hijo que iba a tener Eetión. Y, en cuanto su mujer dio a luz,

---

[440] Al igual que en el primer verso del vaticinio que la Pitia dictó a Eetión había un juego de palabras (en forma de aliteración) entre el último elemento de Ee*ti*ón y una paronomasia, con dos formas de la raíz *ti-*, «honrar» (que he preferido traducir por «estimar», para conservar, en la medida de lo posible, el efecto lingüístico griego), en este vaticinio también se produce una paronomasia entre el término «águila» (en griego *Aietós)* y el nombre de Eetión (en dorio *Aetíōn),* mientras que la localización «entre roquedales» (en griego *en pétrēsi)* está claramente relacionada con el nombre del pueblo del que era natural Eetión (en griego *Pétrē).*

[441] El león aparece aquí indudablemente como símbolo del poder real (cf. I 84, 3; VI 131, 2).

[442] Pirene era una famosísima fuente que existía en Corinto (cf. Píndaro, *Olímpicas* XIII 161). Es posible que, primitivamente, recibiera ese nombre un pequeño manantial situado en la Acrocorinto, la acrópolis de la ciudad (cf. Pausanias, II 5, 1); nombre que luego se aplicó también a la fuente pública más importante de la ciudad (cf. Pausanias, II 3, 2), situada cerca del ágora. Con la referencia a la «escarpada Corinto» el oráculo se refería sin duda a la Acrocorinto, una impresionante mole rocosa de 564 m. de altura que domina la ciudad. En general, cf. G. Roux, *Pausanias en Corinthe,* París, 1958, págs. 116-117.

enviaron al *demo* en que residía Eetión a diez de los suyos para que mataran a la criatura[443].

Cuando dichos sujetos llegaron a Petra, entraron en la 2
casa de Eetión y solicitaron ver al niño. Entonces Labda, que no tenía idea del objeto de su visita y que creía que solicitaban verlo por deferencia hacia el padre, trajo al pequeño y lo puso en brazos de uno de ellos. (Lo cierto es que, de camino, dichos individuos habían decidido que el primero de ellos que cogiera al niño lo estrellaría contra el suelo.)

Pues bien, cuando Labda, después de traer a su hijo, se 3
lo hubo entregado, por un milagroso azar el niño sonrió al sujeto que lo había cogido; y, al percatarse de ello, un sentimiento de piedad le impidió matarlo. Entonces se lo pasó, conmovido, a uno de sus compañeros, éste a un tercero, y así, de uno en uno, la criatura pasó sucesivamente por las manos de todos ellos —de los diez cómplices—, sin que
ninguno se prestase a acabar con su vida. Por consiguiente, 4
le devolvieron el niño a la madre y salieron de la casa. No obstante, parados junto a la puerta, se enzarzaron en mutuos reproches y sobre todo culpaban al primero que había cogido al pequeño, por no haber actuado según lo convenido; hasta que, por fin, al cabo de un rato, decidieron entrar de nuevo y perpetrar el asesinato solidariamente.

Pero el destino quería[444] que la descendencia de Eetión 5
fuera un germen de desgracias para Corinto. Efectivamente, Labda, pegada a la puerta, lo estaba escuchando todo; y,

---

443 Nicolao de Damasco, fr. 57, 2-3, *F. Gr. Hist.* 90, da una versión diferente del episodio: Eetión, informado del propósito de los Baquíadas, envió a su hijo a Olimpia, donde quedó a salvo. Posiblemente esta versión deriva de la existencia en Olimpia de un cofre en el que, según la tradición, se salvó Cípselo. Cf. nota V 446.

444 Cf. nota V 134.

ante el temor de que cambiasen de opinión y de que volvieran a coger al niño para matarlo[445], se lo llevó, ocultándolo en el escondrijo que, a su juicio, era el más inverosímil —en una jarra[446]—, ya que tenía la certeza de que, si regresaban y se ponían a buscar, iban a registrarlo todo; que fue lo que
2 en realidad sucedió. Los diez sujetos entraron en la casa y empezaron a buscar al pequeño; pero, como no aparecía, decidieron marcharse y comunicar a quienes les habían enviado que habían cumplido fielmente sus órdenes; así que se fueron y eso fue lo que manifestaron.

ε Entretanto, con el paso del tiempo, el hijo de Eetión fue creciendo; y, como había escapado al citado peligro gracias a la jarra, para llamarlo se le impuso el nombre de Cípselo. Pues bien, cuando se hizo un hombre, Cípselo, que se halla-

[445] Según esto, Labda sólo habría oído que los diez sujetos se culpaban entre sí del fracaso de su misión, pero no su determinación de volver a entrar en la casa.

[446] El lugar en que Labda escondió a su hijo ha planteado serios problemas de identificación. PAUSANIAS (V 17, 5; 19, 1-10) describe minuciosamente un cofre *(lárnax)* de cedro ricamente decorado que se encontraba en el Hereo de Olimpia, afirmando que fue en tal cofre donde se escondió a Cípselo; y, para justificar el nombre de Cípselo (que no significa «cofre»), asegura que «por aquellas fechas (es decir, cuando nació Cípselo) los corintios daban el nombre de *cipselas* a los cofres». Sin embargo, lo más posible es que el cofre que vio Pausanias en Olimpia (cf. H. STUART JONES, «The chest of Kypselos», *Journal of Hellenic Studies* 14 [1894], 30-80) fuera una ofrenda posterior de los tiranos de Corinto (cf. DIÓN CRISÓSTOMO, XI 45), que no guardaba relación alguna con lo que aquí cuenta Heródoto. A juzgar por las monedas de la ciudad de Cípsela, en el valle del Hebro, en Tracia, *kypsélē* significaría «jarra» (tal vez una gran jarra cilíndrica de las que se guardaban en la cocina para conservar los alimentos; cf. ED. WILL, *Korinthiaka...*, págs. 472-475). Sin embargo, G. ROUX, «*Kypsélē*», *Revue Études Anciennes* 65 (1963), 279 y sigs., ha apuntado la posibilidad de que ese término signifique «colmena»; y habría sido en una colmena vacía donde Labda escondió a su hijo, un lugar ciertamente idóneo para ello.

ba en Delfos formulando una consulta, recibió un oráculo
sumamente favorable[447], por lo que, depositando su con-
fianza en él, se lanzó sobre Corinto y se apoderó de la ciu-
dad[448]. Por cierto que el contenido del oráculo fue el si- 2
guiente:

«Dichosa esa persona que bajando está a mi morada,
Cípselo, hijo de Eetión, soberano de la gloriosa Corinto
tanto él como sus hijos, pero ya no los hijos de sus hijos[449].»

Ésa fue, en suma, la afirmación del oráculo. Y, una vez erigido en tirano, he aquí la clase de hombre que fue Cípselo: desterró a muchos corintios, a otros muchos los privó de sus bienes, y a un número sensiblemente superior de la vida[450].

---

[447] Literalmente «favorable por ambos lados»; es decir, desde cualquier punto de vista. Semejante significado no parece estar en consonancia con el contenido del oráculo que a continuación se cita, ya que, pese a asegurar la realeza a Cípselo, no le predecía la fundación de una larga dinastía. Lo más probable es que el último hexámetro de la profecía se añadiera *post eventum*, una vez que la tiranía de los Cipsélidas había sido derribada en Corinto.

[448] Durante la oligarquía de los Baquíadas, Cípselo fue *polemarco* (un magistrado con funciones militares y policiales); y, en el ejercicio de su cargo, debió de ganarse el favor de la parte de la población predoria y popular. Cf. Nicolao de Damasco, fr. 57, 5-8, *F. Gr. Hist.* 90; y S. I. Oost, «Cypselus the Bacchiad», *Classical Philology* 67 (1972), 10 y sigs.

[449] Los hijos de Periandro (Cípselo y Licofrón) no accedieron a la tiranía a la muerte de su padre (cf. III 50-53), sino que ésta pasó a un primo suyo apodado Psamético, que sólo fue tirano por espacio de tres años. Cf. Aristóteles, *Política* V 12 (1315b 26), y Nicolao de Damasco, fr. 60: «el pueblo destruyó las moradas de los tiranos, confiscó sus bienes, arrojó el cadáver de Cípselo (= Psamético; el apodo quizá se debía a las relaciones comerciales de Corinto con Egipto) fuera del país y violó las tumbas de sus antepasados».

[450] Sin duda esta afirmación —que en parte es cierta— responde al odio que en Corinto existía a finales del siglo vi contra la tiranía de los Cipsélidas, que fomentaron la opulencia de Corinto desple-

ζ Cípselo ejerció el poder por espacio de treinta años[451] y su vida fue afortunada hasta el final, sucediéndole en la tiranía su hijo Periandro[452]. Pues bien, al principio Periandro se mostró más benévolo que su padre; pero, desde el momento en que, por medio de mensajeros, entró en contacto con Trasibulo, el tirano de Mileto[453], se volvió mucho más san-
2 guinario, si cabe, que Cípselo. Resulta que despachó un heraldo a la corte de Trasibulo para preguntarle que con qué tipo de medidas políticas conseguiría asegurar sólidamente

---

gando una amplia actividad comercial marítima, favorecida por los dos puertos con que contaba la ciudad; el de Lequeo, en el golfo corintio, base para sus relaciones comerciales con Occidente; y el de Cecreas, en el golfo Sarónico, que centralizaba el comercio de la ciudad con Asia y el Mediterráneo Oriental. En la segunda mitad del siglo VII a. C., Corinto realizó su primera emisión de moneda, en plata, y se convirtió en la primera potencia comercial griega, sin competidora posible en las manufacturas de bronces y cerámicas. Cf. Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 488-502.

[451] La cronología de los Cipsélidas en Corinto es controvertida. Según la cronología alta, fijada por el *canon* de Apolodoro (cf. F. Jacoby, «Apollodors Chronik», *Philologische Untersuchungen*, Berlín, 1902, págs. 405 y sigs.), Cípselo fue tirano en Corinto desde 655 a 625 a. C., aproximadamente. Sobre los problemas cronológicos y las diferentes fechas que se han propuesto, cf. J. Ducat, «Note sur la chronologie des Kypsélides», *Bulletin Corresp. Hellénique* 85 (1961), 418 y sigs.

[452] Periandro fue tirano de Corinto durante algo más de cuarenta años; poco más o menos, de 625 a 585 a. C. (cf. Aristóteles, *Política* V 12, 3 = 1315b). Y, a diferencia de su padre —que ejerció el poder absoluto manteniendo las magistraturas existentes—, reunió en su persona todos los cargos existentes con anterioridad, suprimiéndolos (posiblemente porque encontró oposición entre los aristócratas corintios, que ansiaban un retorno a la oligarquía; de ahí la afirmación de Heródoto de que fue más cruel que su padre). Cf., además, Diógenes Laercio, I 94-100.

[453] Sobre las relaciones entre Periandro y Trasibulo, cf. I 20, y Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 548 y sigs.

su posición y regir la ciudad con el máximo acierto. Entonces Trasibulo condujo fuera de la capital al emisario de Periandro, entró con él en un campo sembrado y, mientras recorrían el trigal, empezó a formularle al heraldo repetidas preguntas sobre los motivos de su viaje desde Corinto; y, de paso, cada vez que veía que una espiga sobresalía, la tronchaba —hecho lo cual, la arrojaba al suelo—, hasta que, con semejante proceder, acabó por destruir lo más espléndido y granado del trigal[454]. Y, una vez atravesado el labran- 3
tío, despidió al heraldo sin haberle dado ni un solo consejo.

Cuando el heraldo regresó a Corinto, Periandro estaba ansioso por conocer el consejo. Pero el emisario le respondió que Trasibulo no le había dado ninguno, y que él estaba sorprendido de que Periandro lo hubiera enviado a la corte de un sujeto como aquél, un loco rematado que destrozaba sus posesiones (y le contó detalladamente lo que le había visto hacer a Trasibulo).

Sin embargo, Periandro comprendió el comportamiento η
de Trasibulo y se percató de que le aconsejaba asesinar a los ciudadanos más destacados; de manera que, a partir de entonces, hizo gala, contra los corintios, de la crueldad más absoluta, pues todo aquello que el despotismo asesino y persecutorio de Cípselo había dejado intacto, lo remató Periandro[455].

---

[454] Como Periandro, según fuentes peripatéticas, formaba parte de los «Siete Sabios», personajes más o menos legendarios que vivieron en los siglos VII y VI a. C., y que rindieron notables servicios a las comunidades griegas como jueces, legisladores, etcétera, no es extraño que Aristóteles, *Política* III 13 (1284a y siguientes); V 10 (1311a 20) invierta los términos en la anécdota que cuenta Heródoto y haga que Periandro sea el maestro y Trasibulo el discípulo. La anécdota pasó luego a Roma, entre Tarquinio el Soberbio y el mensajero que le envió su hijo Sexto (cf. Livio, I 54; Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.* IV 56, 1-3).

[455] Para la tradición antigua, Periandro había sido el prototipo del tirano cruel, de acuerdo con las características con que se definía a la tira-

Y por cierto que, en un solo día, hizo que se desnudaran todas las mujeres de Corinto para propiciarse a su esposa
2 Melisa[456]. Resulta que había enviado emisarios a orillas del río Aqueronte[457], en el país de los Tesprotos[458], para formular a su mujer una consulta, en el lugar en que se invoca a los muertos[459], a propósito de cierta suma de dinero que le había dejado en depósito un huésped[460]; pero, una vez que se hubo aparecido, Melisa se negó a darle una pista y a revelarle en qué lugar se hallaba la suma de dinero, pues tenía frío —dijo— y estaba desnuda, ya que los vestidos que su marido había enterrado con ella no le servían para nada por no haber sido incinerados[461]. Y, para demostrar a Periandro que lo que decía era verdad, le indicó que él había introducido sus panes en el horno frío.

---

nía en los siglos V y IV a. C. (hasta el punto de que PLATÓN, *Protágoras* 343a, no lo incluía entre los «Siete Sabios»).

[456] A la que Periandro había matado involuntariamente (cf. DIÓGENES LAERCIO, I 94; PAUSANIAS, II 28, 8). Sobre Melisa, cf. nota III 258.

[457] Río del Epiro, cuyo curso está plagado de zonas pantanosas, es en parte subterráneo y atraviesa una garganta larga y de aspecto siniestro, por lo que era considerado una entrada al mundo de los muertos. Cf. TUCÍD., I 46; PAUSANIAS, I 17, 5.

[458] Los tesprotos habitaban en la zona meridional del Epiro (cf. VIII 47, 1) y debieron de constituir el primitivo núcleo de indoeuropeos que poblaron la zona hasta Dodona. En época de Heródoto se habían visto reducidos a la zona litoral, aproximadamente desde la latitud de Corcira hasta la costa frontera a Accio.

[459] Por ser un lugar (como en Figalia, en Arcadia, cf. PAUSANIAS, III 17, 9; Heraclea Póntica, en Bitinia, cf. PLUTARCO, *Cimón* 6) por el que podía llegarse al mundo de los muertos y del que, en consecuencia, los espectros podían salir al exterior.

[460] Como en Grecia la hospitalidad implicaba amistad reforzada por vínculos religiosos, en castellano este término viene a equivaler a «un íntimo amigo suyo» (de Melisa).

[461] Ya que, al permanecer los vestidos en su estado material, el muerto no podía servirse de ellos en el mundo de ultratumba.

Cuando, al regreso de los emisarios, le fue transmitida a 3
Periandro esta respuesta (en ese sentido, la prueba aducida le resultaba convincente, puesto que se había unido carnalmente a Melisa cuando ésta era ya cadáver[462]), nada más, insisto, recibir el mensaje, lanzó un bando para que todas las mujeres de Corinto se dirigieran al templo de Hera[463]. Como es natural, ellas acudieron, luciendo sus mejores galas, como si se tratase de una fiesta. Pero Periandro, que había apostado subrepticiamente a sus guardias, hizo que, sin excepción alguna, todas ellas —tanto las mujeres libres como las sirvientas— se desnudaran[464]; y acto seguido mandó incinerar los vestidos, que había hecho reunir en una fosa, al
tiempo que dirigía una plegaria a Melisa[465]. Hecho esto, en- 4
vió nuevos consultores y el espectro de Melisa le indicó el

[462] Nicolao de Damasco (entre otras aberraciones sexuales que se atribuían a Periandro, como haber mantenido relaciones con su madre, Cratia; cf. Diógenes Laercio, I 95) también afirma que Periandro abusó del cadáver de su esposa; cf. fr. 59, 2.

[463] Se trata del templo de Hera *Bunaia* («la de la colina»; advocación bajo la que era venerada la diosa en Corinto), situado en una elevación del terreno entre la Acrocorinto y la ciudad, al oeste de la misma; cf. Pausanias, II 4, 7.

[464] Esta anécdota que narra Heródoto sobre la expoliación de las mujeres de Corinto revela, en realidad, un aspecto de las medidas que Periandro adoptó contra el excesivo lujo que reinaba en Corinto (cf. Nicolao de Damasco, fr. 58: «Periandro impidió a los ciudadanos comprar esclavos... imaginando sin cesar trabajos para ellos. Quien permanecía sentado en el ágora era castigado...»). Cf. C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce Antique...*, págs. 32 y sigs.

[465] La necromancia, que aparece ya en Homero *(Odisea* XI 25) y Esquilo *(Persas* 598 y sigs.), se practica en este episodio de manera oficial en un santuario especializado. Con el paso del tiempo este tipo de ritos acabarían degenerando en pura hechicería; cf. G. Germain, *Genèse de l'Odyssée,* París, 1958, págs. 371 y sigs.

lugar en que había depositado la suma de dinero que le confiara su huésped.

En esto —enteraos bien— consiste la tiranía, lacedemonios, y a tales extremos llega. A nosotros, los corintios, nos invadió desde el principio una profunda extrañeza al ver que hacíais venir a Hipias; pero lo cierto es que en estos momentos nuestra extrañeza es mayor, si cabe, ante vuestras manifestaciones, por lo que os suplicamos, en el nombre de los dioses de Grecia, que no establezcáis tiranías en las ciudades. ¿Que no desistiréis, sino que, contra toda justicia, haréis lo posible por propiciar el regreso de Hipias? Pues tened presente que los corintios, desde luego, no están de acuerdo con vosotros[466]».

93 Esto fue lo que dijo Socles como portavoz de la de-
legación corintia. Entonces Hipias, poniendo por testigos a
los mismos dioses que invocara Socles, le respondió que,
indefectiblemente, iban a ser los corintios quienes, más que
nadie, echarían en falta a los Pisistrátidas, cuando les llega-
sen los días que el destino había fijado para que se viesen en
2 dificultades por causa de los atenienses[467]. Hipias le respon-

[466] Al igual que el intento espartano de reponer a Hipias en la tiranía respondía a una línea política que no estaba en contradicción con la expulsión del tirano en 511-510 a. C. (cf. nota V 425), la oposición de los corintios responde a las mismas razones que les habían impulsado a negarse, en 506 a. C., a colaborar con los lacedemonios en su pretensión de apoyar a Iságoras (cf. nota V 358).

[467] Las dificultades a que alude Hipias serían ante todo comerciales (a comienzos del siglo v a. C., Corinto temía más a Egina que a Atenas), y tendrían su punto de partida en la creación, a instancias de Temístocles, de una poderosa flota ateniense, lo que permitió a Atenas iniciar una política expansiva que acabaría culminando en la Guerra del Peloponeso. Sobre las relaciones corintio-atenienses en el siglo v, cf. G. E. M. de Ste. Croix, *The origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972, págs. 211-224. Todo este proceso pudo haber sido previsto por Hipias, pero lo más probable es que la profecía que Heródoto pone en labios del tirano sea *post eventum*.

dió en esos términos porque era la persona que mejor, y más a fondo, conocía los oráculos[468].

Por su parte, los demás aliados[469] se habían mantenido en silencio hasta entonces; pero, después de haber oído a Socles expresarse con entera libertad, todos y cada uno de ellos prorrumpieron en exclamaciones y se adhirieron a la opinión del corintio, pidiendo encarecidamente a los lacedemonios que no llevasen a cabo ningún atentado contra el régimen de una ciudad griega.

Excurso sobre las luchas entre Atenas y Mitilene por la posesión de Sigeo

Así pues, este proyecto quedó 94
suspendido. Entretanto, cuando Hipias abandonó Esparta, Amintas de Macedonia le ofreció Antemunte[470], mientras que los tesalios le ofrecieron Yolco[471]. Pero él rehusó ambas ofertas y regresó nuevamente a Sigeo, plaza que Pisístrato había arrebatado a los mitileneos a punta de lanza. Y por cierto que, una vez dueño de ella, impuso como tirano a su hijo Hegesístrato[472] —un

[468] Cf. notas V 257 y 421.

[469] Es decir, los demás aliados *de Esparta* que asistían al primer congreso federal peloponesio. Cf. V 91, 2.

[470] Ciudad de la Calcídica, a orillas del río del mismo nombre. Las relaciones entre Macedonia y los Pisistrátidas (sobre ellas, cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie...*, pág. 32) debían de haber comenzado en época de Pisístrato, por los intereses que el tirano ateniense tenía en la zona del río Estrimón y en el golfo Termaico. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 15.

[471] A orillas del golfo de Págasas. Los tesalios habían sido aliados de los Pisistrátidas en su lucha contra los lacedemonios en 511-510 a. C. Cf., *supra*, V 63-64.

[472] Hegesístrato (sobre él, cf. nota V 293; y Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V...*, pág. 130, nota 3, que da una interpretación diferente) era hijo de una argiva (y era ilegítimo porque su padre, Pisístrato, ya estaba casado [cf. I 61, 1] y la bigamia no estaba permitida entre los griegos) y debió de nacer *ca.* 559-558 a. C. (cf. K. J. Davies, *Athenian Propertied Families...*, págs. 445-448). Según eso, la conquista de Sigeo por parte de Pisístrato tendría lugar entre 545-540 a. C., tras

bastardo al que había tenido de una mujer argiva—, quien conservó, no sin librar batallas, la herencia que había recibi-
2 do de Pisistrato. En efecto, mitileneos y atenienses —tomando aquéllos como base la ciudad de Aquileo[473], y éstos la de Sigeo— mantuvieron hostilidades por espacio de largo tiempo[474]; los mitileneos reclamaban la posesión de la comarca[475], pero los atenienses no admitían sus pretensiones y, además, demostraban con argumentos que los eolios no tenían, sobre la zona de Ilión, más derechos que ellos o que todos los demás griegos que habían ayudado a Menelao a vengar el rapto de Helena.

95 Mientras estuvieron en guerra, en las batallas se produjeron toda suerte de incidentes; en cierta ocasión, concreta-

---

regresar a Atenas después de su primer exilio, y el nombramiento de Hegesístrato para el cargo de tirano tuvo que producirse con posterioridad a 540 a. C. Cf. J. G. F. Hind, «The 'Tyrannis' and the exiles of Pisistratus»..., págs. 1 y sigs.

[473] Aquileo era una ciudad de la Tróade situada a la entrada del Helesponto. Su nombre se debía a que, en las cercanías de la ciudad, se hallaba, según la tradición, la tumba de Aquiles. La distancia que separaba Aquileo de Sigeo era de unos 5 km.

[474] En realidad, en la guerra que atenienses y mitileneo sostuvieron por la posesión de Sigeo hubo dos fases (que Heródoto no precisa). La primera tuvo lugar entre 610 y 600 a. C., y terminó con el arbitraje de Periandro a que se alude en el capítulo siguiente. La segunda (Atenas, evidentemente, debió perder el control de la plaza en el curso de esos años) tuvo lugar entre 545-540, y fue en la que, por parte ateniense, intervino Pisístrato. Cf. B. Virgilio, «Le guerre del Sigeo e l'arbitrato di Periandro (H. V, 94-95)», *Commento storico...*, págs. 152-158.

[475] Porque Sigeo se encontraba en territorio eolio. El interés ateniense por la plaza (cf. Esquilo, *Euménides* 397) se debía a su gran importancia estratégica, ya que controlaba la entrada al Helesponto desde el mar Egeo, con lo que Atenas, deficitaria en cereales (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 2), podía asegurarse el aprovisionamiento de trigo del Ponto.

mente, durante una refriega que tuvo lugar y en la que los atenienses se alzaron con la victoria, el poeta Alceo[476] salvó la vida dándose a la fuga, si bien los atenienses se apoderaron de sus armas y las colgaron adosadas al templo de Atenea en Sigeo. Y por cierto que Alceo relató lo ocurrido en 2
un poema[477], que hizo llegar a Mitilene para informar de su percance a Melanipo, un amigo suyo.

Quien logró que mitileneos y atenienses llegaran a un armisticio fue Periandro, el hijo de Cípselo, ya que ambos bandos recurrieron a su arbitraje[478]; las condiciones del armisticio fueron las siguientes: cada parte mantendría en su poder la zona que controlaba[479]. Así fue, en definitiva, como Sigeo pasó a manos de los atenienses.

---

[476] Poeta originario de Mitilene, principal representante, con Safo, de la poesía lírica eolia. Como Alceo nació hacia 640 a. C., es indudable que este incidente tuvo lugar durante la primera guerra entre atenienses y mitileneos (entre 610-600). Sobre la participación de Alceo en la guerra de Sigeo (en la que se produjo un famoso enfrentamiento entre el mitileneo Pítaco y el ateniense Frinón — un magnífico luchador, pues había vencido en el *pancracio* de la Olimpíada 36 = 636 a. C. —, con la victoria del primero; episodio que Heródoto no cita ante la indignación de PLUTARCO, *De Herod. malig.* 15), cf. D. PAGE, *Sappho and Alcaeus,* Oxford, 1970 (= 1955), págs. 152-161.

[477] Del poema apenas si se nos han conservado unas líneas muy fragmentarias; cf. fr. 7, vv. 17-20, *L. P.* (= E. LOBE y D. PAGE, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta,* Oxford, 1955) = *Pap. Oxyrh.* 2307 F 7.

[478] El arbitraje de Periandro (al que aluden también ARISTÓTELES, *Retórica* I 15, 29-31 = 1375b; ESTRABÓN, XIII 1, 38; DIÓGENES LAERCIO, I 74) debió de tener lugar hacia el año 600 a. C. K. J. BELOCH *(Griechische Geschichte,* I, 2..., pág. 316) ponía en tela de juicio su historicidad, considerándolo una invención de la tradición antigua para corroborar la inclusión del tirano de Corinto entre los «Siete Sabios». Pero el que Heródoto, además de otras fuentes, lo mencione puede ser un indicio de su veracidad, pues el historiador no era precisamente un admirador de las tiranías.

[479] Es decir, que el arbitraje que puso fin a esta primera guerra se atuvo a la base del *uti possidetis,* frecuente en las soluciones de los conflic-

96 *Intrigas de Hipias ante Artáfrenes. Atenas rompe abiertamente con los persas*

Entretanto Hipias, tras llegar a Asia procedente de Lacedemonia, removía cielo y tierra, calumniando a los atenienses ante Artáfrenes y haciendo todo lo posible para que
2 Atenas cayera en sus manos y en las de Darío[480]. Ésa era, en suma, la táctica que seguía Hipias; y, por su parte, los atenienses, al tener noticias de sus intrigas, enviaron emisarios a Sardes[481] con el propósito de impedir que los persas prestaran oídos a los exiliados de Atenas. Pero Artáfrenes los conminó a admitir el regreso de Hipias, si es que querían permanecer a salvo de riesgos. En esa tesitura los atenienses, como es natural, se negaron a aceptar el ultimátum que les presentaban; y su decisión de no aceptarlo significaba enemistarse abiertamente con los persas.

97 *Atenas resuelve apoyar a los jonios sublevados*

Pues bien, justamente en el preciso momento en que adoptaban dicha actitud, con lo que se habían granjeado la hostilidad de los persas[482], Aristágoras de Mileto, que había sido expulsado de Esparta por el lacedemonio Cleóme-

---

tos. Cf. L. Piccirilli, *Gli arbitrati interstatali greci*, Pisa, 1973, págs. 28-35.

480 Estilísticamente puede tratarse de una histerología, ya que, recurriendo a los persas, Hipias sólo podría conseguir nuevamente la tiranía de Atenas con la previa sumisión de la ciudad a Darío; pero no lo es psicológicamente, ya que a Hipias sólo le importaba recobrar el poder, trayéndole sin cuidado quién fuese su valedor.

481 Probablemente en 500-499 a. C.

482 O, según otra interpretación que permite el texto, «y en que se veían calumniados ante los persas». Pero es preferible la traducción propuesta, pues la enemistad entre Atenas y Persia era una consecuencia de la decisión adoptada por los atenienses de no admitir el regreso de Hipias; mientras que las calumnias habían tenido un origen anterior a la resolución de Atenas.

nes[483], llegó a Atenas[484]; pues esta ciudad era la más poderosa del resto de Grecia[485]. Y, una vez en presencia del pueblo[486], Aristágoras repitió lo mismo que manifestara en Esparta a propósito de las riquezas de Asia y de la manera de combatir de los persas, haciendo hincapié en que no empleaban escudos ni lanzas y en que resultarían una presa fácil[487]. Éstos fueron, en suma, los argumentos que esgrimió; 2
y, a lo dicho, agregó que los milesios eran colonos de los atenienses[488], por lo que, en buena lógica, cabría esperar que estos últimos, que constituían una gran potencia, les

[483] Cf. V 51, 3. Heródoto reemprende el hilo de la narración interrumpido a comienzos del capítulo 55 con la digresión sobre la historia de Atenas desde el asesinato de Hiparco.

[484] En invierno del año 499 a. C.

[485] Es decir, salvedad hecha de Esparta.

[486] Esto es, ante la asamblea popular o *ecclēsía*, organismo integrado por todos los ciudadanos y que representaba el poder soberano fundamental. En Atenas su convocatoria corría a cargo del Consejo o *bulé*.

[487] Cf. V 49, 3-4.

[488] Mileto pasaba por ser fundación del ateniense Neleo, hijo del mítico rey Codro (cf. nota V 303). Suponiendo que el discurso de Aristágoras en Atenas sea histórico, aparece aquí por vez primera la idea de que Atenas fundó las ciudades jonias. En ello hay parte de verdad (cf. la afirmación de Heródoto en I 147, 2; además, los jonios ocupaban por aquellas fechas, aparte del Ática, otras regiones de Grecia), pero también hay explotación del hecho por parte de la propaganda política. Mientras que en época arcaica (cf. SOLÓN, fr. 4 DIEHL) Atenas no desdeñaba sus relaciones étnicas con los jonios de Asia, el siglo v ateniense muestra un desprecio generalizado hacia ellos (cf. IV 142; TUCÍD., V 9, 1; VI 77, 1; VIII 25, 5), por haber sido esclavizados por los bárbaros y por su carácter orientalizante; si bien —y por razones propagandísticas— Atenas se atribuía el liderazgo de los jonios (cf. IX 106, 3; TUCÍD., III 86, 3-4; VI 82).

brindaran protección. Y, dada la entidad de la demanda, no hubo promesa que no hiciera, hasta que consiguió persuadirlos. Parece, pues, que resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo, si tenemos en cuenta que Aristágoras no pudo engañar a una sola persona —al lacedemonio Cleómenes—, y en cambio logró hacerlo con treinta mil atenienses[489].

3 El caso es que los atenienses se dejaron convencer y, en la votación que tuvo lugar, decidieron enviar veinte naves[490]

[489] Heródoto sigue insistiendo en el carácter oportunista e intrigante de Aristágoras. Desde luego, en las reuniones de la asamblea popular ateniense jamás tomaban parte treinta mil personas (el quórum era de seis mil, pero, por lo general, no solían asistir ni siquiera cinco mil ciudadanos; cf. Tucíd., VIII 72); pero esa cifra (que se repite en VIII 65, 1; y que aparece también en Aristófanes, *Las Asambleístas* 1132; Platón, *Banquete* 175e) sí que debe de ser el número aproximado de ciudadanos de Atenas en esa época, lo que supondría unos ciento cincuenta mil habitantes para la totalidad del Ática hacia 500-490 a. C. Cf. A. W. Gomme, *The population of ancien Athens in the fifth and fourth centuries B. C.*, Chicago, 1967 (= Oxford, 1933), págs. 1-35; en particular, pág. 26 y gráfico 1.

[490] Este escaso apoyo ateniense está justificado por tres motivos: 1. Porque Atenas no era en 499 la potencia naval que sería 15 años después. 2. Porque la tensión con Egina era permanente y enviar más navíos hubiese sido peligroso. 3. Por razones de política interior. Cabe preguntarse —pues este punto no lo aclara Heródoto— si los atenienses acogieron unánimemente la petición jonia de socorro y si la mayoría que votó el envío de las naves fue una gran mayoría (había habido en Atenas partidarios de una alianza con Persia, cf. V 73, que quizá en esos momentos no estarían dispuestos a afrontar una ruptura definitiva; en la ciudad seguiría habiendo partidarios de Hipias y éste se hallaba conspirando ante Artáfrenes; finalmente, los adversarios aristocráticos del régimen clisténico no verían con buenos ojos el apoyo a unos jonios insurrectos que, como medida política, habían decidido implantar la *isonomía* en sus ciudades; cf. V 37, 2). En general, cf. A. W. Gomme, «Athenian politics 510-483 B. C.». *American Journal of Philology* 65 (1944), 321 y sigs. (= *More. Essays in Greek history and Literature*, Oxford, 1962, págs. 19 y sigs.).

en auxilio de los jonios, designando, como comandante de las mismas, a Melancio, un individuo que, entre sus conciudadanos, gozaba de un gran prestigio en todos los órdenes. Estas naves, por cierto, fueron un germen de calamidades tanto para griegos como para bárbaros[491].

Los peonios, instigados por Aristágoras, regresan a Europa

Por su parte Aristágoras tomó 98
la delantera a bordo de una nave y, al llegar a Mileto, ideó un plan que no iba a reportar ventaja alguna a los jonios (la verdad es que no lo ponía en práctica, ni mucho menos, con ese propósito, sino simplemente para molestar al rey Darío): envió a un sujeto a Frigia a fin de que se entrevistara con los peonios originarios de la zona del río Estrimón que habían sido hechos prisioneros por Megabazo[492] y que, abandonados a su suerte,

[491] La investigación por parte de Heródoto de la causa de los hechos históricos busca, antes que nada, la responsabilidad moral, la *arché kakôn*, o «causa de los males», como él mismo dice. En esta afirmación del historiador (reminiscencia de *Ilíada* V 62-63, y muy criticada por PLUTARCO, *De Herod. malig.* 24) parece haber una acusación contra la ambición personal de los cabecillas jonios y contra la inconsciencia de los atenienses al secundarlos. Sin embargo, Heródoto (de quien hay que destacar su comprensión para los sufrimientos de ambas partes beligerantes, griegos y bárbaros, indistintamente) indica en otros lugares la intención de los Aqueménidas de conquistar Grecia sin que haya mediado provocación suficiente (cf. III 134, 6; VII 138, 1), y en VI 94 afirma que la intervención de Atenas y Eretria en apoyo de los jonios fue un mero pretexto para la campaña de Darío contra Grecia. En este caso concreto, en definitiva, todo lo más que se puede decir es que «la venganza parece combinarse con un principio de causalidad política» (cf. J. DE ROMMILLY, «La vengeance comme explication historique dans Hérodote», *Revue des Études Grecques* 84 [1971], 326).

[492] Cf., *supra*, V 12-17.

habitaban una comarca de Frigia, ocupando una aldea[493]. Cuando el sujeto en cuestión llegó ante los peonios, les dijo
2 lo siguiente: «Peonios, me ha enviado Aristágoras, el tirano de Mileto[494], para proponeros un medio de salvaros, si es que accedéis a seguir sus indicaciones. Resulta que en estos momentos Jonia entera se ha sublevado contra el rey, por lo que disponéis de una ocasión idónea para regresar sanos y salvos a vuestra patria. Llegar hasta el mar es asunto vuestro, que del resto ya nos encargaremos nosotros.

3 Al oír esta proposición, los peonios la acogieron con enorme alegría y huyeron en dirección al mar en compañía de sus hijos y de sus mujeres (si bien hubo algunos que, por su parte, se quedaron donde estaban por el temor que sentían). Una vez llegados al mar, los peonios pasaron de allí a
4 Quíos; y cuando ya se encontraban en Quíos, llegó tras sus pasos un nutrido contingente de caballería persa destacado en persecución de los peonios. Como no habían podido capturarlos, los persas enviaron entonces emisarios a Quíos para ordenar a los peonios que emprendieran el regreso. Sin embargo, los peonios no se avinieron a acatar la orden; todo lo contrario, desde su isla, los quiotas los condujeron a Lesbos; y, por su parte, los lesbios los llevaron a Dorisco[495], desde donde llegaron a Peonia por una ruta terrestre.

---

[493] Literalmente: «que habitaban una comarca y una aldea de Frigia por su propia cuenta». Es decir, que el contingente de peonios deportado por Megabazo viviría en su mayoría diseminado por los campos de una determinada comarca de Frigia, y sólo algunos residirían agrupados en una aldea. Posiblemente esta dispersión de los peonios había sido impuesta por los persas en previsión de algún levantamiento.

[494] Cf. nota V 207.

[495] Dorisco era el nombre de la zona litoral tracia al oeste de la desembocadura del Hebro; y se llamaba así por la plaza del mismo nombre que distaba del mar unos 10 km. Como en dicha localidad (que era una verdadera plaza fuerte; cf. VII 106) había acantonada una guarnición persa desde la época de la campaña escítica de Darío (cf. VII 59),

Expedición de los jonios contra Sardes. Toma e incendio de la ciudad. Derrota de los griegos en Éfeso

Entretanto Aristágoras, cuando 99
los atenienses llegaron con sus veinte naves, flotilla a la que se habían sumado cinco trirremes de los eretrieos —que no tomaban parte en la expedición por deferencia hacia los atenienses, sino en atención a los propios milesios, para devolverles un favor que les debían[496] (pues resulta que tiempo atrás los milesios habían prestado ayuda a los eretrieos en su guerra contra los calcideos, por las mismas fechas en que los samios, por su parte, socorrieron a los calcideos en su enfrentamiento con eretrieos y milesios[497])—, cuando los atenienses, repito,

---

se ha pensado en la imposibilidad de que el desembarco de los peonios tuviera lugar allí, sobre todo considerando que la zona estaba a unos 200 km. de distancia del río Estrimón. De considerar histórico el episodio, caben dos interpretaciones: 1. Que los lesbios escogieran dicho lugar por su propia comodidad, sin tener en cuenta las futuras penalidades de los peonios. 2. Que todo respondiera —y es lo más probable— a un plan premeditado (plan que Heródoto no alcanzó a comprender, y de ahí su afirmación de que la medida de Aristágoras no fuera útil a los jonios). Como los sublevados pensaban ganarse para su causa a las ciudades del Helesponto (cf. V 103, 2), el desembarco de los peonios en Dorisco —con la consiguiente marcha de estos últimos desde allí hasta el Estrimón— tendría por objeto distraer la atención y los efectivos persas de la zona de los estrechos, cosa que, cabe deducir, fue conseguida.

[496] Y posiblemente porque Aristágoras, en su viaje a Esparta y Atenas, debió de visitar también Eretria. Cf. nota V 163.

[497] Alusión a la «guerra lelantina», que sostuvieron Calcis y Eretria (apoyadas por diversas ciudades, además de las que aquí cita el historiador) por la posesión de la llanura de Lelanto, situada entre ambas ciudades que entre sí distaban unos 20 km. (cf. Tucíd., I 15, 2-3; Estrabón, X 1, 12; 3, 6; Plutarco, *Amatorius* 17, 4-9; *Sept. sapient. conv.* 10). Los problemas que plantea la justa valoración de esta guerra son numerosos, pues, al parecer, no se trató de una simple guerra fronteriza entre las dos ciudades de Eubea, sino de un enfrentamiento de dos ligas con intereses económicos por el control del comercio entre los griegos de Asia Menor y los de la Magna Grecia. La cronología de

llegaron en auxilio de Mileto, y una vez que los demás aliados hicieron acto de presencia, Aristágoras ordenó llevar a
2 cabo una expedición contra Sardes[498]. Por cierto que, en dicha expedición, no participó personalmente, sino que él se quedó en Mileto y nombró a otras personas para que comandaran las fuerzas milesias; concretamente a su hermano Caropino y a Hermofanto, otro ciudadano.

100 Con esos efectivos los jonios se llegaron a Éfeso; y, tras dejar sus navíos en Coreso[499], en territorio efesio, los expe-

---

la misma es discutida, pero las últimas excavaciones realizadas en Eretria permiten deducir que las hostilidades se iniciaron en el curso del siglo VIII a. C., probablemente a escala puramente local, degenerando luego el conflicto, en el siglo VII, en una guerra generalizada (cf. C. Berard, *Eretria III,* Berna, 1970, págs. 68 y sigs.). El triunfo acabó decantándose del lado de Calcis, pero a costa de perder la hegemonía que hasta entonces había ejercido en Tracia y en las colonias occidentales.

[498] La medida dispuesta por Aristágoras ha sido considerada ineficaz por la crítica moderna, a juicio de la cual los jonios carecían de un mando unificado y de una doctrina estratégica coherente. Pese a que Plutarco, *De Herod. malig.* 24 (basándose en Lisanias, fr. 1, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 426; y Caronte de Lámpsaco, fr. 10, *F. Gr. Hist.* 262), afirma que los jonios decidieron atacar Sardes en un intento por obligar a los persas a levantar el asedio a que estaban sometiendo a Mileto, no hay pruebas de que ello fuese así. Quizá el plan de Aristágoras estaba relacionado con el envío de los peonios a Dorisco: conseguir que los persas concentraran sus efectivos en Tracia y en Lidia para (contando con que los jonios, una vez dado el golpe de mano en Sardes, pudieran retirarse rápidamente hacia sus naves, cf. V 102, 2) poder sublevar a las ciudades del Helesponto y Caria, sembrar el desconcierto entre las fuerzas persas e intentar alcanzar una paz satisfactoria.

[499] Una playa adecuada para los desembarcos (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 2, 9-10), situada al pie de una colina del mismo nombre, a unos 7 km. al sudoeste de Éfeso (cf. Diodoro, XIV 99).

dicionarios se dirigieron tierra adentro, con un numeroso contingente de tropas, acompañados de unos guías efesios que se procuraron. Marcharon, entonces, siguiendo el curso del río Caístrio y, finalmente, una vez rebasado el Tmolo[500], llegaron a su destino, apoderándose de Sardes sin que nadie les ofreciera resistencia[501] (se apoderaron de toda la ciudad a excepción de la acrópolis[502], pues el propio Artáfrenes defendía dicho lugar con un nutrido destacamento de soldados).

Ahora bien, a pesar de que se habían apoderado de la 101
ciudad[503], cierto incidente les impidió saquearla; fue el siguiente. En Sardes la mayor parte de las casas estaban hechas con cañas, e incluso todas las que estaban construidas con ladrillos tenían los techos de caña. Pues bien, comoquiera que un soldado incendiara una de ellas, el fuego se propagó inmediatamente de casa en casa, extendiéndose por toda la ciudad. Mientras la localidad era pasto de las llamas, 2
los lidios, así como todos los persas que se encontraban en

---

[500] Monte de 2.130 m. de altitud, que separaba los valles del Caístrio y del Hermo. La ruta entre Éfeso y Sardes (cf. V 53) salvaba el Tmolo por el paso de Kara Bel; pero es indudable que los jonios marcharon por algún otro sendero para sorprender al enemigo, y de ahí que se procuraran guías conocedores de la región.

[501] Ello es indicio de que la mayoría de las fuerzas con que contaba el sátrapa de Sardes, Artáfrenes, no se encontraban acantonadas en la ciudad (y con este hecho se relacionaría el testimonio de PLUTARCO en *De Herod. malig.* 24). Posiblemente, los efectivos persas estaban entonces cumpliendo la misión de perseguir a los peonios que Heródoto ha mencionado en V 98, 4.

[502] Pues constituía un lugar difícilmente expugnable. Cf. I 84, 2-3.

[503] La toma, y el posterior incendio de Sardes, tuvo lugar en primavera-verano del año 498 a. C.

la ciudad baja, al verse rodeados por doquier[504] (dado que el fuego estaba asolando los barrios periféricos, de manera que no podían escapar de la ciudad), afluyeron en tropel hacia el ágora y en dirección a las orillas del río Pactolo, que baja del Tmolo, proporcionando a los lidios pepitas de oro[505], atraviesa el centro del ágora y posteriormente desemboca en el río Hermo, que, a su vez, lo hace en el mar. Pues bien, los lidios y los persas que se dieron cita en las orillas del mencionado río y en el ágora se vieron obligados a defenderse.
3 Entonces los jonios, al ver que parte del enemigo se aprestaba a la defensa y que, además, se acercaban refuerzos integrados por numerosos efectivos[506], se atemorizaron y retrocedieron en dirección al monte que recibe el nombre de Tmolo, desde donde, al amparo de la noche, se dirigieron hacia sus naves.

102 Así pues, Sardes fue pasto de las llamas; y por cierto que, en la ciudad, ardió asimismo un templo consagrado a

---

[504] Como indica PH.-E. LEGRAND (*Hérodote. Livre V...*, pág. 134, nota 5) lo que rodeaba por doquier a los lidios y persas de la ciudad baja no era solamente el fuego, que no se había iniciado en varios puntos a la vez (como lo prueba el que los jonios pudieran marcharse de Sardes), sino que se veían cercados entre las llamas y los enemigos.

[505] Cf. I 93, 1 (en época de Augusto, sin embargo, las arenas del Pactolo ya no eran auríferas).

[506] Heródoto es poco preciso y resulta problemática la identificación de esos refuerzos a que alude. En cualquier caso, caben tres posibles soluciones: 1. Que se trate de las fuerzas citadas en V 102, 1 (cosa que no parece factible, pues no alcanzaron a *ver* a los jonios en Sardes). 2. Que haga referencia a los efectivos que defendían la acrópolis, integrados por «un nutrido destacamento de soldados» (cf. V 100), y que habrían efectuado una salida aprovechando el desconcierto que reinaba en la plaza. 3. Que se refiera a las fuerzas destacadas en persecución de los peonios que, tras el fracaso de su misión, regresaban a Sardes.

Cibebe[507], una divinidad local, cosa que sirvió de pretexto a los persas para, posteriormente, vengarse incendiando los templos de Grecia[508].

Entretanto los persas acantonados en las provincias situadas al oeste del río Halis[509], informados ya de antemano de la incursión jonia, reunieron sus fuerzas y acudieron en socorro de los lidios. Pero debieron de encontrarse con que 2
los jonios ya no se hallaban en Sardes, así que les siguieron la pista y los alcanzaron en Éfeso. Los jonios, por su parte, les presentaron combate, pero, en el enfrentamiento, sufrie-

---

507 Diosa-Madre que personificaba el poder creador de la naturaleza y que constituía el culto más extendido en Asia Menor, concretado sobre todo en la diosa Cíbele (Cibebe es totalmente identificable a Cíbele). El culto a la Diosa-Madre data del III milenio a. C. y su origen se remonta a las Venus paleolíticas, que encarnaban el principio de maternidad y fecundidad. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Múnich, 1967 (= 1941), págs. 725 y sigs.

508 La accidental destrucción del templo de Cibebe no fue, desde luego, la razón de que los persas incendiaran templos en Grecia (a pesar de que Heródoto reitera su afirmación en VI 101, 3, y VII 8, β 3), ya que el templo incendiado pertenecía a una divinidad lidia y los persas, aunque sí poseían templos (pese a lo que dice el historiador en I 131, 1) solían venerar a sus divinidades —fundamentalmente Ahuramazdah— en altares al aire libre (cf. J. Duchesne Guillemin, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.). Según el testimonio del propio Heródoto, los persas incendiaron el templo de Apolo en Dídima, tras la caída de Mileto (cf. VI 19, 3); el templo de Naxos (VI 96), durante la primera guerra médica; y los templos de Apolo en Abas (VIII 33) y la Acrópolis de Atenas (VIII 53, 2), durante la expedición de Jerjes.

509 Se trata de las satrapías situadas entre el Halis y el Mediterráneo. La satrapía de Dascilio (que incluía el Helesponto, Frigia y Capadocia) y la de *Sparda* (= Sardes, que incluía Lidia, Jonia, Caria y Panfilia). Cf. III 90, 1-2, y nota III 456. Sobre el Halis como divisoria entre las provincias occidentales y el resto del imperio, cf. Jenofonte, *Ciropedia* VII 6, 1.

3 ron una severa derrota[510]. (Además, los persas acabaron con muchos de ellos; y, entre otros personajes célebres, en dicha batalla mataron, concretamente, a Eválcidas, el general de los eretrieos, que había obtenido los laureles del triunfo en los Grandes Juegos y que fue muy celebrado por Simónides de Ceos[511].) Entonces los jonios que escaparon a la batalla se dispersaron por las ciudades.

Extensión de la revuelta al Helesponto, Caria y Chipre

103 Con esta suerte, pues, contendieron entonces ambos bandos. Acto seguido los atenienses abandonaron definitivamente la causa de los jonios y, a pesar de las insistentes demandas de ayuda que, por medio de mensajeros, les dirigió Aristágoras, se negaron a socorrerlos[512].

---

[510] La historicidad de esta batalla ha sido puesta en duda porque, aparentemente, los atenienses no tomaron parte en ella, cuando sí que habían formado parte del contingente griego que tomó Sardes, y porque Caronte de Lámpsaco (un historiador griego, contemporáneo o algo anterior a Heródoto, al que se atribuían diversas obras) no la mencionaba en sus *Persiká* o *Historia de Persia,* donde trataba de la toma de Sardes y del posterior regreso de los jonios. Lo más probable es que Heródoto sufriera un error al aludir a la retirada de los atenienses, una vez librado el combate, y que aquella tuviera lugar —sin la compañía de los eretrieos— antes del enfrentamiento. Cf. L. Piccirilli, «Carone di Lampsaco ed Erodoto», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 5 (1975), 1239 y sigs.

[511] Poeta cortesano griego que vivió de 556 a 467 a. C. Exponente con Píndaro y Baquílides de la oda coral (aunque alcanzó gran fama en la Antigüedad con los epigramas epitáficos que se le atribuían), fue posiblemente el creador del epinicio como forma artística; de ellos, sólo se han conservado escasos restos. El que celebraba las victorias de Eválcidas de Eretria (personaje que nos es absolutamente desconocido) se halla recogido en el fr. 13, D. L. Page, *Poetae melici graeci,* Oxford, 1962.

[512] La retirada de los atenienses del teatro de operaciones asiático debía de estar motivada por razones de política interior. Mantener veinte naves alejadas de Atenas era arriesgado, dada la superioridad naval de

Sin embargo, pese a verse privados del apoyo militar de Atenas, los jonios, como es natural (tan grave era, en efecto, lo que habían hecho ya contra Darío), no por ello dejaron de prepararse para luchar contra el rey. Zarparon entonces con 2
rumbo al Helesponto y obligaron a Bizancio y a todas las demás ciudades de la zona a abrazar su partido[513]. Posteriormente, abandonaron con su flota las aguas del Helesponto y consiguieron ganarse el apoyo militar de la mayor parte de Caria[514]; pues incluso Cauno, que hasta entonces se había negado a aliarse con ellos, se unió asimismo a la causa jonia por aquellas fechas, cuando ya habían incendiado Sardes[515].

Egina en el golfo Sarónico (cf. VI 89). Pero, además, parece ser que, en los primeros años del siglo v, la autoridad de los Alcmeónidas sufrió en Atenas cierta merma. De hecho, en 496-495 fue elegido arconte un miembro de la familia de los Pisistrátidas (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22, 4; Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.* V 77, 6; y K. J. Davies, *Athenian Propertied Families...*, págs. 451-452, núm. 11.793 IX b); y no hay que olvidar que Hipias mantenía buenas relaciones con Artáfrenes (cf. V 96).

[513] Lo que, según el historiador, fue un alineamiento impuesto, debió de ser en realidad un apoyo voluntario a la causa de la libertad griega (al menos por parte de la población de las ciudades implicadas; sobre ellas, cf. V 117), dado que en Bizancio, y en general en la región de los estrechos, reinaba un sentimiento antipersa. Cf. V 26, y nota V 98.

[514] La libertad de movimientos de la flota jonia parece implicar que el control del Egeo estaba en manos griegas. Plutarco *(loc. cit.)*, basándose en el testimonio de Lisanias, fr. 1, afirma que las veinticinco naves de los atenienses y los eretrieos, antes de dirigirse a Mileto, habían vencido en aguas de Panfilia a una flota chipriota. Quizá ello fuera cierto en parte, y la victoria (fuera sobre chipriotras o fenicios) podían haberla obtenido los propios jonios.

[515] Esta adhesión de los caunios (sobre ellos, cf. I 172) tras la toma de Sardes parece abonar la teoría de que la batalla entre griegos y persas en territorio efesio, citada en el cap. precedente, no tuvo lugar a renglón seguido del incendio de la capital lidia, pues cabe suponer que, si los caunios hubiesen tenido noticias de la derrota jonia, no se hubiesen subleva-

104 Y por cierto que todos los chipriotas, a excepción de los de Amatunte, se unieron espontáneamente a su causa; ya que los habitantes de la isla también se habían sublevado contra los medos[516] de la manera que a continuación paso a relatar.

Gorgo, rey de Salamina, tenía un hermano menor que él: Onésilo, que era hijo de Quersis, nieto de Siromo y bisnieto
2 de Eveltón[517]. Dicho sujeto venía instigando repetidamente a Gorgo, desde hacía ya cierto tiempo, para que se sublevara contra el rey; pero, por aquel entonces, cuando se enteró de que los jonios, por su parte, se habían sublevado, insistió una y otra vez con mucho mayor empeño. En vista, sin embargo, de que no conseguía persuadir a Gorgo, Onésilo aguardó entonces a que su hermano se ausentara de la ciudad de Salamina y, con el apoyo de sus partidarios, le cerró las
3 puertas, impidiéndole el regreso. Pues bien, al verse desposeído de su ciudad, Gorgo se refugió entre los medos; y, por su parte, Onésilo se hizo con el gobierno de Salamina y trató de convencer a todos los chipriotas para que le secundasen en la rebelión. En ese sentido, logró convencer a la

---

do (sobre todo, cuando el historiador hace hincapié en la reticencia de Cauno a secundar la rebelión).

[516] Chipre había sido conquistada por el faraón Amasis (cf. II 182, 2) y, posteriormente, por los persas, poco antes de la campaña que Cambises realizó contra Egipto en mayo-junio del año 525 a. C. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire...*, págs. 36 y sigs.

[517] Como Eveltón era rey de Salamina (cf. IV 162, 3) en tiempos de Arcesilao III de Cirene, que reinó entre 530 y 510 a. C., no es posible admitir que su bisnieto Gorgo fuera rey de la ciudad en 498 a. C. Probablemente en la genealogía citada por Heródoto se ha producido un error, al introducir a Siromo, en realidad el rey de Tiro, *Hiram*, que rigió la ciudad fenicia entre 550 y 530. Gorgo, en ese caso, sería nieto de Eveltón. Salamina estaba situada en la costa oriental de Chipre.

totalidad salvo a los de Amatunte[518], que se negaron a prestarle oídos, por lo que estableció sus reales ante la plaza, asediándola.

Darío jura odio eterno a los atenienses

105 Onésilo, en suma, se hallaba asediando Amatunte. Entretanto, cuando notificaron al rey Darío que Sardes había sido tomada e incendiada por atenienses y jonios, y que el jefe de la coalición (hasta el punto de haber urdido toda la trama) había sido el milesio Aristágoras, cuentan que, al tener conocimiento de lo ocurrido, el monarca inicialmente no hizo caso alguno de los jonios[519], pues sabía perfectamente que, desde luego, su rebelión no iba a quedar impune, pero preguntó quiénes eran los atenienses. Una vez informado, pidió acto seguido su arco, lo empuñó y, tras colocar en él una flecha, apuntando al cielo la lanzó hacia lo alto; y, al tiempo que disparaba al aire[520], Darío exclamó: «¡Zeus[521], permíteme vengarme de los atenienses!». Y, tras pronunciar
2 estas palabras, ordenó a uno de sus servidores que, cada vez

[518] Amatunte (en fenicio *Hamath)* estaba situada al sur de la isla. En la ciudad debía de predominar la población oriental, fundamentalmente de origen fenicio, y de ahí su negativa a secundar la rebelión encabezada por Salamina, donde el núcleo de población más importante era helénico.

[519] Por el habitual desprecio a los jonios (cf. I 153, 3; II 1, 2), que comparte Heródoto. Cf. IV 142 y A. Hauvette, «Hérodote et les joniens», *Revue des Études Grecques,* 1888, págs. 257 y sigs.

[520] En este caso la flecha (el arco era el arma tradicional de los persas; cf. I 136, 2) puede considerarse como un símbolo material del mensaje que el rey enviaba a la divinidad.

[521] Naturalmente el invocado es *Ahuramazdah,* dios supremo de los persas, creador del mundo y dios del cielo, que fue identificado por los helenos, de acuerdo con su habitual *interpretatio graeca* de todo tipo de fenómenos sociales, con su propio dios del cielo y máxima divinidad.

que la comida estuviera servida, le repitiera tres veces: «¡Señor, acuérdate de los atenienses!».

Desde Susa, Histieo regresa a Jonia, fingiendo ante Darío que se dispone a sofocar la rebelión

106 Una vez dada esa orden, mandó comparecer a Histieo de Mileto, a quien Darío retenía en su corte desde hacia ya mucho tiempo, y le dijo: «Histieo, estoy enterado de que tu lugarteniente, el sujeto a quien tú confiaste el gobierno de Mileto, ha organizado una serie de actos subversivos contra mi persona[522]; pues ha lanzado contra mí a gentes venidas del vecino continente, amén de a los jonios —que van a pagarme lo que han hecho—, y ha inducido a estos últimos a seguir en bloque a los re-
2 cién llegados, arrebatándome Sardes. En fin, ¿te parece acaso que lo que acaba de ocurrir está bien? ¿Cómo se ha podido producir algo semejante sin tus consejos? Ten cuidado no vaya a ser que, a la postre, tengas que lamentarlo personalmente».

3 «Majestad —respondió a ello Histieo—, ¿qué es lo que acabas de decir? ¿Que yo he sido el artífice de un plan que había de ocasionarte algún contratiempo, fuera grande o pequeño? ¿Con qué objeto podría hacerlo? ¿Qué es lo que me falta? A mi disposición está todo cuanto tú posees y me cabe el honor de estar al corriente de todas tus decisiones.
4 Ahora bien, si mi lugarteniente está actuando en realidad más o menos tal y como tú has dicho, ten por seguro que ha obrado bajo su propia responsabilidad. Con todo, por lo que a mí respecta, yo no puedo aceptar de ninguna manera la afirmación de que los milesios, y en especial mi lugarteniente, estén llevando a cabo una rebelión en contra de tus intereses. Pero si resulta que están haciendo algo semejante

[522] Es decir, no sólo la toma de Sardes, sino también la adhesión de helespontios y carios a la sublevación, el asunto de los peonios, etc.

y tus informes, majestad, se atienen a la realidad, fíjate bien
qué es lo que has conseguido al alejarme de la costa. Según 5
parece, los jonios, al desaparecer yo de su vista, han hecho
lo que hace tiempo ansiaban; pues, si yo hubiera estado en
Jonia, ni una sola ciudad se hubiese meneado. Por consi-
guiente, permite ahora que me dirija a Jonia sin perder un
instante, para restablecer en tu nombre la normalidad más
absoluta en la zona y para que pueda poner cautivo en tus
manos al sujeto a quien confié Mileto, el que ha maquinado
ese complot. Y, cuando haya cumplido dicha misión con- 6
forme a tus deseos, juro por los dioses de la casa real[523] que
no me quitaré la túnica[524] que lleve puesta a mi llegada a Jo-
nia hasta que consiga hacerte tributaria Cerdeña, la isla más
grande que existe[525].»

Como es natural, al hablar así, Histieo pretendía en- 107
gañar al monarca. Y el caso es que Darío se dejó conven-

[523] Fundamentalmente Ahuramazdah, la divinidad principal del panteón persa que, con el tiempo, redujo a los restantes dioses al papel de aspectos de la divinidad o de sus auxiliares. Cf. R. Ghirshman, *L'Iran des origines à l'Islam,* París, 1951, págs. 134 y sigs. En los relieves de Persépolis, Darío invoca a los dioses de la casa real, dirigiéndose a «Ahuramazdah y a los demás dioses de su raza».

[524] Se trata del *quitón,* una prenda interior, de lino, sujeta a los hombros y que dejaba libres los brazos; llevaba costuras laterales y un cinturón reducido a un simple cordón.

[525] Hasta la época de Estrabón se consideraba que Cerdeña era la isla más grande del Mediterráneo (cosa que es cierta en términos de extensión costera y no de superficie; cf. R. J. Rowland, «The biggest island in the world», *Classical World* 68 [1975], 438-439). Cerdeña estuvo siempre presente en el pensamiento de los jonios (el propio Aristágoras, en V 124, considerará la posibilidad de ir allí a fundar una colonia), como un territorio idóneo para su expansión comercial en disputa con etruscos y cartagineses (cf. I 166, 2, sobre la batalla de Alalia, en 535 a. C., que marcó el comienzo del retroceso de los griegos en el Mediterráneo occidental).

cer[526] y le permitió partir, ordenándole que, cuando hubiese cumplido las promesas que le había hecho, regresara a Susa para comparecer ante él.

Fracaso de la sublevación. Sumisión de Chipre

108 Entretanto, mientras llegaba a la corte del rey la noticia sobre lo ocurrido en Sardes, y tenía lugar la conversación que Darío, tras el episodio del arco, mantuvo con Histieo, y el viaje que este último, con la autorización del monarca, emprendió para trasladarse al mar[527], durante todo ese período de tiempo ocurrió lo siguiente. El salaminio Onésilo se encontraba asediando a los amatusios, cuando recibió el aviso de que era inminente la llegada a Chipre, a bordo de unos navíos, del persa Artibio al frente de un nu-
2 meroso ejército persa[528]. Informado de ello, Onésilo despa-

[526] Analizando los tres objetivos fundamentales que esgrime Histieo para convencer a Darío (1. Restablecimiento del orden en la zona sublevada. 2. Captura del culpable. 3. Extensión del imperio persa con la anexión de Cerdeña), P. L. Tozzi, «Erodoto V 106. Nota preliminare sulla insurrezione ionica», *Athenaeum* 53 (1975), 136 y sigs., ha puesto de manifiesto las concomitancias existentes entre esos objetivos y otros análogos que aparecen frecuentemente en inscripciones persas erigidas por Darío y Jerjes. El restablecimiento del orden tras una revuelta aparece, por ejemplo, en la *Inscripción de Behistun,* col. I, líneas 61-70 (cf. R. G. Kent, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon,* New Haven, 1953, pág. 118), y en una inscripción de Jerjes erigida en Persépolis (Kent, pág. 151). La captura y entrega al rey de los culpables de una insurrección aparece en *Inscr. Behistun,* col. II, líneas 73-77, y col. IV, líneas 33-36 (Kent, págs. 122 y 129). El motivo de la expansión imperial aparece en la inscripción de Darío en *Naqš-i-Rustam,* líneas 15-30, 39-47 (Kent, pág. 137). Todo ello puede ilustrar sobre el conocimiento que Heródoto tenía de la terminología oficial persa y de los argumentos en ella empleados.

[527] Es decir, a la costa del mar Egeo.

[528] El esfuerzo de la contraofensiva persa se centró ante todo en Chipre porque el control sobre la isla era vital para no ver amenazadas las

chó heraldos a las distintas ciudades de Jonia en demanda de su ayuda. Entonces los jonios, tras una breve deliberación, acudieron con una numerosa flota. Pues bien, cuando los jonios se encontraban ya en Chipre, los persas pasaron desde Cilicia a la isla a bordo de sus naves y se dirigieron por tierra contra Salamina[529]. Y, por su parte, los fenicios doblaron con sus naves el cabo que recibe el nombre de «Las llaves de Chipre»[530].

109 Ante semejante maniobra, los tiranos de Chipre[531] convocaron a junta a los generales jonios y les dijeron: «Jonios, nosotros, los chipriotas, os damos a elegir el enemigo con el que queráis batiros, [sea con los persas, o con los fenicios]. Por lo tanto, si queréis mediros con los persas en una batalla 2 campal, sería cuestión de que vosotros desembarcaseis de las naves, a fin de tomar posiciones en tierra, y de que nosotros embarcásemos en vuestros navíos para hacer frente a los fenicios. Pero si preferís mediros con estos últimos, es

bases navales de Cilicia y las sirio-fenicias. La importancia estratégica de Chipre hizo que los griegos trataran en tres ocasiones, a lo largo del siglo v, de liberar la isla del dominio persa (en 478 al mando de Pausanias, cf. Tucíd., I 94; y, en 459 y 449, en sendas expediciones realizadas por los atenienses, cf. Tucíd., I 104; 112).

529 Los persas debieron de ganar la costa norte de Chipre —la zona de la isla más próxima a Cilicia— a bordo de naves de transporte (la flota de combate estaba a cargo de los fenicios; cf. nota III 106), para, desde allí, alcanzar la llanura central de la isla y atacar Salamina desde el Oeste. La flota fenicia, por su parte, tendría la misión de atacar la ciudad por el Este.

530 Se trata del promontorio de Carpaso (cf. Tolomeo, V 13, 3), en cuya extremidad oriental hay unos islotes, que eran los que recibían ese nombre (cf. Estrabón, XIV 6, 2).

531 En realidad eran los reyes (como el propio historiador dice en el capítulo siguiente) de las ciudades chipriotas (Diodoro, XVI 42, afirma que, en el siglo iv a. C., había en Chipre nueve ciudades importantes), ya que se regían por monarquías hereditarias.

menester que vosotros, sea cual sea la decisión que adoptéis, hagáis lo posible para que, en la medida de vuestras fuerzas, tanto Jonia como Chipre se vean libres.»

3 «La Liga jonia[532] —replicaron a ello los jonios— nos ha enviado para patrullar el mar, y no para que cedamos nuestras naves a los chipriotas y ataquemos por tierra a los persas con nuestros efectivos. Por consiguiente, nosotros procuraremos comportarnos con arrojo en el terreno que nos ha sido encomendado; y vosotros, por vuestra parte, debéis hacer gala de una gallarda valentía, teniendo bien presente todo lo que habéis sufrido bajo el yugo de los medos[533].»

110 En estos términos respondieron los jonios. Poco después, al llegar los persas a la llanura de Salamina, los reyes de los chipriotas desplegaron sus fuerzas para la batalla, situando el grueso de las tropas chipriotas justamente frente al grueso del ejército enemigo, mientras que, frente a los efectivos persas[534], situaron la élite más selecta de los salami-

---

[532] La Liga jonia, cuyos orígenes pueden remontarse al siglo IX a. C., era la expresión de la unidad étnica de los jonios, más que de su unidad política, y su finalidad era fundamentalmente religiosa (el lugar de reunión era el santuario del Panionio, consagrado a Posidón Heliconio; cf. I 143, 3; 148, 1). Parece ser que sólo en circunstancias especiales funcionaba un consejo, más o menos permanente, integrado por delegados de las diversas ciudades. Cf. G. FOGAZZA, «Per una storia della lega ionica», *Parola del Passato* 150 (1973), 157 y sigs.

[533] Sobre el posible sarcasmo del pasaje, en el que los jonios adoptan un aire de superioridad y de absoluta disciplina ante las órdenes recibidas, para encubrir su temor a enfrentarse directamente con los persas, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books,* N. York, 1973 (= 1895), págs. 258-259.

[534] Es decir, frente a los soldados de raza persa, ya que los persas en sus campañas iban acompañados de numerosos contingentes de los distintos pueblos que integraban el imperio.

nios y los solios[535]. Por su parte, Onésilo se situó expresamente frente a Artibio, el general de los persas.

Por cierto que Artibio montaba un caballo que estaba adiestrado para corvetear contra un hoplita. Pues bien, informado de ello, Onésilo, como tenía un escudero de nacionalidad caria, muy experto en cuestiones militares y, además, lleno de audacias[536], le dijo a dicho individuo: «Estoy enterado de que el caballo de Artibio hace corvetas y de que, a coces y mordiscos, acaba con el adversario al que embiste. Medita, pues, el caso y dime sin demora a quién prefieres agredir, acechando la ocasión: ¿al caballo o al propio Artibio?». 111

2

«Majestad —respondió a ello su servidor—, yo estoy dispuesto a hacer ambas cosas o una sola, así como absolutamente todo lo que tú ordenes. Sin embargo, voy a indicarte qué es lo que, en mi opinión personal, resulta más acorde a tu posición. Considero que un rey, o un caudillo, debe medirse con otro rey o con otro caudillo (ya que, si abates a un caudillo, ello te reporta gloria; y, en un segundo supuesto, si es él quien acaba contigo —¡quiera el cielo que eso no suceda!—, hallar la muerte a manos de un digno adversario es simplemente una desgracia a medias); en cambio, nosotros, los subordinados, debemos medirnos con otros subordinados, y, en este caso, con un 3

4

[535] Al igual que Salamina, Solos (que estaba situada en la costa noroccidental de Chipre) poseía un núcleo de población predominantemente helénico.

[536] En este servidor cario (a los carios se atribuía una renovación del armamento militar —cf. I 171, 4—, quizá debido al importante papel que ese pueblo desempeñó en los siglos VII y VI a. C. como fuerzas mercenarias; cf. II 154, y ARQUÍLOCO, fr. 40, DIEHL), Onésilo, al igual que Ciro y Darío en sus palafreneros (cf. NICOLAO DE DAMASCO, fr. 66, *F. Gr. Hist.* 90; y, *supra*, III 85), va a encontrar un colaborador astuto y servicial. Este personaje del servidor sagaz, una figura de frecuente aparición en los cuentos, anticipa el papel del *servus callidus* de la Comedia Nueva.

caballo. Tú no temas lo más mínimo las especiales dotes del corcel, pues yo te prometo que, desde luego, ese animal jamás volverá a corvetear contra persona alguna.»

112 Éstas fueron sus palabras; y, poco después, los ejércitos trabaron combate por tierra y por mar. Pues bien, por mar, los jonios, que ese día se comportaron magníficamente, destacando en especial los samios, se impusieron a los fenicios. Entretanto, por tierra, cuando las tropas entraron en acción, se enzarzaron en una batalla cuerpo a cuerpo. Y por lo que se refiere a los dos generales ocurrió lo siguiente. Cuando Artibio, a lomos de su caballo, se abalanzaba sobre Onésilo, éste, conforme a lo convenido con su escudero, hirió a Artibio mientras el persa lo embestía. Y, en el preciso instante en que el caballo engrifaba las patas contra el escudo de Onésilo, el cario le asestó un mandoble con su cimitarra[537] y le cercenó las patas traseras. En suma, que Artibio, el general de los persas, cayó allí mismo en unión de su caballo.

113 Pero, con todos en plena batalla, Estesenor, que era tirano de Curio[538], se pasó al enemigo con el numeroso contingente de soldados que le acompañaba (por cierto que los habitantes de la citada ciudad son, según cuentan, colonos de los argivos[539]). Nada más consumada la defección de los

[537] Este tipo de arma, una especie de sable, largo y corvo, en forma que recordaba a la de una hoz, figuraba entre el armamento propio de licios y carios (cf. VII 92; 93).

[538] Ciudad situada en la costa meridional de Chipre.

[539] Mientras que Estrabón, XIV 7, afirma la colonización peloponesia de la ciudad, Esteban de Bizancio, *s. v. Koúrion*, sugiere un origen fenicio. Posiblemente la ciudad fuera un establecimiento micénico en la segunda mitad del II milenio a. C., según parece desprenderse de la cerámica hallada en las excavaciones (cf. B. Bocci, «Cipro», *Enciclopedia dell'Arte Antica Classica e Orientale*, II, Roma, 1959, págs. 628 y sigs.). En el I milenio los elementos orientales pudieron imponerse.

de Curio, los carros de guerra de Salamina[540] hicieron, por su parte, lo mismo que los curieos; y, merced a esas deserciones, los persas lograron imponerse a los chipriotas, cuyo 2
ejército se vio obligado a emprender la huida, sufriendo, entre otras muchas bajas, concretamente la de Onésilo, hijo de Quersis, el sujeto que había fraguado la rebelión de Chipre, así como la del rey de los solios, Aristocipro, hijo de Filocipro (el Filocipro a quien el ateniense Solón, a su llegada a Chipre, elogió en sus versos más que a cualquier otro tirano[541]).

Pues bien, dado que Onésilo los había asediado, los de 114
Amatunte le cortaron la cabeza, se la llevaron a su ciudad, y la colgaron sobre las puertas. Seguía la cabeza colgada, y ya estaba hueca, cuando se introdujo en ella un enjambre de abejas que la llenó de panales. Ante semejante hecho (co- 2
moquiera que los de Amatunte consultaran al oráculo a propósito de la cabeza[542]), la respuesta que recibieron fue que la descolgaran y que le dieran sepultura; y, además, que todos los años ofrecieran sacrificios a Onésilo como a un héroe[543], ya que, si así lo hacían, redundaría en su provecho.

---

[540] Que debían de estar guiados por soldados pertenecientes a la población oriental de Salamina —y de ahí su defección—, ya que, a comienzos del siglo v a. C., los carros de guerra no eran utilizados por los griegos. Cf. F. E. Adcock, *The greek and macedonian art of war,* Los Ángeles, 1957, pág. 47.

[541] Según Plutarco, *Solón* 26, que cita algunos versos de la elegía que el poeta dirigió a Filocipro (cf. fr. 7 Diehl), Solón pasó por Chipre hacia el año 580 a. C. y aconsejó la fundación de la ciudad de Solos (llamada así en su memoria) en un lugar determinado de la costa noroeste de Chipre. Sin embargo, la relación entre el nombre de Solón y el de Solos no es histórica, ya que el nombre de la ciudad aparece ya en las fuentes asirias del siglo vii a. C.

[542] Pues el que las abejas eligieran el cráneo de Onésilo como lugar para instalar su colmena parecía ser algo así como una reparación por el trato que le habían infligido los amatusios.

[543] Cf. nota V 204.

(Pues bien, incluso en mi época, los amatusios seguían celebrando su culto.)

115 Por su parte, los jonios que habían librado la batalla naval en aguas de Chipre, al enterarse de que la causa de Onésilo había fracasado y de que se hallaban sitiadas todas las ciudades de la isla, salvo Salamina (ya que sus habitantes habían puesto la ciudad en manos de Gorgo, su anterior monarca[544]); tan pronto como los jonios, repito, se enteraron
2 de lo ocurrido, zarparon de regreso a Jonia. Y por cierto que la ciudad de Chipre que resistió durante más largo tiempo el asedio fue Solos, plaza que los persas tomaron al cabo de cuatro meses, tras haber minado la muralla en toda su extensión[545].

Campañas de los generales persas en Asia Menor

116 En suma, que los chipriotas, tras haber gozado de un año de libertad, volvieron a verse nuevamente esclavizados.

Entretanto Daurises, que estaba casado con una hija de Darío, así como Himayes y Ótanes[546], otros generales persas que, por su parte, también estaban casados con hijas de Darío[547], se lanzaron en persecu-

---

[544] Gorgo participará, como rey de Salamina, en la segunda guerra médica, acompañando a las tropas de Jerjes. Cf. VII 98.

[545] Los persas habían heredado de los asirios los conocimientos de poliorcética. Sin embargo, para los griegos la táctica de expugnar una ciudad excavando minas era desconocida. El final de la resistencia chipriota tuvo lugar en 496 a. C.

[546] Probablemente el general citado en V 25, 1. No obstante, cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre V...*, pág. 143, nota 1.

[547] Queda en este pasaje bien patente una de las medidas que la monarquía persa solía poner en práctica, para asegurar su posición y poder sobre el imperio, limitando la influencia de los sátrapas: casar a una mujer de la casa real con un general directamente dependiente del poder central. Cf. nota III 662, y O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung...*, págs. 45 y sigs.

ción de los jonios que habían tomado parte en la expedición contra Sardes, obligándoles a retroceder en dirección a sus naves; y, como en la batalla[548] se alzaron con la victoria, acto seguido se repartieron las ciudades y las saquearon.

Daurises se dirigió contra las ciudades del Helesponto y 117
tomó Dárdano, apoderándose también de Abido, Percota, Lámpsaco y Peso[549]; ciudades que fue tomando a razón de una por día. Sin embargo, cuando, desde Peso, marchaba contra la ciudad de Pario[550], le llegó la noticia de que los carios, adhiriéndose a la causa de los jonios, se habían sublevado contra los persas. En consecuencia, abandonó el Helesponto y condujo su ejército contra Caria.

Pero, fuera como fuese, sus movimientos fueron revela- 118
dos a los carios antes de que Daurises llegara[551]. Y, una vez informados, los carios se reunieron en un lugar denominado «Columnas Blancas», a orillas del río Marsias, que procede
de la región Idríade[552] y que desemboca en el Meandro. Una 2

[548] Se trata de la batalla mencionada en V 102, 2 (pero cf. nota V 510).

[549] Ciudades escalonadas, en la costa asiática del Helesponto (de Dárdano a Peso había unos 50 km.), de sudoeste a nordeste. Su enumeración en sucesión geográfica responde al orden de ataque de un ejército que avanzaba desde Sardes. A destacar la escasa resistencia que ofrecieron las citadas ciudades, posiblemente porque el foco de resistencia antipersa tenía su máxima expresión en las ciudades del Bósforo (cf. V 103, 2).

[550] Situada ya en la Propóntide, a unos 30 km. al noreste de Peso.

[551] Desde el Helesponto hasta Caria hay más de 350 km.

[552] La región Idríade era una comarca de Caria. Su capital era la ciudad del mismo nombre (cf. PAUSANIAS, V 21, 10), que, en el siglo III a. C., pasó a llamarse Estratonicea, y se hallaba situada en el alto valle del Marsias, el primer gran afluente del Meandro por la izquierda a partir del mar Egeo. El lugar denominado «Columnas Blancas» no ha sido bien identificado.

vez reunidos los carios en dicho lugar, se expusieron numerosos y diversos pareceres; pero, en mi opinión personal, el más acertado fue el de Pixódaro de Cindia[553], hijo de Mausolo, que estaba casado con una hija del rey de los cilicios, Siénesis[554]. La propuesta de ese sujeto consistía en que los carios cruzasen el Meandro y en que presentaran batalla en esa posición —con el río a la espalda—, a fin de que, al no poder replegarse hacia la retaguardia y verse obligados a permanecer en sus puestos, hiciesen gala de un arrojo superior, incluso, a su natural bravura. Pues bien, no fue esa la
3 propuesta que prevaleció, sino la de que fueran los persas, mejor que los carios, quienes tuviesen a sus espaldas el Meandro, ya que, según ellos, si entre los persas se producía una desbandada y resultaban derrotados en la refriega, era indudable que no podrían retroceder y caerían al río[555].

119 Poco después comparecieron los persas y cruzaron el Meandro, siendo entonces cuando los carios presentaron batalla al enemigo a orillas del río Marsias, librando un encarnizado combate que se prolongó durante mucho tiempo,

---

[553] Ciudad de Caria sudoccidental (que no existía ya en época de ESTRABÓN, cf. XIV 2, 20), situada a unos 20 km. al sudoeste de Milasa, la capital más importante de Caria. Posiblemente este sujeto era un dinasta cario, ya que, además de ser yerno del rey de los cilicios, es probable que fuera antepasado del famoso Mausolo (enterrado en la tumba que, en su memoria, recibió la denominación de *Mausoleo)*, que reinó en Milasa y Halicarnaso en el siglo IV a. C., ya que los nombres de Mausolo y Pixódaro parecen haber alternado en esa familia (cf. ESTRABÓN, XIV 2, 17).

[554] Siénesis no era un nombre propio, sino el título dinástico que recibían los reyes de Cilicia (cf. I 74, 3).

[555] Pese a lo que manifiesta el historiador (que, por lo general, suele desconocer las más elementales nociones de estrategia y táctica militares), el plan adoptado por los carios era más acertado que el propuesto por Pixódaro, ya que, en caso de derrota, podrían replegarse. Cf. ARISTÓTELES, *Ética Nicom.* III 8, 5.

aunque finalmente se vieron derrotados debido a la superioridad numérica del adversario. En ese sentido[556], por parte de los persas cayeron unos dos mil hombres, y por parte de los carios unos diez mil.

Los carios que lograron escapar a la matanza se recluye- 2
ron entonces en el santuario de Zeus *Estratio*, en Labraunda[557], que posee un frondoso bosque de plátanos consagrado a la divinidad (por cierto que los carios son, que nosotros sepamos, los únicos que ofrecen sacrificios a Zeus *Estratio*[558]). Pues bien, una vez recluidos en dicho lugar, los supervivientes se pusieron a deliberar si el mejor procedimiento para salvarse consistiría en rendirse a los persas o en abandonar definitivamente Asia.

Pero, mientras se entregaban a tales deliberaciones, los 120
milesios, en compañía de sus aliados[559], acudieron en su so-

[556] Prueba de lo encarnizado y largo que resultó el combate.

[557] Una aldea de la región de Milasa, al noreste de la ciudad (cf. ESTRABÓN, XIV 2, 23). La batalla entre persas y carios debió de librarse en la llanura próxima a la confluencia del Marsias con el Meandro. Los restos del ejército cario se congregarían en Labraunda porque la localidad controlaba el paso desde el valle del Marsias al del río Ciberso, a orillas del cual se encontraba Milasa. La advocación de Zeus en el santuario allí existente era también la de *Labraundeo* (o la de *Cario;* cf. I 171, 6), un dios guerrero armado con la doble hacha *(lábrys* —que aparece representada en monedas acuñadas en la región—, y de ahí el nombre de Labraunda), símbolo minorasiático, cretense e hitita. Cf. A. B. COOK, *Zeus,* II, 1, Cambridge, 1925, págs. 559-601.

[558] Es decir, Zeus Guerrero, culto comprensible entre un pueblo que proporcionaba numerosos contingentes de mercenarios (cf. II 152, 5; 154, 3; 163, 1; etc.), y que era amante de las ceremonias sangrientas (cf. II 61, 2; III 11).

[559] La campaña persa contra Caria se fecha en 498-496. Aquí debe entenderse que la ayuda de los milesios tuvo lugar en 498 (dado que, en el cap. siguiente, se habla de una reanudación de las hostilidades al cabo de cierto tiempo), lo cual no se comprende muy bien si los jonios habían sido derrotados en Éfeso (cf. V 102, 2) y si, acto seguido, «los jonios que

corro. Los carios renunciaron entonces a sus anteriores proyectos y se dispusieron a proseguir nuevamente la guerra. Así que, cuando los persas se lanzaron al ataque, les presentaron batalla, si bien, en el curso del combate, sufrieron una derrota aún más severa que la anterior; y, aunque por parte de todas las fuerzas en litigio cayeron muchos, los milesios fueron quienes tuvieron las pérdidas más elevadas.

121 Poco después[560], sin embargo, los carios se recobraron de ese desastre y reanudaron las hostilidades. En efecto, al tener conocimiento de que los persas se aprestaban a marchar contra sus ciudades, les tendieron una emboscada en el camino de Pedaso[561]; emboscada en la que los persas cayeron de noche, siendo aniquilados tanto las tropas como sus generales, Daurises, Amorgas y Sisímacas (por cierto que con ellos murió también Mirso[562], hijo de Giges). El caudillo que dirigió dicha emboscada fue Heraclides de Mila-

escaparon a la batalla se dispersaron por las ciudades» (V 102, *ad finem*). Cf. notas V 510 y 515.

[560] Probablemente en 497-496, aunque la vaguedad de Heródoto impide una total precisión. La presencia de Daurises entre los generales persas parece implicar que la emboscada a que a continuación se alude tuvo lugar poco después de las dos derrotas de los carios, en el valle del Meandro y en Labraunda. No obstante, el que otros generales persas se hubieran unido a Daurises, y la necesidad que tendrían los carios de reagrupar sus fuerzas, permiten pensar en una segunda campaña persa, distinta de la realizada en 498 a. C.

[561] Posiblemente una localidad distinta a la que recibía el nombre de Pedasa y que distaba de Halicarnaso unos 5 km. Según Estrabón, XIV 1, 59, Pedaso se hallaba situada en las cercanías de Estratonicea (cf., asimismo, Livio, XXXIII 30); es decir, en la región Idríade. La ruta de Pedaso, según eso, uniría el alto valle del Marsias con la ciudad de Milasa.

[562] Por su nombre, y el de su padre, este personaje debía ser de nacionalidad lidia (cf. III 122, 1), y pertenecería a la familia de los Mérmnadas (cf. I 7, 1), antiguos reyes de Lidia, el último de los cuales fue Creso.

sa[563], hijo de Ibanolis. Así fue, en suma, como resultaron aniquilados esos efectivos persas.

Por su parte Himayes, que era otro de los generales[564] 122 que se lanzaron en persecución de los jonios que habían tomado parte en la expedición contra Sardes, se dirigió a la Propóntide, apoderándose de Cío[565], en Misia. Pero cuando, 2 tras haber tomado dicha ciudad, se enteró de que Daurises se había ausentado del Helesponto y marchaba contra Caria, abandonó la Propóntide y condujo sus tropas hacia el Helesponto, sometiendo a todos los eolios que ocupan la zona de Ilión[566], así como a los gergites[567], que son los últimos representantes de los antiguos teucros. Sin embargo, mientras Himayes sometía personalmente a esos pueblos, murió en la Tróade víctima de una enfermedad.

Así fue, en definitiva, como murió dicho sujeto. Por su 123 parte, Artáfrenes, el gobernador de Sardes, así como Ótanes, el tercer general, recibieron la orden[568] de marchar contra

---

[563] Hermano del tirano Oliato, que fue depuesto por Aristágoras en 499 (cf. V 37, 1), lo que prueba que no siempre las familias que detentaban el poder en las ciudades minorasiáticas sufrieron represalias al ser derrocados los tiranos. Sobre este personaje y sus posteriores hazañas en otros lugares del mundo griego, cf. H. Bengtson, «Skylax von Karianda und Herakleides von Mylasa», *Historia* 3 (1954-55), 301 y sigs., quien ha hecho hincapié en que muchos carios se refugiaron en Atenas cuando la sublevación fue reprimida en Caria.

[564] Cf. V 116.

[565] A orillas del golfo del mismo nombre, en la Propóntide. Cío era una colonia de Mileto. Cf. Tolomeo, V 1.

[566] Cf. I 151, 1.

[567] Una tribu cuya capital era Gergis (cf. Jenofonte, *Helénicas* III 1, 15), no lejos de Lámpsaco, que quizá ocupara las costas de Asia Menor con anterioridad a la llegada de los griegos (cf. Ateneo, 524a).

[568] La frase implica que las operaciones eran planeadas desde Susa y no por Artáfrenes. La presencia en las mismas de tres generales emparentados con Darío parece, además, confirmarlo.

Jonia y la zona de Eolia limítrofe con ella[569]. Pues bien, en Jonia tomaron Clazómenas y, en Eolia, Cime.

Huida y muerte de Aristágoras

124 Cuando esas ciudades cayeron[570], Aristágoras de Mileto (que, como demostró, no se distinguía por su valor), pese a haber sido el responsable de la conmoción que reinaba en Jonia y a pesar de los ambiciosos planes que se había forjado[571], al ver el curso de los acontecimientos, empezó a pensar en la huida[572]; además se le antojaba realmente imposible poder imponerse al rey Darío.
2 Ante estas consideraciones, convocó, pues, a junta a sus partidarios y, manifestándoles que sería muy conveniente contar con un sitio donde poder refugiarse, por si acaso se veían desterrados de Mileto, a tal efecto sometió a su dictamen la posibilidad de llevarlos, desde dicho lugar, a Cerdeña, para fundar una colonia[573], o bien a Mircino, en territorio de los edonos[574], la plaza que Histieo había re-

---

[569] Donde se hallaban situadas las ciudades eolias más importantes. Cf. I 149.

[570] En 497 a. C.

[571] O bien: «pese a haber sido el responsable de los disturbios de Jonia y a haber concitado tamañas conmociones».

[572] Heródoto, que constantemente habla con desprecio de la sublevación jonia y, sobre todo, de Aristágoras, culmina su relato sobre la actuación del lugarteniente de Histieo aludiendo a su deseo de huir cobardemente cuando ve su causa definitivamente perdida. Sin embargo, el propósito de Aristágoras debía de consistir en abrir un nuevo frente contra Darío, para lo cual la mejor zona era, sin duda, Tracia, donde cabía la posibilidad de sublevar a la población allí residente (cf. V 3, 1; 23, 2-3; y hay que recordar que los peonios estaban en deuda con él, cf. V 98) y de ganarse el apoyo de Macedonia. Cf. M. Lang, «Herodotus and the Ionian Revolt»..., págs. 24 y sigs.

[573] Cf. nota V 525.

[574] En Tracia, cerca del monte Pangeo. Cf. V 11, 2 y 23, 1.

cibido de Darío en pago a sus servicios y que había mandado fortificar. Estos fueron los interrogantes que planteó Aristágoras.

Pues bien, la opinión del logógrafo Hecateo[575], hijo de 125 Hegesandro, era que no debía dirigirse a ninguno de los dos sitios, sino que construyera una fortaleza en la isla de Leros[576] y que mantuviera la calma, si es que se veía expulsado de Mileto; pues, tomando como base dicha isla, posteriormente podría intentar regresar a la ciudad.

Éste fue, en suma, el consejo que le dio Hecateo. Sin 126 embargo, Aristágoras, personalmente, consideraba muchísimo más acertada la idea de retirarse a Mircino. Así que confió el gobierno de Mileto a Pitágoras, un individuo que gozaba de gran reputación entre sus conciudadanos, y él, con todo el que quiso acompañarlo, zarpó rumbo a Tracia, apoderándose del territorio objeto de su viaje. Pero, en una expedición emprendida desde aquella 2 base, tanto el propio Aristágoras como su ejército perecieron a manos de los tracios[577], mientras asediaba una ciudad tracia, cuyos habitantes habían accedido a evacuarla al amparo de una tregua[578].

---

[575] Cf. V 36, 2-3, y nota V 150.

[576] Una de las Espóradas meridionales, situada a unos 50 km. al sudoeste de Mileto, que había sido colonizada por esta ciudad.

[577] Aristágoras murió en 497 a. C., según sabemos por el testimonio de TUCÍD. (IV 102), que afirma que los atenienses (después de dos tentativas fallidas; cf. D. ASHERI, «Storia della colonizzazione di Anfipoli sino alla conquista macedone», *Rivista di Filologia* 95 [1967], 5-30) fundaron Anfípolis (en 437-436; cf. DIODORO, XII 68, 2) sesenta y un años después del intento colonizador de Aristágoras en la zona de la desembocadura del Estrimón.

[578] Cabe deducir que los griegos se hallarían descuidados, confiando en la palabra dada por los sitiados, y que los tracios, al abandonar la plaza, atacaron por sorpresa a sus sitiadores. Sin embargo, también es posi-

ble interpretar el pasaje: «cuando sus habitantes se mostraban (o 'se habían mostrado') dispuestos a evacuarla», suponiendo que Aristágoras se hubiese negado a permitir la evacuación, y posteriormente le hubieran derrotado en una salida desde la plaza.

LIBRO SEXTO

ÉRATO

SINOPSIS

FIN DE LA REVUELTA JONIA (1-42).

Histieo regresa a Jonia, entrevistándose con Artáfrenes (1).
- Intrigas de Histieo en Quíos y Sardes (2-4).
- Los milesios se niegan a admitir de nuevo a Histieo, que parte hacia el Bósforo, dedicándose a la piratería (5).

Los persas concentran sus efectivos contra Mileto (6).

Los jonios determinan enfrentarse a los persas con la flota. Batalla naval de Lade (7-17).
- Orden de batalla de los jonios (8).
- Maquinaciones persas para inducir a los jonios a la defección (9-10).
- Los jonios sometidos a duro entrenamiento por Dionisio de Focea (11-13).
- Victoria persa gracias a la deserción de parte de la flota jonia (14-17).

Los persas conquistan Mileto, cuyos habitantes son esclavizados (18-20).
- Reacción en Atenas ante la noticia (21).
- Excurso sobre la migración de los samios a Sicilia (22-25).

Captura y muerte de Histieo (26-30).

Sumisión definitiva de Jonia. Conquistas persas en las islas y el Helesponto (31-33).
- Digresión sobre la presencia de Milcíades I y sus sucesores en el Quersoneso (34-41).

Reorganización de la administración persa en Jonia (42).

La primera guerra médica (43-140).

Primera expedición persa contra Grecia (43).
Fracaso de la campaña de Mardonio por el naufragio de la flota en el Atos (44-45).
Darío frustra una posible sublevación en Tasos (46-48).
Ultimátum de Darío a Grecia (48).
Sumisión simbólica de muchos pueblos griegos. Atenas acusa a Egina de traición (49-50).
Digresión sobre la historia contemporánea de Esparta (51-86).
Origen de la doble monarquía en Lacedemonia (51-55).
Privilegios de los reyes espartanos (56-58).
Costumbres espartanas similares a las de otros pueblos no griegos (59-60).
Cleómenes, con el apoyo de Leotíquidas, consigue destronar a Demarato (61-70).
Leotíquidas, rey de Esparta. Su posterior destino (71-72).
Cleómenes entrega rehenes eginetas a Atenas (73).
Descubrimiento del complot urdido contra Demarato (74).
Locura y suicidio de Cleómenes. Versiones sobre las causas de ello (75).
Excurso sobre la sacrílega campaña de Cleómenes contra Argos (76-83).
Versión espartana sobre la locura de Cleómenes (84).
Egina reclama la devolución de los rehenes. Historia de Glauco (85-86).
Guerra entre Atenas y Egina (87-93).

Segunda expedición persa contra Grecia, dirigida por Datis y Artáfrenes (94-95).
Toma de Naxos, las Cícladas —respetando Delos—, Caristo y Eretria (96-101).
Operaciones preliminares a la batalla de Maratón (102-110).
Los persas desembarcan en el Ática (102).
Excurso sobre Milcíades, uno de los estrategos atenienses (103-104).
Atenas solicita ayuda a Esparta (105-106).
La visión de Hipias (107).

Los plateos acuden en apoyo de los atenienses (108).
Milcíades convence al polemarco Calímaco para atacar a los persas (109-110).
Batalla de Maratón (111-117).
Retirada persa. Deportación de los eretrieos (118-119).
Los lacedemonios llegan al Ática (120).
Apología de los Alcmeónidas en relación con la batalla (121-124).
Historia de los Alcmeónidas (125-131).
Milcíades ataca infructuosamente Paros. Su condena y muerte (132-136).
Digresión sobre la toma de la isla de Lemnos por obra de Milcíades (137-140).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
10	ἑωυτοῖσί τε	ἑωυτοῖσι δὲ (A B C).
13, 1	τῶν Σαμίων, ἐνθαῦτα	τῶν Σαμίων ἐνθαῦτα
13, 2	τοὺς λόγους ἐδέκοντο	τοὺς λόγους ἐδέκοντο οἱ Σάμιοι(A B C).
18	ὑπορύσσοντες τὰ τείχεα	ὑπορύσσοντες ⟨τε⟩ τ. τ. (addidit Legrand).
23, 3	τὴν πόλιν [ἑωυτῶν]	τὴν πόλιν ἑωυτῶν
25, 2	[τῶν] ἐν τῇ ναυμαχίῃ	τὴν ἐν τῇ ναυμαχίῃ (Reiske).
32	ἀντὶ εἶναι ἐνορχέας	ἀντὶ ⟨τοῦ⟩ εἶναι ἐνορχέας (addidit Valckenaer).
32	δὶς δὲ ἐπεξῆς	δὶς δὲ καὶ ἐπεξῆς (D).
33, 1	εἰσὶ δὲ [αἱ]	εἰσὶ δέ αἱ
35, 1	παιδός, γενομένου	παιδός γενομένου
40, 1	τῶν κατεχόντων πρηγμάτων	τῶν καταλαβόντων πρηγμάτων (A B C).
40, 1	ἔτεϊ τούτων	ἔτεϊ ⟨πρὸ⟩ τούτων (addidit Stein).
40, 2	ἔφευγε [Χερσόνησον]	ἔφευγε ἀπὸ Χερσονήσον (A B).
45, 1	οὐ μὲν οὐδὲ	οὐ μέντοι οὐδὲ (A B C P).
49, 2	ἐπὶ σφίσι ἔχοντας	ἐπὶ σφίσι ἐπέχοντας (A B C).
64	†διὰ τὸ† Κλεομένεϊ	διότι Κλεομένεϊ (Richards).
69, 4	γὰρ [τοὺς δέκα μῆνας]	γάρ τοὺς δέκα μῆνας
73, 1	ὠδώθη	ὠρθώθη (S. Vide quae ad versionem gallicam adnotavit Legrand).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
76, 2	μετὰ δὲ [ταῦτα]	μετὰ δὲ ταῦτα
102	κατέργοντες	κατοργῶντες (Legrand).
108, 1	[οἱ] 'Αθηναῖοι	οἱ 'Αθηναῖοι
111, 3	ἐγίνετο τοιόνδε τι	ἐγένετο τοιόνδε τι (A B C).
125, 2	προθύμως, καί	προθύμως· καί
125, 4	πλησάμενος χρυσοῦ	πλησάμενος [χρυσοῦ] (secl. Stein).
137, 3	φοιτᾶν γὰρ δὴ	φοιτᾶν γὰρ αἰεὶ (A B C P).
138, 1	νεμόμενοι καὶ βουλόμενοι	νεμόμενοι, [καὶ] βουλόμενοι (om. DRSV; delevit Legrand).

Histieo regresa a Jonia

Así fue, en suma, como murió Aristágoras, el autor de la sublevación de Jonia. Entretanto Histieo, el tirano de Mileto[1], se presentó en Sardes con la anuencia de Darío[2]. A su llegada de Susa, Artáfrenes, el gobernador de Sardes[3], le preguntó que cuál era, a su juicio, la razón de que los jonios se hubieran sublevado. Histieo aseguró que no lo sabía y aparentó sorprenderse ante lo ocurrido, como si, de hecho, no estuviera al corriente de los últimos acontecimientos. Pe- 2 ro Artáfrenes, que conocía la verdadera causa de la sublevación[4], al ver que Histieo estaba fingiendo, le dijo: «Fíjate

[1] Ya que él era el verdadero tirano de Mileto, cargo que había confiado a Aristágoras (que fue su *epítropos;* es decir, su hombre de confianza, su lugarteniente) cuando tuvo que ausentarse de la ciudad ante la llamada del rey Darío (cf. V 30, 2). No obstante, Heródoto denomina, a lo largo del libro V, «tirano» a Aristágoras (cf., por ejemplo, V 49, 1) debido a la animadversión que el historiador sentía hacia los promotores de la sublevación, y particularmente contra Aristágoras. Cf. P. Tozzi, «Erodoto e le responsabilità dell'inizio della rivolta ionica», *Athenaeum* 65 (1977), 127 y sigs.

[2] Cf. V 107. Como puede comprobarse, la división entre los libros V y VI (que data de época helenística, y que tal vez fuera hecha en Alejandría; cf. A. Bauer, *Die Entstehung des herodotischen Geschichtswerk,* Viena, 1878, pág. 5) es puramente arbitraria, ya que no hay solución de continuidad en la narración.

[3] Sobre este sátrapa, cf., *supra,* nota V 93.

[4] Pese a que Artáfrenes tenía sin duda un mayor conocimiento que Darío de los pormenores acerca de la insurrección jonia, al residir en el teatro de las operaciones, la amenaza que dirige a Histieo no debía de

bien, Histieo, la realidad sobre el particular es la siguiente: esta sandalia la has cosido tú y quien se la ha calzado ha sido Aristágoras[5]».

2 En estos términos se expresó Artáfrenes a propósito de la sublevación. Por su parte Histieo, alarmado al sospechar que Artáfrenes estaba enterado de la verdad, a la caída de aquella misma noche huyó en dirección al mar (con lo que consumaba su engaño hacia el rey Darío; pues, pese a que le había prometido conquistar Cerdeña, la isla más grande del mundo[6], trató de ponerse al frente de los jonios en su guerra
2 contra el monarca[7]). Pasó entonces a Quíos[8], pero fue en-

---

estar basada en pruebas evidentes. El sátrapa querría intimidar a Histieo para que se ausentara de Sardes porque, probablemente, no era partidario de una paz negociada con los jonios (cosa que el prestigio político de Histieo entre los sublevados hubiera permitido), por las ventajas personales que la guerra le proporcionaba. Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B. C.*, Londres, 1962, pág. 207.

[5] La frase se hizo proverbial en la Antigüedad.

[6] Cf. V 106, 6, y nota V 525. A notar que Heródoto está hablando *propria persona.*

[7] La actitud de Histieo a su regreso de Susa es ambigua y parece acomodarse a la oportunidad del momento; cf. A. Blamire, «Herodotus and Histiaeus», *Classical Quarterly* 9 (1959), 142-154, que presenta una panorámica acerca de las diversas interpretaciones de los críticos sobre la actitud de Histieo. Su presencia, inicialmente, en Sardes (y no en Mileto, como cabría esperar) permite pensar que tenía intención de actuar como mediador en el conflicto, o que deseaba saber si contaba con el necesario apoyo persa para volver a hacerse cargo de la tiranía de Mileto (en contra de los deseos de sus compatriotas; cf. VI 5, 1-2). Sólo cuando ambas posibilidades fracasan, y al no conseguir que los jonios le admitan a la cabeza de sus filas, pasa a actuar por su cuenta (?) en la zona de los estrechos (cf. VI 5, 3). Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth, and sixth books*, N. York, 1973 (= 1895), vol. I, pág. 270.

[8] Entre Quíos y los milesios existían antiguas relaciones de amistad que databan de la primera mitad del siglo vi a. C., cuando los quiotas

carcelado por los quiotas, al suponer los habitantes de la isla que pretendía organizar una revolución en su patria a instancias de Darío[9]. No obstante, cuando se enteraron de todo el asunto —es decir, de que era enemigo del rey—, los quiotas lo dejaron en libertad.

Como es natural, los jonios le preguntaron entonces qué 3
razones había tenido para ordenarle con tanto empeño a Aristágoras que se sublevase contra el rey y para ocasionar tamaña calamidad a los jonios[10]. Pero Histieo se cuidó muy mucho de revelarles el verdadero motivo[11], y les aseguró que el rey Darío había decidido deportar a los fenicios, e instalarlos en Jonia, y hacer lo propio con los jonios en Fenicia, lo cual le había inducido a transmitir aquella orden[12].

---

ayudaron a Mileto en su guerra contra el rey lidio Aliates (hacia 605-560 a. C.), padre de Creso. Cf. I 18, 3.

[9] Los quiotas tenían razones para temer alguna represalia persa, pues habían ayudado a escapar a los peonios procedentes de Frigia (cf. V 98, 4).

[10] Es inverosímil que los jonios (¿una delegación enviada a Quíos?, ¿o los propios quiotas?) se manifestaran en esos términos cuando los sublevados todavía no habían jugado sus últimas bazas (y más aún teniendo en cuenta que Quíos fue la comunidad jonia que mayor número de navíos aportó a la batalla de Lade; cf. VI 8, 1). Como ha demostrado A. French («Topical influences on Herodotos' Narrative», *Mnemosyne* 25 [1972], 9 y sigs.), muchas de las cosas que el historiador cuenta sobre la sublevación jonia y las guerras médicas eran el reflejo de las opiniones de sus contemporáneos.

[11] Es decir que —según el testimonio de Heródoto— había promovido la sublevación para poder escapar de Susa. Cf. V 35, 2-4, y P. B. Meanville, «Aristagoras and Histiaieos. The leadership struggle in the Ionian revolt», *Classical Quarterly* 27 (1977), 80 y sigs.

[12] La práctica de la deportación fue utilizada con frecuencia por el imperio persa (y era usual en las monarquías orientales; cf. *II Reyes* XV 29; XVIII 11 y 32). Cf. IV 204; V 12, 1; VI 20 y 119; y nota V 45.

(Histieo pretendía asustar a los jonios, ya que el monarca en ningún momento había proyectado semejante medida[13].)

4 Poco después Histieo, por mediación de Hermipo, un sujeto natural de Atarneo[14], que actuó como mensajero, envió unas cartas a los persas que se encontraban en Sardes, dado que con anterioridad ya habían mantenido con él conversaciones tendentes a una sublevación[15]. Sin embargo, Hermipo no entregó las cartas a sus destinatarios, sino que
2 se las llevó a Artáfrenes, dándoselas en mano. Este último, entonces, al enterarse de todo lo que ocurría, ordenó a Hermipo que fuera a entregar las cartas remitidas por Histieo a los interesados y que luego le facilitase las respuestas que, por su parte, los persas dirigiesen a Histieo. El complot quedó al descubierto y, con tal motivo, Artáfrenes hizo ejecutar a un elevado número de persas.

5 Pues bien, mientras en Sardes se producía cierto revuelo[16], los quiotas, a petición del propio Histieo, que había visto

---

[13] Esta posibilidad no es rechazada por algunos críticos (cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient. Le Ve siècle (510-403)*, París, 1972, pág. 88). Posiblemente Darío habría recibido quejas por parte de los fenicios, cuya rivalidad marítima y comercial con los jonios había hecho disminuir sus mercados, incluso en el propio Mediterráneo oriental.

[14] Ciudad eolia, en la comarca del mismo nombre, situada frente a Lesbos.

[15] Es posible que, entre los oficiales persas destinados en Sardes, hubiera cierto descontento hacia Artáfrenes, bien por el desastre que los persas sufrieron en Caria en 497-496 a. C. (cf. V 121), y que achacarían a la errónea dirección estratégica de la guerra por parte del sátrapa, o porque eran partidarios de una paz negociada. No obstante, lo más probable es que los persas aludidos no fueran tales, sino lidios que, aprovechando la insurrección de los jonios, deseaban una restauración del antiguo reino de los Mérmnadas.

[16] Es decir, la confusión inherente a las medidas represivas ordenadas por Artáfrenes.

frustrado el plan que abrigaba[17], trataron de repatriarlo a Mileto. Sin embargo los milesios, que estaban encantados por haberse desembarazado ya de Aristágoras[18], no tenían —dado que habían saboreado la libertad— el más mínimo deseo de admitir en su patria a un nuevo tirano. Y, en ese 2
sentido, comoquiera que Histieo intentase, al amparo de la noche, regresar a Mileto por la fuerza, fue herido en el muslo por un milesio. Al verse, pues, expulsado de su patria, regresó a Quíos; y, desde allí, como no lograba convencer a los quiotas para que le proporcionasen naves, pasó a Mitilene y persuadió a los lesbios para que se las facilitasen[19]. Estos últimos equiparon ocho trirremes y zarparon 3
con Histieo rumbo a Bizancio, donde establecieron su base y se dedicaron a capturar todas las naves procedentes del Ponto, a excepción de aquellas cuyas tripulaciones se declaraban dispuestas a seguir las órdenes de Histieo[20].

---

[17] Literalmente: «que había visto frustrada esa esperanza»; la de conseguir que en Sardes estallase una revuelta contra el sátrapa.

[18] Cf. nota V 159.

[19] Prescindiendo de los motivos que pudiera tener Histieo para solicitar los navíos (quizá dedicarse simplemente a la piratería; aunque *vid.* la nota siguiente), la negativa de los quiotas a proporcionárselos se debía tal vez al temor de que los utilizase para intentar un nuevo regreso a Mileto (cf. nota VI 8). El éxito de su petición en Lesbos respondía a la rivalidad existente entre ambas islas por la posesión de la comarca cerealista de Atarneo, en Misia, que era propiedad de los quiotas (cf. I 160, 4; y nota I 394).

[20] Como se dice en VI 26, 1, Histieo y los suyos sólo se dedicaban a apresar los navíos mercantes. Se ha supuesto que el viaje de Histieo al Bósforo tenía por objeto garantizar para los jonios el suministro de cereales, dado que los persas dominaban la zona. Esto coincidiría quizá con la ocupación ateniense de Imbros y Lemnos (cf. VI 140), realizada por Milcíades, probablemente para involucrar a Atenas en la guerra y asegurar así su posición en el Quersoneso (cf. VI 40 y sigs.). *Vid.* G. A. H. Chapman, «Herodotus and Histiaieus' role in the Ionian Revolt», *Historia* 21 (1972), 546 y sigs.

Los persas concentran sus efectivos contra Mileto

6 Esto es, en suma, lo que hacían Histieo y los mitileneos. Entretanto, era inminente la llegada de numerosas fuerzas, navales y terrestres, para atacar la propia Mileto, pues los generales persas[21] habían reunido sus efectivos y, con un único cuerpo de ejército, se dirigían contra Mileto, concediendo menos importancia a las demás ciudades[22]. En la flota, por cierto, quienes más ardor demostraban eran los fenicios; y, con ellos, tomaban también parte en la campaña contingentes de chipriotas —que poco antes acababan de ser sometidos[23]—, así como de cilicios y de egipcios[24].

---

[21] Los generales que mandaban las fuerzas terrestres. La estrategia persa, con ocasión de la sublevación jonia, está llegando a su punto final. La primera parte de esa estrategia consistió en sofocar la rebelión en las zonas periféricas: campañas de Daurises e Himayes, en 497-496 a. C., en el Helesponto y la Propóntide (cf. V 117 y 122); campaña de Daurises en Caria, en el mismo año (cf. V 118 y sigs.); y campaña de Artáfrenes y Ótanes, también en 497-496, contra Jonia septentrional (cf. V 123). Una vez conseguida la hegemonía terrestre, los persas pasan a la segunda fase de la guerra: el ataque combinado de todas las fuerzas persas principalmente contra Mileto, el corazón de la revuelta.

[22] Hay que destacar, pese al silencio de Heródoto al respecto, que, en 495 a. C., Lébedos, Éfeso y Colofón ya no figuraban entre los sublevados, lo mismo que ocurría con Caria (cf. VI 20). Y, en 494, fecha de la toma de Mileto, sólo seis ciudades continentales seguían su lucha contra los persas: Teos, Eritras, Focea, la propia Mileto, Miunte y Priene.

[23] En el año 496 a. C. Cf. V 108-115.

[24] Es decir que los persas habían agrupado efectivos de los países de su imperio con mayor poderío naval. Según Heródoto (cf. VII 89 y sigs.), en la segunda guerra médica, Fenicia, Egipto, Cilicia y Chipre figuraban entre las fuerzas de Jerjes con 750 navíos. Sobre los motivos comerciales que los fenicios tenían para desear, más que nadie, la derrota jonia, cf. H. Prinz, «Funde aus Naukratis», *Klio* 7 (1908), 81 y sigs.

Los jonios determinan enfrentarse a los persas con la flota. Batalla naval de Lade

Tales fuerzas marchaban, pues, 7 contra Mileto y el resto de Jonia. Por su parte los jonios, al tener conocimiento de ello, enviaron a sus delegados al Panionio[25]. Y, a su llegada a dicho lugar, estudiaron la situación y determinaron no movilizar ningún ejército de tierra para enfrentarse a los persas (sino que los propios milesios defendiesen sus murallas), pero sí equipar la flota, sin prescindir de ninguna nave, y, una vez dispuestos sus efectivos, que se reuniera lo antes posible en Lacte a fin de presentar batalla en el mar para tratar de salvar Mileto[26]. (Lade es un islote situado frente a la ciudad de Mileto[27].)

Poco después, cuando la flota estuvo aparejada, acudie- 8
ron allí los jonios; y con ellos lo hicieron también los eolios que habitan Lesbos[28]. Y por cierto que el orden de combate

---

[25] Los delegados *(próbouloi)* formaban parte del consejo para la dirección de la guerra que, con carácter no permanente, se creó con ocasión de la revuelta. Cf. G. Fogazza, «Per una storia della lega ionica», *Parola del Passato* 28 (1973), 155 y sigs. Sobre el Panionio, cf. I 148, 1.

[26] Ya que, de producirse la victoria jonia, Mileto no podría ser bloqueada. Precisamente (y como, según el historiador, había aconsejado Hecateo; cf. V 36, 2), la lección más importante que extrajeron los griegos, de las operaciones militares que tuvieron lugar durante la sublevación jonia, fue que la seguridad helena en el Egeo dependía de su control del mar.

[27] Lade protegía el acceso al mayor de los cuatro puertos que poseía Mileto (cf. Arriano, *Anábasis* I 18 y sigs.). En la actualidad, los aluviones del río Meandro han colmatado el golfo Latmíaco (a orillas del cual se hallaba Mileto), y la isla —que lo seguía siendo en época de Estrabón— se ha convertido en una pequeña colina distante unos 3 km. del mar.

[28] Los eolios de Anatolia habían sido ya sometidos por los persas (cf. V 122). Acerca de las ciudades que no enviaron efectivos, y de los motivos por los que no lo hicieron, cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus II*, Oxford, 1968 (= 1928), págs. 67-68.

que adoptaron fue el siguiente[29]: el ala oriental la ocupaban los propios milesios, que aportaban ochenta naves; a su lado figuraban los de Priene, con doce naves, y los de Miunte con tres naves; al lado de estos últimos figuraban los de Teos con diecisiete naves; al lado de los de Teos figuraban
2 los quiotas con cien naves; junto a estos últimos se alineaban eritreos y foceos, aquéllos con una aportación de ocho naves, y éstos con tres; al lado de los foceos figuraban los lesbios con setenta naves; finalmente, el ala occidental la ocupaban los samios, que se alineaban con sesenta naves[30]. La suma total de todos esos efectivos ascendía a trescientos cincuenta y tres trirremes[31].

---

[29] La descripción de los contingentes navales (su disposición respondía tanto a las maniobras que realizaron [cf. VI 12], como a la batalla propiamente dicha, que se demoró por espacio de algunos días), que encontramos en otros pasajes de la obra del historiador (cf. VII 61 y sigs., sobre el ejército de Jerjes; VII 89 y sigs., sobre su flota; VIII 1 y sigs., sobre la flota griega en Artemisio; VIII 43 y sigs., sobre la flota griega en Salamina; IX 28, sobre el ejército griego en Platea), está probablemente inspirada en el famoso *Catálogo de las Naves*, del canto II de la *Ilíada*.

[30] La disposición de las naves (salvo en el caso de Priene y Miunte) es citada en orden geográfico de Sur a Norte. El orden se rompe con los samios, por la probada experiencia marinera de los isleños desde los tiempos de Polícrates. (Cf. III 39, 3-4.)

[31] La cifra es verosímil (el historiador pudo conocerla por los datos que le facilitaran las ciudades en cuestión), pero, como este número es inferior sólo en 18 navíos a la flota griega que operó en el cabo Artemisio (cf. VIII 1), y en 25 a la que luchó en Salamina (cf. VIII 48), se ha pensado que no todas las naves serían trirremes, sino que en el total habría incluido un número indeterminado de penteconteros (sobre ambos tipos de naves, cf., respectivamente, notas III 234 y III 210).

Tal era el potencial de la flota jonia, mientras que el 9
número de las naves bárbaras ascendía a seiscientas[32].

Cuando, por su parte, la flota de los bárbaros llegó a las inmediaciones de Mileto[33], donde ya se encontraban todas

---

[32] El número es convencional, ya que se repite en las flotas persas que intervinieron en la campaña escítica (cf. IV 87) y en la expedición contra Maratón (cf. VI 95).

[33] Cuando la flota persa se dirigía hacia Mileto, parte de ella debió de dirigirse a Rodas para asegurarse el dominio de la isla; es decir, el flanco sur (ello explicaría, por otra parte, el retraso de los persas en librar la batalla de Lade). Al menos, esto es lo que parece desprenderse del testimonio de la *Crónica* del templo de Atenea en Lindos (que data de época helenística; cf. C. Blinkenberg, *Lindische Tempelchronick*, Berlín, 1934, págs. 34 y sigs.), donde se dice lo siguiente: «Cuando Darío, rey de los persas, envió numerosas fuerzas para someter Grecia, su flota arribó primero a esta isla. El pánico se apoderó de ella y la gente se refugió en todas las plazas fortificadas, si bien la mayoría lo hizo en Lindos. Los bárbaros sitiaron la ciudad hasta que los lindios, apurados por la falta de agua, pensaron rendirse. Sin embargo, la diosa se apareció entonces en sueños a uno de los magistrados de la ciudad y él le rogó que los ayudara...». (La diosa los auxilió haciendo que lloviera, algo muy raro en verano en esa zona del Egeo.) «Datis zarpó acto seguido hacia su objetivo principal, tras concertar un acuerdo con los sitiados, manifestando: 'Los dioses protegen a estas personas'». Al margen de críticos que niegan la historicidad del relato (cf. U. von Wilamowitz, *Jahrb. Arch. Inst.*, 1913), los problemas fundamentales estriban en la datación del mismo y en la determinación del almirante de aquella flota persa. Ateniéndose a los datos literales de la *Crónica*, Ed. Meyer *(Geschichte des Altertums*, IV, 1, Stuttgart, 1896, pág. 306, nota 1) fechaba el hecho en 490 a. C., en los inicios de la primera guerra médica. Sin embargo —y parece lo más probable—, K. J. Beloch *(Griechische Geschichte*, II, 2, Estrasburgo, 2.ª ed., 1916, págs. 81 y sigs.) supuso que tuvo lugar en 494, poco antes de la batalla de Lade, porque en ese año los persas surcaron por vez primera aguas rodias, mientras que en 490 ya eran dueños de la isla. Por otra parte, y pese a que en la *Crónica* se cita a Datis como jefe de la flota persa, Jenágoras asegura que fue Mardonio (cf. F. Jacoby, *Die Frag-*

sus fuerzas terrestres, los generales persas[34], en aquellos momentos —al conocer el número de los navíos jonios—, temieron seriamente no poder derrotarlos y, por consiguiente, no lograr apoderarse de Mileto al no ser dueños del mar, con lo que se exponían a sufrir alguna represalia por
2 parte de Darío. Ante estas consideraciones, reunieron a los tiranos jonios que, al ser depuestos de sus cargos por Aristágoras de Mileto[35], se habían refugiado entre los medos, y que a la sazón figuraban entre los integrantes de la expedición contra Mileto; los generales, repito, convocaron a aquellos tiranos que se encontraban entre los expediciona-
3 rios y les dijeron lo siguiente: «Jonios, en este trance todos debéis hacer gala de vuestra fidelidad a la causa del rey; concretamente, cada uno de vosotros ha de procurar apartar a sus conciudadanos del grueso de la coalición. En vuestras proposiciones, hacedles saber que no sufrirán castigo alguno por haberse sublevado, que ni sus santuarios ni sus posesiones serán pasto de las llamas, y que no estarán en peores
4 condiciones de sumisión de lo que estaban antes. Ahora bien, si no deponen su actitud y se empeñan en presentar batalla, amenazadlos detallándoles sin ambages las calamidades que, indefectiblemente, se cernirán sobre ellos; es decir, que, como secuela de su derrota en la batalla, serán esclavizados, que castraremos a sus hijos, que deporta-

mente der griechischen Historiker = F. Gr. Hist., 240), enviado por Datis, y los testimonios epigráficos parecen confirmarlo; cf. C. Blinkenberg, *Lindos. II, Inscriptions*, Copenhague, 1941, pág. 168.

[34] Pese a que la flota persa estaba integrada por navíos y tripulantes de las cuatro potencias navales súbditas del imperio, a su frente se hallaban militares persas, por lo regular personajes pertenecientes a la familia real (cf. VII 97).

[35] Cf. V 37-38.

remos a sus doncellas a Bactra[36], y que entregaremos su territorio a otras gentes».

Eso fue, en suma, lo que manifestaron los generales 10
persas. Y, por la noche, los tiranos jonios despacharon
emisarios para transmitir dicha proposición a sus respectivos compatriotas[37]. Sin embargo, los jonios a quienes, en concreto, se formularon las citadas ofertas, se reafirmaron en su insensato propósito[38] y se negaron a consumar la traición (cada comunidad jonia, por otra parte, creía que los persas les hacían esas proposiciones a ellos solos[39]). Esto es, en definitiva, lo que ocurrió nada más llegar los persas a Mileto.

Poco después los jonios concentrados en Lade man- 11
tuvieron una serie de reuniones[40]; y, ante los asistentes,
debieron de hacer uso de la palabra diversos oradores,
entre quienes, concretamente, intervino Dionisio, el ge-
neral foceo, que dijo lo siguiente: «No hay duda, jonios, 2
de que nuestro destino se halla sobre el filo de una na-

[36] Ciudad de la región de Sogdiana, en los confines orientales del imperio, cerca de la frontera con los maságetas (aunque también se ha considerado que se refiere, no a una ciudad concreta, sino a la comarca de Bactria en general, situada al sur de Sogdiana).

[37] No a los que permanecían en las diferentes ciudades, sino a los estrategos de los contingentes estacionados en Lade. Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VI*, París, 1948, pág. 11, nota 2.

[38] Cf., *supra*, nota V 519, y L. Solmsen, «Speeches in Herodotus' Account of the Ionic Revolt», *American Journal of Philology* 64 (1943), 200, nota 9.

[39] La tendenciosidad de Heródoto contra los jonios es manifiesta.

[40] Las concomitancias entre los antecedentes de las batallas de Lade y Salamina son notorias (cf. VIII 49, y 56 y sigs.), hasta el extremo de que R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth, and sixth books...*, I, pág. LXVII, consideraba que el desarrollo de ésta sirvió de modelo al historiador para la narración de aquélla.

vaja[41]: nos jugamos ser libres o esclavos; y, en este último caso, ser considerados esclavos fugitivos[42]. Pues bien, si, en esta tesitura, estáis dispuestos a afrontar ciertas penalidades, de momento lo pasaréis mal, pero conseguiréis imponeros a vuestros adversarios y alcanzar la libertad. En cambio, si procedéis con indolencia e indisciplina, no abrigo para vosotros la menor esperanza de que logréis sustraeros al castigo del rey por haberos
3 sublevado. Hacedme caso, pues, y poneos a mis órdenes; que yo os prometo que, si los dioses se mantienen imparciales, los enemigos no presentarán batalla o, si lo hacen, sufrirán una severa derrota».

12 Al oír esto, los jonios se pusieron a las órdenes de Dionisio[43]. Éste hacía que las naves ganaran todos los días mar

[41] La expresión, que se ha hecho proverbial, procede de HOMERO (cf. *Ilíada* X 173). En este pasaje puede vislumbrarse la ironía del historiador (cf. nota V 533), pues los jonios se muestran prontos a la oratoria, como los héroes homéricos (el verbo que significa «hacer uso de la palabra» es de origen épico), pero no tan valientes como éstos.

[42] Para quienes, como es lógico, se reservaban los más duros castigos. De ser derrotados, los jonios serían considerados por los persas esclavos fugitivos, pues se habían rebelado contra el Gran Rey, «que consideraba a jonios y eolios como esclavos heredados...» (cf. II 1, 2).

[43] Dionisio (sobre él, cf. J. S. MORRISON, y R. T. WILLIAMS, *Greek Oared Ships, 900-322 B. C.*, Cambridge, 1968, págs. 135-139) debió de ser nombrado jefe de la flota por los *próbouloi* jonios reunidos en el Panionio (cf. VI 7; fue la última vez que los delegados se reunieron), y no gracias a ese discurso, que puede considerarse histórico sólo como manifiesto de la táctica a seguir. Su nombramiento —dado que el número de naves foceas era exiguo— quizá tuviera como objeto evitar envidias y recelos entre las potencias que más naves aportaban. Cf. C. ROEBUCK, «The Early Ionian League», *Classical Philology* 50 (1950), 37, nota 19: «Naturally, in warfare the more powerful states would have had considerable influence in making decisions so that perhaps the appointment of Phocaeans to executive positions represents a compromise between them or between the Ionian and Aeolian leagues, for Phocaea was the chief port for Aeolian and Lydian trade».

abierto en columna; y, tras ejercitar a los remeros —realizando con las naves la maniobra de evolucionar unas por entre las otras[44]— y adiestrar con las armas en la mano a los soldados de a bordo, mantenían anclados los navíos durante el resto de la jornada, de manera que obligaba a los jonios a trabajar todo el día[45]. Pues bien, por espacio de una semana 2
le obedecieron e hicieron lo que se les ordenaba; pero, a los ocho días, los jonios, como no estaban acostumbrados a sufrir semejantes fatigas, y agotados por la dureza de los en-

[44] Esta maniobra (nuevamente mencionada en VIII 9, en las operaciones del cabo Artemisio, aunque fue empleada por vez primera con efectividad por los atenienses durante la guerra del Peloponeso [cf. Tucíd., II 83; 89; etc.], por lo que se ha supuesto que Dionisio no quería ejercitar a los remeros con finalidad ofensiva, sino defensiva, por si se veía obligado a ordenar la retirada, ya que, en las batallas navales, esta táctica no estaba todavía generalizada; lo normal era que los navíos abordaran al enemigo y que luego la infantería de a bordo pasara a la acción) se llamaba *diékploos,* y consistía en que el barco atacante rompía la línea enemiga pasando a través de dos naves adversarias, procurando romperles los remos, para, acto seguido, virar de bordo a fin de atacar a una de las dos naves por popa o por el costado mas dañado; todo ello requería una gran destreza por parte de los timoneles y los remeros. Para contrarrestar esta maniobra se idearon tres contratácticas diferentes: formar un círculo con las naves disponibles, cuyas proas miraban hacia afuera (cf. VIII 11; y Tucíd., II 83); disponer las naves en doble hilera (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 6, 29-31); finalmente, contar con una segunda línea de naves de reserva. El entrenamiento que Dionisio hacía realizar a las tripulaciones jonias constaba, pues, de tres fases. 1. Salida de las naves a mar abierto en fila india. 2. Disposición de las naves en doble fila frontal. 3. Mutuo *diékploos.*

[45] Dionisio, por lo tanto, no sacaba las naves a tierra por la tarde, tal y como se acostumbraba a hacer en los campamentos navales, sino que, tras la instrucción de la mañana, mantenía a los marinos a bordo, realizando diversos servicios y sin que pudiesen marchar a la ciudad.

trenamientos y los rigores del sol[46], empezaron a murmu-
3 rar entre sí en los siguientes términos: «¿A qué divinidad hemos ofendido para tener que soportar estas penalidades? Desde luego, estábamos locos, estábamos fuera de nuestros cabales, cuando nos pusimos a las órdenes de un foceo charlatán, que sólo coopera con tres naves[47]; porque, desde que se ha hecho cargo de nosotros, nos mortifica con implacables atropellos, hasta el punto de que muchos de nosotros han caído ya enfermos[48] y otros muchos se hallan expuestos a sufrir la misma suerte. Antes que seguir con estas calamidades, es preferible, por nuestro propio bien, sufrir cualquier otra cosa, incluso arrostrar la esclavitud que nos espera, sea la que sea, en lugar de continuar siendo víctimas de la actual[49]. ¡Ea, en lo sucesivo rehusémonos a obedecerle!».

[46] Los jonios se quejan del calor porque la batalla de Lade se libró a principios del verano del año 494 a. C. Cf. R. VAN COMPERNOLLE, «Sur la date de la bataille navale de Ladè», *L'Antiquité Classique* 17 (1968), 24 y sigs.

[47] La escasa contribución de Focea —la gran colonizadora del Mediterráneo occidental— es debida a que todavía no se había recuperado de la masiva emigración de sus moradores con ocasión de la campaña de Hárpago contra la ciudad (cf. I 164-167).

[48] Probablemente de malaria, ya que, tanto en Asia Menor como en el área egea, esta enfermedad era muy frecuente en el siglo V a. C., tal y como denota el *Corpus Hippocraticum.*

[49] En este pasaje puede vislumbrarse otra muestra de la tendencia antijónica de Heródoto (cf. A. HAUVETTE, «Hérodote et les joniens», *Revue des Études Grecques,* 1888, págs. 257 y sigs.). Ciertamente, en su época, los jonios se caracterizaban por su molicie y por ser poco amigos de trabajos y fatigas; pero es un anacronismo suponer lo mismo para los de comienzos del siglo V a. C., como lo demuestran los seis años de resistencia de los sublevados frente a Persia, y las campañas de Egipto, Escitia y otras, en las que los jonios intervinieron, comportándose con bravura.

Tales eran los comentarios que hacían; y, desde aquel 4
mismo instante, nadie quería obedecer sus órdenes; todo lo contrario, como si constituyeran un ejército de tierra, plantaron tiendas de campaña en la isla y se dedicaron a gozar de la sombra, negándose a embarcar en las naves y a efectuar maniobras.

Al advertir la actitud que adoptaban los jonios, fue 13
cuando los generales samios decidieron aceptar, a instancias de Éaces, hijo de Silosonte[50], la proposición que he citado y que, por orden de los persas, les había hecho llegar poco antes dicho sujeto, rogándoles que abandonaran la coalición jonia; los samios, repito, decidieron aceptar la proposición, al ver la gran indisciplina que reinaba entre los jonios[51]; pero es que, además, se les antojaba realmente imposible lograr imponerse al poderío del rey, pues, en su fuero interno, sabían perfectamente que, aun cuando consiguieran vencer a la flota anclada en las inmediaciones, arribaría para hacerles

[50] El hermano de Polícrates, que fue expulsado de Samos por este último (cf. III 39, 2) y que recuperó la tiranía de la isla, a la muerte de Polícrates, gracias a su amistad con Darío (cf. III 139 y sigs.). Éaces (que se llamaba igual que su abuelo; cf. nota III 205) sucedió a su padre en la tiranía contando con el apoyo persa. Heródoto no precisa si la proposición de desertar fue presentada de nuevo por Éaces inmediatamente antes de librar la batalla, o si los samios se atuvieron a la referida en VI 9.

[51] Entre quienes se contaban los propios samios. El historiador trata de justificar la conducta de los samios (quizá el relato de la batalla de Lade procede en gran medida de fuente samia) por el apego que sentía hacia la isla, donde había estado refugiado hacia 468-467 a. C. (cf. EUSEBIO, *Chron.: Ol.* 78, 1; F. JACOBY, *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* [= *R. E.*], *s. v. Herodotos*, Suppl. II, Stuttgart, 1913, col. 229; y A. HAUVETTE, *Hérodote historien des guerres médiques*, París, 1894, pág. 13), al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de la patria de Heródoto, Halicarnaso, y en la que éste debió de estar involucrado.

2 frente otra cinco veces superior[52]. Así pues, en cuanto vieron que los jonios se negaban a cumplir con su deber, contaron con un pretexto[53] y se consideraron muy afortunados por poder salvar sus santuarios[54] y sus posesiones. (Por cierto que Éaces, el sujeto cuya proposición aceptaron los samios, era hijo de Silosonte, el hijo de Éaces. Y, en su calidad de tirano de Samos, se había visto privado del poder, igual que los demás tiranos de Jonia, por obra de Aristágoras de Mileto[55].)

14 Pues bien, en el momento en que los fenicios zarparon para romper las hostilidades[56], los jonios, por su parte, hicieron que sus naves ganaran mar abierto en columna a fin de hacerles frente. Y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, los efectivos de una y otra flota pasaron al ataque. A partir de ese instante, no puedo precisar con exactitud qué contingentes jonios se comportaron cobarde o valiente-

---

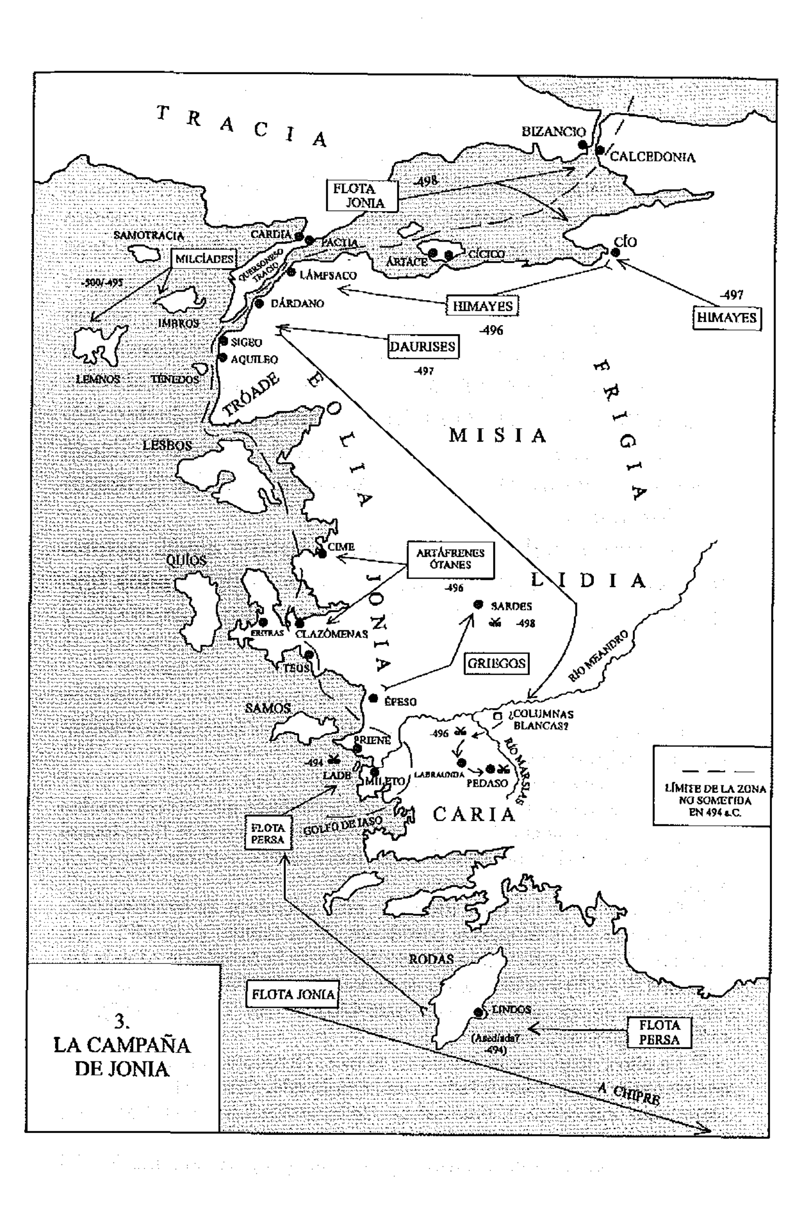
[52] Una evidente exageración, ya que, por ejemplo, la flota de Jerjes en la segunda guerra médica ascendía a 1.207 navíos, cf. VII 89 (cifra que se reducía a 830 descontando los contingentes navales griegos y carios que figuraban en la armada persa).

[53] Para poder desertar aceptando la proposición de los persas. En Heródoto el término «pretexto» (= *próphasis)* puede significar tanto un pretexto justificado como injustificado. Cf. L. Pearson, «Prophasis. A clarification», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 103 (1973), 381 y sigs.

[54] Entre otros, el famoso *Hereo.* Cf. nota III 311.

[55] Cuando abolió la tiranía en las ciudades griegas sublevadas. Cf. V 37, 2.

[56] Los bárbaros (se cita sólo a los fenicios por ser los que más efectivos aportaban a la flota persa y, de paso, los mayores enemigos de los jonios) debieron de atacar cuando ya se les había unido el contingente que operó en Rodas (cf. nota VI 33), y al tener conocimiento de que los samios estaban dispuestos a traicionar a los jonios.



TRACIA
BIZANCIO
CALCEDONIA
FLOTA JONIA
-498
SAMOTRACIA
CARDIA
PACTIA
ÁRTACE
CÍCICO
CÍO
MILCÍADES
-500/-495
QUERSONESO TRACIO
LÁMPSACO
DÁRDANO
HIMAYES
-497
HIMAYES
-496
IMBROS
SIGEO
AQUILEO
DAURISES
-497
LEMNOS
TÉNEDOS
TRÓADE
EOLIA
FRIGIA
MISIA
LESBOS
CIME
ARTÁFRENES ÓTANES
-496
QUÍOS
LIDIA
JONIA
SARDES
-498
ERITRAS
CLAZÓMENAS
TEOS
GRIEGOS
RÍO MEANDRO
ÉFESO
SAMOS
¿COLUMNAS BLANCAS?
-496
PRIENE
RÍO MARSIAS
-494
LADE
MILETO
LABRAUNDA
PEDASO
LÍMITE DE LA ZONA NO SOMETIDA EN 494 a.C.
CARIA
FLOTA PERSA
GOLFO DE IASO
RODAS
FLOTA JONIA
LINDOS
(Asediada? -494)
FLOTA PERSA
A CHIPRE
3. LA CAMPAÑA DE JONIA

mente en el curso de dicha batalla naval, ya que se acusan
2 unos a otros. Pero, según cuentan, fue entonces cuando los samios, conforme a lo estipulado con Éaces, izaron velas[57] y abandonaron la formación poniendo rumbo a Samos, a excepción de once navíos, cuyos *trierarcos* permanecieron en sus puestos y tomaron parte en la batalla, desobedecien-
3 do las órdenes de sus estrategos[58]. (Precisamente, para conmemorar su gesto, el gobierno samio[59] les concedió, en reconocimiento a su arrojo, el honor de que sus nombres y los de sus padres[60] figurasen inscritos en una estela; estela que se halla situada en el ágora[61].) Entretanto, cuando los lesbios vieron que sus vecinos[62] emprendían la huida, imitaron a los samios; y otro tanto fueron haciendo también la mayoría de los jonios.

15 De entre aquellos que, durante la batalla naval, permanecieron en sus puestos, quienes salieron peor librados fueron los quiotas, ya que llevaron a cabo gloriosas gestas y

[57] Para escapar, ya que en el curso de las batallas los trirremes evolucionaban a golpe de remos.

[58] El *trierarco* (compuesto bitemático de *triḗrēs,* «trirreme», y *árchein,* «mandar») era el capitán de una nave; mientras que, con el término *estratego,* se designaba a los jefes militares del ejército o la flota (como en este caso), o a altos magistrados con funciones de este carácter (cf. V 38, 2).

[59] Probablemente los once trierarcos eran miembros de la aristocracia samia, opuesta a los filopersas partidarios de la tiranía. La medida aquí citada por el historiador debió de adoptarse tras la batalla de Mícala (librada en 479 a. C.) y la liberación de Samos, donde el gobierno estuvo en manos de los aristócratas al menos hasta 440 a. C. (cf. TUCÍD., I 115).

[60] Cf., *supra,* nota III 10.

[61] La plaza mayor de la ciudad de Samos. Heródoto debió de ver personalmente la estela durante su estancia en la isla. Cf. B. M. MITCHELL, «Herodotus and Samos», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), 75 y sigs.

[62] Sus vecinos en la formación naval, no geográficamente (cf. VI 8, 2).

no dieron muestras de una premeditada cobardía[63]. Como ya he indicado anteriormente, los de Quíos habían aportado cien naves, a bordo de cada una de las cuales figuraban cuarenta soldados de élite[64] reclutados entre los ciudadanos. Pues bien, al ver que la mayor parte de los aliados desertaban, se negaron a imitar a aquellos cobardes por considerarlo una vileza; y, pese a que los habían dejado solos, apoyados por un exiguo número de aliados[65], prosiguieron la lucha maniobrando por entre las líneas enemigas, hasta que, tras haber capturado numerosas naves del adversario[66], perdieron la inmensa mayoría de las suyas. En ese momento, los de Quíos, con las naves que les quedaban, abandonaron aquellas aguas con rumbo a su patria.

2 (en el margen, junto a «Pues bien, al ver que la mayor parte de los aliados deserta-»)

---

[63] Este aserto se halla en contradicción con lo manifestado en el capítulo precedente sobre la imposibilidad de precisar la conducta de los jonios en la batalla. Acerca de los posibles motivos de esta contradicción, cf. nota VI 51.

[64] Soldados de infantería de marina. Como el número de los mismos en las naves persas que libraron la batalla de Salamina era de treinta, y en las atenienses de dieciocho (cf. PLUTARCO, *Temístocles* 14), mientras que, en tiempos de la guerra del Peloponeso, la cifra se redujo a diez, la presencia de cuarenta soldados (al margen de los remeros) a bordo de las naves jonias parece evidenciar que, en la batalla de Lade, se combatió con arreglo a la táctica del abordaje (cf. TUCÍD., I 49). De ser ello así, la referencia a la maniobra del *diékploos* con carácter ofensivo (cf. nota VI 44) sería en esta época un anacronismo.

[65] La afirmación parece exagerada, ya que hay que suponer que los milesios (dado que del resultado de la batalla dependía la salvación de la ciudad) no desertaron. Y, por proximidad geográfica, los de Miunte y Priene también debieron de enfrentarse a los persas, de manera que más de la mitad de la flota jonia habría participado en el combate.

[66] Es decir, tras haberlas abordado y destruido, pues no pudieron llevárselas como botín. La alusión a que los navíos quiotas evolucionaron por entre las líneas enemigas quizá no responda a la puesta en práctica de la maniobra del *diékploos,* sino a un intento por escapar del cerco de las naves adversarias.

16 Ahora bien, todos aquellos quiotas cuyas naves, debido a los daños sufridos, se hallaban averiadas, ante la persecución de que fueron objeto, se refugiaron en Mícala[67]. Acto seguido, abandonaron en dicho lugar sus navíos, tras haberlos hecho encallar, y emprendieron el regreso a pie a
2 través del continente. Pero he aquí que, durante el viaje, cuando los quiotas irrumpieron en el territorio de Éfeso[68] (como llegaron a la citada región de noche y, además, lo hicieron mientras las mujeres del lugar estaban celebrando las Tesmoforias[69]), los efesios, que todavía no se hallaban al corriente de la suerte que habían corrido los de Quíos, al ver que un grupo armado había irrumpido en su territorio, plenamente convencidos de que se trataba de una banda de ladrones y de que iban a por sus mujeres, acudieron en tropel

---

[67] Promontorio montañoso de la costa jonia, situado frente a la isla de Samos (cf. I 148, 1). Los quiotas debieron de escapar del golfo Latmíaco a primeras horas de la tarde y cruzar el estrecho de Trogilio (que tiene unos dos km. de anchura y separa Samos del continente) antes de que los vientos etesios (cf. nota II 80) comenzaran a soplar, lo que impedía surcar el estrecho a media tarde procediendo del Sur (Mícala está situado a unos 30 km. al NO de Lade).

[68] Zona que tenían que atravesar para poder regresar por tierra hasta su patria. Los quiotas tendrían pensado remontar la costa de Anatolia hasta Eritras y, desde allí, pasar a Quíos. Éfeso se halla situada a unos 40 km. al NE de Mícala.

[69] Fiestas de carácter agrario en honor de Deméter (a quien se atribuía la introducción de la agricultura entre los humanos), que se celebraban, generalmente en otoño —aunque las fechas podían variar según los lugares—, en casi todas las regiones del mundo griego, y que estaban reservadas exclusivamente a las mujeres (en Atenas, por ejemplo, sólo a las mujeres casadas de recta conducta). La principal finalidad del festival pretendía conseguir la fertilidad para el trigo que iba a ser sembrado. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion*, I, Múnich, 1961 (= 1950), págs. 461-466.

a socorrerlas y acabaron con los quiotas. Tal fue, en suma, el triste sino de que fueron víctimas dichos sujetos.

Por su parte, el foceo Dionisio, al percatarse de que la 17
causa de los jonios estaba perdida, se hizo a la vela, después de haber capturado tres naves enemigas, pero no con rumbo a Focea —pues sabía perfectamente que dicha ciudad, al igual que el resto de Jonia, iba a ser esclavizada—, sino que, con los efectivos de que disponía y sin perder un instante, puso proa a Fenicia[70]. En aquellas aguas hundió varios *gaulos*[71], haciéndose con un cuantioso botín, y, posteriormente, se dirigió a Sicilia, donde estableció su base y estuvo dedicado a la piratería en detrimento de cartagineses y tirrenos[72], pero no de los griegos.

---

[70] En una zona muy próspera, por el intenso tráfico comercial de las ciudades del litoral fenicio, y donde el enemigo no esperaría que pudiese actuar. Dionisio, pues, contaba con seis navíos de combate: los tres con que había acudido a Lade (cf. VI 8, 2) y los tres capturados al adversario.

[71] El *gaulo* era un navío fenicio de carga (cf. Hesiquio, *s. v.)* que recibía ese nombre a partir de la raíz semítica *gôl-*, que significa «algo redondo» (para otra interpretación, cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 16, nota 2). Los barcos de carga también se llamaban «redondos», porque su casco tenía una manga bastante superior a la de los navíos de guerra y una eslora inferior —por eso estos últimos recibían el nombre de «navíos largos»—; todo ello en función de la finalidad de cada tipo de embarcación, ya que la sentina de los mercantes tenía bastante más capacidad. Cf. J. Rougé, *La marine dans l'Antiquité*, París, 1975, págs. 83 y sigs.

[72] Los etruscos (a quienes Heródoto denomina *tirsenos*, en dialecto jonio). En esta época dedicarse a la piratería no significaba el menor desdoro (cf. Tucíd., I 5, y H. A. Ormerod, *Piracy in the Ancient World*, Londres, 1924). Es más, Dionisio aparecía como un patriota al no atacar a los navíos de sus connacionales y sí a los de Cartago y Etruria, que mantenían un intenso tráfico comercial en aguas sicilianas.

18 *Los persas conquistan Mileto, cuyos habitantes son esclavizados*

Tras haber vencido a los jonios en la batalla naval, los persas sitiaron Mileto por tierra y por mar, minaron las murallas, emplearon toda suerte de ingenios militares[73] y, cinco años después de la rebelión de Aristágoras[74], se apoderaron enteramente[75] de la ciudad, reduciendo a sus habitantes a la condición de esclavos, con lo que el desastre vino a dar la razón al oráculo que se había referido a Mileto.
19 Resulta que, en cierta ocasión en que los argivos estaban formulando una consulta en Delfos a propósito de la salvación de su ciudad[76], recibieron un oráculo de más amplio contenido, ya que, si bien el vaticinio hacía alusión a los argivos propiamente dichos, la respuesta oracular incluía una predicción dirigida a los milesios. En fin, el vaticinio relati-
2 vo a los argivos lo citaré cuando, en el curso de mi narración, llegue al pasaje correspondiente[77]. Por su parte, las

---

[73] Cf. nota V 545.

[74] En el otoño del año 494 a. C. Cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», *Historia* 4 (1955), 385 y sigs.

[75] En el texto griego aparece una expresión de origen homérico (cf. *Ilíada* XIII 772; XV 557) que significa, literalmente, «desde la parte alta», es decir «de arriba a abajo». Posteriormente, y referido a la toma de ciudades (cf. Tucíd., IV 112), pasó a indicar la conquista de una plaza, incluida la acrópolis.

[76] Que se veía amenazada por la enérgica política exterior desarrollada por Cleómenes I de Esparta. Cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, págs. 57 y sigs. La consulta de los argivos pudo tener lugar en verano del año 494 a. C., si se admite el sincronismo entre el final de la sublevación jonia y la guerra entre Esparta y Argos (no obstante, se han propuesto diversas cronologías). Cf. H. W. Parke y D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, I, pág. 175.

[77] Cf. VI 77, 2.

palabras del oráculo referentes a los milesios —que no se encontraban presentes[78]— rezaban como sigue:

«Y justo entonces, tú, Mileto, artífice de inicuas vilezas,
de muchos serás festín y espléndida presa.
Tus matronas lavarán los pies a muchas gentes intonsas,
y de nuestro templo en Dídima[79] *se ocuparán otras perso-*
[nas[80]».

Pues bien, precisamente por estas fechas fue cuando esas calamidades se abatieron sobre los milesios: la inmensa mayoría de los hombres fueron asesinados por los persas, un pueblo que lleva el pelo largo[81]; las mujeres y los niños pasaron a engrosar el número de sus esclavos; y el santuario 3

---

[78] Resulta insólita una respuesta oracular sin una pregunta previa. Esto ha hecho suponer (cf., sin embargo, J. Wells, *Journal of Hellenic Studies* 25 [1905], 194 y sigs.) que Mileto pudo solicitar la ayuda militar de Argos ante el inminente asedio de que iba a ser objeto y que los argivos, ante los riesgos que entrañaba enviar un destacamento a Jonia, cuando el peligro espartano era evidente, se limitaron a prometer que consultarían al oráculo —cosa que hicieron— si, para la seguridad de su ciudad, sería recomendable enviar ayuda a los jonios.

[79] Localidad del territorio de Mileto, situada a unos 12 km. al sur de la capital, donde se alzaba un templo en honor de Apolo, a cuyo cargo se hallaba la familia de los Bránquidas (Heródoto suele llamar a este templo «el de los Bránquidas»; cf., por ejemplo, I 47, 2). Cf. L. Rocchetti, *Enciclopedia dell'Arte Antica Classica e Orientale,* Roma, 1959, II, pág. 164.

[80] Este oráculo, tan claro y tan hostil hacia Mileto, parece implicar una condena a la sublevación jonia, que precisamente se había fraguado en esa ciudad (centro, por otra parte, de la especulación jonia, que minaba las creencias tradicionales, y poseedora de un afamado santuario consagrado a Apolo; todo lo cual no debía de ser del agrado de los sacerdotes delfios que, además, siempre consideraron invencible al rey persa; cf. VII 140). Cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote,* París, 1956, págs. 175-179.

[81] Cf. Esquilo, fr. 773, H. J. Mette, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos,* Berlín, 1959 (y *vid.* los relieves de Persépolis).

de Dídima, tanto el templo como la sede del oráculo, fue saqueado e incendiado[82]. (A los tesoros de dicho santuario he aludido varias veces en otros pasajes de mi obra[83].)

20 Acto seguido, los cautivos milesios que quedaron con vida fueron conducidos a Susa[84]. El rey Darío, entonces, no les causó el menor daño, limitándose a instalarlos a orillas del mar que recibe el nombre de Eritreo[85], en la ciudad de Ampe, en cuyas inmediaciones desemboca en el mar el curso del río Tigris[86]. En cuanto al territorio de Mileto, los persas conservaron en su poder la ciudad y sus alrededores, así como la llanura, y concedieron la posesión de las tierras altas a los carios de Pedasa[87].

---

[82] En las excavaciones realizadas en Susa se ha encontrado un astrágalo de bronce, con una inscripción bustrofédica de comienzos del siglo VI a. C., indicando que se trata de una ofrenda votiva a Apolo Didimeo. El astrágalo, sin duda, formaba parte del botín que los persas se llevaron de Mileto a Susa. Cf. B. HAUSSOULLIER, «Offrande à Apollon Didyméen», *Memoir. de la Delegat. de Perse* 7 (1905), 155 y sigs.; y A. J. REINACH, «Bulletin épigraphique», *Revue Études Grecques* 20 (1907), 92.

[83] Cf. I 46, 2; 92, 2; 157 y sigs.; II 159, 3; y V 36, 3.

[84] La deportación de los milesios no debió de afectar a toda la población de la ciudad, dado que, en 479 a. C., entre las fuerzas persas que tomaron parte en la batalla de Mícala, figuraban contingentes milesios que se sublevaron contra los persas (cf. IX 99 y 104). Con todo, Mileto no volvió a alcanzar la pujanza de que gozó con anterioridad a la revuelta de Jonia.

[85] En este caso el mar Eritreo (sobre su extensión para el historiador, cf. nota I 2) hace alusión al Golfo Pérsico.

[86] Ciudad no localizada con exactitud (PLINIO, *Hist. Nat.* VI 28, la denomina Ampelone), situada quizá en las proximidades de la posterior Alejandría Antioquea. En época de Heródoto el Tigris y el Éufrates desembocaban en el Golfo Pérsico separadamente.

[87] Ciudad de Caria situada a unos 5 km. al N de Halicarnaso. Es posible que Pedasa fuera una de las ciudades carias que se sometieron voluntariamente a los persas (cf. VI 25, 2), y que éstos quisieran recompensar su gesto. No obstante, sobre esta ocupación caria del terri-

Reacción en Atenas ante la noticia

Y por cierto que, ante las desgracias de que fueron víctimas los milesios a manos de los persas, los sibaritas —que, por haberse visto despojados de su ciudad, residían en Lao y Escidro[88]— no les mostraron la debida gratitud; pues, cuando Síbaris cayó en poder de los crotoniatas[89], todos los milesios adultos se raparon la cabeza y se impusieron un luto riguroso (de hecho, estas dos ciudades han sido, que nosotros sepamos, las que más estrechos lazos de amistad han mantenido entre sí[90]). 21

Bien distinto fue el comportamiento de los atenienses. 2
Estos últimos, en efecto, pusieron de relieve, de muy diversas maneras, el gran pesar que sentían por la toma de Mileto; y, concretamente, cabe señalar que, con motivo de la

torio de Mileto, cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 71.

[88] Antiguas colonias de Síbaris, que debieron de recibir a los sibaritas exilados, situadas en la costa tirrénica de Lucania (cf. Estrabón, VI 1, 1). Ambas distaban entre sí unos 10 km., y se hallaban a unos 100 km. al sur de Elea, la posterior Velia. Cf. J. Bérard, *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité*, París, 1957, págs. 146-147.

[89] Cf. V 44, y nota V 190.

[90] La amistad existente entre Síbaris y Mileto se debía a motivos comerciales (cf. Ateneo, XII 519b). Los sibaritas importaban a Italia lanas jonias (de ello se encargaban navíos milesios) y luego transportaban las mercancías por tierra hasta Lao y Escidro —con lo que evitaban la larga travesía que representaba costear el Brucio y el peligro del estrecho de Mesina—, desde donde se comercializaban a Etruria. La colonia panhelénica de Turios, creada por Pericles aprovechando una idea concebida al parecer ya por Temístocles (cf. VIII 62; Plutarco, *Temístocles* 32), pudo haber sido un intento ateniense para reavivar estos antiguos lazos comerciales. Cf. V. Ehrenberg, «The foundation of Thurioi», *American Journal of Philology*, 1948, págs. 149 y sigs.

puesta en escena de *La toma de Mileto,* drama que compuso Frínico[91], el teatro se deshizo en llanto, y al poeta le impusieron una multa de mil dracmas[92] por haber evocado una calamidad de carácter nacional; además, se prohibió terminantemente que en lo sucesivo se representara dicha obra[93].

---

[91] Tragediógrafo ateniense (vivió hacia 540-470 a. C.) que, según la tradición, fue con Tespis uno de los creadores de la tragedia (aunque PLATÓN, *Minos* 321a, declara que este tipo de poesía dramática ya existía en Atenas con anterioridad). Su primera victoria en los festivales dramáticos se produjo entre 511 y 508 a. C. (cf. SUDA, *s. v.).* La pieza aquí aludida, *La toma de Mileto,* debió de ser representada en las Grandes Dionisias de 492, actuando Temístocles como *corego* (algo así como el empresario de una obra teatral), siendo probablemente la primera vez que se ponía en escena, como tema de una tragedia, un hecho contemporáneo (acción que volvió a repetir en 476 con *Las Fenicias,* donde —como en *Los Persas* de ESQUILO— trataba de la derrota de Jerjes; cf. PLUTARCO, *Temístocles* 5). Según la SUDA, fue el primer poeta trágico que utilizó en escena personajes femeninos (es decir, con máscaras que representaban a mujeres). Cf. A. W. PICKARD-CAMBRIDGE, *Dithyramb, Tragedy and Comedy,* Oxford, 1962, 2.ª ed. revisada por T. B. L. WEBSTER, págs. 63 y sigs.

[92] Lo que equivalía a unos 4,32 kg. de plata, según el sistema de pesos monetarios atenienses (en tiempos de Pericles, un obrero especializado ganaba aproximadamente una dracma diaria). La multa (cf., además, ESTRABÓN, XIV 1, 7; ELIANO, XII 17; PLUTARCO, *Moralia* 814; LIBANIO, I 506; AMIANO MARCELINO, XXVIII 1), que sin duda tenía una causa política, pudo basarse en la impiedad del poeta por haber tratado, en un festival sacro, temas humanos.

[93] Por la crítica que representaba para los políticos que habían decidido apoyar a los jonios sólo con veinte naves (cf. V 97, 3) y que luego habían hecho que se retiraran, abandonando a los sublevados a su suerte. Es muy posible que la política de los Alcmeónidas hubiera tenido que ver con ello. Cf. F. GALLI, «Aspetti della politica interna ed estera degli Alcmeonidi», *Quaderni Urbinati* 11 (1971), 65 y sigs.

Excurso sobre la migración de los samios a Sicilia

Mileto, en suma, quedó desierta de milesios[94]. Entretanto, a los hacendados samios no les agradó lo más mínimo la medida que, con respecto a los medos, habían tomado sus generales[95], por lo que, nada más librada la batalla naval, estudiaron la situación y, antes de que llegara a su isla el tirano Éaces[96], decidieron hacerse a la mar para fundar una colonia, con objeto de no verse bajo el yugo de los medos, y de Éaces, si permanecían en sus tierras. Por aque- 2 llas mismas fechas, precisamente, los habitantes de Zancle, en Sicilia[97], estaban enviando emisarios a Jonia para invitar a los jonios a que se trasladaran a Caleacte[98], ya que en dicho lugar deseaban fundar una ciudad jonia (el paraje que recibe el nombre de Caleacte se encuentra en territorio de

(22 en el margen, junto a la primera línea)

[94] Las excavaciones arqueológicas (cf., no obstante, nota VI 84) han evidenciado que el barrio portuario no fue reconstruido tras esta fecha (494 a. C.). Era el fin de Mileto como destacadísima fuerza naval en el mundo griego.

[95] Es decir, desertar de la flota jonia en Lade. Cf. VI 14, 2.

[96] Cf. nota VI 50.

[97] Zancle fue fundada en el siglo VIII a. C. (hacia el año 730) por colonos de Calcis y de Cumas (cf. Tucíd., VI 4) en la extremidad nororiental de Sicilia; cf. G. Vallet, *Rhégion et Zancle*, París, 1958, págs. 59 y sigs. Su nombre se debía a la forma de su puerto (cf. Tucíd., *l. c.*: «fue llamada Zancla por los sículos porque la ciudad tiene forma de hoz (los sículos llaman *zanclon* a la hoz)»; trad. de F. R. Adrados). La precisión de Heródoto se debe a que, en su época, la ciudad se llamaba Mesene (la actual Mesina); sobre el cambio de nombre, cf. A. W. Gomme, A. Andrewes y K. J. Dover, *A historical commentary on Thucydides*, IV, Oxford, 1970, págs. 218-219.

[98] Es decir, «Playa Hermosa» (la Calacte de los latinos; cf. Cicerón, *Verr.* II 3, 43; Silio Itálico, XIV 251), en la costa norte de Sicilia, a unos 100 km. al oeste de Zancle, una zona en la que apenas existían los puertos y en la que las ciudades griegas escaseaban.

los sículos, en la costa de Sicilia que mira a Tirrenia[99]). Pues bien, los samios fueron los únicos jonios que, ante la invitación de los zancleos, se pusieron en camino[100]; y con ellos lo hicieron los milesios que habían conseguido escapar[101].

23 Por cierto que, en dicha expedición, tuvo lugar cierto incidente que se desarrolló como sigue. En el transcurso de su viaje a Sicilia, los samios se encontraban en el territorio de los locros epicefirios[102], al tiempo que, por su parte, los zancleos, en unión de su rey, cuyo nombre era Escita, estaban sitiando una ciudad de los sículos[103] con ánimo de con-
2 quistarla. Al tener noticia de ello, Anaxilao, el tirano de Regio[104], que a la sazón mantenía ciertas diferencias con los

[99] Etruria. De hecho, Caleacte estaba situada más o menos en el meridiano de Salerno (14,5° latitud Este). Pero, en la Antigüedad, se creía que la península itálica se hallaba mucho más inclinada de NO a SE de lo que está en realidad.

[100] La amistad entre samios y calcideos, que databa de los tiempos de la «guerra lelantina» (cf. nota V 497), hacía que Samos mantuviera buenas relaciones con las colonias de Calcis en la Magna Grecia, entre las que se contaba Zancle.

[101] Presumiblemente los supervivientes de las ochenta naves milesias que habían combatido en Lade. Cf. R. van Compernolle, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes,* Bruselas, 1960, págs. 281 y sigs.

[102] En la costa jónica del Brucio, a unos 40 km. al NE del cabo Cefirio. La ciudad capital de este territorio fue fundada hacia el año 700 a. C. por los locros opuntios (en la Lócride oriental, en el golfo de Eubea) o los ozólides (en la occidental, en el golfo de Corinto), ya que ambos pueblos se disputaban la fundación. Fue patria del legislador Zaleuco, que vivió a mediados del siglo vii a. C., famoso por la severidad de sus leyes (cf. Timeo, fr. 130, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 566).

[103] Pueblo pregriego procedente, según la tradición (cf. Tucíd., VI 2; Helánico, *apud* Dionisio de Halicarnaso, I 22), de la península itálica, que habitaba en la zona oriental de Sicilia, a la que acabaron dando nombre. Cf. G. Devoto, *Gli antichi Italici,* Florencia, 1931, págs. 32, 49, 53 y 68.

[104] Antigua colonia de Calcis, fundada hacia 720 a. C. en la costa continental del estrecho de Mesina. Anaxilao fue tirano de la ciudad des-

zancleos, se puso en contacto con los samios e intentó persuadirlos de que debían renunciar a Caleacte[105], la meta de su viaje, y apoderarse de Zancle, que en aquellos momentos carecía de defensores. Los samios se dejaron convencer y 3
se apoderaron de Zancle, por lo que, al tener conocimiento de la toma de su ciudad, los zancleos acudieron en su auxilio y solicitaron la ayuda de Hipócrates, el tirano de Gela[106], pues resulta que este último era aliado suyo. Pero, cuando 4
Hipócrates se presentó a la cabeza de sus tropas para soco-

---

de el año 494 hasta el 476 a. C. (cf. Diodoro, XI 48). A la muerte de Hipócrates de Gela *(vid. infra)* logró apoderarse de Zancle y, así, obtuvo el dominio del estrecho de Mesina. En Zancle entonces se establecieron otros griegos, especialmente mesenios, de los que derivó el nuevo nombre de Zancle (= Mesene). Sobre sus actividades posteriores, cf. G. Vallet, *Rhégion et Zancle...*, págs. 336-377.

[105] Como así sucedió, pues Caleacte fue fundada hacia 446 a. C. por Ducecio, un jefe sículo que aprovechó la caída de los tiranos de Siracusa, en 460, para formar una federación de poblaciones sículas con el propósito de someter a las colonias griegas de la isla. Cf. Diodoro, XI 76, 2; 78, 5; 88, 6; 90; XII 8; 29; y J. H. Croon, «Duketios, dux Siculorum», *Tijdschr. v. Geschied.* 65 (1952), 301-317.

[106] Ciudad situada en la costa meridional de Sicilia, que había sido fundada hacia el año 690 a. C. por colonos cretenses y rodios (cf. L. Pareti, «Per la storia e la topografia de Gela», *Rheinisches Museum* 25 [1910], 1 y sigs.). Hipócrates (que, más que aliado de Escita, debía de ser su señor) fue tirano de la ciudad desde 498 a 491 a. C., y aspiró a extender su dominio por la costa oriental de Sicilia, por lo que no le perdonó a Escita haberse dejado arrebatar Zancle por gentes que actuaban en connivencia con Anaxilao, ya que, si éste se hacía con el control de Zancle, además del que ya poseía sobre Regio, podría controlar la navegación comercial por el estrecho de Mesina. En tiempos de Hipócrates, Gela se convirtió en la ciudad más poderosa de Sicilia; cf. *infra* VII 155; Tucíd., VI 5; Filisto, fr. 15, *F. Gr. Hist.* 556; Timeo, frs. 19*a* y *b*, *F. Gr. Hist.* 566; Diodoro, X 62; Dionisio de Halicarnaso, VII 1; Polieno, V 6; y R. van Compernolle, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes...*, págs. 296-314.

rrerlos, dicho sujeto, alegando que Escita, el soberano de Zancle, había abandonado la ciudad a su suerte, mandó encadenarlo en compañía de su hermano Pitógenes y los envió a la ciudad de Ínix[107]; por otra parte, mantuvo con los samios una serie de conversaciones y, tras un mutuo intercambio de juramentos, les entregó vilmente al resto
5 de los zancleos. En pago a sus servicios, los samios habían llegado con él a un acuerdo en el sentido de que Hipócrates pasaría a ser dueño de la mitad de todos los enseres y esclavos existentes en la ciudad, y de que recibiría todo lo
6 que hubiese en los campos. Este individuo, además, mandó cargar de cadenas a la mayor parte de los zancleos, a quienes incluyó entre sus esclavos, y entregó a los samios a los trescientos ciudadanos más destacados de Zancle para que los mataran. Sin embargo los samios decidieron no hacerlo.

24 Escita, el soberano de Zancle, consiguió huir de Ínix a Hímera[108]; y, desde dicha ciudad, se dirigió a Asia, subiendo[109] hasta la corte del rey Darío, quien, por cierto, lo consideró la persona más honesta de todas aquellas que,

[107] Pequeña localidad del territorio de Acragante (= Agrigento), situada en la costa sudoccidental de Sicilia (es decir, muy lejos de Zancle) y famosa por sus vinos (cf. PLATÓN, *Hipp. mai.* 282e).

[108] Colonia fundada en 648 a. C. por calcideos procedentes de Zancle (cf. TUCÍD., VI 5, 1; Escita, pues, contaría allí con amigos) y situada en la costa septentrional de la isla. Alejada de las rutas comerciales, tuvo un desarrollo limitado y cayó, en 482 a. C., bajo el dominio de Acragante. En sus inmediaciones, la escuadra cartaginesa fue derrotada hacia 480 por Terón de Acragante y Gelón de Siracusa. Tras un período de florecimiento, la ciudad fue destruida por Cartago en el año 409 (cf. DIODORO, XI 49).

[109] El autor griego se delata en esta expresión, pues para ir hasta Susa desde el mar Egeo había que «subir» tierra adentro.

desde Grecia, habían subido hasta su corte; pues, concre- 2
tamente, pudo trasladarse a Sicilia con la anuencia del monarca y, desde la isla, regresó nuevamente a la corte[110], hasta que, colmado de riquezas, murió en Persia a una edad avanzada.

Entretanto, los samios que habían escapado de los medos se vieron dueños de Zancle, una ciudad bellísima, sin haber realizado el menor esfuerzo.

Después de la batalla naval que decidió la suerte de Mi- 25
leto, los fenicios, por orden de los persas, repatriaron a Samos a Éaces[111], el hijo de Silosonte, por el profundo reconocimiento a que se había hecho acreedor ante ellos y por
los grandes servicios que les había prestado. Y, debido a la 2
defección de sus navíos durante la batalla, los samios fueron los únicos sublevados contra Darío que no vieron su ciudad ni sus santuarios incendiados.

Inmediatamente después de la toma de Mileto, los persas se apoderaron asimismo de Caria[112], algunas de cuyas ciudades se sometieron voluntariamente, en tanto que a otras tuvieron que reducirlas por la fuerza.

---

[110] En claro contraste, por ejemplo, con el comportamiento de Democedes de Crotón (cf. III 135; y ELIANO, VIII 17). Según Heródoto (VII 164), Darío le concedió a su hijo Cadmo la tiranía de Cos, a la que este último renunció.

[111] Las restauraciones de tiranías en las ciudades griegas por parte de los persas fueron más bien excepcionales (cf. VI 43, 3). En el caso de Éaces contarían, para los persas, la conducta de su padre, Silosonte, hacia Darío (cf. III 139 y sigs.) y el éxito del propio Éaces en sus gestiones para que los samios presentes en Lade desertaran (cf. VI 13).

[112] Una vez sublevada, Caria había conseguido mantenerse libre del yugo persa gracias a la victoria de Heraclides de Milasa en la emboscada que, hacia 496 a. C., tendió a los persas. Cf. V 121.

Captura y muerte de Histieo

26 Así fue, en definitiva, como sucedió este episodio. Mientras tanto, Histieo de Mileto, que se encontraba en las inmediaciones de Bizancio dedicándose a apresar los mercantes jonios procedentes del Ponto[113], recibió la noticia de lo ocurrido en Mileto. Confió, entonces, la dirección de los asuntos que le retenían en el Helesponto[114] a Bisalta de Abido[115], hijo de Apolófanes, y él zarpó en compañía de los lesbios con rumbo a Quíos[116]; pero, en vista de que una guarnición de quiotas se negaba a aceptar su presencia, se enfrentó con ellos en un lugar de la isla denominado «Las
2 Cárcavas»[117]. Pues bien, acabó con numerosos componentes de la guarnición y, con el concurso de los lesbios, Histieo se

[113] Cf. VI 5, 3.

[114] Sobre la habitual extensión geográfica atribuida al Helesponto (que aquí incluye el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho), cf. nota IV 162.

[115] Ciudad de la costa asiática del Helesponto. Al parecer de origen tracio, fue colonizada hacia el año 670 a. C. por los milesios. De ahí, quizá, que un natural de ella fuera el hombre de confianza de Histieo en la zona.

[116] La actitud de Histieo, a partir del testimonio de Heródoto, resulta poco clara y no contamos con suficientes elementos de juicio para hacernos una cabal idea de cuáles eran sus intenciones. ¿Pretendía regresar nuevamente a Jonia, para hacer valer ante los persas el bloqueo comercial a que había sometido, en la zona de los estrechos, a los mercantes jonios —suponiendo que su actividad en el Bósforo hubiese tenido esa meta—, y, para hacer nuevos méritos, se disponía ahora a atacar a los quiotas, que en Lade habían peleado valientemente; todo ello con vistas a recuperar el prestigio perdido ante Darío? ¿O se proponía apoderarse de la isla como base para una ulterior resistencia jonia contra los persas? Cf. M. Lang, «Herodotus and the ionian revolt», *Historia* 17 (1968), 24 y sigs.

[117] Probablemente al norte de la isla, cerca de la aldea de Cardamila, donde quizá estuviese acantonada la citada guarnición para vigilar el estrecho entre Quíos y las islas Enusas.

impuso a los demás quiotas (puesto que, como es natural[118], habían sufrido graves pérdidas a consecuencia de la batalla naval), tomando como base para sus operaciones Policna[119], una localidad de Quíos.

Y cabe deducir que, cuando sobre una ciudad o una na- 27
ción van a abatirse grandes calamidades, la divinidad suele presagiarlas con antelación[120]; y, de hecho, los quiotas, antes de sufrir aquellas desdichas, habían asistido a notables presagios. A este respecto, en cierta ocasión en que envia- 2
ron a Delfos un coro de cien muchachos[121], tan sólo regresaron a su patria dos integrantes del mismo, ya que a los noventa y ocho restantes se los llevó una epidemia que los atacó de improviso. Además, por esas mismas fechas —poco antes de la batalla naval—, en la capital de la isla, a unos niños que estaban aprendiendo las primeras letras[122] se

[118] Ya que no habían desertado y pelearon, como dice el propio Heródoto (cf. VI 15, 2), hasta que perdieron la mayoría de sus cien navíos.

[119] Policna (que significa «aldea», y que, por lo tanto, es un nombre que recibían varias localidades en el mundo griego; cf. Tucíd., II 85; VII 4; 170; Diodoro, XIII 7; XIV 72; etc.) podía estar situada en la propia isla —su emplazamiento, empero, no ha sido localizado— o en un territorio dependiente de Quíos (tal vez a orillas del golfo Hermaico, en una magnífica zona para las incursiones de piratería).

[120] O bien (considerando *philéei* con valor impersonal, como hacen, por ejemplo, J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= 1938), *s. v.;* y A. Barguet, *Historiens Grecs*, I, París, 1964, *ad locum)*, «y cabe deducir que, cuando..., una serie de presagios suelen anticiparlas».

[121] Posiblemente se trataba de un doble coro, o de dos coros individuales, dado que el número usual de miembros de un coro ditirámbico era de cincuenta. Cf. nota I 54, añadiendo F. R. Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, págs. 75 y sigs.

[122] Tenemos aquí una de las primeras menciones conocidas a una escuela, edificio privado donde el maestro recibía a los discípulos, probablemente niños de un mismo barrio, aunque Heródoto no precisa si se trataba del alumnado de una sola clase. Sobre el tema, cf. J. Bowen, *A History of Western Education = Historia de la educación occidental* [trad. J. Estruch], Barcelona, 1976, I, págs. 124 y sigs.

les cayó encima el techo, de manera que, de ciento veinte
3 que había, sólo uno escapó con vida. Éstos fueron los presagios que les anticipó la divinidad, pues, poco después, tuvo lugar la batalla naval que hizo doblar la rodilla a la ciudad[123]; y, tras la batalla, se presentó, al frente de los lesbios, Histieo, que logró someter fácilmente a la población de la isla por las graves pérdidas que habían sufrido los quiotas.

28 Desde Quíos, Histieo realizó una incursión contra Tasos[124], al frente de un nutrido contingente de jonios y eolios[125]. Pero, mientras se hallaba sitiando Tasos, le llegó la noticia de que los fenicios estaban zarpando de Mileto para atacar el resto de Jonia. Al tener conocimiento de ello, renunció a tomar Tasos y se dirigió apresuradamente a
2 Lesbos[126] con todos sus efectivos. No obstante, como sus tropas pasaban hambre, desde Lesbos se trasladó al continente para recolectar el trigo de Atarneo y, de paso, el de la llanura del Caico, en territorio misio[127]. Dio la casuali-

[123] Metáfora tomada del lenguaje atlético (la misma expresión se emplea en el pugilismo actual). Cf. Esquilo, *Persas* 930.

[124] Isla del Egeo Norte, frente a la costa tracia. Histieo tal vez deseaba apoderarse de las minas de oro que había en la isla (cf. VI 46, 3) y ponerse en contacto de nuevo con los cabecillas tracios a quienes habría tratado durante su estancia en Mircino (cf. V 23-24).

[125] Posiblemente refugiados, que se habían unido a él, de los efectivos jonios que lucharon en Lade y de las plazas todavía no ocupadas por los persas.

[126] Donde debía de contar con grandes amigos (fueron los lesbios quienes le facilitaron las naves para trasladarse al Bósforo; cf. VI 5, 2).

[127] Sobre Atarneo, cf. nota VI 14. La llanura del Caico (que desemboca en el golfo de Elaya, en el Egeo) se halla situada a unos 20 km. al S-SE de Atarneo. Ambas regiones eran cerealistas (sobre la riqueza agrícola del valle del Caico, donde posteriormente se alzó Pérgamo, cf. Estrabón, XIII 4, 1), y Atarneo, que era propiedad de los quiotas (lo seguía siendo en 398 a. C.; cf. Jenofonte, *Helénicas* III 2, 11), ayudaría a la alimentación de los habitantes de la isla, pues Quíos contó

dad, sin embargo, de que en aquellos parajes se encontraba, al mando de un numeroso ejército, el persa Hárpago[128], que atacó a Histieo, cuando éste había desembarcado, y lo hizo prisionero, al tiempo que diezmaba al grueso de su ejército.

Y por cierto que Histieo cayó prisionero de la siguiente 29
manera. En el curso de la batalla que los griegos libraron con los persas en Malene[129], localidad de la comarca de Atarneo, los contendientes estuvieron combatiendo durante mucho tiempo; pero, finalmente, intervino la caballería, que cargó contra los griegos. La obtención de la victoria fue, en definitiva, obra exclusiva de la caballería[130]. Y, ante la desbandada que se había producido entre los griegos, Histieo, confiando en que el rey no lo haría ejecutar por la traición

---

siempre con excedente de población (cf. TUCÍD., VIII 40, 2). Histieo debió pasar desde Lesbos al continente en mayo del año 493 a. C.

[128] General persa (que no hay que confundir con el medo Hárpago, que en los años cuarenta del siglo VI a. C. conquistó Jonia; cf. I 162 y sigs.) del que no se tienen ulteriores noticias.

[129] Localidad que no ha sido identificada.

[130] Salvo en contados casos, los griegos no dispusieron de caballería regular (los persas habían heredado su empleo de los asirios) hasta el siglo IV a. C. (a Epaminondas, en la batalla de Leuctra, librada en 377 a. C., se le atribuye la creación del primer cuerpo de caballería, integrado por quinientos jinetes. Filipo y Alejandro de Macedonia se dieron cuenta de su importancia y, por ejemplo, en la batalla de Arbelas llegaron a emplearse siete mil jinetes, desplegados en las alas de las falanges, para dar seguridad a sus flancos e intervenir en el combate cuando el enemigo estaba ya desorganizado). Cf. F. E. ADCOCK, *The greek and macedonian art of war*, Los Ángeles, 1957, págs. 47 y sigs.

que le era imputable[131], dio muestras de un considerable
2 apego a la vida[132]: cuando, en su huida, se vio alcanzado por un soldado persa, en el momento en que su captor iba a atravesarlo con su arma, se puso a hablar en persa manifestando que era Histieo de Mileto.

30 Pues bien, si, al ser hecho prisionero, lo hubieran conducido bien custodiado a presencia del rey Darío, estoy convencido de que Histieo no habría sufrido daño alguno, sino que el monarca le habría perdonado su delito. Pero el caso es que —precisamente para evitar esto y para impedir que, una vez absuelto, volviese a gozar de una posición de privilegio[133] en la corte del rey—, cuando Histieo llegó bien custodiado a Sardes, Artáfrenes, el gobernador de Sardes, y Hárpago, que era quien lo había capturado, ordenaron empalar[134] su cuerpo allí mismo e hicieron embalsamar su cabeza y que la llevaran a la corte del rey Darío, en Susa.
2 Cuando el monarca se enteró de lo ocurrido, reprendió duramente a los responsables de la ejecución por no haberlo conducido con vida ante su presencia; y, en cuanto a la cabeza de Histieo, ordenó que la lavasen y que la amortajasen cuidadosamente, e hizo que la enterraran[135] como corres-

[131] Posiblemente por la ley de la compensación existente en Persia y que Heródoto menciona en I 137, 1.

[132] O, según otra interpretación que permite el texto, «recurrió, poco más o menos, a la siguiente estratagema para salvar su vida». Cf. A. Izzo D'Accinni, *Le Storie*, Florencia, 1951, *ad locum*.

[133] Esta preeminencia de Histieo en Susa ha sido puesta en duda por algunos críticos. Cf. C. Talamo, «Istieo ed Erodoto per la storia della tirannide a Mileto», *Rendiconti dell'Acad. di Archeologia* 44 (1969), 177 y sigs.

[134] El empalamiento era un procedimiento típicamente persa; cf., por ejemplo, *Inscripción de Behistun*, § 50.

[135] El zoroastrismo —doctrina que se había extendido en Persia durante el siglo VI a. C., pero que no fue conocida por los griegos hasta dos siglos más tarde— prohibía mancillar la tierra con un cadáver, ya que ese elemento tenía carácter divino (cf. I 131, 2), y los cadáveres pasaban al

pondía a un hombre que les había prestado grades servicios tanto a él como a los persas[136]. Tal fue la suerte de Histieo.

Sumisión definitiva de Jonia. Conquistas persas en las islas y el Helesponto

Al año siguiente[137], la fuerza naval persa, que había invernado en las inmediaciones de Mileto[138], volvió a hacerse a la mar, apoderándose con facilidad de las islas próximas al continente: Quíos, Lesbos y Ténedos[139]. Y por cierto que, cada vez que la flota tomaba una isla, los bárbaros, 31

control de *Ahrimán,* el principio del mal o espíritu diabólico. Cf. É. Benveniste, *The persian religion according to the chief Greek texts,* París, 1929; y J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien,* París, 1962, págs. 159 y sigs.

136 Histieo, al haber impedido, con ocasión de la retirada persa de Escitia, que se rompiera el puente de barcas sobre el Danubio (cf. IV 137), debió de pasar a figurar en la lista de los «bienhechores» del imperio («bienhechor» era un título honorífico que las ciudades griegas concedían a quienes les prestaban destacados servicios). En Persia, el Gran Rey mandaba inscribir en una estela los nombres de sus benefactores, que eran recompensados oficialmente; cf., *infra,* VIII 85, 3. Es notable el parecido de esta anécdota con la de César al serle mostrada la cabeza de Pompeyo. En general, Darío está mejor tratado por Heródoto que Jerjes.

137 En la primavera del año 493 a. C.

138 Seguramente en el golfo de Iaso. Durante el invierno del 494 al 493 (estación poco favorable para las operaciones navales), los persas se habían dedicado a restablecer definitivamente la autoridad del rey en Caria mediante las fuerzas terrestres (cf. VI 25, 2). El estacionamiento de la flota en dicho golfo habría impedido que los carios recibiesen ayuda por mar de cualquiera de las comunidades griegas todavía no sometidas.

139 Pequeña isla situada frente a la costa de la Tróade, a unos 20 km. al SO de la entrada del Helesponto, famosa porque, según la tradición, allí se habría ocultado el ejército griego que asediaba Troya mientras se ponía en práctica la estratagema del caballo. Cf. Virgilio, *Eneida* II 21 y sigs.

al apoderarse ella, efectuaban en cada caso una redada para
2 capturar a sus habitantes. (Las redadas suelen efectuarlas de la siguiente manera: los soldados, cogidos entre sí de la mano, forman un cordón desde la costa norte a la costa sur y, acto seguido, recorren toda la isla dando caza a sus moradores[140].)

Y también se apoderaron con idéntica facilidad de las ciudades jonias del continente; únicamente que no efectuaban redadas para capturar a los habitantes, pues ello no era posible.

32 Entonces los generales persas no dejaron de cumplir las amenazas que habían dirigido a los jonios cuando éstos se hallaban acampados frente a ellos[141]: nada más conquistar las ciudades, escogían a los muchachos más apuestos y los castraban, convirtiéndolos en eunucos, con la pérdida de su virilidad; por su parte, a las doncellas más agraciadas las deportaban a la corte del rey. Tales fueron, en suma, las medidas que adoptaron; y, además, se dedicaron a incendiar las ciudades con templos y todo[142].

Así fue, en definitiva, como los jonios se vieron reducidos por tercera vez a la condición de esclavos; la primera

[140] Heródoto seguramente está generalizando. La «limpieza» de un territorio mediante una «redada» era un procedimiento táctico típicamente persa (cf. III 149; y PLATÓN, *Menéxeno* 240c), pero debía de aplicarse únicamente en pequeñas extensiones de terreno o en aldeas. Desde luego, semejante maniobra no era factible en islas boscosas y montañosas como Quíos o Lesbos. Cf. G. C. WHITTICK, *L'Antiquité Classique* 22 (1953), 27 y sigs.

[141] Cf. VI 9, 4.

[142] La tradición antipersa tendió a exagerar la importancia de las destrucciones, ya que las ciudades jonias volvieron a recobrar pronto, aunque mermadas en su capacidad comercial, su vida habitual, siguieron pagando tributo y proporcionando naves al imperio persa. Cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks*..., págs. 216-217.

vez habían sido sometidos por los lidios, y dos veces seguidas, incluida la de entonces, lo habían sido por los persas[143].

33 Entretanto, la fuerza naval abandonó Jonia y se apoderó de todas las plazas del Helesponto situadas a mano izquierda según se entra en el estrecho[144] (las que se encuentran a mano derecha ya habían sido sometidas por los propios persas en una operación terrestre[145]). Por cierto que los Estados sitos en la orilla europea del Helesponto son los siguientes: el Quersoneso, en donde hay numerosas ciudades, Perinto, las plazas fuertes de Tracia, Selimbria y Bizancio[146].

---

[143] Jonia fue sometida por el rey de Lidia Creso, hacia 555 a. C. (cf. I 26), y, posteriormente, por Ciro el Grande, hacia 545 (cf. I 141-150). Con todo, Heródoto vuelve a hablar en términos generales, pues esa triple conquista sólo afectó a los jonios del continente (y aún con excepciones; pues, por ejemplo, Mileto, en tiempos de Ciro, no fue sometida por las armas; cf. I 169, 2), ya que los isleños no fueron conquistados ni por Creso (cf. I 27), ni por Ciro, que carecía de flota (cf. I 143; los persas no dispusieron de armada hasta la conquista de Fenicia por obra de Cambises, cuando las dependencias de Babilonia, que incluían Siria y Fenicia [Nabucodonosor II de Babilonia había tomado Tiro hacia 587 a. C. tras largo asedio], pasaron a engrosar de manera efectiva la soberanía persa, siendo englobada en la quinta satrapía del imperio —cf. III 91, 1— y estando su flota, desde entonces, al servicio de las empresas navales persas), aunque reconocieran su hegemonía (cf. I 169, 2). En general, cf. J. M. Cook, *The Greeks in Ionia an the East*, Londres, 1962.

[144] Es decir, navegando desde el mar Egeo.

[145] En la campaña que dirigió Daurises en 497-496 a. C. Cf. V 117.

[146] Nuevamente vuelve a emplearse el término Helesponto en sentido lato (cf. VI 26, 1). El Quersoneso aquí citado se trata del tracio (la actual península de Gallípoli), donde había unas once o doce ciudades (cf. Escílax, *Periplo* 97; Jenofonte, *Helénicas* II 2, 10). Perinto, situada en la costa tracia de la Propóntide (= Mar de Mármara), fue fundada por colonos samios a finales del siglo vii a. C. (la fecha de su fundación se sitúa entre 602 y 600 a. C.; cf. Estrabón, VII, fr. 55; Pseudo Escimno, C. Müller, *Geographici Graeci Minores*, I, 225, París, 1855; Plutarco, *Quaestiones graecae* 57; y G. Busolt, *Griechische Geschichte*, I, Gotha, 1893, 2.ª ed., pág. 470). Las plazas fuertes de Tracia eran ciudades griegas escalonadas en la costa norte de la Propóntide (Escílax, *Periplo* 67-68, facilita una lista de las mismas).

2 Pues bien, los bizantinos y, en la orilla opuesta[147], los calcedonios no aguardaron el ataque de la flota fenicia, sino que abandonaron su patria y se adentraron en el Ponto Euxino[148], donde se establecieron en la ciudad de Mesambria[149]. Por su parte los fenicios, tras haber incendiado sistemáticamente esas zonas que acabo de enumerar, se dirigieron contra Proconeso y Ártace[150]. Y, después de haber arrasado también dichas ciudades, que fueron pasto de las llamas, volvieron a poner rumbo al Quersoneso para destruir todas las ciudades que habían dejado sin saquear en

---

Selimbria fue fundada, hacia 660, por colonos de Mégara, a unos 25 km. al este de Perinto.

[147] Es decir, en la orilla asiática. Bizancio y Calcedonia se hallaban situadas, frente por frente, a la entrada del Bósforo desde la Propóntide. Ambas ciudades fueron fundadas por colonos megareos en la primera mitad del siglo VII a. C. (G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, pág. 472, propone el año 660 como fecha para la fundación de Bizancio. Según eso, y a partir de lo que Heródoto dice en IV 144, 2, Calcedonia habría sido fundada hacia 677 a. C.).

[148] El mar Negro. Primitivamente llamado *Ponto Axino* (= «inhóspito», a partir quizá de una falsa etimología sobre el iranio *akhshaena*, «negro»), pasó luego a denominarse Ponto Euxino (= «mar hospitalario», por la cantidad de ciudades griegas establecidas en sus costas).

[149] En la costa tracia del mar Negro, a unos 220 km. al norte de Bizancio. Esta ciudad también había sido fundada por colonos de Mégara y debía de mantener buenas relaciones con Bizancio y Calcedonia.

[150] Es decir, que la flota fenicia regresaba al Egeo. Proconeso era una isla de la Propóntide situada a unos 27,5° latitud Este, mientras que Ártace era el puerto de Cícico (cf. *infra),* situado a unos 5 km. al oeste de la ciudad.

su anterior desembarco. (Contra Cícico[151], sin embargo, no 3
realizaron el menor ataque, ya que, con anterioridad a la incursión naval de los fenicios, los habitantes de Cícico ya se habían sometido voluntariamente a la autoridad del rey, mediante un acuerdo que concertaron con el gobernador de Dascilio[152], Ébares, hijo de Megabazo.) Y, a excepción de Cardia[153], los fenicios conquistaron todas las demás ciudades del Quersoneso.

Digresión sobre la presencia de Milcíades I y sus sucesores en el Quersoneso

Hasta entonces la tiranía de esas 34
ciudades la había ejercido Milcíades[154], hijo de Cimón y nieto de Esteságoras, ya que tiempo atrás Milcíades, hijo de Cípselo, había conseguido dicho cargo[155] de la siguiente manera. El Quersoneso que nos ocu-

[151] Ciudad situada al sur de la isla de Arctoneso (también en la Propóntide, a unos 35 km. al sudeste de Proconeso), que estaba unida a la costa asiática del Mar de Mármara por dos puentes (cf. Estrabón, XII 8, 11). En la actualidad Arctoneso es una península.

[152] A orillas de la Propóntide y a unos 70 km. al este de Cícico (cf. Tucíd., I 129, 1; Jenofonte, *Helénicas* IV 1, 15-16). Era la capital de la tercera satrapía persa, la helespóntica (cf. III 90, 2). Ébares debía de ser el sucesor de Daurises (muerto en la emboscada que los carios tendieron a los persas; cf. V 121). Sobre su padre Megabazo (= *Bagabāza*, en persa), cf. IV 143.

[153] A orillas del golfo de Melas, en la costa septentrional del istmo del Quersoneso (cf. VI 36, 2). Dado que en dicha costa había algunas ciudades griegas (como Alopeconeso y Limna), hay que pensar que no fue su situación geográfica, sino su lealtad a Persia (cf. IX 115), lo que evitó su toma.

[154] Perteneciente a la familia de los Filaidas (cf. J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.*, Oxford, 1972, núm. 8429 III). Sobre la genealogía de los Filaidas mencionados por Heródoto, cf., *infra*, nota VI 176. Milcíades el Joven consiguió la tiranía del Quersoneso en 516 a. C.

[155] Hacia el año 555 a. C. (posiblemente instigado por Pisístrato para el mejor control de los estrechos; cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Múnich, 1967, I, págs. 66 y sigs.). Milcíades el Viejo era tío del futuro héroe de Maratón, y su patronímico sugiere un parentesco con los tiranos de Corinto (cf. V 92ε).

pa[156] lo habitaban los doloncos[157], un pueblo tracio. Pues bien, comoquiera que, en el curso de una guerra, los citados doloncos se viesen en dificultades ante los apsintios[158], enviaron a sus reyes a Delfos para consultar al oráculo a pro-
2 pósito de la contienda. Y la Pitia les respondió que se llevaran a su país, como caudillo de su pueblo[159], a la primera persona que, al salir del santuario, les brindara hospitalidad. Los doloncos, entonces, echaron a andar por la Vía Sacra[160]

[156] En el mundo griego había varias penínsulas que recibían ese nombre (el término griego *Chersónēsos* significa algo así como «isla continental»). Los más famosos, sin embargo, eran el Tracio y el Táurico o Traqueo (en el mar Negro, cf. IV 99, 3).

[157] A mediados del siglo v a. C. los doloncos (cf. Plinio, *Hist. Nat.* IV 41) ocupaban la costa traco-occidental de la Propóntide. Cf. J. Wiessner, *Die Thraker*, Stuttgart, 1963.

[158] También un pueblo tracio, establecido al norte del golfo de Melas, que se extendía hasta el río Hebro (cf. nota IV 357). Precisamente, el último afluente del Hebro por la izquierda se llamaba Apsinto.

[159] Literalmente, «como colonizador». Sigo parcialmente la interpretación de J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*..., página 261, que considera que, en este pasaje, el término *oikistḗs* significa «reorganizador» de un Estado. *Vid.* más detalles sobre la cuestión en B. Virgilio, «I termini di colonizzazione in Erodoto e nella tradizione preerodotea», *Atti Accad. Scienze Torino* 106 (1972), 345 y sigs. La historia del envío por parte de los doloncos de unos emisarios a Delfos puede responder a la realidad (al deseo de que en el Quersoneso se establecieran nuevos colonos griegos que hicieran frente a los apsintios), o ser una invención de los Filaidas para justificar la tiranía que allí ejercieron.

[160] Así llamada porque por ella había pasado Apolo al dirigirse a Delfos (los peregrinos que seguían ese camino estaban bajo la protección del dios). Desde allí, en la Fócide, la ruta llegaba a Queronea, en Beocia, bordeaba el lago Copais hasta Tebas, y luego atravesaba el Citerón, hasta Eleusis.

y atravesaron Fócide y Beocia; pero, en vista de que nadie les brindaba hospitalidad, se desviaron en dirección a Atenas[161].

En Atenas, por aquellas fechas[162], Pisístrato detentaba el 35
poder absoluto; pero también poseía una gran influencia Milcíades, hijo de Cípselo, que pertenecía a una familia propietaria de cuadrigas[163] y cuyos orígenes se remontaban a Éaco y Egina[164], si bien por sus antepasados más inmediatos era oriundo de Atenas (Fileo, hijo de Áyax[165], fue el primer miembro de esa familia que obtuvo la ciudadanía
ateniense). El tal Milcíades se encontraba sentado a las 2
puertas de su casa[166], cuando vio pasar por allí a los dolon-

[161] Posiblemente para, desde Falero, embarcarse de regreso al Quersoneso. Algunos críticos, sin embargo, consideran el texto corrupto.

[162] Probablemente durante la primera tiranía de Pisístrato en Atenas (hacia 558 a. C.). Cf. I 64; y J. G. F. Hind, «The Tyrannis and the exiles of Pisistratus», *Classical Quarterly* 24 (1974), 1 y sigs.

[163] Lo cual era un claro signo de riqueza (cf. Aristóteles, *Nubes* 13 y sigs.), ya que se necesitaba disponer de considerables sumas para poder mantener caballos de competición en un país como Grecia, pobre en pastos, y para enviar luego una cuadriga a tomar parte en los distintos juegos. La equitación se consideró entre la nobleza ateniense como una disciplina indispensable, que debía adornar toda buena educación de un joven. De ahí que fuese entre las clases sociales altas donde el hipismo suscitó una mayor predilección.

[164] Lo que, aparentemente, sugiere un origen egineta. Sobre Éaco, cf. nota V 415; sobre Egina, cf. nota V 379.

[165] El rey de Salamina que tan destacada actuación tuvo en la guerra de Troya. Plutarco, *Solón* 10, 2, se manifiesta en el mismo sentido que Heródoto, haciendo a Fileo hijo de Áyax, y cuenta que entregó Salamina a Atenas y adoptó la ciudadanía ateniense. Pausanias (I 35, 2; II 29, 4), sin embargo, hace a Fileo nieto de Áyax (cf. Sófocles, *Schol.* a *Ayax* 575), aunque en lo demás coincide con Heródoto y Plutarco. En general, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 349 y sigs.

[166] Pese a que el *demo* de los Filaidas era Braurón, en la costa oriental del Ática, los miembros de esa familia tenían también posesiones en el de Lacíadas, entre Eleusis y Atenas. Cf. Plutarco, *Cimón* 10.

cos ataviados con una indumentaria que no era la típica de la región y armados con lanzas[167]; así que los llamó para que se acercaran y, cuando lo hicieron, les ofreció albergue, con una afable acogida. Los doloncos aceptaron y, tras haber gozado de su hospitalidad, le revelaron íntegramente la respuesta del oráculo; hecho lo cual, le rogaron que siguiera
3 los dictados del dios. En cuanto la escuchó, la proposición sedujo a Milcíades, dado que se sentía a disgusto con el régimen de Pisístrato y deseaba verse lejos de allí[168]. Sin perder un instante, se dirigió entonces a Delfos para preguntar al oráculo si debía hacer lo que le pedían los doloncos.

36 Como la propia Pitia lo animara a ello, en esa tesitura Milcíades, hijo de Cípselo, que tiempo atrás[169] había obtenido con su cuadriga la victoria en los Juegos Olímpicos[170],

---

[167] Debido a la seguridad ciudadana que reinaba en los estados griegos (particularmente en aquellos gobernados por tiranos), la costumbre de circular armado había desaparecido. Cf. Tucíd., I 6.

[168] Milcíades el Viejo había sido, probablemente, el lugarteniente de Licurgo, el jefe del partido de los terratenientes (cf. I 59, 3), y había participado en las luchas políticas que precedieron a la tiranía de Pisístrato. El interés de que Milcíades se ausentara de Atenas sería, pues, mutuo. Este último querría hacerlo porque, de alguna manera, recobraba su libertad política (aunque continuase siguiendo consignas atenienses; cf. S. Mazzarino, «La politica coloniale ateniese sotto i Pisistratidi», *Rend. Istit. Lombardo* 72 [1938-39], 285 y sigs.), y Pisístrato porque, con ello, se desembarazaba de un peligroso rival.

[169] Posiblemente en la quincuagésima quinta Olimpiada (año 560 a. C.).

[170] Las competiciones ecuestres ocupaban la mañana de la tercera jornada de las seis en que se dividía el programa de los Juegos Olímpicos; y se proclamaba vencedor, no al auriga, sino al afortunado —y casi siempre acaudalado— propietario del tiro ganador. El vehículo de competición utilizado era el *hárma,* el antiguo carro de guerra homérico. Bajo y ligero, constaba solamente de una simple y reducida plataforma inclinada hacia atrás y asentada sobre dos rue-

reclutó a todos aquellos atenienses que deseaban participar en la expedición y zarpó en compañía de los doloncos, tomando posesión de la comarca. Y, por su parte, quienes habían propiciado su llegada le concedieron la dignidad de tirano.

Lo primero que hizo entonces fue levantar un muro en el 2 istmo del Quersoneso, desde la ciudad de Cardia hasta la de Pactia[171], para impedir que los apsintios pudieran invadir la región y saquear sus posesiones. (Por cierto que el istmo mide exactamente treinta y seis estadios; y, a partir de dicho istmo, la longitud total del Quersoneso, mar adentro, es de cuatrocientos veinte estadios[172].)

---

das de gran movilidad, con cuatro radios cada una. Las carreras de cuadrigas (sobre la distancia a recorrer, que oscilaba entre algo más de 6 km. y algo más de 9, cf. PÍNDARO, *Olímpicas* III 33 y 59; PAUSANIAS, VI 13, 9; 16, 4; y L. DRESS, *Der Ursprung der Olympischen Spiele,* Stuttgart, 1972, pág. 71) se establecieron por vez primera en Olimpia en el año 680 a. C. Y, como el hipismo era una competición de marcado sabor nobiliario, la contienda no se limitaba al terreno agonístico propiamente dicho, sino que se extendía a una acusada rivalidad y progresiva emulación por presentar en los concursos los carros más artísticos y lujosos, así como los caballos de mejor raza y estampa. Incluso las propias ciudades solían cooperar colectivamente, a fin de presentar en los Juegos tiros que las representaran. En general, cf. C. DURANTEZ, *Las Olimpiadas griegas* (Comité Olímpico Español), [s. l.], 1977, págs. 285 y sigs.

171 Distantes entre sí unos 6,5 km. En realidad, el muro no se levantó de ciudad a ciudad, sino en el territorio de ambas. La fortificación fue reconstruida por Pericles (cf. PLUTARCO, *Pericles* 19), por Dercílidas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 8 y sigs.), y posteriormente por el emperador Justiniano. Sobre Cardia, cf. *supra* nota VI 153. Pactia poseía un próspero puerto en la costa helespóntica del Quersoneso (ya a la entrada de la Propóntide), que declinó al fundar Lisímaco la ciudad de Lisimaquia.

172 Respectivamente, 6,4 y 74,6 km., distancias que son muy aproximadas a la realidad (desde el citado istmo hasta el cabo Mastusia, en la extremidad suroccidental del Quersoneso, hay unos 70 km.).

37 Pues bien, después de haber levantado un muro en el punto más estrecho[173] del Quersoneso, logrando de esta manera contener a los apsintios, Milcíades a los primeros habitantes de la zona a quienes declaró la guerra fue a las gentes de Lámpsaco[174]; pero estos últimos le tendieron una emboscada y lo hicieron prisionero. Sin embargo Milcíades se había granjeado la amistad del lidio Creso, por lo que, cuando éste se enteró de lo ocurrido, envió emisarios conminando a los lampsacenos a poner en libertad a Milcíades, ya que, de lo contrario —los amenazó—, iba a exterminarlos como a un pino.

2 En sus cavilaciones, los de Lámpsaco no atinaban con lo que quería decir la afirmación, que en son de amenaza les había dirigido Creso, de que iba a exterminarlos como a un pino. Finalmente, un anciano consiguió comprender su verdadero significado[175], diciéndoles que el pino es el único árbol del mundo que, una vez talado, no vuelve a retoñar,

[173] Literalmente, «el cuello». Para una metáfora similar, cf. I 72, 3.

[174] Lámpsaco, localidad colonizada por los foceos hacia el año 654 a. C., estaba situada en la costa asiática del Helesponto, a unos 20 km. al SO de Pactía. Sin duda Milcíades deseaba hacerse con el dominio de una plaza fuerte en la orilla asiática del estrecho para el mejor control del mismo.

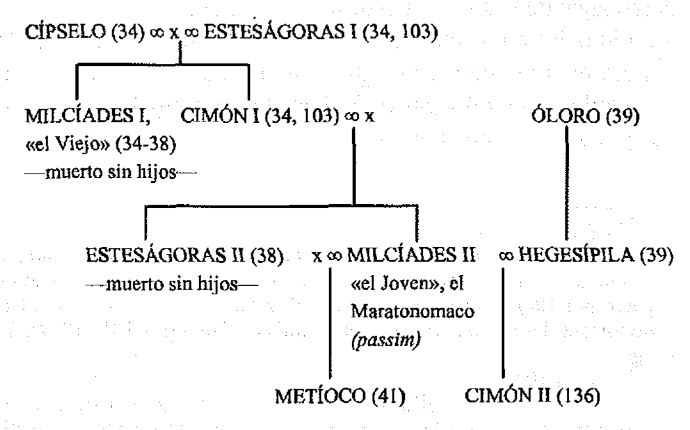
[175] El nombre de Lámpsaco, antes de la llegada de los foceos, era *Pitiusa* («la rica en pinos»; sobre el motivo que indujo a los foceos a cambiar la denominación de la ciudad, cf. Plutarco, *Moralia* 255); y de ahí la amenazadora alusión de Creso. Heródoto no debió de leer los *Hôroi Lampsakēnôn* (o «Crónicas Lampsacenas») de Caronte de Lámpsaco (historiador contemporáneo o algo más antiguo que Heródoto, del que sólo se han conservado fragmentos de las obras que se le atribuyen), ya que éste se refería al antiguo nombre de la ciudad; cf. fr. 7, *F. Gr. Hist.* 262.

sino que se pierde definitivamente. En suma que, por temor a Creso, los lampsacenos pusieron en libertad a Milcíades y dejaron que se marchara.

Milcíades, pues, pudo escapar gracias a la intervención 38
de Creso. Pero, poco después, murió sin dejar hijos, por lo que legó su cargo y sus bienes a Esteságoras, el hijo de su hermano uterino Cimón[176]. A raíz de su muerte los habitantes del Quersoneso —como suele hacerse para recordar al fundador de una ciudad[177]— ofrecen en su honor sacrificios, y en su memoria celebran un certamen ecuestre y atlético[178] en el que no puede participar ningún natural de Lámpsaco.

---

[176] La genealogía que Heródoto cita en el libro VI, a propósito de los Filaidas, es la siguiente (entre paréntesis figuran los capítulos en que se mencionan a los distintos personajes):



[177] Cf. nota V 204.

[178] Se trataba, pues, de un culto que se le tributaba en calidad de héroe y que comprendía —como en los funerales de Patroclo, en la *Ilíada*— concursos atléticos. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...*, I, págs. 184-191 y 715-719.

2 Pero resulta que, durante una guerra librada contra los lampsacenos, el propio Esteságoras, que carecía de hijos, encontró la muerte, cuando, en el pritaneo[179], recibió en la cabeza un hachazo que le propinó un pretendido desertor, que en realidad era un enemigo, y bastante fanático por cierto.

39 Una vez muerto el propio Esteságoras de la manera que he relatado fue cuando los Pisistrátidas[180] enviaron al Quersoneso, a bordo de un trirreme, para que se hiciese cargo de la situación, a Milcíades, hijo de Cimón y hermano del difunto Esteságoras, a quien ya en Atenas habían testimoniado una gran consideración, como si en realidad no hubiera tenido nada que ver con el asesinato de su padre [Cimón],
2 cuyos pormenores expondré en otro pasaje de mi obra[181]. Al llegar al Quersoneso, Milcíades se recluyó en su residencia, so pretexto de que deseaba guardarle luto a su hermano Esteságoras. Cuando tuvieron noticias de ello, los principales personajes de todo el Quersoneso abandonaron sus respectivas ciudades para reunirse y acudir en comité, a fin de darle el pésame, momento en el que, a una orden suya, fueron encarcelados. Por otra parte, Milcíades contrató los servicios de quinientos mercenarios, con lo que, como es natural[182],

---

179 Cf. nota V 319.

180 Los hijos de Pisístrato, Hipias e Hiparco. Milcíades fue enviado al Quersoneso en el año 516 a. C.; es decir, dos años antes del asesinato de Hiparco por Harmodio y Aristogitón. Cf. V 55, y F. Heidbüchel, «Die Chronologie der Peisistratiden in der Atthis», *Philologus* 101 (1957), 70 y sigs.

181 Cf. VI 103, 3.

182 Dado que había eliminado la posible resistencia de los cabecillas locales (sobre la costumbre de ir a dar el pésame a un dinasta, cf. *II Samuel* X 1). W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, *ad locum*, sugieren la posibilidad de que esos personajes preeminentes fuesen inmigrantes eolios —griegos, por lo tanto—, que no desearían ser regidos por un tirano; recuérdese que la tiranía del Quersoneso se basaba en su aceptación por parte

se hizo con el control del Quersoneso; y, además, contrajo matrimonio con Hegesípila, hija de Óloro, el rey de los tracios[183].

Pues bien, el tal Milcíades, el hijo de Cimón, acababa de 40
llegar al Quersoneso cuando, a su llegada, se vio amenazado por nuevos peligros, más graves incluso que los que ya le habían amenazado[184]. (Pues, dos años antes de los hechos a

---

de la población dolonca. Y tracios debían de ser los mercenarios de Milcíades.

[183] Con lo que su posición en la península se veía notablemente reforzada. Pese a que Heródoto llama a Óloro «rey de los tracios», sin duda lo era de una sola tribu (cf. V 3, 1), probablemente de los *sapeos*, que estaban establecidos en el curso bajo del río Nesto. Hegesípila es posible que fuera, en un segundo matrimonio, madre de Óloro, el padre del historiador Tucídides (cf. Tucíd., I 104, 4), dado que el sepulcro de este último figuraba entre las tumbas de la familia de Cimón II, el hijo de Hegesípila en su matrimonio con Milcíades (cf. Plutarco, *Cimón* 4; y A. Lesky, *Geschichte der griech. Literatur* = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M.ª Díaz-Regañón y B. Romero], Madrid, 1968, pág. 486).

[184] El pasaje no resulta excesivamente claro (es posible que Heródoto no lo revisara, y de ahí las incongruencias que presenta; sobre todo citar el regreso de Milcíades al Quersoneso antes de haber mencionado la incursión de los escitas, que fue lo que motivó su marcha), y ha sido diversamente interpretado. Cf. un estado de la cuestión en F. Prontera, «Per l'interpretazione di Erodoto VI, 40», *Parola del Passato* 27 (1972), 111 y sigs. (aunque, luego, sus conclusiones son ciertamente discutibles).

La interpretación más coherente estriba en entender que Milcíades acababa de llegar al Quersoneso (lo habría hecho más o menos en 494 a. C., según se infire de lo que con posterioridad dice Heródoto, por lo que era un regreso, pues su primera llegada a la península se había producido en 516), después de haber tenido que escapar al peligro que suponía la invasión de los escitas (los peligros que ya le habían amenazado, y que el historiador pasará a relatar a continuación), cuando, en 493 a. C., se vio amenazado por nuevos y peores peligros: la incursión de la flota fenicia, dueña del Egeo oriental tras la derrota de los jonios en Lade.

que me refiero[185], tuvo que huir de los escitas. Resulta que los escitas nómadas[186], ante la provocación que les había inferido el rey Darío, reunieron sus fuerzas y avanzaron hasta
2 el Quersoneso que nos ocupa[187]. Sin aguardar su ataque, Milcíades huyó de la zona hasta que los escitas se retiraron y los doloncos propiciaron nuevamente su regreso[188]. Esto, repito, había ocurrido dos años antes de los avatares en que, por esas fechas, se veía inmerso.)

41 Al recibir, en aquellos momentos[189], noticias de que los fenicios se encontraban en Ténedos, Milcíades cargó cinco trirremes con las riquezas que tenía a mano y zarpó con rum-

---

[185] Es decir, en 495 a. C.; pues el historiador ha interrumpido en el capítulo 33 la narración de las operaciones de la flota fenicia en la zona de los estrechos —que se desarrollaron en 493—, para trazar una digresión sobre la tiranía de los Filaidas en el Quersoneso Tracio.

[186] Cf. IV 19, y nota IV 79.

[187] Resulta difícil admitir una incursión de los escitas (que habitaban al norte del Danubio) por los motivos aducidos por el historiador, ya que la campaña escítica de Darío tuvo lugar en 514-513 a. C. (para otras dataciones, cf. J. M. Balcer, «The date of Herodotus IV 1, Darius' Scythian expedition», *Harvard Studies in Classical Philology* 76 [1972], 99 y sigs.), lo que implicaría un plazo de 20 años para que los escitas se hubiesen decidido a vengarse. Lo más verosímil es suponer que, aprovechando la revuelta jonia, algunas tribus nómadas tracias realizaran correrías en pos de botín.

[188] Es extraño que Milcíades no ofreciera resistencia. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 28, nota 5, sugiere la posibilidad de que el Quersoneso no hubiese sufrido invasión alguna y que Milcíades tuviera que marcharse ante la creciente hostilidad de los griegos establecidos en las distintas ciudades. De ser ello así, Heródoto se habría atenido, para su narración, a una fuente de información favorable a los Filaidas que tergiversó los hechos.

[189] Heródoto reemprende la narración interrumpida en el capítulo 33, relatando los «nuevos peligros» en que Milcíades se vio implicado, aludidos en el parágrafo 1 del capítulo anterior. Estamos, pues, en el año 493.

bo a Atenas[190]. Como partió de la ciudad de Cardia, la travesía la efectuaba por el golfo de Melas. Sin embargo, mientras costeaba el Quersoneso[191], los fenicios se lanzaron al abordaje de sus naves. Pues bien, por lo que al propio 2 Milcíades se refiere, consiguió refugiarse en Imbros[192] con cuatro de sus navíos; pero los fenicios se dirigieron en persecución de su quinto trirreme, capturándolo.

Se daba la casualidad de que al mando de dicha nave se hallaba Metíoco, el mayor de los hijos de Milcíades, que no había sido alumbrado por la hija del tracio Óloro, sino por otra mujer[193]. Los fenicios lo atraparon al apresar la nave y, 3 cuando se enteraron de que era hijo de Milcíades, lo condujeron a presencia del rey, en la creencia de que obtendrían una cuantiosa recompensa, ya que, como es sabido, Milcíades, en la sesión que mantuvieron los jonios, se había mostrado partidario decidido de seguir las indicaciones de los escitas, cuando estos últimos les pedían que destruyeran el puente de barcas y que regresaran con sus naves a su pa-

---

190 Acerca de este regreso de Milcíades a su patria, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 218-220.

191 Por su litoral norte. Sin duda Milcíades esperaba que, al atravesar el golfo de Melas, lograría escapar a los navíos fenicios con mayor facilidad que si intentaba atravesar el Helesponto.

192 Isla situada en el Egeo nororiental, a unos 25 km. al oeste de la costa occidental del Quersoneso. Como Imbros había sido conquistada por los persas en la campaña que, en 512-511 a. C., acaudilló Ótanes, hay que pensar que, durante la sublevación jonia, la isla había logrado escapar del yugo persa (cf. *infra*, nota VI 714).

193 Por la primera mujer de Milcíades el Joven, que era ateniense y tal vez pariente de Hipias (los Filaidas habían estado en buenas relaciones con los Pisistrátidas con anterioridad al asesinato de Cimón I, cf. VI 103). Cf. H. T. Wade Gery, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, pág. 167.

tria[194]. Sin embargo, al llevarle los fenicios a Metíoco, el hijo de Milcíades, Darío no le hizo daño alguno, sino que lo colmó de bienes[195]; pues le dio una casa, un patrimonio y una esposa de raza persa con la que tuvo hijos que fueron considerados persas de pleno derecho. Por su parte Milcíades, desde Imbros, se trasladó a Atenas.

42 *Reorganización de la administración persa en Jonia*

Durante el año en curso los persas no llevaron a cabo ninguna operación que, para los jonios, representara un recrudecimiento de las hostilidades realizadas hasta el momento[196]. Todo lo contrario, en dicho año, adoptaron una serie de medidas que beneficiaron mucho a los jonios; fueron las siguientes. Artáfrenes, el gobernador de Sardes, ordenó que acudieran representantes de las ciudades y obligó a los jonios a concertar tratados entre sí, para que resolviesen sus diferencias legalmente y evitar sus mutuos saqueos

---

[194] Cf. IV 137. Sobre la dudosa historicidad de que Milcíades hubiese sustentado semejante parecer, cf. H. Berve, *Miltiades. Studien zur Geschichte des Mannes und seiner Zeit* (Hermes. Einzelschriften 2), Francfort M., 1937, págs. 41 y sigs.

[195] La costumbre de conceder mercedes a los hijos de peligrosos rivales políticos parece ser que se hallaba generalizada en el Próximo Oriente. Así, el faraón Nekao (en egipcio *Wḥmib-R'*, que reinó de 609 a 594 a. C.), segundo monarca de la dinastía XXVI, designó a *Yehoyakín* como rey de Judá, en lugar de su padre *Yosiyahu* (cf. *II Reyes* XXIII 34); y lo propio hizo el rey de Babilonia, Nabucodonosor II (605-562), con *Sidqiyahu,* en lugar de su tío *Yehoyakín* (cf. *II Reyes* XXIV 17).

[196] Hasta el año 493 a. C. La toma de Mileto (cf. VI 18), la sumisión de las islas más importantes, como Samos (merced a la defección de los samios en Lade; cf. VI 13), Quíos y Lesbos (reducidas por la flota fenicia; cf. VI 31), así como la recuperación del control de los estrechos por parte de la flota persa (cf. VI 33), habían puesto fin a la resistencia jonia. La sublevación que iniciara Aristágoras en otoño del año 499 (cf. V 35 y sigs.) había terminado con el triunfo persa.

y pillajes[197]. Tras imponerles la negociación de tales acuer- 2
dos, hizo medir sus tierras en *parasangas*[198] —así denominan los persas al equivalente a treinta estadios— y, una vez terminada la medición con arreglo, insisto, a ese sistema, fijó los tributos de las distintas ciudades, tributos que, desde entonces, han seguido perdurando ininterrumpidamente en la región, incluso hasta mis días[199], tal y como los fijó Artá-

[197] La política persa durante el reinado de Darío fue bastante permisiva en todos los conceptos (cf. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, págs. 119 y sigs.), y las ciudades griegas sometidas gozaron de una relativa libertad en sus relaciones mutuas. Según DIODORO, X 25 (quizá siguiendo a Éforo; cf. W. KOLBE, «Diodors Wert für die Geschichte der Pentekontaetie», *Hermes* 72 [1937], 241 y sigs.), fue Hecateo quien influyó en el sátrapa Artáfrenes para la adopción de tales medidas (la prohibición de que los jonios guerreasen entre sí tuvo también vigencia durante la época en que Atenas controló la zona; cf. TUCÍD., I 115), pero esa afirmación debe de responder a la tradición según la cual Hecateo era un buen exponente de jonio astuto (y de la que Heródoto se hace eco en ocasiones; cf., por ejemplo, V 36, 2-3; 125).

[198] Medida de longitud persa que equivalía a 5,32 km. (30 estadios suponían exactamente 5.328 m.), aunque sus dimensiones no eran unánimemente aceptadas por todos los autores antiguos. Inicialmente fue una medida itineraria equivalente, poco más o menos, a la marcha de una hora de caballo (y de ahí su nombre persa, en el que se agrupan el preverbio *fra-*, «hacia adelante»; el sustantivo *asa*, «caballo»; y el verbo *gam-*, «ir»).

[199] El historiador no puede estar indicando que los tributos fijados por Artáfrenes seguían pagándose a Persia *en su época*, ya que, durante un largo período del siglo v (desde 479 a. C. hasta poco antes de 412), los griegos de Asia, integrados en la confederación delo-ática, escaparon al control efectivo del imperio persa. Hay que notar que Heródoto no habla de pago, sino de fijación de impuestos, dos conceptos diferenciados entre sí (en griego existe ambigüedad para nuestros términos actuales «tasación» y «tributo»; pues *phóros* puede significar tanto la cantidad de tributo recibida, como la cantidad fijada previamente y recibida con arreglo a esa fijación; pero, asimismo, puede significar la cantidad fijada pero no necesariamente recibida, que es la interpretación más plausible en este contexto; cf. O. MURRAY, «'O 'ΑΡΧΑΙΟΣ ΔΑΣΜΟΣ», *Historia* 15 [1966], 144 y sigs.). La fijación

frenes (la carga tributaria venía a representar la misma suma que ya rigiera con anterioridad[200]).

Primera expedición persa contra Grecia

43 Tales fueron las medidas de carácter pacífico que los persas impusieron a los jonios. Pero, al llegar la primavera[201], todos los generales quedaron relevados del mando por orden del rey[202] salvo Mardonio, hijo de Gobrias[203] que bajó a la costa acompañado de un numero-

---

tributaria pudo permanecer inalterada en los registros reales durante la supremacía de Atenas en el Egeo (muy probablemente los atenienses se sirvieron de ella para establecer, en tiempos de Arístides [478-477 a. C.], la contribución económica de las ciudades aliadas a la liga común contra Persia; cf. B. D. MERITT, H. T. WADE GERY y M. F. MC GREGOR, *The Athenian Tribute Lists,* Princeton, 1951, III, págs. 275 y sigs.), en tanto que el pago efectivo no sería reclamado por Persia, sirviéndose de la fuerza, hasta quizá 413 (cf. TUCÍD., VIII 5, 5: «Tisafernes procuraba ganarse a los peloponesios..., pues el rey le había exigido recientemente los tributos que adeudaba de su provincia, y que no podía obtener de las ciudades griegas a causa de los atenienses»), cuando Atenas parecía incapaz ya de impedirlo. Sobre este pasaje concreto, y sus implicaciones con otros aspectos de la historia griega de mediados del siglo v a. C., cf. C. SCHRADER, *La paz de Calias. Testimonios e interpretación,* Barcelona, 1976, págs. 127-133, donde se incluye estado y crítica de la cuestión.

[200] En la tributación establecida, hacia 520 a. C., por Darío (cf. III 90, 1), y que ascendía, para la primera satrapía —donde, según la lista de Heródoto, estaban encuadrados los jonios—, a cuatrocientos talentos de plata (unos 13.476 kg.). Lo que varió, pues, fue la distribución de los impuestos, quizá favoreciendo a las comunidades que no habían tomado parte muy activa en la sublevación. K. KRAFT («Bemerkungen zu den Perserkriegen», *Hermes* 62 [1964], 160 y 161) ha apuntado la hipótesis de que los impuestos se establecieran a partir de la superficie de los bienes raíces, algo que era inusual en Atenas.

[201] La del año 492 a. C.

[202] Probablemente porque tanto las tropas como sus jefes estaban agotados, después de las largas campañas que habían tenido que realizar.

[203] Uno de los siete conjurados contra Bardiya (cf. III 70 y sigs.); cf. nota III 352. Mardonio es la transcripción griega del persa *Marduniya*

sísimo ejército de tierra y de abundantes tropas de marina. (El tal Mardonio era un individuo joven y acababa de contraer matrimonio con Artozostra, una hija del rey Darío[204].)

Cuando, al frente de esas fuerzas, llegó a Cilicia[205], el 2
propio Mardonio embarcó en un navío y se hizo a la mar con el resto de la flota, mientras que otros oficiales conducían hacia el Helesponto a las tropas de tierra. Costeando el 3
litoral de Asia, Mardonio se presentó en Jonia y entonces —voy a decir algo que causará una profunda extrañeza a los griegos que se niegan a admitir que Ótanes, en la sesión que mantuvieron los siete persas, se mostrara partidario de que en Persia había que instaurar un régimen democrático[206]—

(sobre su etimología, que presenta problemas, cf. R. G. Kent, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon,* New Haven, 1950, 203a, con bibliografía).

[204] Mardonio era, pues, yerno de Darío, por su matrimonio con Artozostra; sobrino del monarca, pues su padre Gobrias lo había tenido con una hermana de Darío; y cuñado, pues una hermana suya estaba casada con el Gran Rey. Sobre la finalidad de nombrar a miembros de la familia real para cargos importantes, cf. nota III 662.

[205] Región sudoriental de Anatolia.

[206] Acerca del «debate» que, sobre el mejor régimen de gobierno para Persia, mantuvieron los siete conjurados contra «el mago Esmerdis», cf. III 80-82 (el alegato de Ótanes en pro de la democracia ocupa los parágrafos 2-6 del cap. 80). Sobre el debate en general, cf. nota III 391. K. von Fritz, *Griechische Geschichtsschreibung I. Von den Anfängen bis Thucydides,* Berlín, 1967, págs. 309 y sigs., ha sugerido que, si en el mundo griego existían serias dudas sobre la autenticidad histórica del pasaje (para un griego resultaría increíble en labios de un persa una proposición tendente a establecer en el imperio una democracia), es posible inferir que una discusión similar podía haber circulado, con anterioridad al relato del historiador, en alguna fuente escrita —alguna *Historia de Persia*—, o bien oralmente.

destituyó personalmente a todos los tiranos jonios y estable-
4 ció en las ciudades gobiernos democráticos[207]. Hecho esto, se dirigió a marchas forzadas al Helesponto[208]. Una vez que se hubo concentrado un cuantioso número de naves, así como un nutrido ejército de tierra, los persas cruzaron el Helesponto a bordo de sus navíos y emprendieron la marcha a través de Europa, teniendo como objetivo Eretria y Atenas.

[207] La medida adoptada por Mardonio no fue general, ya que en muchas ciudades griegas la tiranía sobrevivió a la revuelta jonia (cf. VIII 132, para Quíos; VI 25, para Samos; VII 164, para Cos; VII 99, para Halicarnaso; TUCÍD., VI 59; *vid.*, además, A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 222), y respondía simplemente al oportunismo persa, en su línea tradicional de conciliación con los países sometidos, pues, con tal de que sus súbditos se mantuvieran tranquilos (y la existencia de regímenes tiránicos había sido una de las causas fundamentales de la sublevación jonia; cf. nota V 113), les era indiferente el régimen político de que disfrutasen.

[208] Desde las medidas adoptadas por Darío, cuando relevó del mando a los generales que dirigieron las operaciones contra los jonios, hasta las tomadas por Mardonio en Jonia, debieron de transcurrir algunos meses. De ahí la prisa de Mardonio por alcanzar el Helesponto, probablemente para poder llevar a cabo la campaña antes de la llegada del mal tiempo. Y, como emprendió su expedición ya entrado el verano, hay que suponer (pese a que Heródoto afirma que el objetivo persa era atacar Eretria y Atenas) que Mardonio sólo intentaba reducir la parte aún no sometida de Macedonia y Tracia. Cf. H. U. INSTINSKY, «Herodot und der 1. Zug des Mardonios gegen Griechenland», *Hermes* 84 (1956), 477 y sigs.

Fracaso de la campaña de Mardonio por el naufragio de la flota en el Atos

De hecho esas ciudades[209] constituían un pretexto para su expedición; pero, como, en realidad, tenían el propósito de conquistar el mayor número posible de ciudades griegas, ante todo sometieron —naturalmente[210] mediante la intervención de la flota— a los tasios, que no ofrecieron resistencia alguna, mientras que, con las fuerzas de tierra, incorporaron Macedonia a la serie de países que tenían esclavizados[211] 44

---

[209] Es decir, castigar a Eretria y a Atenas por la ayuda —exigua ayuda— que habían prestado a los rebeldes jonios (cf. V 99, 1). En realidad, esta afirmación de Heródoto es incorrecta (pues la expedición de Mardonio tenía otros objetivos), pero se atiene a la interpretación que de los hechos extrajeron los griegos *a posteriori.* El historiador sostiene (cf. V 97, 3) que el envío de las veinte naves atenienses en socorro de los jonios «fue un germen de desgracias» *(archḗ kakôn);* esto es, que, entre el incendio de Sardes, en 498 a. C., y la destrucción de Atenas, en 480 (cf. VIII 50-53), veía una relación lógica. Pero esa relación es más compleja. De hecho, el enfrentamiento llegó a producirse por el expansionismo aqueménida de base teológica —del que la expedición contra Escitia es sintomático—: los persas aspiraban a la dominación del mundo, tal y como les prometía su dios supremo, Ahuramazdah. Las causas de las guerras médicas estriban, en última instancia, en el dominio persa sobre gran parte del Egeo, lo cual los ponía en contacto con los pueblos de Grecia peninsular. Es posible que Darío estuviese convencido, a raíz de la revuelta jonia, de que la seguridad en los dominios occidentales del imperio sólo podía conseguirse mediante la sumisión de todo el mundo griego. Pero, en cualquier caso, fueron los atenienses quienes, una vez conseguida la victoria, empezaron a difundir la creencia de que los persas venían preparándose contra ellos desde el año 498. Cf. V. Martin, «La politique des Achémenides. L'exploration, prélude à la conquête», *Museum Helveticum* 22 (1965), 38 y sigs. (aunque algunos de sus puntos de vista son discutibles).

[210] Por el carácter isleño de los tasios.

[211] La dominación nominal sobre Macedonia, que consiguió Megabazo por medios diplomáticos (cf. V 17, 1), debió de ser sustituida ahora por una dominación militar, extendiéndose la hegemonía persa desde el

(pues todos los pueblos situados al este de Macedonia[212] habían caído ya en sus manos).

2 Acto seguido, desde Tasos arrumbaron sus naves hacia el vecino continente[213] y, bordeando sus costas, siguieron adelante, hasta Acanto[214]; posteriormente, partiendo de Acanto, intentaron doblar el Atos[215]. Sin embargo, mientras lo estaban costeando, se abatió sobre ellos un violento huracán del norte, imposible de capear, que diezmó terriblemente a la flota, pues lanzó a gran parte de las naves contra
3 el Atos. Según cuentan, los navíos que se fueron a pique ascendieron a unos trescientos, mientras que las pérdidas humanas superaron las veinte mil bajas. Pues, como esas aguas del mar que baña el Atos están infestadas de fieras marinas[216], unos perecieron víctimas de esos animales, y otros

---

Estrimón hasta Tesalia. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'evénement d'Alexandre le Grand,* París, 1960, págs. 49 y sigs.

[212] Literalmente, «a este lado de Macedonia»; es decir, hablando desde un punto de vista persa. Los pueblos sometidos lo habían sido por Megabazo en su campaña de 513-512 a. C. (sobre los perintios, cf. V 1; sobre los tracios, V 2 y sigs.; sobre los peonios, V 12 y sigs.).

[213] Es decir, hacia Europa, dirigiéndose a las costas egeas de Tracia.

[214] Localidad situada a orillas del golfo del Estrimón, en las proximidades del istmo que unía la península de Acté con la Calcídica (en la zona en que posteriormente Jerjes mandó construir el canal que evitaba la circunnavegación del Atos; cf. VII 22 y sigs.).

[215] Monte de 2.032 m. de altura situado en la extremidad sudoriental (que constituye el cabo Ninfeo) de la península de Acté, que penetra en el Egeo, desde la Calcídica, en una longitud de unos 45 km. La península carece de puertos, sus aguas son bastante profundas, y las corrientes hacen peligrosa la navegación.

[216] Posiblemente tiburones grises, escualo que alcanza los 3 m. de longitud, y marrajos, que llegan a medir 4 m. Ambas especies habitan en el Mediterráneo y pueden llegar a ser muy peligrosas para el hombre. Algunos críticos, sin embargo, consideran que Heródoto está exagerando.

despedazados contra las rocas. Había algunos que no sabían nadar, y ello fue lo que les ocasionó la muerte; otros, finalmente, perecieron de frío[217]. Tal fue, en definitiva, la suerte de la fuerza naval.

Entretanto, mientras se encontraban acampados en Ma- 45
cedonia, a Mardonio y al ejército de tierra los atacaron durante una noche los tracios brigos[218], que mataron a muchos soldados e hirieron al propio Mardonio. Ese pueblo, empero, tampoco consiguió escapar al yugo de los persas, ya que, como era de esperar, Mardonio no abandonó esos parajes hasta haberlos sometido. No obstante, una vez que los hubo 2
sojuzgado, ordenó la retirada de las tropas, debido al descalabro que había sufrido con el ejército ante los brigos y al terrible desastre de su flota en las inmediaciones del Atos. Esa expedición, en suma, regresó a Asia tras una desgraciada campaña[219].

---

[217] Es probable que el naufragio no ocurriera a la ida, sino cuando la expedición de Mardonio regresaba (por lo que no le obligaría, como sostiene Heródoto, a renunciar a sus planes contra Atenas), a finales del otoño del año 492, lo que explicaría la frialdad del agua. Sin duda, los hombres que no sabían nadar serían asiáticos de tierra adentro (cf. VIII 89).

[218] Pueblo que, posiblemente, residía entre los cursos bajos del Axio y el Haliacmón, a orillas del golfo Termaico.

[219] A excepción del desastre sufrido por la flota, hay que considerar (admitiendo que la campaña de Mardonio se proponía consolidar el dominio militar persa en Tracia occidental y Macedonia) que los persas se retiraron después de haber cumplido su misión, y que la expedición no fue, ni mucho menos, un fracaso. Cf. VII 9 y 108; y H. Castritius, «Die Okkupation Thrakiens durch die Perser», *Chiron* 2 (1972), 1 y sigs.

46 *Darío frustra una posible sublevación en Tasos*

Durante el año que siguió a esos acontecimientos[220], lo primero que hizo Darío fue despachar un emisario a los tasios (que habían sido acusados por sus vecinos[221] de estar tramando una sublevación), ordenándoles que demoliesen su muralla y que llevasen sus naves a Abdera[222]. Resulta que los tasios, debido al asedio de que habían sido objeto por parte de Histieo de Mileto[223], y ante los importantes ingresos con que contaban, estaban empleando esas sumas en la construcción de navíos de combate y en rodearse de un muro defensivo más sólido.

3 Por cierto que sus ingresos procedían del continente[224] y de sus minas; concretamente, de las minas de oro de Escaptila

[220] En 491 a. C.

[221] Puede deducirse de las órdenes emitidas por Darío que esos vecinos fueron los abderitas, que permanecieron leales a los persas durante el período de la sublevación jonia (cf. VIII 120), tal vez con el propósito de adueñarse de las posesiones que Tasos tenía en la costa tracia. Sobre la posible duplicidad de fuentes en que se basó Heródoto para narrar la sumisión de Tasos (ya referida en VI 44, 1); lo cual le habría llevado a relatar en dos años sucesivos un mismo hecho, cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth, and sixth books...*, II, págs. 75-76. No obstante, el historiador puede estar en lo cierto y la orden del monarca ser un año posterior a la expedición de Mardonio.

[222] Ciudad situada en la costa tracia, entre los ríos Nesto y Travo, a unos 30 km. al NE de Tasos. Pese a que había sido colonizada por Clazómenas en el siglo VII a. C., y recolonizada por Teos hacia 540, debía de contar con un importante núcleo de población oriental (el nombre de la ciudad tiene origen fenicio), como revelan sus monedas. Cf., por ejemplo, B. V. Head, *Historia numnorum. A manual of Greek numismatics*, Oxford, 2.ª ed., 1911, pág. 253.

[223] Cf. VI 28, 1.

[224] De los establecimientos situados en la región tracia de Pieria, en las inmediaciones del monte Pangeo —famoso en la Antigüedad por su riqueza aurífera—, como Estrime (cf. VII 108), Galepso (cf. Tucíd., IV 107), y Datón (cf. Estrabón, VII 33). Escaptila (que significa «bosque

obtenían, por lo general, ochenta talentos[225]; y de las situadas en la propia Tasos una cifra inferior a la citada, pero lo bastante importante como para que, por lo regular, los tasios —que estaban exentos de pagar impuestos por los productos agrícolas— obtuvieran del continente y de las minas doscientos talentos anuales (y trescientos cuando el rendimiento era óptimo[226]). Yo he visto con mis propios ojos[227] 47
dichas minas y, entre ellas, eran particularmente curiosísimas las que descubrieron los fenicios que acompañaron a Taso en la colonización de esa isla[228] (que recibe su nombre

excavado», aludiendo a las actividades mineras allí realizadas) se hallaba en esa misma zona.

225 Aproximadamente 2.073,5 kg.

226 Respectivamente, unos 5.184 y 7.776 kg. de oro, una suma realmente elevada teniendo en cuenta la escasez aurífera de Grecia y la relación oro-plata (que en Grecia se fijaba por lo general en 1: 13 2/3). La riqueza de los tasios se mantuvo durante algunos años (cf. VII 118) y, aunque durante la hegemonía ateniense disminuyó, por pasar Atenas a controlar la zona del Pangeo, el tributo que Tasos pagaba a la liga delo-ática siguió siendo relativamente elevado en comparación con el que abonaban otros miembros de la misma. Cf. G. F. Hill, *Sources for Greek History. Between the persian and peloponnesian wars,* Oxford, 1951 (nueva edición supervisada por R. Meiggs y A. Andrewes), págs. 414-415.

227 Posiblemente durante el viaje del historiador a la isla para recabar informaciones sobre la figura de Heracles (cf. II 44, 4).

228 Heródoto data la colonización fenicia de Tasos (llevada a cabo por tirios que iban en busca de su princesa Europa, hija del rey de Tiro, Agenor, que había sido raptada por Zeus, metamorfoseado en toro, y conducida a Creta) cinco generaciones antes del nacimiento de Heracles (cf. II 44, 4); es decir, unos 1.050 años antes de su época, ya que el historiador calculaba unos 900 años desde Heracles hasta sus días (sobre el problema que para Heródoto suponía datar hechos acaecidos en época mítica, cf. nota V 274).

2 actual en memoria de Taso, el citado fenicio[229]). Esas minas que se remontan a los fenicios se hallan en Tasos entre dos parajes denominados Enira y Cenira, frente a Samotracia[230]; consisten en un gran monte que, en el curso de las prospecciones, ha quedado derruido. En esto estriba, en definitiva, la cuestión de las minas.

48 Por su parte los tasios, ante la orden del rey, demolieron su muralla y, asimismo, llevaron todas sus naves a Abdera.

Ultimátum de Darío a Grecia

Acto seguido Darío quiso sondear a los griegos para saber si se proponían luchar contra él o si pen-
2 saban someterse. En consecuencia, envió diversos heraldos —que tenían la misión de dirigirse a las distintas regiones de Grecia—, con la orden de exigir, en nombre del rey, la tierra y el agua[231]. A esos heraldos, repito, los envió a Grecia,

---

[229] Sin duda una *interpretatio graeca* del nombre de la isla (Esteban de Bizancio y Hesiquio, *s. v.*, afirman, respectivamente, que Tasos se había llamado en tiempos remotos Aeria u Odonis), ya que otras localidades y establecimientos relacionados con los comerciantes fenicios llevaban nombres que pueden relacionarse con el de esta isla (piénsese, por ejemplo, en Tarso o en Tarteso). Tasos fue colonizada por gentes de Paros (cf. Tucíd., IV 104, 4) hacia el año 700 a. C. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, pág. 458.

[230] Es decir, en la costa sudoriental de la isla (Samotracia dista de Tasos unos 60 km. en dirección SE). Las minas a que alude Heródoto no han sido localizadas. Cf. F. von Hiller, *s. v. Thasos, R. E.* 5 A, 2 (1934), cols. 1310 y sigs.

[231] Sobre el significado de tal petición, cf. nota V 65. Es probable que este envío de heraldos en el año 491 a. C. no sea histórico (cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Múnich, 4.ª ed., 1969, pág. 163), y que Heródoto sufriera una confusión con el hecho idéntico que se produjo en 481 a instancias de Jerjes (cf. VII 32). La crítica, sin embargo, no se muestra unánime en este punto (cf., por ejemplo, K. Kraft, «Bemerkungen zu den Perserkriegen»..., págs. 144 y sigs.), considerando que Darío, tras la revuelta de Jonia y el éxito estratégico de la expedición de Mardo-

mientras que a otros los despachó a las diferentes ciudades marítimas que le pagaban tributo, ordenándoles que construyesen navíos de combate y transportes para los caballos[232].

Sumisión simbólica de muchos pueblos griegos. Atenas acusa a Egina de traición

Como es natural las ciudades 49
sometidas se entregaron a tales preparativos. Por su parte, a la llegada de los heraldos a Grecia, muchos pueblos del continente[233] accedieron a las exigencias que presentaba el Persa; y lo mismo hicieron todos los isleños a quienes los heraldos visitaron con dicha finalidad. Pues bien, entre otros isleños que proporcionaron a Darío la tierra y el agua, figuraban concretamente los eginetas[234]. Frente a esta actitud 2
de los de Egina, los atenienses reaccionaron inmediata-

---

nio, quería limitarse a consolidar la frontera egea del imperio mediante una simple sumisión nominal de las ciudades griegas.

[232] Como traduce M. F. Galiano (*Heródoto,* Barcelona, 1951, pág. 144), «pasacaballos»; es decir, embarcaciones sin palos y muy aplanadas en sus fondos, que en esa época constituían una novedad dentro de las técnicas de las construcciones navales (cf. Tucíd., II 56).

[233] Es decir, de la Grecia continental. La afirmación, con todo, es demasiado rotunda y tal vez exagerada, aunque, admitiendo la historicidad de la misión persa, Tesalia, Beocia, Argos, y quizá Delfos, pudieron acceder a las demandas persas. Cf. D. Gillis, *Collaboration with the Persians* (Historia Einzelschriften, Heft 34), Wiesbaden, 1979, págs. 39 y sigs.

[234] A comienzos del siglo v a. C. la expansión persa había creado dificultades comerciales, y por lo tanto económicas, a Egina; de ahí que la isla, superpoblada y con gran cantidad de esclavos, tuviera que llegar a un acuerdo con los persas tendente a poder seguir desarrollando su comercio en el Mediterráneo oriental. Cf. D. Hegyi, «Athens and Aigina on the eve of the battle of Marathon», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 17 (1969), 171 y sigs.

mente[235], en la creencia de que los eginetas habían accedido, por el odio que sentían hacia ellos, a fin de atacar Atenas con el apoyo del Persa[236]; y, encantados por poder contar con un pretexto, se trasladaron repetidas veces a Esparta[237] para acusar a los eginetas de haber traicionado a Grecia con su conducta.

[235] Pese a que en este pasaje no refiere el caso (que se narra en VII 133; para las posibles razones que tuvo el historiador para retrasarlo tanto, cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 68, nota 3), de las palabras de Heródoto se desprende que Atenas y Esparta se negaron a aceptar la sumisión a Persia. Según la tradición popular, de la que se hace eco Heródoto en el citado capítulo del libro VII, los atenienses arrojaron al heraldo persa al *báratro* (una antigua cantera situada al oeste de la Acrópolis, donde se arrojaba a algunos condenados a muerte por delitos de alta traición o de sacrilegio), con lo que le daban «la tierra»; mientras que los espartanos lo echaron a un pozo, con lo que le dieron «el agua». Cf. L. M. Wéry, «Le meurtre des hérauts de Darius en 491 et l'inviolabilité du héraut», *L'Antiquité Classique* 35 (1966), 468-486; y R. Sealey, «The Pit and the Well: the Persian Heralds of 491 B. C.», *Classical Journal* 72 (1976), 13-20.

[236] La acusación que, acto seguido, van a presentar los atenienses en Esparta contra los eginetas no se basaba, en realidad, en el «medismo» de estos últimos (en Atenas también había partidarios de pactar con los medos; cf. V 73, sobre un intento de alianza con Artáfrenes, con anterioridad a la sublevación jonia, y A. Robinson, «Medizing Athenian Aristocrats», *Classical World* 35 [1941], 39 y sigs.), sino en el conflicto existente, desde finales del siglo vi a. C., entre Atenas y Egina. Cf., *supra,* V 82 y sigs., y A. Andrewes, «Athens and Aegina 510-480», *Annual of the British School of Athens* 37 (1936-37), 1 y sigs.

[237] Pese a la opinión de Ph.-E. Legrand (*Histoires. Livre VI...*, pág. 68, nota 2, al afirmar que «cette demande suppose que les Athéniens étaient alors en bons termes avec Cléomene et reconnaissaient à Sparte une sorte d'hégémonie [algo incuestionable por aquellas fechas en el mundo griego; cf. I 69; VI 105; VIII 92]. Ce n'est pas ce que faisait prévoir ce qui est dit 1. V ch. 91-93 des relations entre les deux cités; de ces chapitres au chapitre présent, il y a, dans l'exposé de l'histoire de la Grèce, solution de continuité»), en realidad Atenas podía alegar simplemente ante Esparta que Egina, al estar aliada con los lacedemonios, debía tener «los mismos amigos y enemigos» que Esparta, por lo que su acción había vulnerado esa alianza (cf. J. A. O.

Ante esta acusación, Cleómenes, hijo de Anaxándridras, 50
que era rey de los espartiatas, se trasladó a Egina con el propósito de prender a los eginetas más implicados en el asunto[238]. Pero, cuando intentaba proceder a su arresto, hu- 2
bo varios eginetas que, como es lógico, se opusieron a su pretensión, destacando principalmente Crío[239], hijo de Polícrito, quien le aseguró que no se iba a llevar así como así a ningún egineta, pues lo que estaba haciendo no contaba con la aprobación del Estado espartiata, sino que había sido sobornado por los atenienses, ya que, de lo contrario, para proceder a la detención de los culpables se habría presentado con el otro monarca[240] (por cierto que Crío se expresó en 3
esos términos a instancias de Demarato[241]). Al verse expul-

Larsen, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 [1933], 257 y sigs.).

238 Cleómenes (sobre él, cf. nota V 178; sobre su padre Anaxándridas II, que reinó desde 560 a 520 a. C., aproximadamente, cf. nota V 164) debió de trasladarse a Egina en un nuevo intento por atraerse a Atenas a la liga peloponesia (cf. J. A. O. Larsen, «Sparta and the Ionian Revolt. A Study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 [1932], 136 y sigs.) y porque, además, se lo propondrían enemigos de los Alcmeónidas (y hay que pensar, entre otros, en Temístocles; cf. P. J. Lenardon, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 [1956], 401 y sigs.).

239 Posiblemente el atleta a que alude también Simónides de Ceos, fr. 507, D. L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 2.ª ed., 1967 (cf. la traducción de F. R. Adrados, *Lírica griega arcaica*, Madrid [B. C. G., 31], 1980, pág. 257).

240 Como Cleómenes se marchó de Egina sin llevarse rehenes (mientras que, cuando se presentó para prender a los eginetas más influyentes, acompañado del otro rey, éstos no opusieron resistencia; cf. VI 73, 2), es posible que, de acuerdo con las leyes espartanas, su actuación en estos momentos fuera anticonstitucional. Cf. P. Cloché, «Sur le rôle des rois de Sparte», *Études Classiques* 17 (1949), 113 y sigs.

241 Sobre Demarato, cf. nota V 359.

sado de Egina, Cleómenes le preguntó a Crío cuál era su nombre; este último se lo reveló sin rodeos[242], y entonces Cleómenes le dijo: «Pues mira, carnero, guarnece ahora mismo tus cuernos con bronce[243], pues vas a toparte con un serio peligro».

Digresión sobre la historia contemporánea de Esparta. Origen de la doble monarquía

51 Entretanto[244], por aquellas fechas, Demarato, hijo de Aristón, que se había quedado en Esparta, estaba difamando a Cleómenes. El tal Demarato era también rey de los espartiatas, pero pertenecía a la rama familiar de inferior prestigio[245], inferioridad que no responde a nin-

[242] Crío en griego significa «carnero», por lo que su nombre se prestaría a las naturales bromas (cf. Aristófanes, *Nubes* 1356).

[243] También puede interpretarse el verbo que aparece en el texto griego con el significado de «adorna tus cuernos», haciendo alusión a que, cuando iban a ser sacrificados, a los carneros los llevaban engalanados.

[244] Comienza aquí una digresión —que, en última instancia, se extiende hasta el capítulo 72— de gran importancia para la historia constitucional de Esparta, ya que trata (aunque atendiendo a datos primarios y elementales, y organizada sobre un armazón mítico) del origen de la doble realeza. Sobre este tema, cf. A. Momigliano, «Sparta e Lacedemone e una ipotesi sull'origine della diarchia spartana», *Atene e Roma* 13 (1932), 3 y sigs.

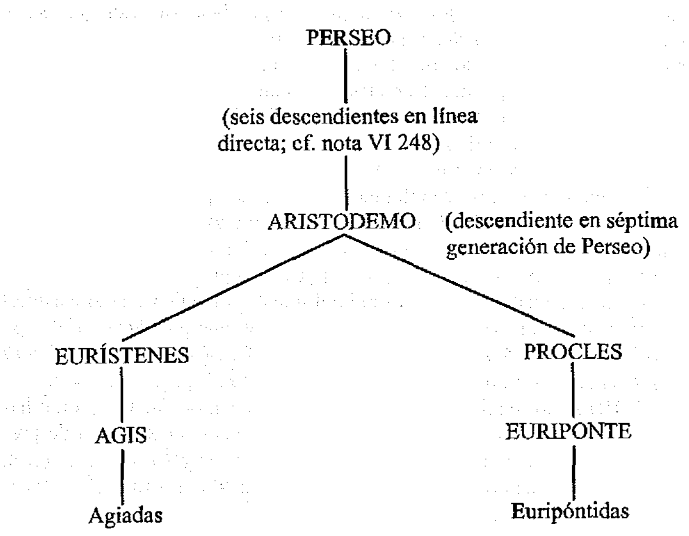
[245] A la de los Euripóntidas, que pretendían descender de Euriponte, hijo del Proeles que se menciona en el capítulo siguiente (el primer Euripóntida situable cronológicamente es Teopompo, que combatió en la primera guerra mesenia, durante la segunda mitad del siglo VIII a. C.). La otra familia era la de los Agiadas, que pretendían descender de Agis, hijo del Eurístenes mencionado posteriormente. La mayor consideración de que gozaban estos últimos sobre los Euripóntidas (y que Heródoto va a justificar mediante una leyenda etiológica sobre dos hermanos gemelos) debía de tener como origen la fusión de dos comunidades distintas cuyos jefes siguieron ocupando sus puestos rectores. Ese diferente origen para las dos casas reinantes en Esparta parece deducirse del hecho de que sus residencias y sus tumbas han sido halladas en lugares de Esparta separados entre sí (cf. Pausanias, III 12, 8; 14, 2), cada uno de los cuales pudo ser el núcleo primitivo de dos comunidades distintas, presumible-

guna diferencia social (pues ambas descienden del mismo antepasado[246]); lo que ocurre es que la estirpe de Eurístenes goza de una mayor consideración por derechos de primogenitura.

---

mente de dorios (aunque luego los reyes espartanos pretendieran ser de origen aqueo —cf. V 72—, para justificar la conquista del Peloponeso por parte de los dorios). En general, aunque los problemas al respecto son múltiples y no todos están bien explicados, cf. TH. LENSCHAU, «Agiaden und Eurypontiden», *Rheinisches Museum* 88 (1939), 123 y sigs.; y P. OLIVA, *Sparta and her social problems*, Praga, 1971, págs. 23-28.

[246] A través de Aristómaco (cf. el capítulo siguiente), descendían de Perseo (sobre él, cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica...*, págs. 155 y sigs.), con arreglo al siguiente árbol genealógico:



52 Los lacedemonios —que en sus manifestaciones no coinciden con poeta alguno[247]— aseguran que fue Aristodemo (que era hijo de Aristómaco, nieto de Cleodeo y bisnieto de Hilo[248]) quien, en tiempos de su reinado[249], los condujo personalmente a esa región que en la actua-
2 lidad ocupan, y no los hijos de Aristodemo[250]. Al cabo

[247] Esos poetas serían autores de «genealogías» y poemas épicos, que transmitirían otras tradiciones sobre el origen de las familias reales espartanas, y cuyas producciones no se han conservado (una aproximación al ciclo épico da una idea de la abundancia de literatura que se ha perdido; si a ello se añade que numerosos temas no incluidos en el ciclo también se convirtieron, en los siglos VII y VI a. C., en asunto de diversos poemas épicos, podemos suponer la amplitud que tuvo este tipo de poesía; cf. G. L. Huxley, *Greek Epic Poetry*, Londres, 1969).

[248] Y, por lo tanto, era descendiente de Heracles, que había sido su tatarabuelo. La genealogía es: Perseo (sobre él, cf. el capítulo siguiente), Alceo (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, pág. 164), Anfitrión (cf. Ruiz de Elvira, *Ibíd.)*, Heracles (hijo putativo del anterior; cf. Ruiz de Elvira, págs. 207-210), Hilo (un Heráclida, nombre que en mitología suele restringirse a los hijos que Heracles tuvo con Deyanira, y a sus descendientes; cf. Ruiz de Elvira, pág. 257), Cleodeo y Aristómaco (sobre ellos y los intentos fallidos de estos Heráclidas por regresar al Peloponeso, cf. Ruiz de Elvira, pág. 258).

[249] Según el sistema cronológico de Heródoto aplicado a época mítica (cf. nota V 274), su reinado se situaría hacia el año 1025 a. C., lo cual, a grandes rasgos, coincidiría con la opinión de los críticos modernos que fechan la invasión doria en el siglo XI a. C. (aunque últimamente se duda de la relación existente entre el final del mundo micénico y la «invasión» doria; cf. Z. Rubinsohn, «The Dorian invasion again», *Parola del Passato* 30 [1975], 105 y sigs.; y J. Chadwick, *The Mycenaean World* = *El mundo micénico* [trad. J. L. Melena], Madrid, 1977, págs. 242-243).

[250] Heródoto se atiene, pues, a la tradición local de Esparta (como hace Jenofonte, *Agesilao* VIII 7), mientras que los poetas debían de presentar las cosas como lo hacen Pausanias (III 1, 5) y Apolodoro (II 8, 2), quienes afirman que Aristodemo murió antes de la invasión del Peloponeso por los Heráclidas.

de no mucho tiempo, dio a luz la mujer de Aristodemo, cu-
yo nombre era Argía (por cierto que, según dicen, era hija
de Autesión, el hijo de Tisámeno, nieto de Tersandro y bis-
nieto de Polinices[251]). La citada mujer dio a luz gemelos, y
Aristodemo vivió para ver a sus hijos, pero poco después
murió víctima de una enfermedad. Entonces los lacedemo- 3
nios de aquella época, de acuerdo con su ley[252], decidieron
nombrar rey al mayor de los niños. Pues bien, lo cierto es
que no sabían a quién elegir, dado que las facciones y la
complexión física de ambos eran idénticas. En vista de que
no podían pronunciarse —o incluso antes de haberlo inten-
tado—, se lo preguntaron a la madre. Pero la mujer aseguró 4
que ni siquiera ella conseguía distinguirlos (la madre se ma-
nifestó en esos términos, a pesar de que sabía diferenciarlos
a la perfección, pues deseaba que, si ello era posible, ambos
llegaran a ser reyes). Los lacedemonios, como es natural, se
encontraban sumidos en un dilema, y, en esa tesitura, envia-
ron emisarios a Delfos para preguntar al oráculo cómo re-
solver el asunto[253]. Y la Pitia les ordenó que consideraran 5
reyes a ambos niños, pero que honrasen preferentemente al

[251] Argía era, pues, hermana de Teras (cf. IV 147, 1), el epónimo de la isla de Tera, y por lo tanto descendía de tebanos, pues Polinices, el hijo de Edipo, pertenecía a la familia de los Labdácidas (cf., por ejemplo, Esquilo, *Los Siete contra Tebas)*. El padre de Argía, Autesión, era natural de Tebas, pero abandonó su ciudad, para establecerse en Esparta, siguiendo los dictados de un oráculo (cf. Pausanias, IX 5, 8).

[252] Cf. V 42, 2; y G. Giarizzo, «La diarchia di Sparta», *Parola del Passato* 13 (1950), 192 y sigs.

[253] Como en el caso de la legislación de Licurgo (cf. I 65, 4; y A. von Blumenthal, «Zur lykurgischen Rhetra», *Hermes* 77 [1942], 212 y sigs. —si bien la tradición espartana al respecto disentía de su origen délfico; cf. Aristóteles, *Política* 1271b—), el problema de la designación real es confiado a la Pitia. Naturalmente, toda esta anécdota sobre el origen de la diarquía espartana carece de historicidad.

primogénito. Ésta fue, en definitiva, la respuesta que les dio la Pitia.

Los lacedemonios, con todo, seguían sin saber cómo iban a reconocer al mayor de los hermanos cuando un me-
6 senio[254], cuyo nombre era Panitas, les dio un consejo. El consejo que el tal Panitas dio a los lacedemonios fue que vigilaran a la madre para saber a qué niño lavaba y alimentaba en primer lugar; y, si resultaba que siempre procedía en el mismo orden, tendrían la solución de lo que pretendían y deseaban averiguar; en cambio, si la propia madre no sabía a qué atenerse y los atendía indistintamente, podrían estar seguros de que ni siquiera ella sabía más que los demás, por lo que deberían recurrir a otro procedimiento.

7 Entonces los espartiatas, de acuerdo con los consejos del mesenio, se pusieron a vigilar, sin perder un instante, a la madre de los hijos de Aristodemo y descubrieron (ya que ella ignoraba la razón por la que se la sometía a vigilancia) que, a la hora de alimentarlos y de bañarlos, mostraba una metódica preferencia por el primogénito. Considerando, pues, que se trataba del mayor, se hicieron cargo del niño objeto de la preferencia de su madre, para criarlo en algún edificio propiedad del Estado[255], y le impusieron el nombre

---

[254] Posiblemente un dorio instalado en Mesenia. K. J. Neumann («Die Entstehung des spartiatischen Staates in der lykurgischen Verfassung», *Historische Zeitschrift* 96 [1906], 1-80; sobre todo, págs. 25 y sigs.) consideraba que la diarquía espartana se desarrolló porque los invasores dorios se dividieron en dos grupos cuando llegaron al curso alto del Eurotas; uno habría bajado por el valle del río, mientras que el otro se dirigió a Mesenia. A este grupo de dorios podría pertenecer Panitas.

[255] Y, de ese modo, evitar que se confundiera con su hermano. Para la traducción del término sigo la interpretación de W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 83.

de Eurístenes, y a su hermano el de Procles. (Según cuen- 8
tan, cuando se hicieron unos hombres, y a pesar de que eran hermanos, ambos mantuvieron entre sí, durante toda su vida, encontradas diferencias; y sus descendientes han seguido haciendo lo mismo[256].)

Los lacedemonios son los únicos griegos que refieren 53
estos pormenores. Voy, además, a exponer ahora la versión que se atiene a la opinión generalizada entre los griegos[257]; es decir que, dejando al margen al dios[258], la enumeración que, remontándose hasta Perseo, hijo de Dánae, hacen los griegos de los reyes dorios de esa época es correcta, así como su afirmación de que eran helenos; pues, por aquel entonces, dichos monarcas ya se contaban entre estos últi-
mos[259]. Y he dicho «hasta Perseo», sin aludir a sus más 2

[256] Cf. Aristóteles, *Política* II 9, 30, 1271a; y, *supra*, nota V 166.

[257] Esto es, la tradición que contaban los poetas (cf. nota VI 247). Heródoto demuestra, a lo largo de la *Historia*, conocer bien las producciones poéticas: en II 117 niega la autoría de los *Cantos Ciprios* a Homero; en IV 32 duda de que los *Epígonos* fuera obra suya; además, cita a Hesíodo *(ibíd.)*, a Olén (IV 35, 3), a Arquíloco (I 12, 2), a Alceo (V 95, 2), Safo (II 135, 6), Solón (V 113, 2), Aristeas (IV 13), Simónides (V 102, 5), Píndaro (III 38, 4), Frínico (VI 21, 2), Esquilo (II 156, 6), Museo y Bacis (VIII 96), Esopo (II 134, 3), Anacreonte (III 121, 1), y Laso (VII 6, 3).

[258] Zeus, padre de Perseo. Acrisio, rey de la Argólide, tuvo noticias por un oráculo de que su hija Dánae tendría un hijo que lo mataría. Para evitarlo, encerró a Dánae en una prisión subterránea de bronce, en la creencia de que así ningún hombre podría acceder a ella. Sin embargo, Zeus se enamoró de Dánae y la fecundó, llegando hasta ella en forma de lluvia de oro, dejándola encinta de Perseo.

[259] Aunque Perseo descendía de egipcios, fue considerado un griego más por los autores helenos. Sin embargo, sus descendientes (sobre ellos, cf. nota VI 248) sólo fueron considerados reyes de los dorios a partir de Hilo, el hijo de Heracles, que, al ser expulsado del Peloponeso, fue adoptado por el rey dorio Egimio (hijo de Doro, el antepasado

inmediatos antepasados, por el hecho de que al nombre de Perseo no se le añade el de padre mortal alguno[260], como, por ejemplo, a Heracles el de Anfitrión[261]; de ahí, pues, que me haya expresado con toda propiedad cuando he dicho «hasta Perseo». Por otra parte, si desde Dánae, hija de Acrisio, se enumerasen los sucesivos antepasados de esa familia, se pondría de relieve que los caudillos de los dorios son oriundos de Egipto[262].

54 De acuerdo con las manifestaciones de los griegos, éstos son, en suma, los datos genealógicos de Perseo. Sin embargo, según la versión que mantienen los persas, fue el propio

---

epónimo de los dorios). Hilo intentó sin éxito regresar al Peloponeso (cf. IX 26), cosa que consiguieron sus descendientes —el denominado «regreso de los Heráclidas»—, uno de los cuales, Aristodemo, recibió, en el reparto que se llevó a cabo, el dominio sobre Lacedemonia. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 258-260.

260 Ya que era considerado hijo de Zeus. Sin embargo —aunque en este caso el historiador no se define—, es posible que Heródoto no admitiera esa filiación de Perseo, según se desprende de su actitud, ante casos similares. Cf. II 43-45, 142-146, y IV 5, 1.

261 Según una versión de la leyenda relativa a Heracles (cf. *Ilíada* XIX 98 y sigs.), Anfitrión, nieto de Perseo, fue el padre putativo del héroe, ya que el verdadero era Zeus.

262 Dánae era tataranieta de Dánao (bisnieto, a su vez, de Épafo, el hijo de Ío —princesa pelasga metamorfoseada en becerra por Zeus para sustraerla, aunque sin conseguirlo, a los celos de Hera— y de Zeus, al que aquella concibió en Egipto), que huyó con sus cincuenta hijas a Argos (país del que era originaria Ío), ante las asechanzas de su hermano Egipto (el tema lo trató Esquilo en su trilogía sobre *Las Danaides)*. Linceo fue el único hijo de Egipto que sobrevivió a su noche de bodas, tras el matrimonio de los cincuenta hijos de Egipto con las cincuenta hijas de Dánao, y de él descendía Perseo (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 130-134). Es posible que el mito sea un reflejo de relaciones comerciales, o de otro tipo, entre Egipto y la Argólide en época micénica.

Perseo quien, asirio de nacimiento[263], adquirió la nacionalidad griega, cosa que no poseían sus antepasados. Y por lo que se refiere a los antecesores de Acrisio, que —según ellos— no guardaban el menor parentesco con Perseo, afirman, tal y como sostienen los griegos, que eran egipcios.

En fin, sobre este tema basta con lo dicho. Asimismo, 55
comoquiera que otros ya han hablado sobre el particular[264], vamos a omitir la narración de las causas y de las gestas merced a las cuales unos sujetos de origen egipcio consiguieron reinar sobre los dorios[265]. Haré, sin embargo, hincapié en aquello que otros no han abordado.

---

263 Esta versión persa sobre la figura de Perseo (versión que posiblemente está helenizada) difería tan sólo de la griega en el lugar de nacimiento del héroe. Según la tradición griega, Perseo era el yerno del rey de los «asirios» (según Heródoto, «de los cefenos»; cf. VII 61, 2), Cefeo, a cuya hija Andrómeda había salvado. Posteriormente, tuvo con ella un hijo, Persa, que fue el epónimo de ese pueblo. Sobre las bases de la tradición oriental de Perseo, cf. L. Preller, *Griechische Mythologie,* Berlín, 4.ª ed. (revisada por C. Robert), 1926, II, 1, págs. 222 y sigs.

264 Poetas épicos (una epopeya desaparecida se llamaba *Egimio;* cf. nota VI 259) que narraban la leyenda doria de los Heráclidas.

265 Heródoto omite, pues, todo lo relativo a la adopción, por parte del mítico rey Egimio (cf. Píndaro, *Pítica* I 64; Diodoro, IV 37; 58), de Hilo y las luchas de éste, en unión de sus otros dos hermanos adoptivos, por la posesión del Peloponeso (cf. Estrabón, IX 42, 7; Pausanias, II 28, 6; Apolodoro, II 7, 7), hasta el definitivo «retorno de los Heráclidas» (cf. la argumentación de los tegeatas en IX 26).

56 *Privilegios de los reyes espartanos*

Los espartiatas, en ese sentido[266], han otorgado a sus reyes los siguientes privilegios: dos sacerdocios, el de Zeus Lacedemón y el de Zeus Uranio[267]; y, además, la facultad de declarar la guerra al país que quieran[268], sin que ningún espartiata pueda impedírselo, ya que, si lo intenta, dicho sujeto incurre en sacrilegio. Durante las operaciones bélicas

---

[266] Heródoto pasa a tratar aquellos aspectos que no habían sido referidos por otros autores. Sobre los capítulos que siguen, cf. C. G. THOMAS, «On the role of the Spartan kings», *Historia* 23 (1974), 257 y sigs.

[267] Posiblemente, bajo el nombre de Zeus Lacedemón hay que entender una referencia a una primitiva divinidad local (tal vez de carácter ctónico) que con el tiempo acabó convirtiéndose en un héroe, Lacedemón (héroe epónimo de Lacedemonia), quien, según la tradición (cf. PAUSANIAS, III 1, 2; 20, 2), era hijo de Zeus y de la ninfa del monte Taigeto, y esposo, a su vez, de Esparta, hija del espíritu del río Eurotas. Zeus Uranio (es decir, «celeste») era venerado en su calidad de supremo señor del cielo, y de ahí el epíteto. La asignación de esos sacerdocios a los reyes se debe a que los monarcas espartanos descendían de Zeus a través de su antepasado Heracles (cf., para otras relaciones entre los reyes y el culto a Zeus, JENOFONTE, *Const. lacedemonios* 13 y 15).

[268] Quizá en épocas remotas los reyes pudieran hacerlo, pero en época de Heródoto ya no debía de ser así (dicha facultad residía en la *gerusia* y los éforos; cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 1; V 2, 9). El historiador pudo pensar que los monarcas poseían esa prerrogativa por la independencia con que en ocasiones actuó Cleómenes (cf. V 50, cuando, sin consultar a nadie, negó su apoyo a los jonios sublevados; V 74, cuando, en 507 a. C., reclutó tropas sin especificar el motivo —sobre estas atribuciones que se tomó Cleómenes, cf. S. C. KLEIN, *Cleomenes. A Study in early Spartan imperialism,* Kansas-Lawrence, 1973—). Pero el proceso a que fue sometido a su regreso de la Argólide (cf. VI 82) parece demostrar que los reyes no podían, ni siquiera en campaña, actuar a su antojo, aunque su libertad de movimientos era grande (cf. TUCÍD., V 60; 66; VIII 5).

los reyes van a la vanguardia[269], siendo los últimos en retirarse; y, mientras están en campaña, cien soldados de elite constituyen su guardia personal[270]. Asimismo, en el transcurso de las expediciones militares, tienen a su disposición todas las reses que deseen[271], y reciben las pieles y los solomillos de todas las víctimas que se sacrifican.

Éstos son sus privilegios en épocas de guerra; mien- 57
tras que, en tiempos de paz, tienen concedidas sus otras prerrogativas, que consisten en lo siguiente. Cuando se celebra un sacrificio de carácter oficial[272], los reyes son los primeros en sentarse a la hora del banquete y empiezan por atenderlos primero a ellos, sirviéndoles a ambos, en todos los platos, doble ración que a los demás comensales; además, a ellos les corresponde comenzar las libaciones[273], así como las pieles de los animales sacrificados.

---

[269] Cf. Jenofonte, *Const. laced.* 13, 6. Sólo iban precedidos de exploradores a pie y a caballo.

[270] Un tercio de la guardia real de Esparta (cf. I 67, 5), compuesta por 300 miembros, a razón de un centenar por cada una de las tres tribus en que estaban divididos los espartanos (cf. Tucíd., V 72, 4).

[271] Para ofrecerlas en sacrificios antes de entrar en acción (sacrificios que recibían el nombre de *diabatēria*, cf. Tucíd., V 55; 116; Jenofonte, *Helénicas* IV 7, 2; V 1, 33). Este derecho de los reyes recuerda el privilegio de que gozaban los *basileîs* homéricos (cf. *Ilíada* VII 321; *Odisea* IV 66), y puede estar justificado por la antigua función de sumo sacerdote que tenía el caudillo en épocas prehistóricas.

[272] En el que los oferentes eran los reyes (piénsese en el papel del arconte-rey *(basileús)* en Atenas, que heredó de los antiguos monarcas el ejercicio de la superintendencia en todos los aspectos del culto rendido por el Estado). Cf. Jenofonte, *Const. laced.* 15, 2.

[273] Otro privilegio del que gozaban los *basileîs* homéricos (cf. *Ilíada* XII 310 y sigs.). Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre VI...*, pág. 73, nota 3) considera, sin embargo, que el término empleado en griego *(spondarchía)* es un hápax semántico, que significaría «primicia obtenida de una

2 Todos los días primero y séptimo de cada mes[274] a ambos se les entrega, a expensas del Estado, una víctima adulta[275] para el templo de Apolo, así como un *medimno* de harina de cebada y un cuartillo laconio de vino[276]; igualmente, en todos los certámenes atléticos tienen reservados sitios de honor. También es de su incumbencia nombrar para el cargo de *próxenos*[277] a los ciudadanos que ellos quieran, pudiendo

---

libación». De ahí que traduzca: «à eux appartiennent les prémices des libations...».

[274] Literalmente: «todos los novilunios y los séptimos (días) del comienzo del mes». El calendario griego estaba dividido en doce meses lunares (sobre los problemas de desfase que, respecto a las estaciones, suponía semejante sistema de cálculo, y las soluciones adoptadas, cf. nota II 15, y E. BICKERMANN, *Chronology of the Ancient World,* Londres, 1968, págs. 27 y sigs.); y los días del mes se indicaban mediante un ordinal seguido, para la primera década, de la expresión *mēnòs histaménou* («al comenzar el mes»); de *mesoûntos mēnós* («al mediar el mes»), para la segunda; y de *phthíontos mēnós* («al finalizar el mes»), para la tercera década. El día del novilunio era sagrado en toda Grecia y en él se ofrecían sacrificios a los dioses (cf. VIII 41, 2), mientras que el día 7 estaba dedicado a Apolo, por haber sido el día de su nacimiento (cf. HESÍODO, *Trabajos* 770).

[275] O, tal vez, «sin mácula». Cf. I 183, 2.

[276] El sistema de pesos y medidas lacedemonio se basaba en el eginético (vigente también en Atenas hasta las reformas de Solón; cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 10), adoptado posiblemente durante los contactos comerciales de Egina con el mundo oriental. El *medimno* laconio era una medida para sólidos equivalente a 74 kg. (para la conversión a nuestro sistema métrico decimal de los pesos y medidas, cf. F. HULTSCH, *Griechische und römische Metrologie,* Graz, 1971 [= 1882], pág. 500). La capacidad del cuartillo laconio no está bien determinada, pero quizá equivaliera a unos 6,5 l. (= dos *chóes,* una medida para líquidos), si entre el *medimno* y el cuartillo existía la misma proporción diferencial que entre el *quénice* y la *cótila,* mencionados en el parágrafo tercero.

[277] Por lo general, se denominaba *próxeno* al individuo al que una ciudad extranjera encargaba la misión de defender sus intereses en la pa-

cada monarca designar dos Pitios (los Pitios son los encargados de ir a consultar el oráculo de Delfos[278], y su alimentación, que comparten con los reyes, corre por cuenta del Estado).

Cuando los monarcas no acuden a las comidas[279], se les 3 envía a sus respectivas casas dos *quénices* de harina de cebada y una *cótila* de vino[280]; mientras que, si asisten, les dan doble ración de todo; y también reciben idénticas muestras de consideración en el caso de que simples ciudadanos los inviten a un banquete. Por otra parte, los reyes se encargan 4 de custodiar las respuestas dictadas por los oráculos, cuyo contenido, además de ellos, conocen también los Pitios.

Los únicos casos que sólo[281] los reyes tienen potestad para dirimir son, en concreto, los siguientes: los relativos a

---

tria de éste, y de hospedar a sus enviados oficiales cuando se desplazaban allí (por ejemplo, Calias fue *próxeno* de Esparta en Atenas; cf. VIII 136, 1; JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 4). Pero no parece probable que los reyes espartanos pudieran designar a los representantes de otras ciudades en Esparta, por lo que, posiblemente, estos *próxenos* eran funcionarios encargados de recibir oficialmente a los extranjeros, a los embajadores, o a los visitantes ilustres.

[278] Las relaciones de Esparta con Delfos fueron particularmente estrechas (cf. CICERÓN, *De Divin.* I 95: «[Lacedaemonii] de rebus maioribus semper aut Delphis oraculum aut ab Hammone aut a Dodona petebant»); cf. V 63; 90; VII 220. Otras ciudades enviaban a Delfos consultores (llamados *theōroí),* pero no siempre eran las mismas personas, ni tenían títulos especiales.

[279] Las *sisitias,* comidas que se realizaban en común y que eran obligatorias para todos los espartiatas mayores de veinte años, ya que su relación con la milicia era estrecha. Cf. F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta,* Múnich-Berlín, 1963, págs. 203-220.

[280] Medidas, respectivamente, para sólidos y líquidos. Dos *quénices* equivalían a 2,16 kg., y una *cótila* a 0,27 l.

[281] Es decir, sin que interviniesen los éforos (sobre ellos, cf. nota III 747) ni la *gerusía.*

determinar la persona a la que le corresponde casarse con una doncella que herede todos los bienes de su familia[282], si es que su padre no la ha prometido en matrimonio, y los referentes a los caminos públicos. Asimismo, si alguien quiere adoptar un niño, debe hacerlo en presencia de los reyes. Ambos monarcas toman parte en las sesiones del Consejo de Ancianos[283], que está compuesto por veintiocho miembros; pero, si no acuden, los ancianos más estrechamente emparentados con ellos poseen las prerrogativas reales, ya que disponen de dos votos, además de un tercero a título personal[284].

---

[282] Lo que en Atenas se denominaba una joven *epíklēros* (y de la cuestión aquí citada trataba en Atenas el arconte epónimo). Como los bienes patrimoniales, así como la custodia de los cultos familiares y la *patria potestas,* sólo podían ser legados a los varones, si un hombre fallecía sin descendencia masculina —y sin haber concertado las bodas de sus hijas—, la hija que heredaba los bienes familiares debía contraer matrimonio con un pariente próximo de su padre, para evitar que la línea familiar se extinguiese (cf. VI 71; VII 205; PLUTARCO, *Agis* 11). Como es natural, a los reyes les correspondía decidir qué pariente debía desposar a la muchacha cuando existía más de un aspirante a su mano.

[283] La *gerusia,* comisión de jefes de las principales familias, que cooperaba en las deliberaciones y resoluciones del Estado, asistiendo a los monarcas. En Esparta el Consejo de Ancianos se componía de veintiocho miembros vitalicios, mayores de sesenta años (es decir, exentos ya del servicio militar obligatorio), y elegidos entre los personajes más destacados. La *gerusia* estaba encargada de debatir previamente las proposiciones que se presentaban a la asamblea del pueblo *(apélla)* y administraba justicia en causas de homicidio y alta traición. Con el tiempo, fue perdiendo influencia en beneficio de los éforos. Cf. F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta...,* págs. 142 y sigs.

[284] Según TUCÍD., I 20, 3. Heródoto está en un error al atribuir dos votos a cada rey en las sesiones de la *gerusía,* y afirma que sólo disponían de un voto. Cf. A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides,* I, Oxford, 1945, págs. 137-138.

Éstos son los privilegios que el Estado espartiata conce- 58
de a sus reyes mientras se hallan con vida. Y, a su muerte,
se les rinden los siguientes honores. Unos jinetes divulgan
la noticia por toda Laconia, mientras que, en la capital, gru-
pos de mujeres recorren las calles golpeando unos calderos.
Pues bien, cuando se produce una manifestación de esta
naturaleza, es preceptivo que, en cada casa, dos personas de
condición libre, un hombre y una mujer, se vistan de luto[285];
y severas penas amenazan a los infractores.
Y por cierto que, con ocasión de la muerte de sus reyes, 2
entre los lacedemonios rige la misma norma que entre los
bárbaros de Asia (pues resulta que la mayoría de los bárba-
ros observa idéntica costumbre con ocasión de la muerte de
sus monarcas). En efecto, cuando muere un rey de los lace-
demonios, es de todo punto obligatorio que, aparte de los
espartiatas[286], al funeral acudan desde toda Lacedemonia[287]
un número concreto de periecos[288]. Pues bien, tras congre- 3

[285] Literalmente, «se tiznen el cuerpo en señal de luto». Semejantes manifestaciones de duelo (prohibidas en Atenas por Solón, «por su carácter bárbaro»; cf. TUCÍD., II 45; PLUTARCO, *Solón* 12) sólo estaban permitidas en Esparta en caso de la muerte de un rey (cf. PLUTARCO, *Licurgo* 27; *Moralia* 238d), y posiblemente eran una supervivencia de costumbres micénicas (cf. *Ilíada* XVIII 23 y sigs.).

[286] Frente al término *espartano,* que se refiere en general al habitante de la ciudad de Esparta, con independencia de su situación social, *espartiata* alude a los ciudadanos de pleno derecho, miembros de la clase dominante y descendientes de los antiguos inmigrantes dorios.

[287] El término geográfico Lacedemonia abarca, en este caso, tanto Laconia propiamente dicha como Mesenia (cf., *infra,* VII 234, 2; y PAUSANIAS, IV 14, 4).

[288] Los periecos eran los descendientes de las poblaciones predorias. Eran libres, pero ciudadanos de rango inferior al de los espartiatas. Vivían en comunidades autónomas supeditadas a estos últimos y, de hecho, la artesanía y el comercio eran manejados por ellos, aunque no podían

garse en un lugar determinado varios millares de personas, entre periecos, hilotas[289] y espartiatas propiamente dichos, hombres y mujeres, indiscriminadamente, comienzan a golpearse la frente afanosamente y prorrumpen en interminables lamentos, repitiendo una y otra vez que el monarca que acaba de morir ha sido, sin duda alguna, el mejor. Por otra parte, si un rey muere en el campo de batalla, modelan una efigie suya[290] y la conducen a la tumba en un féretro primorosamente tapizado. Concluido el sepelio, en la región no tienen lugar actividades comerciales por espacio de diez días, ni se celebran asambleas electivas, sino que durante los días citados guardan luto.

---

ocupar cargos destacados en el ejército. Cf. F. Hampl, «Die lakedaimonischen Periöken», *Hermes* 72 (1937), 1 y sigs.

[289] Los hilotas ocupaban una situación muy inferior a la de los periecos. Estaban adscritos a la gleba y eran una propiedad del Estado, formando parte integrante de los bienes rurales de los espartiatas, cuyas tierras tenían que cultivar y entregarles, además, un canon prefijado de su cosecha anual. Cf. J. Öhler, *s. v. Heloten*, *R. E.* 8, 1 (1912), cols. 203 y sigs. Cuanto mayor era su superioridad numérica con respecto a los espartiatas, tanto más crecía la desconfianza y crueldad con que éstos los trataban, hasta el punto de que existía una institución (la *criptía*, una policía «secreta») organizada a propósito para la persecución y el exterminio de los hilotas. Cf. H. Jeanmaire, «La cryptie lacédémonienne», *Revue des Études Grecques* 26 (1913), 121 y sigs.

[290] Para que ocupara el lugar del cadáver en el supuesto de que éste no hubiera podido ser trasladado a Esparta. El único caso conocido, antes de la época de Heródoto, en que el cuerpo de un monarca lacedemonio muerto en combate no pudo ser recuperado fue el de Leónidas (cf. VII 238; Plutarco, *Agis* 21). Cuando el cadáver llegaba a recobrarse, era embalsamado en miel o cera y trasladado rápidamente a Esparta, antes de su descomposición, para tributarle allí los últimos honores (cf. Jenofonte, *Helénicas* V 3, 19, para Agesípolis; y Plutarco, *Agesilao* 40, para este rey).

Costumbres espartanas similares a las de otros pueblos no griegos

Los espartanos coinciden con los persas[291] en esta otra particularidad: cuando, a la muerte del rey, otro monarca asume el poder, el nuevo soberano condona a todos los espartiatas sus deudas para con el rey o el Estado. Entre los persas, por su parte, el rey que accede al trono exime a todas las ciudades del tributo que aún no hayan satisfecho[292]. 59

Asimismo, los lacedemonios coinciden con los egipcios en el siguiente punto: en Esparta los heraldos, los flautistas y los cocineros heredan los oficios de sus padres[293], de manera que un flautista es hijo de otro flautista, un cocinero de otro cocinero, y un heraldo de otro heraldo (por más que 60

---

[291] Heródoto se permite una muestra de su erudición al comparar dos costumbres lacedemonias con una persa y otra egipcia. Quizá los capítulos 59 y 60 fueran unas notas tomadas por el historiador (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 75, nota 4), e incluidas posteriormente en el cuerpo de la narración, a propósito del pretendido origen persa de Perseo, el antepasado de los reyes lacedemonios (cf. VI 54), y de su procedencia egipcia por parte de madre (cf. VI 53, 2).

[292] Sobre el alcance de esta afirmación (insatisfactoriamente contrastada, por nuestra carencia de documentación persa al respecto), cf. O. Murray, «'Ο 'ΑΡΧΑΙΟΣ ΔΑΣΜΟΣ», pág. 147.

[293] Debían de tratarse de funcionarios públicos; y, aunque en las sociedades de tipo centrípeto, como la espartana, los oficios tendían a ser hereditarios, no puede hablarse de un sistema rígido de castas. Los heraldos (que no eran simples pregoneros) estaban encargados de pronunciar las proclamas y de llevar los mensajes oficiales (los más famosos eran los Taltibíadas, que pretendían descender del famoso heraldo de Agamenón; cf. VII 134). Los cocineros (que tenían sus propios héroes; cf. Ateneo, 39e) estaban encargados de preparar las *sisitia* y la comida de las tropas cuando se encontraban en campaña (cf. IX 82). Los flautistas tomaban parte en las fiestas públicas y acompañaban al ejército, pues las tropas espartanas solían entrar en combate al son de flautas (cf. Tucíd., V 70).

otros sujetos se afanen en conseguir tal oficio, por estar dotados de una potente voz, no los dejan sin trabajo, sino que los hijos de los heraldos ejercen la profesión de sus padres). En esto consiste, en definitiva, la citada peculiaridad[294].

Cleómenes, con el apoyo de Leotíquidas, consigue destronar a Demarato

61 Por esas fechas, pues, mientras Cleómenes se encontraba en Egina, consagrándose a defender los comunes intereses de Grecia, Demarato lo estaba difamando[295], no tanto por preocuparse de los eginetas, como por el odio y la envidia que sentía. Entonces Cleómenes, a su regreso de Egina, decidió destronar a Demarato[296], basándose, para arremeter contra él, en cierto incidente que a continuación paso a relatar.

Aristón, que era rey de Esparta[297], se había casado dos
2 veces pero no tenía hijos. Y, como no admitía la posibilidad de que fuera suya la culpa de esa circunstancia, contrajo

---

[294] La división de los egipcios en castas cerradas era algo admitido unánimemente en Grecia (cf. PLATÓN, *Timeo* 24; ISÓCRATES, *Busiris* 15-16; DIODORO, I 73-74). En realidad, esta concepción es excesivamente maximalista (la transmisión hereditaria de los cargos y oficios está atestiguada en los documentos egipcios, pero no parece que fuera una ley establecida), ya que miembros de una misma familia podían pertenecer a diferentes clases. Posiblemente, la tendencia hereditaria cobró auge durante el período saíta (sus costumbres aún regían en Egipto cuando Heródoto visitó el país), que se caracterizó fundamentalmente por su general inquietud arcaizante.

[295] En verano del año 491 a. C.; Heródoto (que alaba abiertamente a Cleómenes en estas líneas, sin duda influenciado por la propaganda antiegineta que existía en la Atenas de su época; cf. A. J. PODLECKI, «Athens and Aegina», *Historia* 25 [1976], 396 y sigs.) reemprende la narración interrumpida en el capítulo 51.

[296] Cf., *infra*, nota VI 316.

[297] La fecha tradicional del reinado de Aristón (que fue colega de Anaxándridas, el padre de Cleómenes) abarca desde 550 hasta 515-510 a. C., aproximadamente; cf. I 67, 1, y E. J. BICKERMANN, *Chronology of the Ancient World...*, pág. 156.

matrimonio con una tercera mujer; matrimonio que, por cierto, se llevó a cabo como sigue. Aristón era amigo de un espartiata a quien apreciaba más que a ningún otro compatriota. Pues bien, ese sujeto tenía una esposa que era, con ventaja, la mujer más bella de Esparta; y era, sin lugar a dudas, la más bella a pesar de que en su niñez había sido rematadamente fea.

Resulta que, como la pequeña pertenecía a una familia 3
acomodada[298] y era poco agraciada, su nodriza, al ver lo mal parecida que era y, además, que los padres consideraban una desgracia la fealdad de su hija, al advertir, repito, esa serie de circunstancias, puso en práctica la siguiente idea. Todos los días la llevaba al santuario de Helena[299] (dicho santuario se encuentra en el paraje que recibe el nombre de Terapne[300],

[298] Es interesante esta indicación, integrada en este «cuento de hadas» que narra el historiador, pues denota que en Esparta existían diferencias sociales entre los propios espartiatas. Cf. Fustel de Coulanges, «Étude sur la propriété à Sparte», *Mémoires de l'Académie des sciences morales et politiques de l'Institut de France* 16 (1888), 835 y sigs.

[299] Helena, que era hija de Zeus y de Leda, es un ejemplo de cómo una antigua divinidad fue recordada como mortal en la mitología, al pasar a ser esposa de Menelao. Debió de tratarse de una diosa prehelénica, probablemente relacionada con la vegetación y la fertilidad (su vinculación con las plantas y los animales está atestiguada en varios lugares; cf. Teócrito, XVIII 43 y sigs.; Pausanias, III 9, 10; VIII 23, 6-7). Su culto en Esparta estaba muy extendido (cf. L. R. Farnell, *Greek Hero-Cults and Ideas of Inmortality,* Oxford, 1921, pág. 323), posiblemente porque fue una antigua divinidad venerada por la población pre-doria de Laconia, lo que motivó que se la considerara la antepasada de los reyes del lugar. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...,* I, pág. 475. No obstante, su identificación como diosa de la belleza puede ser una conjetura personal de Heródoto basada en la tradicional hermosura atribuida a la Helena raptada por Paris.

[300] Una colina situada a unos 4 km. al SE de Esparta, en la orilla

dominando el templo de Febo[301]); y, cada vez que lo hacía, la nodriza colocaba a la niña ante la imagen e imploraba a la
4 diosa que la librara de su fealdad. Y he aquí que, según cuentan, cierto día en que la nodriza regresaba del santuario, se le apareció una mujer y, de buenas a primeras, le preguntó qué era lo que llevaba en brazos, respondiéndole ella que se trataba de una niña. La mujer le pidió que se la mostrara, pero la nodriza se negó, pues los padres le habían ordenado que no se la enseñara a nadie. No obstante, la mujer le pidió insisten-
5 temente que lo hiciera; y, al ver que la desconocida estaba muy interesada en verla, la nodriza acabó por mostrarle a la niña. Entonces la mujer le acarició la cabeza a la niña y afirmó que llegaría a ser la mujer más hermosa de toda Esparta. Justamente a partir de aquel día empezó a cambiar su fisonomía; y, cuando estuvo en edad de casarse, Ageto, hijo de Alcidas —ese amigo de Aristón a que he aludido—, se casó con ella.

62 Pero, por lo visto, Aristón se enamoró perdidamente de esa mujer; de ahí que tramara el siguiente ardid. Le prometió a su amigo, el marido de la mujer en cuestión, que iba a obsequiarlo con un regalo —lo que el propio Ageto escogiera de entre la totalidad de sus pertenencias—, e instó a este último a que, en reciprocidad, hiciera con él otro tanto. Entonces Ageto, que no sentía temor alguno por su mujer al ver que Aristón también tenía esposa, accedió a su proposición; y

izquierda del Eurotas. Las excavaciones realizadas en el lugar han permitido hallar los restos de un santuario del siglo v a. C. consagrado a Helena, así como a los Dioscuros y a Menelao (las fuentes antiguas dan abundantes testimonios de ese culto; cf. Isócrates, X 63; Polibio, V 18, 21; Livio, XXXIV 28; Pausanias, III 19, 9).

301 Epíteto de Apolo que significa «brillante», en su calidad de dios solar. Este templo de Apolo se encontraba en la margen derecha del Eurotas, frente a Terapne (cf. Pausanias, III 14, 9).

ambos refrendaron con juramentos los términos del acuerdo. Acto seguido, Aristón entregó personalmente a su amigo el 2
objeto —fuera el que fuese— que este último escogió entre los de su propiedad; y, en el momento en que, por su parte, solicitó recibir de Ageto el regalo que le correspondía, fue cuando pretendió llevarse a la mujer de su amigo. Éste manifestó que había accedido a regalarle cualquier cosa a excepción, únicamente, de lo que le estaba pidiendo; pero, no obstante, al verse obligado por el juramento[302] y por la artera estratagema de Aristón, permitió que se la llevara.

Así fue, en suma, como Aristón se casó con su tercera 63
mujer tras haber repudiado a la segunda[303]. Y, en menos tiempo del debido —es decir, sin haber cumplido los diez meses[304]—, esta mujer le dio descendencia: se trataba precisamente del tal Demarato. Uno de sus servidores, mientras 2
Aristón se hallaba reunido en junta con los éforos, le comu-

[302] Por lo general, para un griego de esa época la absoluta inviolabilidad de un juramento en su formulación literal era un rígido principio moral (cf., *supra*, IV 154, 4; 201, 3; donde se comete perjurio, pero ateniéndose a la letra del juramento). Posteriormente, sin embargo, los pensadores y filósofos se opusieron a la necesidad de cumplir un juramento prestado a la fuerza, con engaño o con ignorancia (cf. Eurípides, *Hipólito* 612: «mi lengua ha jurado, mas no mi corazón»; Cicerón, *De Off.* III 29, 107: «quod enim ita iuratum est ut mens conciperet fieri oportere id servandum est: quod aliter, id si non feceris, nullum periurium»).

[303] A cada nuevo matrimonio, Aristón debía repudiar a su anterior esposa, ya que, según lo manifestado en V 40, 2, la poligamia era inusual en el mundo griego (cf., no obstante, nota V 172).

[304] La duración del embarazo, que —salvo en los regímenes matriarcales— era una cuestión objeto de la preocupación de los legisladores como prueba de la filiación legítima, se estimaba entre los griegos en diez meses lunares. Cf. Hipócrates, *Sobre el feto de siete meses*, E. Littré, *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, París, 1839-1861, VII, págs. 436-452 (= C. G. Kühn, *Magni Hippocratis opera omnia*, Leipzig, 1825, I, pág. 447).

nicó que había tenido un hijo. Entonces él, que recordaba perfectamente la fecha de su matrimonio, se puso a contar los meses con los dedos y exclamó, mascullando un juramento: «¡No debe de ser mío!».

Los éforos oyeron su exclamación, pero, de momento, no concedieron la menor importancia al asunto[305]. Entretanto el niño fue creciendo y Aristón se arrepentía de lo que había dicho, pues estaba firmemente convencido de que
3 Demarato era hijo suyo. Por cierto que le impuso el nombre de Demarato debido al siguiente motivo: con anterioridad al nacimiento del muchacho, todos los espartiatas, sin excepción, habían hecho votos para que Aristón, un monarca cuyo prestigio —según ellos— aventajaba al de todos los reyes que hasta la fecha había habido en Esparta[306], tuviera un hijo. Ésa fue la razón de que al pequeño se le impusiera el nombre de Demarato[307].

64 Andando el tiempo, Aristón murió y Demarato accedió al trono[308]. Pero, al parecer, el destino quería[309] que el inci-

---

[305] En la esperanza, quizá, de que Aristón pudiera tener más hijos con su tercera mujer, cuya fecundidad estaba ya demostrada. Como la sucesión hereditaria en Esparta recaía directamente en el primer varón nacido después del advenimiento al trono del padre, el nacimiento de un segundo hijo hubiera resuelto una cuestión que, de momento, no parecería oportuno abordar por unos magistrados tan celosos de que las dos casas reinantes en Esparta —en este caso la de los Eupóntidas— se perpetuaran (cf. V 39, 2).

[306] Se ignora la causa de esta popularidad de Aristón. Quizá su actuación en la segunda guerra arcádica (cf. I 67) había sido muy destacada. Sobre esta guerra, cf. V. Ehrenberg, *s. v. Sparta, R. E.* III, 2 A (1929), col. 1380, y F. Kiechle, *Lakonien und Sparta...*, págs. 246 y sigs.

[307] Es decir, «(el) deseado por el pueblo», ya que Demarato es un compuesto de *dêmos*, «pueblo», y *aratós*, «deseado».

[308] Entre 515-510 a. C.

[309] Cf. nota V 134.

dente llegara a ser del dominio público y destronara a Demarato. Ello se debió[310] a que este último se había enemistado seriamente con Cleómenes por haber retirado, años atrás, sus tropas de Eleusis[311], enemistad que se acentuó cuando, en la época que nos ocupa, Cleómenes se trasladó a Egina para castigar a los partidarios de los medos.

Decidido, pues, a vengarse, Cleómenes llegó a un acuer- 65
do con Leotíquidas, hijo de Ménares y nieto de Agis[312] —que pertenecía a la misma familia que Demarato[313]—, en el sentido de que, si conseguía que, en lugar de Demarato, ocupara el trono Leotíquidas, éste lo secundaría en sus medidas contra los eginetas.

Y por cierto que Leotíquidas se había convertido en un acé- 2
rrimo enemigo de Demarato por el siguiente motivo: Leotíquidas se había prometido con Pércalo, que era hija de Quilón[314]

---

[310] Es decir, «que el incidente (lo que había dicho Aristón) se divulgase se debió a que...». El texto es dudoso (cf. el apartado de variantes textuales adoptadas respecto a la edición de Hude), y H. STEIN, *Herodotos V-VI...*, pág. 169, consideraba que había una laguna (para otras posibles soluciones, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, I, pág. 323).

[311] Cf. V 75, 1 y nota V 359. A las razones apuntadas por Heródoto quizá haya que añadir el proceso a que fue sometido Cleómenes en Esparta, a raíz de su campaña en Argos (cf. VI 82, 1), y que pudo contar con la adhesión de Demarato.

[312] Agis es llamado Hegesilao en VIII 131, 2 (cf. dicho pasaje, donde se citan a todos los antepasados de Leotíquidas). Acerca del cambio de la línea sucesoria en Esparta, cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 234, nota 39.

[313] Pertenecía, por lo tanto, a la familia de los Euripóntidas (cf. VI 51), por descender de Procles, el antepasado común de Aristón, que fue el último representante de una línea directa de descendientes. Sobre Leotíquidas, cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, I, 2, págs. 179 y sigs.; II, 2, págs. 190 y sigs.

[314] Este Quilón era probablemente nieto del famoso Quilón, uno de los «Siete Sabios», que fue éforo hacia 556-555 a. C. Cf. PLATÓN, *Protágoras* 343a, y V. EHRENBERG, *Neugründer des Staates*, Múnich, 1925,

(el hijo de Demármeno); sin embargo Demarato, con sus intrigas, imposibilitó su boda, ya que, a la hora de raptar a Pércalo,
3 se le adelantó y la hizo su esposa[315]. Este incidente había originado el odio que Leotíquidas sentía hacia Demarato; de ahí que, en aquellos momentos, Leotíquidas, a instancias de Cleómenes, acusara solemnemente a Demarato, afirmando que este último reinaba ilegalmente sobre los espartiatas, dado que no era hijo de Aristón. Tras esta solemne acusación, presentó una querella contra él haciendo hincapié en aquella frase que había pronunciado Aristón cuando su servidor le comunicó que había tenido un hijo, instante en el que él, después de contar los meses, masculló un juramento, afirmando que el niño no era
4 suyo. Basándose, pues, en ese testimonio Leotíquidas intentaba demostrar que Demarato no era hijo de Aristón y que, por lo tanto, reinaba en Esparta ilegalmente[316]; y citaba como testigos a aquellos éforos[317] que, en la fecha aludida,

---

págs. 7-54. Pércalo, por otra parte, era prima de la madre de Cleómenes (ya que era hija de Prinátadas, el hermano de este Quilón; cf. V 41, 3).

[315] Mientras que en el resto de Grecia el rapto de la novia por parte del novio había desaparecido (en Atenas, tras el banquete de bodas, la desposada era conducida desde la casa de sus padres a la de su marido en un carro, acompañada de un cortejo de amigos), tal costumbre pervivía en Esparta (cf. PLUTARCO, *Licurgo* 15), y este rito sancionaba el matrimonio.

[316] Una oportunidad legal para la deposición de Demarato la proporcionaba una antigua costumbre (cf. H. W. PARKE, «The Deposing of Spartan Kings», *Classical Quarterly* 39 [1945], 106 y sigs.), según la cual una vez cada nueve años los éforos consultaban los presagios para saber si los dioses seguían dispensando su protección a los monarcas reinantes (cf. PLUTARCO, *Agis* 11).

[317] El procedimiento judicial espartano constaba de las siguientes etapas: la acusación solemne (llamada *katōmosía,* que literalmente significa el «juramento lanzado contra» alguien); la presentación de la querella *(diōxis,* o «persecución»); la presentación de las pruebas *(apófasis);* y el llamamiento a los testigos *(martýria;* como el juicio tuvo lugar en 491

habían tenido la oportunidad de asistir a la junta y de escuchar las palabras de Aristón.

Finalmente, en vista de que sobre el particular se suscitaban serias polémicas, los espartiatas decidieron preguntar 66
al oráculo de Delfos si Demarato era hijo de Aristón. El ca- 2
so se expuso a la Pitia a propuesta de Cleómenes, quien, con tal motivo, se granjeó el apoyo de Cobón, hijo de Aristofanto, un sujeto que en Delfos[318] poseía una destacadísima influencia, y éste persuadió a la profetisa Perialo para que pronunciara la respuesta que deseaba Cleómenes[319]. Así 3
que, cuando a los consultores le formularon la pregunta, la Pitia dictaminó que Demarato no era hijo de Aristón. No obstante, cierto tiempo después se descubrió el fraude, por lo que Cobón fue desterrado de Delfos y la profetisa Perialo se vio privada de su cargo.

Así fue, en suma, como se desarrollaron los hechos en lo 67
que al destronamiento de Demarato se refiere[320]; y, poste-

---

a. C., y Demarato hacía ya unos veinte años que era rey, los éforos llamados a prestar declaración serían muy ancianos). No se sabe a ciencia cierta quiénes integraban el tribunal, si los éforos, la *gerusía* y el otro rey (en este caso, Cleómenes, dado que el encausado era el otro monarca), o bien una comisión nombrada *ad hoc*.

[318] La pequeña localidad de Delfos (contaba aproximadamente con mil habitantes), situada en las proximidades del santuario, vivía de la explotación del oráculo y de los peregrinos que a él acudían. Las principales actividades eran la fabricación de útiles para los sacrificios, la hostelería, la grabación de estelas y el comercio de todo tipo de objetos religiosos. Esta población —verdaderos parásitos de Apolo— tenía en la Antigüedad fama de rapacidad y de cruel vanidad (según la tradición fueron los delfios quienes mataron al fabulista Esopo; cf. *Vida de Esopo* 124-142).

[319] Tenemos aquí la segunda mención en la *Historia* (cf. V 63, 1) a un fraude cometido por la Pitia.

[320] Que tuvo lugar en el año 491 a. C., según se desprende del cómputo de DIODORO (XI 48; XII 35) sobre la duración de los reinados de los

riormente, Demarato se exilió de Esparta, refugiándose entre los medos, debido a la siguiente afrenta. Después de su destronamiento, Demarato desempeñaba una magistratura
2 para la que había sido elegido. Pues bien, se estaban celebrando las *Gimnopedias*[321], y Demarato asistía al espectáculo, cuando Leotíquidas, que ya le había reemplazado en el trono, con ánimo de mofarse de él y de humillarlo le preguntó, por medio del servidor que le envió al efecto, qué tal sentaba el cargo de magistrado[322] después de haber reinado. Dolido por la pregunta, Demarato le respondió diciendo que él ya tenía experiencia en ambos cargos, cosa que no poseía Leotíquidas[323]; pero, en cualquier caso —agregó—, aquella

---

monarcas Euripóntidas del siglo v a. C.: Leotíquidas, veintidós años; su nieto y sucesor, Arquídamo, cuarenta y dos años; y el hijo de este último, Agis, veintisiete años. Como Arquídamo y Agis murieron, respectivamente, en 427-426 y 400-399 a. C. (cf. TUCÍD., III 89; JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 1), los veintidós años del reinado de Leotíquidas abarcaron desde 491 a 469 a. C. Cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, I, 2, pág. 70.

[321] Las *Gimnopedias* (o «fiestas de los muchachos desnudos») se celebraban anualmente a mediados del verano (cf. TUCÍD., V 82; JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 16). Dos coros, uno de hombres y otro de muchachos desnudos, bailaban y cantaban en el Ágora (cf. PAUSANIAS, III 119) y en el teatro situado al lado de la plaza pública (cf. JENOFONTE, *l. c.; * PLUTARCO, *Agesilao* 29), alrededor de las estatuas de Apolo, Ártemis y Leto, en honor de los soldados muertos en Tirea (cf., *supra*, I 82). Hay problemas para determinar si estas fiestas fueron las celebradas en 491 o en 490 a. C. (cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 268).

[322] Demarato debía de ser éforo (cf. JENOFONTE y PLUTARCO, *l. c.*, lo cual sería una prueba de que en Esparta seguía contando con numerosos partidarios), o bien habría sido nombrado *bidiaîos,* funcionario que, con otros cuatro o cinco colegas, estaba encargado de supervisar los ejercicios gimnásticos de los jóvenes (cf. PAUSANIAS, III 11, 2).

[323] Quien, antes de ocupar el trono, no había sido elegido para ejercer ninguna magistratura, probablemente porque no gozaba de la estimación de sus compatriotas.

pregunta iba a ser para los lacedemonios la causa de un inmenso infortunio o de una prosperidad igualmente inmensa[324]. Dicho esto, salió embozado[325] del teatro y se dirigió a su casa, donde, sin pérdida de tiempo, hizo los preparativos pertinentes e inmoló un buey a Zeus; y, una vez concluido el sacrificio, mandó llamar a su madre.

Al llegar su madre, Demarato le puso en las manos un 68
trozo de las entrañas[326], y le dirigió una súplica en los siguientes términos: «Madre, en nombre de todos los dioses y en especial de Zeus Herceo[327], cuyo altar aquí ves, te suplico que me digas la verdad; dime con toda franqueza quién
es mi padre. Pues, durante las polémicas, Leotíquidas ha 2
venido diciendo que tú estabas embarazada de tu primer marido y que llegaste a casa de Aristón ya encinta; pero hay quienes cuentan una historia aún más infame, asegurando

[324] Heródoto no comenta el significado de esta amenaza. La mayoría de los críticos considera que el segundo término de la alternativa es una simple fórmula retórica para poner de relieve, por contraste, el valor del primero. Pero puede tratarse también de una decisión, tomada de antemano por Demarato, de propiciar la guerra con Persia para desgracia o gloria de Esparta, según que resultase vencida o que alcanzase la victoria; y, en este caso, Heródoto, que muestra simpatía hacia Demarato, no insiste sobre esa decisión. Cf. A. Dovatour, «La menace de Démarate», *Revue Études Grecques* 50 (1937), 464 y sigs.

[325] Es decir, con la cabeza cubierta en señal de pesar. Cf. *Odisea* X 53.

[326] Del buey que acababa de sacrificar, para que su madre tuviera participación en la ofrenda e incurriese en perjurio si mentía. Se trataba de un rito consagrado y habitual. Cf. Licurgo, *Contra Leócrates* 20.

[327] Epíteto de Zeus que, en su calidad de protector de la casa y de la familia (cf. Sófocles, *Antígona* 487), solía tener erigido un altar en el patio de las casas. Sobre la relación entre el «juramento» (en griego, *hórkos)* y Zeus, invocado como protector del «recinto del patio» (en griego, *hérkos),* cf. É. Benveniste, «L'expression du serment dans la Grèce ancienne», *Revue Histoire Religions* 134 (1948), 81 y sigs.

que mantuviste relaciones con un criado —¡con el mozo de
3 mulas!— y que yo soy hijo suyo. Te ruego, pues, por los
dioses, que me digas la verdad; porque, si has hecho algo de
lo que cuentan, a fe que no has sido la única en hacerlo, sino
que has imitado a multitud de mujeres[328]. Por otra parte, la
versión más extendida en Esparta es que Aristón no poseía
un semen fecundo, ya que, de lo contrario, sus anteriores
esposas también le habrían dado hijos».

69 Esto fue, en concreto, lo que dijo Demarato; y entonces su
madre le respondió en los siguientes términos: «Hijo, puesto
que me ruegas encarecidamente que diga la verdad, voy a
revelártela íntegramente. Cuando Aristón se casó conmi-
go[329], dos noches después de la noche de bodas se me acer-
có una aparición, que era el vivo retrato de Aristón, y des-
pués de acostarse conmigo me puso en la cabeza las coronas
2 que llevaba. Ya se había marchado la aparición cuando, po-
co después, llegó Aristón. Y al ver que yo tenía unas coro-
nas, me preguntó quién era el que me las había dado. Le
respondí que él, pero Aristón lo negó. Entonces yo refrendé
mis palabras con juramentos, indicándole que hacía mal al
no reconocerlo, ya que un poco antes se había presentado y,
tras acostarse conmigo, me había dado las coronas. Al ver
3 que yo refrendaba mis palabras con juramentos, Aristón lle-
gó a la conclusión de que lo ocurrido tenía un cariz sobre-
natural. Y, de hecho, se comprobó que las coronas proce-

---

[328] Mientras que PLUTARCO (*Licurgo* 15; *Moralia* 228b) e ISÓCRATES (*Panatenaico* 259) ponderan la virtud de las mujeres espartanas, ARISTÓTELES (*Política* II 9; 1269b) las acusaba de vivir entregadas a toda suerte de excesos.

[329] Literalmente, «cuando Aristón me llevó a su casa», después de haberle quitado la mujer a su amigo Ageto (cf. VI 62, 2). Al llevársela a su casa, una mujer pasaba a ser la esposa del propietario de la misma.

dían del templete[330] situado cerca de las puertas del patio[331],
que recibe el nombre de «templete de Astrábaco»; pero es
que, además, los adivinos confirmaron que la aparición era
el mismísimo héroe. Así pues, hijo, ya sabes a grandes ras- 4
gos todo cuanto quieres saber. Es decir, que, o eres hijo de
ese héroe, y tu padre es el héroe Astrábaco[332], o lo es Aris-
tón; pues te concebí aquella noche. Y en cuanto al principal
argumento que esgrimen tus enemigos para atacarte (ale-
gando que el propio Aristón, cuando recibió la noticia de tu
nacimiento, manifestó ante muchos testigos que tú no eras
hijo suyo, puesto que todavía no había transcurrido el plazo
de los diez meses), tu padre lanzó aquella exclamación por
su desconocimiento del tema; pues las mujeres dan a luz 5
tanto a los nueve como a los siete meses, ya que no todas
cumplen una gestación de diez meses; y yo, hijo mío, te
traje al mundo a los siete meses[333]. Además, el propio Aris-

---

[330] Cf. nota V 204.

[331] Es decir, cerca de la puerta principal de acceso a la casa, ya en la calle (sobre la situación de la capilla aquí aludida, cf. PAUSANIAS, III 16, 9).

[332] Astrábaco era un antiguo héroe lacedemonio, descendiente en cuarta generación de Agis (el hijo de Eurístenes), que encontró la estatua sagrada de Ártemis que Orestes e Ifigenia se trajeron de la Táurica (cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros* 980 y sigs.). Como en griego *astrábē* significa «silla de montar», de ahí que se relacionara esta leyenda (que es evocada por la novela de F. YERBY, *La canción de la cabra)*, sobre el nacimiento de Demarato, con un mozo de mulas encargado de colocar las sillas a las caballerías (para una explicación inversa, es decir, que Demarato pretendiera descender de un héroe y que ello hubiese originado una reacción popular burlona, cf. PH.-E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 82, nota 1).

[333] La duración legal del embarazo, fijada a partir de Hipócrates (cf. nota VI 304) por los jurisconsultos latinos, comprendía 180 días, como mínimo, y 300 días, como máximo. Es decir, en meses lunares griegos de veintiocho días, seis meses y doce días como mínimo, y diez meses y veinte días como máximo.

tón reconoció, no mucho tiempo después, que había pronunciado aquella frase por ignorancia. No des crédito a otras versiones sobre tu nacimiento, porque acabas de escuchar, íntegramente, la verdad más estricta. Y ojalá que la mujer del mismísimo Leotíquidas, así como las de aquellos que sostienen esa calumnia, tengan hijos con mozos de mulas».

70 Esto fue, en suma, lo que le dijo su madre. Entonces Demarato, una vez informado de lo que deseaba, se surtió de provisiones y se dirigió a la Élide[334], so pretexto de que se dirigía a Delfos para consultar al oráculo. Los lacedemonios, por su parte, ante la sospecha de que Demarato preten-
2 día huir, se lanzaron en su persecución[335]; pero Demarato debió de adelantárseles y, desde la Élide, pasó a Zacinto[336]. Los lacedemonios, entonces, hicieron otro tanto y consiguieron prenderlo, privándolo de su séquito. Sin embargo, como los zacintios se opusieron a su extradición, acto seguido, desde Zacinto pasó a Asia, encaminándose a la corte del rey Darío, quien lo acogió con gran deferencia y le dio tierras y ciudades[337].

---

[334] Comarca noroccidental del Peloponeso (en ella se encontraba Olimpia).

[335] Pese a que PLUTARCO (*Agis* 11) menciona una antigua ley según la cual un Heráclida (es decir, un miembro de la realeza espartana) no podía emigrar de Esparta bajo pena de muerte, no hay pruebas de que dicha ley se aplicara rígidamente (Dorieo, por ejemplo, pudo marcharse de Lacedemonia; cf. V 42 y sigs.). Además, si Demarato no era hijo de Aristón —razón por la que se le había privado del trono—, no había lugar a que la normativa se aplicase. Probablemente los espartanos temían que Demarato, herido en su amor propio, pudiera causarles problemas en Mesenia o Arcadia (y, por otra parte, su posición contraria a la intervención de Cleómenes en Egina podía despertar sospechas sobre un presunto «medismo» por su parte).

[336] La actual isla de Zante, a unos 20 km. de la costa noroccidental del Peloponeso.

[337] Entre otras, las ciudades de Pérgamo y Teutrania, en Misia. Según

Así fue como Demarato, después de haber pasado por 3
tales vicisitudes, llegó a Asia. Y por cierto que, en muy diversas ocasiones, cubrió de gloria a los lacedemonios con sus proezas y sus atinados consejos; y en cierta ocasión, concretamente, les proporcionó un triunfo en los Juegos Olímpicos[338], al obtener la victoria con su cuadriga, siendo el único monarca, de entre todos los que hasta la fecha ha habido en Esparta, que ha conseguido dicho galardón.

Leotíquidas, rey de Esparta. Su posterior destino

Al ser derrocado Demarato, le 71
sucedió en el trono Leotíquidas, hijo de Ménares, que tuvo un hijo, Zeuxidamo, a quien, por cierto, algunos espartiatas denominaban Cinisco[339]. El tal Zeuxidamo no llegó a reinar en Esparta, pues murió
antes que Leotíquidas, dejando un hijo: Arquídamo[340]. Por 2

JENOFONTE (*Helénicas* III 1, 6; *Anábasis* II 1, 3; VII 8, 17) —y ello es más verosímil—, fue Jerjes quien concedió esas posesiones a Demarato (y sus descendientes aún las conservaban a comienzos del siglo IV a. C.) como recompensa por haber acompañado al monarca persa en su expedición contra Grecia.

[338] Quizá hizo que proclamaran vencedora a la propia Esparta, y no a su persona (cf. VI 103, 2). La victoria de Demarato no ha podido ser fechada con precisión.

[339] Apodo que significa «cachorro» (de perro). Su nieta, también llamada Cinisca, fue la primera mujer que consiguió triunfar en Olimpia (cf. PAUSANIAS, III 8, 1; VI 1, 6). Su hermano Agesilao la animó a dedicarse al cuidado de los caballos, al objeto de demostrar que, para triunfar en este tipo de concursos, no eran precisos el valor, la destreza o la fuerza, sino sólo el dinero (cf. PLUTARCO, *Agesilao* 20). Los caballos de esta princesa espartana, famosa en su tiempo en toda Grecia, ganaron la prueba de cuadrigas en las Olimpiadas 96 y 97 (= 396 y 392 a. C.).

[340] El posterior Arquídamo II, rey de Esparta desde 469 a 427 a. C., que tradicionalmente ha dado nombre a la primera fase de la guerra del Peloponeso, desde su estallido, en 431 a. C., hasta la paz de Nicias, en 421 a. C. Cf. D. KAGAN, *The Archidamian War*, Londres, 1974.

su parte Leotíquidas, tras haber perdido a Zeuxidamo, contrajo segundas nupcias con Eurídama[341], que era hermana de Menio e hija de Diactóridas. Con ella no tuvo descendencia masculina, pero sí una hija —Lampito—, a la que desposó Arquídamo, el hijo de Zeuxidamo, ya que Leotíquidas le había concedido su mano[342].

72 Y por cierto que Leotíquidas tampoco[343] pasó su vejez en Esparta, sino que, por su comportamiento con Demarato, recibió poco más o menos el siguiente castigo[344]. Acaudilló a las tropas lacedemonias en una campaña contra Tesalia[345] y, cuando tenía la posibilidad de someter todo el país, se
2 dejó sobornar por una elevada suma de dinero. Sin embargo, fue sorprendido con las manos en la masa en el propio

[341] Probablemente con la pretensión de tener otro hijo varón (Zeuxidamo debía de ser su único hijo), a fin de que le sucediera en el trono. De ahí que luego case a Lampito con su nieto. Se ignora quiénes fueron Menio y Diactóridas.

[342] Con objeto de evitar disputas entre los miembros de la familia de los Euripóntidas (cf. nota VI 282). Entre las familias reales de Esparta regía el principio de la endogamia.

[343] Al igual, pues, que Demarato. Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 83, nota 6, para otra interpretación («pas plus que d'avoir un fils pour successeur»).

[344] Es frecuente en la *Historia* que el castigo divino sustituya a la acción del hombre cuando las fuerzas del ser humano son demasiado limitadas para poder restablecer un justo equilibrio. Cf. P. Hohti, «Die Schuldfrage der Perserkriege in Herodots Geschichtswerk», *Arctos* 10 (1976), 37 y sigs.

[345] En 476 a. C., para castigar a los Aléuadas, miembros de una familia dirigente de Larisa, por haber apoyado a Jerjes durante la segunda guerra médica (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 80 y sigs.). Mientras que Pausanias (III 7, 9) confirma el testimonio de Heródoto sobre el soborno de Leotíquidas, Plutarco *(De Herodoti malignitate* 21) afirma lo contrario, aduciendo que dos Aléuadas fueron expulsados de Tesalia.

campamento, mientras estaba sentado sobre una bolsa[346] repleta de dinero, por lo que tuvo que comparecer ante un tribunal que lo desterró de Esparta y que ordenó demoler su casa. Entonces se refugió en Tegea[347], ciudad en la que murió.

Cleómenes entrega a Atenas rehenes eginetas

Esto, como es natural, sucedió 73
cierto tiempo después[348]. Entretanto, por las fechas que nos ocupan[349], en vista de que el complot contra Demarato se había desarrollado conforme a sus deseos, Cleómenes se hizo acompañar por Leotíquidas y, sin perder un instante, se dirigió contra los eginetas, hacia quienes sentía un profundo rencor por el ultraje
que había recibido[350]. Como los atacaban ambos reyes, los 2
de Egina, en esa tesitura, no consideraron oportuno seguir

---

[346] Literalmente, «una manga». El término griego *(cheirís)* sirve para designar una manga estrecha por ambos extremos y ancha en toda su extensión, tal y como la que utilizaban en su indumentaria los persas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 8). En este caso quizá se refiera a una faltriquera que usara Leotíquidas. A destacar la venalidad del rey espartano, con lo que, según la tradición de los autores antiguos (cf., *supra*, III 56; TUCÍD., I 131; V 16; VIII 5; ARISTÓTELES, *Política* II 9, 1270b; PLUTARCO, *Pericles* 22), estaba en la línea de corrupción que caracterizaba a los lacedemonios fuera de Esparta.

[347] Tegea era una ciudad de Arcadia (cf. I 65 y sigs.), situada a unos 40 km. al norte de Esparta (sobre la protección que esta ciudad prestó a diferentes fugitivos lacedemonios, cf., *infra*, IX 37, 4; y PAUSANIAS, III 5, 6).

[348] Leotíquidas murió en el año 469 a. C. (Heródoto dice «como es natural», porque todo el mundo sabía que este rey espartano había estado, en el año 479, al frente de la flota griega que venció a los persas en Mícala; cf. IX 98-104.)

[349] El historiador reemprende la narración interrumpida en el capítulo 66. Estamos, pues, en el año 491 a. C.

[350] Cf. VI 50 acerca de la resistencia de los eginetas contra Cleómenes y la especial oposición de Crío (sobre Casambo se carece de datos).

oponiendo resistencia, así que los monarcas escogieron a los diez eginetas que más descollaban por su fortuna y su alcurnia (entre quienes, en concreto, se contaban Crío, hijo de Polícrito, y Casambo, hijo de Aristócrates, justamente los ciudadanos que más autoridad poseían), y se los llevaron. A esos sujetos los condujeron al Ática y confiaron su custodia a los atenienses[351], los peores enemigos de los eginetas.

Descubrimiento del complot urdido contra Demarato

74 Poco después[352], ante el descubrimiento de la conspiración que había urdido contra Demarato, el miedo a una represalia de los espartiatas hizo presa en Cleómenes, que huyó en secreto a Tesalia[353]. Luego, desde allí se dirigió a Arcadia e intentó organizar una revuelta, coligando a los arcadios contra Esparta[354]. Y por cierto

---

[351] A destacar que los lacedemonios no se llevaron los rehenes a Esparta. Sobre las razones de que los condujeran al Ática, cf. nota VI 238.

[352] Tal vez a comienzos del verano del año 490 a. C. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, I, pág. 331.

[353] La razón que aduce Heródoto debe de ser errónea, pues posiblemente el viaje de Cleómenes a Tesalia tuvo lugar antes de que se descubriera el fraude que había urdido en Delfos contra Demarato. Como Mardonio había conseguido reafirmar la soberanía persa sobre Macedonia (cf. nota VI 219), había motivos, con vistas a la defensa de Grecia, para que un rey de Esparta visitara el norte. Cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, IV, 1, pág. 329.

[354] Algunos críticos han interpretado que estas maniobras de Cleómenes en Arcadia —aunadas a una revuelta mesenia que se habría producido por esas fechas— fueron la causa de que los espartanos no tomaran parte en la batalla de Maratón (cf. W. P. Wallace, «Kleomenes, Marathon, the Helots and Arkadia», *Journal of Hellenic Studies* 74 [1954], 32 y sigs.). Pero es muy dudoso que la pretendida revuelta de Mesenia se hubiese producido; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, 2, pág.

que les hizo jurar de muy diversas maneras que lo seguirían sin vacilar a dondequiera que los acaudillase, pero se mostraba particularmente ansioso por llevar a jefes arcadios a la ciudad de Nonacris para obligarlos a jurar por el agua de la Estigia[355]; pues, al decir de los arcadios, en esa ciudad se 2 halla el agua de la Estigia, que de hecho consiste, poco más o menos, en lo siguiente: se trata de un hilillo de agua que mana de una roca y que cae goteando a un estanque, estanque al que rodea un muro circular[356]. Nonacris, donde, como

---

103; y F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* III a, págs. 109-181, sobre las fuentes al respecto.

[355] Es decir, «de la (fuente) Estigia». O bien, «del Éstige», río de Arcadia que, a su vez, desembocaba en el Cratis (cf. I 145). El Éstige era considerado el principal río de los infiernos, a los que rodeaba con sus meandros de aguas fangosas y heladas, en medio de tinieblas (el hecho de que rodeara el reino de Hades hizo que, en lugar del río Éstige, se hablara comúnmente de la laguna Estigia). En sus orígenes Estigia era una ninfa que ocupaba en Arcadia una gruta al lado de una fuente. Como apoyó a Zeus en su lucha contra los Gigantes, el padre de los dioses le concedió el privilegio de ser invocada por los dioses (cf. *Ilíada* XV 37; Hesíodo, *Teogonía* 758); lo que confería al juramento, confirmado de esa manera, un valor absoluto (hasta el punto de que, si un dios cometía perjurio, tras haber jurado por la Estigia, se veía privado de néctar y ambrosía por espacio de un año, y durante nueve no podía vivir con los demás dioses). Cf. F. Bölte, *s. v. Styx, R. E.* 4 A 1 (1931), cols. 457-463. Pese a que éste es el único ejemplo recordado por los historiadores, no hay duda de que un juramento prestado por las aguas de la fuente Estigia de Arcadia, a la que se atribuían temibles propiedades (cf. Pausanias, VIII 18, 2; y J. G. Frazer, *Pausanias's Description of Greece*, N. York, 1965 [= 1898], IV, págs. 250-253), se consideraría entre los arcadios como un vínculo indisoluble. En general, sobre los juramentos prestados en nombre de la Estigia, cf. J. Bollack, «Styx et Serments», *Revue des Études Grecques* 71 (1958), 31-32.

[356] Las aguas del río Éstige forman la única catarata importante que existe en Grecia, ya que caen por una pared rocosa de 60 m. de altura. No obstante, Heródoto debió de ver la catarata en verano, y de ahí que hable

digo, se encuentra ese manantial, es una ciudad de Arcadia cercana a Féneo[357].

Locura y suicidio de Cleómenes. Versiones sobre la causa de ello

75 Por su parte los lacedemonios, al tener conocimiento de lo que tramaba Cleómenes, se alarmaron[358] y le permitieron regresar [a Esparta] con las mismas atribuciones que tenía ya anteriormente. Sin embargo, apenas hubo regresado, Cleómenes, que ya con anterioridad estaba bastante desequilibrado[359], sufrió un ataque de locura, pues, cuando se topaba con algún espartiata, le atizaba un bastonazo en la cara.

2 Ante las extravagancias que cometía, y dado que había perdido el juicio, sus parientes lo encadenaron a un cepo. Cargado de cadenas, cierto día vio que al sujeto que lo vigilaba lo habían dejado solo los demás guardianes y le pidió un puñal. En un principio [el guardián] se negó a dárselo, pero Cleómenes lo amenazó con lo que le haría cuando se viera libre, hasta que el hombre, amedrentado

---

de «un hililllo de agua» (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 63, nota 3).

[357] Localidad del norte de Arcadia, a orillas del lago del mismo nombre. Nonacris estaba situada a unos 10 km. al NO de Féneo, en la vertiente norte del monte Aroania, de 2.355 m. de altitud, donde nacía el río Éstige.

[358] Por el peligro permanente que hubiese entrañado para Esparta la constitución de una liga de las ciudades arcadias sólidamente organizada (cosa que, por ejemplo, consiguió Epaminondas). A pesar de que recientemente se ha supuesto que los arcadios habían conseguido formar una confederación de ciudades que alcanzaron cierta independencia respecto al control ejercido por los lacedemonios en el Peloponeso (cf. J. Roy, «An Arcadian League in the earlier fifth century B. C.?», *Phoenix* 26 [1972], 334 y sigs.), lo cierto es que Esparta, aprovechando las disensiones existentes en Arcadia, especialmente entre Tegea y Mantinea, mantuvo su hegemonía en la zona hasta el siglo iv a. C. Cf. A. Andrewes, «Sparta and Arkadia in the early fifth century», *Phoenix* 6 (1952).

[359] Cf. V 42, 1.

ante las amenazas (pues se trataba de un hilota[360]), le dio un puñal. Entonces Cleómenes, una vez en posesión del 3 acero, empezó a lastimarse comenzando por las piernas: desgarrándose a jirones las carnes, fue subiendo de las piernas a los muslos, y de los muslos a las caderas y las ijadas, hasta que llegó al vientre y se lo hizo trizas, hallando así la muerte[361]. Según afirma la mayoría de los griegos, tuvo este final por haber inducido a la Pitia a pronunciar aquella respuesta en el asunto de Demarato[362]. Sin embargo, al decir de los atenienses, fue debido a que, cuando invadió Eleusis, saqueó el sagrado recinto de las diosas[363]. Y, según los argivos, fue porque, cuando consiguió que salieran del santuario de su héroe Argos los argivos que se habían refugiado allí tras la batalla, los pasó por las armas y, con un absoluto desprecio hacia el propio bosque sagrado, mandó incendiarlo[364].

---

360 Cf. nota VI 289.

361 Sobre la muerte de Cleómenes, cf. A. Giusti, «Il suicidio di Cleomene», *Atene e Roma* 10 (1929), 54-76; y Th. Lenschau, «König Kleomenes I. von Sparta», *Klio* 13 (1938), 412 y sigs. Algunos críticos han apuntado la posibilidad de que Cleómenes fuera asesinado por los propios lacedemonios por considerarlo un peligro para el Estado; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 1, pág. 36.

362 Opinión compartida por el propio Heródoto (cf. VI 84, 3).

363 O bien, «taló el bosque consagrado a las diosas» (sobre los castigos para quienes en Eleusis incurrían en sacrilegio, cf. IX 65), cf. V 74-75. Las diosas son, en este caso, Deméter y Perséfone, que poseían en Eleusis un santuario (o *telesterion)* donde se celebraban sus cultos mistéricos (sobre los misterios eleusinos puede verse A. Bernabé en su traducción de los *Himnos Homéricos,* Madrid [B. C. G., 8], 1978, págs. 52-57).

364 Cf. VI 78-81.

76 *Excurso sobre la sacrílega campaña de Cleómenes contra Argos*

Resulta que, en cierta ocasión en que Cleómenes estaba consultando el oráculo de Delfos, la respuesta que recibió fue que tomaría Argos[365]. Cuando llegó, al frente de los espartiatas[366], a orillas del río Erasino[367], que, por lo que cuentan, procede de la laguna Estinfálide[368] (según esa versión, el agua de dicha laguna va a parar a una sima invisible, reapareciendo en

---

[365] Aparte de la antigua rivalidad existente entre Argos y Esparta por la posesión de las zonas cerealistas de Tirea y la Cinuria, en la costa occidental del golfo Argólico, la política exterior de Cleómenes tendió siempre a asegurar la posición de Esparta en el Peloponeso; y Argos constituía un serio peligro para esa hegemonía al no figurar entre los aliados de Esparta.

[366] La campaña de Cleómenes contra los argivos presenta problemas de datación (cf., recientemente, M. T. Mitsos, «Die Datierung der Schlacht bei Sepeia», *Ptaton* 29 [1977], 265 y sigs., quien, basándose en el testimonio de Pausanias, III 4, 1, fecha la campaña en el período inmediatamente posterior a la ascensión al trono de Cleómenes; esto es, entre 520-510 a. C.), aunque se supone que debió de tener lugar entre los años 500-495 a. C.; es decir que habría coincidido con la sublevación jonia (lo cual justificaría, para algunos críticos, la inhibición lacedemonia ante las demandas de ayuda de los sublevados; cf. G. L. Huxley, *Ancient Sparta,* Londres, 1962, págs. 28 y sigs.). En general, *vid.* T. Kelly, «The traditional enmity between Sparta and Argos», *American Historical Review* 75 (1970), 971-1003, donde se analizan todos los testimonios al respecto.

[367] Río que desemboca en el golfo Argólico, a unos 2 km. al sur de Lerna, y que en esta época servía de frontera entre Laconia y la Argólide.

[368] O lago Estinfalo, en la zona nororiental de Arcadia, a orillas del cual se alzaba la ciudad del mismo nombre. La creencia de que el río Erasino —cuyas fuentes se hallaban a unos 35 km. al SE del lago— procedía de la laguna Estinfálide (en la que Heracles llevó a cabo su sexto trabajo) se debía a que, en dicha laguna, cuyas dimensiones se han visto reducidas con el paso de los siglos, existía una gruta anegada por las aguas del lago. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias's Description of Greece...,* IV, págs. 268 y sigs.

la Argólide; y el curso de agua que se forma ya en esa zona recibe por parte de los argivos el nombre de Erasino), cuando Cleómenes, repito, llegó a orillas del citado río, le ofreció un sacrificio[369]. Mas, como los presagios eran totalmente desfa- 2
vorables para vadearlo, manifestó que admiraba al Erasino por no traicionar a sus compatriotas, pero que, a pesar de todo, los argivos no saldrían bien librados. Acto seguido emprendió la retirada, dirigiendo su ejército a Tirea[370]; y, tras sacrificar un toro en honor del mar[371], condujo a las tropas a la región de Tirinto y Nauplia a bordo de unos navíos[372].

Entonces los argivos, al tener noticia de ello, acudieron 77
a la costa para defender su territorio. Y, cuando llegaron a las inmediaciones de Tirinto, concretamente en el lugar que recibe el nombre de Sepea[373], asentaron sus reales frente a los lacedemonios sin dejar entre ambos ejércitos un amplio espacio de terreno. En esa posición los argivos no sentían temor a librar una batalla campal, sino a ser víctimas de una trampa[374]; pues, de hecho, a esa contingencia se refería el 2

[369] De acuerdo con la costumbre espartana de realizar un sacrificio (llamado *diabatḗria)* antes de emprender una campaña. Cf. H. Popp, *Die Einwirkung von Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen,* tesis doct., Erlangen, 1957, págs. 42 y sigs.

[370] En la zona nororiental de Laconia (cf. I 82), a unos 2 km. de la costa del golfo Argólico (cf. Tucíd., IV 57).

[371] Posiblemente en honor de Posidón (cf. *Odisea* III 6).

[372] Naves que les habían proporcionado los sicionios y los eginetas (cf. VI 92). Es posible que Cleómenes hubiera pretendido atraer a los argivos hacia Lerna, en el sur de la Argólide, para sorprenderlos posteriormente con un desembarco en Nauplia (Tirinto y Nauplia, en la llanura de Argos, distaban de la capital unos 10 y 14 km. respectivamente). Pero, al parecer, los argivos se percataron de sus intenciones y los lacedemonios hubieron de desembarcar en Asine, a unos 6 km. al SE de Nauplia. Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 227 y sigs.

[373] Situado entre Tirinto y Nauplia.

[374] Probablemente porque no habían sido capaces de comprender el significado del oráculo que a continuación se cita.

oráculo que la Pitia les había dictado a la vez tanto a ellos como a los milesios[375], y que rezaba así:

«Mas, cuando la hembra, conseguida la victoria,
logre expulsar al macho y alcance gloria entre los ar-
[givos,
dará lugar a que, en ese instante, muchas argivas se
[desgarren las mejillas[376].

---

[375] Sobre el vaticinio dirigido a los milesios, cf. VI 19, 2. Es posible que, cuando Aristágoras viajó a Grecia, a fin de solicitar ayuda para los jonios sublevados (cf. V 39 y sigs.), pasara por Argos, al dirigirse de Esparta a Atenas (cf. V 55 y sigs.), y recabara también el apoyo de los argivos. Éstos, entonces, se habrían trasladado a Delfos para consultar dos cosas: la opinión del dios sobre sus diferencias con Esparta, y si era oportuno que ayudasen a los jonios. De ahí que la Pitia hubiese respondido a las dos preguntas con una sola respuesta. Cf. J. B. Bury, «The Epicene Oracle concerning Argos and Miletos», *Klio* 2 (1902), 19.

[376] El oráculo es de difícil interpretación (sobre él, cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote...*, págs. 172 y sigs.) y el propio historiador no aventura ninguna explicación. Entre las diversas exégesis que se han propuesto (*vid.* un sumario en R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth book...*, I, págs. 335-336), las más plausibles son las siguientes: 1. La hembra (quizá la diosa Hera, venerada en Argos) vencerá al macho (Cleómenes); pero será una «victoria cadmea» (cf. nota I 414), que acarreará la desgracia a Argos (con referencia quizá a lo que se narra en el capítulo 83). 2. Esparta (femenino en griego) conquistará Argos (un héroe masculino), lo que ocasionará la ruina de esta ciudad. 3. En autores tardíos (cf. Plutarco, *Moralia* 245; Pausanias, II 20, 8) aparece otra interpretación de carácter etiológico para explicar un festival femenino que se celebraba en Argos, las *Hybristiká*, o «Fiestas Ultrajantes», en el que las mujeres portaban armas y los hombres se ataviaban con vestidos femeninos (cf. Polieno, *Strategemata* VIII 33). Sócrates de Argos (*apud* Diógenes Laercio, II 47) afirmaba que, tras la victoria que Cleómenes consiguió sobre los argivos (cf., *infra*, VI 78), los lacedemonios atacaron Argos; pero, entonces, la poetisa Telesila se encargó de la defensa de la ciudad, ayudada por mujeres, ancianos, niños y esclavos, consiguiendo finalmente que Cleómenes desistiera de tomarla (en todo caso, esta interpretación habría que relacionarla con la segunda parte de

Así, hasta entre las generaciones venideras, se dirá un
[día:
'la terrible sierpe de triple anillo[377] *pereció domeñada*
[por la lanza'».

Como es natural, la concurrencia de todas esas circunstancias[378] inspiraba temor a los argivos; de ahí que, en ese trance, decidieran valerse del heraldo de los enemigos. Y, una vez tomada dicha determinación, actuaban de la siguiente manera: cada vez que el heraldo espartiata transmitía una orden a los lacedemonios, los argivos, por su parte, la seguían a rajatabla. 3

78 Pero, cuando Cleómenes se percató de que los argivos seguían todas las indicaciones de su propio heraldo, ordenó a sus hombres que, en el momento en que el heraldo diera la señal de almorzar, tomaran sus armas y se lanzasen sobre los argivos[379]. Los lacedemonios cumplieron puntualmente 2

la primera: la pérdida de los hoplitas argivos y la posterior sublevación de los esclavos).

[377] Pese a que el emblema de Argos era un lobo (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte....*, I, pág. 214), la serpiente se utilizó como símbolo de la ciudad de Argos (cf. SÓFOCLES, *Antígona* 125) y figuraba en el escudo del héroe argivo Adrasto (cf. EURÍPIDES, *Fenicias* 1137).

[378] Que pueden reducirse a tres: 1. La presencia de un ejército lacedemonio en las proximidades de Argos. 2. La no comprensión del oráculo emitido por la Pitia. 3. Que ambos ejércitos estaban acampados en Sepea, un nombre que podía relacionarse con el sustantivo *sêps*, que significa «serpiente venenosa», y éste, a su vez, con el último hexámetro délfico. Cf. M. ZAMBELLI, «Per la storia di Argo nella prima metà del V secolo a. C. II: L'oracolo della battaglia di Sepeia», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 102 (1974), 442 y sigs.

[379] Mientras que POLIENO, *Strategemata* I 14, recoge sin comentarios la treta de Cleómenes citada por Heródoto, PLUTARCO, *Moralia* 223, afirma que Cleómenes engañó a los argivos pactando con ellos

sus órdenes, ya que atacaron a los argivos[380] mientras éstos, conforme a la señal dada por el heraldo, se hallaban almorzando, y mataron a un elevado número de enemigos, en tanto que a un número considerablemente superior, que se habían refugiado en el bosque consagrado a Argos[381], los cercaron y los mantuvieron vigilados.

79 En esa tesitura[382], Cleómenes hizo lo siguiente. Informado por unos desertores que tenía entre sus filas, despachó un heraldo, para que llamase por sus nombres a los argivos que se habían recluido en el sagrado lugar, y los invitó a salir de allí (les propuso abandonar su refugio asegurándoles que tenía en su poder sus rescates[383]; por cierto que, entre los peloponesios, el rescate a pagar por cada prisionero está fijado en dos minas[384]). Pues bien, de ese modo, Cleómenes consiguió que, a medida que los iban llamando, saliesen unos

---

una tregua de siete *días* y atacándolos en el transcurso de la tercera *noche.*

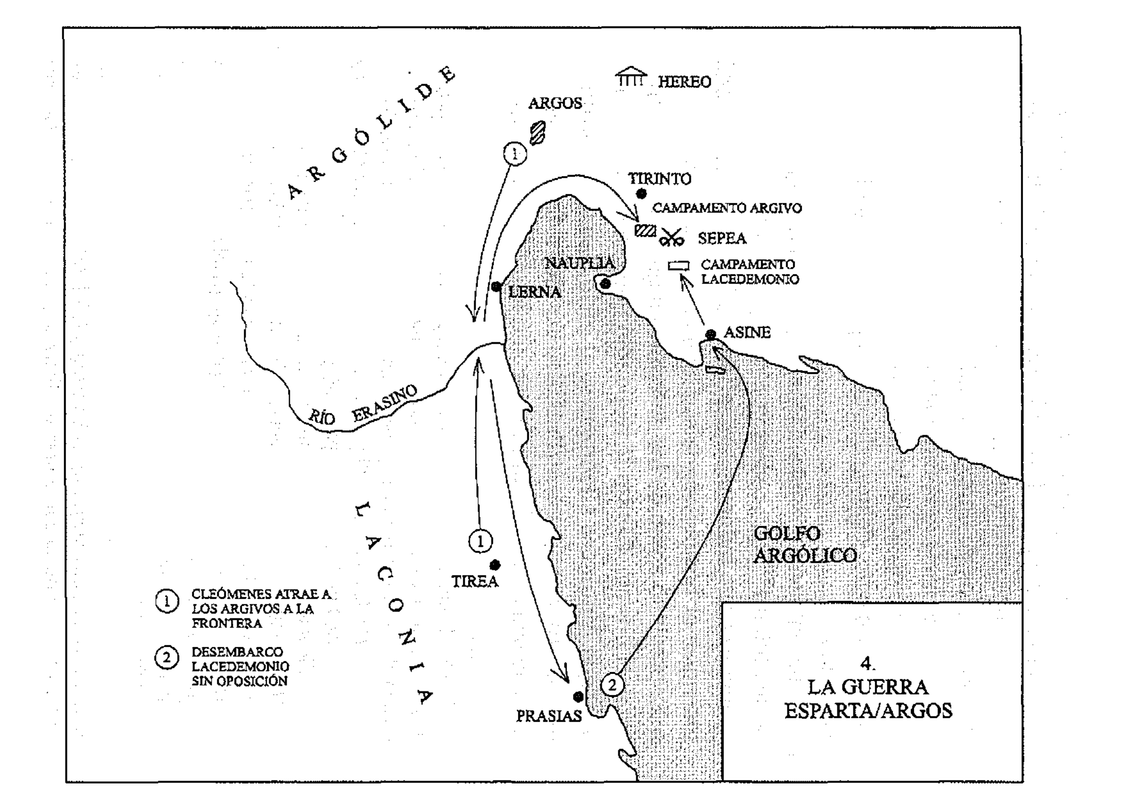
380 Según autores posteriores (cf. ARISTÓTELES, *Política* V 3, 1303a) en el día séptimo del mes en que se desarrollaban los hechos, o a los siete días de estar acampados frente a frente ambos ejércitos. Por eso la batalla se llamó «la del séptimo día».

381 Había dos héroes que se llamaban así. El primero era hijo de Zeus y de Níobe, y dio su nombre a la ciudad de Argos y a la región en que se encontraba, la Argólide. El segundo, nieto del anterior, fue apodado *Panoptes*, que significa «el que todo lo ve». Dotado de una fuerza sobrenatural, unas tradiciones lo representan como un gigante y otras como un efebo, aunque todas coinciden en destacar la particularidad de sus ojos. La tradición más extendida le adjudica cien ojos, la mitad de ellos perpetuamente abiertos. La diosa Hera (la patrona de la ciudad de Argos, precisamente) le confió la custodia de Ío, metamorfoseada en novilla, hasta que Hermes lo mató.

382 Pues no podía ordenar a sus tropas que entrasen en un lugar sagrado para asesinar a unos asilados.

383 Es decir, los rescates que, según Cleómenes, se habían pagado por ellos.

384 Unos 864 gr. de plata por cabeza. Cf. V 77, 3.


ARGÓLIDE
HEREO
ARGOS
TIRINTO
CAMPAMENTO ARGIVO
SEPEA
NAUPLIA
CAMPAMENTO LACEDEMONIO
LERNA
ASINE
RÍO ERASINO
LACONIA
TIREA
GOLFO ARGÓLICO
PRASIAS
1 CLEÓMENES ATRAE A LOS ARGIVOS A LA FRONTERA
2 DESEMBARCO LACEDEMONIO SIN OPOSICIÓN
4. LA GUERRA ESPARTA/ARGOS

2 cincuenta argivos y ordenó que los mataran. Al parecer, los que permanecían en el sagrado recinto no se habían percatado de lo que estaba ocurriendo, pues, debido a la espesura del bosque, los de dentro no podían ver lo que les hacían a los de fuera, hasta que, finalmente, uno de ellos se encaramó a un árbol y descubrió lo que pasaba. Como es natural, desde ese momento, dejaron de salir, a pesar de que los seguían llamando.

80 Fue entonces cuando Cleómenes ordenó a la totalidad de los hilotas[385] que rodearan el bosque con haces de leña; y, una vez que hubieron cumplido sus indicaciones, mandó incendiar el bosque sagrado. Cuando era pasto de las llamas, preguntó a uno de los desertores a qué divinidad pertenecía el bosque. El otro le respondió que estaba consagrado a Argos. Entonces Cleómenes, al oírlo, lanzó un profundo suspiro y exclamó: «¡Profético Apolo, a fe que me engañaste sumamente[386] al afirmar que lograría tomar Argos!

---

[385] Con lo cual, y según la concepción legalista griega de la culpabilidad, la misma recaería en los hilotas (Cleómenes no se atrevió a ordenar esas medidas a los espartiatas), responsables materiales del sacrilegio. Cf. Porfirio, *De Abstinentia* II 29 y sigs.; y L. R. Farnell, *The Cults of the Greek States*, Londres, 1896, I, págs. 56 y sigs.

[386] Cleómenes reacciona como Creso ante la toma de Sardes (cf. I 90-91; naturalmente, desde la perspectiva de los sacerdotes delfios no habría existido tal engaño, pues «si no entendió la respuesta ni pidió explicaciones, que se considere a sí mismo responsable», cf. I 92, 4). Sin embargo, es inverosímil la actitud de Cleómenes, una persona que sabía que podía amañarse una respuesta de la Pitia (cf. VI 66) y que jamás sintió escrúpulos ante la comisión de un sacrilegio (cf. V 72; VI 75 y 81). Si los espartanos decidieron no atacar Argos, ello pudo deberse a varias razones: 1. A que Cleómenes fue sobornado (cf. VI 82). 2. A que el monarca espartano no quiso concentrar sus fuerzas, para asediar la ciudad, por los escasos conocimientos de poliorcética que poseían los lacedemonios (cf. Tucíd., I 102, 2; y A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides...*, I, págs. 16-19 y 301-302). 3. Al deseo —y es lo más proba-

Pues deduzco que el vaticinio que me dictaste se está cumpliendo».

Acto seguido, Cleómenes permitió que el grueso del ejército volviera a Esparta, mientras que él, con mil hombres —la élite de sus tropas—, se dirigió al Hereo[387] para ofrecer un sacrificio. Pero, cuando pretendía realizar personalmente el sacrificio sobre el altar, el sacerdote[388] se lo prohibió, alegando que a un extranjero no le estaba permitido sacrificar en aquel lugar. Entonces Cleómenes ordenó a los hilotas que se llevaran al sacerdote del altar y que lo azotasen, y a continuación ofreció el sacrificio personalmente[389]; hecho lo cual, volvió a Esparta. 81

ble— de seguir contando con la alianza de Corinto, ya que Egina y Argos mantenían estrechos lazos de amistad (cf. V 86, 4), y la eliminación de Argos hubiese permitido a los corintios no depender tanto de Esparta. En general, cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 49.

[387] El Hereo, o templo de Hera, constituía el santuario nacional de los argivos y se hallaba situado en una colina, dominando la llanura de Argos, a casi 8 km. al NE de la ciudad. El templo al que acudió Cleómenes databa de comienzos del siglo vii a. C. (estaba construido sobre un antiguo santuario micénico, donde, según la tradición, Agamenón recibió el juramento de lealtad por parte de los jefes aqueos antes de partir con rumbo a Troya), y fue destruido por un incendio, ocasionado por la negligencia de una sacerdotisa, en el año 423 a. C. (cf. Tucíd., IV 133), siendo reconstruido posteriormente. Sobre las excavaciones en él realizadas, cf. C. Waldstein, *The Argive Heraeum*, Boston-N. York, 1902; C. W. Blegen, «Prosymna: Remains of Post-Mycenaean», *American Journal Archaeology* 43 (1939), 410 y sigs.; y J. L. Caskey, P. Amandry, *Hesperia* 21, págs. 165-274.

[388] Sin duda un miembro del clero del Hereo, ya que la máxima dignidad religiosa del templo estaba representada por una sacerdotisa.

[389] Esta anécdota que narra Heródoto sobre la visita de Cleómenes al santuario de Hera, obtenida de fuentes argivas o espartanas hostiles a Cleómenes (cf. nota V 359), se insertaría, a juicio del historiador, en el contexto del desequilibrio psíquico que caracterizaba al rey espartano, ya que, para Heródoto, que pretende explicar desde un plano divino el

82 A su regreso, sus enemigos[390] lo acusaron ante los éforos[391], afirmando que no se había apoderado de Argos, cuando tenía la posibilidad de haber tomado la ciudad fácilmente, porque se había dejado sobornar. Sin embargo Cleómenes les explicó —no puedo determinar categóricamente si estaba mintiendo o si se atenía a la verdad, pero, en cualquier caso, ésas fueron las manifestaciones que hizo— que, tras haberse apoderado del santuario de Argos, consideró que la predicción del dios ya se había cumplido; de ahí que, en ese convencimiento, no hubiese juzgado oportuno atacar la ciudad, por lo menos hasta haber realizado sacrificios para averiguar si el dios[392] se lo permitía o si
2 se mostraba contrario a ello. Y añadió que, mientras estaba

acontecer humano (y que es un buen representante de la concepción tradicional griega en materia de religión; cf. II 3, 2; y M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937, pág. 107), semejante actitud sólo podía ser obra de un demente.

[390] Entre quienes, posiblemente, se encontraba Demarato (cf. nota VI 311). Cuando el historiador repite en dos ocasiones (cf. VI 51 y 61, 1) que Demarato estaba difamando a Cleómenes en 491 a. C., puede haber una referencia a esta acusación por soborno.

[391] Los éforos, ante casos semejantes, debían de constituir una especie de comisión preliminar encargada de llevar a cabo las investigaciones. Sólo si la culpabilidad del monarca parecía cierta, el caso pasaría a la competencia de un tribunal mixto integrado bien por los cinco éforos, la *gerusía* y el rey, o bien por una comisión nombrada al efecto. En general, cf. A. Andrewes, «The government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 1 y sigs.

[392] Tal vez Zeus, en su calidad de dios supremo, del que Hera sería la intérprete, o quizá una inteligencia rectora del universo. Cf. Esquilo, *Agamenón* 106 y sigs., y A. Theiler, *Zur Geschichte der teleologischer Naturbetrachtung bis auf Aristoteles*, Berlín, 1925, págs. 53 y sigs.

ofreciendo un sacrificio propiciatorio[393] en el Hereo, del pecho de la imagen[394] surgió fulgurantemente una llamarada ígnea, y así comprendió en su fuero interno toda la verdad, es decir, que no lograría tomar Argos; pues, si la llamarada hubiese surgido de la cabeza de la imagen, habría tomado la ciudad entera[395], pero, como había surgido del pecho, él había conseguido ya todo cuanto el dios quería que sucediese. Ante estas explicaciones, los espartiatas consideraron que las mismas eran dignas de crédito y perfectamente lógicas, y Cleómenes fue absuelto de las acusaciones de sus enemigos por una amplia mayoría[396].

Entretanto Argos se quedó tan mermada de ciudada- 83
nos[397] que sus esclavos se adueñaron por completo del go-

---

393 Literalmente, «mientras buscaba presagios» (para, mediante ellos, conocer la decisión de la divinidad).

394 Presumiblemente la de Hera, que consistía en un *xóanon* (cf. nota V 360) que descansaba sobre un pilar. Como PAUSANIAS (II 17, 5) afirma haberla visto, hay que deducir que el *xóanon* de Hera se salvó del incendio de 423 a. C. que destruyó el Hereo.

395 Es decir, incluida la acrópolis (cf. nota VI 75). La argumentación de Cleómenes se basa precisamente en esta expresión: si la llamarada hubiera surgido de la parte de arriba de la estatua —es decir, de la cabeza—, se habría apoderado de la ciudad *kat' ákrēs;* esto es, «de arriba (a abajo)».

396 Ésta debía de ser la versión oficial de los hechos que circularía en Esparta. Sin embargo —y además de por las razones apuntadas en la nota VI 386—, lo cierto es que la llanura de Argos era bastante extensa y Esparta no poseía hombres suficientes para colonizarla; de ahí que una ciudad diezmada, pero no destruida (según el propio historiador, en la campaña perecieron prácticamente todos los hoplitas argivos; cf. VII 148), fuese para Esparta algo menos problemático que una ciudad colonizada por habitantes de las comarcas colindantes.

397 Heródoto fija en seis mil el número de argivos que perecieron (cf. VII 148, 2), mientras que PAUSANIAS (III 4, 1) habla de cinco mil bajas. En la tradición argiva posterior se mencionaban siete mil setecientos setenta y siete muertos (cf. PLUTARCO, *Moralia* 245), una cifra sagrada re-

bierno, ejerciendo las magistraturas y ocupándose de la dirección de la ciudad[398], hasta que los hijos de los caídos se hicieron unos hombres. Éstos, entonces, volvieron a recobrar[399] el control de Argos y echaron de la ciudad a los esclavos, quienes, al verse expulsados, se apoderaron de Ti-
2 rinto en el curso de una batalla. Pues bien, durante un cierto tiempo, ambas comunidades mantuvieron entre sí relaciones cordiales[400]; pero, posteriormente, se unió a los esclavos Cleandro, un adivino originario de Figalia[401], en Arcadia, que convenció a los esclavos para que atacaran a sus amos. Su intervención dio lugar a que ambos bandos estuviesen en guerra por espacio de largo tiempo, hasta que, finalmente, los argivos lograron a duras penas alzarse con la victoria[402].

---

lacionada probablemente con el festival de las *Hybristiká* (cf. nota VI 376), y que aparece en otras referencias a la batalla de Sepea (cf. nota VI 380).

398 Pese a que Argos poseía un tipo de siervos similares a los hilotas espartanos (cf. Pólux, III 83), tanto Aristóteles *(Política* V 3, 7, 1303a) como Plutarco *(Moralia* 243), afirman que quienes recibieron derechos de ciudadanía, para que la población de la ciudad pudiera seguir controlando la zona, fueron los campesinos de la llanura, que hasta entonces habían carecido de plenos derechos políticos; es decir, unos subordinados similares a los *periecos* espartanos. Cf. D. Lotze, «Zur Verfassung von Argos nach der Schlacht bei Sepeia», *Chiron* 1 (1971), 95 y sigs.

399 Como no lo habían detentado con anterioridad, hay que entender que lo que se repite es la acción de que unos hombres libres ejerzan el gobierno de la ciudad.

400 Tirinto y Micenas fueron por esta época independientes y aliadas de Esparta (cf. VII 202). Aunque Argos se mantuvo oficialmente neutral durante la segunda guerra médica, tanto Tirinto como Micenas enviaron hoplitas a Platea; cf. IX 28, 4.

401 Localidad situada en la zona sudoccidental de Arcadia, cerca de la frontera con Mesenia, en la vertiente sur del monte Liceo.

402 La guerra terminó con la destrucción de Tirinto y de Micenas (cf. Pausanias, II 16, 5; 25, 8; V 23, 3; VII 25, 6). Tirinto debió de atacar Argos, mientras ésta se encontraba en guerra con Esparta, al ser derrota-

Versión espartana sobre la locura de Cleómenes

84 Los argivos, en suma, atribuyen la locura de Cleómenes y su horrible muerte a esos sacrilegios; mientras que, por su parte, los espartiatas aseguran que la locura de Cleómenes no se debió a la intervención de divinidad alguna, sino que, a consecuencia del trato que mantuvo con unos escitas, se aficionó a beber vino puro[403] y de ahí que se volviera loco.

2 Resulta que los escitas nómadas[404], tras la campaña que contra su país realizó Darío[405], ansiaban vengarse del monarca inmediatamente, así que despacharon emisarios a Esparta[406] para negociar una alianza y llegar a un acuerdo en

---

dos los argivos en las proximidades de Tegea, ciudad con la que Argos estaba aliada, en 472 a. C. (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 121 y sigs.). Por su parte Argos probablemente se vengó de Tirinto aprovechando que los espartanos, en 464 a. C. (cf. Diodoro, XI 65), estaban inmersos en la tercera guerra mesénica y en sofocar la sublevación de los hilotas (de hecho, en el año 468 a. C. Tirinto todavía existía como ciudad, ya que un vencedor en Olimpia en ese año era natural de Tirinto; cf. *Oxyr. Papyri* II, pág. 93). En general, cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 325 y sigs.

403 Como en la Antigüedad el vino era muy espeso, los griegos lo bebían mezclado con agua en la proporción de dos partes de vino por tres de agua (y, en ocasiones, incluso de una parte de vino por cinco de agua). Beber el vino puro se consideraba peligroso para la salud; cf. Ateneo, 36b.

404 Con este término Heródoto se refiere (como en IV 11, 1) a todo el pueblo escita en general, y no a aquellos que no estaban asentados en un lugar determinado (cf. IV 19).

405 Sobre la campaña propiamente dicha, cf. IV 120-144, y nota IV 1.

406 La pretendida embajada de los escitas a Esparta no debe de ser histórica (como no lo es la estancia de Anacarsis en Lacedemonia; cf. IV 77, aunque en ese caso el historiador no critica su veracidad), y menos con la finalidad que se le atribuye. Como la afición de los escitas a la bebida era proverbial en Grecia (cf. Platón, *Leyes* 637e), posiblemente esta historia debía circular en Esparta (admitiendo que Cleómenes fuera

el sentido de que los propios escitas deberían intentar invadir Media por el valle del río Fasis[407]; y a los espartiatas les pedían que, partiendo de Éfeso, se internaran tierra adentro y que, posteriormente, uniesen sus efectivos en un lugar
3 determinado. Pues bien, según los lacedemonios, cuando los escitas llegaron con ese propósito, Cleómenes mantuvo con ellos unas relaciones demasiado familiares, y, en ese trato más estrecho de lo debido, aprendió de ellos a beber vino puro, siendo esa, a juicio de los espartiatas, la causa de que se volviera loco. Y, a partir de entonces —siguen diciendo—, cuando quieren beber un vino bastante fuerte, exclaman: «¡Sirve a lo escita![408]». Ésta es, en suma, la versión de los espartiatas a propósito de la suerte que corrió Cleómenes; pero, en mi opinión, Cleómenes sufrió ese castigo por su comportamiento con Demarato.

---

un adicto a la bebida) para justificar la expresión «sirve a lo escita», que se cita poco después. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, II, pág. 90.

[407] Famoso río de la Cólquide, mítica comarca (cf. Apolonio de Rodas, *Argonáuticas)*, situada en las estribaciones sudoccidentales del Cáucaso, a orillas del Mar Negro. Sobre la facilidad de irrumpir en Media por el valle del Fasis, cf. I 104, 2.

[408] Es decir, vino no mezclado con agua. La expresión debía de estar muy generalizada en Esparta (hasta el punto de dar origen a la historia), pero encontramos un antecedente en el fr. 356b (D. L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1967) de Anacreonte, poeta mélico que vivió desde el año 572 al 485 a. C.

Egina reclama la devolución de los rehenes. Historia de Glauco

Cuando los eginetas se enteraron de la muerte de Cleómenes[409], enviaron emisarios a Esparta para criticar abiertamente a Leotíquidas por los rehenes que se encontraban detenidos en Atenas[410]. Entonces los lacedemonios, tras convocar a un tribunal[411], reconocieron que los eginetas habían sido gravemente injuriados por Leotíquidas y determinaron entregarlo a los eginetas, para que se lo llevaran a Egina, a cambio de las personas que se encontraban detenidas en Atenas[412]. 85

Pero, cuando los eginetas se disponían a llevarse a Leotíquidas, Teásidas, hijo de Leóprepes, un individuo que 2

[409] Pese a que Heródoto sitúa en su relato la muerte de Cleómenes con anterioridad a la batalla de Maratón, dicha cronología no es admitida por la crítica (que la fecha en el año 488 a. C. aproximadamente; cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», págs. 406 y sigs.; y A. Andrewes, «Athens and Aegina, 510-480», pág. 4). Todo lo que el historiador cuenta acerca de Cleómenes en los capítulos 65-66 y 73-75 no pudo suceder en el breve intervalo que separó la visita de los heraldos persas, y la afrenta que le infligieron los eginetas (cf. VI 49-50), del comienzo de las operaciones por parte de Datis (cf. VI 95). Heródoto, en definitiva, prolongó la historia de Cleómenes, en su digresión sobre la historia del mundo griego contemporáneo al fin de la revuelta jonia (como lo hace con la de Leotíquidas en VI 71-72), y la de las relaciones entre Egina y Atenas, más allá del año en que se situaba entonces el conflicto greco-bárbaro, 491 a. C.

[410] Sobre estos rehenes (acerca de los cuales Heródoto no da ninguna noticia), cf. G. de Sanctis, «Gli ostaggi egineti in Atene e la guerra fra Atene ed Egina», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 8 (1930), 292 y sigs.

[411] Sobre su composición, cf. nota VI 391.

[412] Sin duda Leotíquidas debía de ser muy criticado por los partidarios de Demarato que aún habría en Esparta. Y todavía estaba reciente (al menos, siguiendo la sucesión narrativa del relato de Heródoto) el descubrimiento del fraude del que se había servido Cleómenes para conseguir que Leotíquidas ocupara el trono; cf. nota VI 352.

en Esparta gozaba de gran prestigio, les dijo: «¿Qué planeáis hacer, eginetas? ¿Llevaros al rey de los espartiatas porque sus conciudadanos os lo han entregado? Pese a que, en un arrebato de cólera, los espartiatas acaban de tomar dicha medida, tened cuidado no vaya a ser que, si seguís su dictamen, a la postre siembren una total destrucción en
3 vuestra isla». Al oír estas palabras, los eginetas renunciaron a llevarse al monarca y llegaron al siguiente acuerdo: Leotíquidas los acompañaría a Atenas y haría que les devolviesen a sus compatriotas[413].

86 Pero, cuando, a su llegada a Atenas, Leotíquidas reclamó los rehenes que había dejado en depósito, los atenienses, que no querían entregarlos, fueron dándole largas al asunto, pretextando que habían sido dos reyes quienes se los habían confiado y que no les parecía justo entregárselos a uno en ausencia del otro[414].

α En vista de que los atenienses se negaban a entregarlos, Leotíquidas les dijo lo siguiente[415]: «Atenienses,

---

[413] Semejante decisión debía de responder a dos motivos: 1. A las críticas que existirían en la propia Esparta contra la política exterior de Cleómenes (cf. nota V 359), que trató a toda costa de conseguir que Atenas se uniera a la liga peloponesia (las presiones de Corinto en contra de esa pretensión debieron de ser muy fuertes; cf. Ed. Will, *Korinthiaka,* París, 1955, págs. 638 y sigs.). 2. Al auge expansionista de Atenas tras Maratón (cf. VI 132 y sigs. sobre la expedición de Milcíades contra la isla de Paros), que llenaba de inquietud a los lacedemonios.

[414] El colega de Leotíquidas en el trono era ahora el Agiada Leónidas (el defensor de las Termópilas). La extradición solicitada por un solo monarca espartano debía de ser anticonstitucional según las leyes lacedemonias (cf. VI 50, 2, sobre la negativa de los eginetas a entregar rehenes a Cleómenes en ausencia de Demarato; y P. Cloché, «Sur le rôle des rois de Sparte», págs. 343 y sigs.).

[415] La historia que a continuación relata Leotíquidas (un individuo que había obtenido el trono gracias a la corrupción de la Pitia —cf. VI 65—, y que se había dejado sobornar en cierta ocasión, cf. VI 72),

de las dos opciones que se os ofrecen, personalmente podéis hacer la que os plazca; es decir, podéis actuar con rectitud devolviendo a los rehenes, o hacer gala de todo lo contrario no devolviéndolos. No obstante, quiero contaros cierta historia, que casualmente sucedió en Esparta, acerca de algo dejado en depósito. Entre nosotros, los espartiatas, se cuenta 2
que[416], hace aproximadamente dos generaciones[417], vivió en nuestra capital[418] Glauco, hijo de Epicides. Este sujeto —dicen— estaba dotado de las más altas cualidades en todos los sentidos, y, en especial, gozaba, por su honradez, de una destacadísima fama entre todos cuantos por esas fechas vivían en Esparta. Pero, a su debido tiempo[419] —agregan—, a 3
ese individuo le ocurrió lo siguiente. Llegó a Esparta un milesio, con ánimo de entrevistarse con él, y le hizo la siguiente proposición: «Glauco, soy natural de Mileto y he venido con el objeto de aprovechar tu honradez. Pues, como 4
resulta que en todos los rincones de Grecia, incluida la propia Jonia, se hablaba mucho de tu honradez, me paré a considerar que Jonia se halla expuesta en todo momento a

exaltando la rectitud moral como ejemplo a seguir, debía de ser un tipo de narración que, con distintos personajes, aparecería tipificada en la mayoría de las regiones griegas (cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1969 [= 1921], págs. 159, 239 y 252).

416 El texto griego dice, literalmente, «nosotros, los espartiatas, contamos...». El relato quizá se expusiera a los jóvenes espartanos para educarlos en la honradez, aunque la extensión del mismo no es «lacónica».

417 Según el cómputo generacional de Heródoto (cf. II 142, 2), dos generaciones suponían sesenta años; es decir que, teóricamente, la acción del relato tuvo lugar hacia el año 550 a. C.

418 Literalmente, «en Lacedemón», nombre que —junto al de Esparta— recibía la capital de Laconia.

419 Cf., *supra*, nota V 134.

constantes peligros[420] —mientras que el Peloponeso se encuentra al abrigo de ellos— y, además, que puede observarse que no siempre disponen de riquezas las mismas personas[421]. Teniendo, pues, en cuenta estas reflexiones y recapacitando sobre el particular, decidí convertir en efectivo la mitad del total de mis propiedades y confiarte dicha cantidad, en la plena convicción de que, puesta en tus manos, la tendré a buen recaudo. Hazme, pues, el favor de aceptar esta suma y de tomar estos distintivos[422], que deberás guardar en lugar seguro. Y cuando te reclame el dinero alguien que posea idénticos distintivos, entrégaselo».

β Esto fue, concretamente, lo que dijo el forastero recién llegado de Mileto; y, por su parte, Glauco aceptó, en las condiciones establecidas, la suma que se le confiaba. Al ca-

---

[420] A mediados del siglo VI a. C., Jonia se vio sacudida por el peligro lidio, en primer término, y posteriormente por la conquista persa. Además, y en el caso concreto de Mileto (que, no obstante, se libró de las sucesivas invasiones por su acertada política exterior; cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums,* Múnich-Berlín, 1962, II, 4-5), durante los años comprendidos entre el fin de la tiranía de Trasibulo (datable hacia 595-590 a. C.), y la asunción de dicho cargo por Histieo, hacia 529 a. C., la ciudad estuvo sumida en disensiones internas (cf. V 28).

[421] La historia de Glauco, en lo que se refiere a las manifestaciones del extranjero milesio, se inserta dentro de la concepción inestable del ser humano propia de la época arcaica (cf. Heráclito, fr. A 6, H. Diels y W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker,* Dublín-Zúrich, 1972 [= 6.ª ed., 1951], = *D. K.),* para la cual el hombre se siente «efímero», no en el sentido actual de ser que dura un día, sino en una acepción más profunda, según la cual «los avatares de un solo día pueden transtornar radicalmente al ser humano». Cf. H. Fränkel, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums,* Múnich, 1962, pág. 586.

[422] Los distintivos (en griego, *sýmbola,* «lo que se aproxima») eran primitivamente las dos mitades de un objeto que los interesados en acordar algo se repartían; luego, los poseedores de cada mitad, para reconocerse entre sí, las presentaban y ambas debían coincidir (es decir, «aproximarse» hasta encajar). Fueron, pues, los precedentes de las téseras romanas.

bo de mucho tiempo, se presentaron en Esparta los hijos del sujeto que le había confiado el dinero, mantuvieron una en-
trevista con Glauco y, al tiempo que le mostraban los dis- 2
tintivos, le reclamaron la suma. Sin embargo él se desembarazó de ellos con la siguiente evasiva: «No me acuerdo del asunto y, además, nada de lo que estáis diciendo me permite recordarlo. Ahora bien, si consigo hacer memoria, quiero atenerme a la más estricta justicia; es decir, que, si he recibido dicha suma, estoy dispuesto a devolvérosla íntegramente; pero, si en mi vida la he recibido, apelaré, contra vosotros, a las leyes de Grecia[423]. De manera que aplazo la decisión que he de daros al respecto hasta dentro de tres me-
ses». γ

Como es natural, los milesios se marcharon desconsolados, dando el dinero por perdido, mientras que Glauco se encaminó a Delfos para consultar el oráculo. Y, al preguntarle al dios si podía apropiarse del dinero mediante un ju-
ramento, la Pitia se dirigió a él con los siguientes versos: 2

«Glauco, hijo de Epicides, de momento resulta clara-
[mente provechoso
alcanzar un objetivo y apropiarse de un dinero como
[dices: mediante un juramento.
Jura, puesto que sin duda la muerte también aguarda al
[hombre de palabra.
Mas el Juramento tiene un hijo innominado[424]*, y que de*
[manos

[423] Según las cuales, cuando se exigía a una persona algo que se le hubiera confiado, si no existían pruebas de que estuviese en su poder, el juramento del demandado, negando haberlo recibido, zanjaba la cuestión en su favor.

[424] La respuesta oracular hace que el delito del perjuro sea hijo de su juramento. Cf. Hesíodo, *Teogonía* 231; *Trabajos* 219, donde el propio

y de pies carece, pero que raudo persigue al perjuro,
[hasta que lo atrapa,
y, con él, aniquila a toda su descendencia y a su casa
[entera.
Mejor le va, en cambio, con el paso de los años, a la des-
[cendencia del hombre de palabra[425]».

Al oír estas palabras, Glauco suplicó al dios que lo perdonara por sus manifestaciones. Pero la Pitia le respondió que intentar que el dios aprobara una injusticia, o cometerla, constituían el mismo delito[426]. En fin, el caso es que Glauco mandó llamar a los forasteros de Mileto y les devolvió el dinero.

8 tuían el mismo delito

Y ahora, atenienses, voy a deciros por qué me he puesto a contaros esta historia: en la actualidad no queda de Glauco ni un solo descendiente, y ninguna familia que pueda considerarse suya; su estirpe se ha visto radicalmente exterminada de Esparta. Por lo que a una cosa confiada en depósito se refiere, conviene en consecuencia abrigar únicamente el propósito de devolverla en el momento en que se reclama».

Juramento castiga al perjuro; y M. L. West, *Hesiod. Theogony,* Oxford, 1966, pág. 232: «An oath is by origin a curse which a man lays upon himself, to take effect if what he declares is false. The god Horkos is the personification of this curse».

[425] Este último verso repite el de Hesíodo, *Trabajos* 285. El castigo de un perjuro mediante la aniquilación de su descendencia, que supone dejar a los antepasados ya fallecidos sin los honores que les corresponden, a los dioses de la casa sin sus sacrificios, y al hogar protector de la familia sin su llama perenne, es, entre los primitivos moralistas, la máxima pena que puede sufrir una persona.

[426] La acción de ir a consultar el oráculo sobre la licitud de un posible perjurio ya implica, pues, una cierta predisposición, por parte de quien realiza la consulta, a cometer perjurio. La intencionalidad se equipara por lo tanto en este pasaje (que, por lo demás, es braquilógico en el texto griego) al hecho consumado. Cf. Sófocles, *Edipo Rey* 534; Andócides, *Sobre los misterios* 90.

Dicho esto, como los atenienses, pese a todo, seguían negándose a prestarle oídos, Leotíquidas se marchó.

Guerra entre Atenas y Egina

Por su parte los eginetas, antes de 87
haber respondido de las ofensas que tiempo atrás habían inferido a los atenienses por complacer a los tebanos[427], hicieron lo siguiente. Como estaban molestos con los atenienses y se consideraban agraviados[428], se dispusieron a vengarse de ellos. Y, aprovechando que los atenienses celebraban una fiesta cuatrienal en Sunio[429], apresaron en una emboscada la nave de los *teoros*[430], que estaba atestada de los principales ciudadanos de Atenas; y, cuando los tuvieron en su poder, los encarcelaron.

---

[427] El ataque de los eginetas contra el Ática sin previa declaración de guerra (cf. V 81, 2-3), en la contienda que ambos Estados mantuvieron en los últimos años del siglo VI a. C. A destacar que Heródoto vuelve a imputar el origen de este nuevo enfrentamiento, entre Atenas y Egina, a los eginetas (pese a que el testimonio del historiador en VI 49, 2, y el propio asunto de los rehenes, demuestra la rivalidad latente entre ambas comunidades, con iniciativa ateniense en este caso), sin duda porque la opinión sustentada en los círculos pericleos de la Atenas que visitó Heródoto explicaba las cosas de esa manera; es decir, presentando a Egina como país agresor. Cf. A. FRENCH, «Topical influences on Herodotos' narrative», págs. 9 y sigs.

[428] Por la no devolución de los rehenes eginetas.

[429] Probablemente en honor de Posidón (cf. PAUSANIAS, II 35, 1), y en la que las regatas constituían la parte más espectacular del festival (cf. LISIAS, XXI 5). Sunio es el nombre del cabo situado en la extremidad sudoriental del Ática; en él, sobre la acrópolis que constituye el promontorio, había un famoso templo consagrado a Posidón.

[430] Los *teoros* (literalmente, «los observadores») eran los delegados oficiales que representaban a la ciudad en una fiesta religiosa, en nombre de la cual celebraban sacrificios. Pese a que Heródoto no vuelve a hablar de estos *teoros*, ni de los eginetas retenidos en Atenas, es posible que ambos Estados intercambiasen los prisioneros.

88 Entonces los atenienses, al recibir de los eginetas semejante ultraje, decidieron no posponer ni un solo instante la adopción de todo tipo de medidas contra ellos[431]. Y hasta hubo un prestigioso ciudadano de Egina, llamado Nicó-

[431] A pesar del oráculo que habían recibido aconsejándoles aplazar la guerra (cf. V 89, 2 y nota V 416), si bien en el año 506 a. C. tuvieron que renunciar a proseguirla por la invasión peloponesia narrada en V 90 y sigs. Aunque algunos críticos consideran que este nuevo enfrentamiento entre Atenas y Egina se produjo antes del año 490, la opinión más generalizada es que tuvo lugar después de Maratón (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 275, nota 43; y, en general, *vid.* T. J. Figueira, *Aegina and Athens in the archaic and classical periods. A socio-political investigation*, Filadelfia, 1977). Los argumentos más importantes para datar esta guerra tras la batalla de Maratón son los siguientes:

1. Como la ascensión de Leotíquidas al trono de Esparta se produjo tras la llegada a Grecia de los heraldos persas, hay que situarla en la segunda mitad del año 491 a. C. De manera que no pudo haber lugar, entre esa fecha y Maratón (a finales del verano de 490), para que se produjera el descubrimiento del soborno de la Pitia, el exilio de Cleómenes, su restauración y su muerte. Además, ésta se produjo antes de que se exigiera a los atenienses que devolviesen los rehenes. Y su negativa fue, en última instancia, lo que provocó la guerra.

2. El peligro que para Atenas entrañaba Egina fue el argumento fundamental de Temístocles para la creación de una poderosa flota ateniense (cf. VII 144; Tucíd., I 14); creación que es datada por Aristóteles *(Const. Atenas* 22) en 483 a. C. Así pues, la relación entre la guerra contra Egina y la creación de la flota ateniense permite suponer que la guerra se desarrolló en los años ochenta.

3. El oráculo dirigido a los atenienses (cf. V 89) para que aguardaran treinta años antes de vengarse se considera un *vaticinium post eventum*, que dataría del año 458 a. C., fecha en que Egina fue vencida por Atenas, por lo que la guerra habría tenido lugar a partir del año 488.

4. Por último, el envío de toda la flota ateniense a Paros, al mando de Milcíades, en el año 489 a. C. (cf. VI 132), sólo es comprensible si esta segunda guerra entre atenienses y eginetas todavía no había estallado.

dromo, hijo de Cneto, que, como estaba molesto con sus compatriotas porque tiempo atrás lo habían expulsado de la isla, al enterarse en aquellos momentos[432] de que los atenienses estaban dispuestos a asestar un duro golpe a los eginetas, se puso de acuerdo con ellos para entregarles Egina, indicándoles el día en que pensaba actuar, día en el que los atenienses deberían presentarse para prestarle ayuda. Poco después Nicódromo, según había convenido con los atenienses, se apoderó de la llamada «Ciudad Vieja»[433]; sin embargo, los atenienses no comparecieron a su debido tiempo.

Resulta que, por aquel entonces, no poseían suficientes 89
naves de combate para enfrentarse con las de los eginetas, por lo que, mientras solicitaban a los corintios que les prestasen navíos, en el ínterin se malogró el plan. Por cierto que los corintios, que por esas fechas mantenían unas relaciones sumamente cordiales con los atenienses[434], ante la demanda

---

[432] Probablemente en 487 a. C. Cf. L. H. JEFFERY, «The campaign between Athens and Aegine in the years before Salamis (Herodotus VI, 87-93)», *American Journal of Philology* 83 (1962), 44 y sigs.

[433] De acuerdo con lo que dice TUCÍD. en I 7, 1, cabe suponer que la «Ciudad Vieja» de Egina (pues la capital se llamaba igual que la isla) debía de estar situada a cierta distancia de la costa.

[434] Fundamentalmente por dos razones: por su temor a que una alianza entre Atenas y Esparta les hiciera perder importancia dentro de la liga peloponesia; y porque se inclinaban por Atenas en su lucha contra Egina, ya que la isla constituía, por su dinamismo comercial, un serio peligro para la prosperidad corintia (cf. J. A. O. LARSEN, «The constitution of the Peloponnesian League», págs. 1 y sigs.; y ED. WILL, *Korinthiaka...*, págs. 651-653). Las relaciones entre Atenas y Corinto cambiaron, sin embargo, de signo cuando, a instancias de Temístocles, Atenas se dedicó a incrementar notablemente su flota (cf., *infra*, VII 144), y pasaron a ser claramente hostiles hacia 458 a. C. (cf. TUCÍD., I 105 y sigs.).

de estos últimos les entregaron veinte naves[435], entrega que hicieron vendiéndoselas a razón de cinco dracmas[436] por navío, ya que, de acuerdo con la ley, no podían dárselas gratuitamente[437]. Pues bien, con esos navíos sumados a los suyos, los atenienses equiparon en total setenta naves y zarparon contra Egina; sin embargo, llegaron un día después de la fecha acordada.

90 Por su parte Nicódromo, en vista de que los atenienses no comparecían a tiempo, se embarcó en un navío, escapando de Egina; y a él se unieron otros eginetas, a quienes los atenienses permitieron establecerse en Sunio. Estos refugiados, tomando dicho lugar como base de operaciones, se dedicaron a saquear y a pillar a sus compatriotas de la isla[438].

---

[435] Por lo que se dice a continuación, se deduce que los atenienses contaban con cincuenta naves de combate, quizá un tanto anticuadas y respondiendo todavía a las cincuenta *naucrarías* (circunscripciones territoriales a efectos de «departamentos» de marina, cada una de las cuales debía suministrar al Estado un navío perfectamente equipado), a razón de cinco por cada una de las diez tribus clisténicas; si bien, a comienzos del siglo v a. C., las *naucrarías* desaparecieron, cuando la *bulé* y los estrategos concentraron en sus manos los poderes militares y la administración naval. Cf. Cleidemo, fr. 8, *F. Gr. Hist.* 323.

[436] Aproximadamente 21,6 gr. de plata, lo que, como es natural, constituía una cantidad simbólica. El favor prestado por Corinto a Atenas en estos momentos es recordado por Tucíd. en I 41, 2.

[437] Esa ley debía de tener por objeto preservar los secretos de la técnica corintia de construcciones navales (que, a finales del siglo vi, era la más perfecta de Grecia), lo cual garantizaba su supremacía marítima.

[438] Tenemos aquí un ejemplo de algo que luego sería muy corriente durante la guerra del Peloponeso: las expediciones que, contra su propia patria, realizaban exilados políticos protegidos por un Estado gobernado por un sistema político afín a la ideología de los expedicionarios. Cf. Tucíd., III 85; IV 41; 46; 52; 75; V 56.

Eso, en realidad, sucedió posteriormente[439], pues entre- 91
tanto los hacendados eginetas sofocaron la rebelión que el pueblo, secundando a Nicódromo, había organizado contra ellos; y, tras reducir a los insurrectos, los sacaron extramuros para acabar con ellos. Y, con ocasión de ese asesinato, cometieron, además, un sacrilegio que, por más remedio que idearon, no pudieron expiar con sus sacrificios, sino que se vieron expulsados de la isla[440] mucho antes de que la dio-
sa[441] se mostrara aplacada con ellos. Resulta que conducían 2
a extramuros, para acabar con ellos, a setecientos miembros del partido popular a quienes habían capturado con vida, cuando uno de ellos, que logró librarse de las ligaduras, se refugió en el umbral del templo de Deméter Tesmóforo[442], y

[439] La guerra entre Atenas y Egina se prolongó hasta el año 481 a. C. Cf. VII 144, 1; 145, 1.

[440] Por los atenienses en el primer verano de la guerra del Peloponeso (431 a. C.), cf. Tucíd., II 27, 1. Toda la población de Egina (cuya proximidad a Atenas y sus vinculaciones con los peloponesios la hacían extremadamente peligrosa para los atenienses; cf. Aristóteles, *Retórica* III 10, 1411a; Cicerón, *De Off.* III 11, 46) fue expulsada de la isla, y los atenienses instalaron en ella colonos (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade Gery y M. F. Mc Gregor, *The Athenian Tribute Lists...*, III, pág. 285, notas 45 y 46), hasta que Lisandro repatrió a los eginetas supervivientes (cf. Jenofonte, *Helénicas* II 2, 9), en 404 a. C. Esta noticia sobre la expulsión de los eginetas de su isla es una de las referencias cronológicas más tardías que aparecen en la *Historia* (si bien Heródoto difiere sensiblemente de Tucídides en su interpretación de los hechos, ya que mientras éste justifica la medida tomada por Atenas desde un punto de vista estrictamente político, Heródoto palía la decisión ateniense aduciendo faltas religiosas de los propios eginetas).

[441] La diosa Deméter, citada en el parágrafo siguiente.

[442] Epíteto que significa «Legisladora» (de la vida civil; cf. J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotos..., s. v. Thesmophóros)* o «Fundadora» (de las tareas agrícolas, ya que a Deméter se atribuía la introducción de la agricultura entre los humanos; cf. Diodoro, I 14). En su honor se cele-

se asió firmemente a las argollas de las puertas. Entonces, al no conseguir arrancarlo de allí a fuerza de tirones, le cortaron las manos y se lo llevaron en esas condiciones, en tanto que las manos de aquel individuo permanecían aferradas a las argollas.

92 Esto fue, en suma, lo que hicieron los eginetas con sus propios compatriotas.

Al llegar los atenienses, los eginetas les presentaron batalla en el mar con setenta naves[443]; pero, como en el curso del enfrentamiento resultaron derrotados, llamaron en su ayuda a los mismos de antes: a los argivos[444]. Pero he aquí que, en esta ocasión, los argivos no acudieron en su socorro[445], molestos como estaban por el hecho de que ciertas naves de Egina —que habían sido requisadas a la fuerza por Cleómenes[446]— hubieran atracado en la Argólide y cooperado con los lacedemonios en el desembarco que tuvo lugar[447]. Con ocasión, por cierto, de esa misma incursión

---

braban las importantes fiestas de las *Tesmoforias;* cf. nota VI 69, y M. P. NILSSON, *Geschichte der griech. Religion...*, I, págs. 456-481 y 653 y sigs.

443 Es decir, ambos bandos contaban con idéntico número de naves, lo cual es poco verosímil, sobre todo si tenemos en cuenta que en Salamina los eginetas sólo participaron con treinta naves (cf. VIII 46, 1; si bien se mencionan otros navíos de Egina encargados de la defensa de la isla).

444 Cf. V 86, 4.

445 La negativa argiva puede deberse a que, en los años ochenta del siglo V a. C., tras el desastre argivo sufrido en Sepea (cf. VI 78, 2), Argos se encontraba todavía en poder de los periecos («los esclavos» citados por Heródoto en VI 83, 1), quienes sentirían simpatía por la democrática Atenas.

446 Si esta medida de Cleómenes es histórica, debió de producirse cuando el monarca espartano se trasladó a Egina para tomar represalias contra los eginetas (cf. VI 73).

447 En la zona de Asine, cerca de Nauplia; cf. VI 76, 2, y nota VI 372. Pese a lo que dice el historiador, ya que de sus palabras parece desprenderse que los eginetas no tomaron parte en esa campaña de muy buen

militar, en el desembarco también tomaron parte tropas procedentes de naves de Sición[448], por lo que los argivos im- 2 pusieron a ambas comunidades el pago de una indemnización de mil talentos[449], quinientos a cada una. Pues bien, los sicionios reconocieron su culpabilidad[450] y convinieron en quedar eximidos de la indemnización mediante el pago de cien talentos; sin embargo los eginetas no sólo no accedieron a ello, sino que se mostraron bastante arrogantes. Ésa fue precisamente la razón de que, ante sus demandas de ayuda, en dicha ocasión ni un solo argivo acudiera oficialmente en su socorro; lo hicieron, en cambio, unos mil voluntarios[451], a cuyo frente se hallaba Euríbates[452], un indivi-

grado, es posible que Egina tuviera ciertas obligaciones militares para con Esparta. Cf. D. M. Leahy, «Aegina and the Peloponnesian League», *Classical Philology* 49 (1954), 232 y sigs.

[448] Cf. nota V 314.

[449] Unos 25.920 kg. de plata, una suma que parece excesiva a pesar de que tanto Egina como Sición eran dos Estados ricos.

[450] Posiblemente, tras la abolición en Sición de las reformas religiosas introducidas por el tirano Clístenes (cf. V 67 y sigs.; y B. Virgilio, *Commento storico al quinto libro delle «Storie» di Erodoto*, Pisa, 1975, pág. 97), en el año 510 a. C., Argos y Sición debieron de unirse en una anfictionía religiosa, cuya presidencia correspondería a los argivos, para evitar que en lo sucesivo pudieran introducirse modificaciones cultuales en Sición. Y, si esta ciudad accedió a pagar la multa impuesta por Argos (o, al menos, una cantidad importante), en un momento en que los argivos se hallaban seriamente quebrantados tras la derrota de Sepea, pudo deberse a que la dirección de esa anfictionía religiosa implicaba también supremacía nominal en el orden político.

[451] El contingente —cuyo elevado número debe de ser una exageración de origen ateniense— pudo estar integrado por aristócratas que no querían convivir con los periecos que regían Argos. Cf. A. Andrewes, «Athens and Aigina, 510-480 B. C.», pág. 4.

[452] Un atleta que, según Pausanias (I 29, 5), obtuvo la victoria en los Juegos Nemeos. Cf. B. Virgilio, «Atleti in Erodoto. Tradizione orale e (possible) tradizione epigrafica», *Rend. Ist. Lombardo* 106 (1972), 457-

3 duo que había practicado el *pentatlo*[453]. La mayoría de esos expedicionarios no regresaron a su patria, sino que sucumbieron en Egina a manos de los atenienses. El propio Euríbates, el jefe de los voluntarios, batiéndose cuerpo a cuerpo, mató en combate singular a tres hombres, pero murió a manos de su cuarto adversario, Sófanes de Decelía[454].

93 Entretanto los eginetas atacaron con sus naves a los atenienses, cuando la confusión reinaba entre sus filas, y se alzaron con la victoria, apoderándose de cuatro navíos atenienses con dotaciones y todo[455].

94 En definitiva que, entre atenienses y eginetas, existía un estado de guerra.

---

459 (aunque su cronología para esta intervención de los voluntarios argivos resulta difícilmente admisible).

[453] Conjunto de cinco pruebas (carrera, salto de longitud, lanzamiento de disco y jabalina, y lucha) que eran disputadas por un mismo atleta. Sobre el origen, evolución, orden de las pruebas y determinación del vencedor en este tipo de competición, cf. C. Durántez, *Las Olimpiadas griegas...*, págs. 256-263.

[454] Famoso luchador ateniense que se distinguió en Platea y fue asesinado en Tracia (cf., *infra*, IX 73-75). Decelía era un demo del Ática situado a unos 24 km. al NE de Atenas.

[455] Este capítulo no encaja adecuadamente en el contexto anterior y, posiblemente, se refiere a otro episodio del enfrentamiento que, por espacio de unos treinta años (desde 510 a 480 a. C., aproximadamente), mantuvieron atenienses y eginetas, sin que pueda datarse con exactitud. En primer lugar, nos encontramos con que los atenienses se habían impuesto a las naves eginetas (cf. VI 92, 1) y, luego, en tierra, al grupo expedicionario argivo (cf. VI 92, 3); mientras que en este capítulo se habla de que su flota no conservó la debida formación y resultó derrotada. Pero, para que esto sucediese así, habría que pensar en una victoria egineta por tierra, lo que hubiese ocasionado una desordenada retirada ateniense, con la consiguiente confusión entre las naves que debían reembarcar a los derrotados. Sobre estas evidentes incoherencias —al menos, a partir de lo que narra el historiador—, cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 101-102.

Segunda expedición persa contra Grecia, dirigida por Datis y Artáfrenes, con la misión de esclavizar Atenas y Eretria

Mientras tanto, el Persa seguía adelante con sus planes[456], ya que el criado le repetía todos los días que se acordara de los atenienses[457] y los Pisistrátidas lo acuciaban con sus calumnias contra Atenas[458]; pero es que, valiéndose de ese pretexto[459], Darío, además, quería someter a aquellos griegos que no le habían entregado la tierra y el agua[460]. Pues 2

[456] El historiador reemprende el hilo de la narración, interrumpido en el capítulo 49, tras la larga digresión relativa a la política interestatal griega y no estrictamente contemporánea de la expedición persa contra Grecia. Pese a que el propósito enunciado en el proemio —la narración de las guerras médicas—puede haber estado siempre presente en el ánimo de Heródoto (si bien se han propuesto diversas interpretaciones sobre la unidad de la obra herodotea), nuestro historiador es, con Homero, el mejor representante, en la literatura griega arcaica, de la llamada «composición abierta», y su interés por todo lo humano le movía a incluir en el relato principal constantes digresiones, algunas de ellas notoriamente marginales.

[457] Cf. V 105. Naturalmente esta anécdota no es histórica (supondría que los persas consideraban a Atenas una potencia peligrosa, cuando ello no era así; cf. V 73, 2), y debió de ser inventada por los propios atenienses para magnificar aún más su triunfo en Maratón.

[458] Hipias, que ya había seguido el mismo proceder durante su exilio en Sigeo (cf. V 96, 1), se había trasladado a Susa para conseguir que Darío le ayudase a recobrar el poder. Cf. Tucíd., VI 59, 4; y A. W. Gomme, A. Andrewes y K. J. Dover, *A historical commentary on Thucydides...*, IV, pág. 337.

[459] Es decir, castigar a Atenas y Eretria por la ayuda que habían prestado a los jonios en la incursión contra Sardes (cf. V 99, 1).

[460] Cf., *supra*, VI 49. Sobre los países que pudieron haber prestado su sumisión a los persas —admitiendo la historicidad de la misión de los enviados de Darío—, cf. nota VI 233. Acerca de las verdaderas intenciones de los persas (que no tenían el propósito de someter Grecia, como, por ejemplo, lo prueba el hecho de que no conservaran en su poder Eretria, una vez conquistada y privada de sus moradores —cf. VI 100-101—), *vid.* nota VI 209.

bien, como Mardonio había fracasado en su expedición[461], lo relevó del mando y nombró a otros generales —concretamente a Datis, que era de nacionalidad meda, y a su sobrino Artáfrenes, hijo de Artáfrenes[462]—, a quienes envió contra Eretria y Atenas. La orden que les dio al encomendarles la misión fue que esclavizaran Atenas y Eretria y que condujesen a los esclavos a su presencia.

95 Los generales que he citado, una vez designados para dicho cargo, se pusieron en camino siguiendo las instrucciones del rey; y, cuando llegaron a la llanura de Aleo[463], en Cilicia, al frente de un ejército de tierra numeroso y perfectamente pertrechado, se les fueron uniendo, mientras estaban acampados en dicho lugar, la totalidad de las fuerzas navales que habían sido solicitadas a las diferentes naciones del imperio; y también acudieron las naves destinadas al transporte de los caballos, cuyo suministro decretara Darío

---

[461] No en la expedición propiamente dicha (pues los objetivos de la misma se alcanzaron; cf. nota VI 219), sino al perder, en la tempestad que se abatió sobre sus naves al costear el Atos, gran número de ellas (cf. VI 44, 3).

[462] El verdadero jefe de la expedición era Datis (en persa *Dāt*, que significa «emprendedor»), pese a ser medo, pues éstos no fueron reducidos a la esclavitud por los persas, sino que compartieron el poder con ellos (cf. I 156, 2, respecto a Mazares; I 162, 1, sobre Hárpago; y VII 88, 1, sobre los hijos de Datis), y, en ocasiones, ayudaron señaladamente al mantenimiento de la monarquía persa (cf. *Inscripción de Behistun* II 14, 6; III 14, 3). Por su parte, Artáfrenes (el hijo del sátrapa de Sardes, hermano de Darío; cf. nota V 93) desempeñaría el papel de figura representativa en su calidad de miembro de la casa real.

[463] Entre los ríos Saro y Píramo, al este de la ciudad de Tarso (la ruta desde esta ciudad a Tápsaco, a orillas del Éufrates —ruta que siguió Ciro el Joven en la expedición contra su hermano Artajerjes II—, atravesaba esta llanura, ya conocida por Homero, cf. *Ilíada* VI 201). En general, cf. Arriano, *Anábasis* II 5; Estrabón, XIV 5, 17.

el año anterior a sus pueblos tributarios[464]. Cargaron enton- 2
ces los caballos en dichas naves, embarcaron al ejército de tierra y, con seiscientos trirremes[465], zarparon rumbo a Jonia. Ahora bien, desde Cilicia, no arrumbaron las naves a lo largo de la costa de Asia en dirección al Helesponto y Tracia, sino que, a partir de Samos, costearon Ícaro[466] y navegaron por entre las islas[467], pues tenían muchísimo miedo —creo yo— a circunnavegar el Atos, dado que un año antes habían sufrido un enorme desastre mientras surcaban dichas aguas[468]. Además, también los obligaba a seguir esa ruta Naxos, que todavía no había sido tomada[469].

---

464 Cf. VI 48, 2.

465 Cf., *supra*, nota VI 32. Según se desprende del texto, en este número no estaban incluidas las naves destinadas al transporte de los caballos. Como la expedición sólo pretendía castigar, teóricamente, a atenienses y eretrieos, los persas enviaron una flota sin el apoyo de un ejército de tierra. Probablemente las naves no sobrepasaron en mucho el centenar y, como todos los contingentes persas iban embarcados, su número oscilaría alrededor de los treinta mil hombres.

466 Isla de las Espóradas meridionales, situada a unos 25 km. al SO de Samos.

467 Las Cícladas. La independencia operativa de las unidades persas, en lo que al abastecimiento se refiere (un ejército muy numeroso hubiera necesitado, para trasladarse a Grecia, seguir una ruta terrestre, a lo largo de las costas de Anatolia, Tracia y Tesalia, a fin de irse aprovisionando sobre el terreno), abona la teoría del relativamente exiguo número de sus componentes, que llevarían los alimentos necesarios para parte de la campaña en los transportes que albergaban a los caballos.

468 Cf. VI 44, 2-3. A notar el error en que incurre el historiador, pues la campaña de Mardonio tuvo lugar en el año 492 a. C. y la de Datis en 490. Desde el percance de la flota persa en las estribaciones del Atos habían transcurrido, pues, dos años y no uno.

469 En la fallida expedición jonio-persa capitaneada por Aristágoras y Megábatas. Cf. V 30-34. Los planes persas —de los que Heródoto no nos informa— consistirían en establecer gobiernos a su medida en las Cícladas, para consolidar de esta manera la frontera occidental del imperio (es posible que la expedición de Milcíades contra Paros tuviera como finali-

Toma de Naxos, las Cícladas —respetando Delos—, Caristo y Eretria

96 Rebasado el mar Icario[470], pusieron proa a Naxos y, al desembarcar en ella (pues, como he indicado, los persas tenían pensado atacar ante todo dicha isla), los naxios, que conservaban un cabal recuerdo de la anterior expedición[471], emprendieron la huida hacia las montañas[472] sin ofrecer resistencia. Los persas, entonces, redujeron a la condición de esclavos a aquellos naxios a quienes pudieron capturar e incendiaron tanto los templos como la ciudad; hecho lo cual, se hicieron a la mar para atacar las demás islas[473].

97 Mientras los persas llevaban a cabo esa operación, los delios, por su parte, abandonaron también[474] su isla y empren-

---

dad derribar a un gobierno filopersa de una isla rica y estratégicamente situada; cf. VI 132-136). Sobre Naxos, cf. nota V 122.

[470] Recibía este nombre la zona del Egeo que se extendía desde Samos, al norte, hasta la isla de Cos, al sur. Cf. Estrabón, X 5, 13.

[471] Cf. V 34 y nota V 134. Si Naxos resistió en 499 a. C., los cuatro meses que duró el asedio debían de haber afectado sensiblemente el potencial de la isla; además, la sumisión de Jonia habría ejercido sobre los isleños una decisiva influencia a la hora de presentar oposición a los persas.

[472] La zona central de la isla (la capital, Naxos, estaba situada en la costa noroeste) poseía alturas, como el monte Drío, que superaban los mil metros.

[473] Plutarco *(De Herodoti malignitate* 36) pretende, basándose en lo que denomina «cronistas» *(hōrográfoi)* naxios, que los persas, tras haber devastado la capital y parte de la isla, fueron expulsados de la misma por sus habitantes. Lo más probable, sin embargo, es que el patriotismo local convirtiera en una victoria lo que pudo ser un simple hostigamiento por parte de los naxios a algunos persas rezagados mientras las tropas de Datis estaban procediendo a reembarcar.

[474] La acción que se repite es la de abandonar la defensa de la isla; en el caso de los naxios refugiándose en la zona central de la misma, y en el de los delios trasladándose a otro lugar.

dieron la huida hacia Tenos[475]. Pero, cuando la flota se disponía a atracar en Delos, Datis, que se había adelantado con su navío, no permitió que las naves fondearan en la isla, ordenando que lo hicieran enfrente, en Renea[476]. Y, al averiguar dónde se encontraban los delios, despachó un heraldo y les transmitió el siguiente comunicado: «¿Por qué habéis 2
emprendido la huida, gentes de sagrada condición[477], abrigando contra mí infundadas sospechas? Pues, por lo que a mí respecta, soy lo suficientemente juicioso —y además he recibido órdenes del rey en ese sentido— como para no causar daño alguno a la tierra en la que nacieron los dos dio-

[475] Cíclada septentrional, situada a unos 15 km. al NO de Delos. La huida de los delios se debía a la existencia en Delos del santuario de Apolo, que podría constituir una rica presa para los persas, y a la imposibilidad de presentar resistencia a los invasores por las reducidas dimensiones de la isla (5 km. de largo por 1,3 de ancho).

[476] La isla de Renea se halla al oeste de Delos, de la que la separa un canal de unos 700 m. de anchura. Esta isla (también llamada Gran Delos) servía de necrópolis a los delios y de refugio para las mujeres que estaban a punto de dar a luz, pues el carácter sagrado de Delos prohibía que allí tuvieran lugar nacimientos y defunciones (cf. Tucíd., III 104; Estrabón, X 5, 5).

[477] «Als Inhaber und Pfleger des Apollos-kultes» (H. Stein, *Herodotos. V-VI...*, pág. 193). Toda la isla se consideraba sagrada y, por lo tanto, sus moradores eran inviolables. Delos, que ya estaba habitada en el III milenio a. C. (se han hallado restos de un establecimiento prehistórico en la colina más alta de la isla, el monte Cinto, de 112 m.), fue en época micénica (sobre todo en el Heládico Reciente III, 1400-1200 a. C.) un importante lugar de culto para los habitantes de las islas del Egeo, y su prestigio como centro religioso se mantuvo hasta la época del emperador Juliano, que en el año 363 consultó con gran pompa el oráculo. En general, cf. H. Gallet de Santerre, *Délos primitive et archaïque*, París, 1958.

ses[478]: ni a la tierra propiamente dicha, ni a sus moradores. Regresad, pues, ahora mismo a vuestras casas y seguid ocupando la isla». Éste fue el mensaje que, por medio de un heraldo, transmitió Datis a los delios[479]. Y, acto seguido, mandó amontonar trescientos talentos[480] de incienso sobre el altar y dio orden de que los quemaran.

98 Una vez hecho esto, Datis, sin más demora, se hizo a la mar con sus tropas, para atacar en primer lugar Eretria, llevando consigo contingentes jonios y eolios. Apenas había zarpado Datis de la isla, cuando Delos se vio sacudida por un terremoto, siendo, al decir de los delios, el primer y último seísmo que, hasta el presente, se ha producido en la zona[481]. Y,

[478] Apolo y Ártemis. Leto, la sexta esposa de Zeus según Hesíodo (*Teogonía* 918), estaba encinta de ambos hermanos y, cuando se aproximaba la hora del parto, ningún lugar le daba cobijo por temor a los celos de Hera, que había prohibido que Leto diese a luz en tierra firme. Finalmente un islote, que hasta entonces era errante, la acogió y por ello se convirtió en isla, pasando a llamarse Delos («Luminosa»). Cf. *Himno homérico a Apolo* 14-130; Calímaco, *Hymn. IV, in Delum* 36-248; Apolodoro, I 4, 1; y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 75 y sigs.

[479] Los persas (al margen de que pudieran relacionar a Apolo y Ártemis con sus dioses *Mithra*, el sol, y *Mah*, la luna; cf., *supra*, I 131, 2; y J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien...*, págs. 159 y sigs.) respetaron Delos porque, entre sus fuerzas, figuraban contingentes griegos (cf. VI 98, 1), que no habrían aceptado de buena gana un saqueo contra un santuario de carácter panjónico; y, en ese sentido, es posible que fueran advertidos por Hipias, que tomaba parte en la expedición (cf. VI 102). Por otra parte, la política persa —especialmente en tiempos de Darío— fue siempre prudente con la religión de los pueblos que conquistaba (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 57).

[480] Aproximadamente unos 11.100 kg., según el sistema comercial de los pesos atenienses (que en este punto seguía el sistema eginético, en el que un talento equivalía a 37,011 kg.).

[481] Tucídides (II 8, 3) habla de un terremoto que sacudió la isla *por vez primera* poco antes de la guerra del Peloponeso. Como la tradición delia, según manifiesta el propio Heródoto, sólo mencionaba un único terremoto, es posible que los dos historiadores se refie-

por lo visto, con este fenómeno la divinidad[482] presagiaba a los hombres las calamidades que iban a tener lugar. Pues, 2 durante los reinados de Darío, hijo de Histaspes, de Jerjes, hijo de Darío, y de Artojerjes, hijo de Jerjes[483], por espacio de esas tres generaciones seguidas, Grecia sufrió más calamidades que en el transcurso de las veinte generaciones que

---

ran al mismo seísmo, si bien ninguno de los dos (aunque Tucídides es poco preciso al respecto) lo fechó adecuadamente. Que el temblor de tierra no se produjo inmediatamente después de la partida de Datis (es decir, en 490 a. C.) parece probarlo el fr. 78 de PÍNDARO (C. M. BOWRA, *Pindari Carmina cum Fragmentis*, Oxford, 1968 [= 2.ª ed., 1947]), del que se desprende que, en 472 a. C., posible fecha de composición del poema, Delos aún no lo había sufrido (cf. U. VON WILAMOWITZ, *Sappho und Simonides*, Berlín, 1913, pág. 129, nota 3). Como, por otra parte, Tucídides afirma que el terremoto tuvo lugar *poco antes* de 431, el seísmo a que se alude bien podría haberse producido algunos años antes (quizá con anterioridad a la llamada «primera guerra peloponésica», en 449, cuando Heródoto pudo visitar la isla y recibir la información de los delios al respecto). Admitiendo, pues, la existencia de un único terremoto, lo que habría ocurrido es que la tradición popular debió de relacionar el seísmo tanto con las guerras médicas como con la guerra del Peloponeso, considerándolo un presagio de mal agüero. No obstante, cf. A. W. GOMME, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, pág. 122, en contra de esta interpretación.

[482] Cf. VI 27, 3. Aparece aquí la idea de una inteligencia rectora del universo, que ya había sido enunciada en el siglo VI a. C. por JENÓFANES (cf. fr. B 25, *D. K.)* y desarrollada en el siglo V por Anaxágoras, aunque en éste tendía a disociarse de la divinidad.

[483] Darío fue rey de Persia desde 522 a 486 a. C.; Jerjes, de 486 a 465; y Artajerjes (lectura que transmiten algunos manuscritos en lugar de Artojerjes), de 465 a 424. Esta afirmación de Heródoto no implica necesariamente que Artajerjes I hubiese muerto ya, pues en la *Historia* no hay ninguna referencia tan tardía. El pasaje, más bien, debió de ser compuesto a comienzos de la guerra del Peloponeso.

precedieron a Darío[484]; unas las sufrió por la intervención de los persas, y otras se debieron a sus propios caudillos en
3 sus disputas por el poder[485]. Así, no tuvo nada de extraño que Delos, que hasta la fecha no había conocido terremoto alguno, fuera sacudida por un seísmo.

Además, en un oráculo relativo a la isla figuraba escrito lo siguiente:

«Provocaré un seísmo en la propia Delos, pese a que inmune es a ellos[486]».

(Y por cierto que, en griego, los nombres de esos reyes significan: Darío, «Poderoso»[487]; Jerjes, «Guerrero»; y Artojerjes, «Gran Guerrero». En su propia lengua, pues, los griegos podrían denominar perfectamente a esos reyes como acabo de decir[488].)

---

[484] Para Heródoto (cf. II 142, 2) veinte generaciones representaban 666^{2}/3 años; es decir, que el período a que alude abarcaría desde 1189 a 522 a. C. (fecha de la entronización de Darío). Como el historiador databa la guerra de Troya hacia 1270 (cf. II 145, 4), y la migración doria se fechaba tradicionalmente ochenta años después de dicha guerra, Heródoto extiende el período en que Grecia vivió en una relativa calma, comparado con las agitaciones que se avecinaban, hasta el «regreso de los Heráclidas» al Peloponeso, en 1190 a. C.

[485] Sin duda, alusión tanto a la primera ruptura de Atenas con Esparta, en 461 a. C. (cf. Tucíd., I 102), como al comienzo de la guerra del Peloponeso.

[486] Porque, según la tradición (cf. Píndaro, fr. 79 Bowra, *apud* Estrabón, X 5, 2), la sostenían cuatro pilares de acero. Con todo, este recuerdo a una profecía que hablaba de Delos debe de ser una interpolación (falta en los mejores manuscritos y aparece una frase insólita en Heródoto).

[487] O bien, «Sojuzgador». El epíteto aplicado a Darío *(erxíēs)* puede relacionarse temáticamente con el verbo *érdein,* «hacer» (esto es, «tener autoridad para hacer algo»; y así se interpreta en la versión propuesta), o con *érgein,* «reprimir».

[488] Las traducciones al griego de los nombres de los reyes persas no responden en absoluto a la realidad, pues Heródoto (o el autor de este

99 Después de abandonar Delos, los bárbaros fueron atracando en las islas, donde reclutaban tropas y tomaban como rehenes a los hijos de los isleños. Pero cuando, en su reco- 2
rrido con la flota por las islas[489], desembarcaron concretamente en Caristo[490], en vista de que los caristios se resistían a entregarles rehenes y, además, se negaban a marchar contra unas ciudades vecinas (refiriéndose a Eretria y a Atenas[491]), ante esa actitud, los sitiaron y saquearon su territorio, hasta que los caristios se plegaron también a la voluntad de los persas.

---

comentario, cuya conexión con el resto del capítulo es muy superflua) no sabía persa, como se infiere de otros pasajes de la obra (cf. I 131; 139; y PH.-E. LEGRAND, *Hérodote. Introduction*, París, 1942, pág. 75 y nota 1). Darío (en persa *Dārayavauš)* probablemente significa «el poseedor del bien». Jerjes (en persa *Khšayarša),* «el heroico caudillo». Y Artajerjes (en persa *Artakhšatra),* «aquel cuyo reinado es conforme a la ley». El autor de esta interpretación creía que Artajerjes era un compuesto de Jerjes, cuando en persa ambos nombres no tienen nada en común (Jerjes es un nombre bitemático compuesto de los substantivos *Khšaya,* que significa «señor, príncipe», y *arša,* «hombre, héroe»; mientras que Artajerjes está compuesto del substantivo *artam,* «ley, justicia», y de *khšatra,* «reino»). En general, cf. H. SCHMEJA, «Dareios, Xerxes, Artaxerxes. Drei persische Königsnamen in griechischen Deutung (Zu Herodot 6, 98, 3)», *Sprache* 21 (1975), 184 y sigs.

[489] Las Cícladas septentrionales, situadas entre Delos y Eubea.

[490] En las proximidades de una bahía idónea para el desembarco persa, en la costa sur de Eubea.

[491] Posiblemente por las relaciones comerciales existentes entre los caristios y Eretria y Atenas (de las que Caristo distaba, respectivamente, 65 y 60 km.), ya que, a partir del testimonio del historiador en IV 33, 2, puede inferirse que Caristo era el eslabón que, en la ruta del ámbar (cf. nota III 589), unía Grecia continental con las islas del Egeo y Asia. Pese a su resistencia en estos instantes, los caristios cooperaron con los persas en la campaña de Jerjes (cf. VIII 66; 112) y fueron sojuzgados por Atenas acusados de «medismo» (cf., *infra,* IX 105; TUCÍD., I 98).

100 Cuando los eretrieos tuvieron noticia de que la flota persa se dirigía contra ellos, solicitaron a los atenienses que les prestaran auxilio. Estos últimos no les negaron su ayuda; todo lo contrario, para que los socorrieran, pusieron a su disposición a los cuatro mil *clerucos*[492] que ocupaban las tierras de los *hipobotas*[493] de Calcis. Pero el caso es que la decisión de los eretrieos no era, ni mucho menos, definitiva, ya que, pese a llamar a los atenienses, maduraban dos pla-
2 nes bien distintos: unos proyectaban abandonar la ciudad para dirigirse a las zonas altas de Eubea[494], mientras que otros, esperando recibir del Persa una serie de ventajas en su propio provecho, se disponían a traicionarla[495].

3 Al tener conocimiento del alcance de ambos proyectos, Esquines, hijo de Notón, que era uno de los principales personajes de Eretria, informó puntualmente a los expedicionarios atenienses de la disensión que, en aquellos momentos, reinaba entre sus conciudadanos, y les pidió que regresaran a su patria[496] para que no sucumbieran con ellos. Los ate-

[492] Cf. V 77, 2, y nota V 365.

[493] Cf. nota V 366.

[494] Eretria se hallaba situada justamente en las estribaciones meridionales de la cadena montañosa que, atravesando longitudinalmente Eubea de NO a SE, tiene sus máximas cotas en los montes Dirfis, de 1.745 m. de altura, y Olimpo, de 1.171, a 12 km. de cuya cima se encontraba la ciudad.

[495] Posiblemente, en Eretria (ciudad que ya había prestado su ayuda a Pisístrato para regresar a Atenas tras su segundo destierro; cf. I 61, 2; 62, 1), Hipias debía de contar con poderosos amigos. Cf. H. Drexler, *Herodot-Studien*, Hildesheim, 1972, págs. 152 y sigs., que estudia el papel de las diversas facciones en las ciudades griegas a la hora de decidirse por resistir a los persas o por rendirse a ellos.

[496] Al Ática, pues los *clerucos* eran colonos que conservaban su ciudadanía originaria, permaneciendo inscritos en sus respectivas tribus. Cf. U. Kahrstedt, *Staatsgebiet und Staatsangehörige in Athen*, Stuttgart, 1934, págs. 359 y sigs.

nienses, entonces, siguieron ese consejo que les brindaba Esquines[497].

Y, mientras estos últimos pasaban a Oropo[498], poniéndose a salvo, los persas llegaron con sus naves y las fondearon en territorio de Eretria, a la altura de Taminas, Quéreas y Egilia[499]. Una vez anclados en dicha zona, desembarcaron sin pérdida de tiempo los caballos y se aprestaron para atacar al enemigo. Sin embargo, los eretrieos no tenían intención de realizar una salida a fin de presentar batalla; su única preocupación consistía, si ello era posible, en defender sus murallas, dado que había prevalecido la decisión de no abandonar la ciudad. Tuvo lugar entonces un encarnizado asalto contra la muralla y, por espacio de seis días, muchos cayeron por ambos bandos. A los siete días, empero, Eufor-

101

2

[497] Probablemente esta explicación maximalista de la situación que reinaba en Eretria fue inventada *a posteriori* en Atenas para justificar el desamparo de los atenienses hacia los eretrieos, ya que Heródoto no nos informa de que ningún habitante de Eretria abandonara la ciudad, y sí lo hace de un tercer plan que en este capítulo no menciona: resistir a los persas atrincherándose en su ciudad. No obstante, según la «heterodoxa» interpretación de la batalla de Maratón por parte de F. Maurice (*Journal of Hellenic Studies* 52 [1932], 13 y sigs.; 54 [1934], 205 y sigs.), el ejército ateniense, con el polemarco y los diez estrategos al frente, se hallaba en campaña, acudiendo en socorro de Eretria, mientras que en Maratón había un destacamento persa guarneciendo una base secundaria, cuya misión era proteger las operaciones en aquel lugar. Maratón habría sido, pues, un episodio limitado al ataque, por parte del ejército ateniense, del no muy numeroso campamento persa.

[498] Localidad de la costa septentrional del Ática, situada a unos 10 km. al sur de Eretria, al otro lado del estrecho.

[499] Estos nombres corresponden a las denominaciones y abreviaturas de cuatro nombres de demos eretrieos (cf. W. Wallace, «The Demes of Eretria», *Hesperia* 16 [1947], 130 y sigs.). De las localidades aquí citadas los autores antiguos sólo mencionan Taminas (cf. Estrabón, X 1, 10), que estaba situada al O de Eretria, en las proximidades del estrecho del Euripo.

bo, hijo de Alcímaco, y Filagro, hijo de Cíneas, dos desta-
3 cados ciudadanos, entregaron la plaza a los persas, quienes, al entrar en la ciudad, lo primero que hicieron fue saquear e incendiar los templos como represalia por los santuarios que en Sardes habían sido pasto de las llamas[500]; y, acto seguido, esclavizaron a la población de conformidad con las órdenes de Darío[501].

Los persas desembarcan en el Ática

102 Después de conquistar Eretria, y tras unos pocos días de descanso, los persas zarparon con rumbo al Ática, en medio de una gran euforia[502] y en la creencia de que con los atenienses iban a ha-

[500] Cf. V 102, 1; y nota V 508.

[501] Sobre el destino de los eretrieos esclavizados, cf. VI 119. Después de su destrucción en 490 a. C., Eretria no volvió a gozar de la importancia que había tenido hasta entonces, a pesar de que la ciudad fue reconstruida y envió siete navíos a Salamina (cf. VIII 46, 2) y seiscientos hoplitas a Platea (cf. IX 28, 5). Algunas fuentes antiguas (cf. Platón, *Leyes* 698d; Estrabón, *l. c.)* pretenden que los persas pusieron en práctica en Eretria la táctica de las «redadas» para capturar el mayor número posible de prisioneros (sobre ellas, cf., *supra,* VI 31, 2); pero esta tradición debe de basarse en la *Historia* de Éforo (historiador griego que vivió entre 405 y 330 a. C., aproximadamente, y que, entre otras obras que compuso y que ejercieron una gran influencia en sus contemporáneos y en los autores posteriores, escribió una «Historia Universal», en treinta libros —conservada sólo muy fragmentariamente—, desde el «retorno de los Heráclidas» hasta el asedio de Perinto, en 341 a. C.), que habría citado el dato como un «herodotismo» de carácter puramente erudito y colorista.

[502] Esta traducción se atiene a la lectura *katorgôntes* que presenta Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre VI..., ad locum),* a partir de una conjetura de Dietsch. Admitiendo *katérgontes* (que es el texto que presentan algunos manuscritos y que mantiene Hude), la traducción podría ser: «sometiendo a un estrecho bloqueo (a los atenienses)», si se confiere al participio valor transitivo; o bien, «zarparon... a toda vela» (literalmente, «avanzando a gran velocidad»), si se considera intransitivo. No obstante, el pasaje es oscuro,

cer lo mismo que habían hecho con los de Eretria. Y como Maratón[503] era la zona del Ática más apropiada para emplear la caballería y la más próxima a Eretria, allí los condujo Hipias, el hijo de Pisístrato[504].

---

hay manuscritos que presentan otras lecturas, y se han propuesto diversas interpretaciones.

[503] Aquí se refiere al distrito entero, la Tetrápolis, en la zona nororiental del Ática, y no simplemente al demo de Maratón. El lugar elegido por los persas para desembarcar (a unos 40 km. al NE de Atenas) consistía en una bahía protegida, al norte, de las peligrosas corrientes del estrecho de Eubea por el promontorio de Cinosura («la cola de perro»). A dicha bahía daba una llanura, de unos 10 km. de largo por 5 de ancho, que se extendía desde las estribaciones orientales del Pentélico. No obstante, el terreno no era excesivamente idóneo para una batalla en la que se emplearan grandes efectivos, pues la llanura se hallaba dividida transversalmente por el torrente Caradro y, en sus dos extremidades, había dos zonas pantanosas, siendo la situada al norte verdaderamente impracticable. Cf. K. Pritchett, *Studies in Ancient Greek Topography*, Los Ángeles, 1969, págs. 1 y sigs.; y J. A. G. van der Veer, «Met kleío te velden», *Lampas* 7 (1974), 88 y sigs., para los detalles topográficos del escenario del combate.

[504] Las dos afirmaciones del historiador son ciertamente discutibles. La caballería (que no desempeñó papel alguno en Maratón, presumiblemente porque, cuando los atenienses atacaron, los persas habían dividido sus efectivos, destacando a parte de los expedicionarios —con la caballería incluida, hay que suponer— para desembarcar en Falero; cf. VI 116) hubiera gozado de un terreno más favorable en Eleusis o en la llanura de Falero (como lo probaba la victoria de la caballería tesalia sobre las fuerzas espartanas de Anquimolio en 512-511 a. C.; cf. V 63, 3-4); y Oropo o Ramnunte, en la costa norte del Ática, a orillas del estrecho de Eubea, estaban mucho más cerca de Eretria que Maratón. Se ha aducido que las razones que impulsaron a los persas a desembarcar allí fueron los consejos de Hipias, que pensaría poder repetir —probablemente porque en la Diacria seguía contando con partidarios que recordaban con agrado el gobierno de su padre— el éxito de Pisístrato al regresar definitivamente a Atenas (cf. I 62, 1). Pero las circunstancias habían cambiado y se cree que, como los persas, aparentemente, no se proponían dirigirse desde Maratón a Atenas —ya que no se cuidaron de ocupar los pasos montañosos del Pentélico, que conducían a la capital—,

Excurso sobre Milcíades, uno de los estrategos atenienses

103 Cuando los atenienses tuvieron noticia de su llegada, también ellos acudieron a Maratón para defender su territorio[505]. Al frente de las tropas figuraban diez estrategos[506], entre quienes se contaba Milcíades[507], cuyo padre Cimón,

---

sus planes eran atraer a los atenienses a Maratón, pero no para librar una batalla decisiva (eso hubiera sucedido en Falero y, además, no hubiesen esperado a que los atenienses hubieran juzgado oportuno atacar; cf. VI 111, 1), sino para alejar a los hoplitas atenienses de su ciudad, mantenerlos allí, y entretanto dividir sus propias fuerzas, a fin de que parte de ellas se presentaran por sorpresa en Falero y, en connivencia con los atenienses que estaban de su parte y dispuestos a entregarles la ciudad, se apoderasen de Atenas. En general, cf. F. Schachermeyr, «Marathon und die persische Politik», *Historische Zeitschrift* 157 (1951), 1 y sigs.; y A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 239-252.

[505] El historiador no menciona un famoso decreto que, según fuentes posteriores al siglo v a. C. (cf. *Escolio* a Demóstenes, XIX 303; Aristóteles, *Retórica* III 10; Plutarco, *Quaest. Conv.* I 10, 3), habría hecho aprobar Milcíades, y en el que se ordenaba presentar batalla al enemigo y no aguardar su ataque al amparo de los muros de Atenas. Sin embargo, como ha demostrado Chr. Habicht («Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege», *Hermes* 89 [1961], 1 y sigs.), este presunto *Pséfisma de Milcíades* se inserta dentro de una serie de decretos falsificados en los años cuarenta del siglo iv a. C., con el propósito de magnificar la actitud de Atenas contra los bárbaros a fin de incitar a la población a actuar con decisión contra el nuevo invasor, Filipo de Macedonia.

[506] Originariamente los estrategos eran los diez jefes militares que las diez tribus creadas por Clístenes elegían, a razón de uno por tribu, para mandar las fuerzas que cada una de ellas aportaba a la totalidad del ejército, y formaban el Estado Mayor del polemarco, en esta época jefe supremo del ejército. Eran elegidos para el plazo de un año y sus cargos eran reelegibles. Sólo a partir del año 487 a. C. asumieron el mando del ejército, desplazando de sus funciones al polemarco. Cf. W. Schwahn, *s. v. Strategen, R. E.*, Suppl. 6 (1935), cols. 1071 y sigs.

[507] Milcíades el Joven (hacia 540-489 a. C.), el tirano del Quersoneso Tracio expulsado de aquellas tierras por los persas tres años antes (cf. VI

hijo de Esteságoras, se había visto obligado a exilarse de Atenas para huir de Pisístrato, hijo de Hipócrates. Mientras 2
se hallaba exilado, consiguió triunfar con su cuadriga en los Juegos Olímpicos; y, al alzarse con dicha victoria, obtuvo el mismo galardón que su hermano uterino Milcíades[508]. Posteriormente —en la siguiente Olimpiada—, alcanzó la victoria con las mismas yeguas, pero permitió que proclamaran vencedor a Pisístrato; y, por haberle cedido la victoria, llegó a un acuerdo con él para poder regresar a su patria. Pero re- 3
sulta que, tras haber triunfado con las mismas yeguas en otra Olimpiada, murió a manos de los hijos de Pisístrato, cuando este último ya no vivía[509] (lo hicieron asesinar una noche tendiéndole con unos cuantos hombres una emboscada en las proximidades del pritaneo[510]). Cimón se halla se-

41). Sobre el árbol genealógico de la familia de Milcíades, cf. nota VI 176.

[508] Cf. VI 36, 1. Esta victoria de Milcíades el Viejo tuvo que ser anterior al año 532 a. C., fecha de la sexagésimo segunda Olimpiada, en la que Cimón I obtuvo por vez primera la victoria (cf. la nota siguiente).

[509] Pisistrato murió en el año 527 a. C. (cf. F. Heidbüchel, «Die Chronologie der Peisistratiden in der Atthis», *Philologus* 101 [1957], 70 y sigs.), por lo que se ha supuesto que las tres victorias de Cimón en la carrera de cuadrigas se produjeron en las Olimpiadas 62 (= 532 a. C.), 63 (= año 528) y 64 (= 524 a. C.).

[510] El pritaneo era el edificio público donde residían los supremos magistrados atenienses (llamados *prítanos).* Constituía el centro espiritual de la ciudad y en él se encontraba el altar de Hestia, con su fuego perpetuo, hogar representativo de la ciudad. El pritaneo de Atenas estaba situado al SO del Ágora y, pese a que fue destruido por los persas, se reconstruyó en 470 en forma de *Tholos,* o construcción circular, consagrado a Ártemis *Boulaia* («Deliberadora»).

pultado a la entrada de la ciudad, al otro lado del camino que atraviesa el suburbio llamado Cela[511]. Y, frente a su tumba, se hallan enterradas esas yeguas que triunfaron tres
4 veces en los Juegos Olímpicos (por cierto que otras yeguas —las del laconio Evágoras— ya habían realizado también esa misma proeza[512], pero ningún otro tiro ha superado la hazaña de las citadas).

Pues bien, por aquellas fechas[513], Esteságoras, el mayor de los hijos de Cimón, estaba viviendo en el Quersoneso, en casa de su tío paterno Milcíades; mientras que, en Atenas, en casa del propio Cimón, lo hacía su hijo menor, cuyo nombre, en memoria de Milcíades, el colonizador[514] del Quersoneso, era Milcíades.

104 Así pues, el tal Milcíades, que había vuelto ya del Quersoneso, era a la sazón uno de los estrategos atenienses después de haber escapado en dos ocasiones a la muerte; pues, por una parte, los fenicios que lo persiguieron hasta Im-

---

[511] Que significa «La Hondonada». Era un demo situado al sudoeste de Atenas por donde pasaba la ruta que llevaba al Pireo (protegida por los «Muros Largos», que unían la ciudad con el puerto). Heródoto dice que la tumba estaba «a la entrada de la ciudad», pues el camino del Pireo partía de la puerta de Melita (cf. Marcelino, *Vit. Thuc.* 17), otro demo ateniense, ya que en su época toda la ciudad se hallaba amurallada, al margen de las fortificaciones que se extendían hasta el Pireo. Si la orientación que señala el historiador corresponde a la dirección de entrada a Atenas, la tumba de Cimón estaría a mano derecha del camino y la de sus yeguas a mano izquierda.

[512] Según Pausanias (VI 10, 8), Evágoras poseía un monumento conmemorativo en Olimpia consistente en una cuadriga, que Heródoto pudo haber visto personalmente. Sobre la importancia que, en los Juegos, tenían las carreras de cuadrigas, cf. nota VI 170.

[513] Es decir, cuando mataron a Cimón I, poco después del año 524 a. C.

[514] Más bien, «el reorganizador». Cf., *supra,* nota VI 159.

bros[515] estaban empeñados en capturarlo y en conducirlo a presencia del rey; pero es que, cuando, de regreso a su pa- 2
tria tras haber escapado de los fenicios, se consideraba ya a salvo, justamente entonces sus enemigos arremetieron contra él y lo hicieron comparecer ante un tribunal acusándolo de haber ejercido la tiranía en el Quersoneso[516]. Sin embargo, también consiguió escapar de esos enemigos[517] y, libre de cargos, fue nombrado estratego de los atenienses al ser elegido por el pueblo[518].

---

[515] Cf. VI 41, 1-2.

[516] Un fútil pretexto (no obstante, cf. nota IV 466; y, sobre la ley contra la tiranía, cf. ANDÓCIDES, I 96 y sigs.), pues la presencia de Milcíades en el Quersoneso había sido muy positiva para Atenas al asegurar el aprovisionamiento de cereales desde el Mar Negro. Es indudable que las razones debieron de ser otras, posiblemente la creación de un partido que pretendía oponerse a las demás facciones atenienses (y en el que se agruparían, entre otros, Arístides y Temístocles): a los Alcmeónidas, por su actitud no beligerante en la sublevación jonia; a los partidarios de los Pisistrátidas, por el asesinato de su padre; y a los filopersas, en general, por haberse visto obligados a abandonar el Quersoneso. Cf. F. GHINATTI, *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre persiane*, Roma, 1970.

[517] Heródoto no precisa sus nombres porque, posiblemente, fueron los Alcmeónidas (tal vez encabezados por Jantipo, como en el proceso que le incoaron en 489 a. C.; cf. VI 136). Cf. H. BERVE, *Miltiades...*, págs. 66 y sigs.

[518] Esta elección consecutiva a su proceso prueba la popularidad de Milcíades en Atenas, y el declive de la influencia política de sus adversarios.

Atenas solicita ayuda a Esparta

105 Mientras todavía se hallaban en la capital, lo primero que hicieron los estrategos fue enviar a Esparta[519], en calidad de heraldo, a Filípides[520], un ciudadano ateniense que, además, era «correo»[521], actividad que constituía su profesión. Pues bien, según confesó personalmente y de acuerdo con el informe que facilitó a los atenienses, al tal Filípides lo abordó Pan[522] en las inmediaciones del monte
2 Partenio[523], al norte de Tegea. El dios —según Filípides—

---

[519] Es probable que Atenas hubiese pactado con Esparta un acuerdo de defensa mutua (una *epimachía)* y de ahí que, al tener noticias de la caída de Eretria y del desembarco persa en Maratón, despachasen a toda prisa un mensajero a Lacedemonia, aduciendo que se había producido un *casus foederis* (cf. Tucíd., I 44; V 47; 48; *et passim).* Pero es indudable que el envío del correo se hizo cuando los atenienses ya habían decidido salir al encuentro de los persas. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 580.

[520] O, según otros manuscritos, Fidípides. Los autores antiguos transmiten el nombre conservado en la traducción (cf. Plutarco, *De Herodoti malignitate* 26; Pausanias, I 28, 4; VIII 54-56), mientras que la forma Fidípides es una variante inspirada en un chiste de Aristófanes, *Nubes* 67 (este nombre significa «el que ahorra caballos»), que un escriba pudo considerar adecuado para un correo a pie.

[521] Un *hemerodromo,* nombre que recibían los correos oficiales que eran capaces de recorrer diariamente largas distancias a paso rápido.

[522] Divinidad arcadia de la fertilidad y de figura similar a la de un sileno (se le representaba mitad hombre y mitad macho cabrío, con dos cuernos en la frente), que se dedicaba al pastoreo y a la agricultura. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 98-99. La leyenda de esta aparición de Pan tiene carácter etiológico con respecto a la veneración que recibía en Atenas (cf. el final del capítulo).

[523] El monte Partenio —en el que Pan tenía un santuario— separaba la zona sudoccidental de la Argólide de la sudoriental de Arcadia, y la ruta que lo atravesaba constituía una de las más agrestes y despobladas de Grecia (cf. Pausanias, VIII 54, 6). Sobre Tegea, cf. nota VI 347.

lo llamó a voces por su propio nombre y le encargó que preguntase a los atenienses la razón de que no se preocuparan lo más mínimo de su persona, a pesar de la cordialidad que sentía hacia ellos y de que en numerosas ocasiones ya les había prestado su asistencia, cosa que seguiría haciendo en lo sucesivo[524]. Ante el feliz desenlace que para ellos tu- 3
vieron los acontecimientos[525], los atenienses, admitiendo la veracidad de ese relato, erigieron al pie de la acrópolis un santuario en honor de Pan[526]; y, a raíz de la demanda del dios, impetran su protección con sacrificios anuales y con una carrera de antorchas.

Por su parte Filípides (el sujeto que en aquellos mo- 106
mentos había sido enviado por los estrategos a cumplir la

---

[524] Heródoto no menciona ninguna ayuda posterior de Pan; pero es posible que, en la leyenda de Maratón, a la divinidad (aunque no aparecía en los frescos de la *Stoá Poikílē* sobre la batalla; cf., *infra,* nota VI 575) se le hubiese atribuido el «pánico» de los persas (a Pan se le atribuía la facultad de provocar en el ganado las estampidas o *pánico;* cf. Teócrito, I 15-18) mientras trataban de reembarcar en las naves, una vez derrotados por los griegos en Maratón. Por lo menos, un epigrama atribuido a Simónides (cf. *Antología Planudea* 232) sugiere la dedicatoria a Pan de una estatua por parte de Milcíades. El epigrama dice:

«A mí, Pan el de Arcadia, el de caprinas pezuñas,
enemigo de los medos y amigo de los atenienses, Milcíades erigióme».

[525] O, según otra interpretación que permite el texto (manteniendo la lectura de *édē),* «cuando su posición se había ya consolidado». De acuerdo con la versión propuesta, tras Maratón; según la segunda posibilidad, cuando Atenas estaba ya al frente de la liga delo-ática.

[526] Más concretamente una gruta, situada en la zona occidental de la vertiente norte de la Acrópolis (cf. Eurípides, *Ión* 492; 938; Aristófanes, *Lisístrata* 720; Luciano, *Dial. dioses* 22, 3; Clemente de Alejandría, *Protréptico* 3, 44). *Vid.* A. N. Oikonomides y N. Gouvoussis, *Akropolis von Athen,* Atenas, 1969, plano 2.

misión durante la cual declaró que se le había aparecido Pan en persona) llegó a Esparta un día después de haber salido de Atenas[527]. Y, una vez en presencia de los magistrados[528],
2 les dijo: «Lacedemonios, los atenienses os ruegan que les prestéis ayuda y que no permitáis que una de las ciudades más antiguas de Grecia[529] caiga bajo el yugo de unos bárbaros. Pues, en la actualidad, Eretria se halla esclavizada y, en consecuencia, Grecia se encuentra sensiblemente debilitada
3 por la pérdida de una destacada ciudad». El heraldo, en suma, les notificó lo que le habían ordenado. Los lacedemonios, entonces, decidieron socorrer a los atenienses, pero les resultaba imposible hacerlo de inmediato, ya que no querían infringir la ley (resulta que corría el noveno día del mes en

---

[527] Según eso, había recorrido 1.140 estadios (= 202,5 km., la distancia que separaba a Atenas de Esparta; cf. Isócrates, *Panatenaico* 24; Plinio, *Hist. Nat.* VII 84) en veinticuatro horas por caminos escarpados y difíciles. Según una tradición posterior (cf. Plutarco, *De glor. Ath.* 3; y L. Bilinski, *L'antico oplite corridore di Maratona. Leggenda e realtá*, Roma, 1960), Filípides habría regresado a Atenas y tomado parte en la batalla de Maratón, siendo él quien recorrió la distancia entre el escenario de la batalla y la capital para dar la nueva de la victoria, y realizando el recorrido con tanta velocidad que murió de fatiga nada más llegar (en su honor se celebra, en los Juegos Olímpicos de la Era Moderna, la carrera que todavía hoy se denomina «Maratón», y que consta de 42,195 km.). No obstante, la tradición popular fundió en una única persona las misiones de dos correos diferentes. Cf. T. Allinson, «The original Marathon Runner», *Classical World* 24 (1931), 152.

[528] Los éforos y los dos monarcas, que estaban encargados de tratar con las embajadas de potencias extranjeras y que representaban el poder ejecutivo de la aristocracia espartana. Cf. F. Kiechle, *Lakonien und Sparta...*, págs. 220 y sigs.

[529] O «la ciudad más antigua de Grecia», si se acepta otra lectura de los manuscritos, expresión que estaría más en consonancia (aunque aquí los atenienses van a pedir socorro) con la tradicional pretensión ateniense de ser los únicos griegos autóctonos. Cf., *infra*, VII 161, 3; Tucíd., I 2, 6.

curso[530] y manifestaron que no emprenderían una expedición el día nueve, supuesto que la luna no estaba llena[531]).

La visión de Hipias

107 Así pues, los lacedemonios esperaron al plenilunio. Mientras tanto, a los bárbaros los guió hasta Maratón Hipias, el hijo de Pisístrato, quien, en el transcurso de la noche anterior[532], había tenido [en sueños] la siguiente visión: creyó ver que había mantenido relaciones con su propia madre. Basándo- 2
se, pues, en dicho ensueño, llegó a la conclusión de que, tras conseguir regresar a Atenas y recobrar el poder, moriría de viejo en su tierra natal. Ésa fue, en suma, la conclusión a la que llegó basándose en la visión que había tenido. Pero, entretanto, en su calidad de guía, hizo que desembarcaran a los esclavos capturados en Eretria en la isla que recibe el nom-

---

530 Cf. nota VI 274.

531 Los espartanos tenían la estricta obligación de celebrar las fiestas *Carneas*, que tenían lugar entre el día 7 y el 15 del mes Carneo, y que correspondía al mes ático de Metagitnión (entre julio y agosto). El último día de dichas fiestas, dedicadas a Apolo Carneo (cf. M. P. Nilsson, *Griechische Feste von religiöser Bedeutung mit Ausschluss der attischen*, Leipzig, 1906, págs. 118 y sigs.), coincidía con la luna llena, y antes de que terminasen no podían ponerse en campaña (no obstante, se ha pensado también —aunque no es probable— que era un pretexto de los lacedemonios para no socorrer a los atenienses; cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 97, nota 1). Sobre la fecha de la batalla según los textos y el calendario, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 240 y sigs., y 256. La luna llena se habría producido la noche del 11 al 12 de agosto del año 490 a. C., y la batalla tuvo lugar el día 12 (no obstante, parte de la crítica la sitúa justamente un mes más tarde: el 12 de septiembre; cf. N. G. L. Hammond, «The campaign and the battle of Marathon», *Journal of Hellenic Studies* 88 [1968], 13-57).

532 Anterior al desembarco en Maratón.

bre de Egilia y que es propiedad de los estireos[533]; acto seguido, a medida que las naves fueron arribando a Maratón, mandó echar anclas y, cuando los bárbaros hubieron bajado a tierra, les indicó la formación a adoptar.

3 Sin embargo, mientras se cuidaba de esos menesteres, le entraron ganas de estornudar y de toser con más fuerza que de costumbre. Debido a lo avanzado de su edad[534], se le movían la mayor parte de los dientes, por lo que, ante el fuerte acceso de tos, escupió uno. El diente cayó en la arena
4 e Hipias se puso a buscarlo afanosamente[535]; pero, como no conseguía dar con él, lanzó un suspiro y dijo a quienes le acompañaban: «Esta tierra no es nuestra y no vamos a poder someterla, pues mi diente ha tomado posesión de la parte que de ella me correspondía».

Los plateos acuden en apoyo de los atenienses

108 Hipias, en definitiva, llegó a la conclusión de que, con ese incidente, su visión se había cumplido[536].

Los atenienses, por su parte, habían tomado posiciones en un terreno consagrado a Heracles[537] cuando acudieron en su auxilio los plateos con la totalidad de sus efectivos. Pues resulta que los

[533] Estira era una localidad situada en la costa oeste de Eubea, en la zona suroccidental de la isla, a unos 35 km. al este de Maratón. Egilia era una pequeña isla sita en el estrecho de Eubea, a unos 3 km. al NO de Estira.

[534] Teniendo en cuenta que, en el año 542 a. C., Hipias ya era una persona adulta (cf. I 61, 3; 63, 2), en el año 490 contaría con más de setenta años.

[535] Sobre la tendencia místico-supersticiosa de los Pisistrátidas, cf. nota V 257.

[536] Posteriormente surgió una tradición (cf. Cicerón, *Ad Att.* IX 10, 3; Justino, II 9), según la cual Hipias había perecido en el transcurso de la batalla, con lo que el sueño de Hipias se cumplió, no de una forma metafórica, sino literalmente: había muerto de viejo en su tierra natal, el Ática.

[537] Este santo terreno ha sido situado en diversos lugares (todos ellos controlando la ruta de montaña que unía Atenas con la llanura de Mara-

plateos se habían puesto bajo la tutela de los atenienses y, además, estos últimos ya habían afrontado por ellos numerosas dificultades[538].

Y por cierto que esa dependencia voluntaria de los plateos se produjo como sigue[539]. Viéndose amenazados por los 2

---

tón a través del Pentélico); cf. K. P. Kontorlis, *The Battle of Marathon*, Atenas, 1973, mapas de las págs. 14 y 15. Lo más probable, sin embargo, es que se encontrase al pie del actual monte Agriliki, al sur de la llanura. Para esta localización y la situación de los dos ejércitos (también controvertida), cf. W. K. Pritchett, «Marathon», *Univ. of California Publications in Classical Archaeology* 4 (1960), 137 y sigs., donde se discuten todos los datos obtenibles del texto de Heródoto y de los escritores posteriores, y se ofrece un pormenorizado análisis topográfico.

538 Probable alusión a la campaña tebana de 506 a. C. contra las fronteras occidentales del Ática (cf. V 74, 2), en el curso de la cual sin duda fue atacada también Platea.

539 Según Tucídides (III 68, 5), este vasallaje de Platea se produjo noventa y dos años antes de la destrucción de la ciudad —que tuvo lugar en 427 a. C.—; es decir, en el año 519 (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, II, pág. 478). Sin embargo, Heródoto no menciona ninguna expedición, contra Atenas, de los lacedemonios acaudillados por Cleómenes (que hubiera motivado su presencia en la zona) hasta 510 a. C., cuando apoyaron los planes de los Alcmeónidas para derrocar a Hipias (cf. V 64 y sigs.). Las relaciones entre Platea y Atenas debieron de establecerse, pues, en el año 509 a. C. (cf. M. Amit, «La date de l'alliance entre Athénes et Platées», *L'Antiquité Classique* 39 [1970], 414 y sigs.), ya que las razones políticas de los plateos y lacedemonios para unirse a Atenas y permitir la unión, respectivamente, tienen plena coherencia en esa fecha. Dado que Platea era reacia a entrar en la liga beocia, por su incompatibilidad con los regímenes oligárquicos, la unión con Atenas tuvo que producirse cuando en la capital del Ática ya se había abolido la tiranía; es decir, en 509, y no en 519 a. C. Por otra parte, los lacedemonios por esas fechas considerarían a Atenas demasiado débil para que pudiera crearles problemas (frente al auge que experimentó poco después y que alarmó a Esparta; cf. V 91, 1), y permitieron la dependencia de los plateos. En los manuscritos de Tucídides debió, en suma, de producirse un error de transcripción (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 399).

tebanos, los plateos inicialmente trataron de ponerse bajo la tutela de Cleómenes, hijo de Anaxándridas, y de los lacedemonios, que por aquel entonces se encontraban en la región. Sin embargo, éstos rehusaron su ofrecimiento diciéndoles lo siguiente: «Nosotros vivimos demasiado lejos y el tipo de ayuda que podríamos prestaros sería poco eficaz, pues casi siempre os veríais sojuzgados antes de que cual-
3 quiera de nosotros se enterase. Os recomendamos, más bien, que os pongáis bajo la tutela de los atenienses, que son vecinos vuestros y que no carecen de valor para defenderos». Los lacedemonios les daban ese consejo no tanto por simpatía hacia los plateos, como por su deseo de que los atenienses tuvieran problemas al quedar enfrentados con los beocios[540].

4 Tal fue, en suma, el consejo que los lacedemonios dieron a los plateos, que no dejaron de seguir su indicación; todo lo contrario, con ocasión de un sacrificio que los atenienses ofrecían a los Doce Dioses, se sentaron en actitud suplicante sobre el altar[541] y se pusieron bajo la tutela de

---

[540] La política hegemónica espartana no podía correr el riesgo de tutelar a Platea, pues ello hubiera podido propiciar una unión entre Tebas y Atenas contra Esparta, cosa que la diplomacia de Cleómenes siempre tendió a evitar y a lograr, más bien, el enfrentamiento entre ambas. Cf. Th. Lenschau, «König Kleomenes I. von Sparta», págs. 412 y sigs.

[541] El suplicante que se sentaba sobre un altar ya no podía ser rechazado. De este altar de los Doce Dioses (Zeus, Hera, Posidón, Deméter, Apolo, Ártemis, Hefesto, Atena, Ares, Afrodita, Hermes y Hestia) se han encontrado restos en el Ágora. Fue erigido por un nieto de Pisistrato (cf. Tucíd., VI 54, 6) y servía como *miliarum aureum,* desde el que arrancaban de Atenas los caminos en todas direcciones (cf., *supra,* II 7, 1; y Aristófanes, *Aves* 1005). Por la entidad de las divinidades a las que estaba consagrado era honrado con gran boato (cf. Jenofonte, *Hipárquico* III 2), y en diversas ocasiones albergó a suplicantes (cf. Diodoro, XII 39; Plutarco, *Pericles* 31).

Atenas. Al tener noticia de ello, los tebanos organizaron una
expedición contra los plateos, y los atenienses acudieron en
su socorro. Pero, cuando se disponían a entablar combate, 5
unos corintios, que en aquel instante se encontraban en la
región[542], lo impidieron apaciguando los ánimos; y, como
ambas partes aceptaron su arbitraje, dichos sujetos fijaron
las fronteras de la comarca[543] poniendo como condición que
los tebanos dejarían tranquilos a los beocios que no quisie-
ran formar parte de la liga beocia[544]. Una vez dictada dicha
resolución, los corintios como es natural se marcharon; pe-
ro, mientras los atenienses se estaban retirando, los beocios
los atacaron[545] y, en el combate que tuvo lugar, los agreso-
res resultaron derrotados. Entonces los atenienses ampliaron 6

---

[542] Pese a que PH.-E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VI...*, pág. 107, nota 2) sugiere que «ce pouvait être des hommes venus en Béotie pour des affaires personelles, qui n'agirent pas au nom de leur cité», la intervención de los corintios en el conflicto se adecua perfectamente a la política corintia de apoyo a Atenas en los años finales del siglo VI a. C. Cf. nota V 358.

[543] Probablemente de acuerdo con la base del *uti possidetis*. Cf. nota V 479; y D. J. MOSLEY, «Diplomacy in classical Greece», *Ancient Society* 3 (1972), 1 y sigs.

[544] Literalmente, «que no quisieran pertenecer a los beocios». La liga beocia constituía una estructura étnica, surgida hacia 525 a. C. (cf. J. DUCAT, «La Confédération béotienne et l'expansion thébaine á l'époque archaïque», *Bulletin de Correspondence Hellénique* 97 [1973], 59 y sigs.), donde la comunidad dialectal, cultural y de tradiciones era esencial; y, desde un principio, fue la expresión y el instrumento de la voluntad de Tebas. Sobre la oposición de Platea a formar parte de la liga, cf. R. J. BUCK, «The formation of the Boeotian League», *Classical Philology* 67 (1972), 94 y sigs.

[545] Ya que en el acuerdo —*impuesto*, sin duda, por los corintios— eran los perjudicados, pues Atenas conseguía extender su zona de influencia al norte del Citerón.

las fronteras que los corintios habían fijado a los plateos y, en dicha ampliación, situaron la frontera entre Tebas y la zona de Platea y de Hisias en el mismísimo Asopo[546]. Así pues, los plateos se habían puesto bajo la tutela de los atenienses de la manera que acabo de indicar; y, en aquellos momentos, acudieron a Maratón en su ayuda.

Milcíades convence al polemarco Calímaco para atacar a los persas

109 Entretanto, las opiniones de los estrategos atenienses se encontraban divididas: unos se oponían a presentar batalla[547] (pues, según ellos, contaban con pocos efectivos[548] para enfrentarse con el ejército de los medos), mientras que

---

[546] Platea e Hisias (que era un demo dependiente de aquélla) estaban situadas al sur de Beocia. El río Asopo, más o menos equidistante de Tebas y Platea unos 6 km., atravesaba, desde el oeste de Leuctra, toda la zona meridional de Beocia y desembocaba en el estrecho de Eubea, frente a Eretria. Hisias, que en 506 a. C. todavía estaba en manos de Atenas (cf. V 74, 2), fue recobrada posteriormente por los tebanos (cf. IX 15, 3; 25, 3).

[547] Teniendo en cuenta que esta deliberación del Estado Mayor ateniense tuvo lugar en Maratón, la disyuntiva planteada estribaría en adoptar una táctica ofensiva o defensiva (pues salir al encuentro de los persas ya se había decidido previamente en Atenas; cf. nota VI 519). Esta reticencia por parte de los estrategos a atacar a los persas podía estar motivada porque éstos ya los hubieran acosado en su atrincheramiento del Heracleo. Cf. J. H. Schreiner, «The battles of 490 B. C.», *Proceedings of the Cambridge Philosophical Society* 16 (1970), 97 y sigs.

[548] La desproporción de las fuerzas de uno y otro bando fue aumentada a medida que la batalla de Maratón fue adquiriendo tintes legendarios (sobre las diversas hipótesis acerca del número de efectivos con que contaban griegos y persas, cf. A Balil, «Heródoto y las grandes batallas de las guerras médicas», *Estudios Clásicos* 32 [1961], 42, nota 17). Las cifras más verosímiles para ambos ejércitos son, por parte de los griegos, diez mil hoplitas atenienses y mil plateos; mientras que los persas contarían con unos veinticinco mil soldados de infantería (incluidos los arqueros) y unos cinco mil de caballería, antes de que se produjera la división de sus fuerzas (cf. nota VI 569). *Vid.* K. P. Kontorlis, *The battle of Marathon...*, pág. 23.

otros, incluido Milcíades, eran partidarios de hacerlo. En vista, pues, de que sus opiniones estaban divididas y de que iba a prevalecer la menos acertada[549], fue entonces cuando Milcíades, dado que existía una undécima persona con derecho a voto (el ateniense elegido por sorteo[550] para el cargo de polemarco —pues antiguamente los atenienses concedían al polemarco la misma capacidad de decisión que a los estrategos[551]—, magistratura que entonces desempeñaba Ca- 2

[549] De las palabras del historiador puede inferirse que cinco estrategos eran partidarios de atacar y otros cinco de no hacerlo. Con el sistema de votación vigente entonces, la igualdad de votos hubiese significado la no alteración del *status quo,* y, por tanto, se habría acordado no entablar combate. Por eso dice Heródoto (a pesar del empate a votos) que «iba prevaleciendo la menos acertada» de las opiniones.

[550] Literalmente, «por el haba» (es decir, «por el sistema de las habas»). Los magistrados eran elegidos en época de Heródoto por sorteo. En una urna se depositaban los nombres de los candidatos, y en otra un número igual de habas, una de las cuales era blanca. El candidato cuyo nombre era extraído al mismo tiempo que el haba blanca obtenía la magistratura. Sin embargo, la elección de los arcontes por sorteo no se introdujo en Atenas hasta el año 487-486 a. C. (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22, 2), por lo que Heródoto está incurriendo en un anacronismo (cf., no obstante, P. J. Bicknell, «Herodotos, Kallimachos and the bean», *Acta Classica* 14 [1971], 147 y sigs., que trata de justificar la afirmación de Heródoto en consonancia con el testimonio de Aristóteles).

[551] El arconte (esta magistratura representa la sustitución del poder de los antiguos reyes atenienses por el de las familias nobles, y debió de crearse entre los siglos x y viii a. C.) polemarco heredó las atribuciones militares de los reyes y, a comienzos del siglo v, era todavía el jefe del ejército. Posteriormente, sin embargo, sus atribuciones pasaron a los estrategos, y sólo conservó algunas obligaciones de carácter ritual: sacrificaba personalmente las víctimas en algunas celebraciones; presidía la fiesta conmemorativa de los guerreros muertos en campaña (cf. la *oración fúnebre* pronunciada por Pericles, Tucíd., II 34-46; y Lisias, *Discurso fúnebre);* y ofrecía los sacrificios rituales en memoria de los tiranicidas, Harmodio y Aristogitón. Pero, fundamentalmente, su ocupación principal consistía en administrar justicia a la población no ciudadana.

límaco de Afidnas[552]), abordó a dicho individuo y le dijo lo
3 siguiente: «Calímaco, en tus manos está en estos instantes sumir a Atenas en la esclavitud o bien conservar su libertad y dejar, para toda la eternidad, un recuerdo de tu persona superior, incluso, al de Harmodio y Aristogitón[553]. Pues no hay duda de que ahora los atenienses se encuentran en el momento más crítico de su existencia; si, por lo que sea, se inclinan ante los medos, salta a la vista[554] cuál será su suerte una vez en poder de Hipias; en cambio, si esta ciudad se alza con la victoria, puede llegar a ser la más importante
4 de toda Grecia. ¿Que cómo puede hacerse esto realidad y por qué te corresponde precisamente a ti adoptar la decisión

---

Cf. R. Maisch y F. Pohlhammer, *Instituciones griegas*, Barcelona, 1931, págs. 85-86. En esta época, el polemarco emitía su voto después de la votación de los estrategos, pero podía abstenerse; de ahí que Milcíades lo aborde para que vote a favor de atacar a los persas.

[552] Demo del Ática situado a unos 28 km. al NE de Atenas. El nombre oficial de un ciudadano ateniense constaba de: nombre propio, nombre del padre (aquí omitido) y nombre del municipio *(demo)* del que era originario.

[553] Los tiranicidas, que en el año 514 asesinaron a Hiparco, el hermano de Hipias. Cf. V 55-56 y nota V 251. Pese a que en recuerdo del polemarco Calímaco se erigió una estela conmemorativa (cf. *Inscriptiones Graecae* I, suppl., núm. 2115), y se ha conservado una ofrenda que debió de mandar costear antes de la batalla (cf. R. Meiggs y D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 18, págs. 33-34), la afirmación de Milcíades jamás llegó a cumplirse.

[554] O bien, «ya está decidida (por los persas)», admitiendo la lectura *dédoktai* que presentan algunos manuscritos. Con el ejemplo de Eretria, la suerte de los atenienses, en caso de que los persas se impusieran, era evidente: esclavización de la población y destrucción de los templos.

definitiva en este asunto? Voy a explicártelo ahora mismo.
Nosotros, los estrategos, somos diez y nuestras opiniones se
hallan divididas, ya que unos se muestran partidarios de
presentar batalla, mientras que otros se oponen. Pues bien, 5
si no libramos combate, temo que se forme una importante
facción que haga vacilar la fe de los atenienses hasta indu-
cirlos a abrazar la causa del Medo[555]. Por el contrario, si
presentamos combate antes de que una plaga de ese tipo co-
bre aliento en el corazón de algunos atenienses, y si los dio-
ses se mantienen imparciales[556], estamos en condiciones de
alzarnos con la victoria en la batalla. Por consiguiente, todo 6
lo que te he expuesto es en estos momentos de tu competen-
cia y de ti depende; pues, si tú te adhieres a mi opinión, tu
patria conserva su libertad y tu ciudad se convierte en la
más importante de Grecia. Pero, si te decantas por el parecer
de quienes se oponen a la celebración de la batalla, por tu
culpa, en lugar de los logros que te he enumerado, sucederá
todo lo contrario».

---

[555] Es indudable que los persas contaban con partidarios en Atenas (cf. nota VI 504), ya que el «medismo» no era considerado todavía tan abominable como lo sería a partir de Maratón, pues muchas ciudades jonias, vasallas de Persia, gozaban de una gran prosperidad (cf. J. Wolski, «ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l'époque des Guerres Médiques», *Historia* 22 [1973], 3 y sigs.); y, por otra parte, la perspectiva de que Hipias volviera a hacerse con el poder no debía de disgustar a ciertos sectores de las clases más humildes del Ática, que recordaban con agrado la atención que les había prestado Pisístrato. Asimismo, el carácter aristocrático de Milcíades y sus partidarios es posible que hiciera pensar a los Alcmeónidas que era preferible pactar con los persas para mantener el sistema clisténico, que podía ser puesto en peligro por los aristócratas apoyados por Esparta.

[556] Es de destacar el que no se solicite la ayuda de los dioses, sino simplemente su imparcialidad, prueba, quizá, de que los atenienses se sentían lo suficientemente fuertes como para no dejarse vencer (cf. un caso similar en VI 11, 3).

110 Con estas consideraciones, Milcíades se ganó a Calímaco; y, merced a la opinión favorable del polemarco[557], quedó decidido presentar batalla. Acto seguido, los estrategos que se habían pronunciado por combatir, a medida que a cada uno de ellos les iba llegando el día de ejercer el mando[558], se lo cedían a Milcíades; y, aunque éste lo aceptaba, determinó no presentar combate hasta que, finalmente, le correspondió el mando por derecho propio[559].

Batalla de Maratón

111 Cuando le llegó el turno, los atenienses, dispuestos a presentar batalla sin más demora, adoptaron la siguiente formación: al mando del ala derecha se hallaba el polemarco [Calímaco], ya que, por esas fechas, entre los atenienses regía la costumbre de que el polemarco tuviera a su

---

[557] El polemarco, pues, no sumaría su voto a un grupo de sufragios de los dos bandos en que se habían dividido los estrategos, sino que, como jefe supremo del ejército, tomó la decisión que consideró más oportuna tras las deliberaciones de su Estado Mayor.

[558] Literalmente, «la *pritanía»,* que designaba el período de 35 ó 36 días en que una de las partes de la *bulé* (cf. nota V 343) tenía a su cargo la dirección del Estado. Como en Atenas el tiempo de permanencia en las funciones del poder era limitado, el término *pritanía* indicaba también el tiempo que duraba un mando o una función. En el ejército, cada uno de los diez estrategos representaba a una *phylé,* o tribu, de las que integraban el Estado. Todos los años se celebraba un sorteo para determinar su número de orden, y con arreglo a él iban ejerciendo diariamente el mando supremo cada uno de los generales, de tal manera que del presidente cotidiano de los estrategos dependía la ejecución del plan que se hubiese aprobado (cf. Diodoro, XIII 97; 106).

[559] Según Plutarco, *Arístides* 11, fue este estratego el primero que cedió el mando a Milcíades. Sin embargo, el que éste decidiera esperar a atacar hasta el día en que le correspondía la *pritanía* debió de ser inventado *ex eventu* para demostrar el escaso talante tiránico de Milcíades, en contraposición con el juicio a que se le había sometido por su conducta

cargo el ala derecha[560]. Después del citado caudillo[561] figuraban las tribus, sucesivamente agrupadas, de acuerdo con su respectiva enumeración[562]; y por último se alineaban los

en el Quersoneso (cf. VI 104, 2). En realidad, el retraso de varios días antes de que los griegos se decidieran a atacar se debía a que estaban esperando la llegada de los espartanos (y si acometieron al enemigo antes de la llegada de estos últimos fue aprovechando una circunstancia favorable; cf. nota VI 569); en tanto que los persas aguardarían una señal de sus partidarios en Atenas (cf. VI 115) para desarrollar su estrategia, consistente en atacar la ciudad con parte de sus efectivos, mientras que obligaban a los hoplitas atenienses a permanecer en Maratón. Pero, si alguno de los dos bandos tenía prisa por librar la batalla, serían los persas, pues, en general, éste es un hecho que se repitió constantemente durante las guerras médicas: los griegos, sin apremios de tiempo, confiados en que sus fuerzas irían aumentando por momentos, y los persas, preocupados por las dificultades de transporte e intendencia, y deseando trabar combate. No obstante, y en líneas generales, el relato del historiador sobre el desarrollo de la batalla contiene una serie de lagunas y contradicciones bastante notorias (cf. A. Balil, «Heródoto y las grandes batallas...», págs. 39 y sigs.).

560 El ala derecha era el puesto de honor y de más responsabilidad en el ejército griego (pues de su efectivo hostigamiento a la formación del ejército enemigo —en los combates entre hoplitas— dependía por lo regular el resultado de las batallas); cf., *infra*, IX 28; 46; Tucíd., V 71. Por eso, a su frente figuraba el polemarco, como sucesor del rey en el mando del ejército (cf. Eurípides, *Suplicantes* 657). En general, cf. P. J. Bicknell, «The command structure and generals of the Marathon campaign», *L'Antiquité Classique* 39 (1970), 427 y sigs.

561 Es decir, desde el ala derecha hasta el ala izquierda.

562 Las diez tribus, desde su creación por Clístenes (cf. V 66, 2), poseían un orden oficial en los documentos públicos (Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea), que seguía siendo utilizado durante la guerra del Peloponeso. Ahora bien, a partir de los datos de Heródoto y de los que proporcionan otros autores antiguos (sobre todo Plutarco, *Arístides* 5; *Moralia* 628, y Pausanias, I 32, 3), resulta imposible determinar si en Maratón se alinearon de derecha a izquierda siguiendo ese orden fijo, o si lo hicieron con

2 plateos, que ocupaban el ala izquierda. (Por eso, a raíz de esta batalla que libraron, cuando los atenienses ofrecen sacrificios en las festividades de carácter nacional que tienen lugar cada cuatro años[563], el heraldo ateniense hace públicos votos por la prosperidad conjunta de atenienses y plateos[564].)

3 Y por cierto que, ante la formación que entonces adoptaron los atenienses, en Maratón se dio la siguiente circunstancia[565]: como su frente tenía la misma extensión que el de los medos, el centro del ejército constaba de pocas filas, y constituía el punto más débil del mismo, mientras que las dos alas se hallaban profusamente reforzadas[566].

---

arreglo a un orden establecido por sorteo. Cf. W. K. PRITCHETT, «Marathon», págs. 145-148.

[563] Los atenienses celebraban diversas fiestas de carácter cuatrienal (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 54, 7), las más importantes de las cuales eran las Panateneas (cf. nota V 255).

[564] Los plateos caídos en la batalla fueron enterrados en un túmulo situado en la llanura de Maratón, cerca del torrente Vrana. La mayoría de los allí enterrados contaba entre 20 y 25 años, salvo un individuo de unos 40 años, que tal vez fuera un oficial. Cf. S. MARINATOS, *Excavations at Marathon* (Offprint from the Proceedings of the Archaeological Society), Atenas, 1970, págs. 5 y sigs.

[565] Circunstancia que, naturalmente, no fue accidental. Según W. TARN *(Hellenistic Military and Naval Developments,* Cambridge, 1930), la disposición de las fuerzas griegas —que, extendiendo el frente, tendía a evitar el envolvimiento por parte del enemigo— constituía una absoluta novedad en la técnica militar griega en esos momentos.

[566] El frente griego podía extenderse en una longitud de 1,5 km. aproximadamente. En el centro figurarían unos dos mil hombres (según PLUTARCO, *Moralia* 305, los contingentes de dos tribus, la Leóntida y la Antioquea), alineados de cuatro en fondo —al parecer, el mínimo para que la disposición hoplítica pudiera mantenerse—, mientras que el resto de las fuerzas estaban formadas de ocho en fondo, o quizá más, en ambas alas.

Una vez formados en orden de batalla, y en vista de que 112
los presagios resultaban favorables[567], los atenienses, nada más recibir la orden de avanzar, se lanzaron a la carrera contra los bárbaros. (Por cierto que la distancia que separaba a ambos ejércitos no era inferior a ocho estadios[568].)

Por su parte los persas, cuando vieron que el enemigo 2
cargaba a la carrera, se aprestaron para afrontar la embestida; si bien, al comprobar que los atenienses disponían de pocos efectivos y que, además, se abalanzaban a la carrera sin contar con caballería ni con arqueros[569], consideraban

---

[567] Era de ritual realizar un sacrificio antes de una batalla (cf. nota VI 369, para semejante costumbre entre los lacedemonios).

[568] Unos 1.420 m. Sin duda, los hoplitas griegos no marcharon a la carrera durante todo el trayecto, ya que el pesado equipo que llevaban hubiera hecho que llegasen agotados a las líneas persas; y, además, en casi kilómetro y medio habrían corrido el riesgo de que la formación se rompiera. La infantería pesada griega debió de avanzar compactamente hasta unos 200 m. del frente persa y, desde esa distancia, cargar a la carrera para paliar la mortífera intervención de los arqueros persas (que eran muy diestros; cf. I 136, 1; III 35, 3), ya que se estima que doce mil arqueros podían llegar a disparar veinticinco mil flechas por segundo. Cf. W. DONLAN y J. THOMPSON, «The charge at Marathon», *Classical Journal* 71 (1976), 339 y sigs.

[569] Pese a que en Atenas existía una clase de ciudadanos denominada los «caballeros» *(hippeîs)*, los atenienses carecían de destacamentos de caballería (cf. V 63, cuando, en 511 a. C., reclamaron la ayuda de la caballería tesalia contra los lacedemonios). Los cuerpos de arqueros, por su parte, se crearon con posterioridad al año de la batalla de Maratón (cf. ESQUILO, *Persas* 460; PLUTARCO, *Temístocles* 14, para su intervención en Salamina; e, *infra,* IX 22, 1; 60, 3, para su actuación en Platea). Ahora bien, la afirmación del historiador en este capítulo —y el desarrollo de la batalla en el siguiente— plantea serios problemas de interpretación. Por una parte, al decir que los persas comprobaron que los atenienses disponían de pocos efectivos, cabe pensar que ambos ejércitos contaban con todas sus fuerzas y que la proporción de las mismas era de tres a uno favorable a los persas (cf. nota VI 548). Pero, en el transcurso de la batalla, la caballería persa —que podría haber resultado decisiva; cf. VI 29, 1—

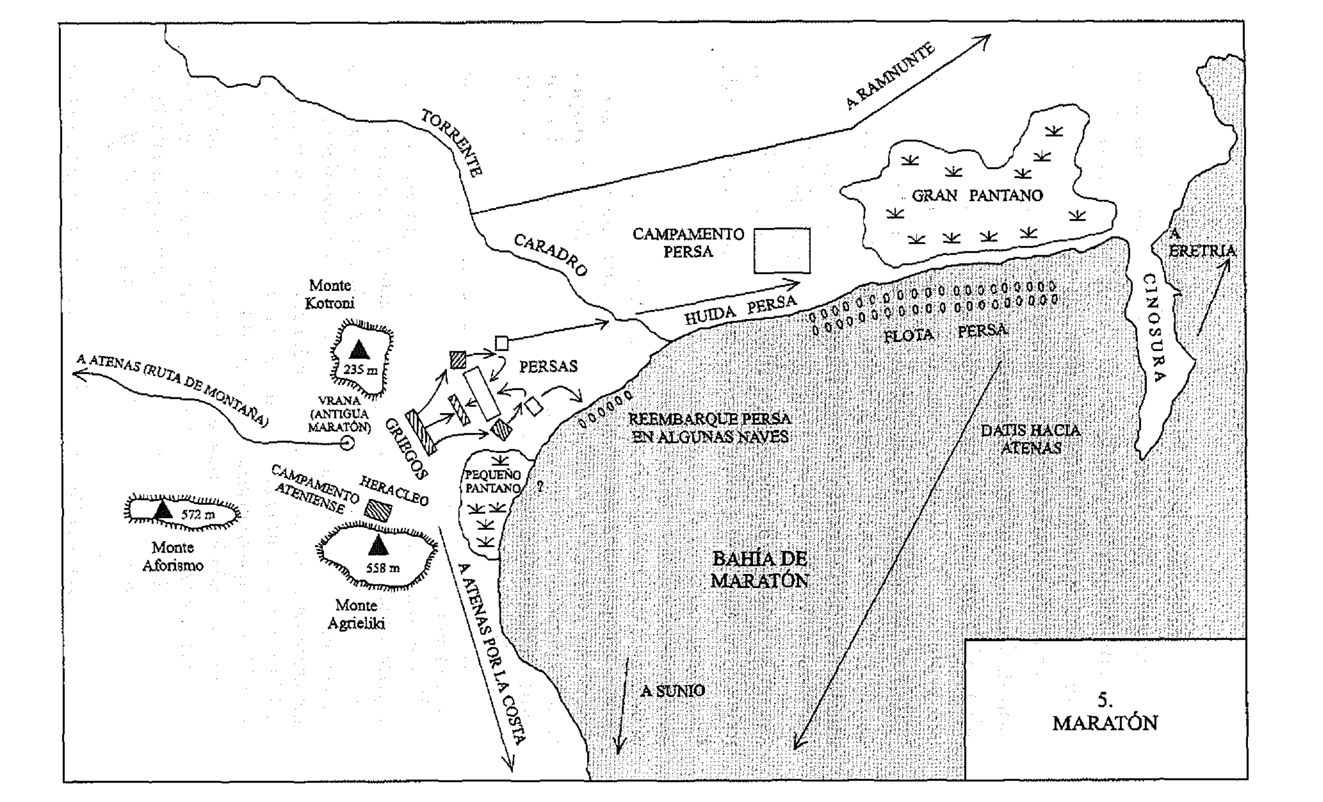
que se habían vuelto locos y que iban a sufrir un completo
3 desastre. Ésta era, en suma, la opinión que reinaba entre los bárbaros. Sin embargo los atenienses, tras arremeter contra sus adversarios en compacta formación, pelearon con un valor digno de encomio. Pues, de entre la totalidad de los griegos, fueron, que nosotros sepamos, los primeros que acometieron al enemigo a la carrera, y los primeros también que se atrevieron a fijar su mirada en la indumentaria médica y en los hombres ataviados con ella[570], ya que, hasta aquel momento, sólo oír el nombre de los medos causaba pavor a los griegos[571].

---

no interviene para nada, sin hostigar los flancos de las alas griegas y permitiendo la maniobra envolvente de atenienses y plateos. Ello ha permitido suponer que Milcíades ordenó atacar al percatarse de que las fuerzas de Datis se habían dividido; de tal manera que, mientras en Maratón permanecían parte de los efectivos persas, el resto —incluida la caballería— había zarpado con rumbo a Atenas (cf. VI 116), para precipitar el alzamiento de los atenienses filopersas en la capital y emplear la caballería, si ello era necesario, en la llanura de Falero.

570 Es decir, a atacar resueltamente, para lo cual tenían que mirar frente a frente a los persas (sobre la adopción del traje medo por los persas, cf. I 135). Con todo, este aserto es una exageración de Heródoto (a no ser que «de entre la totalidad de los griegos» se entienda en sentido restrictivo, referido a los griegos de Europa), ya que, durante la sublevación jonia, los griegos tuvieron ocasión de medirse repetidamente con los persas.

571 Cf. Teognis, 764. El miedo de los griegos hacia los persas (al margen de que aquellos pudieran asociar el gentilicio *Pérsai* con formas del verbo *pérthein,* «destruir») estaba motivado por el casi general desconocimiento de táctica y estrategia militar en el mundo griego con anterioridad al siglo v a. C. Hasta entonces, la experiencia militar griega se había reducido a las guerras ciudadanas, cuyos combates se limitaban a choques de infantería pesada resueltos en luchas cuerpo a cuerpo. Los ejér-



A RAMNUNTE
TORRENTE
GRAN PANTANO
CAMPAMENTO PERSA
CARADRO
A ERETRIA
CINOSURA
Monte Kotroni
235 m
HUIDA PERSA
FLOTA PERSA
PERSAS
A ATENAS (RUTA DE MONTAÑA)
VRANA (ANTIGUA MARATÓN)
GRIEGOS
REEMBARQUE PERSA EN ALGUNAS NAVES
DATIS HACIA ATENAS
PEQUEÑO PANTANO
?
CAMPAMENTO ATENIENSE
HERACLEO
572 m
Monte Aforismo
558 m
Monte Agrieliki
A ATENAS POR LA COSTA
BAHÍA DE MARATÓN
A SUNIO
5.
MARATÓN

113 La batalla librada en Maratón se prolongó durante mucho tiempo[572]. En el centro del frente, donde se hallaban alineados los persas propiamente dichos y los sacas[573], la victoria correspondió a los bárbaros. En aquel sector, como digo, vencieron los bárbaros, quienes, tras romper la formación de los atenienses, se lanzaron en su persecución tierra adentro[574]; sin embargo, en ambas alas triunfaron atenien-
2 ses y plateos. Y, al verse vencedores, permitieron que los bárbaros que habían sido derrotados se dieran a la fuga e hicieron converger las alas para luchar contra los contingentes que habían roto el centro de sus líneas, logrando los atenienses alzarse con la victoria. Entonces persiguieron a los persas en su huida, diezmando sus filas, hasta que, al llegar al mar[575], se pusieron a pedir fuego e intentaron apoderarse de las naves.

---

citos persas, en cambio, tenían una considerable experiencia en movimientos de tropas, actuación combinada de caballería e infantería, aprovisionamientos y operaciones coordinadas. La campaña de Jonia, en particular, les había proporcionado una considerable experiencia en operaciones de carácter conjunto entre los distintos tipos de tropas que poseían, experiencia de la que carecían los griegos.

[572] Posiblemente durante toda la mañana del día doce del mes de agosto (o septiembre) de 490 a. C.

[573] A diferencia de lo que ocurría entre las fuerzas griegas, en el ejército persa los mejores soldados ocupaban el centro de la formación (cf. Jenofonte, *Anábasis* I 8, 21-23; Arriano, *Anábasis* II 8, 11). Los sacas eran un pueblo de origen escita (cf. VII 64, 2) que en las inscripciones de Darío aparecen citados con el nombre de *Sakastana*, y que, entre las tropas del Gran Rey, constituían soldados de élite (cf. VIII 113, 2). Sobre la zona del imperio que ocupaban, cf. nota III 487.

[574] Interpretando la expresión en sentido estricto, hay que considerar que ambos ejércitos se hallaban formados paralelamente a la costa, estando los persas de espaldas al mar. No obstante, también podían hallarse dispuestos transversalmente. Cf. K. P. Kontorlis, *The battle of Marathon...*, pág. 21.

[575] Los barcos persas debían de estar anclados frente al gran pantano

En el transcurso de aquella gesta[576] pereció el polemarco [Calimaco], que se comportó con valeroso arrojo, y también halló la muerte uno de los estrategos, Estesilao, hijo de Trasilao. Por otra parte, allí cayó Cinegiro, hijo de Euforión[577], víctima de un hachazo que le seccionó la mano mientras se aferraba al mascarón de 114

del norte de la llanura, según se desprende de la pintura sobre la batalla de Maratón que figuraba en la *Stoá Poikílē* (o «Pórtico de Colores», al noreste del Ágora; el único testimonio —descrito por PAUSANIAS, I 15, 3—, además del de Heródoto, que debe de proceder de tradición contemporánea a la batalla; el inmenso fresco se atribuía a Polignoto y, al parecer, fue trasladado a Constantinopla en el siglo V de nuestra era), donde aparecían tres escenas: en el muro de la izquierda, la lucha equilibrada aún entre griegos y persas; en el muro central, la huida de los bárbaros por el gran pantano (en dirección a las naves, que estarían fondeadas enfrente); en el muro de la derecha, la matanza que los griegos infligieron a los bárbaros mientras éstos trataban de reembarcar. Cf. L. ROBERT, *Die Marathonschlacht in der Poikile,* Halle, 1895.

[576] La gran importancia de Maratón estriba en que deshizo la leyenda de invencibilidad de que gozaban las tropas persas, permitiendo que los griegos —y especialmente los atenienses— cobraran conciencia de su verdadera capacidad y del vigor de su cultura y sus instituciones. Cf. P. VIDAL NAQUET, «La tradition de l'hoplite athénien», *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (edición de J. P. VERNANT), París-La Haya, 1968, págs. 161 y sigs.

[577] Hermano del poeta trágico Esquilo, que aparecía representado en el fresco de la *Poikílē* (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXXV 57). La leyenda (sobre su muerte, cf. Z. PAVLOVSKIS, «Vir fortis sine manibus and the handless maiden», *Clio Medica* 28 [1967], 86 y sigs.) hermoseó todavía más su acción, relatando más tarde (cf. JUSTINO, II 9) que perdió también el otro brazo, al intentar agarrar la nave con él, y que entonces la sujetó con los dientes, ante lo cual un enemigo le cortó la cabeza. El propio Esquilo (según PAUSANIAS, I 21, 2, también figuraba en el fresco de la *Stoá*) tomó parte en la batalla, de acuerdo con la inscripción funeraria del poeta que, según la tradición, compuso él mismo (cf. fr. 773, H. J. METTE, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos,* Berlín, 1959):

popa[578] de una nave, al igual que otros muchos atenienses de renombre[579].

115 Así fue, en definitiva, como los atenienses capturaron siete naves[580]. Con el resto de la flota, sin embargo, los bár-

«Este sepulcro alberga, en la fértil Gela,
el cadáver del hijo de Euforión, el ateniense Esquilo.
De su glorioso valor hablar podrían —pues bien lo saben—
la sagrada tierra de Maratón y el Medo de luenga cabellera».

[578] Como señala M. F. Galiano, *Heródoto...*, pág. 156, nota 1, «la palabra griega *áphlaston* no está clara. Puede ser simplemente la cabeza del codaste, o bien la popa con sus adornos en madera, o bien uno de estos adornos, un mascarón. En todo caso, se trataba de sujetar el navío para que no pudiese zarpar. El pasaje tiene un sospechoso parecido con otro de la *Ilíada* (XV 716), en que 'Héctor, una vez que hubo cogido la nave por la popa, no soltó el *áphlaston,* que retenía entre sus manos, y ordenó a los troyanos: Traed fuego...'».

[579] Que trataban de hacer lo mismo: aferrarse a las naves enemigas para impedir que se hiciesen a la mar.

[580] El escaso número de naves capturadas (junto a la ausencia de prisioneros persas, de botín tomado al enemigo y a la de la caballería persa en la batalla) abona la teoría de que las fuerzas persas se habían dividido. Basándose en el estudio de las corrientes marinas y de los vientos reinantes en la zona en esa época del año (agosto-septiembre), A. T. Hodge, «Marathon. The Persian's Voyage», *Transactions American Philological Association* 105 (1975), 155 y sigs., sugiere que, de Maratón a Falero, los persas invertirían con sus naves entre 20 y 35 horas. Según eso, Datis habría zarpado por la noche del 11 al 12 de agosto (o septiembre) y, al amanecer, fue cuando Milcíades se percató de la división producida en las fuerzas persas y decidió atacar sin más demora, para, acto seguido, regresar a Atenas, temiendo la insurrección en la ciudad de los partidarios de los persas, si Datis llegaba a Falero antes que el cuerpo expedicionario ateniense destacado en Maratón. Esto explica, por otra parte, la recogida de los eretrieos por parte de los persas: no habrían sido las naves de Datis las que se encargaron de ello (su misión, en aquellos momentos, era llegar cuanto antes a Atenas), sino los navíos que habían rescatado a los persas derrotados en Maratón.

baros, ciaron haciéndose a la mar y, tras recoger a los esclavos capturados en Eretria de la isla en la que los habían dejado[581], doblaron Sunio con el propósito de llegar a la capital antes que los atenienses.

En Atenas, por cierto, circuló, a modo de acusación, el rumor de que los bárbaros se habían decidido por esta maniobra a instancias de los Alcmeónidas, que habrían llegado a un acuerdo con los persas para hacerles una señal, levantando un escudo, cuando éstos se encontraran ya a bordo de sus naves[582].

Los persas, en suma, doblaron Sunio. Entretanto, los 116
atenienses se dirigieron a marchas forzadas en socorro de la capital y consiguieron llegar antes de que se presentasen los bárbaros[583] (por cierto que, recién llegados de un santuario

---

[581] Cf. VI 107, 2.

[582] Sobre esta acusación, cf. VI 121 y sigs. Presenta un buen estudio, de la cuestión relativa a la culpabilidad o inocencia de los Alcmeónidas, D. Gillis, *Collaboration with the Persians...*, cap. V («Marathon and the Alcmaeonids»), págs. 45 y sigs. La señal habría sido convenida —fuera quien fuese la facción propersa que se aviniera a ello— para realizarla en el momento en que en Atenas los filopersas estuviesen prestos a actuar. El retraso en anunciar tal cosa a Datis habría hecho que éste, impaciente por decidir de una vez la suerte de Atenas, zarpara antes de haberla recibido. El azar quiso, quizá, que la señal se diera el mismo día de la batalla (aunque las opiniones al respecto por parte de la crítica moderna son sumamente dispares; cf. D. Gillis, *op. cit.*, pág. 45, notas 1-3), y, por eso, en el relato de Heródoto, carece de sentido coherente.

[583] Tras librar la batalla por la mañana, y teniendo noticias, por los vigías que el Estado Mayor griego tendría apostados en las alturas del Pentélico, de que Datis navegaba en dirección a Sunio, los atenienses pudieron, en ocho horas de marcha, recorrer los aproximadamente 37 km. que separaban los dos santuarios de Heracles (desde Maratón a Atenas, por mar, la distancia es tres veces superior). Su llegada debió de producirse, pues, al anochecer del día de la batalla (cf. Plutarco, *Arístides* 5), y los persas se presentarían frente a Atenas al alba del día siguiente.

de Heracles, el de Maratón, asentaron sus reales en otro santuario de Heracles, el de Cinosarges[584]). Y, cuando los bárbaros arribaron con su flota a la altura de Falero (pues, por aquellas fechas, dicho lugar era el puerto de los atenienses[585]), fondearon allí las naves, pero posteriormente zarparon de regreso a Asia.

117 En esa batalla librada en Maratón perdieron la vida unos seis mil cuatrocientos bárbaros y ciento noventa y dos atenienses[586]. Éstos fueron en total los caídos por uno y otro

---

[584] Sobre el Heracleo de Maratón, cf. nota VI 537; sobre el de Cinosarges, cf. nota V 295. Para una coincidencia similar, *vid.* IX 101.

[585] Cf. nota V 292. Aun suponiendo que Temístocles ordenara comenzar las obras del triple puerto del Pireo en 493 a. C. (si es que fue en ese año cuando resultó elegido arconte, pues hay problemas para datar con precisión las listas arcontales por estas fechas; cf. R. J. Lenardon, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 [1956], 401 y sigs.; y W. H. Plommer, «The tyranny of the archon-list», *Classical Review* 19 [1969], 126 y sigs.), en 490 todavía no habrían terminado los trabajos de acondicionamiento.

[586] Pese a que la diferencia entre las bajas de uno y otro bando es notoria (cf. H. C. Avery, «The number of Persians dead at Marathon», *Historia* 22 [1973], 757; y W. F. Wyatt, «Persian dead at Marathon», *Historia* 25 [1976], 483-484), la cifra de caídos por parte persa tuvo que ser bastante considerable, ya que, frente a la eficacia de las armas defensivas y de las protecciones para el cuerpo de los hoplitas griegos (cf. nota I 152), el armamento ligero de los persas los hacía muy vulnerables. Con el paso del tiempo, y a medida que la leyenda de Maratón fue exagerándose más y más, se atribuyeron a los persas pérdidas inmensas (cf. Pausanias, IV 25, 5, quien llega a mencionar trescientos mil muertos). Según Jenofonte (*Anábasis* III 2, 12), el polemarco Calímaco había prometido sacrificar a Ártemis una cabra por cada enemigo muerto; pero, ante las pérdidas persas, hubo de rogar a la diosa que se contentara con quinientas víctimas, que se le ofrecerían todos los años; un sacrificio que perduró durante varios siglos. En cuanto a las bajas atenienses, la cifra exacta que da Heródoto debe proceder de algún documento oficial (se nos han conservado documentos de este tipo; cf., por ejemplo, R. Meiggs y D. Lewis, *A selection of Greek histo-*

bando. Y, en su transcurso, se produjo un extraño fenómeno; fue el siguiente. Un ateniense —Epicelo[587], hijo de Cufágoras— perdió la vista mientras se batía con valeroso arrojo en la refriega, sin haber recibido ningún golpe, ni el menor impacto, en parte alguna del cuerpo; y, desde aquel instante, siguió padeciendo su ceguera durante el resto de su vida. Y he oído contar que dicho sujeto narraba, a propósito de su desgracia, poco más o menos la siguiente historia: creyó ver que le salía al paso un gigantesco hoplita, cuya barba le cubría todo el escudo; sin embargo aquella aparición pasó de largo por su lado y, en cambio, mató al soldado que estaba junto a él[588]. Ésta es, en definitiva, la historia que, según mis informes, contaba Epicelo.

rical inscriptions..., núm. 33, págs. 73-76), tal vez de las estelas emplazadas en el túmulo que contenía la urna con las cenizas *(Sorós)* de los caídos en la batalla. Cf. PAUSANIAS, I 32, 3; y K. P. KONTORLIS, *The battle of Marathon...*, pág. 31.

[587] La historia que cuenta Heródoto acerca de este sujeto debía de ser del dominio público, pues Epicelo aparecía representado en los frescos de la *Stoá Poikílē* (cf. ELIANO, *Hist. Nat.* VII 38).

[588] Este barbudo y gigantesco guerrero podría ser considerado el espíritu mismo de la refriega; una encarnación de Ares, como dios de las carnicerías que se producían en los combates. Es curioso, sin embargo, observar que, a diferencia de las apariciones que tuvieron lugar en Delfos (cf. VIII 38) y en Salamina (cf. VIII 84), este ser sobrenatural figura aquí entre las filas de los persas. En cambio, en la representación de la batalla en la *Poikílē,* los dioses aparecían ayudando a los griegos (cf. PAUSANIAS, I 15).

118 *Retirada persa* Datis[589], entretanto, se dirigía con la flota a Asia, cuando, al llegar a Míconos[590], tuvo en sueños una visión. De hecho, no se especifica en qué consistió la visión, pero, apenas rayó el día, mandó registrar las naves y, al hallar en un navío fenicio una imagen de Apolo recubierta con un baño de oro[591], quiso saber de dónde la habían robado; y, cuando se enteró de qué templo procedía, zarpó a bordo de
2 su propia nave con rumbo a Delos[592]. Como, por aquel entonces, los delios habían regresado ya a la isla[593], depositó la imagen en el santuario[594] y ordenó a los delios que la trans-

---

[589] Según Ctesias *(Persiká* 18), Datis pereció en la batalla de Maratón, lo cual no resulta verosímil, si admitimos como cierta la maniobra persa de la dispersión de sus fuerzas (cf. nota VI 569), ya que es presumible que Datis estuviera al frente del contingente que se dirigió a Falero. No obstante, lo cierto es que, en la obra de Heródoto, Datis no vuelve a aparecer, y las posteriores menciones a su persona no implican que estuviera vivo (cf. VII 8 β; 10 β; 74; 88).

[590] Isla del archipiélago de las Cícladas, de 75 km^2 de extensión, situada a unos 4 km. al NE de Delos. La isla, granítica y árida, no desempeñó en la Antigüedad ningún papel relevante.

[591] Sin duda un antiguo *xóanon* (cf. nota V 360).

[592] La travesía desde Míconos a Delos puede realizarse entre 45 m. y 1 h. 30 m., según el estado del mar.

[593] Cf. VI 97.

[594] En el santuario de Apolo Delio, cuya importancia en época histórica comenzó a partir del siglo VIII o VII a. C., sobre el emplazamiento de un hábitat de época micénica. Este santuario poseía tres templos consagrados a Apolo: de norte a sur, el primero era el más antiguo, ya que databa del siglo VI a. C., y estaba construido en piedra toba (de ahí su nombre en las inscripciones: *Pōrinos Nēós),* albergando en su sagrario un *xóanon* de Apolo. Fue el primer lugar en que se depositó el tesoro confederal de la liga delo-ática, tras las guerras médicas. El templo central se erigió en mármol pentélico entre 425-417 a. C., a instancias de Atenas, y albergaba siete estatuas criselefantinas. El templo del sur comenzó a

portasen a Delión, en territorio tebano (dicha localidad se halla en la costa, enfrente de Calcis[595]). Tras haberles dado 3
esa orden, Datis, sin más demora, se hizo a la mar. Sin embargo, los delios no transportaron la estatua en cuestión, sino que fueron los propios tebanos quienes, al cabo de veinte años, se la llevaron a Delión siguiendo el dictado de un oráculo[596].

Cuando Datis y Artáfrenes arribaron con sus naves a 119
Asia, condujeron hasta Susa a los eretrieos que habían sido esclavizados. Antes de que los de Eretria fueran apresados, el rey Darío abrigaba contra ellos un profundo rencor, ya que habían sido los primeros en iniciar las hostilidades[597].
Pero, al ver que habían sido llevados a su presencia y que 2
estaban a su merced, no les causó el menor daño, limitándose a instalarlos[598] en un territorio de su propiedad, en la re-

---

construirse cuando se constituyó la coalición griega antipersa (en 477 a. C.), pero, por problemas de enfrentamiento con la población de la isla, que quería costear las obras, no fue terminado hasta el siglo III a. C. Como es natural, en este pasaje se está haciendo referencia al templo más antiguo. Cf. R. VALLOIS, *Les constructions antiques de Délos*, París, 1953.

595 Delión (donde, en 424 a. C., se libró la famosa batalla entre atenienses y tebanos, que puso fin a los intentos atenienses de expansión continental en la península helénica) se hallaba situada en la zona oriental de Beocia, a orillas del estrecho de Eubea. Sin embargo, no se encontraba exactamente enfrente de Calcis, sino frente a un lugar del territorio calcideo, a mitad de camino entre Calcis y Eretria. Sin duda, los bárbaros robaron la estatua de Apolo del templo de Delión (sobre él, cf. TUCÍD., IV 76; 89) mientras reponían fuerzas en Eretria, antes de desembarcar en Maratón (cf. VI 102).

596 Sobre el oráculo y la razón de que dicha estatua no fuera devuelta a su lugar de origen hasta el año 470, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, I, pág. 374.

597 Al apoyar a los jonios sublevados y participar en la expedición que destruyó Sardes en 498 a. C. (cf. V 99, 1).

598 La práctica de la deportación (cf. nota V 45) tenía para los persas una doble finalidad: una medida política contra pueblos que habían ofre-

gión de Cisia[599], cuyo nombre es Arderica, situado a una distancia de doscientos diez estadios de Susa y a cuarenta del pozo que produce tres tipos de sustancias[600].

---

cido una enconada resistencia, o que se habían sublevado una vez sometidos (cf. VI 20); y, por otra parte, el aprovechamiento de los deportados como mano de obra en zonas que no contaban con poblaciones sedentarias (con ocasión de la campaña de Jerjes, en 480 a. C. algunos beocios fueron deportados a la región de los montes Zagros, cf. Diodoro, XVII 110, 4-5; y, en 350 a. C., los hebreos fueron deportados a Hircania por haberse sublevado, cf. B. Schürer, *Geschichte des judischen Volkes*, III, Leipzig, 1909, pág. 6 y nota 11), o en trabajos penosos, como en el caso de los eretrieos (cf. Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* 24, sobre la insalubridad de la región en que fueron instalados los antiguos habitantes de Eretria).

599 Cf. nota V 223.

600 Arderica de Cisia (que no hay que confundir con la Arderica situada en el valle del Éufrates, y mencionada en I 185, 2) estaba situada en el fondo del Golfo Pérsico; es decir, en la zona tan rica en petróleo en que hoy se encuentran Jorrhamsad y Abadán. La identificación del lugar corresponde a la actual aldea iraní de Quirab, donde todavía quedan restos de edificios y de una calzada. La zona, pues, distaba, respectivamente, unos 37 km. de Susa y 7 del pozo petrolífero (que debía de ser célebre, pues el historiador habla *del* pozo, y no de *un* pozo). Mientras que Estrabón, XVI 1, 25, situaba el lugar en el valle alto del Tigris (ignorándose los motivos que le indujeron a efectuar dicha localización), Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* 24, situaba el lugar en que fueron asentados los eretrieos en Media, a cientos de kilómetros de Susa, sin duda debido a un epigrama atribuido a Platón (cf. *Antología Palatina* VII 256), y que dice así (cito según la traducción de la obra de Filóstrato por A. Bernabé, en esta misma colección, quien, en la nota 63 de la pág. 98, aporta interesantes datos sobre la cuestión):

«Nosotros, que antaño navegamos sobre el oleaje de profunda corriente [del Egeo,
yacemos en el centro de la llanura de Egbátana.
Salud, patria antaño afamada de Eretria, salud, Atenas,
vecina de Eubea, salud, mar querida».

Resulta que, de dicho pozo[601], se obtiene asfalto, sal y aceite mediante el siguiente procedimiento. Su contenido se 3
extrae con un cigoñal que, en vez de un cubo, lleva adosado medio odre; con este recipiente remueven el producto y lo extraen para, acto seguido, echarlo en una cisterna, desde la que, todavía líquido, pasa a otro depósito, donde sigue tres conductos: el asfalto y la sal se solidifican inmediatamente, y en cuanto al aceite * * *[602], que es negro y que despide un fuerte olor, los persas lo denominan *radinace*[603]. Allí fue 4
donde el rey Darío instaló a los eretrieos, quienes en mi época todavía ocupaban dicho lugar conservando su primitiva lengua[604].

No obstante, la *Antología Palatina* (VII 259) nos ha transmitido otro epigrama —igualmente atribuido a Platón, sin duda porque, en *Menéxeno* 240a-b, y *Leyes* 698c, trató el tema—, que se atiene a la información de Heródoto:

«Somos naturales de Eretria, en Eubea, mas hénos aquí, cerca de Susa. ¡Qué lejos, ay, de nuestra tierra!».

En general, sobre la deportación de los eretrieos, cf. F. Grosso, «Gli Eretriesi deportati in Persia», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 86 (1958), 350-375, y E. Herzfeld, *The Persian Empire*, Wiesbaden, 1968, págs. 11-12.

[601] Sobre el mismo, cf. R. J. Forges, *Bitumen and Petroleum in Antiquity*, Leiden, 1936, pág. 27.

[602] El texto presenta una laguna en la que, presumiblemente, se explicaría el medio de que se valían los persas para conservar el petróleo y las aplicaciones a que lo destinaban.

[603] El nombre persa para designar el petróleo, siendo ésta la primera vez que tal producto era mencionado en la Antigüedad. Sobre la utilización del mismo por griegos y romanos, cf. A. Séguin, *Le pétrole dans l'antiquité grecque et romaine* (IIme Congrès Mondial du Pétrole), París, 1937.

[604] Lo cual no tenía nada de extraño, pues, desde su deportación hasta la época de Heródoto, habían transcurrido menos de 50 años; y, además, los eretrieos formarían un clan endogámico. Diodoro (XVII 119) afirma,

120 *Llegada de los lacedemonios al Ática*

Tal fue, en definitiva, la suerte de los eretrieos. Por su parte, después del plenilunio, se trasladaron a Atenas dos mil lacedemonios que tenían un gran empeño en llegar a tiempo, hasta el extremo de que se presentaron en el Ática dos días después de haber salido de Esparta[605]. Y, aunque llegaron una vez librada la batalla[606], manifestaron, no obstante, su deseo de contemplar a los medos; así que se dirigieron a Maratón y pudieron contemplarlos[607]. Acto seguido, felicitaron a los atenienses, encomiando su gesta, y regresaron a su patria.

---

incluso, que los beocios deportados por Jerjes a la región de los montes Zagros seguían hablando griego cuando Alejandro conquistó el imperio persa.

[605] Como el plenilunio tuvo lugar el día 15 de *Metagitnión* (= 10 de agosto —o septiembre— de 490 a. C.), los lacedemonios saldrían de Esparta el día 16 de buena mañana y llegarían a Atenas el día 18 (la batalla de Maratón se libró el 17) al anochecer, con lo que tendría razón Isócrates (*Panegírico* 87) al decir que estuvieron tres días y tres noches de marcha (16, 17 y 18 de *Metagitnión*), aunque la última noche no sería completa. Por su parte, el testimonio de Heródoto se atendría también a la tradición más generalizada: llegaron a Atenas dos días después (el 18) de haber salido de Esparta (el 16). En todo caso, una verdadera proeza para un ejército integrado fundamentalmente por infantería pesada.

[606] De acuerdo con Platón (*Menéxeno* 240c; *Leyes* 698e), los espartanos llegaron al día siguiente de la batalla. Es decir, cuando Milcíades y los atenienses estaban acampados en el santuario de Cinosarges (cf. VI 116), y los persas acababan de anclar en Falero (*ibíd.*). Sin duda, fue la presencia de los hoplitas espartanos lo que indujo al Estado Mayor persa a no intentar un desembarco, tras la derrota sufrida por parte de sus efectivos en Maratón, pese a contar con destacamentos de caballería.

[607] Señal de que todavía no habían sido enterrados; lo cual parece conformarse al testimonio antes citado de Platón.

Apología de los Alcmeónidas en relación con la batalla

Y por cierto que me causa extrañeza —y me niego a aceptar semejante afirmación— que los Alcmeónidas, en connivencia con los persas, pudieran hacerles una señal, levantando un escudo[608], con el propósito de que Atenas quedara bajo el yugo de los bárbaros, y de Hipias, dado que los miembros de esa familia se han venido mostrando —tanto o más que Calias[609], el hijo de Fenipo y padre de Hipónico— enemigos declarados de la tiranía[610]. Pues Calias fue el único 2

121

[608] Cf. VI 115.

[609] La familia de Calias fue una de las más nobles y ricas que hubo en Atenas. Sobre la riqueza de su nieto —contemporáneo de Heródoto y cuyo prestigio en Atenas era grande cuando el historiador permaneció en la capital del Ática—, que se llamaba como el abuelo, cf. ARISTODEMO, fr. 13, 2, *F. Gr. Hist.* 104; SUDA, *s. v. Kallías.*

[610] La apología que de los Alcmeónidas hace Heródoto es poco convincente. Al hablar del encumbramiento de la familia, alude a sus buenas relaciones con Creso (cf. VI 125), quien precisamente había sido el primer bárbaro que esclavizó comunidades helénicas (cf. I 6, 2). Alude también a su parentesco con el tirano de Sición, Clístenes (cf. VI 126 y sigs.); y, aunque omite el apoyo de los Alcmeónidas con que contó Pisístrato para recobrar por primera vez la tiranía (cf. I 60, y PLUTARCO, *Moralia* 863b), hay en la narrativa del historiador tres hechos que debieron de ser obra de un partido ateniense propersa, y los Alcmeónidas pudieron haber sido esa facción: 1. La solicitud de una alianza con Persia, en 507-506 a. C., para hacer frente a los espartanos (cf. V 73, y notas V 349 y 352). 2. La incomprensible retirada de las veinte naves enviadas en socorro de los jonios (cf. V 103, 1), aunque en este punto los partidarios de los Pisistrátidas pudieron haber sido los promotores (cf. nota V 512), si bien no se descarta una coalición interna en Atenas entre Alcmeónidas y Pisistrátidas; cf. G. W. WILLIAMS, «The Curse of the Alkmaionidai, II. Kleisthenes and the Persian Wars», *Hermathena* 79 (1952), 18, y D. KAGAN, «The Origin and Purposes of Ostracism», *Hesperia* 30 (1961), 398. 3. La multa impuesta a Frínico (cf. VI 21, 2) por razones exclusivamente políticas (cf. nota VI 93). De esta tendencia poco patriótica de los Alcmeónidas —aunque, con el auge de Pericles, la propaganda en pro de

ciudadano ateniense que, cuando Pisístrato se vio desterrado de Atenas, se atrevió a comprar sus bienes en la subasta organizada por el Estado; y, además, tramó contra él, con la saña más absoluta, toda suerte de intrigas.

122 [Y es de justicia, por muchas razones, que todo el mundo tenga presente en su recuerdo al citado Calias[611]. Ante todo, por lo que acabo de indicar; porque fue un ferviente defensor de la libertad de su patria; pero, asimismo, por los éxitos que alcanzó en Olimpia, ya que obtuvo la victoria en la prueba hípica[612] y fue segundo en la carrera de cuadrigas

---

los Alcmeónidas tendería a echar tierra al asunto, y de ahí las argumentaciones de Heródoto— se hacen eco, además, Píndaro, *Pítica* VII 18 (pasaje referido probablemente a un hecho del año 486; Cf. U. von Wilamowitz, *Aristoteles und Athen*, Berlín, 1893, II, págs. 32 y sigs.), y Aristóteles, *Const. Atenas* 22, al afirmar que el Alcmeónida Megacles (que fue ostraquizado en el año 487-486 a. C.) estaba implicado en ambiciones tiránicas—. En general (y además de la obra de D. Gillis citada en la nota VI 582), cf. M. F. Mc Gregor, «The Pro-Persian Party at Athens», *Harvard Studies in Classical Philology*, Suppl. 1 (1940), 88 y sigs.

[611] Todo este capítulo es una interpolación, de carácter panegírico hacia Calias, cuya autoría no puede atribuirse a Heródoto por las siguientes razones: 1) Falta en los mejores manuscritos. 2) Sintácticamente, puede haber una perfecta continuidad entre «dado que los miembros de esa familia...» (de VI 121, 1) y «...vivieron en el exilio por huir de los tiranos...» (de VI 123, 1). 3) Mientras que Plutarco (*Moralia* 863) critica al historiador por mencionar a Calias en VI 121, 1, acusándolo de adulador hacia un personaje importante cuando Heródoto estaba en Atenas, no dice nada sobre este capítulo, lo cual parece indicar que, en el texto utilizado por Plutarco, no figuraba. 4) Hay una serie de frases y palabras que, o son posteriores al siglo v, o no son nunca utilizadas por el historiador; y, por otra parte, otros términos reiterativos demuestran un afán por imitar a Heródoto (cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 115).

[612] En la Olimpiada 54 (= año 564 a. C.); cf. *Escolio* a Aristófanes, *Aves* 283. Sobre las pruebas hípicas y sus diferencias con las carreras de cuadrigas, cf. C. Durantez, *Las Olimpiadas griegas...*, págs. 285 y sigs.

(por cierto que anteriormente había triunfado en los Juegos Píticos), haciéndose famoso en toda Grecia por la enormidad de sus gastos.

Además, demostró la clase de hombre que era con las 2
tres hijas que tenía, pues, cuando estuvieron en edad de casarse, les dio una dote sumamente espléndida y atendió sus deseos, dado que las casó con el hombre que, de entre la totalidad de los atenienses, cada una quiso escoger personalmente por marido[613].]

También los Alcmeónidas sentían hacia los tiranos la 123
misma aversión que ese individuo, o casi tanta. De ahí que me cause extrañeza y no admita la calumnia de que hicieran una señal, levantando un escudo, unas personas como ellos, que en todo momento[614] vivieron en el exilio por huir de los tiranos[615] y cuyas intrigas obligaron a los Pisistrátidas a
abandonar la tiranía. En mi opinión, por lo tanto, fueron 2

[613] Cosa que suponía una actitud excepcional por parte de un padre, ya que los matrimonios se concertaban entre los padres de los futuros esposos, sin que éstos pudieran presentar la menor objeción, sobre todo en el caso de las mujeres. Cf. R. Maisch y F. Pohlhammer, *Instituciones griegas...*, págs. 173 y sigs.

[614] Es decir, durante todo el tiempo en que en Atenas existió un régimen tiránico como sistema de gobierno.

[615] Los Alcmeónidas no vivieron exilados desde que Pisístrato se hizo con la tiranía, sino desde que las diferencias del Alcmeónida Megacles con Pisístrato —tras la segunda toma del poder por parte de éste, gracias al apoyo del primero; cf. I 60-61— se hicieron muy profundas. Pero lo que hoy parece cierto es que Heródoto, en la cuestión relativa a las relaciones Alcmeónidas-Pisistrátidas, reproduce de buena fe las falsedades que la propaganda Alcmeónida inventó en el siglo v a. C., ya que, en realidad, la familia de Clístenes, muy pragmática, no dudó en colaborar con la tiranía en cuantas ocasiones convino a sus intereses. Cf. P. J. Bicknell, «The exile of the Alkmeonidai during the Peisistratid tyranny», *Historia* 19 (1970), 129 y sigs.

ellos los libertadores de Atenas, en mayor medida que Harmodio y Aristogitón propiamente dichos[616]. Pues estos últimos, al asesinar a Hiparco, irritaron a los demás Pisistrátidas, pero en modo alguno contribuyeron a poner fin a su tiranía[617]; en cambio, no hay duda de que los Alcmeónidas dieron la libertad a su ciudad, si es que en realidad fueron ellos quienes, tal como he indicado anteriormente[618], persuadieron a la Pitia para que ordenara a los lacedemonios que liberasen Atenas.

124 Ahora bien, podría objetarse que quizá traicionaron a su patria molestos por lo que fuera con el pueblo ateniense. Pero, de hecho, en la propia Atenas no había ninguna familia más influyente que ellos ni que hubiese recibido más hono-
2 res[619]. Así pues, el sentido común no permite creer que fueran precisamente ellos quienes, escudo en alto, hicieran una

[616] Las figuras de Harmodio y Aristogitón fueron muy «manipuladas» en Atenas (el propio Tucídides [VI 54] coincide con Heródoto al afirmar que no fueron ellos los liberadores de Atenas); y, entre los diversos partidos atenienses, se adoptaron dos actitudes diferentes: los partidarios de los Alcmeónidas —y Heródoto se está haciendo eco de ello— afirmaban que fueron éstos los verdaderos liberadores de Atenas (cf. C. W. Fornara, «The cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 114 [1970], 155 y sigs.); mientras que los adversarios políticos de los Alcmeónidas promovieron, para contrarrestar esa afirmación, el encumbramiento de los tiranicidas (cf. A. J. Podlecki, «The political significance of the 'Tyrannicide-cult'», *Historia* 15 [1966], 129 y sigs.).

[617] Cf. V 55, *ad finem;* y notas V 253 y 254.

[618] Cf. V 63, 1.

[619] Heródoto, pues, ignoraba que, en 490 a. C., el prestigio de los Alcmeónidas perdía cada vez más importancia, en beneficio de Milcíades y sus aliados, así como que Megacles había sido ostraquizado (cf. nota VI 610). Cf. D. W. Knight, *Some Studies in Athenian Politics in the fifth century B. C.* («Athenian Politics, 510 to 478 B. C.: Some Problems», págs. 25 y sigs.), Wiesbaden, 1970 (Historia, Einzelschriften 13).

señal con semejante propósito. Pues lo cierto es que se hizo una señal levantando un escudo; y la cuestión no puede soslayarse, ya que el incidente tuvo lugar[620]. No obstante, al margen de lo que he dicho, no puedo precisar quién fue el autor de la señal[621].

Historia de los Alcmeónidas

Los Alcmeónidas, por cierto, descollaban en Atenas ya desde antiguo, pero alcanzaron su máximo esplendor a partir de Alcmeón y, seguidamente, a partir de Megacles. 125
Resulta que Alcmeón, hijo de Megacles[622], se puso a 2
disposición de los lidios que, por orden de Creso[623], ha-

---

[620] Pese a que algunos críticos (cf. U. von Wilamowitz, *Aristoteles und Athen...*, II, págs. 85-86, y nota 24; y V. Ehrenberg, *From Solon to Socrates. Greek History and Civilization during the 6th. and 5th. Centuries B. C.*, Londres, 1968, pág. 136) han negado su historicidad, toda la estrategia persa en su ataque al Ática, durante la primera guerra médica, se justifica precisamente por la existencia de un partido propersa en Atenas. Y, si la señal se produjo, no hay duda de que los miembros de ese partido estaban dispuestos a actuar. Si sus planes no llegaron a consumarse fue por la rápida presencia de los atenienses, vencedores en Maratón, en Cinosarges y por la llegada, a la mañana siguiente, de los hoplitas espartanos.

[621] El historiador, en este caso, no informa de que se hubiese preocupado celosamente por el tema, como hace en otras ocasiones (cf., por ejemplo, III 115, 2). Como señala D. Gillis (*Collaboration with the Persians...*, pág. 50), «it is odd that Herodotus never accuses the Athenian followers of Hippias of having given the shield signal, not even at the end of his discussion (6. 124)».

[622] Como se ve, los nombres de Megacles y Alcmeón alternaban en la familia. Este Megacles fue arconte en tiempos de la conjuración de Cilón (cf. V 71, y nota V 336), que tuvo lugar hacia 640-630 a. C. (cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte...*, pág. 120). Sobre la familia de los Alcmeónidas, *vid.* J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C...*, págs. 368-385.

bían llegado desde Sardes para consultar el oráculo de Delfos[624], dispensándoles una decidida ayuda. Y, cuando Creso se enteró, por los lidios que visitaban los oráculos, de los favores que le prestaba Alcmeón[625], hizo que se presentara en Sardes; y, a su llegada, lo obsequió con todo el
3 oro que pudiera llevarse encima[626] de un golpe. Ante seme-

---

[623] Como en otras ocasiones, la cronología es deficiente debido a que, para Heródoto, las noticias relativas a la historia de Atenas comenzaban, de forma más o menos continua, con la figura de Pisístrato. Alcmeón (cf. Plutarco, *Solón* 11) estuvo al frente de las tropas atenienses que tomaron parte en la «primera guerra sagrada» (hacia 590 a. C., aproximadamente), que los Anfictiones délficos organizaron contra la ciudad de Cirra, situada a orillas del golfo de Corinto, y a unos 10 km. al SO de Delfos, que pretendía controlar el santuario de Apolo (cf. J. Jannoray, «Krisa, Kirrha et la première guerre sacrée», *Bulletin Correspondence Hellénique* 61 (1937), 33 y sigs.; y P. Guillon, *Études béotiennes. Le Bouclier d'Héracles et l'histoire de la Grèce centrale dans la période de la première guerre sacrée,* Aix-en-Provence, 1963). Como Creso, por su parte, reinó en Lidia desde 560 a 547 a. C. (cf. F. H. Weissbach, *s. v.*, *R. E.*, Suppl. 5 [1931], cols. 455 y sigs.), es indudable que Alcmeón vivió una generación antes que Creso, por lo que, si Alcmeón visitó la corte de Sardes, como luego se dice, lo haría en tiempos del padre de Creso, Aliates (hacia 607-560 a. C.). Según sugirió Ed. Meyer *(Geschichte des Altertums...,* I, pág. 488), la historia que narra Heródoto es un reflejo del comercio que los Alcmeónidas debieron de mantener con la monarquía lidia y que les reportaría pingües beneficios.

[624] El *Marmor Parium* (una estela de mármol, erigida en Paros en el siglo III a. C., y que contiene un repertorio cronológico; cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 239) data la embajada de los lidios a Delfos en 556-555 a. C.

[625] Es decir, que actuaba como una especie de *próxeno* (cf. nota VI 277) de los lidios, pues Creso debió de consultar el oráculo en diversas ocasiones, y de ahí la acción repetida. Sin embargo, este colaborador de los lidios debió de ser Megacles, el hijo de Alcmeón. Cf. M. Miller, «The Herodotean Croesus», *Klio* 41 (1963), 58 y sigs., especialmente 77-81.

[626] Literalmente, «en su cuerpo»; es decir, por sí mismo y sin ayuda de esclavos o carros.

jante obsequio, Alcmeón tomó las siguientes medidas: se puso una gran túnica, dejando que la misma formase por abajo un amplio pliegue, se calzó las botas más holgadas que pudo encontrar, y se dirigió a la cámara del tesoro a la
que lo guiaron[627]. Entonces se lanzó sobre un montón de 4
oro en polvo y, primero, se rellenó de arriba a abajo las piernas con todo el oro que podían contener las botas; acto seguido, llenó por completo el pliegue de la túnica, impregnó sus cabellos de oro en polvo, se metió otra cantidad en la boca, y salió de la cámara del tesoro arrastrando a duras penas las botas y asemejándose a cualquier cosa menos a un hombre, ya que tenía los carrillos repletos y todo el cuerpo atiborrado.

Al verlo, a Creso le entró un ataque de risa, y no sólo le 5
dio todo aquel oro, sino que, además, lo obsequió con otros regalos no menos importantes. Así fue como esa familia consiguió una gran fortuna, y de ahí que el tal Alcmeón fuese propietario de cuadrigas y triunfara en los Juegos Olímpicos[628].

Posteriormente —una generación después—, Clístenes, el 126
tirano de Sición[629], acrecentó la importancia de esa familia, hasta el extremo de que, en Grecia, alcanzó una fama muy superior a la que hasta entonces poseía. Resulta que

---

627 Pues Creso era tan rico que poseía diversas cámaras para albergar sus tesoros. Cf., *supra*, I 30, 1.

628 Según Isócrates, *Sobre el tronco de caballos* 25, fue el primer ateniense que lo consiguió. Esta victoria de Alcmeón pudo producirse en la Olimpíada 47 (= 592 a. C.); cf. *Escolio* a Píndaro, *Pítica* VII 14. Muy posiblemente tiene razón Heródoto al afirmar que Alcmeón fue sumamente rico, ya que el nombre de la familia (Alcmeónidas) debió de generalizarse por su encumbramiento económico en tiempos de Alcmeón.

629 Sobre este tirano, cf. nota V 313; y M. F. Mc Gregor, «Cleisthenes of Sicyon», *Transactions American Philological Association* 72 (1941), 266 y sigs.

Clístenes, hijo de Aristónimo, nieto de Mirón y bisnieto de Andreas[630], tenía una hija, cuyo nombre era Agarista, y quiso dar con el griego más destacado de todos para con-
2 cederle su mano. En ese sentido, mientras se celebraban los Juegos Olímpicos —en el curso de los cuales obtuvo la victoria con su cuadriga[631]—, Clístenes hizo lanzar un bando según el cual todo griego que se considerara digno de convertirse en yerno suyo debería presentarse en Sición al cabo de sesenta días, o incluso antes, ya que él se proponía celebrar la boda en el plazo de un año a partir de la

[630] Esta genealogía de Clístenes de Sición plantea numerosos problemas. Ante todo, la ausencia del nombre de Ortágoras, que otros autores antiguos consideran el epónimo y fundador de la dinastía (cf. Aristóteles, *Política* V 12, 1315b 11 y sigs.; Plutarco, *Moralia* 553b). Diodoro (VIII, fr. 24) afirma que Andreas era un cocinero, y quizá cambió su nombre por el de Ortágoras (que en griego resulta más ampuloso) cuando se alzó con la tiranía hacia el año 670 a. C. (sin embargo, en el *Papiro de Oxyrrinco* 1365 —que contiene un interesante fragmento de Éforo sobre la historia de Sición— se dice que Andreas fue el padre de Ortágoras). Mirón I sucedió a su padre en la tiranía (cf. Pausanias, VI 19, 2, quien recuerda su victoria en Olimpia, en la carrera de cuadrigas, en 648 a. C., aunque Lippold, *s. v. Sikyon, R. E.*, II A, cols. 2536 y sigs., traza un cuadro genealógico de la familia que conjuga los testimonios de las fuentes antiguas, suponiendo que Ortágoras fue hermano de Mirón I, y, por lo tanto, hijo de Andreas). La tiranía debió de pasar luego a manos de Aristónimo (en contra, sin embargo, cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 661-662), heredándola posteriormente su hijo Mirón II, hacia el año 605 a. C., que mantuvo diferencias con sus hermanos y acabó siendo asesinado por el más joven, el Clístenes en cuestión (cf. Nicolao de Damasco, fr. 61, 6, *F. Gr. Hist.* 90). En general, cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 27 y sigs.; y C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce Antique*, París, 1969, págs. 37 y sigs.

[631] Posiblemente, en la Olimpiada 52 (= 572 a. C.), ya que la boda de Megacles con Agarista no debió producirse con posterioridad a esa fecha, teniendo en cuenta que Megacles ya tenía una hija casadera cuando Pisístrato regresó de su primer exilio (cf., *supra*, I 61).

fecha citada. Entonces, todos los griegos que se sentían 3
ufanos de su valía personal y de su patria fueron acudiendo en calidad de pretendientes. Clístenes, a tal efecto, había hecho construir para los asistentes un estadio así como una palestra[632].

Pues bien, de Italia[633] llegaron Esmindírides de Síbaris, 127
hijo de Hipócrates, un sujeto singular que, como es sabido, llegó en su gusto por lo exquisito a los mayores extremos[634] (por cierto que, por esas fechas, Síbaris estaba en el cenit de su poderío[635]), y Dámaso de Siris[636], hijo de Amiris (a quien se denominaba «el Sabio»[637]).

---

[632] Como la mayoría de los tiranos griegos, Clístenes se dedicó a intensas actividades de obras públicas, tanto para realzar la importancia de su ciudad, como para dar trabajo a los ciudadanos más menesterosos. PAUSANIAS (II 9, 6) cita un espléndido pórtico que había mandado construir en el ágora de Sición con el botín conseguido en la primera guerra sagrada (cf. nota VI 623), en la que también participó Clístenes.

[633] Para Heródoto, Italia hacía referencia al golfo de Tarento y a todas las ciudades griegas allí fundadas.

[634] El lujo de los sibaritas (el gentilicio se ha conservado en nuestro idioma aplicado a las personas dadas a los placeres refinados) era proverbial en la Antigüedad. Y, como dice el historiador, Esmindírides debía de ser muy famoso por su refinamiento. Según ATENEO (273b; 541b), tenía a su servicio mil cocineros; y SÉNECA *(De Ira* II 15) cuenta que, sólo ver trabajar a un hombre, ya le producía fatiga. No obstante, a Esmindírides debieron de atribuírsele una serie de anécdotas, con el paso de los años, que o bien no eran ciertas, o bien habían sido protagonizadas por otras personas.

[635] Síbaris no fue destruida por Crotón hasta el año 511- 510 a. C. Cf. nota V 190.

[636] Como Síbaris, ciudad situada a orillas del golfo de Tarento, a unos 60 km. al N de Síbaris.

[637] Según la SUDA *(s. v. Ámyris),* fue la única persona que interpretó acertadamente un oráculo délfico que predecía la destrucción de Síbaris.

2 Esos pretendientes llegaron de Italia; mientras que, desde el golfo Jonio, lo hizo Anfimnesto de Epidamno[638], hijo de Epístrofo. Ése fue el pretendiente que llegó del golfo Jonio. También se presentó un etolio[639], un hermano de Titormo —el famoso Titormo, cuya potencia física no tuvo parangón en Grecia[640] y que rehuyó todo contacto humano, refugiándose en lo más recóndito de Etolia—, llamado Males.
3 Del Peloponeso acudió Leocedes, hijo de Fidón, el tirano de Argos[641] (el célebre Fidón, que fijó entre los habitantes del Peloponeso los sistemas de pesos y medidas[642] y que,

---

[638] Ciudad fundada hacia 625 a. C. en Iliria, a orillas del Adriático (que Heródoto denomina «golfo jonio»), por colonos procedentes de Corinto y Corcira.

[639] Etolia era una comarca de Grecia central, situada al norte de la costa NO del golfo de Corinto.

[640] Según ELIANO *(Historias Varias* XII 22), Titormo había vencido al famoso luchador Milón de Crotón (cf. III 137, 5; y nota III 703). Pero, como éste fue contemporáneo de Darío, o bien el testimonio de Eliano es erróneo, o Heródoto transmite una información equivocada al afirmar que un hermano de Titormo aspiró a la mano de Agarista.

[641] La cronología de Fidón es incierta, ya que las fuentes antiguas lo sitúan entre los años 900 y 600 a. C. (cf., para un resumen de las mismas y de las interpretaciones de la crítica, W. W. HOW y J. WELLS, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 117-118; y G. ZOERNER, *Kypselos und Pheidon von Argos. Untersuchungen zur frühen griechischen Tyrannis*, Marburg, 1971). En cualquier caso, las cronologías y las genealogías exactas no tienen ningún valor en este pasaje, que consiste en un relato, común a otras culturas, sobre el matrimonio de la única hija de un poderoso soberano. Parece poco verosímil, sin embargo, que un argivo aspirase a la mano de la hija de Clístenes, teniendo en cuenta la rivalidad existente entonces entre Sición y Argos (cf. V 67 y nota V 314).

[642] El sistema llamado «eginético», que rigió en el mundo griego hasta que el auge de Atenas (donde Solón lo había modificado parcialmente; cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 10) hizo que se adoptara el sistema ateniense. Pese a que la atribución a Fidón de tal disposición es controvertida (al igual que lo es el que fuese el primer dirigente griego que mandara acuñar moneda —lo que supondría una cronología baja—; cf.

sin lugar a dudas, fue la persona más arrogante de toda Grecia[643], hasta el punto de que cesó a los eleos que presidían los Juegos Olímpicos y él personalmente organizó la competición). Además del hijo de ese sujeto, se presentaron también Amianto, hijo de Licurgo, un arcadio originario de Trapezunte[644], Láfanes —un azanio oriundo de la ciudad de Peo[645]—, hijo de Euforión (quien, según una historia que circula en Arcadia, albergó en su casa a los Dioscuros[646] y que, desde entonces, brindaba hospedaje a todo el mundo), y un eleo[647] llamado Onomasto, hijo de Ageo. Éstos fue- 4

R. M. Cook, «Speculations on the Origin of Coinage», *Historia* 7 [1958], 257 y sigs.), si la creación del sistema tuvo un origen argivo, ello habría sucedido en una época en la que Argos era la ciudad más importante del Peloponeso, quizá hacia 668 a. C., cuando, en el período comprendido entre las dos guerras mesénicas, Argos consiguió vencer a los espartanos en Hisias (cf. Pausanias, II 24, 7).

643 Al organizar él los juegos en lugar de los eleos incurrió en un acto de *hýbris*, e incluso de impiedad, al desposeer de su derecho a los eleos e innovar en lo que formaba parte de una ceremonia sagrada. Según Pausanias (VI 22, 2, en contradicción con su testimonio citado en la nota anterior), este desafuero tuvo lugar en la octava Olimpiada (= 748 a. C.). En general, cf. Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 344-357.

644 En las estribaciones septentrionales del monte Liceo, al SO de Arcadia.

645 Azania era una región del NO de Arcadia. Peo, que se encontraba en dicha comarca, se hallaba en un pequeño valle situado entre los cursos altos de los ríos Erimanto y Ladón, ambos afluentes por la derecha del Alfeo, el río que pasa por Olimpia.

646 Cástor y Pólux, así llamados por ser hijos de Zeus (sobre ellos, cf. nota V 360), quienes, bajo la apariencia de dos jóvenes viajeros, recorrían el mundo griego para poner a prueba el carácter hospitalario de los mortales.

647 Sobre la Élide, cf. nota VI 334.

ron, en suma, los pretendientes que acudieron desde el propio Peloponeso[648].

De Atenas llegó Megacles, hijo de Alcmeón (el sujeto que se trasladó a la corte de Creso), y, con él, Hipoclides, hijo de Tisandro, el ciudadano más rico y apuesto de Atenas. De Eretria, que por aquel entonces gozaba de una floreciente prosperidad[649], acudió Lisanias, la única persona de Eubea que lo hizo.

De Tesalia se presentó Diactóridas de Cranón, un miembro de la familia de los Escópadas[650]; y, desde el territorio de los molosos[651], lo hizo Alcón.

128 Tal fue, en total, el número de pretendientes[652]. A su llegada en el plazo establecido, Clístenes lo primero que hizo fue recabar información acerca de sus patrias y de la alcurnia de cada uno. Posteriormente, los retuvo a su lado durante un año y puso a prueba su valía personal, sus inclinaciones, su educación y su carácter, tanto en entrevistas privadas con cada uno de ellos, como en reuniones conjuntas. Asimismo, a los pretendientes más jóvenes se los llevaba a realizar ejercicios gimnásticos; pero donde los puso a prueba con mayor atención fue en la mesa, pues, durante todo el tiempo en que los retuvo a su lado, se dedicó constantemente

---

[648] Donde estaba situada Sición (en el NE, a orillas del golfo de Corinto).

[649] Probablemente porque todavía no llevaba la peor parte en la «guerra lelantina» (sobre ella, cf. nota V 497). *Vid.* K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, 1, págs. 338-339.

[650] La familia más importante de la ciudad (que estaba situada a unos 25 km. al SO de Camisa). Cf. M. Sordi, *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958, págs. 59 y sigs.

[651] Pueblo establecido en el Epiro, en las proximidades de Dodona.

[652] Sobre el conjunto de este «catálogo» de pretendientes, *vid.* la interpretación de Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 44, nota 2.

a esa tarea[653] y, además, los agasajó espléndidamente. Pues 2
bien, al parecer, los pretendientes que más le agradaban eran los que habían llegado de Atenas[654]; y, de los dos en cuestión, era Hipoclides, el hijo de Tisandro, quien gozaba de sus preferencias, tanto por su valía personal, como debido a que, por sus antepasados, estaba emparentado con los Cipsélidas de Corinto[655].

129 Cuando llegó el día fijado para el banquete de bodas y para que, por su parte, Clístenes designara a la persona ele-

[653] Es decir, a ponerlos a prueba. Según otra interpretación que permite el texto, la traducción podría ser también: «atendió constantemente a todas sus necesidades».

[654] Pese a que su tesis presenta problemas cronológicos (ya que, concretamente, piensa en los Pisistrátidas; y Pisístrato no se hizo con la tiranía hasta 560-559 a. C.), G. Daverio, «Aristocrazia genetica ed organizzazione politica arcaica», *Parola del Passato* 28 (1973), 92 y sigs., considera que Clístenes de Sición se decantaba en sus preferencias por Megacles, un Alcmeónida, e Hipoclides, un Filaida, con vistas a financiar a unas familias que no tenían acceso a la propiedad de las minas áticas de Laurio, tal vez con el propósito de que, si llegaban a controlarlas, Sición pudiera verse beneficiada.

[655] Hipoclides pertenecía a la familia de los Filaidas (según Ferécides de Atenas, fr. 2, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 3, Hipoclides fue el padre de Milcíades el Viejo, cosa que es inexacta [cf. nota VI 176]; pero parece indudable que no se le hubiera relacionado con los Filaidas si no hubiese pertenecido a esa familia. H. Berve, *Miltiadès...*, págs. 2-3, suponía que, en realidad, Hipoclides fue el hermano de Cípselo, el padre de Milcíades I). Y entre los Filaidas de Atenas y los Cipsélidas de Corinto existía un origen común, ya que la madre del epónimo de aquella familia, el mítico Fileo (hijo de Áyax), descendía del lapita Ceneo (cf. Esteban de Bizancio, *s. v. Philaîdai*), al igual que Eetión, el padre de Cípselo de Corinto (cf. V 92 β, 1; y nota V 438). Pese a que, cuando tuvo lugar la boda de Agarista (hacia 572-571 a. C.), Periandro de Corinto hacía ya más de diez años que había muerto, y la dinastía de los Cipsélidas ya había sido derrocada, para Clístenes de Sición (que descendía de un cocinero y no podía mostrar unos antepasados ilustres; cf. nota VI 630) supondría un señalado honor conseguir que su familia entroncara con un personaje de tan alta cuna.

gida entre todos los aspirantes, este último sacrificó cien bueyes[656] y obsequió con un festín a los pretendientes propiamente dichos, así como a todos los habitantes de Sición.
2 Una vez terminado el convite, los pretendientes se pusieron a competir sobre temas musicales y a hacer gala de su elocuencia[657]. La sobremesa se iba prolongando, cuando Hipoclides, cuyo ingenio eclipsaba sensiblemente al de los demás, le pidió al flautista que hiciera el favor de interpretar una pieza de danza[658]; y, en el momento en que el flautista cumplió sus deseos, se puso a bailar.

Por lo visto, Hipoclides disfrutaba en su fuero interno con el baile, pero Clístenes, ante el espectáculo, empezó a recelar
3 de todo aquello[659]. Acto seguido, y tras una breve pausa,

---

[656] Es decir que realizó una *hecatombe* en el sentido primitivo del término (la inmolación de cien bueyes a una divinidad), que, con el tiempo, pasó a significar ofrenda o sacrificio en general. Clístenes, sin embargo, se atiene al ritual primitivo para dar mayor realce a la fiesta de los esponsales de su hija.

[657] Literalmente, «y sobre lo que se dice ante la concurrencia». Como dice Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre VI...*, pág. 120, nota 2), «des propos qui n'étaient pas destinés seulement à l'oreille d'un 'voisin de lit'..., mais à celles de toute l'assistance: anecdotes piquantes, énigmes, bon mots, discussions qui pouvaient aborder les sujets plus élevés». Es interesante la traducción de A. Horneffer, *Herodot. Historien,* Stuttgart, 1971, pág. 428: «Nach dem Mahle wetteiferten die Freier im Vortrag von liedern und Scherzen»; y reiterativa, a mi juicio, la de A. Barguet, *Historiens grecs...*, pág. 454: «...les prétendants faisaient à l'envie montre de leurs talents en musique et poésie, entre autres sujets de conversation générale», porque, en el término griego *amphì mousikê,* ya va implícita la idea de interpretaciones cantadas y recitaciones poéticas, además de la de música en general.

[658] El término griego *(emmeleiē)* alude a una danza de tipo serio y comedido, como la que se interpretaba en las representaciones trágicas.

[659] Porque la danza, que tenía un lugar importante en los banquetes (al margen de aquellas que constituían un elemento oficial en las ceremo-

Hipoclides pidió que alguien trajera una mesa; y, cuando la mesa llegó a la sala, primero bailó sobre el mueble unas cabriolas laconias, luego otras de origen ático, y, en tercer lugar, con la cabeza apoyada encima de la mesa, ejecutó con
las piernas unas pantomimas[660]. Durante la interpretación de 4
los dos primeros bailes, Clístenes desechó ya la idea de que Hipoclides llegara a convertirse en yerno suyo debido a la indecente exibición de baile, pero se contuvo, pues no quería tener un altercado con él. Mas, cuando vio que ejecutaba unas pantomimas con las piernas, no pudo contenerse por más tiempo y exclamó: «Hijo de Tisandro, a fe que con tus bailes has dado al traste con la boda»[661]. Sin embargo Hipoclides le respondió como sigue: «A Hipoclides le tiene sin cuidado».

A raíz de ello, esta frase constituye un proverbio. En- 130
tonces Clístenes impuso silencio y, ante toda la concurrencia, se expresó en los siguientes términos: «Pretendientes de mi hija, yo sólo tengo elogios para todos vosotros y, si fuera

nias religiosas de la ciudad), era interpretada por bailarines profesionales, que, por lo general, eran esclavos en el caso de los hombres y cortesanas en el de las mujeres. Cf. K. Latte, «De saltationibus Graecorum», *Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten* 13 (1913), 3.

[660] En su entusiasmo, Hipoclides había ido aumentando el carácter desenfadado de sus bailes, ya que las «cabriolas» laconias imitaban marchas militares, y las áticas escenas cómicas de la vida cotidiana. Para que un convidado a un banquete —y más en el caso de un eupátrida— llegase a interpretar personalmente una danza, era necesario que hubiese llegado a un grado de excitación muy acusado (cf. Teofrasto, *Caracteres* 11, sobre su retrato del «importuno»).

[661] El texto griego presenta un juego de palabras, ya que literalmente dice: «...dejaste de bailar la boda»; lo cual viene a equivaler a «...perdiste, bailando, la boda». Sobre el posible paralelo existente entre la anécdota del baile de Hipoclides y una fábula oriental, cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books*..., II, págs. 304 y sigs.

posible, desearía complaceros a todos, sin tener que elegir específicamente a uno solo de vosotros y rechazar a los demás.
2 Pero como, al decidir el futuro de una sola muchacha, me resulta imposible contentaros a todos, a quienes debáis renunciar a esta boda os voy a obsequiar, individualmente, con un talento de plata[662] por haber aspirado a casaros con mi hija y por haber permanecido ausentes de vuestra patria. Concedo, en fin, la mano de mi hija Agarista al hijo de Alcmeón, a Megacles, de acuerdo con las leyes atenienses»[663]. Megacles, entonces, manifestó que aceptaba su mano y el matrimonio quedó ratificado por parte de Clístenes.

131 Todo esto ocurrió con motivo de la elección de los pretendientes, y así fue como la fama de los Alcmeónidas se extendió por Grecia.

Fruto de ese matrimonio nació Clístenes (el que implantó en Atenas las tribus y el régimen democrático[664]), que se llamaba así en memoria de su abuelo materno, el tirano de Si-
2 ción. Además de Clístenes, Megacles tuvo también a Hipócrates, quien, a su vez, fue padre de otro Megacles y de una segunda Agarista (que se llamaba así en memoria de Agarista, la hija de Clístenes). Esta última contrajo matrimonio con Jantipo, hijo de Arifrón, y, mientras estaba embarazada, tuvo

---

[662] Suma que equivalía a 25,92 kg.

[663] Cuando tuvo lugar la boda de Agarista con Megacles, las leyes atenienses reconocían como legítimo el matrimonio de un ciudadano con una extranjera (Clístenes no hubiese casado a su hija para ser madre de bastardos). En 451-450 a. C., sin embargo —es decir, en época de Heródoto—, una ley propuesta por Pericles, y aprobada por la Asamblea, sólo concedía plenos derechos de ciudadanía a los hijos habidos de un matrimonio integrado por un ciudadano y una ciudadana de Atenas (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 26; Plutarco, *Pericles* 37). Los teóricos del siglo IV a. C. consideraron, luego, esta medida totalmente acertada; cf. Aristóteles, *Política* 1275b; 1278a.

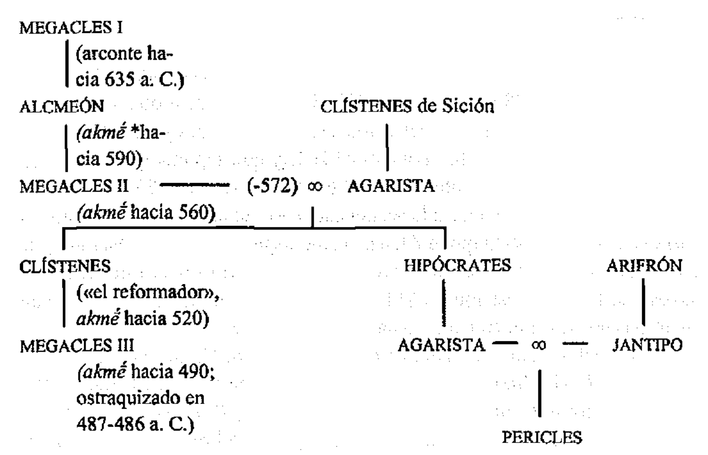
[664] Cf. V 66 y 69.

en sueños una visión: creyó ver que paría un león[665]; y, pocos días después, le dio a Jantipo un hijo: Pericles[666].

---

[665] Como en otros casos, el león aparece aquí como símbolo del poder real (cf. I 84, 3; y V 92 β, 3). Cf. la parodia que al respecto presenta ARISTÓFANES, *Caballeros* 1037.

[666] El nombre de Pericles (que nació entre 495-490 a. C.; cf. R. SEALEY, «The Entry of Pericles into History», *Hermes* 84 [1956], 234 y sigs.), su genealogía y el sueño de su madre son mencionados por el historiador en homenaje al hombre que dirigía los destinos de la poderosa Atenas cuando Heródoto visitó la ciudad (hacia 446-445 a. C.); cf. H. STRASBURGER, «Herodot und das perikleischen Athen», *Historia* 4 (1955), 1 y sigs. Es posible, sin embargo, que esta parte de la *Historia* (VI 121-131) fuera escrita con posterioridad al año 432, cuando los lacedemonios, recordando el asunto del sacrílego asesinato de Cilón en tiempos del arconte Megacles, un Alcmeónida (cf. V 71), exigieron la expulsión de Atenas de esa familia (cf. TUCÍD., I 126-127), a la que, por parte de madre, pertenecía Pericles, cuya genealogía es la siguiente:



* Se llamaba *akmé* al período de la vida de un hombre en que éste se hallaba en su madurez (cf., por ejemplo, PLATÓN, *República* 461a), que se fijaba alrededor de los cuarenta años.

Milcíades ataca infructuosamente Paros

132 Tras el desastre que los persas sufrieron en Maratón, Milcíades, que con anterioridad ya gozaba en Atenas de una sólida reputación[667], vio en aquellos momentos considerablemente acrecentado su prestigio.

Solicitó entonces a los atenienses setenta naves, así como tropas y dinero, pero sin revelarles cuál iba a ser el país objeto de su expedición; simplemente les aseguró que, si secundaban sus planes, los haría ricos, ya que pensaba conducirlos contra un país tan sumamente opulento que, del mismo, podrían llevarse con toda facilidad abundantes sumas de oro. Tales argumentos esgrimía al solicitar las naves, por lo que los atenienses, entusiasmados ante sus promesas, se las concedieron[668].

133 Milcíades se hizo cargo de las tropas[669] y zarpó para atacar Paros[670], so pretexto de que los parios habían sido los

---

[667] Cf. nota VI 518.

[668] Como la guerra entre Atenas y Egina, que el historiador sitúa antes de Maratón (cf. VI 88 y sigs., y nota VI 431), tuvo lugar probablemente en 487 a. C., y dado que, por aquel entonces, los atenienses no contaban con una flota de setenta naves (cf. nota VI 435), hay que suponer que el número de naves que, según Heródoto, la Asamblea ateniense concedió a Milcíades: 1) O es incorrecto, y se debe a la secuencia de los acontecimientos según los narra el historiador, para quien Atenas había dispuesto, antes de Maratón, de una flota integrada por setenta naves (cf. VI 89). 2) O bien que, entre las naves puestas a disposición de Milcíades, figuraban varios transportes para las tropas que no eran en realidad navíos de combate.

[669] Probablemente en primavera del año 489 a. C. Cf. Éforo, fr. 63, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 70; y P. J. Bicknell, «The date of Miltiades' Parian expedition», *L'Antiquité Classique* 41 (1972), 225 y sigs.

[670] Isla del archipiélago de las Cícladas, de 195 km.^{2} de extensión, famosa por el mármol que se extraía de las canteras situadas en la falda del monte Marpesa, que, por la pureza de su color blanco, fue muy apreciado en la Antigüedad (la fachada del templo de Apolo en Delfos estaba cons-

primeros en iniciar las hostilidades, al apoyar con un trirreme al Persa en la incursión contra Maratón. Esto, como es natural, era una simple excusa; la verdad es que abrigaba cierto rencor hacia los parios debido a que Liságoras, hijo de Tisias, un sujeto de nacionalidad paria, lo había calumniado ante el persa Hidarnes[671].

Cuando Milcíades llegó con la flota a su objetivo[672], si- 2
tió con sus fuerzas a los parios, que se habían recluido dentro de su perímetro defensivo, y despachó un heraldo para exigirles cien talentos[673], indicándoles que, si no se los entregaban, no retiraría sus tropas hasta haberlos aniquilado.
Sin embargo, los parios no se plantearon ni por un instante 3

truida con mármol pario). En tiempos de la liga delo-ática, era la isla del archipiélago que pagaba el tributo más elevado (cf. H. B. Mattingly, «Athenian Finances in the Peloponnesian War», *Bulletin de Correspondence Héllenique* 92 [1968], 450 y sigs.; y B. D. Meritt, «Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B. C.», *American Journal of Archaeology* 29 [1925], págs. 247 y sigs.).

[671] Este Hidarnes (= en persa, *Vidarna)* debe de ser hijo del sujeto del mismo nombre que participó en la conjuración contra «el mago Esmerdis» (cf. III 70 y sigs.). Fue gobernador persa de la costa de Asia (cf. VII 135) y posiblemente quien ordenó a los fenicios, en 493 a. C., la conquista del Quersoneso Tracio, lo que obligó a Milcíades a abandonar la zona (cf. VI 33).

[672] La flota ateniense debió de atracar en la magnífica bahía que posee Paros al norte, y dirigirse por tierra hasta la capital de la isla (del mismo nombre), situada en la costa occidental. Es posible que Milcíades, privado de sus posesiones en el Quersoneso, deseara hacerse con otro lugar en el que imperar (en contra, no obstante, de que Paros fuera la meta de la expedición, cf. R. Develin, «Miltiades and the Parian expedition», *L'Antiquité Classique* 46 [1977], 571 y sigs.).

[673] Unos 2.590 kg. de plata, cantidad exorbitante que ha permitido pensar que, por esas fechas, la isla constituía el centro neurálgico del comercio insular en el Egeo. Cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 402-403.

la posibilidad de entregarle a Milcíades suma alguna, sino que estudiaron el medio de asegurar la defensa de su ciudad; y, entre otras medidas que pusieron en práctica, decidieron doblar, al amparo de la noche, la altura primitiva de la muralla en aquellos lugares que, por lo general, resultaban más expugnables.

134 Pues bien, hasta ese punto de la campaña todos los griegos coinciden en sus afirmaciones, mientras que los parios dan, a título personal, la siguiente versión de los hechos que con posterioridad ocurrieron[674].

Se hallaba Milcíades sin saber qué hacer, cuando se entrevistó con él una cautiva de nacionalidad paria, cuyo nombre era Timo, que estaba empleada en el templo de las Diosas Subterráneas[675]. Esa mujer se presentó ante Milcíades y le recomendó que, si tenía mucho interés en tomar Pa-
2 ros, siguiera sus indicaciones. La cautiva, acto seguido, le dio unos cuantos consejos y, entonces, Milcíades se enca-

---

[674] A destacar dos rasgos típicos de la concepción herodotea de la historia en su relato sobre la campaña contra Paros: 1. La explicación de un hecho político (Éforo, fr. 63, al aludir a la expedición de Milcíades, afirmaba que había tenido un mayor alcance, puesto que se había dirigido contra más islas; aspecto en el que insiste Nepote, *Milcíades* 7: «ut insulas quae barbaros adiuverant bello persequeretur») a partir de un motivo personal (en este caso, el pretendido rencor de Milcíades contra los parios; cf. VI 133, 1). 2. La preferencia por una versión de la campaña (la paria; la ateniense debía de tener un origen Alcmeónida) en la que se incluía una intervención divina (cf. VI 135, 3). Sobre este rasgo del historiador, cf. C. W. Fornara, *Herodotus*, Oxford, 1971, págs. 59 y sigs.

[675] Deméter y Perséfone, así llamadas por ser Deméter una manifestación de la diosa-tierra, en cuyas profundidades misteriosas se gesta la vida de los vegetales, y porque su hija Perséfone fue raptada por Hades, el dios de los infiernos, que la convirtió en su esposa. Sobre los mitos relativos a ambas diosas, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 69-72.

minó[676] a lo alto de la colina situada frente a la ciudad; y, en vista de que no podía abrir las puertas, franqueó de un salto la cerca del santuario de Deméter Tesmóforo[677]; hecho lo cual, se dirigió al templo para hacer en su interior algo determinado, ya fuese para cambiar de sitio algún objeto sagrado, o, tal vez, para realizar cualquier otra cosa[678]. Se encontraba ya en el umbral cuando, súbitamente, un escalofrío de terror le sacudió el cuerpo[679], por lo que regresó a todo correr por el mismo camino; pero, al saltar precipitadamente el muro se dislocó el muslo (otros, sin embargo, aseguran que se dio un golpe en la rodilla[680]).

Dado, pues, el mal estado de salud en que se encontraba, Milcíades emprendió con su flota el regreso sin llevarles dinero a los atenienses y sin haber anexionado 135

[676] Posiblemente en el texto se han perdido algunas palabras (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 123, nota 3), pues el verbo que traduzco por «se encaminó» tiene en griego un significado más preciso.

[677] Cf. nota VI 442. Las ruinas de este templo han sido descubiertas recientemente. Cf. K. P. Photiou «'Αρχαιολογικαὶ ἔρευναι εἰς τὴν νῆσον Πάρον», *Archaiologikē Ephēmerís*, 1973, págs. 1-14.

[678] Probablemente con la esperanza de que los parios se desmoralizasen al tener noticias de la profanación de su santuario, o de la desaparición de algún objeto sagrado (tal vez el robo del *paladio* de la ciudad, estatua milagrosa de una divinidad que hacía invencible a la comunidad que la poseía).

[679] Pese a que del texto se desprende que el santuario de Deméter se hallaba extramuros, lo más probable es que Milcíades decidiera profanarlo de noche.

[680] Dado que Milcíades murió de gangrena (cf. VI 136, 3), es preferible esta última versión, ya que el golpe en la rodilla le produciría una herida que le debió de ocasionar la infección. Sobre el fin de Milcíades, cf., asimismo, Nepote, *Milcíades* 7-8, quien afirma que fue herido durante el asedio de la ciudad.

Paros[681]; simplemente había sitiado la capital por espacio
2 de veintiséis días y había saqueado la isla. Por su parte los parios, al tener conocimiento de que Timo, la empleada en el templo de las Diosas, había facilitado ciertas informaciones a Milcíades, enviaron consultores a Delfos, en cuanto se vieron libres del asedio, con el propósito de castigarla por lo que había hecho. Y los enviaron para que preguntaran al oráculo si debían ajusticiar a la empleada en el templo de las Diosas por haber indicado a los enemigos el medio de conquistar su patria, y por haber revelado a Milcíades ritos que son secretos para el sexo masculino[682].
3 Sin embargo, la Pitia se opuso a ello, alegando que Timo no era la responsable de lo ocurrido; sino que, como el destino quería que Milcíades tuviera un desdichado final[683], se le había aparecido[684] para conducirlo a la ruina.

---

[681] Éforo *(loc. cit., apud* Esteban de Bizancio, *s. v. Páros)* afirmaba que los parios estaban a punto de acceder a las pretensiones de Milcíades, cuando se declaró un incendio fortuito en un bosque de Míconos. Como los parios habían pedido ayuda a los persas (Éforo, en su racionalización del suceso, habla de Datis como la persona a la que se habían dirigido los isleños, cosa muy improbable), creyeron que aquello era una señal de su próxima llegada y suspendieron las conversaciones (de ahí que en la Comedia se utilice el verbo *anapariázein* con el significado de «dar marcha atrás al estilo pario»). Sobre todas las fuentes que mencionan la expedición de Milcíades contra Paros, cf. K. H. Kinzl, «Miltiades' Parosexpedition in der Geschichtsschreibung», *Hermes* 104 (1976), 280-307.

[682] Por formar parte del ritual de Deméter, una diosa de la fertilidad. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...*, I, págs. 456 y sigs.

[683] Cf. nota V 134. Según Pausanias (III 12, 7; aunque se trata de una interpretación basada en un hecho no histórico), la *némesis* divina se debió al asesinato del heraldo enviado por Darío a Atenas en 491 a. C., que fue arrojado al *báratro* (cf. nota VI 235) a instancias de Milcíades.

[684] Es decir, que la divinidad había creado una aparición con los rasgos de Timo (para casos similares, cf. IV 15, 2; VI 69, 1; VII 16, 1; VIII 37, 2; y IX 100).

Condena y muerte de Milcíades

136 Ésta fue, en suma, la respuesta que la Pitia dictó a los parios. Entretanto, a su regreso de Paros, muchos atenienses tenían, con sus críticas, el nombre de Milcíades en los labios, destacándose en especial Jantipo[685], hijo de Arifrón, quien lo acusó ante el pueblo[686], por haber engañado a los atenienses, y solicitó para él la pena capital. Pese a que Mil- 2
cíades hizo acto de presencia, no se defendió personalmente (pues no se encontraba en condiciones, debido a la gangrena que le afectaba al muslo), siendo sus amigos[687] quienes, mientras él permanecía tendido en una camilla ante el tribunal, se cuidaron de defenderlo con frecuentes alusiones a la batalla librada en Maratón y a la toma de Lemnos[688], haciendo hincapié en que, tras tomar la isla y castigar a los pelasgos, había entregado Lemnos a los atenienses. El pue-

[685] El padre de Pericles (cf. VI 131, 2; la rivalidad entre Filaidas y Alcmeónidas continuó durante la generación siguiente en las personas de Cimón, el hijo de Milcíades, y Pericles). Sin duda los Alcmeónidas (a quienes los partidarios de Milcíades habían acusado de traición en Maratón) se tomaban ahora el desquite. Sobre la situación interna en Atenas durante este momento, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 260-265.

[686] Mediante una denuncia pública *(eisangelía)*, que constituía un procedimiento judicial extraordinario contra delitos políticos, no previstos por la ley, que ponían en peligro la seguridad del Estado. La demanda, en esta ocasión, se presentó directamente a la Asamblea popular que, acto seguido, fallaba como órgano autónomo, reunido en una sesión convocada al efecto, mediante votación secreta, tras escuchar la acusación y la defensa. En este caso se acusaría a Milcíades de traición al pueblo (cf. Platón, *Gorgias* 516e; Demóstenes, *Contra Leptines* 135).

[687] Cf. nota VI 516.

[688] Cf. VI 140.

3 blo, entonces, se pronunció en su favor, absolviéndolo de la pena capital, pero, por la falta en que había incurrido, lo multó con cincuenta talentos[689]. Poco después, a causa de la infección gangrenosa que le afectó al muslo, murió Milcíades, y su hijo Cimón abonó los cincuenta talentos[690].

Digresión sobre la toma de la isla de Lemnos por obra de Milcíades

137 Y por cierto que Milcíades, hijo de Cimón, se apoderó de Lemnos del siguiente modo[691]. Todo empezó a raíz de que los pelasgos[692] fueran expulsados del Ática por los atenienses; ahora bien, de hecho, no puedo precisar si fue

[689] En un juicio de este tipo (llamado *agṑn timētós*, en el que el tribunal era quien debía fijar la pena, a diferencia de los procesos en los que la pena ya estaba establecida de antemano por la ley), había dos cuestiones a decidir, mediante dos votaciones independientes por parte del tribunal: la culpabilidad del acusado y el alcance de la sentencia. En este caso el tribunal halla culpable a Milcíades de haber engañado al pueblo, pero se pronuncia en su favor al no condenarlo a muerte. Posiblemente, en la segunda parte de su defensa, los amigos de Milcíades propondrían que se le multase con 50 talentos (unos 1.295 kg. de plata), para que el tribunal, ante lo elevado de la suma, pudiera decidirse por la simple sanción monetaria (cf. esta actitud con la adoptada por Sócrates durante su proceso).

[690] La tradición posterior difiere, erróneamente, de Heródoto, al afirmar que Milcíades murió en la cárcel y que su propio hijo Cimón fue encarcelado, acusado de haber cooperado con su padre. Cf. NEPOTE, *Milcíades* 7; DIODORO, X 30; PLUTARCO, *Cimón* 4; y ED. MEYER, *Forschungen zur alten Geschichte*, Hildesheim, 1966 (= 1899), II, págs. 25 y sigs.

[691] Pese a que se ha supuesto que el conquistador de Lemnos fue Milcíades I (cf. ED. MEYER, *Forschungen...*, I, págs. 14 y sigs.), a instancias de Pisistrato (cf. VI 37), el propio Heródoto afirma (V 26) que, con ocasión de la campaña de Otanes, en 512-511 a. C., tanto Lemnos como Imbros se hallaban habitadas por pelasgos. Hay, pues, que pensar que, debido a la conquista persa de la isla, los pelasgos sufrieron sensibles pérdidas, cosa que aprovechó Milcíades II (el «Maratonomaco») para, en su calidad de tirano del Quersoneso vasallo de los persas, incluir

justa o injustamente, sólo exponer lo que al respecto se cuenta. De un lado que Hecateo, hijo de Hegesandro, ha narrado el caso en su *Historia*[693] afirmando que fue una injusticia[694]. Resulta que —según él—, cuando los atenienses 2
vieron las tierras, situadas al pie del Himeso[695], que habían entregado personalmente a los pelasgos, para que se establecieran en ellas, en compensación por el muro que antaño circundaba la acrópolis[696], cuando los atenienses, repito,

---

la isla entre sus dominios alrededor del año 500 a. C. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 531; III, pág. 415. (Recientemente, E. Lanzillotta, «Milziade nel Chersoneso e la conquista di Lemno», *Miscellanea greca e romana* 5 [1977], 65 y sigs., ha propuesto una cronología algo más alta, suponiendo que Milcíades conquistó la isla entre 510-506, y que la cedió a los atenienses entre 496-493 a. C., sin duda para tratar de involucrar a Atenas en la sublevación jonia a fin de poder contar con una buena acogida en su patria en el caso —cosa que, en efecto, sucedió— de tener que abandonar el Quersoneso, ante el mal cariz que las operaciones militares presentaban para los sublevados contra Darío.)

692 Sobre los pelasgos, cf. nota V 101; y F. Lochner-Hüttenbach, *Die Pelasger*, Múnich, 1960 (con la reseña de G. Neumann, *Gnomon* 34 [1962], 370-374).

693 Acerca de Hecateo, cf. nota V 150. Esta obra, de la que sólo se nos han conservado fragmentos (cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 1, frs. A 1-35), se citaba también con el nombre de *Genealogías* o *Tratados heroicos*. Constaba de cuatro libros y se caracterizaba por el tratamiento, en parte racionalista, del mito.

694 El texto griego es anacolútico y parece adolecer de una revisión, sobre todo al comienzo del capítulo.

695 El monte Himeto (Heródoto está utilizando, para designarlo, una forma jonia), de 1.026 m. de altura, está situado a unos 7 km. al este de Atenas; las tierras aquí aludidas serían las de la vertiente occidental; es decir, las más próximas a Atenas.

696 El llamado «muro pelásgico», una fortificación «ciclópea» de una anchura que alcanzaba de 4 a 6 m., fue construido a finales del siglo XIII a. C. para proteger la Acrópolis de Atenas y su erección se atribuía, por parte de la tradición (cf. Pausanias, 128, 3; Mirsilo de Metimna [escritor del siglo III a. C., interesado en primitivas migraciones de pueblos],

vieron que esas tierras —que hasta entonces habían sido baldías y de nulo valor— se hallaban, provechosamente cultivadas, sintieron envidia y deseos de recuperar la zona; y de ahí que los atenienses los expulsaran sin esgrimir ningún otro motivo.

3 Sin embargo, al decir de los propios atenienses[697], los expulsaron con toda razón; pues —según su testimonio— los pelasgos que estaban asentados al pie del Himeso utilizaban ese lugar como punto de partida para agraviarlos de la siguiente manera: las muchachas atenienses iban regularmente a por agua a «La Fuente de los Nueve Caños»[698] (ya que, por aquel entonces[699], ni en Atenas, ni en el resto de

fr. 3, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 477), a los pelasgos, cuando éstos fueron acogidos en el Ática.

[697] Probablemente Heródoto se está haciendo eco de una tradición que debió de crearse en Atenas, en la primera mitad del siglo v a. C., para rebatir las afirmaciones de Hecateo (cf. E. Luppino, «I Pelasgi e la propaganda politica del V° secolo a. C.», *Contributi dell'Istituto di Storia Antica* 1 [1972], 71 y sigs.), ya que, al parecer, en el Ática no existía, con anterioridad a dicha fecha, una tradición determinada sobre los antiguos pelasgos; cf. Ed. Meyer, *Forschungen...*, I, págs. 8 y sigs.

[698] La referencia a la fuente *Eneacruno* es un anacronismo, ya que, según Tucídides (II 15, 5), esta fuente —llamada hasta entonces *Callrroe;* es decir, «la de cristalinas aguas— fue acondicionada, y canalizada mediante nueve caños, en tiempos de los Pisistrátidas. Al parecer, esta fuente se encontraba al SE de la Acrópolis, cerca del río Iliso y del lugar en que posteriormente se erigió el Olimpieo. No obstante, se han propuesto otras identificaciones (cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 123).

[699] De acuerdo con la cronología que puede inferirse de los testimonios de algunos autores antiguos, la permanencia de los pelasgos en el Ática habría que situarla hacia el año 1100 a. C., ya que Tucíd. (I 12) afirma que los beocios ocuparon Beocia 60 años después de la guerra de Troya; y fueron los beocios quienes, al ocupar esa región, expulsaron a los pelasgos allí instalados (cf. Estrabón, IX 2, 3).

Grecia, había todavía criados[700]); y, siempre que las muchachas acudían allí, los pelasgos las maltrataban con insolente desfachatez. No obstante, no se contentaron con hacer eso, sino que, por último, incluso fueron sorprendidos mientras estaban tramando un golpe de Estado. Entonces ellos —añaden los atenienses— actuaron con mayor humanidad que los pelasgos, en la medida en que, aun cuando tenían perfecto derecho a aniquilarlos (dado que los habían pillado tramando un complot), no quisieron hacerlo y simplemente los conminaron a que se marcharan de su país. Así fue, en definitiva, como los pelasgos abandonaron el Ática y ocuparon diversos lugares[701], uno de los cuales fue Lemnos. (Como he dicho, la primera versión la suscribió Hecateo, siendo los atenienses quienes alegan la segunda.)

4 (línea «estaban tramando un golpe de Estado. Entonces ellos —aña-» al margen)

138 Los pelasgos en cuestión, que por esas fechas residían en Lemnos, deseaban vengarse de los atenienses; y, como se hallaban perfectamente enterados de sus festividades, se procuraron unos penteconteros y tendieron una emboscada a las mujeres atenienses mientras estaban celebrando en Braurón[702] una fiesta en honor de Ártemis[703]. Pues bien, tras raptar

[700] Como en los poemas homéricos la esclavitud es mencionada, Heródoto debe de estar oponiendo la situación existente en su propia época —cuando los esclavos constituían el número más elevado de personas que residían en Atenas— a una sociedad más primitiva (cf. Ateneo, 264; 272).

[701] Entre los mencionados por el historiador, Placia y Escílace, en la Propóntide (cf. I 57, 2); Samotracia (II 57, 3); Imbros (V 26); y Antandro (VII 42, 1).

[702] En la costa oriental del Ática, a unos 28 km. al este de Atenas. La dependencia, que se infiere del texto, de Braurón con respecto a Atenas debe datarse con bastante posterioridad a la legendaria expulsión de los pelasgos (Braurón fue una de las localidades más antiguas del Ática, ya que en el santuario consagrado a Ártemis Brauronia se han hallado restos arqueológicos que datan del Heládico Medio, entre 2000-1580 a. C.). En todo caso, la historia del rapto de las mujeres atenienses puede ser la

de dicho lugar a un buen número de ellas, zarparon de regreso llevándose a las mujeres a Lemnos, donde las convirtieron en sus concubinas.

2 A medida que esas mujeres se llenaban de hijos, iban enseñando la lengua ática y las costumbres atenienses a los pequeños, que no querían tratos con los hijos de las mujeres pelasgas; y, siempre que alguno de ellos resultaba agredido por uno de estos últimos, todos acudían en su ayuda y se prestaban mutuo apoyo. Y es más, dichos niños se consideraban con derechos para dar órdenes a los hijos de los pelasgos, a quienes se imponían autoritariamente[704].

3 Cuando los pelasgos se percataron de ello, mantuvieron entre sí un cambio de impresiones; y, al estudiar la cuestión, les invadió cierta zozobra, preguntándose qué cabía esperar que hiciesen esos niños, cuando con el tiempo se convirtie-

---

reminiscencia de antiguas costumbres matrimoniales, de carácter exogámico, en las que el rapto desempeñaría un importante papel.

[703] Según una leyenda ateniense, Orestes dejó en el santuario de Braurón la estatua de Ártemis que había robado en la Táurica (cf. Eurípides, *Ifigenia entre los Tauros* 1435 y sigs.). Las mujeres atenienses se dirigían al templo de la diosa para celebrar una fiesta, de carácter estrictamente femenino, en el curso de la cual, y para expiar la muerte de una osa consagrada a la divinidad, unas muchachas (a quienes se denominaba «osas»; cf. Aristófanes, *Lisístrata* 645) imitaban los gestos de ese animal (cf. *Escolio* a Aristófanes, *Lis., ad locum).* En general, cf. L. Deubner, *Attische Feste,* Berlín, 1956, págs. 207 y sigs.

[704] Es curioso comprobar cómo, en esta leyenda —inventada, sin duda, para justificar el dominio ateniense sobre Lemnos—, la superioridad «natural» de unos griegos sobre gentes de otra raza se manifiesta desde la infancia, como algo consustancial a la personalidad helénica. Como en el caso de la madre del escita Escilas (cf. IV 78, 1), las mujeres atenienses enseñan a sus hijos su lengua y sus costumbres. Como en la leyenda de Ciro (cf. I 114, 1), aparece una concepción aristocrática de la vida griega, que atribuye a la calidad del nacimiento las cualidades morales de un individuo.

ran en unos hombres, si ya decidían prestarse ayuda contra
los hijos de sus legítimas esposas y, desde su más tierna in-
fancia, intentaban darles órdenes. Los pelasgos, entonces, 4
resolvieron matar a los niños que habían tenido con las mu-
jeres áticas, cosa que, efectivamente, hicieron; y, de paso,
acabaron también con sus madres. A raíz de este crimen y
de aquel más antiguo que cometieron las mujeres[705] cuando,
en tiempos de Toante[706], asesinaron a sus maridos, se ha
generalizado en Grecia la costumbre de denominar «lem-
nios» a todos los crímenes abominables[707].

Tras haber asesinado a sus hijos y a las mujeres, la tierra 139
dejó de dar fruto a los pelasgos, y sus mujeres y rebaños no
eran fecundos como antes. Entonces, ante el hambre y la
esterilidad que padecían, enviaron emisarios a Delfos pa-
ra solicitar algún remedio contra las calamidades que les
aquejaban[708]. Y la Pitia les aconsejó que diesen a los ate- 2

---

[705] Sobreentendido, «de Lemnos», que Heródoto no precisa, pues la leyenda era suficientemente conocida en su época.

[706] Literalmente, «asesinaron a los con Toante, sus maridos»; es decir, a los camaradas de Toante, que vivieron con él y fueron sus contemporáneos (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 126, nota 3). Las mujeres de Lemnos habían ofendido a Afrodita y la diosa las castigó haciendo que sus cuerpos despidiesen un olor inmundo, por lo que sus esposos se negaban a mantener relaciones sexuales con ellas y preferían la compañía de sus esclavas tracias. Las lemnias, para vengarse, mataron a todos los hombres de la isla, salvo a Toante, el rey, que fue salvado por su hija Hipsípila (cf. Apolodoro, I 9, 17). Sobre la interpretación de esta leyenda, que se basa en antiguos ritos exogámicos y de fecundidad, cf. G. Dumézil, *Le crime des lemniennes*, París, 1924.

[707] Cf., por ejemplo, Esquilo, *Coéforos* 633.

[708] La prosperidad o desgracia, por intervención divina, siempre afectaba a una comunidad en la fecundidad o esterilidad de la tierra, el ganado y las mujeres (cf. Sófocles, *Edipo Rey* 25-27; Esquines, *Contra Ctesifonte* 111), hasta el punto de que la fórmula religiosa y tradicional

nienses las satisfacciones que estos últimos determinaran personalmente. En consecuencia, los pelasgos se dirigieron a Atenas y manifestaron que estaban dispuestos a dar satisfacciones por todo el daño cometido.

3 Por su parte los atenienses colocaron en el pritaneo un diván lo más ricamente engalanado que pudieron y, a su lado, una mesa repleta de toda suerte de manjares, y ordenaron a los pelasgos que les entregaran su país en las mismas
4 condiciones. Entonces los pelasgos —que sabían que su proposición no podía cumplirse, pues el Ática se encuentra situada muy al sur de Lemnos[709]— les respondieron en los siguientes términos: «Cuando, a favor del viento del norte, llegue una nave, de vuestro país al nuestro, en una sola jornada, ese día os lo entregaremos».

140 Nada más ocurrió entonces. Pero muchísimos años después de estos hechos[710], cuando el Quersoneso Helespóntico cayó en manos de los atenienses[711], Milcíades, hijo de Cimón, se trasladó a bordo de una nave, en la estación de los vientos etesios[712], desde Elayunte, en el Quersoneso, a

---

de imprecación griega hacía hincapié en esa triple faceta (cf. Hesíodo, *Trabajos* 225-247; Esquilo, *Euménides* 916-1020). Sobre la consulta a Delfos ante la plaga que aquejaba a los pelasgos, cf. nota V 387.

[709] Atenas está situada a unos 240 km. al SO de Lemnos.

[710] Sobre la fecha de la toma de Lemnos (teóricamente algo más de 500 años después de los hechos narrados por Heródoto), cf. nota VI 691.

[711] No porque el Quersoneso fuese una posesión ateniense en la que se hubiesen instalado *clerucos*, sino porque el tirano del Quersoneso era Milcíades, un ciudadano de Atenas (naturalmente, la afirmación tiende a magnificar la gloria de Atenas, pues Milcíades era un vasallo del rey persa y, como tal, tomó parte en la expedición de Darío contra Escitia; cf. IV 137, 1).

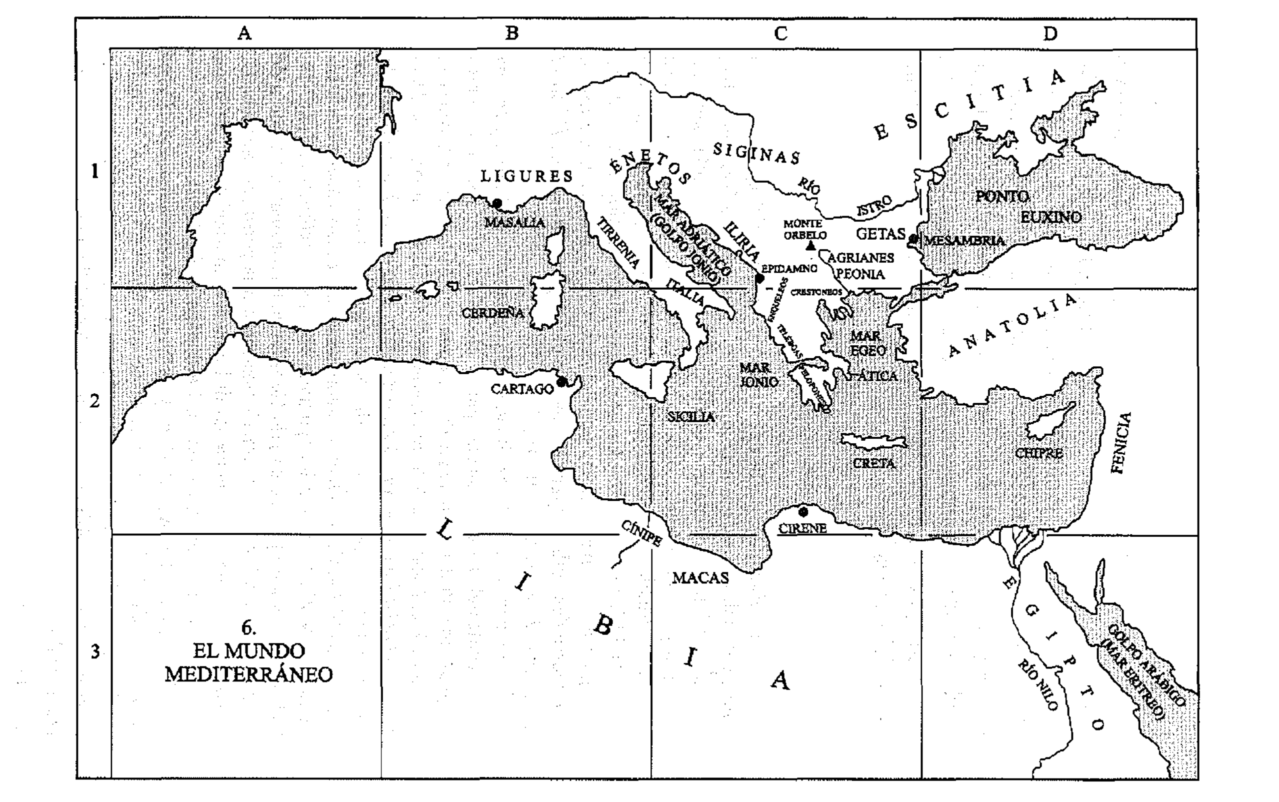
[712] Es decir, vientos «anuales» (del griego *étos*, «año»). En el Egeo soplan durante los meses del verano desde el N-NE.

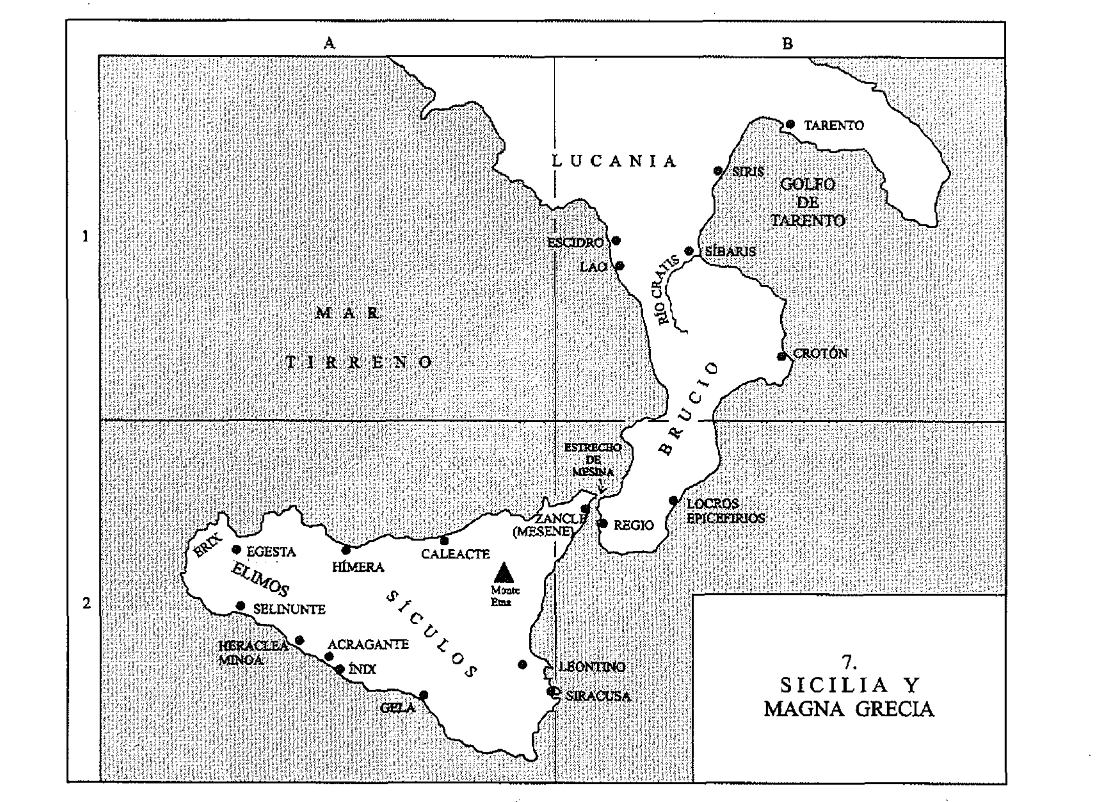
Lemnos[713], por lo que conminó a los pelasgos a que abandonasen la isla, recordándoles el oráculo cuyo cumplimiento ellos, en su fuero interno, pensaron que jamás se produciría. Pues bien, los hefestieos obedecieron sus órdenes; sin em- 2
bargo, los de Mirina[714], que se negaban a admitir que el Quersoneso fuera el Ática, se vieron asediados, hasta que también ellos se plegaron a su voluntad. Así fue, en suma, como se apoderaron de Lemnos los atenienses, y concretamente Milcíades[715].

[713] Desde Elayunte, en la extremidad meridional del Quersoneso, a orillas del Helesponto, hasta Lemnos —que está situada hacia el SO—, hay unos 65 km., distancia que, en condiciones normales, podía salvar un navío griego en unas siete u ocho horas. La velocidad media de una nave griega era variable según los vientos y las corrientes, y podía ir desde 150 km. cada 24 horas, hasta 250 km., un promedio excepcional que sólo se conseguía en las más óptimas condiciones. Cf. R. van Compernolle, «La vitesse des voiliers grecs à l'époque classique», *Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome* 30, 1957.

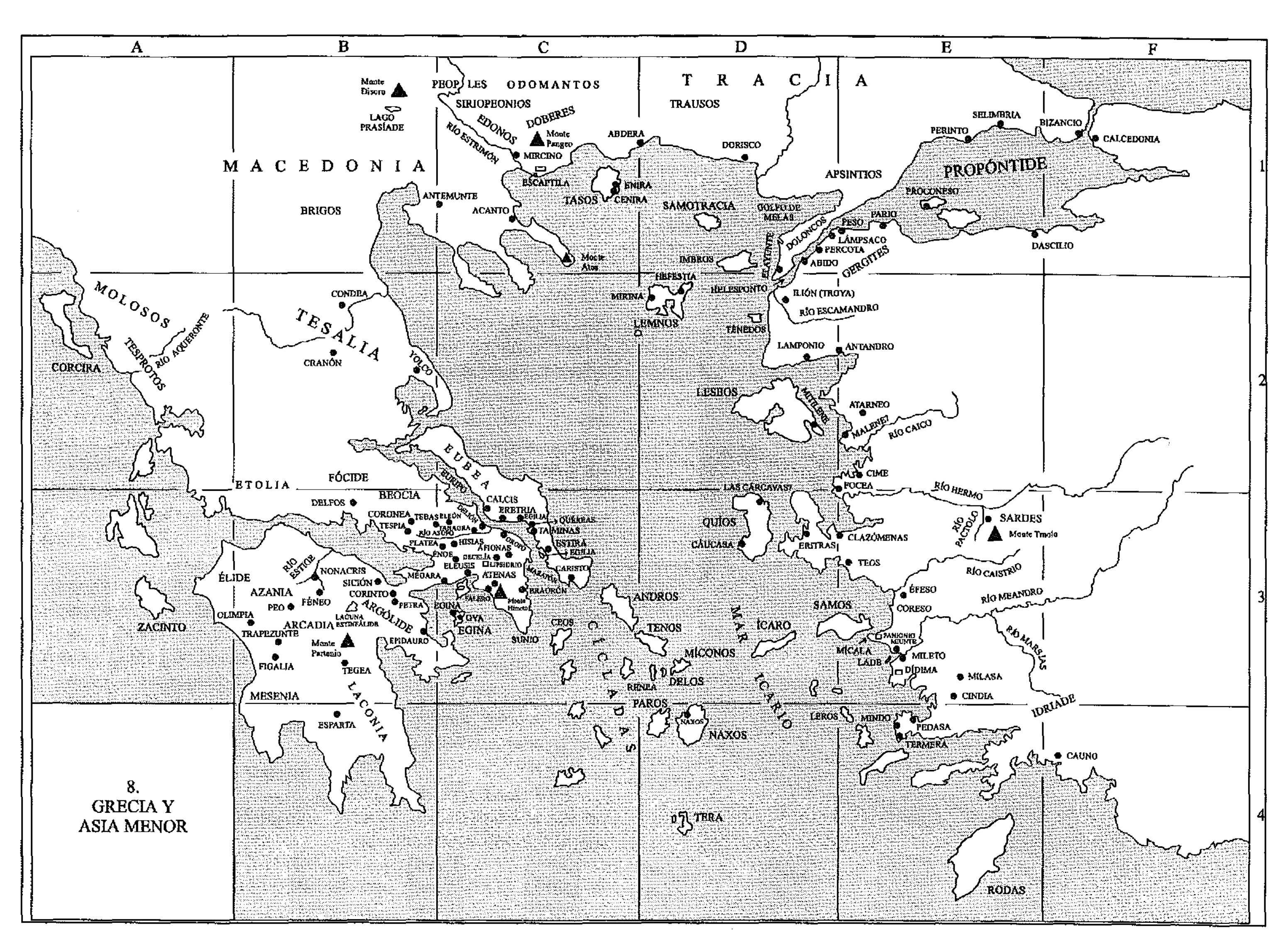
[714] Hefestia se encontraba situada en la costa norte de la isla, y Mirina en la occidental. Es de destacar que ni Heródoto, ni las demás fuentes antiguas que aluden a la toma de Lemnos por Milcíades (cf. Nepote, *Milcíades* 1-2; Diodoro, X 9, 6; Zenobio, *Prov.* III 85; Suda, *s. v. Hermónios cháris;* Esteban de Bizancio, *s. v. Hēphaistia)* mencionan la presencia de tropas persas en la isla, pese a que Lemnos había sido conquistada en 512 a. C. por Ótanes, quien había nombrado gobernador a Licareto (cf. V 27, 1). Como ha apuntado H. Berve, *Miltiades...*, pág. 49, Hefestia se sometió porque su jefe Hermón había asesinado, en unión de sus partidarios, a Licareto y temería una represalia persa (cf., además, D. Mustili, «L'occupazione ateniense di Lemnos e gli scavi di Hephaistia», *Studi offerti a E. Ciaceri,* Florencia, 1940, págs. 149 y sigs.).

[715] Como señalan W. W. How y J. Wells *(A commentary on Herodotus...,* II, pág. 124), «the capture of Lemnos forms an admirable finale, making a pause in the history before the great war, and recalling the great services of the hero Miltiades instead of closing the book with his miserable death».


A
B
C
D
1
2
3
ESCITIA
SIGINAS
ÉNETOS
LIGURES
MASALIA
TIRRENIA
MAR ADRIÁTICO (GOLFO JONIO)
ILIRIA
RÍO ISTRO
MONTE ORBELO
GETAS
MESAMBRIA
PONTO EUXINO
AGRIANES
PEONIA
EPIDAMNO
CRESTONEOS
ENQUELEOS
TELÉBOAS
ITALIA
CERDEÑA
MAR EGEO
ANATOLIA
ÁTICA
MAR JONIO
PELOPONESO
CARTAGO
SICILIA
CRETA
CHIPRE
FENICIA
CIRENE
CÍNIPE
MACAS
LIBIA
EGIPTO
RÍO NILO
GOLFO ARÁBIGO (MAR ERITREO)
6.
EL MUNDO MEDITERRÁNEO



7.
SICILIA Y
MAGNA GRECIA



8.
GRECIA Y
ASIA MENOR

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *El mapa de Hecateo;* 2 = *La ruta real entre Sardes y Susa;* 3 = *La campaña de Jonia;* 4 = *La guerra Esparta/Argos;* 5 = *Maratón;* 6 = *El mundo mediterráneo;* 7 = *Sicilia y Magna Grecia;* 8 = *Grecia y Asia Menor),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevado índice de frecuencia.

ABDERA, ciudad emplazada en la costa egea de Tracia: VI 46, 48 (8 C 1).

ABIDO, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117; VI 26 (8 D 1).

ACANTO, ciudad de la Calcídica: VI 44 (8 C 1).

ACRISIO, rey de Argos y padre de Dánae: VI 53, 54.

ADRASTO, mítico rey de Argos: V 67, 68.

ADRIÁTICO, mar: V 9 (6 B-C 1).

AFIDNAS, demo del Ática: VI 109 (8 C 3).

AGARISTA, hija de Clístenes, tirano de Sición, y esposa de Megacles II: VI 126, 130, 131.

AGARISTA, madre de Pericles: VI 131.

AGEO, padre de Onomasto: VI 127.

AGETO, primer esposo de la madre de Demarato: VI 61, 62.

AGIS, noble espartiata: VI 65.

AGRIANES, tribu peonia sita en el curso alto del Estrimón: V 16 (6 C 1).

ALCEO, poeta lírico lesbio: V 95.

ALCIDAS, espartiata, padre de Ageto: VI 61.

ALCÍMACO, noble eretrieo: VI 101.

ALCMEÓN, noble ateniense: VI 125, 127, 130.

ALCMEÓNIDAS, noble familia ateniense: V 62, 66, 70, 71, 90; VI 115, 121, 123, 125, 131.

ALCÓN, noble moloso, pretendiente de Agarista: VI 127.

ALEJANDRO I, rey de Macedonia: V 17, 19, 20, 21, 22.

ALEO, llanura de Cilicia: VI 95 (2 B-C 2).

ALÓPECE, demo del Ática, próximo a Atenas: V 63.

AMATUNTE, ciudad meridional de Chipre: V 104, 105, 114 (2 B 3).

AMATUSIOS, habitantes de Amatunte: V 108, 115.

AMIANTO, arcadio, pretendiente de Agarista: VI 127.

AMINTAS I, rey de Macedonia: V 17, 18, 19, 20, 94.

AMIRIS, natural de Siris, padre de Dámaso: VI 127.

AMORGAS, general persa que operó en Caria: V 121.

AMPE, ciudad próxima a la desembocadura del Tigris: VI 20 (1).

ANAXÁNDRIDAS II, rey de Esparta, padre de Cleómenes: V 39, 40, 41, 42, 64; VI 50, 108.

ANAXILAO, tirano de Regio: VI 23.

ANDREAS, tirano de Sición, antepasado de Clístenes: VI 126.

ANDROS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 31 (8 C 3).

ANFICTIONES, integrantes de una anfictionía (confederación religiosa o política): V 62.

ANFIMNESTO, natural de Epidamno, pretendiente de Agarista: VI 127.

ANFIÓN, miembro de los Baquíadas de Corinto: V 92.

ANFITRIÓN, padre putativo de Heracles: V 59; VI 53.

ANQUIMOLIO, general lacedemonio derrotado en el Ática: V 63.

ANTANDRO, ciudad de la Tróade: V 26 (8 D 2).

ANTEMUNTE, ciudad de la Calcídica: V 94 (8 B 1).

ANTÍCARES, adivino natural de Eleón, en Beocia: V 43.

APOLO, divinidad griega: V 60, 61; VI 57, 80, 118.

APOLO ISMENIO, advocación de Apolo en Tebas: V 59.

APOLÓFANES, padre de Bisalta de Abido: VI 26.

APSINTIOS, pueblo tracio establecido al norte del Quersoneso: VI 34, 36, 37 (8 D-E 1).

AQUEMÉNIDAS, casta persa: V 32.

AQUEOS, griegos pobladores del Peloponeso antes de la migración doria: V 72.

AQUERONTE, río del Epiro: V 92 (8 A 2).

AQUILEO, ciudad de la Tróade: V 94 (3).

Arcadia, región del Peloponeso: VI 74, 83 (8 B 3).

Arcadios, habitantes de Arcadia: V 49; VI 74, 127.

Arderica, localidad de la región de Cisia: VI 119 (1).

Ares, divinidad griega identificada con el Plistoro tracio: V 7.

Árgades, mítico hijo de Ión, epónimo de una de las cuatro tribus atenienses preclisténicas: V 66.

Argía, esposa de Aristodemo, descendiente de Polinices: VI 52.

Argivos, naturales de Argos: V 22, 49, 57, 61, 67, 68, 86, 87, 88, 94, 113; VI 19, 75, 76, 77, 78, 79, 83, 84, 92.

Argólide, región nororiental del Peloponeso: VI 76, 92 (8 B 3).

Argos, ciudad del Peloponeso, capital de la Argólide: V 67, 88; VI 76, 80, 82, 83, 127 (4).

Argos, héroe argivo: VI 75, 78, 80, 82.

Arifrón, padre de Jantipo: VI 131, 136.

Aristágoras, milesio lugarteniente de Histieo; promotor de la sublevación jonia: V 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 49, 50, 51, 54, 55, 65, 97, 98, 99, 103, 105, 124, 126; VI 1, 3, 5, 9, 13, 18.

Aristágoras, tirano de Cime: V 37.

Aristocipro, rey de Solos: V 113.

Aristócrates, noble egineta: VI 73.

Aristodemo, mítico rey de Esparta, padre de Eurístenes y Procles: VI 52.

Aristofanto, padre del delfio Cobón: VI 66.

Aristogitón, uno de los «Tiranicidas» que asesinaron a Hiparco: V 55; VI 109, 123.

Aristómaco, mítico caudillo dorio, padre de Aristodemo: VI 52.

Aristón, rey de Esparta (Euripóntida): V 75; VI 51, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 69.

Aristónimo, tirano de Sición, padre de Clístenes: VI 126.

Armenia, región de Asia: V 52 (2 C-E 1).

Armenios, pueblo de Asia, vasallos de los persas: V 49.

Arquelaos, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

Arquídamo II, rey de Esparta, hijo de Zeuxidamo: VI 71.

Ártace, puerto de Cícico: VI 33 (3).

Artáfrenes, sátrapa de Sardes, hermano de Darío: V 25, 30, 31, 32, 33, 35, 73, 96, 100, 123; VI 1, 2, 4, 30, 42, 94.

Artáfrenes, hijo del anterior: VI 94, 119.

Ártemis, divinidad griega: VI 138.

Ártemis, divinidad griega identificada con la diosa tracia Bendis: V 7.

Artibio, general persa que atacó Chipre: V 108, 110, 111, 112.

Artojerjes I, rey de Persia, hijo y sucesor de Jerjes: VI 98.

Artozostra, hija de Darío: VI 43.

Asia, una de las tres partes del mundo: V 12, 15, 17, 30, 49, 50, 96, 97, 119; VI 24, 43, 45, 58, 70, 95, 116, 118, 119 (1).

Asirios, pueblo de Asia: VI 54 (2 C-D 2).

Asopo, río de Beocia: V 80; VI 108 (8 B-C 3).

Ástaco, padre del héroe Melanipo: V 67.

Aster, espartiata, padre de Anquimolio: V 63.

Astrábaco, héroe lacedemonio: VI 69.

Atarneo, ciudad y comarca de Eolia: VI 4, 28, 29 (8 E 2).

Atenas, capital del Ática: V 55, 57, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 69, 70, 71, 72, 76, 77, 82, 87, 90, 91, 96, 97, 103; VI 34, 35, 39, 41, 43, 49, 85, 86, 87, 94, 99, 103, 106, 107, 108, 109, 115, 120, 121, 123, 124, 125, 127, 128, 131, 132, 137, 139 (8 C 3).

Atenea, divinidad griega: V 95.

Atenea Cratia, advocación de Atenea en Síbaris: V 45.

Atenea Políade, advocación de Atenea como «protectora de la ciudad» de Atenas: V 82.

Atenienses, habitantes de Atenas y, en general, del Ática: V 55, 57, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 103, 105, 113; VI 21, 35, 36, 49, 50, 73, 75, 86, 87, 88, 89, 90, 92, 93, 94, 100, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 109, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 120, 121, 122, 124, 130, 132, 135, 136, 137, 138, 139, 140.

Ática, región de Grecia central: V 64, 65, 74, 76, 81, 82, 87, 88, 89; VI 73, 102, 120, 137, 139, 140 (6 C 2).

Áticos, naturales del Ática: V 87, 91; VI 138.

Atos, monte de la Calcídica, en la península de Acté: VI 44, 45, 95 (8 C 1).

Autesión, descendiente de Polinices: VI 52.

Auxesia, divinidad de la fecundidad venerada en Epidauro: V 82, 83.

Áyax, mítico rey de Salamina: V 66; VI 35.

Azanios, naturales de Azania, comarca noroccidental de Arcadia: VI 127 (8 B 3).

BACTRA, ciudad de Sogdiana, en los confines orientales del imperio persa: VI 9 (1).

BAQUÍADAS, clan aristocrático de Corinto: V 92.

BÁRBAROS, gentes de raza no griega; a) = tracios: V 23; b) = persas: V 49; VI 9, 31, 99, 106, 107, 112, 113, 115, 116, 117, 121; c) = indeterminados: V 58; VI 58.

BEOCIA, región de Grecia central: V 57, 59, 67; VI 34 (8 B-C 3).

BEOCIOS, habitantes de Beocia: V 57, 61, 74, 77, 81, 89, 91; VI 108.

BISALTA, lugarteniente de Histieo de Mileto en el Helesponto: VI 26.

BIZANCIO, ciudad sita en la orilla europea del Bósforo: V 103; VI 5, 26, 33 (8 F 1).

BIZANTINOS, habitantes de Bizancio: V 26; VI 33.

BRÁNQUIDAS, familia a cargo del templo de Apolo en Dídima: V 36.

BRAURÓN, demo del Ática: VI 138 (8 C 3).

BRIGOS, pueblo tracio establecido a orillas del golfo Termaico: VI 45 (8 B 1).

BÚBARES, noble persa, hijo de Megabazo: V 21.

BUTÁCIDAS, crotoniata, padre de Filipo: V 47.

CADMEOS, descendientes de Cadmo, antiguo nombre de los tebanos: V 57, 61.

CADMO, mítico príncipe fenicio: V 57, 58, 59.

CAICO, río de Asia Menor: VI 28 (8 E 2).

CAÍSTRIO, río de Asia Menor: V 100 (8 E 3).

CALCEDONIOS, habitantes de Calcedonia, ciudad a orillas del Bósforo: V 26; VI 33 (8 F 1).

CALCIDEOS, habitantes de Calcis: V 74, 77, 91, 99.

CALCIS, ciudad de Eubea: V 77; VI 100, 118 (8 C 3).

CALEACTE, lugar de la costa septentrional de Sicilia: VI 22, 23 (7 A 2).

CALIAS, adivino eleo: V 44, 45.

CALIAS, rico aristócrata ateniense: VI 121, 122.

CALÍMACO, jefe supremo del ejército ateniense en Maratón: VI 109, 110, 111, 114.

CAMBISES, rey de Persia, hijo de Ciro: V 25.

CAPADOCIA, región de Anatolia: V 52 (2 B-C 1-2).

CAPADOCIOS, habitantes de Capadocia: V 49.

CARDIA, ciudad del Quersoneso Tracio a orillas del golfo de Metas: VI 33, 36, 41 (3).

CARIA, región de Asia Menor: V 88, 103, 117, 122; VI 25 (3).

CARIOS, habitantes de Caria: V 111, 112, 117, 118, 119, 120, 121; VI 20.

CARISTIOS, habitantes de Caristo: VI 99.
CARISTO, ciudad meridional de Eubea: VI 99 (8 C 3).
COROPINO, hermano de Aristágoras de Mileto: V 99.
CARTAGINESES, habitantes de Cartago: V 42; VI 17 (6 B 2).
CASAMBO, noble egineta: VI 73.
CÁUCASA, localidad de Quíos: V 33 (8 D 3).
CAUNO, ciudad de Caria: V 103 (8 F 4).
CELA, demo próximo a Atenas: VI 103.
CÉLEAS, espartiata compañero de Dorieo: V 46.
CENEO, lapita caracterizado por su invulnerabilidad: V 92.
CENIRA, paraje de la isla de Tasos: VI 47 (8 C 1).
CEOS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 102 (8 C 3).
CERDEÑA, isla del Mediterráneo occidental: V 106, 124; VI 2 (6 B 1-2).
CIBEBE, divinidad lidia de la fecundidad (= Cíbele): V 102.
CÍCICO, ciudad de la Propóntide: VI 33 (3).
CÍCLADAS, archipiélago del Egeo: V 30, 31 (8 C-D 3-4).
CILICIA, región sudoriental de Anatolia: V 52, 108; VI 43, 95 (2 B-C 2).
CILICIOS, habitantes de Cilicia: V 49, 118; VI 6.
CILÓN, noble ateniense que intentó alzarse con la tiranía: V 71.
CIME, ciudad eolia: V 37, 38, 123 (8 E 2).
CIMÓN I, noble ateniense, padre de Milcíades II: VI 34, 38, 39, 40, 103, 137, 140.
CIMÓN II, hijo de Milcíades II: VI 136.
CINDIA, ciudad de Caria: V 118 (8 E 3).
CÍNEAS, noble eretrieo: VI 101.
CÍNEAS, rey de Condea, en Tesalia: V 63.
CINEGIRO, ateniense muerto en Maratón: VI 114.
CÍNIPE, región de Libia: V 42 (6 B 2-3).
CINISCO, sobrenombre de Zeuxidamo: VI 71.
CINOSARGES, recinto sagrado consagrado a Heracles, próximo a Atenas: V 63; VI 116.
CÍO, ciudad de Misia, a orillas de la Propóntide: V 122 (3).
CIPSÉLIDAS, dinastía de tiranos que rigió Corinto: VI 128.
CÍPSELO, tirano de Corinto: V 92, 95.
CÍPSELO, noble ateniense del clan de los Filaidas, padre de Milcíades I: VI 34, 35, 36.
CIRENE, ciudad griega de África: V 47 (6 C 2).
CIRO, rey de Persia, fundador del imperio: V 52.
CISIA, región de Asia (= Susiana), cuya capital era Susa: V 49, 52; VI 119 (2 E 3).

Clazómenas, ciudad de Jonia: V 123 (8 E 3).
Cleandro, adivino arcadio: VI 83.
Cleodeo, mítico caudillo dorio hijo de Hilo: VI 52.
Cleómbroto, hermanastro de Cleómenes y padre de Pausanias: V 32, 41.
Cleómenes, I, rey de Esparta: V 39, 41, 42, 48, 49, 50, 51, 54, 64, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 90, 97; VI 50, 51, 61, 64, 65, 66, 73, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 92, 108.
Clístenes, noble ateniense reformador de las instituciones del Estado: V 66, 67, 69, 70, 72, 73; VI 131.
Clístenes, tirano de Sición: V 67, 68, 69; VI 126, 128, 129, 130, 131.
Cneto, noble egineta: VI 88.
Coaspes, río de Asia, afluente del Tigris: V 49, 52 (2 E 2-3).
Cobón, influyente personaje de Delfos: VI 66.
Codro, mítico rey de Atenas, descendiente de Neleo: V 65, 76.
Coes, general mitileneo: V 11, 37, 38.
Columnas Blancas, lugar de Caria: V 118 (3).
Condea, ciudad de Tesalia: V 63 (8 B 2).
Coreso, playa del territorio de Éfeso: V 100 (8 E 3).
Corintios, habitantes de Corinto: V 75, 92, 93; VI 89, 108.
Corinto, ciudad nororiental del Peloponeso: V 87, 92; VI 128 (8 B 3).
Coroneos, habitantes de Coronea, ciudad de Beocia: V 79 (8 B 3).
Cranón, ciudad de Tesalia: VI 127 (8 B 2).
Cratis, río de la Magna Grecia próximo a Síbaris: V 45 (7 B 1).
Creso, último rey de Lidia: V 36; VI 37, 38, 125, 127.
Crestoneos, pueblo de Tracia al norte de Macedonia: V 3, 5 (6 C 2).
Crío, noble egineta: VI 50, 73.
Crotón, ciudad de la Magna Grecia: V 44, 45, 47 (7 B 1).
Crotoniatas, habitantes de Crotón: V 44, 45; VI 21.
Cufágoras, padre de Epicelo: VI 117.
Curieos, habitantes de Curio: V 113.
Curio, ciudad meridional de Chipre: V 113 (2 B 3).

Chipre, isla del Mediterráneo oriental: V 31, 49, 108, 109, 113, 115 (6 D 2).
Chipriotas, habitantes de Chipre: V 9, 104, 109, 110, 113, 116; VI 6.

Dámaso, natural de Siris, pretendiente de Agarista: VI 127.
Damia, divinidad de la fecun-

didad venerada en Epidauro: V 82, 83.

Dánae, princesa argiva, madre de Perseo: VI 53.

Dárdano, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117 (3).

Darío, I, rey de Persia: V 1, 2, 11, 12, 13, 14, 17, 18, 23, 24, 25, 27, 30, 32, 36, 37, 65, 73, 96, 98, 103, 105, 106, 107, 108, 116, 124; VI 1, 2, 3, 9, 20, 24, 25, 30, 40, 41, 43, 46, 48, 49, 70, 84, 94, 95, 98, 101, 119.

Dascilio, ciudad sita a orillas de la Propóntide, capital de la satrapía helespóntica: VI 33 (8 E 1).

Datis, general de las tropas persas durante la primera guerra médica: VI 94, 97, 98, 118, 119.

Daurises, general persa que operó en Asia Menor durante la sublevación jonia: V 116, 117, 118, 121, 122.

Decelía, demo del Ática: VI 92 (8 C 3).

Delfios, naturales de Delfos: V 72.

Delfos, ciudad de Fócide, con un famoso santuario consagrado a Apolo: V 42, 43, 62, 63, 67, 82, 89, 92; VI 19, 27, 34, 35, 52, 57, 66, 70, 76, 86, 125, 135, 139 (8 B 3).

Delión, ciudad de Beocia: VI 118 (8 C 3).

Delios, habitantes de Delos: VI 97, 98, 118.

Delos, isla del archipiélago de las Cícladas: VI 97, 98, 99, 118 (8 D 3).

Demarato, rey de Esparta, hijo de Aristón: V 75; VI 50, 51, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 84.

Demármeno, noble espartiata: V 41; VI 65.

Deméter Acaya, advocación de Deméter en su calidad de madre «Dolorosa»: V 61.

Deméter Tesmóforo, advocación de Deméter en su calidad de «Legisladora» de la vida civil, o de «Fundadora» de las prácticas agrícolas: VI 91, 134.

Diactóridas, noble espartiata: VI 71.

Diactóridas, noble tesalio, pretendiente de Agarista: VI 127.

Dídima, localidad del territorio de Mileto con un famoso templo consagrado a Apolo: VI 19 (8 E 3).

Dimanatas, miembros de una de las tradicionales tribus de Sición: V 68.

Dioniso, general foceo que participó en la batalla de Lade: VI 11, 12, 17.

Dionisio, divinidad griega: V 67.

Dioniso, divinidad griega identificado con el dios tracio Sabacio: V 7.

DIOSCUROS (= Cástor y Pólux, así llamados por ser hijos de Zeus): VI 127.
DISORO, monte de Peonia: V 17 (8 B 1).
DOBERES, tribu peonía situada al norte del monte Pangeo: V 16 (8 C 1).
DOLONCOS, pueblo tracio habitantes del Quersoneso: VI 34, 35, 36, 40.
DORIEO, hermanastro de Cleómenes I: V 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48.
DORIOS, una de las estirpes en que se hallaban divididos los griegos: V 68, 72, 76, 87, 88; VI 53, 55.
DORISCO, localidad de Tracia: V 98 (8 D 1).

ÉACES, tirano de Samos, hijo de Silosonte: VI 13, 14, 22, 25.
ÉACES, abuelo del anterior: VI 13.
EÁCIDAS, hijos de Éaco (Telamón y Peleo), el primer rey de Egina: V 80, 81.
ÉACO, mítico héroe, primer rey de Egina: V 89; VI 35.
ÉBARES, sátrapa de Dascilio: VI 33.
EDIPO, mítico rey de Tebas, hijo de Layo: V 60.
EDONOS, pueblo tracio establecido al norte del monte Pangeo: V 11, 124 (8 C 1).
EETIÓN, natural de Corinto, padre del tirano Cípselo: V 92.
EFESIOS, habitantes de Éfeso: V 100; VI 16.
ÉFESO, ciudad de Jonia: V 54, 100, 102; VI 16, 84 (8 E 3).
EGESTEOS, habitantes de Egesta, ciudad de Sicilia: V 46, 47 (7 A 2).
EGIALEO, hijo del héroe argivo Adrasto: V 68.
EGIALEOS, miembros de una tribu de Sición: V 68.
EGÍCORAS, mítico hijo de Ión; epónimo de una de las cuatro tribus atenienses preclisténicas: V 66.
EGILIA, demo dependiente de Eretria: VI 101 (8 C 3).
EGILIA, isla del estrecho de Eubea, próxima a Estira: VI 107 (8 C 3).
EGINA, isla del golfo Sarónico: V 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89; VI 49, 50, 61, 64, 73, 85, 88, 89, 90, 92 (8 C 3).
EGINA, ninfa hija del río Asopo: V 80; VI 35.
EGINETAS, habitantes de Egina: V 80, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 88, 89; VI 49, 50, 61, 65, 73, 85, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 94.
EGIPCIOS: VI 6, 54, 55, 60.
EGIPTO, región avenada por el Nilo: VI 53 (6 D 3).
ELAYUNTE, localidad del Quersoneso Tracio: VI 140 (8 D 1).
ELEÓN, ciudad de Beocia: V 43 (8 C 3).

ELEOS, habitantes de la Élide: V 44, 45; VI 127.
ELEUSIS, demo del Ática con un santuario consagrado a Deméter y Perséfone: V 74, 75, 76; VI 64, 75 (8 C 3).
ÉLIDE, región noroccidental del Peloponeso: VI 70 (8 A-B 3).
ÉNETOS, pueblo establecido en Iliria y el noreste de Italia: V 9 (6 B-C 1).
ENIRA, paraje de la isla de Tasos: VI 47 (8 C 1).
ÉNOE, demo del Ática: V 74 (8 C 3).
ENQUELEOS, tribu establecida al sur de Iliria: V 61 (6 C 2).
EOLIA, región costera de Asia Menor: V 123 (3).
EOLIOS, una de las estirpes en que estaban divididos los griegos: V 94, 122; VI 8, 28, 98.
EPICELO, ateniense que perdió la vista en Maratón milagrosamente: VI 117.
EPICIDES, noble espartiata: VI 86.
EPIDAMNO, ciudad de Iliria: VI 127 (6 C 1).
EPIDAURIOS, habitantes de Epidauro: V 82, 83, 84.
EPIDAURO, localidad de la Argólide: V 82, 83, 86 (8 B 3).
EPÍSTROFO, natural de Epidamno, padre de Anfimnesto: VI 127.
EQUÉCRATES, natural de Corinto, padre de Eetión: V 92.
ERASINO, río fronterizo entre Laconia y la Argólide: VI 76 (4).
ERECTEO, mítico rey de Atenas: V 82.
ERETRIA, ciudad de Eubea: V 57; VI 43, 94, 98, 99, 100, 101, 102, 106, 107, 115, 119, 127 (8 C 3).
ERETRIEOS, habitantes de Eretria: V 99, 102; VI 100, 101, 119, 120.
ERITREO, mar que designa al Mar Rojo, al Golfo Pérsico y al Océano Índico: VI 20.
ERITREOS, habitantes de Eritras, ciudad de Jonia: VI 8 (8 D 3).
ERIX, región del noroeste de Sicilia: V 43, 45 (7 A 2).
ERXANDRO, natural de Mitilene, padre de Coes: V 37.
ESCAMANDRO, río de la Tróade: V 65 (8 D-E 2).
ESCAPTILA, lugar de Tracia con yacimientos auríferos: VI 46 (8 C 1).
ESCEO, mítico pugilista muerto por Heracles: V 60.
ESCIDRO, ciudad de Lucania: VI 21 (7 B 1).
ESCÍLAX, natural de Mindo: V 33.
ESCITA, rey de Zancle: VI 23, 24.
ESCITAS, habitantes de Escitia: VI 40, 41, 84.
ESCITIA, región sita al norte del Ponto Euxino, entre los ríos

Istro (= Danubio) y Tanais (= Don): V 24, 27 (6 C-D 1).
Escópadas, familia dirigente de la ciudad tesalia de Cranón: VI 127.
Esmindírides, natural de Síbaris famoso por su refinamiento: VI 127.
Esparta, capital de Laconia: V 39, 40, 41, 48, 49, 50, 51, 55, 63, 65, 75, 76, 90, 92, 94, 97; VI 49, 51, 60, 61, 63, 65, 67, 68, 70, 71, 72, 74, 75, 81, 84, 85, 86, 105, 106, 120 (8 B 4).
Espartanos, habitantes de Esparta: VI 59.
Espartiatas, habitantes de Esparta pertenecientes a la clase dominante: V 39, 40, 42, 46, 50, 75, 91; VI 50, 51, 52, 56, 58, 59, 63, 65, 66, 71, 74, 75, 76, 77, 82, 84, 85, 86.
Esquines, noble eretrieo: VI 100.
Esteságoras I, noble ateniense, padre de Cimón I: VI 34, 103.
Esteságoras II, noble ateniense, hijo de Cimón I y hermano de Milcíades II: VI 38, 39, 103.
Estesenor, tirano de Curio: V 113.
Estesilao, estratego ateniense muerto en Maratón: VI 114.
Estigia, río de Arcadia: VI 74 (8 B 3).
Estinfálide, laguna de Arcadia: VI 76 (8 B 3).
Estireos, habitantes de Estira, localidad de Eubea: VI 107 (8 C 3).
Estrimón, río de Tracia: V 1, 13, 23, 98 (8 C 1).
Eteocles, mítico rey de Tebas, hijo de Edipo: V 61.
Etolia, región de Grecia central: VI 127 (8 B 2-3).
Etolios, habitantes de Etolia: VI 127.
Eubea, isla del Egeo occidental: V 31, 77; VI 100, 127 (8 B-C 2-3).
Euforbo, noble eretrieo: VI 101.
Euforión, ateniense padre de Cinegiro y del poeta Esquilo: VI 114.
Euforión, padre de Láfanes: VI 127.
Éufrates, río de Asia: V 52 (2 C-E 1-3).
Euríbates, caudillo argivo que murió en Egina: VI 92.
Eurídama, segunda esposa de Leotíquidas: VI 71.
Eurileonte, espartiata compañero de Dorieo: V 46.
Euripo, estrecho entre Beocia y Eubea: V 77 (8 C 3).
Eurístenes, mítico rey espartano, hijo de Aristodemo y antepasado de los Agiadas: V 39; VI 51, 52.
Europa, una de las tres partes del mundo: V 1, 12; VI 43 (1).
Evágoras, laconio cuyas yeguas

triunfaron en tres Olimpiadas: VI 103.
Eválcidas, general eretrieo en la incursión jonia contra Sardes: V 102.
Eveltón, rey de Salamina de Chipre: V 104.

Falero, antiguo puerto de Atenas: V 63, 81, 85; VI 116 (8 C 3).
Fasis, río de la Cólquide: VI 84 (2 D 1).
Febo, epíteto de Apolo: VI 61.
Féneo, localidad de Arcadia: VI 74 (8 B 3).
Fenicia, región del Mediterráneo oriental: VI 3, 17 (6 D 3).
Fenicios, habitantes de Fenicia: V 46, 57, 58, 108, 109, 112; VI 3, 6, 14, 25, 28, 33, 41, 47, 104, 118.
Fenipo, noble ateniense, padre de Calias: VI 121.
Fidón, tirano de Argos: VI 127.
Figalia, localidad sudoccidental de Arcadia: VI 83 (8 B 3).
Filagro, noble eretrieo: VI 101.
Fileo, mítico hijo de Áyax que donó Salamina a los atenienses: VI 35.
Filípides, correo pedestre del Estado ateniense: VI 105, 106.
Filipo, natural de Crotón, compañero de Dorieo: V 47.
Filocipro, rey de Solos, padre de Aristocipro: V 113.
Focea, ciudad de Jonia: VI 17 (8 D 3).
Foceos, habitantes de Focea: VI 8, 11, 12, 17.
Fócide, región de Grecia central: VI 34 (8 B 2-3).
Frigia, región de Anatolia: V 52, 98 (2 B 1).
Frigios, habitantes de Frigia: V 49.
Frínico, poeta trágico ateniense: VI 21.
Fuente de los Nueve Caños, La, fuente próxima a la Acrópolis de Atenas: VI 137.

Gefireos, clan ateniense al que pertenecían los «Tiranicidas»: V 57, 58, 61, 62.
Gela, ciudad meridional de Sicilia: VI 23 (7 A 2).
Geleonte, mítico hijo de Ión, epónimo de una de las cuatro tribus atenienses preclisténicas: V 66.
Gergites, tribu establecida en la orilla asiática del Helesponto: V 122 (8 E 1).
Getas, pueblo establecido al norte de Tracia: V 3, 4 (6 C 1).
Gigea, hermana de Alejandro I, rey de Macedonia: V 21.
Giges, noble lidio, padre de Mirso: V 121.
Gimnopedias, festival religioso-militar que se celebraba en Esparta: VI 67.
Gindes, río de Asia, afluente del Tigris: V 52 (2 D-E 2-3).

Glauco, noble espartiata: VI 86.

Gobrias, noble persa, padre de Mardonio y uno de los siete conjurados contra los magos: VI 43.

Golfo Jonio (= mar Adriático): VI 127 (6 B-C 1).

Gorgo, hija de Cleómenes I: V 48, 51.

Gorgo, rey de Salamina de Chipre: V 104, 115.

Halis, río de Anatolia: V 52, 102 (2 B-C 1).

Harmodio, uno de los «Tiranicidas» que asesinaron a Hiparco: V 55; VI 109, 123.

Hárpago, general persa al mando de las tropas en Misia: VI 28, 30.

Hecateo, logógrafo natural de Mileto: V 36, 125, 126; VI 137.

Hefestieos, habitantes de Hefestia, ciudad de Lemnos: VI 140 (8 D 2).

Hegesandro, padre de Hecateo: V 125; VI 137.

Hegesípila, hija del rey tracio Óloro: VI 39.

Hegesístrato, tirano de Sigeo, hijo de Pisístrato de Atenas: V 94.

Helanódicas, funcionarios encargados de organizar y presidir los Juegos Olímpicos: V 22.

Helena, esposa de Menelao raptada por Paris y divinizada en Esparta: V 94; VI 61.

Helesponto, estrecho entre el Egeo y la Propóntide, y zona adyacente: V 1, 11, 13, 14, 23, 33, 91, 103, 117, 122; VI 26, 33, 43, 95 (8 D 1-2).

Hera, divinidad griega: V 92.

Heracles, el más famoso de los héroes griegos, luego divinizado: V 43, 63; VI 53, 108, 116.

Heráclidas, descendientes de Heracles: V 43.

Heraclides, natural de Cime: V 37.

Heraclides, natural de Milasa, hermano de Olíato: V 121.

Hereo, templo de Hera cercano a Argos: VI 81, 82 (4).

Hermes, divinidad griega identificada con un dios solar tracio: V 7.

Hermipo, natural de Atarneo, confidente de Artáfrenes: VI 4.

Hermo, río de Asia Menor: V 101 (8 E-F 2-3).

Hermofanto, natural de Mileto que acaudilló a los jonios contra Sardes: V 99.

Hiatas, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

Hidarnes, general persa de las tropas acantonadas en Jonia: VI 133.

Hileos, miembros de una de las tradicionales tribus de Sición: V 68.

HILO, mítico caudillo dorio, hijo de Heracles: VI 52.

HIMAYES, general persa que operó en Asia Menor durante la sublevación jonia: V 116, 122.

HÍMERA, ciudad septentrional de Sicilia: VI 24 (7 A 2).

HIMESO (= Himeto), monte próximo a Atenas: VI 137 (8 C 3).

HIPARCO, hijo de Pisístrato y tirano de Atenas: V 55, 56, 57, 62; VI 123.

HIPIAS, hijo de Pisístrato y tirano de Atenas: V 55, 62, 91, 92, 93, 94, 96; VI 102, 107, 108, 109, 121.

HIPOCLIDES, noble ateniense, pretendiente de Agarista: VI 127, 128, 129.

HIPOCOONTE, espartano muerto por Heracles y padre de Esceo: V 60.

HIPÓCRATES, noble ateniense de la familia de los Alcmeónidas: VI 131.

HIPÓCRATES, padre de Pisistrato, el tirano de Atenas: V 65; VI 103.

HIPÓCRATES, padre del sibarita Esmindírides: VI 127.

HIPÓCRATES, tirano de Gela: VI 23.

HIPÓNICO, noble ateniense, hijo de Calias: VI 121.

HISIAS, demo perteneciente al territorio de Platea: V 74; VI 108 (8 C 3).

HISTASPES, noble Aqueménida, padre de Darío: V 30, 73; VI 98.

HISTIEO, caudillo de Termera: V 37.

HISTIEO, tirano de Mileto y artífice de la sublevación de Jonia: V 11, 23, 24, 25, 30, 35, 36, 106, 107, 108, 124; VI 1, 2, 3, 4, 5, 6, 26, 27, 29, 30, 46.

HISTORIA, obra compuesta por Hecateo: VI 137.

HOPLES, mítico hijo de Ión, epónimo de una de las cuatro tribus preclisténicas: V 66.

IBANOLIS, natural de Milasa, padre de Olíato y Heraclides: V 37, 121.

ICARIO, mar próximo a Ícaro: VI 96 (8 D 3-4).

ÍCARO, isla de las Espóradas meridionales: VI 95 (8 D 3).

IDRÍADE, comarca de Caria: V 118 (8 E-F 3).

ILIÓN, ciudad de la Tróade: V 94, 122 (8 D 2).

IMBROS, isla del Egeo septentrional: V 26; VI 41, 104 (8 D 1).

INDIOS, habitantes de la India, la región más oriental de Asia: V 3 (1).

ÍNIX, localidad meridional de Sicilia: VI 23, 24 (7 A 2).

IÓN, epónimo de los jonios, mítico descendiente de Helén: V 66.

ISÁGORAS, noble ateniense, rival político de Clístenes: V 66, 70, 72, 74.
ISTRO, río de Europa (= Danubio): V 9, 10 (6 B-D 1).
ITALIA, nombre reservado a la zona del golfo de Tarento y del Brucio: V 43; VI 127.

JANTIPO, noble ateniense padre de Pericles: VI 131, 136.
JERJES, rey de Persia, hijo y sucesor de Darío I: VI 98.
JONIA, región costera de Asia Menor: V 28, 30, 31, 37, 50, 65, 88, 98, 106, 108, 109, 115, 123, 124; VI 1, 3, 7, 13, 17, 22, 28, 33, 43, 86, 95 (3).
JONIOS, una de las estirpes en que estaban divididos los griegos: V 28, 49, 58, 69, 87, 98, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 108, 109, 110, 112, 115, 116, 117, 122; VI 1, 2, 3, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 17, 18, 22, 26, 28, 31, 32, 41, 42, 43, 98.

LABDA, madre del tirano de Corinto, Cípselo: V 92.
LÁBDACO, mítico rey de Tebas, padre de Layo: V 59.
LABRAUNDA, localidad de Caria: V 119 (3).
LACEDEMONIA, denominación oficial del Estado espartano: V 38, 48, 63, 75, 96; VI 58.
LACEDEMONIOS, habitantes de Lacedemonia: V 42, 49, 50, 54, 63, 65, 70, 72, 73, 75, 90, 91, 92, 93, 97; VI 52, 53, 58, 60, 67, 70, 72, 75, 77, 78, 84, 85, 92, 106, 107, 108, 120, 123.
LACONIA, región del Peloponeso (= Lacedemonia): VI 58 (8 B 3-4).
LACONIOS, naturales de Laconia: VI 57, 103, 129.
LADE, islote próximo a Mileto: VI 7, 11 (8 E 3).
LÁFANES, pretendiente de Agarista natural de Azania: VI 127.
LAMPITO, hija de Leotíquidas y esposa de Arquídamo II: VI 71.
LAMPONIO, ciudad de la Tróade: V 26 (8 D 2).
LAMPSACENOS, habitantes de Lámpsaco: VI 37, 38.
LÁMPSACO, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117; VI 37, 38 (8 D 1).
LAO, ciudad de Lucania: VI 21 (7 B 2).
LAODAMANTE, mítico rey de Tebas, hijo de Eteocles: V 61.
LAPITAS, míticos pobladores de Tesalia: V 92.
LAS CÁRCAVAS, lugar de la isla de Quíos: VI 26 (8 D 3).
LA TOMA DE MILETO, tragedia de Frínico: VI 21.
LAYO, mítico rey de Tebas, padre de Edipo: V 43, 59, 60.
LEMNIOS, habitantes de Lemnos: V 27.
LEMNOS, isla del Egeo septen-

trional: V 26, 27; VI 136, 137, 138, 139, 140 (8 D 2).
LEOCEDES, hijo de Fidón y pretendiente de Agarista: VI 127.
LEÓN, rey de Esparta, padre de Anaxándridas: V 39.
LEÓNIDAS, hermanastro de Cleómenes I y rey de Esparta: V 41.
LEÓPREPES, noble espartiata: VI 85.
LEOTÍQUIDAS, rey de Esparta que sucedió a Demarato tras su deposición: VI 65, 67, 68, 69, 71, 72, 73, 85, 86.
LEROS, isla de las Espóradas meridionales: V 125 (8 E 4).
LESBIOS, habitantes de Lesbos: V 26, 98; VI 5, 8, 14, 26, 27.
LESBOS, isla del Egeo oriental: V 98; VI 8, 28, 31 (8 D 2).
LIBIA, una de las tres partes del mundo (= África): V 42, 43 (1).
LICARETO, gobernador de Lemnos vasallo de los persas: V 27.
LICURGO, padre de Amianto: VI 127.
LIDIA, región de Anatolia: V 52 (2 A 1-2).
LIDIOS, habitantes de Lidia: V 12, 49, 101, 102; VI 32, 125.
LIGURES, pueblo establecido al norte de Marsella: V 9 (6 B 1).
LIPSIDRIO, fortín situado en el monte Parnés, en el Ática: V 62 (8 C 3).
LISÁGORAS, padre de Histieo de Mileto: V 30.
LISÁGORAS, pario que calumnió a Milcíades II ante los persas: VI 133.
LISANIAS, eretrieo pretendiente de Agarista: VI 127.
LOCROS EPICEFIRIOS, habitantes de Lócride Epicefiria, ciudad del Brucio: VI 23 (7 B 2).

LLAVES DE CHIPRE, cabo nororiental de Chipre (promontorio de Carpaso): V 108 (2 B 2).

MACAS, pueblo de Libia: V 42 (6 C 3).
MACEDONIA, región de Grecia nororiental: V 17, 20, 94; VI 44, 45 (8 B 1).
MACEDONIOS, habitantes de Macedonia: V 18, 20, 21.
MALENE, localidad del territorio de Atarneo: VI 29 (8 E 2).
MALES, etolio pretendiente de Agarista: VI 127.
MARATÓN, demo del Ática en cuyas inmediaciones desembarcaron los persas: VI 102, 103, 107, 108, 111, 113, 116, 117, 120, 132, 133, 136 (5).
MARDONIO, general persa que operó en Tracia y Macedonia: VI 43, 45, 94.
MARSIAS, río de Caria, afluente del Meandro: V 118, 119 (8 E-F 3).

MASALIA, colonia griega del Mediterráneo occidental (= Marsella): V 9 (6 B 1).
MASTIAS, natural de Peonia: V 12.
MATIENOS, pueblo de Asia vasallo de los persas: V 49, 52 (2 D 2).
MAUSOLO, dinasta cario de Cindia, padre de Pixódaro: V 118.
MEANDRIO, secretario de Polícrates y tirano de Samos: V 27.
MEANDRO, río de Asia Menor: V 118, 119 (8 E-F 2-3).
MECISTEO, hermano del héroe Adrasto: V 67.
MEDIA, región de Asia: VI 84 (2 E 2).
MEDOS, pueblo de Asia (en la narración, frecuentemente = persas): V 9, 77, 104, 109; VI 9, 22, 24, 64, 67, 94, 109, 111, 112, 120.
MEGÁBATAS, primo de Darío, caudillo de la expedición jonio-persa contra Naxos: V 32, 33, 35.
MEGABAZO, general persa conquistador de Tracia: V 1, 2, 10, 12, 14, 15, 16, 17, 23, 24, 26, 98; VI 33.
MEGACLES I, noble ateniense, padre de Alcmeón: VI 125.
MEGACLES II, noble ateniense, hijo de Alcmeón: VI 125, 127, 130, 131.
MEGACLES III, noble ateniense: VI 131.
MÉGARA, ciudad de Grecia central: V 76 (8 C 3).
MELANCIO, jefe de la flotilla ateniense que ayudó a los jonios: V 97.
MELANIPO, mítico héroe tebano: V 67.
MELANIPO, mitileneo amigo del poeta Alceo: V 95.
MELANTO, mítico rey de Atenas descendiente de Neleo: V 65.
MELAS, golfo entre el Quersoneso y Tracia: VI 41 (8 D 1).
MELISA, esposa de Periandro: V 92.
MEMNÓN, mítico rey de Etiopía (o de Susiana, y de ahí su relación con Susa): V 53, 54.
MÉNARES, noble espartiata, padre de Leotíquidas: VI 65, 71.
MENELAO, mítico rey de Esparta, esposo de Helena: V 94.
MENIO, noble espartiata: VI 71.
MESAMBRIA, colonia griega en la costa tracia del Mar Negro: VI 33 (6 C 1).
MESENIOS, habitantes de Mesenia, comarca sudoccidental del Peloponeso: V 49; VI 52 (8 B 3-4).
METÍOCO, hijo mayor de Milcíades II: VI 41.
MÍCALA, promontorio de la costa jonia frente a Samos: VI 16 (8 E 3).

MÍCONOS, isla de las Cícladas próxima a Delos: VI 118 (8 D 3).

MILASA, ciudad de Caria: V 37, 121 (8 E 3).

MILCÍADES I, ateniense «colonizador» del Quersoneso Tracio y hermano uterino de Cimón I: VI 34, 35, 36, 37, 38, 103.

MILCÍADES II (el «Maratonomaco»), miembro de la familia ateniense de los Filaidas: VI 34, 39, 40, 41, 103, 104, 109, 110, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 140.

MILESIOS, habitantes de Mileto: V 28, 29, 30, 36, 37, 49, 50, 97, 99, 105, 106, 120; VI 5, 7, 8, 19, 20, 21, 22, 77, 86.

MILETO, ciudad de Jonia, principal foco de la sublevación contra los persas: V 11, 23, 24, 28, 29, 30, 32, 33, 35, 37, 38, 49, 54, 65, 92, 97, 98, 99, 106, 124, 125, 126; VI 1, 5, 6, 7, 9, 10, 13, 18, 19, 20, 21, 22, 25, 26, 28, 29, 31, 46, 86 (8 E 3).

MINDIOS, habitantes de Mindo, ciudad de Caria: V 33 (8 E 4).

MINOA, ciudad de la costa meridional de Sicilia: V 46 (7 A 2).

MIRCINO, ciudad fundada por Histieo de Mileto a orillas del Estrimón: V 11, 23, 24, 124, 126 (8 C 1).

MIRINA, localídad de la isla de Lemnos: VI 140 (8 D 2).

MIRÓN, tirano de Sición, antepasado de Clístenes: VI 126.

MIRSO, noble lidio al servicio de los persas: V 121.

MISIA, región de Asia Menor: V 122; VI 28 (2 A 1).

MITILENE, ciudad de Lesbos: V 11, 37, 95; VI 5 (8 D 2).

MITILENEOS, habitantes de Mitilene: V 11, 38, 94, 95; VI 6.

MIUNTE, ciudad de Jonia: V 36; VI 8 (8 E 3).

MOLOSOS, pueblo establecido en el Epiro: VI 127 (8 A 2).

MOLPÁGORAS, padre de Aristágoras de Mileto: V 30.

NAUPLIA, ciudad de la Argólide: VI 76 (4).

NAXIOS, habitantes de Naxos: V 30, 33, 34; VI 96.

NAXOS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 28, 30, 31, 33, 34, 36, 37; VI 95, 96 (8 D 4).

NELEO, mítico rey de Pilos y fundador de dicha ciudad: V 65.

NÉSTOR, mítico rey de Pilos, hijo de Neleo: V 65.

NICÓDROMO, noble egineta: VI 88, 90, 91.

NONACRIS, localidad septentrional de Arcadia: VI 74 (8 B 3).

NOTÓN, noble eretrieo: VI 100.

ODOMANTOS, tribu tracia establecida al norte del monte Pangeo: V 16 (8 C 1).

OLÍATO, caudillo de Milasa: V 37.

OLIMPIA, ciudad de la Élide: VI 122 (8 B 3).

ÓLORO, rey tracio: VI 39, 41.

ONEATAS, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

ONÉSILO, hermano de Gorgo y defensor de la causa jonia en Chipre: V 104, 105, 108, 110, 111, 112, 113, 114, 115.

ONOMASTO, eleo pretendiente de Agarista: VI 127.

ORBELO, monte de Tracia próximo al curso alto del Estrimón: V 16 (6 C 1).

OROPO, localidad septentrional del Ática: VI 101 (8 C 3).

ÓTANES, general persa que operó en Asia Menor: V 25, 26, 28, 116, 123.

ÓTANES, noble persa promotor de la conjura contra los magos: VI 43.

OYA, localidad de la isla de Egina: V 83 (8 C 3).

PACTIA, ciudad emplazada en la costa helespóntica del Quersoneso Tracio: VI 36 (3).

PACTOLO, afluente del Hermo que atravesaba Sardes: V 101 (8 E 3).

PALAS, sobrenombre de la diosa Atenea: V 77

PAN, divinidad griega: VI 105, 106.

PANATENEAS, principales festividades atenienses, celebradas en honor de Atenea: V 56.

PANFILOS, miembros de una de las tradicionales tribus de Sición: V 68.

PANGEO, monte de Tracia occidental: V 16 (8 C 1).

PANIONIO, lugar sagrado, próximo a Mícala, sede de las reuniones panjonias: VI 7 (8 E 3).

PANITAS, natural de Mesenia: VI 52.

PARÉBATAS, espartiata compañero de Dorieo: V 46.

PARIO, ciudad de la costa asiática de la Propóntide: V 117 (8 E 1).

PARIOS, habitantes de la isla de Paros: V 28, 29, 30, 62; VI 133, 134, 135, 136.

PAROS, isla del archipiélago de las Cícladas: V 31; VI 133, 134, 135, 136 (8 D 4).

PARTENIO, monte fronterizo entre la Argólide y Arcadia: VI 105 (8 B 3).

PAUSANIAS, general lacedemonio y regente del trono espartano: V 32.

PEÁN, himno dirigido a Apolo: V 1.

PEDASA, ciudad de Caria: VI 20 (8 E 4).

PEDASO, ciudad caria de la región Idríade: V 121 (3).
PELASGOS, pueblo prehelénico que habitaba Grecia: V 26; VI 136, 137, 138, 139, 140.
PELOPONESIOS, habitantes del Peloponeso: V 74, 76, 79.
PELOPONESO, península de Grecia meridional: V 42, 74; VI 86, 127 (6 C 2).
PEO, ciudad arcadia enclavada en Azania: VI 127 (8 B 3).
PEONIA, demo del Ática en las estribaciones del monte Parnés: V 62.
PEONIA, región de Tracia: V 13, 14, 98 (6 C 1).
PEONIOS, habitantes de Peonia: V 1, 2, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 23, 98.
PEOPLES, tribu peonia: V 15 (8 C 1).
PÉRCALO, novia de Leotíquidas desposada por Demarato: VI 65.
PERCOTA, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117 (8 D 1).
PERDICAS I, rey de Macedonia: V 22.
PERIALO, profetisa de Apolo en Delfos: VI 66.
PERIANDRO, tirano de Corinto, hijo de Cípselo: V 92, 95.
PERICLES, noble ateniense, el político más importante de Atenas en su época: VI 131.
PERINTIOS, habitantes de Perinto: V 1, 2.
PERINTO, ciudad sita a orillas de la Propóntide: V 2; VI 33 (8 E 1).
PERSEO, héroe griego, hijo de Zeus y de Dánae: VI 53, 54.
PERSIA, región de Asia: VI 24, 43 (1).
PESO, ciudad de la costa asiática del Helesponto: V 117 (8 D I).
PETRA, aldea del territorio de Corinto: V 92 (8 B 3).
PIGRES, natural de Peonia: V 12.
PILOS, antigua localidad de Mesenia: V 65.
PIRENE, famosa fuente de Cotinto: V 92.
PISISTRÁTIDAS, descendientes de Pisistrato, tirano de Atenas: V 62, 63, 65, 70, 76, 90, 91, 93; VI 39, 94, 123.
PISÍSTRATO, hijo de Néstor: V 65.
PISÍSTRATO, tirano de Atenas: V 55, 65, 71, 91, 94; VI 35, 102, 103, 107, 121.
PITÁGORAS, tirano de Selinunte: V 46.
PITÁGORAS, natural de Mileto: V 126.
PITIA, profetisa de Apolo en Delfos: V 43, 63, 66, 67, 79, 82, 90, 92; VI 34, 36, 52, 66, 75, 77, 86, 123, 135, 136, 139.
PITIOS, funcionarios espartanos encargados de consultar el oráculo de Delfos: VI 57.

PITÓGENES, hermano del tirano de Zancle, Escita: VI 23.

PIXÓDARO, dinasta de Cindia, en Caria: V 118.

PLATEA, ciudad de Beocia próxima al Ática: VI 108 (8 C 3).

PLATEOS, habitantes de Platea: VI 108, 111, 113.

PÓLIBO, mítico rey de Sición, abuelo de Adrasto: V 67.

POLICNA, localidad de Quíos: VI 26.

POLÍCRITO, noble egineta, padre de Crío: VI 50, 73.

POLIDORO, mítico rey de Tebas, hijo de Cadmo: V 59.

POLINICES, caudillo tebano, hijo de Edipo: VI 52.

PONTO EUXINO (= Mar Negro; en ocasiones, citado sólo como «Ponto»): VI 5, 26, 33 (6 D 1).

PRASÍADE, lago próximo al curso bajo del Estrimón: V 15, 16, 17 (8 B 1).

PRIENE, ciudad de Jonia: VI 8 (3).

PRINÁTADAS, noble espartiata: V 41.

PROCLES, mítico rey espartano, hijo de Aristodemo y antepasado de los Euripóntidas: VI 52.

PROCONESO, isla y ciudad de la Propóntide: VI 33 (8 E 1).

PROPÓNTIDE (= Mar de Mármara): V 122 (8 E-F 1).

QUÉREAS, demo dependiente de Eretria: VI 101 (8 C 3).

QUEREATAS, miembros de una de las cuatro tribus de Sición tras la reforma de Clístenes: V 68.

QUERSIS, rey de Salamina de Chipre, padre de Onésilo y Gorgo: V 104, 113.

QUERSONESO [TRACIO O HELESPÓNTICO] (= península de Gallípoli): VI 33, 34, 36 37, 38, 39, 40, 41, 103, 104, 140 (3).

QUILÓN, noble espartiata: VI 65.

QUÍOS, isla del Egeo oriental: V 33, 34, 98; VI 2, 5, 15, 16, 26, 28, 31 (8 D 3).

QUIOTAS, habitantes de Quíos: V 98; VI 2, 5, 8, 15, 16, 26, 27.

REGIO, ciudad sita en la orilla continental del estrecho de Mesina: VI 23 (7 B 2).

RENEA, isla próxima a Delos: VI 97 (8 D 3).

SACAS, pueblo de origen escita tributario de los persas: VI 113 (1).

SALAMINA, ciudad oriental de Chipre: V 104, 108, 110, 113, 115 (2 B 3).

SALAMINIOS, habitantes de Salamina de Chipre: V 108, 110.

SAMIOS, habitantes de Samos: V 99, 112; VI 8, 13, 14, 22, 23, 24, 25.

SAMOS, isla del Egeo oriental: V 27; VI 13, 14, 25, 95 (8 D-E 3).
SAMOTRACIA, isla del Egeo nororiental: VI 47 (8 D 1).
SARDES, capital de Lidia: V 11, 12, 23, 24, 25, 31, 52, 53, 54, 73, 96, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 108, 116, 122, 123; VI 1, 4, 5, 30, 42, 101, 125 (8 E 3).
SELIMBRIA, ciudad sita en la costa norte de la Propóntide: VI 33 (8 E 1).
SELINUNTE, ciudad de la costa sudoccidental de Sicilia: V 46 (7 A 2).
SELINUSIOS, habitantes de Selinunte: V 46.
SEPEA, lugar de la Argólide, entre Tirinto y Nauplia: VI 77 (4).
SÍBARIS, ciudad emplazada a orillas del golfo de Tarento: V 44, 47; VI 21, 127 (7 B 1).
SIBARITAS, habitantes de Síbaris: V 44, 45; VI 21.
SICILIA, isla del Mediterráneo occidental: V 43, 46; VI 17, 22, 23, 24 (6 B-C 2).
SICIÓN, ciudad del Peloponeso nororiental: V 67, 69; VI 92, 126, 129, 131 (8 B 3).
SICIONIOS, habitantes de Sición: V 67, 68; VI 92.
SÍCULOS, pueblo pregriego que habitaba la zona oriental de Sicilia: VI 22, 23 (7 A 2).
SIÉNESIS, título dinástico de los reyes de Cilicia: V 118.
SIGEO, ciudad de la Tróade: V 65, 91, 94, 95 (3).
SIGINAS, pueblo establecido en el valle medio del Istro: V 9 (6 C 1).
SILOSONTE, tirano de Samos, hermano de Polícrates: VI 13, 25.
SIMÓNIDES, poeta coral originario de Ceos: V 102.
SIRIOPEONIOS, tribu peonia establecida en el curso bajo del Estrimón: V 15 (8 C 1).
SIRIOS, denominación griega de los capadocios: V 49.
SIRIS, ciudad de la Magna Grecia: VI 127 (7 B 1).
SIROMO, rey de Salamina de Chipre: V 104.
SISAMNES, juez ajusticiado por Cambises: V 25.
SISÍMACAS, general persa que operó en Caria: V 121.
SOCLES, natural de Corinto: V 92, 93.
SÓFANES, destacado guerrero ateniense: VI 92.
SOLIOS, habitantes de Solos: V 110, 113.
SOLÓN, poeta y político ateniense: V 113.
SOLOS, ciudad noroccidental de Chipre: V 115 (2 B 3).
SUNIO, cabo del Ática: VI 87, 90, 115, 116 (8 C 3).
SUSA, capital del imperio persa: V 24, 25, 30, 32, 35, 49, 52, 54, 107; VI 1, 20, 30, 119 (2 E 3).

TÁLAO, padre del héroe argivo Adrasto: V 67.
TAMINAS, demo dependiente de Eretria: VI 101 (8 C 3).
TANAGRA, localidad de Beocia: V 57 (8 C 3).
TANAGREOS, habitantes de Tanagra: V 79.
TASIOS, habitantes de Tasos: VI 44, 46, 48.
TASO, caudillo fenicio, colonizador y epónimo de la isla de Tasos: VI 47.
TASOS, isla del Egeo septentrional: VI 28, 44, 46, 47 (8 C 1).
TEÁSIDAS, noble espartiata: VI 85.
TEBA, ninfa hija del río Asopo: V 80.
TEBANOS, habitantes de Tebas: V 67, 79, 81, 89; VI 87, 108, 118.
TEBAS, principal ciudad de Beocia: V 59, 67; VI 108 (8 B 3).
TEGEA, ciudad de Arcadia: VI 72, 105 (8 B 3).
TELÉBOAS, tribu de Acarnania, región occidental de Grecia central: V 59 (6 C 2).
TELIS, tirano de Síbaris: V 44, 47.
TÉNEDOS, isla del Egeo nororiental: VI 31, 41 (8 D 2).
TENOS, isla del archipiélago de las Cícladas: VI 97 (8 C-D 3).
TEOS, ciudad de Jonia: VI 8 (8 E 3).
TERA, isla del Egeo meridional: V 42 (8 D 4).
TERAPNE, colina próxima a Esparta: VI 61.
TERMERA, ciudad de Caria: V 73 (8 E 4).
TERSANDRO, descendiente de Polinices: VI 52.
TESALIA, región de Grecia central: V 64; VI 72, 74, 127 (8 B 2).
TESALIOS, habitantes de Tesalia: V 63, 64, 94.
TÉSALO, espartiata compañero de Dorieo: V 46.
TESMOFORIAS, fiestas de carácter agrario en honor de Deméter: VI 16.
TESPIEOS, habitantes de Tespia, ciudad de Beocia: V 79 (8 B 3).
TESPROTOS, pueblo establecido al sur del Epiro: V 92 (8 A 2).
TEUCROS, denominación de los troyanos a partir de Teucro, mítico antepasado de la familia real troyana: V 13, 122.
TIDEO, yerno del héroe Adrasto: V 67.
TIGRIS, río de Asia: V 52; VI 20 (2 D-E 2-3).
TIMESÍTEO, famoso atleta natural de Delfos: V 72.
TIMNES, natural de Termera: V 37.
TIMO, mujer de Paros que cooperó con Milcíades en su campaña contra la isla: VI 134, 135.
TINDÁRIDAS, hijos de Tindáreo,

mítico rey de Esparta (= Cástor y Pólux): V 75.
TIREA, ciudad de la costa nororiental de Laconia: VI 76 (4).
TIRINTO, ciudad de la Argólide: VI 76, 77, 83 (4).
TIRRENIA (= Etruria): VI 22 (6 B 1).
TIRRENOS (= etruscos): VI 17.
TISÁMENO, descendiente de Polinices: VI 52.
TISANDRO, noble ateniense, padre de Iságoras: V 66.
TISANDRO, padre de Hipoclides: VI 127, 128, 129.
TISIAS, padre de Liságoras: VI 133.
TITORMO, famoso luchador de Etolia: VI 127.
TMOLO, monte de Asia Menor: V 100, 101 (8 E 3).
TOANTE, mítico rey de Lemnos: VI 138.
TRACIA, región de Europa oriental: V 2, 14, 23, 24, 126; VI 33, 95 (8 C-F 1).
TRACIOS, habitantes de Tracia: V 3, 4, 5, 6, 8, 10, 126; VI 34, 39, 41.
TRAPEZUNTE, ciudad de Arcadia: VI 127 (8 B 3).
TRASIBULO, tirano de Mileto: V 92.
TRASILAO, padre del estratego ateniense Estesilao: VI 114.
TRAUSOS, pueblo de Tracia meridional: V 3, 4 (8 D 1).
TRÓADE, región noroccidental de Asia Menor: V 26, 122 (3).
TROYA, ciudad de Asia Menor: V 13 (8 D 2).

VÍA SACRA, ruta que unía Eleusis con Delfos: VI 34.

YÁMIDAS, familia de adivinos encargados del templo de Zeus en Olimpia: V 44.
YATRÁGORAS, natural de Mileto: V 37.
YOLCO, ciudad de Tesalia: V 94 (8 B 2).

ZÁBATO, río de Asia afluente del Tigris (= Gran Zab): V 52 (2 D 2).
ZÁBATO, río de Asia afluente del Tigris (= Pequeño Zab): V 52 (2 D-E 2-3).
ZACINTIOS, habitantes de Zacinto: VI 70.
ZACINTO, isla del mar Jónico: VI 70 (8 A 3).
ZANCLE, ciudad nororiental de Sicilia: VI 22, 23, 24 (7 B 2).
ZANCLEOS, habitantes de Zancle: VI 22, 23.
ZEUS, principal divinidad del panteón griego: V 49, 105; VI 67.
ZEUS AGOREO, advocación de Zeus como protector de la plaza pública: V 46.
ZEUS CARIO, advocación de Zeus

venerado en la ciudadela de Mégara: V 66.

ZEUS ESTRATIO, advocación de Zeus en Caria como divinidad guerrera: V 119.

ZEUS HERCEO, advocación de Zeus como protector de la casa y la familia: VI 68.

ZEUS LACEDEMÓN, advocación de Zeus como patrón de Esparta: VI 56.

ZEUS URANIO, advocación de Zeus como supremo señor del cielo: VI 56.

ZEUXIDAMO, hijo del rey de Esparta Leotíquidas: VI 71.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
LIBRO QUINTO: *Terpsícore*	7
Sinopsis	9
Variantes respecto a la edición oxoniensis de Hude	13
LIBRO SEXTO: *Érato*	205
Sinopsis	207
Variantes respecto a la edición oxoniensis de Hude	211
ÍNDICE DE NOMBRES	421

[ÍNDICE DE MAPAS]

1. El mapa de Hecateo, 91. — 2. La ruta real entre Sardes y Susa, 99. — 3. La campaña de Jonia, 229. — 4. La guerra Esparta /Argos, 319. — 5. Maratón, 375. — 6. El mundo mediterráneo, 418. — 7. Sicilia y Magna Grecia, 419. — 8. Grecia y Asia Menor, 420.